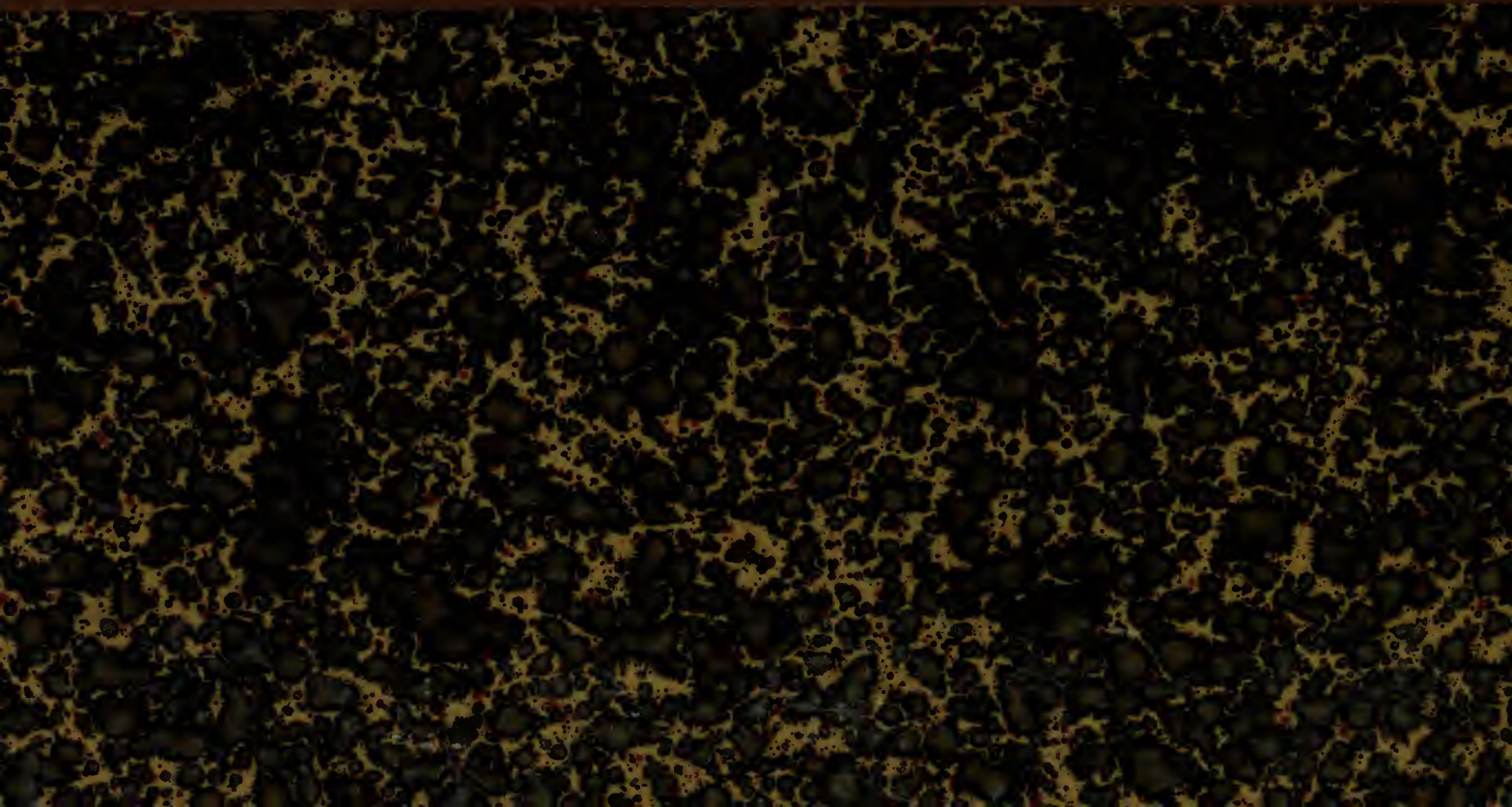
3 1761 08158683 6



ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 250.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

OCTUBRE 1909

MADRID
IMP. Y ENCUAD. DE V. TORDESILLAS
Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 21
no. 250-52

INTENTO Y DEFINICIÓN DE LA LINGÜÍSTICA

No cabe dudar que lo que se propone la Lingüística es conocer de raíz el lenguaje, como lo que se propone cualquier ciencia es conocer enteramente su propio objeto. Y con todo no holgará tocar este punto, que no todos los lingüistas están en ello conformes; antes la mayor parte se quedan de hecho á medio camino andado, y no creen se haya de pasar adelante. Ante todo, hay que recoger y allegar los materiales de la ciencia del lenguaje, es decir, hay que observar los hechos, las excepciones, el habla de todos los pueblos. Tarea desmesurada, sin término, si hubieran de tenerse en cuenta todas las palabras y modos de expresión desparramados por todo el mundo. En esta parte, el lingüista es como el naturalista herborizador, que siempre le sobrará tarea, por mucho que se afane. Las colecciones y museos son aquí los diccionarios y gramáticas, que los hay de muchedumbre de lenguas, pero que aun de las más conocidas quedan por espigar tantos ó más vocablos de los recogidos. En el mismo castellano tenemos diccionarios á porrillo; publícanse varios cada año, pero ninguno contiene ni la mitad de los vocablos y frases de nuestro idioma. En España escasean los rebuscadores de los hechos; los que publican diccionarios, abren en torno de su pupitre una buena porción de los anteriormente publicados, y escogen ó amontonan de lo que en

ellos hallan. Sólo un trabajo verdadero se ha hecho de este género: el Diccionario de autoridades de la Academia, cuyos autores buscaron las palabras en los libros y entre la gente que habla. Pero sobre aquellos primeros sillares debían de haberse ido poniendo otros y otros, si los académicos posteriores, entendiendo el propósito que movió á sus fundadores, hubieran seguido rebuscando en aquellas fuentes lo que los primeros no podían haber llevado hasta el cabo, y con esto hoy tendríamos un Diccionario de la Academia con tantos más vocablos que la primera edición, cuantas son las ediciones que se han hecho. ¡Mal pecado! En vez de ser así, las ediciones todas posteriores no han sabido añadir, sino cercenar del Diccionario de autoridades, y los lexicólogos no académicos tampoco han sabido hacer más que saquearlo. Lo que aquellos primeros académicos creyeron había de ser la primera piedra del edificio, ha venido á ser cantera común; han ido partiendo en trozos aquella hermosa piedra, y con ellos, claro está que, en lugar de un palacio, se han levantado casucas de mala muerte. Lo más que hacen algunos es añadir infinidad de términos técnicos grecolatinos, que nada tienen que ver con el idioma castellano, y para lo cual yo les daría una bonita traza, si es que en ella no han caído, que sí habrán, y es que tomen un buen diccionario técnico extranjero (y en inglés lo hay muy bueno), y copien sencillamente, dando terminación castellana á todos esos términos cosmopolitas. En cambio, faltan en todos los diccionarios hasta centenares de los usados por Cervantes y Lope; pero es que el de autoridades no tuvo tiempo para recogerlos.

Vuelvo al propósito. Ejemplares nuevos y aun raros, siempre les quedarán por rebuscar á naturalistas y lingüistas. Viene tras esto el clasificarlos por algún sistema más ó menos científico: tal es la redacción de gramáticas y diccionarios, de los cuales los tenemos para las lenguas más conocidas de todo el mundo, aunque también en esto cabe mayor ó menor esmero, y nunca se llegará á lograr una obra perfecta. Todo ello lo supieron ya hacer los antiguos, aun antes de nacer la ciencia del

lenguaje, porque, á la verdad, todo ello es presupuesto indispensable para la ciencia, pero á ciencia todavía no llega.

Allegados, y clasificados para su más fácil manejo, los vocablos, el lingüista moderno entra en el templo de la ciencia. Echa allí mano de lo que se llama método histórico-comparado, que es su soplete y sus reactivos, y por su medio emprende el análisis ó desmenuzamiento de esos materiales, como el químico al examinar un mineral.

Cotejando las diversas formas que ofrecen otras tantas lenguas y las de diversas épocas de una misma lengua, al choque del cotejo salta la chispa, y al resplandor de la chispa es como se echan de ver, con mayor ó menor lucidez y claridad, las varias transformaciones y mudanzas que en la significación y en los sonidos han ido tomando las formas en cada época y en cada pueblo. Tal es el análisis inventado por Bopp, y el sistema histórico-comparado: comparado, por compararse formas de distintas lenguas; histórico, por compararse formas de distintas épocas de una lengua misma. Con lo cual se llega á conocer la estructura de una ó varias lenguas, el entronque de las mismas, y las leyes fonéticas, que se desprenden de la frecuencia de unos mismos cambios fónicos, es decir, de la inducción, y que fueron causa de las transformaciones observadas. Y este es el estado de la ciencia lingüística en el momento presente: «Als Aufgabe der wissenschaftlichen Grammatik können wir Kurz die Erklärung der Formen einer Sprache bezeichnen, und zwar in der Weise, wie sie entstanden sind», dice Fr. Müller; quiere decir: «*Explicar las formas* de una lengua hoy viviente, mostrando *cómo fueron desenvolviéndose sucesivamente*, es lo que constituye la gramática científica ó histórico-comparada.

Es muy de notar que esta comparación de las lenguas, para inducir leyes evolutivas y declarar las formas actuales por los eslabones que la historia nos pone delante de formas anteriores, ya es algo de científico, pues no se reduce á coleccionar y describir hechos, lo cual es propio de la historia, sino que in-

vestiga sus causas, que son leyes verdaderas, ya que la evolución se atiene á ellas, encarrilándose siempre por ellas en cada lengua y en cada caso particular. Pero la comparación en sí no es más que un método científico; no puede tomarse como fin último de la Lingüística.

El camino es cosa distinta del término de un viaje: el término aquí es conocer de raíz el lenguaje; el camino es el cotejo de que nos valemos para lograrlo. Y ¿qué es lo que hasta ahora se ha logrado? El parentesco de las llamadas lenguas indo-europeas, aunque se ha confirmado más y más, se conoció aun antes de meterse en esas honduras, que no fueron necesarias para que lo viesen á vista de ojos los que conocían, por superficialmente que fuese, unas y otras lenguas. Lo que se ha logrado por el método comparativo es declarar muchos de los fenómenos gramaticales de estas lenguas, los sufijos y raíces, y la evolución de las formas, en parte hasta una época que podemos llamar protoariana, anterior inmediatamente á la histórica de estas lenguas. Pero allí nos hallamos con un motón de raíces y de sufijos, que no sabemos de dónde salieron ni cómo vinieron á ser los elementos de las formas, ni lo que antes fueron, ni de dónde y cómo nacieron; todo lo cual parece que debiera declarar la ciencia del lenguaje. Si el camino emprendido no nos lleva sino hasta ese punto, y de allí no pasa, habrá que tomar desde allí otro, si queremos llegar al término final. ¿Hay cosa más clara? Pues no es sino muy oscura, si damos oídos á los lingüistas. Propónesenos, efectivamente, aquí una doble y gravísima cuestión: ¿Se puede pasar más allá? ¿Pertenece á la ciencia del lenguaje procurar ir más allá? ¿Quién lo creyera? El sentido común grita que sí, que hay que ir más allá, pues no hemos llegado á la meta, y que lo de poderse ó no pasar adelante, podrá ser cosa de tiempo y maña, pero que para todo hay remedio y camino, sino para la muerte.

La ciencia, con todo, enorgullecida con sus conquistas, como si se acostara sobre sus laureles, lanza desdeñosa dos redondas negaciones á estas dos preguntas. Al responder así ne-

gativamente, los sabios tendrán sus razones, y deben de tenerlas muy bien guardadas *in petto*, porque yo nunca las he visto. Conócese la estructura de las lenguas, y de muchas de ellas se han sacado unos á modo de códigos de las leyes que rigen en su evolución y mudanzas, llamados tratados de *Fonética*; pero si se quieren conocer á fondo esas lenguas y el lenguaje humano en general, todavía queda, y no poco, camino que recorrer. Hay que escudriñar las causas de esa estructura y de esas mudanzas. ¿Dónde se hallarán? Sin duda, en la Fisiología, pues sólo ella nos puede dar razón de las leyes fonéticas, en qué casos y condiciones obran, por qué en cada dialecto toman una ú otra vereda, pues hay tantas Fonéticas como dialectos, y si no hubiera más que una, los idiomas no se hubieran desmembrado. Pero la Fisiología no basta, pues en todos los hombres los órganos fisiológicos del habla son tan semejantes, que no se explica esa variedad de tendencias en el modificar la pronunciación, sin la intervención de otros agentes, y entre ellos el clima, que es el causante de la variedad de razas. Pero demos aclarado cuanto concierne al elemento material del habla, los sonidos, en los cuales influyen principios acústicos, fisiológicos y otros exteriores al hombre; tocante al elemento ideológico, la Lingüística apenas si ha dado un paso. Tan enteras y sin rozar siguen las cuestiones que atañen á la gramática general, como antes de nacer la nueva ciencia del lenguaje. ¿De qué manera es el lenguaje signo del pensamiento? ¿Hasta dónde llega la lógica de los idiomas, y qué va de la lógica de éstos á la lógica del pensamiento? ¿Por qué son pospositivas unas lenguas, prepositivas otras, y tienen las más de entrambos sistemas? ¿Cuál es la causa de ser más pospositivas y sintéticas las lenguas cuanto más antiguas, y cómo y por qué lo mismo en la Europa y en la India que en las camitas del Africa, se ha pasado del sintetismo al analitismo? ¿Cómo se explica el porqué del verbo, del artículo, del nombre, de la conjunción, etc., etc.? En una palabra: ¿cuál es la razón de la estructura formal de los idiomas, tan varia en

ellos y tan expuesto á mudanzas, como la fonética, aunque ese mudarse sea más lento?

Llegados aquí, todavía queda más de la mitad del camino por recorrer. Porque los idiomas, con una ú otra fonética y estructura, no es creible que nacieran por generación espontánea, de alguna parte vienen, son ramas que pudieran ser de un tronco único, ó de varios, y ese tronco ó troncos, esos idiomas prehistóricos nos son desconocidos. Y séase único el original lenguaje, ó varios, ni lo conocemos ni sabemos cómo se fraguó, ni qué relación tuvieron los sonidos con las ideas que vinieron á expresar, ni por qué se fueron trabando unos sonidos con otros, ni el modo de esta trabazón, hasta formar palabras polifónicas, como son la mayor parte de las que usamos, y hasta las mismas raíces y sufijos. En una palabra, el problema del origen del lenguaje es la meta última adonde debe enderezarse la lingüística, y mientras no se resuelva, todo quedará sin explicación, porque el origen de las cosas es el único que las explica, es la raíz que las sustenta y cría: lo que dió el nacimiento es lo que da el desenvolvimiento posterior. Por eso, ciencia no es más que conocimiento de las causas, pues éstas conocidas, se conocen los efectos.

Ahora se verá si no toca á la Lingüística procurar ir más allá. La Lingüística comparada é histórica no ha de tomarse como fin, sino como medio para otro fin más traspuesto y lejano: el de conocer de raíz el lenguaje. No hay, pues, que pararse en cuadros comparativos; sino valerse de ellos, como un general de los mapas estratégicos, para llegar al fin de la jornada, para investigar el origen y porqué de las formas comparadas. No basta la historia, por razonada que sea; el lenguaje es algo natural, que ha de estudiarse á fondo, hasta llegar por el análisis á conocer su naturaleza y origen; es algo que debe tratarse, no como colección de ejemplares, que se colocan y enseñan á los curiosos en un museo, sino como un objeto científico, que se analiza en el laboratorio. Ni quiero con esto decir que se han de desechar los docu-

mentos históricos y la comparación; antes bien, una y otra son los medios indispensables para llegar al fin apetecido, pero son el método y camino, ó nada más.

Lo que dice M. Müller de la antigua Gramática, puede aplicarse al método histórico-comparado (I., p. 127). Conocemos varias formas del habla, correspondientes á otras tantas del pensamiento; sabemos que el sujeto ha de estar en nominativo, el objeto en acusativo, etc.; sabemos que al genitivo castellano *de* responde en griego el genitivo *-os*, en latín *-is*. Pero ¿qué representan de suyo *de, -os, -is?* ¿Por qué esos sufijos tienen el poder de mudar el nominativo en genitivo? ¿Qué valor es el de esas terminaciones, para que un mismo tema, al cual se añaden, responda con ellas á diversas formas del pensamiento? Que el nominativo *rex* se convierte en *re-gem* en el acusativo: esa es una rutinaria regla de escuela; ¿por qué así? Si hay una ciencia del lenguaje, á estas tales preguntas debe responder esa ciencia: «if there is a science of language, these are the questions which it will have to answer», diremos con M. Müller. Si no puede responder á ellas, si nos hemos de contentar con paradigmas y reglas, si las terminaciones de nombres y verbos hemos de considerarlas como adherentes convencionales ó como misteriosas excrescencias, digamos verrugas que le salieron al tema, no hay tal ciencia del lenguaje ni tenemos por qué ufanarnos, sino seguir llamando al tratado de esas cosas sencillamente *Arte (tékhne)*, como los antiguos, ó Gramática (I., p. 130).

Los que se contentan con sacar de la comparación de las lenguas las transformaciones históricas de las palabras, sin querer pasar adelante á explicar el porqué de esas transformaciones, y el porqué de las raíces y sufijos, últimos elementos que halla el análisis, y con todo llaman á eso ciencia del lenguaje, y aun acaso llegan á arrojar desdeñosos del campo de la ciencia á los que se empeñan con seriedad en hallar esa razón y ese porqué, en que precisamente consiste la ciencia, deberían leer y meditar despacio estas palabras del gran lingüista

inglés, que encierran la misma doctrina que yo estoy desenvolviendo.

El naturalista toma un pedrusco del monte, y os dice: ¿Sabéis lo que es esto que llamamos piedra?—Eso, le respondéis, es un cuerpo perteneciente al reino mineral, que se distingue del reino vegetal en esto y en lo de más allá, y del reino mineral en...—Bien; pero eso no es más que clasificar en grandes grupos los seres del universo. No tiene sensibilidad, no tiene vida; ¿qué es?—Es una roca, compuesta al parecer de granito y mica en gran cantidad, y metalífera, aunque no veo qué metal pueda ser éste.—Es el *gneis* del terreno de transición, que forma toda esta cordillera carpetana. Vueltos á casa, el naturalista os muestra el cuarzo, el feldespato y la mica; analízalos por medio de los reactivos y del soplete, y os explica cómo el cuarzo es sílice pura anhidra, cómo el feldespato es fusible al soplete, y os saca de él la potasa que formaba su base: en una palabra, os dice los elementos químicos últimos adonde puede llegar el análisis.

Otro día os toca pasear con un lingüista, y á propósito de no sé qué sociedad anónima, venís á preguntarle la etimología de *accionista*, añadiendo que bien sabéis que viene de *acción* y del sufijo *-ista*, como *prestamista* de *préstamo,* y *lingüista* de *lingua,* ó sea lengua; pero que no habéis estudiado el latín, de modo que no sabéis el origen de *acción* ni el de *-ista. Acción,* os dice, es una palabra que no deriva por evolución natural del latín, como deriva, por ejemplo, *hombre* de *hominem*; sino que es un préstamo erudito del *actio* latino, con la terminación del acusativo *action(em)* quitado el *-em*, por analogía con los vocablos parecidos de origen vulgar, como *sazón* de *sationem satio. Ac-tio* es un nombre abstracto de la raíz *ag,* que cambia la *g* en *c,* que es su fuerte correspondiente, por asimilación con la *t* fuerte siguiente. Esa raíz dió *ag ere* y *ac-tus* = acto; *ag-ere* significa conducir, modo de habérselas y obrar: *acción* es el acto de obrar. Sufijo abstracto es *-tio*, como en *canción* de *can-tio*, *can-ere* = cantar. Añadióse malamente á *acción* el

sufijo de agente *-ista*, que es griego, resultando una palabra híbrida. Este sufijo es *-tes* de agente, que tomó *-is* en formas derivadas de verbos en *-idzo*, como los nombres de efecto en *-is-mo* constan del sufijo de efecto *-mos* y del mismo *-is* de dicho verbos: así ha resultado un pseudo-sufijo de acción *-ista* y otro de abstractos *-ismo, absolut-ismo, cristian-ismo*.—Si le reponéis que desearíais saber por qué *ag-* vale obrar en esas palabras, y por qué *-tio* vale acción en abstracto, y *-tes* agente, os responderá que esos son los cuerpos simples de la Lingüística, raíces y sufijos, más allá de los cuales no es dado pasar.—¿Cómo no?, le replicáis. Alguna razón habrá para que *ag-* conste de esos dos sonidos, y *-tio* y *-tes* precisamente de esos tres, y no de otros. Si la Lingüística es ciencia, debe dar razón de la estructura de las palabras hasta llegar á sus últimos átomos ó, como decís, cuerpos simples; y *ag, tio, tés* no son simples, se descomponen en sonidos.—Pues la Lingüística moderna no sabe más.—Yo he oído, añadís al fin, que Cejador, en una obra que ha compuesto, intitulada *El Lenguaje*, trata de declarar hasta los últimos sonidos en que pueden y deben descomponerse las palabras, y aun he leído en *El Imparcial* un trozo de esa obra, que no me descontentó.—Pues, amigo, váyaselo á preguntar á Cejador, que de esos simbolismos nada entiende la ciencia del lenguaje.—No hay simbolismos que valgan. Si *ag* significa algo, debe ser porque consta de *a* y de *g*, que también tendrán alguna significación, como la tienen *ag* y *tio*, de los que se formó *acción*.—*Ag* y *tio* son abstracciones.—También lo son *a* y *g* en *ag*; de modo que si estos son simbolismos, simbolismos serán los de la ciencia al distinguir raíces y sufijos, dándoles un valor que tienen en las palabras, pero que no tienen de por sí, puesto que no se emplean como palabras.—En la lengua protoariana se cree que *ag* no era raíz, sino palabra.—Pues en la protoprotoariana sucedería lo mismo con *a*, de donde *ag*.—Váyaselo á preguntar á Cejador. Con lo cual, el autor de *El Lenguaje* tiene el visto bueno de la Lingüística y del sentido común para llevar el análisis hasta los verdaderos cuerpos sim-

ples del habla, no deteniéndose en las raíces y sufijos, que lo son para la ciencia moderna.

Alguno podrá reponer: Justo es que, si se puede, se analicen las mismas raíces y sufijos; el caso es que no se ve cómo puedan analizarse, sin acudir á puros simbolismos, por la sola observación de las lenguas. El autor de *El Lenguaje* responde que el Euskera es una lengua, y que por esa lengua se explican las raíces y sufijos.—Pero el Euskera no está emparentado con las Indo-europeas, y las relaciones que puedan traerse son ilusorias.—Tampoco lo estaba el Sánskrit con nuestras lenguas, antes de la Gramática comparada; por manera que este veto, al parecer científico, se parece al que pudieran haber propuesto á Bopp, diciéndole: esas comparaciones son ilusorias, porque la lingüística tradicional jamás soñó en emparentar el idioma de los Brahmanes con el de los Griegos. La relación de parentesco lingüístico es una relación real, pero vaga y bautizada con una metáfora. Si el Euskera no es lengua hermana de las nuestras, ¿no pudiera ser su tía ó su bisabuela? ¿Qué canon científico se puede traer para forzarnos á dejar de comparar idiomas, que ofrecen parecido en sus elementos más esenciales? ¿Que no los presenta el Euskera con nuestras lenguas? Si no los han visto los que no conocían el Euskera, no son por eso menos patentes. El *sú* griego y el *zu* vascongado, el *-ni* de primera persona del imperativo sánskrito y el *ni* yo del Euskera, el *-tu* de *ama-tu-m* y de *aurrera-tu,* el *gu* nosotros y el *e-go,* la *-i* de dativo en las Indo-europeas y en Euskera, la *-s* de genitivo ó extractivo en unos y otro, el *-cu-s* y el *-ko* de adjetivos, el *sa-s* ese y el *ze,* el *an* = *en* = *in* Indo-europeo y el *an* allí, en ello, del Vascuence, *etche-an en casa,* son elementos tan distintos? Y, ¿no son de los más esenciales del habla? ¿Quién creerá que los vascongados tomaron su *biz* del latín, cuando *bi* vale dos y *-z* es sufijo euskérico, como en *berri-z* de nuevo, *nai-z* de grado, *nere-z* de mío, *arri-z* de piedra? ¿Porqué, pues, no se ha de cotejar el Euskera con las Indo-europeas? La ciencia no ha de vendarse los ojos ni echarse pihuelas

á los pies; es libre y relaciona todos los seres, sin distinción de clases ni división de castas. Los iberos, antepasados de los escualdunas y españoles, no fueron menos nobles que los pastores védicos ó los labradores de Alba Longa. La sardinera de Zumaya cuenta entre sus abuelos á los primeros pobladores de Europa, cuando los Ritchis y los aldeanos de la Campania estaban en el mundo de los posibles. Compárense los idiomas que nos han quedado de los unos y de los otros: ellos dirán lo que hay que creer de sus entronques y orígenes. La Lingüística moderna no ha dicho la última palabra, ni es infalible, ni se lo sabe todo. Seamos más modestos, si amamos la sabiduría.

Para mayor confirmación de cuanto precede, no vendrá mal determinar el lugar que la Lingüística ocupa entre las ciencias, y ver cuáles son sus fundamentos. Las ciencias especulativas pueden dividirse en tres grupos, según se consideren los seres que se estudian. Como la ciencia es un conocimiento de los seres que nos rodean, el cual lo logra nuestra mente recogiendo de ellos ideas universales, á modo de ramillete que junta los colores más vistosos y los más aromáticos olores de un jardín, y la naturaleza de la percepción intelectual consiste en la abstracción, por la cual se obtienen esas ideas universales, las ciencias deben clasificarse por la mayor ó menor abstracción que la mente emplea al sacar de los seres las ideas universales, abstracción que en ellas mismas queda reflejada.

Así, las ciencias físicas consideran los seres abstrayendo de lo individual; que si no abstrajera, no serían ciencias. Sus conclusiones son ideas universales, que prescinden de este ó de aquel individuo. La Acústica, por ejemplo, trata de las leyes del sonido, no del que da esta flauta que tengo sobre la mesa, ú otra cualquiera; sino de cualquiera flauta y de cualquier sonido. Si no se abstrajese de lo individual, sólo tendríamos pura historia, compuesta de ideas individuales; no ciencia, compuesta de ideas universales. Las ciencias matemáticas abstraen de lo individual y además de lo sensible. La Geometría trata del ángulo, por ejemplo; poco importa que sea éste ó aquél,

que sea de oro ó de madera, pintado ó fantaseado. Las ciencias metafísicas abstraen, no sólo de lo individual y de lo sensible; sino, además, de lo material. Así, por ejemplo, trata la Ontología de las causas, prescindiendo de tal ó cual causa individual, de que sea físicamente lo que quiera, y de que se trate de un cuerpo ó del principio vital de un espíritu.

De modo que las ciencias físicas consideran el objeto sensible, las matemáticas el material, las metafísicas el inmaterial, ó sea el ontológico. El lenguaje, considerado en sí como un conjunto de fenómenos, es objeto puramente histórico. Pero, investigando sus causas, es un objeto sensible en parte, pues consta de sonidos, su conocimiento es en parte físico. Las ciencias físicas se dividen en: Astronomía, cuando el objeto sensible es el conjunto del universo; Geología, cuando el objeto es la tierra; Física propia y Química, si el objeto considerado son los cuerpos en razón de tales; Biología, si se consideran los seres vivientes; y Antropología, si el objeto es el sér racional, el hombre.

El lenguaje es objeto que queda dentro del círculo de la Antropología: la ciencia del lenguaje es, por lo tanto, una ciencia física, antropológica. En la Antropología se incluyen varias ciencias, según se trate de las facultades animales ó de las espirituales del hombre. La facultad del lenguaje pertenece á todo el compuesto de cuerpo y espíritu: consta de elementos corpóreos y espirituales. Tiene el lenguaje sonidos, materiales y sensibles: por este lado la Lingüística es ciencia acústica; pero sonidos formados y recibidos por órganos animales, y por este lado es ciencia fisiológica; pero los sonidos fisiológicos del lenguaje, ó sean las voces, son la materia nada más del lenguaje; su elemento formal está en ser las voces signos del pensamiento, y por este lado es la Lingüística una ciencia psicológica.

Como todo conocimiento antropológico, el del lenguaje abraza los tres grupos de seres de la naturaleza. Los fundamentos de la Lingüística están, por lo tanto, en la Física, en

la Fisiología y en la Psicología; y las causas de los fenómenos del lenguaje deben buscarse en estas tres ciencias. Hoy la Lingüística, ceñida á explicar los hechos por los mismos hechos, no recurre á ellas; pero la verdadera ciencia está en investigar las causas de los fenómenos y ver cómo esas mismas causas obran y dan por resultado esos mismos fenómenos.

Creo, pues, haber probado que la Lingüística no debe detenerse en los estrechos límites en que pretenden contenerla la escuela conservadora, formada en Bopp; que es muy justo atender los deseos de los que se meten en la Fisiología, y aun tender á la región psicológica, para poder abarcar las tres grandes fuentes y fundamentos de esta ciencia. La verdadera ciencia del lenguaje no está, pues, más que en vías de tomar los derroteros que debe seguir.

Si ahora se quiere una definición de la Lingüística, ó ciencia del lenguaje, creo que la mejor es la encerrada en su propio nombre de *ciencia del lenguaje,* con tal que se entienda por ciencia y por lenguaje lo que debe entenderse y siempre se ha entendido. En efecto, la Lingüística no es más que *el conocimiento del lenguaje por sus últimas causas.* El *to dióti* y el *tó pos,* es decir, el porqué y el cómo, según la frase aristotélica, son las dos cosas que busca siempre la ciencia. Digo *conocimiento,* no ordenado á la práctica, sino simplemente conocimiento. Digo *del lenguaje,* no de una ó de otra lengua aislada, sino de todas; y no como otros tantos objetos diversos, como lenguas, sino de éstas como formando un todo, como partes que son de un solo lenguaje; no de la facultad del habla, metafísicamente considerada, sino del lenguaje, concreción y ejercicio de esa facultad. Digo, finalmente, *por sus últimas causas,* no sólo históricamente en el estado actual de las lenguas, ni en sus transformaciones durante el curso de los siglos, ni exponiendo sólo científicamente las leyes fonéticas sin dar la razón de ellas, sino explicando estas leyes la estructura y todo lo demás *por sus últimas causas,* físicas, fisiológicas y psicológicas.

E. M.—*Octubre 1909.*

Mas sucintamente se puede, pues, decir que la Lingüística es *la ciencia del lenguaje*. Definición vulgar hasta dejarlo de sobra, pero sin la cual la Lingüística casi se reduce á recoger hechos y á exponerlos, es decir, á pura historia de las lenguas, sin buscar la razón de esos hechos, que es lo propio de toda ciencia. «La ciencia del lenguaje, dice Heyse (*System der Sprachwissenschaft*, p. 7) tiende á formarse una idea reflexiva de las causas del lenguaje y de las leyes que le sirven de fundamento.» Pueden considerarse tres maneras de considerarla ó tres grados en esta gramática teórica ó científica: 1.°, el subjetivo (formal) de la ciencia abstracta del lenguaje; 2.°, el puramente objetivo (material) de la histórica investigación y del conocimiento del lenguaje; 3.°, el concreto (real y verdadero) de la ciencia filosófica del lenguaje.

El primero es lo que se llama gramática razonada, y trata de aclarar, fundamentar y ordenar sistemáticamente las reglas de una lengua, conforme al criterio subjetivo del autor. De aquí las abstractas categorías y principios subjetivos, á través de cuyo prisma se mira una lengua, sin atender al sistema en que en la realidad y objetivamente consiste la tal lengua: de modo que á menudo contradicen las leyes por tal método expuestas al uso de la lengua, y á cada regla siguen las excepciones y las anomalías. Ejemplo lo tenemos en las gramáticas del Griego y del Latín, del Sánskrit y del Hebreo, con su tecnicismo y sus partes de la oración, sus reglas y sus excepciones.

El segundo es la gramática histórico-comparada, que expone los fenómenos de una lengua, explicándolos por la comparación de las formas en las diversas épocas de su desenvolvimiento y de las formas de las lenguas afines. Es el método hoy seguido, el cual, prescindiendo de las categorías y del tecnicismo, que la lógica y la filosofía de los griegos habían introducido en la gramática, sólo busca los hechos objetivos en la historia de la lengua de que se trata y en las demás de la misma familia. Grimm trató de esta manera las lenguas germánicas y Bopp todas las I-E.

Falta el tercer grado, de la filosofía del lenguaje, al cual los modernos no han llegado todavía. «Die historische Sprachforschung gewährt allerdings eine geschichtliche Kenntniss des Sprachlebens, aber keine begriffmässige Erkenntniss des Wesens der Sprache an sich und in ihrer nach nothwendigen Bestimmungen ersogenden Entwickelung,» dice Heyse (p. 15); es decir, que por el grado anterior se logra un conocimiento histórico de la vida del lenguaje; pero no un conocimiento completo de su esencia en sí y en su desenvolvimiento, debido á principios fijos y determinados. Toda filosofía tiende á descubrir la ley en los fenómenos, lo esencial y necesario en lo transitorio y mudable, la unidad y la síntesis de las causas, como un principio esencial, necesario, que explique todo el sistema de los hechos. No sólo queremos conocer lo que es, sino lo que debe ser y el porqué es así y no de otra manera. La filosofía del lenguaje no se contenta con el conocimiento histórico de los fenómenos lingüísticos y de la afinidad mayor ó menor de las diversas lenguas; con este fundamento pasa más allá, y trata de investigar el porqué de todo eso, la razón íntima de esos fenómenos y su relación con el espíritu del hombre. Puede y debe pasarse, por lo tanto, más allá de la comparación lingüística, en que hoy se detiene la ciencia, si es que pretendemos que sea verdadera ciencia la de las lenguas. Hay que llegar hasta descubrir por qué *acción* consta de esos seis sonidos determinados y colocados de esa manera fija; porque mientras esto no alcancemos, no podemos decir que conocemos la estructura del lenguaje ni su porqué, y después de todo esto, aun nos queda por subir río arriba hasta llegar á las fuentes y origen del lenguaje.

JULIO CEJADOR

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

DON QUIJOTE [1]

La *Vida y hechos del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* escrita por Miguel de Cervantes Saavedra, fué el primer libro que leí en los albores de mi adolescencia, en aquella edad en que se despiertan la inteligencia y los sentidos. Recuerdo perfectamente aquellos días felices. Por las mañanas salía de casa, y me iba al jardín del patio para leer *Don Quijote* sin molestia alguna. Era un hermoso día de Mayo: la floreciente primavera se reflejaba en la plácida luz de la mañana perezosamente, y se dejaba cantar del ruiseñor, su dulce adulador constante. Y cantaba con tal dulzura y entre tales caricias, que las yemas más pudorosas se abrían y brotaban, la hierba enamorada y los ardientes rayos del sol se besaban con deseos de ternura, y los árboles y las flores temblaban de arrobamiento. Y yo me sentaba en un viejo banco de piedra completamente recubierto de musgo, en el sendero llamado de los suspiros, no lejos de la cascada. Mi corazón de adolescente se recreaba en las aventuras estupendas del valiente caballero. Mi honradez infantil tomaba todo aquello con absoluta seriedad

(1) El trabajo precedente forma parte del tomo III de las *Obras completas de Carducci, C. e J. Zanichelli.—Bologna,* MDCCCLXXXIX. El tomo III lleva por título general *Bozzetti e Scherme.*—(N. DEL T.)

y con la mejor buena fe. Y para todas las cosas surgía el mismo comentario ingenuo:

—Así debe ser. Para el heroísmo no quedan más que porrazos y manteamientos. Continuamente toca en lo ridículo.

Y me afligía como si yo fuese el héroe.

Ya he dicho que yo era entonces un muchacho. No salía de la ironía que Dios puso en la tierra y que el gran poeta llevaba á su mundo imaginario. Así es que podía verter con abundancia de corazón las lágrimas más amargas, cuando el noble caballero recibía, á cambio de su magnanimidad y grandeza de ánimo, ingratitudes y puñadas. Como estaba poco ejercitado en la lectura, pronunciaba cada palabra en alta voz, y, de esta suerte, los pajarillos y los árboles, el regato y las flores me escuchaban á su gusto. Como eran inocentes como muchachos, como tampoco ellos conocían la ironía del mundo, tomaban también las aventuras en serio y lloraban conmigo las amarguras del desgraciado caballero. Una añosa encina sollozaba y la cascada meneaba con violencia la blanca corriente, antojándoseme que refunfuñaba meditando en la maldad del mundo. Creíamos que el heroísmo del caballero no era menos digno de admiración porque el león cansado le mostrase las posaderas, y que sus hazañas eran tanto más gloriosas, cuanto más flaco y debilucho era su cuerpo, más floja é inservible la armadura que le protegía y más inútil el flacucho rocín que cabalgaba el héroe. Despreciábamos la canalla vil que le maltrataba, pero despreciábamos también á la canalla alta que, parapetada de sedas, de bellas palabras y de títulos ducales, se burlaba de un hombre tan por encima de ella, en gracia á su nobleza y fortaleza de ánimo y de mente. El caballero de Dulcinea era cada vez más estimado por mí, y entraba más y más en mi corazón á medida que adelantaba en la lectura del libro maravilloso; lectura que hacía todos los días en el mismo jardín, hasta que el otoño me cogió al final de la historia. No olvidaré nunca el día que leí el piadoso abatimiento en el cual cayó el caballero para no levantarse más.

Era un día hosco, terrible. Nubarrones feos danzaban por el cielo gris; las hojas caían dolorosamente de los árboles; lagrimones de lluvia se desprendían de las últimas flores que inclinaban, pasadas y mustias, sus cabecitas moribundas; hacía tiempo que no cantaban los ruiseñores. La imagen de la decadencia, de la muerte, surgía por doquier, rigida y descarnada en mi derredor. Mi corazón estuvo á punto de desgarrarse cuando leí de qué suerte el noble caballero, atolondrado, pisoteado y magullado, yacía en tierra, y sin alzar la visera, como si su voz saliese de la tumba, decía al vencedor con voz humilde y opaca:

—Dulcinea es la mujer más hermosa del mundo y yo el más desgraciado caballero de la tierra; pero no conviene que mi debilidad trate de amenguar este aserto. ¡Traspasadme con la lanza, caballero!

¡Ah! ¡El resplandeciente caballero de la Luna de plata, que vencía al hombre más animoso y noble de la tierra, era el barbero enmascarado!

Ocho años ha que escribí para el cuarto volumen de las *Figuras de viaje* (*Reisebilder*) estas líneas, en las cuales pintaba el efecto que me produjo en la adolescencia la lectura de *Don Quijote*. ¡Dios mío, con qué rapidez han corrido los años! Me parece que fué ayer cuando leía el libro de Cervantes en el sendero de los suspiros, allá en el jardín de corte de Düsseldorf, y que mi corazón brincaba de estupor por los hechos y malandanzas del grandioso caballero. ¿Es que mi corazón se ha detenido durante todos estos años, y que ahora, por arte de encantamiento, he tornado á los sentimientos de mi mocedad? Tal vez sea de este modo, porque, de cuando en cuando, he releído *Don Quijote*, produciéndome su lectura cada vez impresiones distintas. Cuando abría de par en par la flor de la juventud y ponía las manos inexpertas en todos los rosales de la vida, y subía á las cimas más altas para ver de cerca el sol; cuando no soñaba durante la noche con águilas y vírgenes, entonces no era para mí *Don Quijote* un libro de pasatiempo, y

cada vez que lo ponía entre mis manos ó entre mis pies, lo pisoteaba con un gesto de soberano desdén. Más tarde, hombre maduro, me reconcilié á medias con el desgraciado amador de Dulcinea, y me reía de él.

—¡El buen hombre está loco!—exclamaba.—Y, sin embargo, parece extraño, pero no lo es, en todas las direcciones de la vida me han perseguido siempre, con verdadera obsesión, las sombras del caballero flaco y del orondo escudero. Y así que se me aparecían las consabidas sombras, quedaba yo pensativo de repente. Recuerdo, por ejemplo, que estando en Francia, vi en la niebla mañanera que llegaban hasta mí las dos figuras características: la una, á la derecha, era la de Don Quijote en su abstracto Rocinante; la otra, á la izquierda, era, á buen seguro, la de Sancho Panza sobre su positivo rocín. Habíamos llegado precisamente á la frontera francesa. El noble caballero de la Mancha inclinó la cabeza ante la bandera tricolor que flameaba al viento sobre los palos; el buen Sancho saludó con ademán ceremonioso y frío á los primeros gendarmes franceses que se nos aparecieron. Después, los dos amigos caminaron delante de mí. Los perdí de vista, y de cuando en cuando oía los entusiastas y clamorosos relinchos de Rocinante y los positivos rebuznos del asno.

Entonces creía que el ridículo del quijotismo consistía en esto: á saber, en que el noble caballero había querido volver en vida á un pasado enterrado definitivamente. Así es que sus pobres miembros, especialmente las costillas, se habían reconciliado, á fuerza de porrazos, con la realidad presente. Después, he sabido con amargura que es una grandísima locura eso de querer involucrar el porvenir en el presente, cuando en las escaramuzas contra los grandes intereses del día se ha de llevar únicamente un rocín delgadísimo y hambriento, una armadura oxidada y un espíritu tan mezquino y añejo como el rocín y la armadura. En esto, como en lo otro, el prudente quijotismo sacude compasivamente la cabeza henchida de buen juicio. Pero Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del univer-

so, y aunque yo yazca sobre la tierra, no retiraré jamás estas palabras. Suceda lo que suceda. «¡Pasadme de parte á parte, con vuestras lanzas, caballeros de la Luna de plata, bárbaros enmascarados!»

¿Qué idea primitiva guió á Cervantes para escribir su libro? ¿Se proponía concluir con la lectura de los libros de caballerías, tan extendida en España, que nada podían contra semejante afición las ordenanzas eclesiásticas y civiles? ¿Quería ridiculizar en general todas las manifestaciones del entusiasmo humano, y junto á éstas, las de los caballeros andantes? Evidentemente, hubo en él la intención de arremeter contra tales novelas, ya que, mostrando el absurdo de ellas, las entregó á la rechifla universal y acertó á las mil maravillas. Lo que no pudieron conseguir los predicadores en sus púlpitos, ni las amenazas de las justicias, pudo lograrlo un pobre escritor con su pluma. Y de tal manera fué grande el éxito, desde este punto de vista; de tal suerte acabó para siempre con las novelas caballerescas, que, desde la aparición de *Don Quijote*, feneció la afición por semejante suerte de farsas. No volvió á publicarse un solo libro de caballerías. Pero la pluma del genio es cien mil veces más atrevida que el genio mismo, y Cervantes, sin darse cata de ello, escribió la sátira humana más feroz contra los entusiasmos de los hombres.

Ni se dió cuenta ni se enteró jamás de cosa por el estilo el gran Cervantes, el héroe que había pasado la mayor parte de su vida en aventuras caballerescas y que de viejo solía recordar con orgullo que había sido soldado en Lepanto, gloria que le costó perder para siempre la mano izquierda.

Fué un hombre fuerte y hermoso D. Miguel de Cervantes Saavedra. Era de frente alta y de arrojado corazón: maravillosa la magia de sus ojos. Como hay gentes que ven hasta el fondo de la tierra y descubren los tesoros y los cadáveres subterráneos, así la vista del gran poeta penetraba hasta dentro de la corteza del corazón humano, y veía con claridad lo que para otros permanece eternamente oculto. Para los buenos,

su mirada no era sino un rayo solar que llenaba de luz alegremente su interior; para los miserables, una espada que cortaba trozo á trozo, cruelmente, los sentimientos más recónditos. Aquella mirada suya se colaba, enigmática, en el alma; hablaba con ella, y si no quería responder, la sometía á tormento; y el alma yacía sangrando sobre el potro de la tortura, mientras su envoltura corporal tenía el aspecto de condescender animosamente al suplicio. Así, pues, no es para maravillarse que tanta gente le fuese adversa, y que nuestro héroe encontrase tan débiles y escasos apoyos en el curso de su vida. Jamás alcanzó una desahogada posición, y de sus fatigosas peregrinaciones por la tierra no extrajo nunca perlas, sino conchas vacías.

Dícese que no sabía apreciar el valor del oro, pero yo puedo aseguraros que sabía tenerle en su justa y exacta estima cuando carecía de recursos. Por lo demás, no lo apreció, naturalmente, tanto como el honor. Tenía deudas, y en la constitución que, según él, concede Apoló á los poetas, tiene un primer artículo que dice así: «Cuando afirme un poeta que no tiene dinero, debe creérsele bajo su palabra y no intimarle al juramento.» Amaba la música, las flores, las mujeres. Pero le salió rematadamente mal el amor á la mujer, sobre todo de mozo. Tal vez la conciencia de su grandeza futura le consolase en su juventud, cuando las zalameras y mal miradas rosas lo pinchaban y desgarraban con sus espinas.

Una vez—era una tarde luminosa de estío—paseaba á las orillas del Tajo con una bella de diez y seis años que no se hartaba nunca de burlarse de las ternuras de nuestro héroe. El sol no se había puesto aún y deslumbraba entre sus pompas de oro; pero en el cielo había asomado ya su carita la luna, grácil y pálida como una nubecilla blanca.

—¿Ves—dijo el poeta á la amada—ves allá abajo aquella esferilla pálida? El río, en que se refleja, canta su canción apacible á nuestros pies, y parece que soporta piadosamente, compasivamente, en sus aguas orgullosas, la mísera imagen

de la luna; de tal modo es como te digo, que las ondas la rechazan, encrespándose y saltando hacia la orilla. Pero deja que venga la noche, amor. A medida que crezcan las sombras, aquella pálida esfera resplandecerá y alumbrará en lo alto gloriosa, siempre más gloriosa, llena de gracia. Y el río recibirá su luz, y las aguas, que poco antes la rechazaban llenas de soberbia, temerán ante el astro espléndido y se hincharán ante él voluptuosas.

Hay que buscar la vida de los poetas en sus obras, porque en ellas se encuentran sus confesiones más íntimas. Que Cervantes fué soldado durante largos años, es cosa que se lee en todos sus escritos, más en los dramas que en el mismo *Don Quijote*. En Cervantes, el dicho romano «vivir es combatir», se realiza en el doble sentido de la frase. Combatió como un soldado vulgar en aquellos feroces espectáculos de guerra que el rey Felipe II—para honra y gloria de Dios y para dar salida á sus caprichos—representó en todos los países.

El hecho de que Miguel de Cervantes pusiera toda su mocedad en provecho del más grande campeón del catolicismo y de que defendiese personalmente la causa católica, induce á creer que el catolicismo le fué grato, y rebate la opinión de aquellos que aseguran que si no hubiera sido por el Tribunal de la Inquisición, Cervantes hubiera defendido en el *Quijote* las ideas protestantes de su tiempo. No; Cervantes fué un hijo sumiso de la Iglesia romana, y no solamente dió su sangre en las batallas por la bendita enseña, sino que por ella también padeció, con ánimo esforzado y valeroso, el más cruel martirio en una esclavitud de muchos años entre los infieles.

Conocemos, al respecto, muchos pormenores de la vida de Cervantes en Argel, los cuales nos llenan de admiración al poeta que fué un héroe sin igual. La historia de la esclavitud soportada por Cervantes, refuta con poderosa eficacia las melodiosas mentiras y los taimados embustes de aquel mórbido y famoso vividor, que dió á entender á Augusto y á todos los pedantes alemanes que él era un poeta, y que todos los poetas

son unos bellacos. No; el verdadero poeta es también un héroe, y en su pecho habita la paciencia, que, como dicen los españoles, es un segundo valor. No hay espectáculo más sublime que ver á este noble caballero castellano, esclavo del Dey de Argel. Piensa en su libertad constantemente; prepara noche y día las más atrevidas escaramuzas; sabe mirar tranquilamente y cara á cara los mayores peligros, y cuando el edificio se viene abajo, cuando fracasa el plan labrado subterráneamente, es capaz de sufrir todas las torturas y está dispuesto á morir antes que á traicionar con una sílaba á sus cómplices. Miguel de Cervantes era conocido en Argel con el sobrenombre del *manco*, y el Dey confiesa que no podía dormir tranquilo y seguro de la ciudad, del ejército y de los esclavos, cuando ignoraba si el *manco* español estaba cuidadosamente vigilado.

Dije que Cervantes fué siempre un soldado común. Pero aun en este puesto subalterno y oscuro, se señaló con tanta fortuna y se hizo estimar tanto de su gran general D. Juan de Austria, que obtuvo en Italia, cuando regresaba á su país, cartas para el rey con testimonios honrosísimos que lo recomendaban de todas veras para un ascenso en su carrera gloriosa. Luego, cuando los corsarios de Argel, capturándole en el Mediterráneo, dieron con tales cartas, lo tuvieron por un personaje de alta alcurnia, y tan fuerte rescate pedían por su libertad, que su familia, ni aun á costa de toda suerte de sacrificios, pudo rescatarle, y el pobre poeta tuvo que sufrir, por ende, una más larga y enojosa esclavitud. Así es, que para Cervantes el reconocimiento de sus méritos fué ocasión de nuevos infortunios, y la fortuna se burló de él hasta última hora. La fortuna, que no perdona jamás al genio que saboree el humor y la gloria, cuando ella no ha servido de protectora y de tercera.

Pero la desgracia del genio, ¿es siempre efecto de la fatalidad? ¿O es más bien algo que surge necesariamente de su naturaleza íntima ó de la substancia que le rodea? ¿Es el alma del poeta la que quiere golpearse contra la realidad? ¿Es la

realidad misma la que comienza una batalla de ventaja contra aquel espíritu esforzado?

La sociedad es una república.

Cuando el individuo hace esfuerzos para levantarse, el rasero común lo mantea con el ridículo y con la infamia. Nadie debe tener más virtud ni espíritu más grande que los demás. Si hay algún indiscreto que por la inflexible pujanza del ingenio eleva su cabeza sobre el nivel común, sea condenado por la sociedad al ostracismo. Ya se encargará ésta de perseguirle con despiadados motejos y calumnias, de tal modo que el héroe no tenga más camino que el de la soledad de sus pensamientos.

Sí; la sociedad es republicana por naturaleza. Toda soberanía le es odiosa, así la intelectual como la material, ya que esta última se apoya sobre la primera más de lo que generalmente se cree. Nosotros mismos hemos presenciado semejante fenómeno después de la revolución de Julio, cuando el espíritu del republicanismo se manifestó en todas las relaciones sociales. La gloria de un poeta era tan odiada por nuestros republicanos como la púrpura de un emperador. Querían tambien suprimir las desigualdades espirituales que existen entre los hombres, y como ya habían establecido la vulgaridad del pensamiento en todo el territorio del Estado, querían decretar, asimismo, la igualdad en el estilo.

En efecto; el buen estilo fué desacreditado como cosa aristocrática, y nosotros vimos afirmar varias veces que «el verdadero demócrata escribe, como el pueblo, de corazón, grosera y desaliñadamente». Nada más fácil que esto á la mayoría de los hombres del movimiento; pero no á todos les es dada la virtud de escribir mal, y mucho menos á quienes tienen la costumbre de escribir bien. Pero entonces no se cansaban de gritar:

—Es un aristócrata, un *dilettante*, un exquisito de la forma, un amigo del arte, un enemigo del pueblo.

Lo decían y lo pensaban honradamente, ¡como San Jerónimo, que consideraba pecaminoso su hermoso estilo, y por tal motivo se azotaba con santa razón.

Y sino hay nada en el *Quijote* que pueda antojársenos adverso al catolicismo, tampoco encontramos en él cosa alguna que sea contraria al absolutismo. Los que encuentran en el libro inmortal cosas distintas, se equivocan más de lo que sospechan. Cervantes pertenecía á una escuela que había idealizado, hasta poéticamente, la obediencia incondicional al soberano. Y este soberano era el rey de España en un tiempo en que su majestad era acatada y seguida de todo el mundo. El último soldado se consideraba como apéndice lejano de aquesta majestad, y sacrificaba de buena gana su libertad individual á tal satisfacción del orgullo castellano.

La grandeza política de España iluminaba y encendía el espíritu de sus escritores. En el alma del poeta español, como en el imperio de Carlos V, no se ponía nunca el sol. Habían concluído las feroces luchas con los moros; y así como después de un temporal, las flores despiden un aroma más grato, así también la poesía florece con más esplendor después de los horrores de una guerra civil. Lo mismo acaece en Inglaterra, en los tiempos de la reina Isabel; contemporáneamente á la de España, allí florece también una escuela que nos invita á las comparaciones más curiosas y peregrinas. En Inglaterra, Shakespeare; en España, Miguel de Cervantes, son las flores de la escuela.

Tan es así, que los poetas españoles, durante el reinado de los tres Felipes, y los ingleses, durante el de Isabel, tienen, á no dudarlo, un cierto aire de familia; ni Shakespeare ni Cervantes pueden pretender, á lo que se me alcanza, los honores de la originalidad. Ellos no se diferencian, en efecto, de sus contemporáneos por un modo particular de sentir ó pensar, de representar ó describir, sino únicamente por sus mayores intimidad, profundidad, delicadeza y fuerza; mas su arte está revuelto y penetrado por el éter misterioso de la poesía.

Estos dos poetas no fueron solamente las eflorescencias de su época, sino que fueron también las raíces del porvenir.

Así como Shakespeare, por la influencia especialísima de

sus obras en Alemania y en la Francia actual, debe ser considerado como el fundador del teatro contemporáneo, así también Cervantes debe ser considerado como el fundador de la novela moderna. Permítanseme, de pasada, algunas observaciones.

La novela antigua, la novela caballeresca, brotó de la poesía de la Edad Media; al principio, tal linaje de novelas no fué otra cosa sino una refundición en prosa de las epopeyas cuyos héroes pertenecían al ciclo legendario de Carlo Magno ó de San Graal; el argumento estribaba siempre en aventuras caballerescas. Era la novela de la nobleza, y los personajes que en ella figuraban eran, ó criaturas fabulosas de la fantasía, ó caballeros de espuelas de oro; del pueblo no hay en ellas la más insignificante traza jamás. Cervantes aplastó para siempre, con *Don Quijote*, tales novelas, degeneradas hasta un grado increíble. Pero escribiendo la sátira que destruía la novela añeja, fabricaba, al mismo tiempo, los materiales para una nueva invención: la novela moderna. Así hacen siempre los grandes poetas; destruyen lo viejo mientras edifican lo nuevo; jamás niegan sin afirmar algo. Cervantes fundó la novela moderna, introduciendo en la de caballerías la descripción fiel de las clases ínfimas de la sociedad, mezclando en ellas la vida del pueblo. No existe únicamente en Miguel de Cervantes, sino en toda la literatura de aquel tiempo, la inclinación á describir la vida de la plebe y de la canalla más harapientas.

Y no es esta afición de los poetas, mas también de los pintores de aquel entonces. Así Murillo, que robaba al cielo los colores más exquisitos para pintar sus Vírgenes más hermosas, pintaba con el mismo entusiasmo las figuras más repulsivas de aquella tierra. El entusiasmo del arte era, tal vez, la causa de que aquellos nobles españoles gozasen lo mismo retratando con la mayor escrupulosidad un pordiosero quitándose los piojos de la sucia pelambrera, que haciendo un cuadro con la imagen bendita de la Virgen. Dependía, acaso, de la singula-

ridad del contraste, el hecho que arrastraba á nobilísimos gentileshombres—cortesanos refinados, como D. Francisco de Quevedo, ó ministros modernos, como Hurtado de Mendoza—á componer novelas de estafadores y pícaros; gustaban trasladarse con la fantasía de su monótona esfera de vida á condiciones de vida radicalmente opuestas, como ha sucedido, si bien por razones no semejantes, á ciertos escritores alemanes, que llenan sus novelones de pinturas de la alta sociedad, convirtiendo á todos sus héroes en condes y barones. En Cervantes no encontramos todavía la tendencia exclusiva á describir lo innoble por el mero hecho de escribirlo; mezcla lo ideal á lo positivo para aclarar aquél y ensombrecer éste. El elemento noble tiene en su novela el mismo valor y el mismo desarrollo de acción que el elemento popular. Pero este elemento noble, caballeresco, aristocrático, desapareció por completo de las novelas inglesas, que, al principio, imitaron á Cervantes y lo han tenido continuamente, hasta hoy, delante de los ojos como modelo exclusivo. ¡Qué temperamento más prosaico el de los ingleses después de la aparición de Richardson! El espíritu repulsivo de su tiempo choca violentamente á toda enérgica pintura de la vida del pueblo; del otro lado de la Mancha vemos surgir esas novelas en las cuales se describe menudamente la pequeña y prosaica vida de la burguesía. Esta pobre literatura inundó y sumergió al público de Inglaterra, hasta que el gran escocés hizo en la novela una revolución, ó mejor dicho, una restauración. Y así como Miguel de Cervantes y Saavedra introdujo en la novela el elemento democrático cuando la dominaba por entero el elemento caballeresco, así también Walter Scott la restituyó el elemento aristocrático que había desaparecido de ella ante la prosa invasora de los burgueses remilgados. La proporción que admiramos en el *Quijote* de Cervantes, la alcanzó, por un procedimiento opuesto, Walter Scott.

En este respecto, no se ha reconocido hasta ahora, según creo, el mérito del segundo poeta inglés. Sus inclinaciones

tory y sus predilecciones por el pasado, hicieron un gran bien á la literatura y á sus obras maestras, que levantaron inmensa marejada y un enjambre de imitadores, y azotaron cruelmente en los más obscuros rincones de los gabinetes los cenicientos fantasmones de la novela burguesa. Hay que proclamar á Walter Scott inventor de la novela histórica; se me antoja imbécil tratar de extraer esta literatura del movimiento alemán. Recuérdese que la característica de la novela histórica estriba precisamente en la armonía del elemento aristocrático y del democrático; que Walter Scott, resucitando el primero de tales elementos, ha restaurado admirablemente aquella armonía, rota por el exclusivo predominio del elemento burgués. Y añádase, para completar la observación, que, por el contrario, los románticos alemanes han renegado en sus novelas del elemento plebeyo, para encajonarse y embutirse nuevamente en los rodeles de las novelas caballerescas anteriores á Cervantes.

Nuestro La Motte Fouqué no es más que un solitario, apartado de la triste compañía de aquellos poetas que trajeron al mundo el Amadís de Gaula y otras aventuras semejantes y, por lo que á mí toca, admiro no ya el ingenio, sino también el valor que ha necesitado el noble varón para ponerse á escribir sus libros de caballerías doscientos años después de la aparición de *Don Quijote*. ¡Curiosos años los de Alemania, cuando estos libros comenzaron á imprimirse y las gentes á saborear su lectura! ¿Qué significaba en la literatura semejante predilección por la caballería y las imágenes de los viejos tiempos feudales? El pueblo alemán—no tengo inconveniente alguno en creerlo—quería despedirse para siempre de la Edad Media; pero, tiernos de corazón, preferían despedirse con un beso. Toquemos por última vez con nuestros labios las viejas piedras sepulcrales. Alguno de nosotros, en verdad, ha hecho majaderías sin cuento. Ludovico Tieck, el niño terrible de la escuela, se puso á desenterrar los ascendientes, á sacarlos de sus tumbas, y bamboleaba cada féretro como si fuese una cuna,

y con un delirio infantil se ponía á cantar sobre sus cenizas: «abuelo, abuelita, abuelo».

He llamado á Walter Scott el segundo gran poeta de Inglaterra y he calificado sus novelas de obras maestras. La alabanza va dirigida á su genio, sobre todo, ya que no puedo comparar, bajo ningún concepto, sus novelas á la gran novela de Cervantes, que sobrepuja muy mucho á Scott en espíritu épico. Cervantes fué—ya lo he dicho—un poeta católico; añádase aquella gran serenidad épica que como un cielo de cristal cubre y circunda el mundo multicolor de sus personajes; jamás late en Cervantes la duda; agréguese á todo esto la tradicional pachorra del carácter español. Pero Walter Scott pertenecía á una iglesia que pone en tela de juicio hasta las cosas divinas. Como abogado y como escocés, estaba habituado á la polémica y á la acción, y en sus novelas, como en su espíritu y en la vida, prevalece el drama. Sus obras, en consecuencia, no pueden ser consideradas como puros modelos del género literario al que damos el nombre de escuela. Corresponde á los españoles la gloria de haber producido la mejor novela, como á los ingleses el honor de haber llegado á las cumbres de lo dramático.

Y para los alemanes, ¿qué queda? Porque nosotros, los italianos, somos los mejores líricos del mundo. En el momento actual, todos los pueblos estan sumidos en negocios políticos; pero vendrá un día en que todos juntos, alemanes, ingleses, españoles, franceses é italianos nos pongamos á cantar, y entonces el juez será un ruiseñor. Y estoy seguro que el premio en este torneo del canto será para el *lied* (canción) de Goethe.

Cervantes, Shakespeare y Goethe son el triunvirato que alcanzó la mayor altura en las tres formas de la representación poética: la epopeya, el drama, la lírica. Quien escribe estas líneas tiene, tal vez, una particular competencia para elogiar á nuestro genial compatriota como el más perfecto poeta de canciones, de canciones, en el verdadero sentido de la palabra. Goethe está á medio camino de las dos escuelas de la dege-

neración lírica; una de ellas se designa un poco abusivamente con mi nombre. Las dos tienen su mérito, é indirectamente han hecho un gran bien á la poesía alemana. La primera sirvió de saludable reacción contra el idealismo exclusionista, torció los espíritus á la realidad inagotable y desbancó aquel petrarquismo sentimental que me ha parecido siempre el quijotismo lírico. La escuela sueva algo hizo también por la salud de la poesía alemana. Si en la Alemania del Norte pudieron escribirse obras de poesía verdaderamente sanas, débese al influjo de esta escuela que mató todos los malos humores enfermos, cloróticos y piadosamente sentimentales de la musa alemana. Sttugart fué el cauterio de la musa alemana.

Aunque asigne al mencionado triunvirato la supremacía en la novela, en el drama y en el canto, estoy muy lejos de disminuir el valor de otros soberanos poetas. Es polémica de imbéciles la de determinar qué poeta es superior á otro. La llama es llama; no se puede pesar ni por libras ni por onzas, y únicamente la blebeya y basta estupidez de un mercachifle puede pesar el genio en su balanza ruin. No solamente los antiguos, sino también los modernos, hicieron poemas en los cuales alumbra el fuego sagrado como en las obras maestras de Shakespeare, Cervantes y Gœthe. Estos nombres se citan juntos por que van envueltos en un lazo misterioso. Campea en sus descripciones un aire de familia; se respira dentro una eterna dulzura como aliento de Dios; florece en ellas la circunspección de la naturaleza. Gœthe recuerda con frecuencia, como Shakespeare, como Cervantes, y á Cervantes se parece mucho hasta en ciertas particularidades del estilo, como, por ejemplo, en aquella serena y cómoda prosa llena de color y henchida de la más inocente y dulce ironía. Cervantes y Gœthe se asemejan hasta en los defectos: en aquella prolijidad del discurso, en aquellos largos períodos parangonables á la concurrencia de un cortejo real. De vez en cuando, un solo pensamiento se asienta en la amplitud de tales períodos, que marcha con la gravedad de una gran carroza de corte, toda de oro, tirada

por seis caballos empenachados. Pero este único pensamiento es una alteza, cuando no es una majestad.

Del espíritu de Cervantes y de la influencia que tuvo su libro podía daros una pequeñísima idea, y quiero extenderme todavía menos en estudiar su verdadero valor artístico, porque tropezaría con discusiones que me llevarían muy lejos del campo de la estética. Haré solamente algunas observaciones sobre la estructura de la gran novela y sobre sus dos figuras centrales.

La forma es la de una narración de un viaje, la más natural para este género de invenciones poéticas: baste recordar el *Asno* de Apuleyo, la primera novela de la antigüedad. La uniformidad, que es el defecto de tales narraciones, se quiere evitar más tarde con lo que hoy llamamos la fábula de la novela. Pero la mayor parte de los novelistas, escasos de inventiva, se prestaron la fábula unos á otros, ó, por lo menos, se aprovecharon de las fábulas ajenas, con ligeras modificaciones. Por esta eterna repetición de los mismos caracteres, enredos y situaciones, el público se cansó finalmente de tales novelas, y para huir del aburrimiento de las fábulas rehechas y vueltas á rehacer, recurrió, durante algún tiempo, á la vieja y original forma de la descripción de viajes, que se volvía á abandonar cuando aparecía un poeta con frescas y rozagantes fábulas. En literatura, como en política, todo se mueve en virtud de la ley de acción y de reacción.

La dos figuras de Don Quijote y de Sancho Panza, que en la parodia continuada se compenetran tan admirablemente, que las dos forman el verdadero héroe de la novela, atestiguan con igual fuerza el arte y la profundidad del poeta. Mientras en otras novelas en las que el héroe camina solo por el mundo, para comunicarnos sus pensamientos é impresiones, los escritores tienen que recurrir á los monólogos, á las cartas, al diario, Cervantes pudo introducir á su vez un diálogo naturalísimo. Y de la constante sátira que un personaje hace de los discursos del otro, aparece más clara y patente la intención del poeta. De muchas maneras fue luego imitado este doble sím-

bolo de Cervantes que da á su libro una estructura tan artística, de cuyos caracteres, como de germen único, crece, se desarrolla y se manifiesta, como un gigantesco árbol de la India, la novela entera con toda su lujoriosa frondosidad, sus flores bien olientes, sus espléndidos frutos, y los monos y los pájaros que saltan, se alborozan y se besan lánguidamente por las ramas.

Pero sería manifiesta injusticia contar como serviles repeticiones la introducción y repetición de aquellas dos figuras. Don Quijote y Sancho Panza, corriendo el uno en busca de aventuras, siguiéndole el otro, mitad por interés, mitad por afección, lo mismo los días de sol que los de lluvia, son tipos que se encuentran con frecuencia en la vida corriente. Nosotros los hemos tropezado varias veces. Para reconocer de una vez para siempre, bajo diversos aparejos y vestiduras, á la pareja inmortal, se precisa, es verdad, poner la vista en lo esencial, en las señales interiores y no en lo accidental de las apariencias. Muchos ejemplos pudieran citarse. ¿No volvemos á encontrar las figuras de Don Quijote y Sancho Panza, lo mismo en las figuras de Don Juan y de Leporello, como en los personajes de Lord Byron y de su criado Fletcher? ¿No reconocemos los dos tipos y sus mutuas relaciones, así en la figura del caballero de Valdsea y de su Gaspar Larifari, como en la figura de algún escritor y de su editor? Este último se da perfecta cuenta de las locuras de su autor; pero para aprovecharse realmente de ellas, le acompaña en todos sus viajes fantásticos. Y el señor editor Sancho, aunque saque burlas de su negocio, está continuamente en buenas carnes y de color excelente, mientras el noble caballero enflaquece más y más cada día.

No solamente entre hombres he encontrado el tipo de Don Quijote y de su fiel escudero; lo he encontrado también entre mujeres. Me acuerdo particularmente de una inglesa, una rubita ideal, escapada con una amiga de un banquete de señoritas, que se proponía correr el mundo en busca de un noble corazón masculino, tal como lo había soñado en las tibias noches

alumbradas por la luna. La amiga, una morena membruda y fuerte, quería con tal motivo atrapar, si no un pedazo de ideal, sí algo que se pareciese á un marido. Me parece ver aún á la simpática mujercita, con los ojos azules anhelosos de amor, enviar desde la playa de Brighton lánguidas miradas, allá lejos, muy lejos, sobre el mar tempestuoso, hacia la costa francesa. La amiga, en tanto, cachaba nueces, comía con aire glotón almendras y tiraba las cáscaras en el agua.

En las obras maestras de los demás artistas no se presentan tan completos los dos tipos, y tan acabados y estudiados en sus relaciones recíprocas, como nos los presenta Cervantes. Todas sus particularidades tienen un gesto de parodia. Así, entre Rocinante y el canoso pollino de Sancho existe el mismo irónico paralelismo que entre el caballero y el escudero, y las dos bestias son, desde cierto punto de vista, los simbólicos portavoces de las mismas ideas. Lo mismo cuando piensan que cuando hablan, amo y escudero nos hacen meditar en los contrastes más singulares. El buen Sancho, con su hablar con retazos de refranes y picardías, nos hace pensar en el loco del rey Salomón, en Marcolfo, que, á imagen y semejanza del escudero español, expresa en sentencias breves y compendiosas la sabiduría práctica del pueblo bajo frente al idealismo patético. Don Quijote, por el contrario, habla la lengua culta de las clases superiores, y aun de la grandeza del período bien redondeado es cuidadoso el hidalgo noble é ilustre. La construcción de este período es muchas veces demasiado complicada, y la elocuencia del caballero recuerda una soberbia dama de corte en amplio traje de seda con larga cola rumorosa. Pero las gracias, convertidas graciosamente en pajes, cuidan del vestido sonrientes. Los largos períodos se desenvuelven con ritmo encantador. En una palabra, y para concluir: Don Quijote habla siempre desde su altura, caballero en Rocinante; Sancho Panza, sentado á horcajadas en su pobre borriquillo.

G. Carducci

GOYA

POR

VALERIANO DE LOGA

(CONTINUACIÓN)

El fatídico año de 1808 marca fecha también en la fecunda actividad de Goya.

Desde que por el tratado de San Ildefonso se emancipó España del influjo de Inglaterra, entregóse á merced de Francia. La inconsistencia é incertidumbre de la política exterior, la mala administración financiera, los escándalos é intrigas de la corte, y por último, las discordias de la familia real, facilitaron el ataque de un enemigo como Napoleón. La catástrofe de Aranjuez fué un prólogo del inaudito proceso contra el heredero del trono. Cuando en aquellos días de Marzo los clamores de la multitud llenaron la tranquila ciudad y el anchuroso palacio, vaciló el frágil trono de Carlos IV y María Luisa.

Grande era el júbilo del pueblo ante las esperanzas que prometía el príncipe heredero, y aun los mejores elementos de la población, profundamente abatidos por la honda opresión de los últimos años, confiaban en la buena estrella de Fernando. Los grandes acontecimientos se habían sucedido con tal rapidez, que no hubo tiempo para la desilusión.

Fernando, que veía en Goya al favorito de sus padres, el comensal del príncipe de la Paz, su enemigo de muerte, debía odiarle; pero poseía la habilidad de atraer al genio, y se hizo retratar por él. El retrato en que aparece de pie en el Museo

del Prado, donde el joven príncipe mira al campamento, fué pintado probablemente antes de su subida al trono. Por su parentesco en la disposición, accesorios y color, como, por ejemplo, el azul de acero del fondo con el de Godoy en la guerra de Orange, debe colocarse en los primeros años del nuevo siglo.

El retrato ecuestre de la Academia se distingue por su estilo suelto como obra precipitada de aquellas pocas semanas, entre la entrada real en Madrid y la partida de los reyes á Bayona. Quizá se quiso conmemorar su triunfo sin ejemplo, cuando, en 24 de Marzo, cabalgaba por la Puerta de Toledo entre los innumerables vítores del pueblo entusiasmado; la misma Puerta que después vió pasar al «idolatrado rey», para escuchar luego el grito de venganza de la misma multitud que con ciega rabia destruía el odiado monumento de aquellos días, ricos en esperanza.

El exterior de Fernando era un espejo de su carácter. Tenía de su padre la estatura, su indolencia é irresolución; de su su madre, el mal natural, sus vicios, su incertidumbre y perversidad. La boca contraída bajo su labio superior, extraordinariamente delgado, la fuerte barbilla, y ante todo, la mirada inquieta y llameante, hacían su aspecto siniestro y antipático.

Napoleón, á quien la suerte proporcionó muchas ocasiones favorables, procedió en los asuntos de España con gran maestría y cálculo. Aprovechando la excisión de ambos partidos, atizó las discordias de familia, seduciendo al padre y al hijo en igual medida para, cuando los tuvo en suelo francés, hablarlos de otro modo que en el centro de España. Después de hacer abdicar á Carlos, impidiendo al mal acousejado Fernando que aceptase la corona, convenció al primero de la imposibilidad de sostener su situación, y obligó al segundo á pretender. En tal aprieto, no le quedaba al anciano, á quien siempre faltó energía y el valor y el sentimiento de su deber, otra elección que deponer á los pies del déspota la corona que pesaba sobre sus hombres. Y así terminó esta tragi-comedia con la expulsión de los dos Borbones y la posesión del trono de España por

el hermano del emperador. Pero Napoleón, aunque precavido, había olvidado algo. El hijo de la revolución menospreciaba el patriotismo y el sentimiento monárquico de los pueblos. No creía en el arraigado sentimiento de fidelidad á la dinastía ni en el fuerte resorte de la religión y de la tradición por las cuales se ofrece la vida y la hacienda. Cuando antes de su primer asalto derribó los más antiguos tronos de Europa, no sospechaba que del suelo que mancillaba se alzarían innumerables vengadores.

Este gran movimiento nacional, al principio secreto en las gargantas y valles y creciendo paulatinamente, y convertido después en poderosa y sagrada llama, y por fin en huracán que destruye el nuevo imperio, tuvo en España el primer triunfo que envalentonó á toda Europa.

Ciertamente había allí hombres, y no los peores, que veían en Napoleón al Salvador del mundo que preparaba el reinado de la igualdad, la libertad y la justicia, y los desesperados creían que un fresco botón renovaba el decrépito árbol de los Borbones. El astuto Urquijo, Moratín, Cabarrús, y Mazarredo se adhirieron á José. También Goya se unió á éstos, quizá por mezquino oportunismo. Pero ¿cómo había de mantenerse firme, si los mejores vacilaban? Sabía que su pueblo necesitaba un gobierno que pudiera dominar el egoísmo y el odio desenfrenado de los partidos. Para él, que con su gran corazón sintió todas las miserias de su tiempo, y que con extraordinario valor, con el agudo filo de su sátira, había combatido la vanidad y la hipocresía, el orgullo y la codicia, era dogma que ante tales acontecimientos no se podrían exigir responsabilidades privadas.

Pronto el júbilo con que Madrid recibió á los franceses trocóse en retraimiento y desconfianza. En diversos sitios hubo encuentros entre la población y la insolente soldadesca, que aumentaban de día en día desde la marcha de Fernando. Cuando de hora en hora llegaban las amenazadoras noticias de los malos tratamientos de que era objeto el querido monarca, para cuya difusión tenía que emplear súbditos disfrazados, y se com-

prendió por fin lo que había que esperar de la amistad de Francia, creció la contenida indignación hasta estallar.

Sabido es que la señal del estallido fué el viaje de los infantes ordenado por Napoleón. Comprendióse que aquella medida sólo tenía por objeto alejar del país á los últimos vástagos de la casa real, y cuando se supo que el joven príncipe Francisco de Paula se negó llorando á abandonar España, la excitación no tuvo límites. Ya en la mañana del 2 de Mayo de 1808 se había reunido gran muchedumbre ante el Palacio Real (1), con la manifiesta intención de impedir la conducción de los infantes ordenada por Murat. Al punto, Murat, con inflexible energía, hizo que la artillería despejase la plaza. Después repelieron las tropas á la muchedumbre, casi desarmada, hasta la Puerta del Sol, en donde los mamelucos cargaron sin piedad sobre el pueblo. Cuando por fin terminó la sangrienta represión, empezó á funcionar el consejo de guerra en la casa de Correos, y durante la media noche y á la mañana siguiente, 3 de Mayo, gran número de españoles, de los cuales muchos ni siquiera tomaron parte en el montín, fueron fusilados.

Goya, que presenció esta crueldad, tuvo la osadía de pintarla. Historiador fiel de la verdad, que nada oculta ni perdona, reprodujo con su genio vigoroso y su mano casi trémula ya, lo que sus ojos habían visto. Los rostros sanguinarios de los combatientes, el terror de la muerte y sus convulsiones y la vaga mirada de los moribundos. Nada tienen de heroico aquellos infelices cuya sangre en oscuros arroyos empapa el suelo, y, sin embargo, su aspecto es tanto más terrible.

Cuando pintaba aquella carnicería en tamaño natural, después de concienzudos estudios, estaba lejos de herir patrióticos sentimientos; tampoco pensó, tal vez, en que en aquellas víctimas quizá se sacrificó á muchos infelices inocentes, luego celebrados como héroes, y que las futuras generaciones con-

(1) La siguiente descripción del 2 de Mayo está en parte tomada del magnífico libro de Baumgarten.

memorarían este Dos de Mayo, á cuyo grito aún se estremece Madrid, como día de insurrección nacional. Pero no era tan rudo y falto de gusto, á pesar de estar acostumbrado desde su juventud á ver correr la sangre con cierta indiferencia, para tratar este asunto sólo como un problema pictórico. Lleno de grandes ideas redentoras desde su juventud purificadas, y esclarecidas por la vida y los años, el sexagenario combate, ante todo, la grosería y la bestialidad, lo mismo en el enemigo que en el amigo, siendo así, ante todo, campeón contra la guerra.

En Octubre de aquel espantoso año, se encontraba el Maestro en Zaragoza, llamado, se dice, por Palafox (1) para estimularle á que pintase un cuadro de la famosa defensa. Probablemente le movería también el celo por los amigos y su fortuna, que en gran parte estaba sita en su país, á emprender el viaje no exento en modo alguno de peligros por el excitado país. En esta ocasión volvió á visitar Fuendetodos y sus trabajos de juventud.

Gran ocasión tuvo de hacer estudios de los horrores de la guerra, que debía utilizar después para sus «Desastres». El gran retrato ecuestre del «Duque de Zaragoza» (Museo del Prado), que entonces pintó, dió al artista menos honra, pues el caballo es muy imperfecto. Mucho mejor es la figura en pie de D. Pantaleón Pérez de Nenin, vestido de uniforme de húsares, y que ostenta la fecha de 1808 (D. Pedro Labas).

Cuando José hizo, en 22 de Enero de 1809, su segunda entrada en Madrid, había recobrado la villa cierta tranquilidad y orden, la cual, á pesar de la efervescencia de la guerra en las provincias, no se interrumpió hasta su partida.

Por su conducta amable y franca, y por sus sinceros esfuerzos para hacer la felicidad del pueblo español, de lo cual dió las más palpables muestras, se granjeó partidarios, sobre todo entre los que consideraban la resistencia que tantas crueldades había engendrado, y la anarquía y la usurpación violenta,

(1) Araujo Sánchez: pág. 48.

como el peor de los males. Goya mismo había visto en Zaragoza harta desunión en los patriotas y la inhumanidad de las pasiones del pueblo desencadenadas para confiar mucho en el movimiento nacional; era, además, muy viejo para coger la espada.

Uno de sus más hermosos y magníficos cuadros (Ayuntamiento de Madrid), debió en su origen ser dedicado al nuevo rey. La villa de Madrid, personificada en una hermosa figura de mujer, señala un escudo que sostienen dos jóvenes alados, de jubiloso aspecto. La Fama toca la trompeta y la Victoria se acerca á él con una guirnalda. Sobre la superficie del escudo, donde hoy se leen las palabras «Dos de Mayo», se podía ver antes el relieve de José, el cual luego se grabó sobre la Constitución de Cádiz, que después fué sustituída por la actual.

Cruel suerte sufrieron por el odio del pueblo los retratos del rey intruso, de los cuales fué destruída toda huella. A causa de su empleo oficial, Goya fué encargado, en 25 de Octubre de 1810, de una obra que, indudablemente, le sería harto dolorosa. En unión de sus compañeros Maella y Napoli, debía elegir cincuenta cuadros de Palacio para el Museo de Napoleón (1). La lista contenía: tres Velázquez (la túnica de José, Baltasar Carlos y el Martirio de Santiago), dos Murillos, cinco Zurbaranes, cuatro Riveras y otros tantos Alonso Cano. Encuéntranse allí los nombres de maestros de cuarta y quinta fila, y cuadros que hoy no echaríamos de menos; y ofrece algo de seductor ver en esta elección la peor voluntad del maestro. Seguramente, el celo del saqueador de cuadros, por llevarse éstos al lugar de su destino, no debía ser grande, pues éstos permanecieron en Madrid; mas no es ningún consuelo saber que de ellos, unos fueron robados y los otros destruídos.

Entre los Josefinos (2) pintados por Goya, estaba el célebre

(1) Viñaza: pág. 61, nota.
(2) Afrancesados.

autor de la Historia de la Inquisición, sin duda el más importante. Juan Antonio Llorente no negó nunca sus simpatías por los franceses ni en los espantosos días de París, puesto que socorrió á los sacerdotes franceses fugitivos, ni entonces cuando puso su ingeniosa pluma al servicio del nuevo Gobierno. Aun de viejo, en el destierro, permaneció fiel á sí mismo. Las facciones del retrato de Goya anuncian dulzura y bondad (colección Arnold, Berlín).

También la familia Goicoechea, cercana á nuestro héroe por vínculos de antigua amistad y parentesco, adhirióse públicamente á los franceses, por cuya causa más tarde tuvo que comer el pan del destierro. Juan Martín (nació 1732), que prestó grande utilidad á la vida artística de Zaragoza, y de quien Goya, en sus cartas, habla repetidas veces con la mayor estimación, siguió pocos años después, 1806 (1), á la tumba á su amigo Zapater. Su hijo, del mismo nombre, el suegro del joven Goya (hijo), fué retratado con su esposa, doña Juana Galarza, por el maestro, en 1810 (marqués de Casa Torres, Madrid). Los retratos de D. Juan Bautista de Goicoechea, el cual, por su semejanza, parece pariente más cercano, probablemente hermano, y el de su señora, D.ª Narcisa Barañona, debieron nacer en este año, pues la señora, así como Llorente, ostenta la cruz de José (antes colección Felipe Model, en Madrid, después trasladados á América).

De los trabajos fechados de este período, la figura en pie, tamaño natural, del vasco D. Manuel García de la Prada (París) y el retrato, que no he podido ver, del duque de Trastamara, son los que merecen ser citados. No creemos equivocarnos colocando en aquél y los siguientes años las muchas escenas, en pequeño, de la vida popular.

Una gran parte de la actividad creadora de Goya se empleó desde 1810, de nuevo, en los grabados al agua-fuerte.

(1) Esta fecha se encuentra sobre un monumento, en la Sociedad Económica de Amigos del País.

Como años atrás, cuando su grave dolencia, ahora que el mundo estaba enfermo, fué el grabado uno de sus placeres favoritos en su retraimiento, y sintió como un alto deber grabar en bronce sus preocupaciones de aquellas turbulentas horas: el temor por su patria. La terrible opresión, la indecible angustia que pesaba sobre él al espectáculo espantoso de la inhumana crueldad que sembraba de cadáveres los campos y hospitales, buscaba en él forma y configuración. De todas aquellas hojas parece elevarse un grito que pregunta á la engañada humanidad siempre: «¿Por qué?»

Así nació una segunda y numerosa serie de grabados: «Los desastres de la guerra», estimados por muchos como su trabajo gráfico más perfecto y razonado.

Aparecieron como de un golpe, y parecen haber sido, desde luego, destinados á publicarse en gran número. La primera edición (de la cual aparecen con más frecuencia que en las otras series pruebas con otra numeración) es muy rara hoy día, y seguramente su impresión y venta halló grandes dificultades por la intranquilidad de la época. En el año 1863 publicó la Academia de San Fernando ochenta grabados, precedidos de un corto prólogo biográfico.

Sorprende la desigualdad de tamaño de los cobres, que varían entre 178 × 142 de alto por 262 × 172 de ancho. Llevan la fecha de 1810.

El ejemplar de Carderera (1), que comprende otras dos hojas de alegorías difíciles de comprender, y «Los prisioneros», lleva el siguiente título: «Fatales consecuencias de la sangrienta guerra de España con Buonaparte, y otros caprichos enfáticos, en 85 estampas, inventadas, dibujadas y grabadas por el pintor D. Francisco Goya y Lucientes. En Madrid.» La adición, «otros caprichos enfáticos», explica aquellos grabados, que no contienen sucesos de guerra, sino fantasías alegóricas.

(1) Enrique Mélida: Los desastres de la guerra. El arte en España, II. Madrid: 1863, pág. 208.

Más libre y seguro que en los caprichos maneja aquí el maestro el grabado y emplea el aguatinta con suma perfección. Los contornos son con frecuencia abiertos, como en sus anteriores trabajos, y hacen los perfiles de las figuras algo indeterminados y vacilantes. Para obtener mayor relieve, llena la superficie con multitud de líneas paralelas, horizontales ó verticales. Con este enriquecimiento de la técnica consiguió en los últimos años apoderarse del movimiento en sus más fugaces matices.

Mélida pudo reconocer en algunas hojas la guerra de Mayo en las calles de Madrid (2-3). Ciertos edificios, torres, puertas ó molinos caracterizan la situación tan señaladamente, que se siente uno inclinado á creer que el pintor utilizó estudios del natural y sucesos determinados. El relato escandaloso del saqueo de la iglesia de Cuenca (66 y 67) y el ataque de Adajar, toman vida bajo sus manos y levantó un monumento á la heroína de Zaragoza (7).

No gusta describir la marcha ordenada del ejército ni lo heroico del ataque, sino feroces contiendas y ataques aislados; se detiene más tiempo en el campo de batalla en «las camas de la muerte», entre masas de amontonados cadáveres, «siempre lo mismo», entregados al pillaje de los merodeadores y que, por último, son arrojados de cabeza á una fosa. El único sobreviviente es atacado de náuseas, «para eso habéis nacido» (12). Las tropas fusilan á mujeres y niños; se quema, fusila, ahorca, cuelga ó descuartiza: extranjeros y nacionales rivalizan en inhumana crueldad. Las mujeres, con sus hijos al brazo, atacan con picas ó piedras, y tratan de defender su honra con las armas naturales. El niño corre gritando en pos de su madre, que dos malvados arrebatan. Vemos huir á los monjes, que no pueden defender su convento y que cogen una monja, desmayada en el suelo.

Y el indispensable cortejo de la guerra, el hambre y la peste, se ceba sin consideración en los miserables. El carro de los muertos no conoce reposo. Los hambrientos, como es

queletos, piden en el suelo; mas lo que la compasión puede ofrecer, apenas basta para uno. En algunos casos emplea Goya la alegoría: el hombre devorado por un monstruo, medio oso, medio jabalí (1), el caballo que se defiende de lobos, zorras y perros, no son difíciles de interpretar. El resumen patriótico de toda la obra lo forma realmente el núm. 76: «El buitre carnívoro». Destrozada el águila francesa, rotas sus alas, el pueblo la arroja del país.

Las últimas hojas se refieren probablemente ya á la reacción bajo Fernando. Aves de rapiña devoran un cadáver, un diablo escribiendo un cura en una cuerda rota («que se rompe la cuerda») (77), la zorra firmando un contrato, un cadáver putrefacto. «Nada ello dirá.» Una interminable cadena humana por un desolado yermo, «No saben el camino», recuerda á los ciegos de Brueghel, y espera su misma suerte. Sin embargo, hay un eco de esperanza: «La verdad muere; ¿habrá quién la despierte?»

Los tres pequeños é ingeniosos cobres con prisioneros en cepo, se encuentran en el mismo tomo de Cean que los Desastres, y también hay que incluirlos en este tiempo en cuanto á la técnica. Merecen consideración especial los dibujos preparatorios del Museo del Prado.

También pintó Goya asuntos parecidos á los Desastres. El marqués de la Romana coleccionó estos cuadritos, que conservaba en Madrid su heredero, hasta hace poco. La fugitiva multitud es aplastada sin piedad; relampaguean los fusiles, y un terror de muerte se pinta en el rostro de las mujeres que amparan á sus hijos. La fabricación de pólvora y balas de El Escorial pertenecen á los mejores trabajos de este tiempo.

Para el artista, cuya actividad no encontraba reposo, y que de viejo se proponía problemas pictóricos con más ahinco que de joven, eran estas tablitas algo más que estudios y recuerdos. Y como el pensar y el sentir de Goya se ahondaban, le

(1) Véase también la hoja no publicada, núm. 81. —

apremiaba el deseo de apoderarse de todo rasgo humano, ya en el campo de batalla, en los hospitales, en el Carnaval, en los tinglados de marionetas ó de saltimbanquis, en la plaza de toros, en la audiencia, en la cárcel ó en la casa de locos. Habituado de joven á ver rápidamente, con su prontitud de observación, creció la seguridad de su mano. Llevaba al papel con despiadado realismo todo lo que veía; pero en todas estas impresiones copiadas de la naturaleza, que parecen deber su origen á una fotografía instantánea, se encuentra, observando bien, un arte estupendo. Cada figura está en el sitio que le corresponde. Lo que admiramos como fruto de una hora feliz ó del acaso, acaba por persuadirnos de que es el resultado de una ponderación artística, de un buen gusto superior. Resaltan ciertos principios de composición y emplea siempre antiguos procedimientos que ya usaba con preferencia en los cartones.

Con la misma perfección que el dibujo, trataba la luz y el color. Pero por mucha que fuera la seguridad con que pintase la luz solar (recuérdese «El Entierro de la sardina»), prefería el medio tono de los recintos mal iluminados ó los efectos nocturnos, y hallaba, como todos los artistas viejos, su mayor goce en la monocromía.

Los más esmerados cuadros de esta especie están pintados en tablas de madera. Para los bocetos prefería el lienzo; mas raras veces empleaba el papel de color encolado en madera. Solía dejar que se transparentase la primera capa, y obtenía por este sencillo procedimiento los efectos más exquisitos. Con frecuencia, el color es tan delgado, que la estructura del lienzo se advierte, y luego parece como aplastado por la espátula. Sin embargo, es exagerado decir que Goya tratase cualquier asunto que encontrase á mano (1).

(1) Araujo Sánchez: o. c., pág. 49. D. Bartolomé Gallardo contaba, como testigo ocular, que Goya, cuando sus amigos le visitaban, volcaba la salvadera en la mesa y dibujaba en los polvos caricaturas con el dedo. Sir William Shirling Maxwell. Annales of the Artists of Spain. London, 1891; IV, pág. 1.478.

El 10 de Agosto de 1812 abandonó para siempre Madrid, seguido de sus subordinados. Que nuestro maestro se acercaba ya á los patriotas y que sus años no le impedían incluso salir al campo de batalla, lo atestigua una noticia de su hijo. En el reverso del busto de Wellington, del British Museum, se leen estas palabras: «Un dibujo hecho en Alba de Tormes despues de la batlha de Arapiles (22 Julio 1812), el Duque de Wellington por el q.^{e} le hizo el retrato.»

Otra vez vuelven tiempos inquietos para Goya; toques de campanas é indescriptible júbilo de la multitud que saluda al libertador, al solitario que vuelve de su retiro. El entusiasmo nacional no reconoció límites cuando el Empecinado, el sencillo aldeano que trocó el arado por las armas, inflingiendo graves descalabros al enemigo en la guerra de guerrillas, apareció en el balcón de la casa municipal.

El anciano artista pintó al héroe. Vemos á D. Juan Martín Díez en uniforme de húsares, al valiente guerrillero en cuya quemada faz se advierte un rasgo de modestia y bondad varoniles (Colección Navas, Madrid). Cuando Goya retrató al duque por ruego suyo, parece que hubo una escena violenta. Una observación mal entendida del duque sobre su pintura, puso al artista en tal excitación, que cogió un par de pistolas que halló á mano, y sólo la feliz casualidad de que estuviese presente el hijo, á causa de la sordera del padre, evitó una desgracia. En todo caso, este suceso, si es cierto (1), no impidió que el trabajo se continuase, y el vencedor de Salamanca pudo, entre otros muchos trofeos españoles, entre los cuales se contaban también cuadros de Velázquez, llevarse su retrato ecuestre.

*
* *

Como favorito de Godoy, y por su conducta durante la invasión francesa, no podía esperar Goya de Fernando nada

(1) Viñaza: pág. 469. Araujo Sánchez: pág. 85.

bueno. Conocía el carácter de tal príncipe muy á fondo para no temer contra su persona, á pesar de la promesa de amnistía y el deseo de venganza á que, en efecto, se entregó desde su llegada. Cuando en una noche de Mayo de 1814, poco antes de la entrada del «idolatrado rey» en su «heroica» villa, eran conducidos á inmundas prisiones numerosos hombres de prestigio, entre ellos Quintana (1), Goya no se sintió muy seguro en su casa que el excitado pueblo diariamente amenazaba.

D. José Duaso y Latre, probo empleado administrativo, tuvo oculto durante tres meses al maestro, aguardando á que pasase la mayor excitación. Y mucho le molestó y agrió al maestro no conseguir, á pesar de repetidos intentos, un retrato parecido de su valiente protector (2).

El fastuoso monarca necesitó al maestro. Parece que manifestó, antes de verle, que merecía garrote vil. A pesar de esto, le repuso en su empleo de pintor de cámara. Pero, según se refiere, conforme á su carácter malvado, le encargó que pintase, con intención de que enfermase, escenas del sitio de Zaragoza. Cuando Goya, en compañía de su discípulo Luis Gil Ranz, caminaba por el excitado país, y ambos, á causa de su sordera, empleaban el lenguaje manual, fueron tomados por espías, y sólo por su fuga á Renales, pueblo natal de Ranz, escaparon á grandes rigores.

En primer lugar, el rey pidió su propio retrato del primer pintor de su reino. El retrato en manto de púrpura, del Museo del Prado, es de corta fecha. Llama la atención que Fernando aparece en la misma actitud que en el retrato del campamento, y sus facciones parecen tan juveniles como en el retrato pintado á la antigua usanza, antes de su coronación. Sólo se explica esto, admitiendo que el segundo retrato no fuese pintado del natural.

Merced á los amables obsequios de D. Enrique Zubiri, co-

(1) Baumgarten: o. c., II, pág. 65.
(2) Viñaza: pág. 65.

nocemos un busto, descubierto en Pamplona por dicho señor, no hace mucho.

El retrato con corona, de la Dirección del Canal de Aragón, en Zaragoza, data del año 1814, y es inferior á su vecino el duque de San Carlos. Este bien intencionado, pero inepto consejero del joven Fernando, era una figura enteramente aristocrática. En el colorido son los dos cuadros de increíble frescura; el boceto al óleo de la cabeza del duque (marqués de Torrecilla, Madrid) se distingue por una seguridad de pincel sorprendente, á los setenta años.

Al lado de estas obras maestras, figura dignamente el busto del grabador Rafael Esteve (Museo de Valencia), cuya disposición para la miniatura celebró Goya en 1793, y que figuraba desde 1803 como grabador de cámara en la edición de los Caprichos, al lado del Maestro. Esteve iba á ocupar, de vuelta de un viaje por el extranjero, el puesto de Tomás López Enguidano.

Un autorretrato de que encontramos variantes en la Academia y en el Museo del Prado, lleva la fecha de 1815. Por sus oscuros y abundantes cabellos no se reconoce al anciano de setenta años. Las líneas de sufrimiento que rodean su boca, contraída por una melancólica sonrisa, se han acentuado algo, y sus ojos miran amables, hundidos y sin párpados. Como á causa de su presbicia tenía la costumbre de alzar la cabeza atrás, fué considerado el retrato, equivocadamente, como trozo del cuadro votivo, pintado seis años después, y en que aparece enfermo en los brazos del médico Arrieta. También el bello busto del obispo Fr. Miguel Fernández, que compró el marqués de la Vega, en Bilbao, lleva esta fecha.

En el mismo año hay que colocar la mayor parte de los cobres de su tercera gran serie, «La Tauromaquia». La idea de la obra, quizá preceda á la restauración de esta fiesta por el rey José, prohibida por Godoy, por razones humanitarias, en 1805. La fecha de 1815 es, sin embargo, la única que aparece en la colección.

Más que en los «Desastres», aparece aquí la unidad de plan. Las cincuenta hojas de estudios del mismo género, todos admirables, en el Museo del Prado, de los cuales Goya hizo una selección, ofrecieron material aún para otros muchos cobres.

La obra forma, por decirlo así, un compendio del arte del toreo, y á ella dió ocasión, probablemente, la célebre poesía de Moratín, padre, una historia ilustrada de las aventuras de caza y de doma de los antiguos iberos, hasta las correctas corridas de la actualidad. El origen de cada suerte fué ilustrado con ejemplos. El Buruns fué á capa, y ya los moros inventaron las banderillas (7). Cid Campeador y Carlos V (10, 11) salieron á la plaza. Por haberlos visto con sus propios ojos en la plaza de Madrid, pudo Goya transmitir á la posteridad á muchos valientes: Martinjo, poniendo banderillas al quiebro (15), ó con los pies atados ante el toro (18, 19); Juanitos Apiñanis, saltando á la garrocha, y Pajuelera, terrible picador (22). El americano Ceballos, matando á caballo (23) ó luchando sobre las espaldas de un toro (24); Pedro Romero, el favorito de las mujeres (30), etc. Con la muerte de su rival Pepe-Hillo, en 11 de Mayo de 1801, en Madrid (1), termina la primera parte de la serie que, en vida de Goya, sólo apareció en pocos ejemplares, en aguatinta y numerados.

En el año de 1855 hizo la Calcografía una nueva edición. A estas hojas añadió el comerciante de París, E. Loicelet, otras siete, cuyos cobres compró en España. Llevan la numeración en letras A-G. Ricas en figuras, y con fuertes tonos, se distinguen de las demás por su movimiento y procedimiento pictórico.

Como español de raza, compartía Goya el nacional entusiasmo de sus compatriotas por las corridas de toros. No está aún bien probado que actuase, siendo joven, de torero para

(1) Su nombre de pila fué José Delgado. Le cabinet de l'Amateur. París, 1842. I, pág. 360.

costearse el viaje á Italia; pero, seguramente, estaba familiarizado con todas las suertes. A los ochenta años, en Bordeaux, jactábase ante los desterrados de su experiencia y habilidad, y para impedir á López que estropease su retrato, retocándole más, le propuso enseñarle prácticamente la manera de matar un toro.

Los héroes de la arena, Costillares, Pedro Romero y Martinjo, á cuyos triunfos siempre asistía, fueron retratados por él, años atrás, y hasta pintó á un canónigo de Toledo en traje de torero. Cuadros de toros existen de todas sus épocas. Recuérdese el novillo de los tapices, el toro conducido á la plaza de la Alameda, la «Corrida campestre», en la Academia, etc. «Los toros que se escapan», un nocturno de extraordinaria ferocidad, está en Inglaterra.

VALERIANO DE LOGA

SANTA MARIA DEL MAR

«Ciudad grande, famosa, rica y bien fundada»—pareció Barcelona á Cervantes hace tres siglos. Hace á esta ciudad escenario de las últimas y más lastimosas aventuras de Don Quijote, y describe su vida exuberante y lozana. Cervantes, evidentemente, ponía á esta ciudad, aunque poco la conocería, por encima de todas las ciudades españolas, pues otra vez en las *Dos Doncellas,* cuando los viajeros al caer de la tarde, cuenta cómo «les admiró el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo».

Desde aquella época, Barcelona se ha desarrollado más; no es sólo la ciudad mayor de España, casi la más grande del Mediterráneo, sino que es uno de los centros comerciales de Europa, el Mánchester de España, casi de su misma grandeza y población, pero en realidad muy distinta del Mánchester inglés. Sus modernos encomiadores no podrían describirla ya en los mismos términos que Cervantes; mas hoy mismo puede el extranjero concebir por Barcelona algo de aquel mismo entusiasmo; visítase esta ciudad una vez y otra, y siempre con nuevo placer. Yo la he visto bajo todos los aspectos, é incluso cuando se hallaba bajo la ley marcial, me parecía agradable vivir en ella (1). Puede con entera razón decirse que de todas

(1) En aquella ocasión, inmediatamente después de una serie de colisiones sangrientas en las calles, se declaró «el estado de guerra»; las auto-

las grandes ciudades comerciales de Europa, es Barcelona aquella en que la amenidad del clima y las satisfacciones de la vida humana más se han dejado ocultar y hundir por la ansiedad y prosaísmo de los negocios. Puede comparársela con Marsella; pero con toda su vida y color, es siempre Marsella ciudad inquieta y febril, y no así Barcelona; y en Nápoles, que es la otra gran ciudad del Mediterráneo, esta fiebre y desasosiego se acentúan, y de manera más atormentadora, por ser población más miserable.

Los caracteres especiales de Barcelona pueden ponerse más en claro, comparándola con otros grandes puertos industriales de España, como Bilbao y Málaga. Bilbao que, por el vigor industrial y por la importancia, corre parejas con Barcelona, presenta un contraste completo con ella, aunque no está muchos centenares de kilómetros distante. Es población basca de gente muy distinta en temperamento de los catalanes, y está situada en las costas tormentosas y húmedas de Vizcaya; esto entra como factor muy importante en la manera de ser de este pueblo. Los bascos son probos, serios, industriosos, encariñados con el hogar, quizá aún más que los catalanes, pero carecen del sentido de la vida en su aspecto externo; y siendo tenaces en la conservación de sus antiguos derechos y privilegios, parecen no poseer muy fuerte impulso para afirmarse en los esplendores visibles de la vida urbana. El basco es el hombre de les pueblos montañosos, y Bilbao no otra cosa que un pueblo que ha brotado de la montaña. Su situación, en abrupto y enriscado asiento, es naturalmente pintoresca, y la población parece haberse adaptado á las sinuosidades de su em-

---

ridades militares asumieron la dirección de los asuntos, y las tropas patrullaron y se establecieron en «posiciones estratégicas»; los periódicos se sometieron á la censura militar, y se prohibió al público propagar rumores sobre los acontecimientos. El orden amenazó volver á deshacerse, cuando en medio de un gran silencio, mantenido por la guardia de caballería con sables desnudos, se oyó el grito catalanista de «¡Abajo España!», ahogado en aquellas circunstancias.

plazamiento, y esta circunstancia limita su grado de comodidad y conveniencia. Pero aún se echan de menos otras cosas que la constituyan en población de primer orden. Es necesaria allí la fuerza plástica de la comunidad colectiva, que crea para sí misma una ciudad ostensiblemente bella y majestuosa. Los Valones de Lieja—ciudad industrial que en algo se le asemeja, aunque realmente es más grande—están también situados en medio de un paisaje precioso; mas por eso han descuidado la formación reveladora de vida de su ciudad. Esto es lo que echamos de menos en Bilbao, donde no se ven ni monumentos espléndidos de la antigüedad, ni signos atrayentes de la vida moderna. En Barcelona, ante todo, se ha elegido sabiamente, y teniendo en cuenta proporciones amplias, el sitio de emplazamiento de la ciudad en condiciones muy ventajosas, al mismo tiempo que se ha procurado preservar, en armonía con estas señales de prosperidad moderna, preciosos monumentos antiguos sin detrimento alguno, que pudieran causar las exigencias insistentes de la vida en una sociedad moderna. En Bilbao, en cambio, todos los signos de vida social colectiva de una comunidad urbana de poderosos elementos, tales como grandes parques, iglesias espléndidas, mercados, museos, teatros, salones de conciertos, cafés, cosas todas que en Barcelona acusan su esplendor abundante y su vitalidad, ó son insignificantes ó no existen de manera ninguna. Veamos ahora Málaga, ciudad del Mediterráneo, y por este motivo más susceptible de comparación con Barcelona. Málaga sigue siendo lo que ya era en tiempo de los fenicios: un centro comercial é industrial muy importante; en cuanto al clima, goza de una situación casi insuperable en lo ventajosa; cálida aun en el invierno, se disfruta en ella de un tiempo más excelente quizá que ningún otro punto de Europa. Población es que no carece de interés y atractivo, y que revela cierta aspiración por el perfeccionamiento urbano; mas no demuestran los malagueños esa capacidad emprendedora tan manifiesta en los catalanes. La languidez de su clima parece perjudicar al aprovecha-

miento de los grandes designios que se ocurren al pueblo de Málaga. Lo mismo bajo la dominación musulmana que bajo el imperio cristiano, Málaga ha dado origen á pocas personalidades importantes, porque en Málaga... ¡es tan fácil tumbarse á la sombra de sus arboledas tropicales bajo la vista de su azulado cielo, y con ello satisfacerse! No puede esperarse hallar allí gente de la fibra de que están hechos los barceloneses.

Son los catalanes gente vigorosa y resuelta, que de antiguo vive asentada en las vertientes orientales de los Pirineos, por lo que es fácil todavía determinar las características catalanas que conserva el Rosellón. Ni bien son franceses del todo, ni del todo españoles, aunque notas de una y otro pueblo se combinan allí, siendo su indomable reciedumbre de fibra la causa por la cual conservan alto grado de independencia. De antiguo han sido amigos de aventuras, pueblo navegante, que fué el primero que entre las naciones del Occidente compiló un código de leyes marítimas; también promulgaron instituciones municipales de gran independencia y establecieron un orden político ilustrado, que no consiente restricciones de la parte de afuera (1). Siempre han triunfado en el empeño de hacer arredrar á los franceses al otro lado de los Pirineos, y nunca se han rendido de grado—hoy menos que nunca—á los dictados de Madrid, ni han vacilado en aceptar teorías radicales y sub-

(1) Hoy la jurisdicción política y administrativa de Madrid es base de protesta para los catalanes. La cuestión catalana es, ante todo, de orden económico. Los catalanes se rebelan á tener que pagar á la burocracia castellana tan enorme tributo por servicios que, por lo general, se practican pésimamente, servicios que es de presumir podrían hacerse por ellos mismos mucho mejor. Han padecido gravemente por las necesidades de un Estado centralizado en Madrid, y creen, además, tener derecho á la autonomía administrativa. Su supremacía mercantil é industrial les da motivo para asignar á su región categoría superior á la provincial, y entienden que la regeneración de España podría cumplirse valiéndose de la hegemonía catalana y acrecentando la fuerza jurídica foral en todas las regiones de España. Es completamente posible que reforma semejante de la Constitución nacional sea más ventajosa al genio del carácter español que el presente sistema, excesivamente centralizado.

versivas en la esfera del pensamiento. Las lindezas y encantos superficiales no son cualidades primarias en los catalanes; pueden seguramente consagrar la parte más negociante de su negociante espíritu á establecer una tienda de flores, y la vendedora de flores es capaz de ofreceros una alcachofa, cogiéndola delicadamente por el extremo de su largo pedúnculo, como si conociera qué bella flor es; mas siempre están dispuestos á sacrificar lo pintoresco y meramente bonito á la utilidad y conveniencia prácticas. Esta manera de ser ha causado la modificación hasta de la forma de sus cántaros, que en vez de ser, como en la vecina Valencia, una vasija bella, pero incómoda, de hechura más ó menos elegante, es en Cataluña objeto perfectamente adaptado á su oficio, siquiera haya perdido gran parte de su elegancia. El lenguaje catalán también (emparentado estrechamente con el provenzal, que es uno de los lenguajes más musicales y gratos) es creación característica de esta raza áspera y bravía, no muy inquieta por la belleza de la forma, y más gustosa de contraer sus conversaciones en una serie de monosílabos sibilantes y dentales harto desagradable, inventados posiblemente por una gente cuyas bocas debieran estar, según hablaban, henchidas. No es raza hermosa, ni por los hombres ni por las mujeres, al menos en las grandes poblaciones; ya cuando se visitan lugares más apartados de las comunicaciones con el interior, varía mucho la cuestión; en los mismos alrededores de Barcelona se ven á menudo tipos de belleza rubia muy aceptables, que en las mismas mujeres del pueblo ofrecen rasgos de sensibilidad marcadísima, y no esas facciones andaluzas broncíneas ó marmóreas. En la ciudad, sobre todo, están los semblantes más dotados de mobilidad, los gestos más dramáticos; hay más refinamiento de expresión en todo el cuerpo, resultado de la vida ciudadana. Son bien claramente gente muy mezclada y en cuya formación tienen parte muchos elementos, á veces incongruentes; se aprecian tipos de todas clases; pero es más frecuente el rubio que el moreno, con ojos azules ó garzos y cabellos de color claro. Es raza verda-

deramente robusta, lo mismo hombres que mujeres; y éstas, allí más que en ningún otro punto de España, tienen pechos desarrollados y voluminosas caderas, si bien les faltan tipos esbeltos, y rostros redondeados, llenos de vida, y narices respingonas, no muy bonitas á la verdad, pero expresivas é inteligentes.

Las notas esenciales y pronunciadas de los catalanes son menos físicas que espirituales. A la tenacidad que es característica en sus vecinos los aragoneses, añaden en ellos otra que en éstos falta, á saber: la comprensión ajustada del aspecto material de la vida, la energía pragmática que los capacita para organizarse y llegar á conclusiones dichosas y trazar planes positivos, en que son muy fecundos, y á los cuales se acomodan. Son hombres del negocio, rectos y honrados, sin que defrauden al extranjero más huérfano de garantías; y esta cualidad de urbanidad, de humanidad y buen trato para con los extraños, que tan simpática impresión produjo en Cervantes, se perpetúa todavía como uno de sus rasgos predominantes. Al viajero que llega á Barcelona, sea por el lado de España ó por el de Francia, le parece hallar á veces cierta tosquedad instintiva en la urdimbre del catalán. Pues bien; desaparece esta idea cuando llega á entenderse que la característica fundamental del catalán es cierta virilidad, que no siempre trata de defenderse tímidamente del acceso hostil. Temple propio de gente singularmente acomodada á la realización de exigencias de la vida urbana y á la organización de los progresos modernos. Para el inglés sobre todo—que apenas si empieza ahora á comprender que es un arte el vivir, y acostumbra á experimentar que nunca halla más comodidad y regalo que cuando de estas cosas está necesitado,—no puede menos de revelársele Barcelona como una gran ciudad mercantil cuando se la organiza sobre bases armónicas y humanas. En clima hermoso y exquisitamente templado como el suyo, que rara vez llega á ser excesicamente caluroso y rara frío, se ha desenvuelto libremente una población vigorosa é inteligente, amante del trabajo no

menos que de la diversión, y que ha combinado estos dos motivos de actividad humana más completa y admirablemente que ninguna otra ciudad de su consideración. Cuando haya llegado al summum de su libertad económica y política, compatible con la integridad de España, de la que es más que ninguna otra región el cerebro motor y el brazo, aparecerá dignamente Barcelona, como en algunas cosas fundamentales sucede ya, como sitio en que se deba ir á buscar inspiración para los progresos urbanos y reformas municipales.

Estamos habituados á mirar á España como país decaído y rezagado en la carrera de la civilización. Pero esto es, en gran parte, asunto de perfeccionamientos exquisitos de urbanización, que tienen por base los progresos industriales; y en Barcelona puede comprobarse que en muchos respectos se ha conseguido esto, en grado tal, cual no nos es dado lograr á nosotros con nuestros vanos esfuerzos. Así resulta que en Barcelona no se puede, como en muchas ciudades modernas, prescindir de considerar lo nuevo mientras tratamos de encontrar lo antiguo; encontramos la Rambla, los muelles, todos los lugares más frecuentados y que responden á las necesidades modernas, no menos gratos de ver que su catedral de recatadas sombras, ó la venerable iglesia á que concurre la gente del pueblo: Santa María del Mar.

II

El vigor é inventiva de los catalanes se ha desplegado en las ciencias y artes desde los tiempos más antiguos. Siempre ha sido Barcelona el puerto de la civilización y de las libertades. Arnaldo de Villanueva y otros adalides del intelectualismo se cuentan entre los hijos de Cataluña, así como numerosos revolucionarios y librepensadores de los últimos tiempos. El monasterio próximo de Monserrat fué en épocas pasadas fo-

co de luz donde se cebaban las energías del arte. Los catalanes, en toda época, han amado su musa regional y recompensado públicamente á sus poetas; figuran entre la gente más aficionada y dispuesta para la música de España; en la pintura, cuentan con primates de escuelas españolas, y aun hoy sigue allí habiendo pintores en más proporción que en otras partes de España.

Pero al paso que los catalanes han demostrado así aptitud varia y poderosa en muchos terrenos, tenemos que convenir, al enumerar estas varias aptitudes, en que rara vez han logrado supremacía tal que atraiga el estudio reverente de la gente de todo el mundo. Queda, sin embargo, un terreno artístico en que el genio catalán se ha expresado con notabilísimo realce y belleza, y éste es la arquitectura.

Nunca podré olvidar una ocasión en que, al acercarme por primera vez á España, hace muchos años, entrando por el Rosellón, hice noche en Perpiñán, ciudad pequeña, en otro tiempo española, con un dejo catalán todavía que place en ella encontrar. Era al caer de la tarde, casi de noche, que encontrándome ante la catedral tranquila y humilde, empujé su puerta entreabierta, y entré. La iglesia era oscura, á mi parecer la, iglesia más oscura que yo haya visto, con sola una lámpara pequeñita de luz rojiza, titilando entre las tinieblas, pero suficiente para poder percibir la traza simple y precisa del plano del edificio: una ancha nave sin alas, de sencillez solemne y misteriosa, con esa gravedad profunda y mansa que evoca la nota perfecta de la majestad del templo y de la de sus defectos, si alguno hubiera, con su gasa de sutiles nieblas.

Era una iglesia de tipo catalán; pero yo no sabía entonces que lo era; tuvo, pues, para mí todo el encanto de una revelación nueva é inesperada.

Examinando á grandes rasgos el conjunto de la nación española, paréceme, después de haberla recorrido en muchas direcciones, que el foco principal del sentido vivo de la arquitectura (descontando la morisca) está en Cataluña y Valencia

(con Mallorca), habiendo otro foco menor en la parte de Castilla la Vieja (León), que está situada al Norte del Guadarrama; estos dos focos, aunque de carácter distinto, tienen su punto de relación en la cuenca del Ebro, de Tudela á Pamplona, que ha sido siempre importante canal de comunicación, y luego retrocediendo á lo largo del Duero por Castilla la Vieja. Casi todas las ideas fundamentales de la arquitectura española han sido importadas de fuera; por lo común, de Francia; pero en Cataluña y Valencia se han desarrollado de manera brillante, vigorosa y á veces pomposa, con cierto sentido exquisito y á menudo original de la belleza arquitectónica, en construcciones eclesiásticas, municipales y domésticas, al paso que en Castilla se ha desenvuelto una forma de iglesia imponente, y sin embargo, delicada, cierto género de Renacimiento gótico, que quizá encuentra su expresión suprema en la catedral de Segovia, que es única, y se conforma con ese refinamiento y sutileza que, á mi parecer, caracteriza á la gente misma y á sus producciones espirituales en general. La realidad del impulso arquitectónico en estos dos centros está indicada por el hecho de existir ejemplares, no sólo del desarrollo gótico especial en esta nación, sino también de iglesias del período románico primitivo. Fuera de estos centros, hay además muchos edificios magníficos y espléndidos, que por lo común son la expresión del temperamento especial del pueblo español; pero los mejores de ellos no corresponden á la arquitectura española, y tienen pocas bellezas ó ninguna que sean españolas. La catedral de León es genuinamente francesa; su belleza escogida, su majestad soberana, reforzada aún más por la continua reverencia, que, como á sus hermanas de Francia, ha recibido siempre. La de Santiago de Compostela, de diferente estilo, es del mismo género que Saint-Sernin de Tolosa, y planeada sin duda por el mismo arquitecto de Aquitania; las de Toledo y Burgos, soberanamente españolas en su remate, son en sus fundamentos francesas; la de Sevilla, en toda su magnificencia, vuelo y efecto imponente, carece de bellezas genui-

namente arquitectónicas, y fué trazada y en gran parte edificada, según puede presumirse, por arquitectos alemanes.

La iglesia más hermosa y antigua del tipo de transición de románico á gótico, como la de Saint-Sernin, en la parte occidental de España, es la colegiata (antiguamente catedral) de Tudela de Ebro. Fué comenzada en 1135, y representa el estilo apuntado más antiguo, desenvolviéndose sobre base marcadamente románica. Los claustros, sencillos y blanqueados, que rodean el patio cerrado, lleno de vegetación lozana y exuberante, son románicos, como lo son también sus interesantes portaladas y ricos y variados capiteles. El templo arranca desde esta base, siguiendo el trazado gótico francés, simétrico y sencillo en su construcción fundamental, no espacioso ni imponente, sin paseo detrás del coro, continuándose las capillas del Este en la misma línea que la capilla mayor. Por fuera, su vista no satisface, excepto las portaladas, y en todo caso no es fácil de examinar; por dentro, el mérito de la construcción primitiva, no muy grande, se ha acabado de estragar con feas pinturas, como se han echado á perder también las ventanas, llenándolas de paneles cuadrados llenos de colorines. Se nos presenta como una iglesia francesa, en que se empezó quebrantando la armonía del estilo, que, no obstante su mérito constructivo y su interés inevitable, no ha alcanzado la solemnidad y bellezas que se le pudieran exigir (1).

(1) Claro que esta opinión que aduzco es la mía, y no de ningún arquitecto. Street considera esta catedral como una de las tres mejores de Europa. Se ha dicho que Street gozaba con la falta de facilidad arquitectónica que en ella hay. Por su desdén por la ornamentación viciosa, por su entusiasmo templado ó destemplado, por la severa valentía del antiguo estilo apuntado, representa una reacción saludable, aunque probablemente muchos arquitectos se negarán á encontrarla más méritos. No parecerá fuera de lugar manifestar aquí mi admiración por la obra de Street, *Arquitectura gótica en España,* escrita hace más de cuarenta años, en época en que los medios de comunicación eran más difíciles que ahora, sin manuales ni guías (tanto, que muchas veces le sorprendiera cuanto encontrara por falta de previa noticia). Durante unos días de reposo que se per-

Dejando á un lado la catedral de Lérida, último grado de la evolución, que yo no he visto, llegamos á la catedral grande y bellísima de Tarragona, que puede considerársela como representante de la evolución más perfecta de la fase de transición, antes de llegar al gótico puro y sin mezcla, y antes de que las tendencias específicas de la arquitectura catalana empiecen á asomar realmente. En el primer período del siglo XII, Orderico Vital dice que la catedral de Tarragona estaba henchida de robles y hayas que había desparramadas por la ciudad dentro de los muros, cuando los sarracenos habían acuchillado y ahuyentado á sus habitantes. Pusiéronse diligentes los catalanes á trabajar, y en la cumbre de una colina, de donde se dominaba la antigua construcción, reedificaron otra, que, con su masa poderosa de piedra y argamasa, ha venido á ser el punto central y más vistoso de la ciudad. Sus detalles románicos y su aire general, románico también, y algo de esa exuberancia de ornamentación que corresponde á época posterior, adquiere en su conjunto la expresión del estilo apuntado antiguo, mejorado por el dominio más completo de los efectos y la concepción más inteligente del plan. Aunque de mucho arte en el exterior, que armoniza en una unidad perfecta, es su interior, como sucede con muchas iglesias catalanas, lo que suministra más plenamente la revelación de su belleza. En esta catedral encontramos, antes que en ninguna otra, la oscuridad característica de las iglesias catalanas, que obliga á esperar algunos minutos antes que los ojos se habitúen algo á ella para poder percibir alguna claridad. En ella es donde empezamos á apreciar la labor de la potente é ingeniosa inteligencia catalana aplicada á la arquitectura. Fué tendencia del arte gótico

---

mitió en medio de una vida activísima, vió Street todas las iglesias góticas importantes de España, con atención y diligencia, con la percepción sabia de quien, como él, estaba familiarizado con la arquitectura toda de Europa, haciendo sus apuntes de lo que había visto con extremada destreza. El libro en que se contienen sus recuerdos tiene algo del encanto de un libro de aventuras excepcionales. Merece seguramente reimprimirse.

francés edificar esas construcciones de vidriería sustentadas matemáticamente en botareles. Vemos, por ejemplo, en León la encarnación más completa de la idea gótica francesa que pueda concebirse, la expresión de ese ideal que intentó realizar el espíritu gótico francés en Beauvais, y no logró del todo (1); el triforio mismo, el tránsito y el coro todo es vidriería, y vidriería emplomada; vese allí una edificación enorme y graciosa de tres filas de ventanales ricamente pintados; por fortuna, en el clima septentrional de León se ha podido conservar sin detrimento la disposición original; pero un poco más al Sur, en Avila, y en otros puntos, ha sido preciso rellenar los ventanales innecesarios de la construcción gótica francesa, y dejar espacios vacíos y sin labrar del muro. Pero aquí en Tarragona, aun en la época primitiva, los catalanes se han posesionado admirablemente del problema de la luz radiante del Mediodía y han aprendido á subvenir á sus dificultades. Los ventanales son, por lo común, pequeños y llenos de vidriería matizada de colores intensos; cuando son más grandes, como en los rosetones, el dibujo es muy recargado y los cristales de color muy oscuro. Algunos de los huecos redondos de los ventanales también, ampliándose hacia fuera y hacia dentro, van disminuyendo en círculos concéntricos de labor ornamental hacia el centro, en el que están fijas las vidrieras (2).

Siendo la catedral de Tarragona templo concebido según plan muy vasto y hasta característicamente catalán, con una

(1) En la catedral de León pudo lograrse, merced al uso de la piedra ligera, la edificación.

(2) Street, tratando del amplio despliegue que de manera muy marcada presentan estos huecos hacia la parte exterior, lo compara con una labor parecida de los antiguos edificios de Inglaterra y á que ha dado motivo la escasez del vidrio en aquella época. Dudo mucho que se saque de aquí ninguna analogía real; á mi parecer, trátase sólo en Tarragona de deliberados esfuerzos artísticos, á veces de carácter experimental, para regular y modificar los efectos de luz, yendo los catalanes en pos de la tendencia general española, por completo distinta de la francesa, que sacrifica los efectos exteriores á los interiores.

hermosa cúpula, sustentado de manera nada airosa en sus pilares, apenas si empieza á mostrar las ideas específicas constructivas catalanas: son los detalles los que principalmente llaman nuestra atención en ella, por su novedad, ingenuidad y pompa, máxime en lo que concierne á la escultura. Desde el primero al último período, la catedral de Tarragona, tanto por dentro como por fuera, y especialmente por sus claustros sorprendentes, cuya existencia es de época muy antigua, es trasunto de la escultura catalana, románica y gótica, escultura que solemne ó linda, fantástica ó trivial, siempre es vigorosa é interesante, siempre consecuencia nativa de la mente catalana, resueltamente fecunda y realística. Siempre ha habido allí aptitud para la escultura; en el Museo Arqueológico, junto á la catedral, hay bellísimos fragmentos de escultura de época romana, y aun más remota, y quedan también obras de las últimas épocas de Roma, dentro de su estilo, aunque más florido y ornamental, sin exageraciones. En la catedral, también la obra del escultor, aunque no siempre afortunada, indica siempre un sentimiento escultórico excelente; á veces es exquisito y á veces trivial, simplemente como en las mariposas y arañas de mármol de retablo; otras es francamente humorístico, como en los claustros, donde se ve una solemne procesión de ratas, llevando con alborozo en un féretro un gato cazurramente tumbado, que un poco más allá aparece bien vivo y cogiendo á una de las desventuradas cargadoras, corriendo las otras á la desbandada; luego la escultura más insignificante, pero la más interesante, quizá, el sacristán, está observando con risa. Por todas partes se ven esculpidas figuras serias ó cómicas, frutas y hojarasca, casi siempre tan bien conservadas y perfectas como si se hubieran ejecutado ayer. Cuando, por último, el tiempo le obliga á uno á marchar, y el más simpático é inteligente de los monaguillos saluda cortésmente con un prolongado adiós al llegar á la puerta occidental, se sale uno con la idea de que en parte ninguna aparece expresada el alma catalana tan variada y tumultuosamente como en Tarragona.

Volviendo á la catedral de Barcelona, que fué empezada á fines del siglo XIII, y edificada principalmente en los primeros años del siguiente siglo, nos encontramos al fin con la iglesia catalana, plenamente desarrollada del período llamado de transición. Digo «llamado», porque me parece que en Barcelona tiene lugar algo de lo que vagamente se notaba en Tarragona, en la medida en que el arte catalán lo consiente, ó sea la conservación de elementos románicos, en conjunción con los góticos, que no es resultado inevitable de la moda cambiante, sino método adoptado deliberadamente, cuidadosamente calculado para la consecución de determinados efectos arquitectónicos y artísticos. Y la de Barcelona no es, como en Tarragona, una iglesia que principalmente interesa por los ensayos brillantes y por la superioridad triunfante del escultor. Tiene una belleza firmemente señalada, tan poderosa y atractiva individualidad, como Nuestra Señora de París. Templo de tan decidida individualidad, sugiere la fuerza plasmática de una mente de soberana maestría, y hay datos para creer que este artista creador es Jaime Fabre, famosísimo arquitecto mallorquín y constructor de aquel tiempo, á quien se confió la catedral de Barcelona. El genio de Fabre, á lo que puede juzgarse, se movía dentro de esfera por completo catalana. No trajo maneras exóticas, sino que desarrolló la concepción específicamente catalana de una iglesia con más inspiración y capacidad de ejecución que la desplegada hasta entonces, y empezó á dirigirse hacia ideales que en lo sucesivo fueron logrados victoriosamente en la forma final á que llega la iglesia catalana.

La catedral de Barcelona, por de fuera, no impresiona de manera especial ni siquiera lo que la de Tarragona, y está tan encerrada entre otros edificios, que no se la puede examinar más que por algún que otro lado. Como la de Sevilla, está también sin terminar. En esta subordinación de efectos exteriores se parece la de Barcelona á muchas de las mejores catedrales españolas, y se diferencia de las góticas del Norte de

Francia. Los arquitectos franceses, como los antiguos griegos, parece que hayan tenido en su mente la idea de que un templo ha de ser como un joyero valioso, que ante todo ha de ser lindo, en gracia de la riqueza que contiene. Los españoles menos artistas, más personales en su punto de vista, con su pensamiento aplicado al objeto práctico para el que un templo está designado, se preocuparon primeramente, de lo que al fiel corresponde, indiferentes en cierto modo á cualquier otra consideración que no recayera sobre esto. En Amiéns, si bien no es en su exterior el templo más perfectamente diseñado entre los góticos franceses, con todo, la visita que presenta de más agrado para el visitante son las galerías superiores del edificio. Al verlas, se da uno cuenta perfecta de la acabada belleza de la construcción; mas al compararla con el interior, si bien está asimismo hermosamente trazado, algo de desencanto causa su sequedad y desnudez. Pero al acercarse á una iglesia española no siente uno esa gran exigencia determinada por la previa contemplación del exterior, como no sea, si acaso, por las portadas.

Al entrar en la catedral de Barcelona por la puerta del Oeste, aún se encuentra más oscura que la de Tarragona; quizá es la más oscura de todas las catedrales. Allí se manifiesta cuánto tuvieron que sacrificar los arquitectos del arte ojival del Norte cuando, al hacer sus iglesias, necesitaron aumentar la provisión de luz y distribuirla á raudales por todo el interior. Aquí, en cambio, la luz se ha mesurado rigurosamente y reducido á la necesaria copia de iluminación. Antes de haber estado aquí algún tiempo, ya podemos apreciar que ha sido planeada con cálculo y acabada con esmero, de manera tal, además, que no siendo esta iglesia de dimensiones extraordinarias, aunque trazada con magnificencia, han podido agregar á sus bellas proporciones el encanto misterioso y la diversidad de efectos de luz propios de un templo de capacidad colosal.

La espiritualidad alegre, aliento brioso, simetría y lógica de una iglesia ojival francesa, la expresión de la gente que la

creara, siempre desaparece, aun en las iglesias más genuinamente francesas de España, como Burgos y Toledo, y sólo en León se conservan un poco estas cualidades, si bien de manera simplicísima. En Barcelona no se nota la menor intención de conservarla. El dibujante trató deliberadamente de imprimir el sello románico desnudo en su obra, el sello que con más fidelidad refleja el espíritu español grave y sombrío, y empleó procedimientos góticos de construcción, no con la mira de alterar este carácter, sino, antes bien, de realzarlo mediante la fuerza que prestaba al constructor y á la introducción de esos efectos de misterio, oscuridad y solidez maciza. Aunque allí no aparece jamás exageración, se nota cierto brío que arranca de su sobriedad fundamental; es construcción siempre atrevida, sencilla, grandiosa y armónica. Las arcadas superiores de la nave son redondas; las inferiores de las bóvedas de las naves laterales, ojivales, y las columnas, unidas en grupos. La iglesia ofrece grandes espacios entre los pilares principales—detalle que posteriormente se hizo distintivo en las iglesias catalanas,—y las capillas laterales están situadas, según el modo catalán, entre los botareles que arrancan del interior del templo. Apenas hay paseo de circunvalación. El triforio es pequeño; la hilera de ventanales de la nave es pequeña y redonda, y se continúa dando la vuelta á la capilla mayor. Tiene ambulatorio, cosa en que supera á la de Tarragona, donde es imposible pasear alrededor de la capilla mayor, y en el extremo oriental de la iglesia hay ventanas muy grandes por arriba y pequeñas por abajo. Enfrente de la capilla mayor ó altar mayor—otro rasgo solemne y curioso de la iglesia—hay una salida de escalones á la verja de hierro que hay á la entrada de la cripta, cosa especialmente realzada en esta iglesia, porque está allí el santuario que contiene las reliquias de Santa Eulalia, patrona de la ciudad.

Estos son, á grandes rasgos, los caracteres principales de esta notable iglesia; pero su encanto especial estriba en el juego de luz y sombras y color. La nave, en su parte inferior, es

oscura, porque sus ventanas son estrechas y profundas. En la superior, la hilera de ventanas, pequeñas y redondas, da paso á más luz, y el ábside, que está dotado de grandes ventanales arriba y pequeños abajo, viene á ser relativamente un foco de luz. Esta disposición admirable de la luz es condición normal en esta iglesia, pero sus efectos varían agradablemente según las posiciones del sol. Hacia la tarde, por ejemplo, cuando el sol entra directamente por las ventanas del Poniente, la nave está algo más iluminada que la capilla mayor, y las figuras, brillantemente coloreadas de los ventanales, se proyectan en los muros, pilares y bóvedas. Muchas de las ventanas son antiguas y muy hermosas, y aun aquellas que son modernas no desagradan, y son tan buenas en España como las que puedan hacer en otras partes. Aquí se echa de ver, no solamente el efecto enorme de las ventanas por el color y por la hechura, y el gusto que inspiraba á los constructores góticos del Norte de Francia, sino también el extremo cuidado exigido para que las ventanas sean de tanta expresión y justeza. En esta iglesia sombría, las ventanas acusan un contraste enormemente pronunciado entre los brillantes de las vidrieras y la oscuridad que las rodea, y esto es porque ellas mismas son la única fuente de luz que las colora; y si no estuvieran dispuestas de tan apropiada manera, destruirían absolutamente el efecto para el que se idearon. Así que aquí están ventajosamente colocadas, y proporcionan su parte de encanto á uno de los templos más bella y perfectamente trazados del mundo cristiano.

III

Para estudiar la iglesia catalana en su desarrollo último y completo, nada hay mejor que ir á la antigua ciudad de Gerona. Es población ésta por todos conceptos muy merecedora de ser visitada; pintoresca y convenientemente situada entre

sierras, participando ella misma de la accidentación del terreno que presentan las faldas de la serranía en que se asienta. Lo más notable en la de Gerona es su demasiada suntuosidad. Sus pobladores antiguos parecen haberse aprovechado extremadamente de las ventajas que la situación de la ciudad les ofrecía para realzar los grandiosos efectos que tan de su gusto han sido. Muy característica es, á mi parecer, la amplia escalinata de centenares de escalones, adornada en muchas partes de balaustradas, que conduce á la puerta Norte de la catedral. En San Felíu también tiene su templo una puerta al nivel de la calle, mientras la otra aboca á una rampa escalonada que conduce á otra calle. Adviértese en esto el gusto de los gerundenses por los efectos grandes y desmedidos que han dado á su catedral puesto muy preferente en la historia de la arquitectura catalana.

La historia de la construcción de la catedral de Gerona es conocida en grado poco frecuente en edificaciones antiguas, y merece bien ser examinada. El ábside es lo primero que se edificó, á principios del siglo XIV, por arquitectos de Narbona, que siguieron el modelo de la catedral de Barcelona. Sin duda ninguna, dióse por sentado que el cuerpo de la catedral debía ser edificado según la pauta general del admirable modelo. Pero en los comienzos del siglo XV no estaba aún terminada la construcción, y entonces fué cuando se le ocurriera á Guillermo Boffiy, arquitecto nombrado por el cabildo, una idea nueva y atrevida. ¿Por qué no adaptar á este hermoso ábside, que ya existía, un templo de grandiosa capacidad, constituído por una nave seguida, sustentada en botareles interiores, aceptados como principio de la arquitectura catalana? Esta idea había sido ya realizada en más pequeña escala en el foco arquitectónico francés de Aquitania, más emparentado con la construcción catalana, pues la catedral de Albi, empezada en 1282, aunque no terminada hasta 1476, es un local espacioso, abovedado, de cincuenta y cinco pies de ancho, con botareles interiores—iglesia gótica, como Fergusson advierte, de

principios diametralmente opuestos á los considerados como esenciales en este estilo.—Tal movimiento empezó evidentemente en Aquitania; pero Cataluña mantenía tan estrecha relación con este centro, que casi es temerario decidir con Fergusson que de él tomó «prestados» motivos arquitectónicos, que se fueron desarrollando natural y gradualmente en su propia arquitectura. El cabildo de la catedral de Gerona debió seguramente vacilar; pero no se hallaba preparado á rechazar la proposición recién nacida, y aun debió inclinarles á favorecerla el motivo de que de esta manera saldría la obra menos costosa. Así, que muy discretamente acordaron consultar la opinión de todos los arquitectos principales de Cataluña y de los franceses vecinos, y someterles algunas cuestiones. Como era de esperar, los arquitectos emitieron opiniones completamente contrarias; la mayoría estaba por retener el antiguo estudio de la nave con cruceros, como lo había ideado el arquitecto original. Pero una minoría considerable, en la que principalmente figuraban los arquitectos de Perpiñán y Narbona, coadyuvaron al plan de Boffiy, que estaba fundado en su propia experiencia, y declararon con viveza que una sola nave, sin cruceros, resultaría más espaciosa, más bella, mejor proporcionada y menos costosa. El cabildo aceptó esta última opinión, aunque provenía de la minoría, y así dotó á su ciudad con el «templo de bóveda ojival más amplio del mundo cristiano», aunque aún necesitó dos siglos más para llegar á su término. Su dimensión exacta de anchura es de setenta y tres pies, casi el doble de la ordinaria en las catedrales de Francia é Inglaterra.

La catedral de Gerona es un caso espléndido y victorioso en su género que no tiene similar. El cambio de plan, la duración de la obra y muchos ensayos frustrados en los sucesivos planeamientos referentes á detalles importantes (tales como la hilera de ventanales de la cúpula demasiado grande, que ahora están todos rellenos de piedra, menos dos que eran precisos para proporcionar la conveniente cantidad de luz), cosas son

que han impedido el que esta iglesia figure en primera línea. No acarrea la impresión de una mente soberana y briosa que evoca la vista de la catedral de Barcelona. Pero aún la produce muy considerable.

Por el estilo la ocasiona la amplia catedral de Palma, que en algo se le asemeja, aunque hay en ésta cruceros que, marcados por el avance de pilares exagonales, en nada perjudican al plan. Cierto, que no es tan fácilmente comunicable la impresión de este templo como en el de Gerona, porque en ésta no hay ahora ningún coro de proporciones enormes en mitad del templo que altere y dañe la impresión de espléndida majestad y grandeza de que los catalanes han sabido por tan excelente manera dotar á sus iglesias. En esta catedral pintoresca é imponente, aunque desfigurada con lunares de poca monta, y quizá por la misma exageración de los exaltados mallorquines cuando se ha restaurado, puede apreciarse por fin el ideal que los catalanes han perseguido afanosamente durante siglos de encerrar en un edificio sencillo, vasto y de elegante traza, un gran espacio libre, perfectamente adaptado á las necesidades del culto y la predicación. Aquí, en efecto, por enorme que sea la muchedumbre, pueden ver todos y todos oir. No hay en esta iglesia indicación interior de tránsitos, aunque por fuera, hacia el lado Norte, hay una torre lateral cuadrada, al modo de la de Exeter; la iglesia es más airosa que son, por lo común, los edificios catalanes, aunque sus grandes ventanales se han rellenado, y las aberturas redondas y cuadradas están cubiertas de vidrio liso. No existe verdadero ábside; pero tres capillas que miran al Levante, y la central (capilla real)—que es lo más antiguo de la iglesia—tienen un ligero ensanchamiento muy bien labrado, á manera de ábside, de un efecto muy agradable.

Si queremos ver, por último, la iglesia catalana en su fase más perfecta y posterior, aunque no en su forma más grandiosa y capaz, volvamos á Barcelona á visitar la iglesia de Santa María del Pino, del siglo xv. Esta es el tipo perfecciona-

do de la iglesia catalana, espaciosa y con nave única. La luz entra en ella moderadamente por grandes ventanas de la rotonda, muchas de ellas muy bellas, como bello es también el rosetón del Oeste, colocado encima de una galería de piedra. Tiene ábside exterior. A falta de columnas, que no existen, los mismos botareles comprenden entre sus espacios, según el procedimiento usual, las capillas. No hay coro que estorbe la vista del conjunto; el altar está en alto y en disposición muy visible. Todo el interior es bonitamente sencillo y proporcionado; las arcadas son altas y más bien estrechas, casi como en el estilo inglés antiguo; pocos detalles decorativos ó ninguno, fuera de amplios ensanchamientos de la bóveda, que en nada entorpecen el trazado.

Al encontrarnos en la gran catedral de Gerona ó en la iglesia de Santa María del Pino, más pequeña, pero acabada con más perfección, nos damos cuenta del impulso que ha movido á los catalanes por espacio de tres siglos en su evolución arquitectónica. Hanse mantenido siempre entre las dos grandes fuentes de inspiración arquitectónica: la románica y la gótica del Norte de Francia. Con instintos que los conectaban con ambos centros, sin dejarse dominar por la corriente gótica á que estaban expuestos, fueron los catalanes poco á poco afirmando dentro del campo gótico sus instintos meridionales, igualmente imperiosos. Ellos recabaron fuerza firme y sencillez, amplitud y energía, juntamente con una economía conveniente en la adaptación de los medios á los fines prácticos. Mostrando grande valentía en la construcción, no la sacrificaron empero á una sobriedad sana, latente, por la que se libraron de toda extravagancia incoherente, y triunfaron en conseguir de elementos bien dispares un estilo fina y deliberadamente combinado con que expresar sus instintos y temperamento propios. La antigua basílica romana había quedado para siempre entre ellos como ideal semidivinizado; poco á poco fueron preparando el camino que á él les condujera. En la frontera que limita la arquitectura románica con la gótica, lo-

graron la satisfacción de sus complejos impulsos, encontrados en la creación de lo que podría denominarse, en mi opinión, con el nombre de basílica gótica, templo espacioso, sin cruceros, apoyado en botareles interiores, creación adecuadísima y por demás exquisita de la Iglesia cristiana.

IV

Santa María del Mar no puede figurar en un apunte sobre la evolución de la iglesia catalana, porque no señala fase ninguna en su desarrollo ni presenta carácter típico en su perfección peculiar. Aunque grande, no es la más de las iglesias catalanas ni la más valiente, ni la más exquisita. Podría, sin embargo, parecer muy bien la más característica y representativa de su estilo, por lo que se refiere á la energía arquitectónica, la más grande, más rica en toda clase de elementos que contribuyen á realzar este estilo. Es, además, de esas iglesias que más vivamente conservan su carácter original de ser grandes focos de culto popular. Situada lejos de los centros modernos de la Barcelona comercial, no lo está así de la Barcelona antigua, sino en medio de la vida del pueblo, junto al mar, próxima á la gran plaza pública y al mismo mercado extraurbano, concurrido por la gente del pueblo. Allí se yergue serenamente, con la belleza modesta de su portada occidental y la fina austeridad de sus grandes muros, en medio de sus tenduchos y barracas, emplazados junto á su base, es el verdadero templo de los marineros y de la gente del mercado y de la pobretería que, en incesante flujo y reflujo, entra y sale por sus puertas.

Santa María del Mar parece haber sido edificada para ser lo que aún sigue siendo: la gran parroquia de un puerto frecuentadísimo. Para la urbe aristocrática y sus opulentos ciudadanos sirve la catedral espléndida y majestuosa que hay en

el corazón de la ciudad; para los marineros, trabajadores de los muelles y mujeres del mercado que los atienden, la iglesia de la Virgen del Mar. Ambas iglesias, tan distintas en sus designios y tan diversas en su estructura y detalles, fueron construídas en la misma época, en los primeros años del siglo XIV, si bien la catedral fué empezada primero, siendo el arquitecto de las dos, en opinión de Street, probablemente el gran mallorquín Jaime Fabre.

Por de fuera, Santa María posee en alto grado esa noble sencillez que representa el último ideal de los catalanes en arquitectura, aunque contrasta con la bullanguera extravagancia de pormenores escultóricos de los claustros, de que en los claustros de Tarragona y Gerona y en las portadas de muchas iglesias fueron delicia del genio catalán. En su sencillez externa de plan, en su excelente economía de ornamentación, tiene Santa María del Mar una hermosura *sui géneris*. En la estructura interior recuerda esta iglesia grandemente la catedral de Palma. No tiene su espaciosidad, y su luz es menos intensa, pero está fundada en los mismos principios, y en ella hay también dos cruceros con pilares del mismo tipo exagonal. Si la catedral de Palma fué planeada por Fabre—que parece haber poseído esa inmensa energía que es patrimonio de los españoles insignes,—puede también creerse que se le debe la construcción de Santa María del Mar.—Quizá el rasgo más bello de esta iglesia—diferente en esto de la de Palma, y recordando, en cambio, la catedral de Barcelona—está en sus ventanales. Nunca es su luz brillante, aun cuando la iglesia está llena de ventanas, de tres huecos cada una, por lo general, y de construcción pesada, de vidriería gruesa y ricamente matizada, que nunca deja pasar cantidad excesiva de luz, produciendo, á cambio de la luz solar, vistosos efectos en la oscuridad del templo. Ventanas tales no creemos haberlas visto más que en España.

Pero como resulta singularmente encantadora la iglesia de Santa María del Mar, es como centro de culto religioso. La excelente destreza del arquitecto, el genio español para cosas

del rito, la religiosidad común de hombres, mujeres y niños de las clases populares, que consideran aquella mansión como suya propia, circunstancias son que se juntan para hacer de Santa María del Mar punto de donde uno no sabe salir y gusta de permanecer allí. En otras partes el genio catalán se revela por su audaz energía en nuevos campos de pensamiento y de acción. Aquí nos encontramos en un rincón de aquella Barcelona de que Cervantes hablaba con cariño, como del puerto de refugio de los extranjeros y asilo de los pobres. Más es aún que esto. Estar en un templo tan perfecto y tan acabado, en lo que se refiere á su objeto, tan adecuado á las necesidades que debe satisfacer, es ya un acto de adoración. Porque la adoración es una forma natural de la energía humana, la satisfacción de necesidad también humana, cuyas maneras podrán variar, pero su esencia fundamental es imperecedera. Así, que en Santa María del Mar, cuando sus grandes ventanales refulgen con celestiales destellos que arranca de sus vidrieras el sol poniente, y cuando en su galería occidental las frescas y claras voces de las jóvenes entonan dulces cánticos, hallamos las mismas manifestaciones esenciales de la vida humana y divina que cuando entramos en el vasto mercado, que está cerca, ese palacio de movimiento y animación, donde los montones de frutos que bordean las largas crujías forman sinfonías de color, al tiempo que dos mujeres cantan acompañadas de la música de un violín.

HAVELOCK ELLIS

PARNASO INTERNACIONAL

HIMNO AL SOL

(De Lamartine.)

De su largo dolor compadecido,
Me devuelves la luz, Dios que mi amada
Con incesantes súplicas implora,
Y mi pálido rostro enflaquecido,
Al dulce resplandor de su mirada,
Ya con rosadas tintas se colora.
Arde mi corazón, y siento, llenas
De una sangre encendida,
Latir gozosas mis cansadas venas:
¡De nuevo, para amar, vuelvo á la vida!

También de su desmayo
Despierta hoy la natura, que en el cielo
Ve radiante brillar el sol de Mayo;
Y las palomas cándidas, en torno
De mi ventana, con feliz revuelo,
Del mes querido anuncian el retorno.
Ven, mi pie débil en los campos guía,
Y sostén á tu amante, Elvira mía.

Ansío ver cómo lanza
Su carro de oro el sol desde aquel monte;
Ansío ver cómo avanza
Hacia el otro confín del horizonte,
Y del profundo mar se hunde en el seno,
Cediendo el aire á la nocturna brisa.
Ven, no temas, el cielo está sereno;
Ni la más leve nube se divisa.
Repentina tormenta
No turbará traidora
El día que más bello se presenta
De todos nuestros días. Y es la hora
En que ya, sobre el césped, entre flores,
Duermen con sus rebaños los pastores.

¡Cuán dulce es el ambiente!
¡Cuán límpida la luz! Tú sobre el mundo
Imperas triunfador, sol esplendente,
Y desde la alta esfera
La vida viertes y el calor fecundo.
Desde el glorioso día
En que el Señor, marcando tu carrera,
Las luces y las sombras dividía,
Rey te aclamó la creación entera,
Y admirando tu pompa soberana,
Humilló la cerviz la estirpe humana.
Desde entonces tu luz brilla tan pura
Como brillaba en tu primer oriente;
El tiempo puso en ti su mano dura,
Pero jamás palideció tu frente.
Cuando das tus destellos á la aurora,
El indio, prosternándose, te adora,
Y cuando el abrasado Mediodía
Aviva más tu lumbre bienhechora,
Recobra su calor mi sangre fría;

Un dios desciende, que mis penas calma,
Penetrando en el fondo de mi alma,
Y rompe el que me oprime fuerte lazo,
Encumbrándome al cielo blandamente,
Cual si el Omnipotente
Me remontase con su propio brazo.
Perdóname, Señor, la extraña idea;
Quizás no es ilusoria:
¿Qué es el sol más que un rayo de tu gloria?
Cuando la ilimitada
Amplitud de los cielos señorea,
¿No es su esplendor la luz de tu mirada?

Si en días de dolor, desesperado,
De su brillo importuno he blasfemado;
Si maldije los dones
Que de tu mano recibí, Dios mío,
¡Dios que ves los humanos corazones!
Ten piedad de mi loco desvarío.
Aún gustado no había
La suprema alegría
De ver brillar de nuevo sus fulgores
Al dulce lado de la amada mía,
Y juntos recobrar vida y amores;
Aún no sabía cuánto
Vale el vivir. Me lo enseñó el encanto
De este día, por siempre bendecido;
Y por cantar tu gloria, agradecido,
A los cielos, Señor, la voz levanto.

Teodoro Llorente

RECUERDOS

Quedé en la Crónica anterior buscando descanso en unas horas de sueño, de fatigas y agitaciones sufridas en días precedentes.

Los sobresaltos y tristezas causados por el asesinato del general Prim; las preocupaciones de aquellas horas amarguísimas; la precipitada salida de Madrid; las emociones del viaje; la serie interminable de discursos que, desde Madrid á Cartagena, hube de pronunciar; la llegada sombría y siniestra á esta última población; mis conferencias y esfuerzos para constituir un Ayuntamiento que recibiera dignamente al Monarca, sin conseguir otra cosa que la constitución de una junta de notables; el telegrama de Gobernación anunciándonos la muerte del general Prim, que no por esperado, dejó de causarnos impresión menos dolorosa; los anuncios de un atentado contra el Rey, anuncios que no resultaron ciertos, pero que fué para nosotros ansiedad constante y angustiosa hasta que salimos de Cartagena; la impotencia en que nos veíamos para tomar las debidas precauciones; la intranquilidad con que esperábamos la llegada de D. Amadeo; el no saber cómo explicarle, por manera siquiera satisfactoria en la apariencia, el programa que habíamos convenido hasta su salida de la futura ciudad cantonal; el recelo de la impresión que todo esto pudiera producirle; tal conjun-

to de circunstancias y sucesos, no eran, en verdad, alicientes muy propios para conciliar el sueño.

Y, en efecto, mucho tardé en dormirme, revolviendo todas estas ideas en mi cabeza, y buscando, sobre todo, la manera de explicar al Monarca el cómo no era conveniente ni necesario que entrase en Cartagena.

Llegar el nuevo Rey á la primera población española, y no poder entrar en ella, era situación tan extraña, tan poco digna para él y para nosotros, y—¿por qué no pronunciar la verdadera palabra?—tan vergonzosa para todos, que yo no encontraba, en toda la retórica y en toda la oratoria, frases siquiera de mediana apariencia que pudieran explicarla.

De la fragata al arsenal, sin ver más que soldados.

Del arsenal á la fragata.

En la fragata, el banquete de etiqueta.

Y de la fragata á la estación, y salir como huyendo de Cartagena.

Y esto era lo prudente, pero esto no era decoroso.

Y lo que no es ni digno ni decoroso, ni Cicerón ni Demóstenes con toda su elocuencia, ni el abogado más hábil con todas sus argucias, ni el político más sutil con todos los resortes de su arte, pueden explicarlo de modo que convenza á nadie, y no ya á un Rey, pero ni á un hombre de honor, como era D. Amadeo.

Porque la verdad era ésta, y por ser ésta, no podíamos decirla:

Vuestra Majestad no puede entrar en Cartagena, porque Cartagena es una ciudad republicana, ó al menos, hoy por hoy, dominan en ella los republicanos federales.

Porque, probablemente, le faltarían al respeto á Vuestra Majestad.

En suma, porque de Gobernación nos anuncian el temor de que atenten contra la vida de Vuestra Majestad.

Esto no podíamos decirlo, y si lo hubiéramos dicho, hubiera sido tanto como obligar al Rey á entrar en Cartagena.

Ni reyes ni caballeros excusan por miedo el cumplimiento de un deber.

Y luego, ¡qué acusaciones contra el Gobierno y, al parecer, qué fundadas!

¿Siendo ese el estado de la población, es que ustedes lo ignoraban cuando decidieron que el Rey desembarcase en Cartagena?

Y es más: el Gobierno no debía ignorarlo, en vista de lo que sucedió con el Ayuntamiento, al embarcarse en ese puerto la Comisión que iba á buscar á D. Amadeo á Italia.

Y en todo caso, ¿por qué no han traído ustedes al Rey por Barcelona?

Y nosotros hubiéramos podido contestar:—Porque, á nuestro entender, Barcelona es más peligrosa que Cartagena.

Cartagena se domina con unos cuantos batallones; que, al fin y al cabo, su población es escasa. Barcelona no se domina tan fácilmente.

Pues entonces, hubieran podido seguir arguyéndonos, haberle traído por Valencia.

Y nosotros hubiéramos podido decir de Valencia lo que hubiéramos dicho de Barcelona.

Y pensaba yo en aquellas horas de insomnio, que como don Amadeo se enterase de todo aquello, podría argüirnos:

—Pero ¿á qué país me han traído ustedes á reinar, que no hay manera de entrar en él sin peligros ó faltas de respeto, por lo menos?

Y yo me argüía y me contestaba; y en argumentos y réplicas pasaba la noche sin conciliar el sueño.

Y como en mis pensamientos y en mis actos, durante toda mi vida, ha dominado la buena fe y el deseo de obtener la verdad, en todos los casos dudosos, me he puesto siempre de la parte contraria, haciendo, en cierto modo, el oficio de abogado del diablo; y aquella noche extremé las argucias diabólicas hasta llegar á la parte ridícula de nuestro programa para el día siguiente; y como durante el viaje había agotado los dis-

cursos entusiastas, revolviéndome en la cama, con los ojos muy abiertos en la sombra y el cerebro vibrante, agotaba los argumentos humorísticos contra el programa de recepción: al cual, por otra parte, yo había asentido, porque las apremiantes observaciones de Topete y mi propia responsabilidad como ministro, dominaron en mí al discutir los términos de aquel programa fatalmente impuesto por las circunstancias.

Pero ya solo, en el silencio de la noche, en frío, por decirlo de este modo, y evocando las realidades del día siguiente, iba ensartando, uno tras otro, una serie de discursos burlescos.

¡Oh! Vuestra Majestad no debe entrar en Cartagena; es una población muy fea, muy vieja; calles estrechas y sucias, ningún edificio notable, ninguna joya del arte.

Cartagena casi no es Cartagena, es una plaza fuerte; lo único digno de verse es el arsenal, y, por añadidura, la tropa que en el arsenal tenemos.

Pasando Vuestra Majestad revista en el arsenal á la fuerza del ejército, puede volverse tranquilo á la fragata, porque la población está reducida á unas cuantas calles viejas y retorcidas.

Y ponía yo á Cartagena en el imaginario discurso como un verdadero trapo.

¡Qué ingratitud y qué injusticia con Cartagena, que había sido para mí, cuando era niño, mi alegría y mi ilusión! Todo el año soñaba yo con el veraneo en Cartagena.

Pero la política impone estos sacrificios: escarnecer en un momento dado los mayores cariños, y matar, por el interés político, las más irisadas ilusiones.

Por eso, reconociendo yo la importancia de la política y su necesidad para el progreso, me inspira tan pocas simpatías personales.

Es un arma poderosa, pero que la maneje otro; mi mano es torpe y rebelde para manejarla con provecho de la patria.

Y seguían mis discursos de abogado del diablo.

Vuestra Majestad, después de pasar revista en el arsenal,

debe irse á dormir á la fragata, porque en Cartagena ni se puede dormir ni hay alojamiento digno de Vuestra Majestad.

Y entre las sombras alzaba yo los brazos, exclamando en voz alta:—¡Que Dios me perdone y que me perdonen mis casi paisanos los cartageneros estas injusticias y estas afrentas á la cultura y á la simpática hospitalidad de los cartageneros, de la cual yo me aprovechaba en aquellos momentos; que si es verdad que no podía dormir, no era por culpa de mis buenos amigos ni de la población en general, sino de los endiablados cantonales.

Y oía un reloj dar las dos y las tres, y continuaba, mentalmente, mis discursos.

Y las críticas de mis discursos, y los comentarios que haría el Rey para sí, y los comentarios que haría la prensa para todo el público de España.

***

No era la primera vez que yo visitaba aquel puerto y aquella población.

Yo había pasado mi juventud en Murcia, donde había estudiado hasta obtener el título de bachiller en Filosofía, como he referido minuciosamente hace muchos años en las primeras Crónicas de esta serie, que lleva trazas de ser interminable, y ojalá que termine lo más tarde posible, porque quien vive de recuerdos, es que vive.

Todos los veranos me llevaban mis padres á tomar baños de mar en Cartagena, y era la temporada más feliz de todo el año.

Muchas noches del largo invierno y de sus dos estaciones contiguas, soñaba yo que el verano había llegado y que nos preparábamos para ir á Cartagena.

¡Y qué tristeza al despertar, y ver que todo había sido una ilusión!

Y cuando llegaba el día feliz, y á las ocho de la noche salíamos en nuestra tartana, y con la fresca subíamos el puerto de

las Cadenas, y al llegar las horas del calor nos deteníamos en una venta, esperando la caída de la tarde, y al fin veía la línea del mar y unos cuantos molinos moviendo lentamente sus aspas como si me diesen la bienvenida, y al fin entrábamos en Cartagena, que por aquellos años me parecía una ciudad admirable... ¡qué regocijo, y qué encanto, y qué poesía infinita!

Sí; poesía entonces, al gozar aquellas impresiones cándidas, y poesía ahora, al recordarlas.

Al menos, poesía para mí; ¡qué me importa lo que sea para los demás!

Ya comprendo que al lector le parecerá todo esto insípido, y que estará deseando que le cuente mis impresiones sobre la entrada de D. Amadeo en Cartagena; pero ya llegaremos, ya llegaremos, que á mí no me corre prisa llegar.

Lo que me corría prisa aquella noche á que me refiero, era dormir, y el sueño no acudía á mis párpados.

Cuando era niño, cuando era un estudiante cualquiera, ni la mínima parte de un personaje, jamás en Cartagena me desvelé.

Y aquella noche, el ministro que iba á recibir á un Rey; el político que ya empezaba á tener alguna importancia, aunque no fuera mucha; el que tenía poder para formar Ayuntamientos, aunque no los formaba; el que era todo esto, estaba nervioso, inquieto, y pasaba una mala noche, como no la había pasado nunca en el recinto de aquella misma ciudad durante sus años juveniles.

Pero, poco á poco, las ideas se fueron enturbiando; la Corte que iba á llegar, los federales que se agazapaban, los problemas políticos y las responsabilidades ministeriales, fueron disolviéndose en las sombras de la noche, y al fin y al cabo logré dormirme, dando al diablo, y no por única vez, á la política.

*
* *

Mis recuerdos se parecen á la pintura de un gran cuadro en que el tiempo, la humedad y acaso la voracidad ratonil, han ido destruyendo horizontes y figuras, sin dejar más que algunos trozos dispersos que den muestras visibles de lo que fué.

Así es que estos recuerdos se componen de trozos sueltos; á veces hay continuidad, á veces no la hay, y como yo escribo de buena fe y con toda sinceridad, ni soy ni quiero ser restaurador del cuadro.

Si veo una cabeza que quedó sin borrar, fea ó bonita, diré que en el recuerdo queda.

Si entre desconchados veo la pierna de una figura, diré, y perdóneseme lo vulgar de la frase, que en aquel punto lo pasado *metió la pata;* que esto, con todo su prosaísmo, ha sucedido más de una vez en los tiempos que fueron.

Y apunto estas ideas, porque recuerdo perfectamente que la noche de mi llegada á Cartagena á recibir al nuevo Rey, fué mala y apenas dormí; pero no recuerdo, ni poco ni mucho, cómo fué el despertar.

Aquí el cuadro está de todo punto desconchado.

De pronto me veo en una de las casetas del arsenal, esperando el momento de ir á saludar al Rey.

De pronto entran unas señoras que, sin duda, vienen á presenciar la revista.

Con las señoras viene un niño de seis ó siete años; se acerca á su madre, que estaba asomada al balcón, y le pregunta, con un tono en que se mezclan la curiosidad y el miedo:—Mamá, ¿cuándo empiezan los tiros?

La señora le responde:—Calla, niño; no lo permita Dios.

Este mínimo diálogo, que es auténtico, prueba cuál era el estado de los ánimos en Cartagena.

Se creía que iba á suceder algo; que, al desembarcar D. Amadeo, los federales se echarían á la calle á formar barricadas, y, en suma, que la llegada del Rey marcaría una jornada trágica.

La gente sensata, claro es que no lo creía, porque las fuerzas militares reunidas en Cartagena, en el acto hubieran dominado cualquier intentona; pero que no sonaran algunos tiros durante el día, nadie lo consideraba imposible.

Y aquí otro desconchado del cuadro de mis recuerdos.

Del arsenal salto á la fragata en que D. Amadeo venía, y me veo en pie junto á Topete, junto á Beranger, formando un grupo con diferentes generales, y ante nosotros, en pie también, á D. Amadeo y á la Comisión que le venía acompañando desde Italia.

El Rey ya sabía la muerte del general Prim; pero, oficialmente, se la comunicamos nosotros después de saludarle.

Topete dió cuenta del caso, con gran emoción y con gran sobriedad

Don Amadeo contestó en francés, porque todavía hablaba muy poco español: su frase, que recuerdo *perfectamente*, y que literalmente traduzco, fué ésta:

«Es una gran desgracia, que siento con toda mi alma; pero eso puede suceder en cualquier parte.»

Era como decir: lo deploro, pero no por eso formo mal concepto de España ni estoy arrepentido de haber aceptado la corona; en suma, nos pareció que era un modo de contestar sobrio y discreto.

Y otra vez el cuadro presenta nuevas lagunas, por injurias caprichosas de los años, y con el pensamiento me transporto otra vez al arsenal.

La revista ha terminado.

El Rey está de gran uniforme, y rodeándole estamos los ministros en primer término, como exige la etiqueta, Topete, Beranger y yo; el general D. Manuel de la Concha, que se destaca como figura saliente en este trozo de mis recuerdos, y otros generales y otros paisanos, cuyas fisonomías no recuerdo y cuyos nombres no recuerdo tampoco.

En cambio, lo que sigue lo recuerdo perfectamente, como si tuviera la realidad ante mí, como si no hubieran pasado casi

cuarenta años, y veo las figuras y las caras, y oigo la voz y escucho las palabras de las personas á que voy á referirme.

Este trozo del cuadro está vivo y sin necesidad de restauración.

***

Ha llegado el momento crítico, el que con la imaginación había visto yo, anticipándome á los sucesos, la noche antes.

Estábamos todos sin atrevernos á tomar la palabra, pero diciendo con nuestras aptitudes: la revista se acabó, conque vamos otra vez á la fragata.

El Rey no pensaba, sin duda, lo mismo, porque no se movía.

Sin duda Zorrilla, ó los diputados que venían con él desde Italia, ó alguno de los italianos que le acompañaban, enterados del programa que habíamos forjado, por inspiración del miedo al atentado que nos anunciaron desde Madrid, habían hecho comprender al Rey que su situación iba á ser muy desairada, ó acaso él, por inspiración súbita, adivinó y comprendió esto mismo.

Ello era que no se movía y que, al fin, preguntó cuándo entrábamos en la población.

Aquí de los apuros.

Todos hablamos y nadie habló. Frases sueltas, excusas absurdas, trozos sin enlace de todos aquellos discursos que yo pronunciaba la noche antes en mi largo y calenturiento insomnio.

Pero el Rey, ó no nos entendía, lo cual no era extraño, porque nosotros tampoco nos entendíamos, ó no quería entendernos.

Y con obstinación cortés, pero con obstinación inquebrantable, insistía en entrar en Cartagena, para ver lo que hubiera que ver, con cualquier pretexto.

Nos separamos del Rey, mientras él atendía á otras personas, para resolver el arduo problema, Topete, Beranger, el

general Concha, yo, y no sé si alguno más, porque ya digo que las demás figuras se han borrado en mis recuerdos, sin que esto quiera decir que no fueran figuras muy importantes las que el tiempo ha borrado del lienzo en que procuro ver estas lejanas escenas.

Y rápidamente celebramos una especie de consejo.

Topete insistía en el programa ya convenido; decía que sus noticias respecto al estado de la población eran fatales, que nuestra responsabilidad era enorme, y que él, para salvar la suya, se oponía á que el Rey entrase en Cartagena.

Beranger vacilaba y yo vacilaba también. Las razones de Topete eran de gran peso, y por mostrar más ó menos gallardía, por evitar censuras ridículas é insensatas de gentes que, como presencian la lidia desde la contrabarrera, nada arriesgan en demostrar valor y entereza, no era el caso de provocar una catástrofe y hasta de comprometer la vida del Rey.

Esta es la verdad: vacilábamos.

Pero el general D. Manuel de la Concha fué de opinión contraria, y, sin vacilación de ningún género, como el que está acostumbrado á resolver estos problemas en el campo de batalla, afirmó que, en su concepto, el Rey tenía razón; que él no creía que sucediese nada, pero que todo lo que pudiera suceder era menos malo que salir el Rey como huyendo del arsenal para meterse en la fragata vistiendo el uniforme del ejército español.

Que por salvar la vida del Rey de peligros imaginarios, manchábamos su honra de soldado y de Rey con aquella especie de fuga vergonzosa.

Con otras palabras, esto vino á decir el general.

Y yo, que antes vacilaba, me declaré convencido y afirmé que, en mi opinión, el Rey debía entrar en Cartagena.

El general Concha fué el primero; pero yo, que desde chico he tenido gran admiración por los militares, no quise ser menos, y uní mi voto al del general.

Beranger, que sentía la dignidad de soldado como el que más, opinó como el general Concha y como yo.

Pero Topete insistió en que era una temeridad, y acaso tenía razón.

Sólo que en este mundo se juzga de las cosas y se juzga de los hombres *à posteriori*.

Salió bien: no sucedió nada; el Rey ganó prestigio; el atentado no pareció por ninguna parte, pues resultó que si hubiéramos impedido que el Rey entrase en Cartagena, hubiéramos cometido una gran torpeza, y hubiéramos comprometido la dignidad real, y hubiéramos echado sobre la memoria de don Amadeo una mancha de debilidad, si no de cobardía, que son de las que la Historia no perdona nunca.

Porque, después de todo, como la Historia no tiene nada que perder, es exigente, severa y hasta heroica á costa ajena.

Por el contrario, si el atentado que se temía hubiese llegado á realizarse, todo el mundo hubiera dicho que habíamos cometido una gran imprudencia, que nuestra resolución había sido temeraria.

Que el orden social en España dependía en aquellos momentos de la vida del Rey, y que nosotros, al comprometerla por razones aparatosas, de un romanticismo fuera de lugar, habíamos faltado á nuestros deberes más elementales; en fin, se hubieran dicho horrores de nuestra conducta.

Pero todo salió bien, y nosotros pudimos gozar del éxito y terminar airosamente nuestra comprometida empresa.

Después, hasta el mismo Topete, que fué el más recalcitrante, se alegraba de que el Rey hubiese entrado en Cartagena, y decía frecuentemente en nuestras conversaciones:—Yo cumplía mi deber oponiéndome, pero el Rey cumplía el suyo al empeñarse en entrar en Cartagena, y yo, en su caso, hubiera hecho lo mismo.

Topete fué después el hombre más querido de la Familia Real de D. Amadeo, y el político en quien D. Amadeo tuvo más confianza.

Ya de esto hablaremos en otra ocasión.

José Echegaray

EL ARTE ESPAÑOL

EN LA PINTURA SICILIANA DEL SIGLO XV

En el siglo xv, Sicilia era una verdadera provincia española. Sujeta al gobierno de los españoles desde 1282, pasaba, en 1409, con Martín el Viejo, á formar parte del reino de Aragón, y con Fernando I (1412) quedaba unida al reino de Castilla, al que perteneció hasta los primeros años del siglo siguiente. Esta condición política tenía que influir también, naturalmente, sobre las manifestaciones artísticas de esa región. A pesar de esto, solamente desde hace poco tiempo, y aisladamente, se han ocupado los críticos en tal influencia, si bien es cierto que solamente desde hace poco tiempo el arte español, y especialmente la pintura, que es de lo que aquí tratamos, ha sido objeto de estudios sistemáticos y críticos (1). Dado, sin embargo, el eclecticismo de la pintura siciliana, en la que confluían diversas corrientes del arte italiano, cuando hablamos de obras de derivación española queremos sencillamente decir que los caracteres de esa escuela prevalecen sobre los otros.

---

(1) El estudio fundamental sobre los primitivos catalanes es el de S. Sanpere y Miquel: «Los cuatro rentistas catalanes». Barcelona, 1906. Sigue la serie de artículos «Les primitifs espagnols», de L. Bertaux, en la *Revue de l'Art anc. et mod.* París, 1906, pág. 417, II, III, IV; 1907, páginas 107, 241, 339; V. (Le maître de Saint-Georges, I, II), 1908, págs. 269, 341. Es notable también el artículo «Un trésor de pointures inedites du xv siècle à Grenade», publicado en la *Gazzete des Beaux Arts*, 1908, pág. 313, por M. Gómez Moreno.

Del comercio artístico entre España y Sicilia y de la permanencia de artistas españoles en la isla, ha quedado algún recuerdo en los documentos. En 1401, un tal Pedro de Queralt encargaba en Cataluña á Guerrau Janer, pintor de Barcelona, una imagen para la iglesia de Monreal (1). Jacobo Sánchez de Sevilla fué pintor de corte (*pictor serenissimi regis*) en tiempo de Alfonso el Magnánimo, y es citado en los documentos de Palermo de 1422 á 1425. El mismo rey Alfonso, en 1443, tenía en su cortejo de Nápoles al fiel pintor Giacomo Baso, alias «Jacomart vulgariter nuncupatu» (2), el cual, en el tiempo que permaneció en Nápoles, 1442-1444 (3), sería, naturalmente, ocupado en obras de su arte, desconocidas hoy. A fines del siglo debía ejercitar también su arte en Palermo un «magister Andreas Comiso (Gómez) pictor», al que ya en 12 de Julio de 1505 le llaman «civis Panormi». A principios del siguiente (1536) se recuerda á un Juan de Matta (4).

En ayuda de los pocos recuerdos escritos, vienen, sin embargo, á documentar la presencia de artistas españoles en la isla, ó, al menos, la actividad del comercio artístico de los dominadores con la tierra sometida muchas obras de carácter español, que todavía se encuentran en Sicilia, debidas á autores de aquella región ó á sicilianos influídos por aquéllos. Du-

(1) Cir. di Marzo, *La Pittura in Palermo nel Rinascimento* (Palermo, 1899), pág. 281.

(2) Su personalidad ha sido tratada por Bertaux *(La Revue de l'Art anc. et mod.*, París, 1907, pág. 339 y sig.).

(3) Son también nombrados dos plateros: un Pietro di Spagna, de fecha de 1430, y un Giovanni di Spagna, en 1455. Del primero quedaba, hasta hace pocos años, una obra firmada y un cáliz de plata en la iglesia de San Martino delle Scala, cerca de Palermo; v. D. Marzo, obra citada, 62 y n. I. Obra española es indudablemente el cofre gótico del tesoro de Santa Agueda, en Catania; v. E. Manceri, *L'arte in onore di S. Agata in Catania*, 1906, pág. 423 y sig.

(4) El primero es llamado «Andreas Camiso, pictor Civis Pamermi», y el segundo «Johannes de Matta, pictor hispanus». V. Marzo, ob. cit. 282 y 286.

rante todos los primeros veinte años del siglo xv, la pintura catalana estuvo dominada por Luis Borassá (1), artista procecente de aquella escuela de Avignon, fundada en la primera mitad del siglo xiv en la corte pontificia por Simón Martino (2). Luis Borassá, al desarrollar el arte de Simón, se acerca, naturalmente, á los secuaces del mismo maestro, y presenta algunas afinidades con Bartolo di Fredi (3). Entre los dos secuaces de Martino hay, sin embargo, diferencias características, debidas á los diversos ambientes en que vivieron los dos artistas. Ostensible es la diversa concepción de la tabla en su repartición. En la escuela vienesa y en la genérica italiana, aun los polípticos más complejos, formados por numerosas tablas, entre pilastras pintadas, y coronados por lunetas y agujas, confinan casi siempre las escenas narrativas, ó sea las historias accesorias, en la escena inferior del cuadro, esto es, en la predela (4). Luis Borassá, como lo hacía la escuela catalana, distribuyó generalmente las escenas narrativas, ó historias, en otros tantos cuadritos en torno de la tabla central. Hasta en el marco de la cornisa, las obras españolas presentan diferen-

---

(1) La actividad documentada de Borassá, se desarrolla de 1396 á 1424 (v. S. y M., ob. cit., I, 125).

(2) Para la demostración, v. S. y M., ob. cit., I, 100 y sig. «Setenta años, dice, estuvieron los Papas en Avignon, setenta años á las puertas de Barcelona. El último Papa (Benedicto XIII) fué un pariente cercano del rey Martino». Simón Martino fué á Avignon, á la corte de Benedicto XIII, en 1339, y trabajó para este Papa en los últimos cinco años de su vida.

(3) Semejante á ellos es la concepción torpe de la figura humana, semejante la morbidez de los contornos y del modelado, la tipología fisionómica de las cabezas en forma de pera, con cráneos de imbéciles y barbilla hundida, de la mirada lánguida, de lo tosco de la cabellera, y, en fin, es semejante la concepción decorativa de la obra de fondos dorados y ropajes ricamente adornados con bordes de oro.

(4) Las excepciones á esta regla son muy raras; para recordar alguna de la escuela sienesa, citaremos la tabla de la beata Humildad, atribuída á Lorenzetti. (Academia de Bellas Artes de Florencia.) Son secuaces retrasados de la tradición bizantina.

cias respecto de las italianas (1). En ellas, el relieve no es otra cosa que un ornamento de la tabla, y casi siempre los pináculos se alzan sobre la superficie más amplia de la tabla misma, y pocas veces recortados como en las cornisas italianas y nórdicas. Los elementos de adorno están constituídos por columnillas retorcidas ó trenzadas, por franjas de arquillos rebajados y por formas floreales (más reducidas que las italianas), como hojas y plantas marinas. Los espacios entre las varias tablas están llenos, ó por un fondo de oro estampado, ó por rosetas góticas en relieve, ó por arcos pequeños desarrollados en ramificaciones sobre anchos tallos. Esta tradición no es seguida por los catalanes innovadores, que sufrieron la influencia del arte flamenco, los cuales abolieron los cuadritos del contorno.

Otra diferencia, entre el concepto decorativo de la escuela sienesa y el de Luis Borassá, se encuentra en el fondo, que este pintor no solamente representa decorado, sino estampado de pequeños rosetones góticos ó de hojas de roble, que es lo que los españoles llaman «estofado de oro». Como es natural, resultan otras diferencias del concepto de belleza, de los trajes, de la iconografía y de la representación del ambiente. Las figuras femeninas de Borassá tienen las frentes convexas y los vientres salientes, como en todo el arte del Norte y en las miniaturas francesas de fines del 300 y principios del siglo siguiente (2). Los trajes femeninos de la pintura catalana, de la época, se distinguen de los toscanos por la forma de las mangas, generalmente de embudo en la primera mitad, y de doble

(1) La cornisa, en la determinación de la escuela, no tiene un valor persuasivo, pudiendo ser español el tallista é italiano el pintor; y menos tiene valor para la determinación cronológica, puesto que Miquel ofrece un ejemplo documentado de una solución de continuidad de catorce años entre la obra del tallista y la del pintor (ob. cit., I, 122).

(2) Sobre la moda de la frente convexa y del vientre saliente, como caracteres de belleza, v. Violet-le-Duc, *Diccionaire raisonné du mobilier français*.

manga en la segunda (usadas también por los hombres), por una corta manteleta pendiente de los hombros en las figuras femeninas, y por el característico sombrero de éstas en forma bicuspidal (1).

Los caracteres más salientes de la iconografía catalana se encuentran en la forma de los nimbos de los santos del Antiguo Testamento y en un accesorio de los báculos episcopales (2). Estos nimbos en Luis Borassá, tienen una forma poligonal en vez de circular (3). El motivo en la escuela catalana se mantuvo y se desarrolló. Los lados del polígono tomaron la forma de líneas cóncavas, dando origen á otros tantos arcos (4). En las obras de Luis Borassá y de las pinturas posteriores de la escuela catalana, el báculo episcopal está siempre adornado por dos estolas, que cuelgan del nudo del asta, bajo la cayada (5).

---

(1) Esta forma de cubrecabeza femenino tomará, en la segunda mitad del siglo, en Cataluña, un aspecto más cuspidal, restringiendo y haciendo más agudas y altas las dos puntas de que está formado; v., por ejemplo, la tabla de San Antonio Abad, en la iglesia de su nombre, en Barcelona.

(2) V., por ejemplo, el coro de los Profetas en la tabla de Todos los Santos, de San Gugat del Vallés. El motivo iconográfico se encuentra también en la Crucifixión, de Gari Lapi Florentino, en el patio de la Basílica de Manresa (primeros años del siglo IV).

(3) Anteriormente, esta forma de nimbo se encuentra también en obras nórdicas; v., por ejemplo, la Virgen de Yolanda Bella (Ipern), atribuída al taller de Melchor Broederlam.

(4) El motivo se encuentra también antes y contemporáneamente en el arte italiano, pero sólo de un modo esporádico, y frecuentemente en la escuela alemana. A pesar de los ejemplos de este particular iconográfico en las escuelas ó autores italianos retardatarios, su presencia en la escuela siciliana se puede considerar más naturalmente derivada de la influencia del arte español.

(5) E. Brunelli cree que la más antigua manifestación pictórica, existente ahora en Sicilia, con caracteres catalanes, sea el cuadro de San Nicolás en la iglesia de Pisternina, de fecha de 1433. La tabla, desgraciadamente, está muy estropeada, y muy poco es lo que se puede juzgar por la figura. El único carácter catalán que ofrece es el fondo de oro estampa-

Puede creerse que la fama de Luis Borassá hubo de pasar fácilmente á Sicilia, y es probable que su arte llegase á ejercer una verdadera y real influencia en la isla. Creemos haber encontrado ciertos signos de esta influencia en algunas obras, que iremos estudiando.

Una de éstas es la tabla del Museo de Siracusa, que representa á la Virgen en un trono con el Niño entre dos santos y ángeles músicos, con profusión de oro en el fondo y en las ropas. El conjunto se deriva probablemente de la Virgen de la Gloria (tabla de todos los Santos, San Cugat del Vallés), de Luis Borassá ó de otra semejante de la escuela (1).

La tabla de Siracusa, á pesar de que en el punto de oro estampado y en el tallado gótico presenta los caracteres españoles, puede haber sido ejecutada por un imitador siciliano que no alcanzó el esplendor del colorido y la dulzura de exposición del maestro. Su fecha puede fijarse alrededor de 1450, tanto por el desarrollo de las formas, como por la presencia del relieve en los nimbos, diademas y orlas del vestido (2).

---

do. Los dos ángeles de los triángulos curvilíneos de la tabla no son un motivo catalán. Los angelillos que coronan al santo tienen las vestiduras á pliegues curvos concéntricos que concluyen en ángulo agudo á la manera arcaica. La obra, muy probablemente, es de un artista local influenciado por toscanos y venetos. El trono, por ejemplo, se parece en la forma y en los adornos á los posteriores de Vivarini.

(1) En los dos cuadros, en efecto, la Virgen aparece de través, de modo que la línea izquierda de su contorno, desde el hombro hasta el piso, tiene en ambos el mismo movimiento y la misma accidentalidad. Los ángeles—tres á cada lado del trono—están dispuestos de la misma manera; sus atavíos son semejantes en las dos obras. Tipológicamente, la Virgen de la tabla de Siracusa corresponde á la de Borassá en la cabeza de pera, en el vientre saliente, en los grandes ojos, en la garganta abultada en su unión con el pecho y las manos largas. Pueden encontrarse otras correspondencias en el ramo de rosas que tienen ambas y en el traje del Niño, por su túnica descotada con un hueco angular en la delantera y sus adornos dorados en los brazos y en el pecho.

(2) Sanpere afirma que en la pintura catalana, por 1455, en los contra-

A la escuela de Borassá se puede atribuir un políptico del Museo de Mesina (antesala Antonello, núm. I), que representa á la Virgen con el Niño, y en las tablas laterales á San Pedro y San Pablo, y á otros dos santos (1). El tipo de la Virgen, con cabeza en forma de pera, ligeramente inclinada, y con rostro trecentino, recuerda al de la Virgen de la tabla de Pentecostés (iglesia de Santa Ana, Barcelona), de Borassá.

Otra obra que puede proceder del arte borassiano, es un fragmento de tabla del Museo de Siracusa (Sala de los Oficios), que representa á San Leonardo de medio busto. La figura, sobre fondo dorado, con nimbo dorado y corona, lleva un manto recamado de oro y ostenta un cetro flordelisado. El tipo corresponde á la cabeza del Cristo de la tabla de Santa Clara (Museo Episcopal de Vich) de Luis Borassá (2).

En el mismo Museo se conserva la obra más bella de la primera mitad del 400, que por ahora se conozca en Sicilia, también de derivación española (3). Es un pentíptico, coronado

---

tos, se establece como cosa corriente que se ponga yeso en los campos ó fondos, en las diademas y en las orlas de las ropas.

(1) La tabla se encuentra en mal estado de conservación; el marco es gótico.

(2) S. y M., ob. cit., I, 151. También la corona, cubierta de gemas, que ciñe la cabeza del santo, se parece á la corona que cubre la cabeza del rey Abgar en la misma tabla.

(3) Publicóla la primera vez E. Manceri (Bollettino d'Arte del M. della P. J. an II, fasc. IV, pág. 202), el cual nota influencias del Norte. Representa á la Virgen con el Niño en un trono y ocho ángeles vestidos de frailecillos; en las tablas laterales hay cuatro santos de juvenil aspecto, entre los que figuran San Juan Evangelista y la Magdalena. En la parte superior, de mano de algún ayudante (uso de principios del 500, como cree Manceri), figura, en medio, la Crucifixión; á la izquierda, San Gabriel y una Santa; á la derecha, un santo obispo y la Anunciación. El fondo es dorado, formado por hojas de roble; el marco gótico es español (v., por ejemplo, la tabla de Santa Clara, de Vich). En el rótulo de San Juan, se lee: «Iniciu sanctu evangeliu sicundu.» De las jóvenes y sonrientes figuras del bello tríptico inferior se desprende un sentimiento de gozo y de idealidad poco frecuente en la pintura siciliana.

por otras tablas, ejecutadas más toscamente. El colorido es claro, las carnes rosadas y calientes, el ropaje de estilo gótico. El influjo español se manifiesta evidentemente en los elementos externos (la forma de la tabla, la decoración del marco y del fondo, la arquitectura del trono y la disposición de los ángeles alrededor de aquél) y se revela en los paños, de estilo gótico, y en el colorido rosado y cálido. La obra puede considerarse como de un desconocido siciliano, bajo influencias españolas (1). A la serie de las obras de un desconocido secuaz de dicha escuela, puede pertenecer también la tabla de San Lorenzo del Museo de Siracusa (2).

La obra fué ejecutada probablemente á mediados del siglo xv (3).

También una cruz pintada de la galería de Palermo (número 1.079), puede figurar entre las obras sicilianas que presentan caracteres españoles, sin que por ahora se pueda con seguridad atribuirla á la escuela de ningún maestro determinado. La tabla está pintada en ambos lados, y corresponde con la descrita por Di Marzo como ya existente en la catedral de

---

(1) Brunelli encuentra aquí influencias de los pintores Camerino y Taleriano *(L'Arte*, 1908, pág. 317). Cierto es que en las figuras de los santos se puede ver un lejano recuerdo de Allegreto Nuzí; pero no hay que olvidar que Borassá es también un poderoso eco de arte senesco, del que depende estrechamente.

(2) Fué reproducido por Manceri en el artículo citado (Boll. d'Art, etc.), y atribuído por él á un maestro local, bajo influencias venecianas y españolas. En nuestra opinión, los caracteres del arte español se revelan no solamente en los fondos decorados y en los adornos de las vestiduras, sino también en el tipo de San Lorenzo, de rostro alargado y mentón enormemente desarrollado, y son el particular iconográfico de las bandas en los báculos góticos (tabla superior izquierda).

(3) Además de las razones, de forma que lo demuestran, concurren dos particulares externos: el relieve de adornos dorados y la presencia de trajes cortos, que solamente se generalizaron en el arte catalán en 1444; v. S. y M., ob. cit., II, 21.

Palermo sobre otra tabla, en la que estaba representada la Presentación de la Virgen en el Templo (1).

Además del fondo dorado y de los nimbos estampados, de las formas góticas de los ángeles, con sus alas agudas y coloreadas, de la inscripción muy angulosa y recamada; revelan la influencia española los tipos de las figuras por la cabeza en forma de pera, con arreglo á la tradición borassiana, y el tipo y el motivo iconográfico del Ecce-Homo, de brazos entrelazados, también de tradición borassiana. La obra, por el dibujo incorrecto (especialmente en los extremos), por los contornos toscos y negros, fué ejecutada por un artista mediocre hacia mediados del siglo xv ó más adelante.

Alguna relación con Benedicto Martorell presenta la tabla de la muerte de la Virgen, del Museo de Palermo, núm. 685 (2).

(1) V. Di Marzo, ob. cit., pág. 67 y sig. La cruz de la Catedral fué mandada pintar por el obispo Nicolás Puxades, de Barcelona, por cuenta suya, en 1467. Di Marzo creyó que tanto la cruz como la tabla habían desaparecido, y las describió por testimonio ajeno, aceptando la atribución hecha á Tomás de Virgilia. De una parte está pintado Cristo Crucificado; al pie, el Ecce-Homo; á los lados, en los brazos, la Virgen y San Juan Evangelista; en lo alto, el símbolo pelícano, y encima, Dios Padre bendiciendo. Sobre el brazo de la cruz corre una inscripción en mayúsculas góticas doradas. En el otro lado aparece Cristo resucitado, y en los cuatro extremos los símbolos de los Evangelistas; sobre el brazo transversal hay dos ángeles voladores con rótulos. Si se pudiese probar la identificación, la obra, naturalmente, tomaría fecha, y ser español quien la encargara, adquiriría valor la hipótesis de que el pintor fué un compatriota suyo.

(2) En toda la tabla hay una gran proporción de dorados. Las figuras tienen grandes cabezas sobre cuerpos pequeños y torcidos, como se ven en la Transfiguración de Martorell; y los rostros presentan semejanzas tipológicas con aquellos. El catálogo la atribuye á Salvo de Antonio, con quien nada tiene que ver, una escena igual á la del soldado, que queda con las manos cortadas porque quiso tocar el cuerpo de la Virgen; figura en una miniatura de Juan Fouquet (23. Chantilly) y en un cuadro de escuela alemana (v. S. Reinach, *Repertoire,* etc. I, 486); una particularidad característica de los dos cuadros son los rayos detrás de la figura de Cristo. Diversa, sin embargo, es la concepción colorística. La obra de Palermo es de un tosco pintor de la segunda mitad del siglo xv.

Derivado del San Miguel del arte catalán es, indudablemente, el Arcángel revestido de su armadura.

Encuéntranse también caracteres españoles en el cuadro de altar que representa á San Nicolás en el Oratorio del mismo nombre de Mesina (1). Además de los elementos externos, tienen carácter español algunos detalles, como, por ejemplo, en el segundo cuadro de la izquierda (el santo que salva á un hombre del suplicio), el tipo del verdugo, de nariz aguileña, según la costumbre de Huguet y de Vergés (2), y el paciente, echado en el suelo, con la cabeza bajo la guillotina, como se ve en las pinturas de Huguet (3). Además, las pequeñas figuras de las historias tienen la demacración y las contorsiones de los cuerpos de ese artista (4).

A la escuela de Huguet pertenecen el gran cuadro del Triunfo de la Muerte, del palacio Sclafani de Palermo, y los frescos al claro-oscuro de la iglesia de Santa María de Jesús, cerca de Palermo (5). Nuestra hipótesis se funda especialmente

(1) Crowe y Cavalcaselle lo atribuyen, con duda, á Antonnello, de Mesina (v. *History of painting in North Italy*, I, 86 y 87, núm. 1). La tabla tiene la forma española. Un gran cuadro central, coronado por un baldaquino saliente bastante complicado, con tres cuadritos á cada lado, coronados también por un baldaquino pequeño (v. el dosel marmóreo del altar mayor de la Catedral de Tarragona y la tabla de San Martín del Museo de Barcelona; S. y M., ob. cit., I, 313).

(2) V. el verdugo de Santa Julita en la tabla de Huguet, y el de San Vicente en la tabla de Pablo Vergés (Museo de Barcelona).

(3) V. el suplicio de los Santos Abdón y Senén (tabla de San Pedro, de Tarrasa).

(4) A los elementos españoles, y más especialmente huguetianos, se unen otros venecianos y antonaleses. El rostro de San Nicolás tiene el tipo inexpresivo del San Nicolás en la tabla de Antonio Vivarini, de Parenzo, y los mismos ojos de talco. En el manto de San Nicolás está figurada la Anunciación, con el ángel idéntico al pintado por Antonnello en su Madona del Museo de Mesina. Se puede, pues, decir que es posterior á 1473.

(5) El cuadro del Triunfo es comúnmente atribuido á un desconocido flamenco; v. Janitschek *(Zur Carakleristik den palermitanischen malerei*

en la comparación del Triunfo de la Muerte con la tabla de San Jorge de Casa Rocabruna (ahora en el Louvre), atribuída por Miquel á Huguet, y reconocida por Bertaux más justamente como obra anterior, en la que se inspiró Huguet con otros catalanes, entre los cuales, según nosotros, se encuentra también el autor del cuadro de Palermo (1). La tabla del cuadro del Louvre, en la que está representado el exterminio de los enemigos del Santo, tiene con la escena del Triunfo alguna semejanza de concepción, ya en el conjunto, ya en los detalles, como, por ejemplo, el plano del cuadro, la representación de la multitud desordenada, las figuras retorcidas, mal plantadas, los numerosos escorzos de los rostros, con los labios entreabiertos, enseñando los dientes. Naturalmente, las figuras del Triunfo, que es posterior, tienen formas menos menudas, más amplias. Igualmente puede hacerse, sin embargo, una comparación tipológica entre los dos rostros del jurista Bartolo (2) y del rey que está al lado en el Triunfo de Palermo, y

---

et Repert für Kunst. I, B. 4, H. S. 363, y Di Marzo, ob. cit., 157 y sig.) Crow y Cavalcaselle lo toman de Crescenzio (ob. cit., II, 110); más recientemente, Franz Dilberg lo atribuye á un desconocido holandés de por el año 1450 (Ginblico). V. Frühollanden in Italien. Se compara con una Apocalipsis de un miniaturista holandés, con el que, sin embargo, no tiene relaciones características.

(1) Bertaux se expresa así: «Es cierto que la tabla de Tarrasa contiene particularidades que son verdaderamente procedentes del maestro del San Jorge» (v. *Revue de l'Arte anc. et mod.*, 1908, pág. 346). La tabla de San Jorge, según él, se remonta aproximadamente á 1430, mientras que la tabla de Tarrasa, de Huguet, es de 1460. Encuentra también los puntos de paso entre la primera y la segunda tabla (v. ob. cit.). La influencia que el autor del San Jorge tuvo en el arte catalán, encuéntrase aquí también demostrada; por esto, aunque él cree que el maestro del San Jorge pudiera ser un franco flamenco ó franco holandés, es más lógico tenerlo por un castellano.

(2) En el libro que tiene sobre el pecho está escrito: «Bartolus Xaxxuferratu lux juris civitis.» Es, pues, el famoso Bartolo que profesó leyes en el estudio de Perusa en el siglo XIV. Di Marzo leyó mal de Haixferratu.

el de uno de los personajes de la Degollación de San Jorge, el que está en lo alto del cuadro, á la derecha del otro, visto de perfil, con la mano en la cara (1). El mismo lujo de animales del maestro del San Jorge y de Huguet se encuentra también en el Triunfo de Palermo; y también en esto hay relación entre aquéllos y el autor de nuestro cuadro, como se puede ver comparando las formas del caballo que trae San Jorge y la parte posterior del caballo de la Muerte en el Triunfo. En ambos es semejante la colocación ligeramente de escorzo, igual el perfil externo de las ancas, con idéntica emangadura de la cola, sinuosa, é idénticamente exagerado el relieve de la columna vertebral (2). También el tono cálido y jugoso del Triunfo concuerda con cuanto afirma Miquel respecto á la técnica de Huguet. No sabiendo, por ahora, si Huguet ó algún discípulo suyo, ó pintor afín, hubo estado en Sicilia alguna vez, podemos solamente suponer que el cuadro de Palermo puede proceder del arte del maestro del San Jorge y entrar en el ciclo de la escuela huguetana. La fecha se puede poner aproximadamente alrededor de 1450, ó poco después, basándose en los trajes allí representados (3).

---

(1) La misma semejanza se encuentra en el tipo del guerrero con turbante de la tabla de la Decapitación de los Santos Abdón y Senén (tabla de Tarrasa), mostrando el lazo que hay entre los tres cuadros.

(2) Otras comparaciones se podrían hacer, por ejemplo, entre las formas y el dibujo de los perrielos del Triunfo y el que hay en la tabla de San Jorge á los pies del tirano; además, de la misma dureza del dibujo y la misma cartilaginosidad de las orejas, se nota también una emangadura de la oreja con una especie de sinuosidad.

(3) La atribución á Crescencio ha sido destruída por Di Marzo, y contra ella basta un simple examen de su copia firmada del Pasmo de Rafael en la Galería de Palermo. El autorretrato, incluído en el cuadro, acusa unos cincuenta años, por lo que es un poco difícil el poder admitir que representa á Huguet. No es improbable, por el contrario, que se trate de algún otro secuaz del maestro del San Jorge, cuya obra se remonta al 1430. La fuente gótica y los trajes de estilo flamenco del Triunfo, pueden proceder del arte catalán mismo, influenciado por la pintura flamenca.

A la misma escuela, por las afinidades artísticas ya notadas por Di Marzo (las formas macilentas de las caras, la repetición del viejo encorvado con la barba corta y redonda, en el grupo de los pobres del Triunfo), pertenecen también los frescos al claro-oscuro, hoy estropeados, de la iglesia de Santa María de Jesús (capilla La Gresa), cerca de Palermo. Es de notar que, en el arte español, la túnica al claro-oscuro fué usada por Huguet mismo en el año 1455 (1).

También de un artista, influído por el autor del Triunfo, parece ser la tabla de San Vito (2) de la Galería de Palermo, núm. 77 (3).

LEANDRO OZZOLA

(Concluirá).

(1) V. S. y M., ob. cit., II, 19. Crow y Cavalcaselle juzgan estos frescos superiores, técnicamente, al cuadro del Triunfo de la muerte (ob. cit., II, 110 y 111, nota 1). Marzo los atribuye á Guartasaro (ob. cit., 149).

(2) La tabla proviene de la iglesia de San Vito, de Monreal, y representa en dos cuadros á San Vito y á un santo obispo sentado. El fondo es dorado.

(3) El traje de San Vito se parece al de los Santos Abdón y Senén, de la tabla de Tarrasa, mientras que el delgado rostro del santo obispo ofrece el tipo del Papa, que se ve en la parte inferior del Triunfo, sobre los muertos; en ambas figuras se nota el relieve exagerado, en lo saliente del hueso del cuello y en las arrugas laterales. La obra se puede tener como de la segunda mitad del siglo XV.

EL PRIMER CONATO DE REBELION

PRECURSOR DE LA REVOLUCIÓN EN ESPAÑA

Había, así en el ánimo del rey Carlos III como en el de sus ministros, desde el marqués de Grimaldi hasta el conde de Floridablanca, la convicción de que el conde de Aranda, don Pedro Abarca de Bolea, tanto por su prolongada asistencia á aquellas cortes extranjeras, donde habían arraigado más las ideas disolventes del filosofismo del siglo XVIII, cuanto por la contrariedad que en su espíritu producía la insistente esterilidad de sus supremas ambiciones, de tal modo se había identificado con los principios que por todas partes sembraban la semilla de la insumisión y de la indisciplina, que, aunque español por la condición indeclinable de su cuna y de sus obligaciones naturales, ni pensaba ni sentía más que á lo francés. Este concepto de su actitud, que al cabo le constituía en peligroso en todas partes, es el que estimulaba al rey á tenerlo siempre alejado de sí, y aunque entre sus servicios eminentes se contaba el haber establecido en Madrid la guarnición militar permanente, como garantía del orden, después que en 1766 ocurrió el motín contra Squilache, encontrándose él presidiendo el Supremo Consejo de Castilla, todavía conservaba este elevado puesto, en que inició tantas útiles medidas de policía interior, cuando en 1770, al anunciar desde Londres el príncipe de Masserano y el conde de Fuentes desde París la publicación, casi simultánea en las dos capitales, del liviano libelo de mís-

ter Clarke, titulado *Lettres sur l'etat actuel de l'Espagne*, en que con tan poco decoro se trataba al monarca español que ha legado á la Historia la leyenda más sólida de la autoridad y respetos del poder real entre nosotros, los encargados de examinarla y emitir su dictamen acerca de ella, emparentados y unidos además al conde de Aranda por vínculos estrechos de bien cultivadas relaciones amistosas, tales como el duque de Alba y el conde de Montalbo, no tuvieron embozo en sospechar de él al descubrir en el criminal escrito intimidades de la corte y de la política española, que no podían haber sido reveladas á un escritor extranjero sino por un personaje español bien al tanto de los secretos que entonces se hacían inviolables é inaccesibles al conocimiento de todo extraño, hasta de los investidos de representación diplomática. Al rey Carlos III había mortificado la caricatura que de él se hacía, y sobre todo, que se le llamase el Nemrod de su siglo, que sacrificaba los deberes de su soberano gobierno al placer de la caza, la cual había llegado á constituir en él una pasión tan vehemente, que, como en el libelo se decía: «*Il chasse les matains et les après-midi, et il la fait aux flambeaux quand les jours sont courts.*» Pero todavía le enojaba más que se hubiese escrito que «*le roi d'Espagne s'est engagé dans la dernière guerre contre les avis de ses ministres et le voeu de toute la nation*», hecho que desgraciadamente había sido cierto. Aranda, á quien el libelo había sido consultado igualmente, dada su encumbrada posición en el Consejo, había expresado que, en efecto, irritaba la lectura de aquel escrito, por lo que debía declararse la guerra á la Gran Bretaña, á cuyo país su autor pertenecía, después que se hubiera tomado algún tiempo, tanto para guarnecer mejor algunas plazas de América y ponerlas á cubierto de los actos piráticos de los ingleses, que acababan de apoderarse de las Malvinas, cuanto para concertar con Francia una acción marítima común con que contrarrestar la superioridad militar que ya Inglaterra disfrutaba en los mares; pero ni aun el calor con que sostuvo este dictamen convenció de su perfecta

lealtad, y fué común consejo de los áulicos del rey y de los cortesanos de Grimaldi la conveniencia de alejar al conde de Madrid, colocándole en un puesto que aparentara más premio que castigo. De aquí surgió la idea de su envío definitivo á la embajada de París, lo que todavía tardó tres años en realizarse.

Si desde los tiempos del Ministerio de Grimaldi había en los altos círculos de la corte de Madrid tales ideas sobre Aranda, calcúlese cuáles serían las que sobre él debían fundarse durante el de Moñino; pues si al primero por medios secretos le hostilizaba por su condición de extranjero, Moñino para él no era más que una especie de advenedizo, cuya cuna, aunque hidalga, y cuyos talentos, aunque universalmente reconocidos, sufrían mal que se comparasen con su estirpe, procedente de la más vieja rico-hombría de Aragón, y con sus facultades personales, no sólo acrisoladas por el rango adquirido en la milicia después de las campañas de Italia y Portugal, por las posiciones políticas que había desempeñado cerca del Elector de Sajonia, Federico Augusto, en las paces con Portugal, en el mando de Valencia y en el Consejo Supremo, y por el alto honor de sus cargos palatinos y de los demás honores con que había sido condecorado desde los primeros albores de su juventud, cuando, aun viviendo su padre, comportaba el título de duque de Almazán. La larga correspondencia de Aranda en la embajada de París, desde 1773 hasta 1787, después de dar cuenta de los importantísimos asuntos en que en estos catorce años tuvo que intervenir, se resume en una perpetua queja sobre su posición y su por él entendida postergación personal. Aun así y todo, sin la muerte de su primera mujer, D.ª Ana de Silva, con quien estuvo casado desde el 1.º de Noviembre de 1740, en que el Rev. P. Fray Nicolás Jesús de Belando, historiador insigne, previa licencia del cura de San Andrés de Madrid, D. Manuel Manchanos, les echó las bendiciones en el oratorio privado que tenía en su casa-morada su ilustre progenitor, hubiera sido difícil que se le aceptase la

exoneración que tan solicitada tenía de su representación en París. Y en efecto, apenas vuelto á España, restablecido en Madrid y aun contraídas sus segundas nupcias con su joven sobrina, D.ª Pilar Fernández de Híjar y Silva, hija de su primo hermano el duque de Híjar, ya comenzóse á notar la influencia perniciosa que su presencia ejercía en la elevada sociedad de la ilustre parentela que le rodeaba.

De París había traído, con el fondo filosófico de las ideas escépticas y reformadoras, el espíritu escéptico de la murmuración maligna, con que no había leyenda de deshonor que no acogiese con la frivolidad demoledora de los cuenta-cuentos maldicientes, y el afán de propaganda, que era un medio de hacerse admirar entre la gente de poco seso y de dorada insustanciabilidad. El círculo de éstos era demasiado extenso, pues apenas había casa grande con la que no estuviese emparentado, y naturalmente, era el ídolo de las bulliciosas tertulias de aquella condesa-duquesa de Benavente, la meretriz más ilustre y descocada que en España jamás ha existido; de la joven duquesa de Alba, cuya reputación fué infamada hasta por personas que en aquel tiempo no podían tener acceso á su familiaridad, y por aquella condesa del Montijo, que, aunque de costumbres morales irreprochables, tenía en su casa el núcleo social é ilustrado de cuantos eran partidarios de las ideas modernas que nos traían las brisas del Pirineo. Toda la juventud aristocrática que asistía á diario á estas reuniones, componían la base principal de la admiración que ya de antiguo se le profesaba, y que, desde su vuelta á Madrid, crecía de punto con el contacto y con el proselitismo que á su alrededor se creaba.

Admitido á la tertulia íntima de los príncipes de Asturias, Carlos IV y María Luisa, que le habían profesado también de antiguo cierta marcada predilección, pronto llegaron á oídos de la que pronto había de ser reina las difamaciones de su honor, que salían en aquellos salones de los labios de Aranda, entre las viles anécdotas de la imaginación. María Luisa

no dió crédito á las primeras acusaciones que sobre la mordacidad de Aranda, empleada contra ella misma, se le hicieron. Comisionó personas de su confianza para que averiguasen la verdad, y desde entonces se le hizo relación diaria, aunque secreta, de la conducta del hombre en quien, así ella como el rey Carlos IV, tenían desde mucho tiempo atrás pensado depositar la confianza de su ministerio universal, el día en que Carlos III falleciese. Costó trabajo que la princesa se convenciera de la verdad de la conducta de Aranda, y cuando estuvo convencida, y con ella el príncipe, su marido, acordaron disimular mientras el rey, su padre, viviera, porque con el desvío no aumentasen las murmuraciones, que ya en palacio alguna vez habían producido hondos disgustos entre Carlos III y sus primogénitos y sucesores. Pero desde el día en que el rey murió, María Luisa, ya reina, no quiso dilatar ni por un minuto la revelación de su resentimiento.

Aranda llevó el diario de los desaires de que entonces fué objeto en aquel curioso manuscrito que empieza así:

«El domingo 14 de Diciembre de 1788, á las doce y cuarenta minutos antes de la mañana, murió el rey D. Carlos III. Llevámosle al Escorial para su entierro el martes 16, y el miércoles 17 volvimos. En este intermedio se dignó el nuevo rey decir que todos los de su tertulia de príncipe continuarían como antes por la noche. Yo era uno de los concurrentes; pero persuadiéndome que por mis circunstancias y graduación, como por el nuevo modo de pensar que tuviesen SS. MM., sería bueno asegurarse de la nueva aceptación, hablé al rey el sábado 20, á la hora de su café, diciéndole:—«Señor, he oído que V. M. se ha explicado honrando á sus tertulianos con acordarles la continuación: no obstante que yo era uno de ellos, mi respeto exige el saber antes de V. M. si me permite proseguir como uno de ellos.» Respondióme el rey con sumo agrado:—«Sin duda alguna; pues si tú antes asistías, yo no mudo en estimar á los que trato.» La reina estaba junto á la chimenea, y preguntó al rey en público de qué hablábamos, y res-

pondiéndole con reproducir mi pregunta y su condescendencia, confirmó la reina en voz alta, y delante de más de veinte personas, que sin duda yo, anterior tertuliano, podía continuar como antes. Con efecto, aquella misma noche asistí, y ya hallé una total novedad en tratarme con la bondad que á los otros. Volví el martes 23, y ya noté en la reina mucha mayor frialdad hacia mí, que disimulé, concluyendo la noche sin aparentar que me percibía. Estuve el sábado 27, y fué tan marcado su desvío de mí, que habiendo durado la tertulia una hora, habló la reina con todos, y mucho más con los dos sentados á mi derecha é izquierda, sin haberme siquiera dirigido una palabra: así no abrí mi boca en toda la noche para nadie, ni S. M. tampoco para mí. El domingo 28 me expliqué con Montijo, mayordomo mayor, para que explorase de S. M., y parece que lo hizo el lunes 29, dando á entender la reina que sería escrupulosidad mía; Montijo replicó que yo no había creído que había sido casualidad, y que deseoso de no pasar ante los otros por muy desairado, preferiría el abstenerse de concurrir; y la reina le contestó, repitiendo el desentenderse de él:—Nada; que haga lo que le acomode.»

Cuantas tentativas hizo Aranda para allanar esta situación, con el tesón que le era ingénito, fueron infructuosas, hasta que, convencido de la realidad, primero comenzó á retraerse de los círculos donde su ingeniosa mordacidad le había hecho perder una posición ofrecida y asegurada; después cerró el pico, y se redujo al aislamiento y al silencio; y cuando, con esta conducta, estuvo rehabilitado, vinieron los sucesos de Francia á minar el terreno al conde de Floridablanca, que se había conservado en el Ministerio del rey Carlos IV; y entonces, de Palacio se le buscó por medio de las personas mismas que antes habían sido objeto de sus murmuraciones de salón.

En los papeles de Aranda también se halla consignada esta importante anotación, aunque un poco pálida en ella la verdad:—«Desde que me retiré—dice—de la embajada de Francia, el año 1787, y muerto el rey Carlos III en 1788, entrando

á sucederle su hijo Carlos IV, es bien notoria *la vida retirada* que he hecho hasta la separación del conde de Floridablanca á fines de Febrero de 1792. Cuatro ó seis días antes de esta providencia, me sorprendió una carta de D. Manuel de Godoy, á quien yo no había tratado, por mano de D. Pedro de Acuña, que personalmente vino á entregármela al entrar de una noche, y exigió de mí que le diese respuesta. Su contenido se reducía á ser la voluntad de S. M. que me trasladase al sitio de Aranjuez en aire natural de hacer mi corte, y que solicitase una audiencia de la reina, mi señora, pues se me concedería, y allí sabría ambas reales voluntades. Contestéle desde luego con mi obediencia, y retiróse Acuña con mi contestación. Cumplí al tercero día, y por medio regular de la camarera mayor hice llegar mi solicitud á la reina, quien inmediatamente me la acordó para después de la comida de S. M. Indicáronme SS. MM. su real ánimo; mas siendo ya tarde, me dijeron que volviese en la mañana siguiente por el mismo lado. Así lo practiqué, y en presencia del duque de la Alcudia se explicaron SS. MM. abiertamente conmigo. Supliquéles únicamente que el despacho no fuese en propiedad, sino como servicio interino, á fin de no privarme de la carrera militar, y si se ofreciese algún ruido de armas, poder tomar el mando superior de ellas. En estas condiciones entré en el Ministerio, mientras mi antecesor marchaba á la ciudad de Pamplona.»

De estas revelaciones se deduce: primero, que el duque de la Alcudia dió al conde de Aranda la mano para subir al Ministerio universal que tanto había ambicionado durante toda su vida; segundo, que las explicaciones de SS. MM. con él debieron dejarle entrever la posibilidad casi inexcusable de la guerra con Francia y su revolución, cuando al aceptar él el despacho, sólo exigía que este alto cargo únicamente se le diese en concepto de servicio interino, *á fin de no privarse de la carrera militar* y poder mandar en persona los ejércitos españoles en el caso de tener que apelar á las armas para contener á la invasora revolución. De su gratitud, así á la reina María Luisa

como al duque de la Alcudia, quedan documentados dos testimonios públicos de la mayor evidencia: con la reina, la creación hecha por Aranda de la *Orden de Damas Nobles de María Luisa*; con Godoy, la concesión inmediata del Toisón de Oro y sus últimos ascensos al más alto rango de la milicia. En cuanto á la prevención de la guerra, el ejercicio del poder le hizo variar de opinión: de modo que, cuando admitió el despacho, se reservó para dirigirla personalmente, lo que arguye que en su ánimo estaba que la guerra era inevitable; pero cuando saboreó las delicias de la dirección política del país; cuando prisionero el rey Luis XVI y amenazado de la guillotina, no sólo vió de cerca la confabulación de toda Eropa contra Francia, y muy singularmente el deseo de la guerra que devoraba el alma de los reyes de España, y juntamente el alma entera de la nación española, entonces reflexionó sobre la temeridad á que nos empujó la inspiración unánime del espíritu nacional; pensó que á España no tocaba sino guardar la más pasiva neutralidad, y con esta satisfacción de su pensamiento y de su conducta trajo el conflicto de su ruidosa caída y la exaltación del que antes había sido su favorecedor, y tras aquel conflicto, todas las consecuencias de que la Historia todavía no ha hecho el juicio profundo que merecen.

No obstante, la caída violenta del conde de Aranda hizo revivir en todo el círculo de sus prosélitos y parciales las pasiones que él había procurado encender temerariamente en las anécdotas maldicientes de su mordacidad; y aunque en aquellos tiempos de vigorosa disciplina social, aquellas pasiones no estallaron de repente en públicas y tumultuosas explosiones, pronto se dejaron sentir los explosivos con que se procuró henchir la mina abierta, que trajo al cabo á España días tan tristes de dolor y de sangre como los que dieron principio á nuestra larga y laboriosa revolución.

Entre estos primeros conatos de rebelión, ha pasado desconocido para la Historia, por haberle dado un giro íntimo la prudencia del duque de la Alcudia, de acuerdo con sus sobe-

ranos, á la cuestión que lo promovió, la especie de reto que el mayor de los hijos de la condesa del Montijo, que entonces se titulaba conde de Teba, D. Cipriano de Guzmán (Palafox y Portocarrero), dirigió al nuevo ministro de Carlos IV, cuando era más omnipotente su inmensa popularidad, escribiéndole y dirigiéndole una especie de discurso académico *sobre la autoridad de los ricoshomes sobre el rey, y cómo la fueron perdiendo hasta llegar al punto de opresión en que se hallan hoy.*

Conviene aquí reconstruir la situación general de España, comprometida en la guerra con Francia, en el momento en que audazmente se hizo llegar este papel á manos de Godoy. Se había hecho la primera feliz campaña contra los ejércitos de la República, en la que el general Ricardos, no sólo había franqueado los pasos del Pirineo é invadido el Rosellón, sino obtenido en Trullás la victoria sobre Dagobert, ocupado á Ceret, Villalonga, la Roque, Saint-Genie, Banyouls, Port Vendre, Saint-Elme y Collioure, hecho encerrar las tropas francesas en Perpiñán y establecido sus cuarteles de invierno en pleno territorio francés. La nación, que había ofrecido setenta y tres millones de donativos voluntarios para contribuir á los gastos de una guerra, que bien pudo llamarse, por parte de España, guerra de opinión universal, pues respondía á la indignación y la cólera que en España se había sentido por el suplicio de Luis XVI, había pasado del paroxismo del entusiasmo al paroxismo del dolor, cuando á la raíz de tales triunfos que aseguraban otros tan gloriosos, había visto tan de súbito al rayo de la muerte á aquel general genial é intrépido que tan bien y tan aceleradamente había sabido organizar la guerra y obtener tan honrosos resultados. A este dolor tuvo que unir desde los comienzos de la segunda campaña, confiada por aquella parte de los Pirineos al conde de la Unión, las pérdidas sucesivas que el ejército de éste fué experimentando al ataque de Dugommier hasta perder toda la línea del Tet, y en Mayo de 1794, al llegar á Madrid la noticia de la pérdida del fuerte de Bellegarde, después de una lucha de cuatro días continua-

dos, con la muerte de los dos generales rivales, el español y el francés, fué cuando al conde de Teba pareció momento oportuno para cometer el acto de reto y desacato á que equivalía el papel remitido con cuatro cartas anónimas al duque de la Alcudia.

El contenido de estas cuatro cartas, sin firma ni fecha, era el siguiente:

Primera carta.—«Remito á V. E. el adjunto papel que hauiendo por casualidad venido á mis manos, me he creido justo ponerlo en las de V. E. para que vea el modo de pensar que manifiesta en él el Autor, previniendole no le leyó, como queria, por haberselo impedido su Madre, cuyo modo de pensar es mas juicioso. Pero advierta V. E. que quiere leerlo el martes 6 del q.e viene (1), publicarlo en donde havia pensado primero, y donde dice en la caveza de él: es verdad q.e la edad le haria discupable en otras circunstancias, pero atendidas las actuales y el acaloramiento con que habla, me crei justo avisarlo á V. E. para que haga lo que juzgue conveniente; y siempre seria bueno fuese antes del dia seis de mayo para impedir lo leyese.»

Segunda carta anónima.—«Excmo. Sr.—Participo á V. E., como el Autor del Discurso que se le remitió por un Amigo mio el Miercoles ó Jueves de esta semana próxima pasada, no leyó, ni leerá el tal papel, donde queria, por haverle aconsejado sus Amigos no lo hiciera. Me han asegurado marcha á un viaje, que dicen tenia ya dispuesto el Miércoles 7 al amanecer, y en caso que no lo haga, seria de desear se le previniese que le hiciese precisamente, pues me tiene enfadado, con el modo de hablar atrevidamente sobre la conducta de las Personas que solo debía respetar.»

Tercera carta anónima.—«Excmo. Sr.—Sr. de mi mayor respeto: El Papel que dias pasados se remitió á V. E. del Con-

(1) Correción de letra del conde de Teba.

de de Teva, no es cosa suya, sino de su madre, cuyas ydeas y modo de pensar es muy perjudicial y muy contrario al de su hijo, que tiene que disimular, pues esa Sra. es muy altanera, hablando siempre mal de V. E. y de la reyna y bien de los Franceses, y esto ella sola; pues todos sus amigos son muy al contrario, y ella los llama aduladores: y asi seria bueno se la hiciese salir de M.^{d} para que ellas y otras escarmentasen; pero ni sus hijos los de Teva, ni sus amigos deben ser comprehendidos, pues piensan muy al contrario, y esto debo decirlo por la verdad. Quedo con todo rendim.^{to} á L. P. de V. E.—*No firmo por si tiene inconveniente.*—Sobrescrito: *Reservada para S. E.*»

Cuarta carta anónima:—«Ya habrá salido ó saldrá el Excmo. autor consavydo porque esta mañana se le notificó por su Amigo. No se sy tendrá la aprovación de V. E. porque verdaderamente A sido vn paso muy atrevido, pero el zelo de ver lo mal que avlava de V. E. y de los prinzipales y otros motivos que expresaremos á V. E. si vemos que aprueva la providencia, nos ha animado á ello. Y si V. E. no lo aprueva lo q.^{e} no es creible, fazil es el remedio, mandando q.^{e} vuelva; pero no qreemos que sea lo mas acertado. Pronto nos presentaremos á V. E. para que conosca dos vasallos fieles.»

Perplejo dejaron estas cartas y el papel que acompañaba á la primera, concebido en forma de discurso, que había de leerse en la Real Academia de la Historia en sesión pública al ministro de Carlos IV, el cual, antes de dar conocimiento de todas estas cosas á SS. MM., comisionó al conde de Isla, censor de imprentas, para que leyese el discurso en cuestión y le diera su informe. El discurso, en efecto, era un papel lleno de errores, mal pensado y mal dirigido, pero en cuyo fondo se traslucían las doctrinas que el conde de Aranda, deudo muy cercano del conde de Teba, por su padre, el marqués de Ariza, D. Vicente Palafox, había logrado sembrar en el corazón de los que, desde su regreso á España, en alas de la admiración debida al prestigio que tenía de hombre sabio y reformador,

se adhirieron á su proselitismo, y acusaba la protesta del despecho que de sus parientes se había apoderado desde el momento de su caída y en el amargor de sus procesamientos; y lo agravaba mucho más el ser el primer acto temerario con que en aquella sociedad, aún tan disciplinada, un prócer del reino se atrevía irreverentemente contra la autoridad del Soberano. De que, falto de cautela, el conde de Teba lo había comunicado con otras personas, acaso de su misma familia, eran prueba las distintas procedencias y los distintos sentimientos que acerca de papel tan audaz se le habían hecho conocer, aunque por medio del embozo del anónimo, y que del seno de su propia familia habían salido algunos de aquellos avisos que se le dieron; también le pareció prueba bastante la carta en que se atribuía á la madre del conde, la condesa del Montijo, la inspiración de aquel papel, carta que Godoy atribuyó, desde luego, al duque de Granada de Ega, suegro del de Teba, cuyas relaciones con la Montijo siempre anduvieron bastante torcidas.

Godoy, en su lealtad á sus Soberanos, que hizo de su vida una leyenda, oídos los informes del conde de Isla, llevó íntegra la cuestión á Carlos IV y María Luisa. Prevalecieron en éstos los temperamentos de prudencia, y escondiendo su acción personal tras las funciones de su ministro, determinaron que, después de parar, ante todo, el golpe en la Real Academia de la Historia, donde se amenazaba darlo, se diese de todo conocimiento á la madre del conde para concordar después las resoluciones qne fueran debidas.

Las comunicaciones que mediaron entre la secretaría del duque de la Alcudia y el alto cuerpo científico arriba referido, son dignas de ser conocidas. La primera, de Godoy al secretario de la Academia, salió del palacio de Aranjuez el 1.° de Mayo, y decía así:—«En consideracion á que está enfermo el Sr. Duque de Almodóvar, Director de esa Academia de la Historia, encargo á V. E. que á quien presida en ella y supla sus veces, entregue la adjunta carta de oficio con la posible

brevedad, dandome parte de haberlo ejecutado y de quien es. Dios guarde, etc.» Era secretario de la Academia D. Antonio de Capmany y Montpalau, el cual, al día siguiente, 2 de Mayo de 1794, contestó:—«Excmo. Sr.—Muy Sr. mio y de mi mayor veneración: En cumplimiento del encargo que se sirve V. E. hacerme en su papel de primero del corriente, he entregado esta tarde antes de empezarse la sesion ordinaria de la Academia de la Historia, la carta de oficio cerrada que V. E. me incluye, al presbítero D. Tomás Antonio Sanchez, como presidente accidental de la Junta. En este centro no hay Vice-Director, ni sujeto designado para presidir las Juntas en ausencia ó enfermedad del propietario; sino que en estos casos preside el Académico mas antiguo entre los que concurren al tiempo de principiarse la sesion: por cuya causa no he podido executar antes la órden de V. E. Con este motivo tengo el honor de ofrecerme á los respetables preceptos de V. E. y ruego á Dios, guarde su importante vida m.s a.s Madrid 2 de mayo de 1794.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. E. su mas atento servidor.—Antonio de Capmany.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*»

La carta de oficio, á que se refieren las dos anteriores, decía de esta manera:—«Ha llegado á noticia del Rey que en el día 6 del corriente mes está preparado para leerse por el Conde de Teba en esa Academia de la Historia un *Discurso sobre la autoridad de los Ricos-homes sobre el Rey, y como la fueron perdiendo hasta llegar al punto de opresion en que se halla hoy;* y para evitar las fatales consecuencias de tan perniciosa doctrina, quiere S. M. que si asi fuese, antes de empezarse la lectura se recoja y remita por V. el citado discurso, impidiendo aquella, y diciendome, si lo supiese, los fines q.e ha llevado en su composicion, y si ha sido voluntaria o por mandato de la Academia con el señalamiento del asunto. Pero quiere S. M. que si asi no fuese y no estuviese preparado tal dia, ni discurso para leerse, devuelva V. esta orden, reservandose para sí su contenido.—Dios guarde á V. m.s a.s—Aranjuez 1.º de mayo

de 1794.—El Duque de la Alcudia.—*Sr. Director interino de la Academia de la Historia*, por enfermedad del propietario.»

La respuesta, que acompañó la devolución del documento antecedente, estaba concebida en los siguientes términos:—«Excmo. Sr.—Por enfermedad del Director de la Academia de la Historia he presidido esta tarde la junta, y al tiempo mismo de formarse, me entregó el secretario cerrada la Real Orden que devuelvo á V. E. El nombrado en ella no ha hecho gestion alguna de leer el discurso memoriado, ni por la Academia se le ha encargado tal trabajo ni á otro ninguno de los Académicos que yo sepa, y lo sabría. No alcanzo qué fin podría llevar el consabido sujeto para componer y leer en presencia de tantos testigos un discurso por su naturaleza y por las circunstancias de los tiempos, tan importuno y sedicioso, que por él sería expelido de la Academia. Reparo además que en el día 6 del corriente no se ha de celebrar junta ordinaria ni extraordinaria en que pueda leerse aquel discurso. Las juntas ordinarias se celebran en los Viernes: las extraordinarias, que son muy raras, en aquel día que queda señalado en la última. El referido sujeto no podia ignorar que el dia 6 no podia haber junta á no ocurrir un asunto urgentisimo. Por todo lo cual pienso que hay equivocacion en la noticia dada á S. M. Es cuanto puedo informar á V. E.—Madrid 2 de mayo de 1794.—Excmo. Sr.—Thomas Antonio Sanchez.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*»

Atajada por este lado la publicidad del escrito *sedicioso é importuno* del conde de Teba, veamos lo que pasó con su madre la condesa del Montijo.

No existe minuta de la carta particular con que el nuevo ministro la llamó al Real Sitio, ni aun mucho menos apunte alguno de lo que en la entrevista se habló; pero de la carta que la condesa escribió al duque de la Alcudia, de regreso de Aranjuez, el día 7 de Mayo, pueden deducirse todos estos puntos esenciales de la cuestión. La condesa del Montijo, en dicha fecha, decía así al Ministro de Carlos IV:—«Excmo. Sr.—Muy

señor mio de toda mi estimacion: Luego que he llegado á esta, he procurado averiguar, si realmente entró ayer mañana algun Ayudante en mi casa: nadie le vió y el portero asegura que nó. Esto mismo se halla confirmado por uno de los Ayudantes que dice no hay ninguno de sus compañeros que tenga noticias de semejante especie. Queda, pues, demostrada la falsedad de una suposicion con que tanto se ha aflijido mi corazon. Pero lejos de calmarse mi inquietud, al ver descubierta esta indecorosa trama, se ha vuelto á renovar mi dolor, pues aunque no tenga otro objeto, como me persuado, que el que dije anoche á V. E., no puedo prescindir de lo horrible que es á mis ojos una ficcion, y tanto mas esta, en que ademas de comprometer la tranquilidad de toda mi familia, se atreve á tomar el nombre del Rey, suponiendo una órden suya, y presentarse como delincuente á sus ojos. Estas reflexiones al mismo tiempo que penetran, como he dicho, mi corazon de dolor, me llenan tambien del mas vivo agradecimiento á V. E., porque haciendose cargo de la edad é irreflexion de este muchacho, no ha querido usar del rigor que yo conozco que merecia; y aseguro á V. E. que jamás se borrará de mi memoria, ni de mi corazon este lance en que tanto debo á V. E. Pero como yo no puedo sosegar mientras no acabe de descubrir el todo de este enredo, cuyos cómplices ignoro, he de deber á V. E. me envie, como me prometió, las cartas para ver si por ellas vengo en conocimiento de las personas; pues si acaso son de mi casa, quedandose en ella, estaré expuesta todos los dias á estos ú otros sentimientos. En el ínterin he suspendido tomar determinación ninguna, y pido á V. E., me dicte la que le parezca deba tomar para corregir á este chico, ó si V. E. lo tiene por más conveniente, pasaré á ese sitio á ver y tratar con V. E. este asunto, luego que con las cartas haya hecho las averiguaciones necesarias. Esta mañana salí temprano del Sitio sin atreverme á solicitar ver á S. M. ni aun en el Tocador, porque no se divulgase en el Sitio este asunto, que, hasta estar descubierto, me importaba que no se sospechase. Espero las órde-

nes de V. E. y renovándole mi gratitud, quedo,—Exmo. señor. su mas afecta servidora, Q. S. M. B.—La Condesa del Montijo.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*»

Hay una carta de la condesa del Montijo al duque la Alcudia, sin fecha, pero indudablemente posterior á la anterior, en la que se da por convencida del delito atribuído á su hijo el conde de Teba. En ella pide al ministro de Carlos IV una nueva conferencia en Aranjuez, conferencia que debió verificarse, y de la que fué resultado un nuevo documento de que se hablará después. La carta, sin fecha, dice así:

«Excmo. Sr.—Muy Sr. mio de mi mayor aprecio: V. E. ha de perdonar la frecuencia de mis molestias, pues debo á su bondad el enterarle de que los pasos sucesivos que he dado comprueban todos la falsedad de la especie, y por consiguiente mi dolor de tener un hijo capaz de tan detestables invenciones. Sola la sinceridad con que V. E. ha procedido conmigo podia subsanar una herida tan cruel. Yo pienso pasar á ese sitio y participar á V. E. mañana en la noche, ó cuando las ocupaciones de V. E. le permitan oirme, la providencia que pienso tomar, con el consejo y aprobación de V. E. para corregirle, sin imponerle ninguna mancha que le dificulte volver al camino de la virtud y del honor; pero entre tanto aseguro á V. E. que solo el corazon de una madre puede apreciar y agradecer la noble y bondadosa atencion de V. E. en un lance tan crítico que nunca olvidaré y que tendrá en mí una amiga de por vida, que lo será con toda la lealtad de que es capaz mi alma, y que celebraré ocasiones de acreditarselo, quedando siempre—Exmo. Sr.—su mas afecta servidora Q. S. M. B.—La Condesa del Montijo.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*»

En la segunda entrevista de la condesa con Godoy, debió acordarse la redacción de un documento oficial, en el cual Godoy le comunicaría que el rey se había enterado del desacato de su hijo, y aun sujetándose á procedimientos de denuncia, confería á la ilustre dama nuevas facultades sobre las que por la naturaleza le competían, para que ella escogiese los

medios de arreglar la conducta del conde de Teba á las obligaciones de su cuna y de su honor. Las minutas de esta comunicación ofrecen la singularidad de haber sido dos veces redactadas, y la primera de ellas sufrido muchas y esenciales correcciones, lo que demuestra que debió ser debatida en la Cámara de SS. MM. entre los reyes y su ministro. Todo lo que en esta minuta se subraya ó aparece entre paréntesis, representa las modificaciones hechas sobre la primera redacción. Conviene conocer uno y otro documento, y así se transcriben aquí íntegros y á dos columnas:

PRIMERA REDACCIÓN

Excma. Sra.—(*El Rey ha sido informado de que el Conde de Teba, primogénito de V. E. se produce en conversaciones y por escrito*) *en* unos términos agenos de la educacion cristiana y política que ha recibido, componiendo (*un*) papel (*papeles*) tan sedicioso(*s*) y de mala moral, y llegando hasta el extremo de pensar en publicarlo(*s*), lo que es mayor delito en quien tiene, como S. E., obligacion de dar ejemplo de obediencia, fidelidad y veneracion á sus Monarcas, como lo han efectuado sus ilustres progenitores, que deberían servirle de otros tantos modelos que imitar. Y aunque por todas estas consideraciones se haría acreedor á un severo castigo que al mismo tiempo que le contuviese para lo sucesivo dentro de los límites de su deber, sirviese de ejemplo á los demás: con todo, atendiendo (S. M.) á su corta edad y á que sus producciones podrán ser pasto de los amigos con quienes trata (*ha resuelto por un efecto de su piedad en suspender tomar providencia alguna con su persona; pero me manda encargue á V. E., como*

REDACCIÓN DEFINITIVA

Excma. Sra:—Ha llegado á noticia del Rey la irregular conducta del Conde de Teba, hijo primogénito de V. E., aunque no la causa principal del modo con que se produce en conversaciones y por escrito y de como lo ha hecho últimamente en unos términos agenos de la educación cristiana y política que ha recibido, componiendo un papel sedicioso y de mala moral, y llegando hasta el extremo de pensar en publicarlo, lo que es mayor delito, en quien tiene, como S. E. obligacion de dar ejemplo de obediencia, fidelidad y veneracion á sus Monarcas, como lo han ejecutado sus ilustrísimos progenitores, que deberían servirle de otros tantos modelos que imitar. Y aunque por todas estas consideraciones, se haría acreedor á un severo castigo, que al mismo tiempo que le contuviese para lo sucesivo dentro de los límites de su deber, sirviese de ejemplo á los demás; con todo, atendiendo á su corta edad, y á que sus producciones podrán ser pasto de los amigos con quienes trata, he suspendido el dar cuenta á S. M., de este hecho para

lo ejecuto en su Real nombre,) que procure desviarle y apartarle de las gentes que tan perniciosas máximas le han inspirado: que le manifieste el peligro en que ha estado si no hubiera sido por un exceso de (*su*) indulgencia: que recapacite los suyos, y que se enmiende de de ellos, dando unas pruebas claras en adelante del reconocimiento de sus obligaciones, y (*que á este fin*) además de los derechos que competen á V. E. como Madre, la autoriza S. M. plenamente (*para que se valga de cuantos medios crea convenientes para la correccion de su citado hijo:*) en el supunto de que si (*esto*) no se verificase, y si hubiese la menor contravencion, (*se verá S. M. precisado á usar del exceso de rigor en el castigo, igual al que ahora ha usado de clemencia*). Todo lo que participo á V. E. para que lo tenga entendido y disponga su cumplimiento, (*é igualmente para que V. E. avise de la falta de contravencion, si la hubiese, en el referido Conde, que no espera.*) Dios etc... Sra. Condesa del Montijo.

evitar que se tomase providencia alguna con su persona, y he preferido encargar á V. E. que procure desviarle y apartarle de las gentes que tan perniciosas máximas le habrán inspirado: que le manifieste el peligro en que ha estado, si no hubiera sido por un exceso de indulgencia: que recapacite los suyos, y que se enmiende de ellos, dando unas pruebas claras en adelante del reconocimiento de sus obligaciones: y á fin de que se corrija en su conducta irregular de la que solo está S. M., informado en general, memanda decir á V. E., como lo ejecuto en su real nombre, que tome las medidas mas oportunas y se valga de los medios que halle mas justos para ello, además de los derechos que competen á V. E. como madre, la autoriza á V. E. S. M. plenamente, en el supuesto de que si no se verificase la total enmienda y si hubiese la menor contravencion, experimentará el referido Conde un exceso de castigo igual al que ahora se ha usado de clemencia. Todo lo que participo á V. E. para que lo tenga entendido y disponga su cumplimiento. Dios guarde á V. E. m.s a.s Aranjuez 12 de mayo de 1794.—Sra. Condesa del Montijo.

En efecto; la contestación de la condesa del Montijo demuestra que, por lo pronto, logró imponer la autoridad de madre, robustecida con la que del rey había recibido, sobre el hijo díscolo y rebelde. Esta carta estaba concebida en los términos que siguen:—«Excmo. Sr.—Muy Sr. mío de mi mayor estimación: He participado á mi hijo el conde de Teba el oficio que V. E. me ha comunicado con fecha de ayer; y en su consecuencia le he hecho las prevenciones convenientes para

su corrección, intimándole al mismo tiempo la providencia que he creido deber tomar de que pase á la ciudad de Avila, donde permanecerá en compañía de su mujer, que ha querido seguirle, y de D. Fernando de Guzmán, eclesiástico de mi satisfacción, á quien he encargado vele sobre su conducta y procedimientos. Con este motivo renuevo á V. E. mi verdadera gratitud y ruego á Dios guarde su vida muchos años. Madrid 13 de Mayo de 1794.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. E., su afecta y segura servidora, La Condesa del Montijo.—Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.»

No acompañó á su marido á Ávila la condesa, su mujer; pero él sólo dilató su salida de Madrid el tiempo suficiente para los preparativos de una ausencia que se ignoraba el tiempo que duraría. En cuanto el conde de Teba quedó instalado en su destierro de Avila, el duque de la Alcudia mandó á D. Mariano Luis de Urquijo, oficial del ministerio de Estado, á quien se confió este expediente, por más que él quiso eludirlo protestando que por su índole pertenecía á la mesa de don Pascual Vallejo, que el *Discurso* original del conde de Teba se le remitiera á su madre la condesa del Montijo, como había solicitado ésta, para inutilizarlo, juntamente con las cuatro cartas anónimas que antes se han insertado, y que había de devolver. Sin embargo, del *Discurso* debía sacar antes una copia, que quedaría unida al expediente con la mayor reserva «para lo que pudiera ocurrir». La carta de remisión decía:—«Excma. señora: Remito á V. E., en consecuencia de la súplica verbal que me hizo, el *Discurso* escrito por su hijo primogénito el conde de Teba, y que fué delatado por su contenido *sobre la autoridad de los ricos-hombres sobre el rey, hasta llegar al grado de opresión en que se hallan hoy,* á fin de que V. E. haga de él el uso que estime oportuno. Asimismo acompaño á V. E. las cuatro cartas anónimas que me han escrito sobre el referido *Discurso*, las que, luego que V. E. las lea y se entere de su contenido, espero se servirá devolverme para que se hallen en esta primera Secretaría de Estado

y se pueda hacer el cotejo de sus letras, si ocurriese que sus autores viniesen con otras nuevas delaciones. Dios guarde á V. E. m^{s} a^{s}. Aranjuez 1.° de Junio de 1794.—*Señora Condesa del Montijo.*»

No se hizo esperar la contestación de la condesa:—«Excelentísimo Sr. Mi estimado amigo y favorecedor: He diferido de bolver á V. E. las cartas que su fineza me ha franqueado, por querer cotejarlas con otras letras de criados mios, algunos de los quales estaban fuera de M.^{d} pero me ha quedado el desconsuelo de no haber podido fixarme en cosa cierta; bien que no dudo se han escrito de órden del chico, p^{s} á mas de haberlo él confesado q^{do} fué descubierto, la enmienda de la prim^{a} carta es de él mismo. El horrible Papel q^{e} V. E. me remite me ha llenado del horror que merece, y p^{r} tanto agradezco á V. E. mas y mas el q^{e} permitiéndome quemarle, como lo he hecho, no haya querido quede un docum^{to} contra mi hijo que seria s^{pre} del mayor oprobio, y q^{e} ni aun merece disculpa, p^{r} el ridículo fin q^{e} le movió á escribirle y remitírsele á V. E. Este nuevo favor que debo á V. E. liga mas mi reconocimiento que deseo acreditarle s^{pre} con la mas verdadera amistad.—Dios guarde á V. E. los m^{s} a^{s} q^{e} deseo. M.^{d} 6 de junio de 1794.—Excmo. Sr.—B. L. M. á V. E. su mas afecta servidora, La Condesa del Montijo.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*»

Juan Pérez de Guzmán.
De la Real Academia de la Historia.

UN VEREDICTO INJUSTO

(TROENS MAGT)

NOVELA

SEGUNDA PARTE

VII

La luna, brillando, é inmóvil entre la rápida fuga de las cumbres plateadas, deja caer su claridad, á través de la noche profunda, sobre los campos y los bosques blancos de nieve. Los edificios de la finca, el cuartel en que se iza la bandera, proyectan sombras sobre la nieve deslumbrante. En el patio hay unos trineos tumbados de lado, para que el hielo no pegue los patines al suelo. Un perro solitario ladra bajo las ventanas del piso bajo, porque nadie le abre la puerta, á pesar de que todavía hay luz en una ventana de arriba.

Aquella noche, uno de los viejos retirados de la casita, no pudiendo dormir, se levantó un momento. Deslizándose en sus zapatillas, se acerca con precaución á los cristales, y se pone á mirar el edificio principal.

El otro viejo no duerme tampoco. Pregunta:

—¿Hay todavía luz en la habitación de Einar?

—Sí, ¿Qué pasará?

La anciana se agita también en su cama, y murmura:

—El perro estaba aullando hace un momento. No es buena señal.

Reina el silencio.

Vuelve á hablar la vaquera:

—Einar ha sido siempre un buen muchacho. Que Dios le ayude.

—Me parece que veo alguien que se pasea por el salón—dice el viejo, que se ha levantado...

El salón del primer piso está situado entre el cuarto de Einar y el de sus padres. Alguien se pasea, en efecto, silenciosamente. Es Norby.

Su puerta se abre, y entra Ingeborg con una luz en la mano.

—¿Cómo está?—pregunta Norby en voz baja.

—Ven, papá.

—¿Me llama Linar?

— No; es mamá. Einar sigue escupiendo sangre.

Pero el viejo replica:

—Siempre sucede lo mismo en las fluxiones de pecho. Retírate y estate tranquila. Es joven y robusto: saldrá adelante.

Ingeborg sale despacio. El viejo vuelve á sus paseos. No había que ir á buscar al médico; la enfermedad tenía que seguir su curso. Pero necesitaba pasearse por aquella sala, porque no podía dormir.

«¡Dios mío!—pensaba—¡Que todo salga bien!»

Pero lo horrible y lo siniestro, es que hubo momentos en que no deseó que todo saliera bien; pensamientos que zumbaban en su alma como un vuelo de avispas; sugestiones que le daban miedo, que le daban ganas de pegarse. Pero aunque quiso echarlas, las avispas volvían. ¡Había sufrido tanto en aquel maldito asunto! Ciertamente, perdonaba á su hijo. Si Einar curase, no volvería á haber nada entre ellos. Pero... pero... ¡Aquella enfermedad había venido tan bruscamente! ¡Estaba tan reciente su enojo! Y él necesitaba tiempo, mucho tiempo, para que no quedase nada de todos los aguijones que tenía en el corazón.

Se acercó á la ventana, con la mirada perdida en la noche clara. El viento empezaba á soplar del Este, y nubes nivosas se asomaban por encima de las colinas.

¡Ah! ¡qué grata sería la vida cuando aquel maldito asunto hubiera terminado, cuando pudiera volver á ser el Norby de de antes! Él no pedía otra cosa sino que le dejasen en paz en su casa. Pero le venían con historias imbéciles que le ponían en lucha con gentes como aquel Wangen; exigían de él que apoyara con su dinero empresas destinadas de antemano al fracaso, como aquella tejería, y cuando quería desembarazarse, le amenazaban con la cárcel... y compraban testigos, y ponían al hijo en contra del padre... ¿Por qué estaba enfermo Einar? Si no le hubiesen molestado, ahora estaría en Cristianía, con sus libros de estudio, en vez de estar ahí, en cama, con una pulmonía cogida por vagar sin abrigo en aquel frío día de invierno... ¿Y si moría?... La culpa sería de quienes le habían alterado; seguramente se alegrarían de ver que Norby perdía el hijo que le quedaba, puesto que ya lograron arrebatarle el mayor... Se puso á temblar.

«¿Conseguirían matar á su Einar? ¿Tendrían ese goce?»

De repente se vuelve y se dirige hacia la puerta.

«De todos modos, voy á buscar al médico.»

Pero se acuerda de que el doctor ha prometido venir por la mañana temprano. Va otra vez á la ventana, y se pone á mirar los grupos rojos y negros de nubes, hacia el Norte.

¡Si Einar muriese y fuera al cielo!... Einar se quedaría allí, toda la eternidad, mirándole, como le había mirado en el patio del tribunal, cuando, golpeando con su bastón el rastrillo de nieve, le dijo: «Quisiera seguir á mi conciencia.»

¿No oiría Norby estas palabras? ¿No vería aquella imagen noche y día, constantemente, mientras viviese? Siempre le acusaría aquel muerto. Por muchos testigos que reuniera, por muchas declaraciones que hiciese firmar, no podrían nada contar aquel muerto.

Se puso á temblar otra vez.

«No, Norby—se dijo;—no será así; es preciso que se salve tu hijo. Que vaya al jurado á declarar contra ti, antes de que suba al cielo para ser allí un eterno testimonio.»

El viento sopla con más fuerza cada vez. Oyense quejas en las esquinas de sus edificios, en los tejados, en los aleros, de los que cuelgan blancas barbas de estalactitas. Al Este, por encima de las colinas, el día se anuncia en el cielo con una raya gris, pero la luna extiende todavía su amplia sábana de plata sobre el lago y la campiña.

Suena el cascabel de un trineo. Es el viejo, que, envuelto en sus pieles, va apresuradamente en busca del médico. Es preciso que Einar viva. El pobre perro, al que nadie ha abierto la puerta de la casa, lanza un alegre ladrido, y, para alcanzar el trineo, se precipita á grandes saltos por la nieve.

Pero queda aún mucho tiempo antes de que alguien se ponga en pie en la finca. Solamente los retirados de la casita empiezan á bostezar, dormidos todavía, como lo hacen siempre antes de despertar; y se despiertan siempre á las cuatro, como en otros tiempos. La vaquera no puede olvidar que tiene que levantarse para ir al establo, como lo hacía quince años antes, y los viejos sueñan que se visten para ir al bosque, como tan á menudo lo hicieran en mañanas de invierno, mucho antes de amanecer. La antigua costumbre se ha transformado ahora en sueños regulares. Cuando estos buenos viejos duerman en el cementerio, tal vez tendrán siempre por las mañanas los mismos sueños.

TERCERA PARTE

I

Al día siguiente de la audiencia, la señora de Wangen se levantó á las seis de la mañana; no tenía criada, y era día de lavado. Pero una vez vestida, tuvo que sentarse: sentíase fatigada. Habíanla despertado varias veces durante la noche, no solamente los niños, sino también su marido. Hasta después de haber logrado dormir Wangen, continuó molestándola con los gritos que daba en sueños.

Esta se levantó al fin, pero se quedó un instante mirándole con la lámpara en la mano. Wangen tenía malísima cara. Su mujer bajó en silencio, á fin de no despertar á nadie. Las ventanas del piso bajo tenían ramas de hielo.

Poco después de las ocho, subió para darle la sorpresa de una taza de café antes de que se levantase; pero en la escalera oyó que la llamaban á voces: iba á despertar á los niños.

—¿Estás loco?—dijo ella al entrar.—Vas á despertar á los niños.

Wangen se incorporó en la cama.

—¿Sabes una cosa, Karen? Mis enemigos son los que me enviaron para ofrecérseme como testigo á ese Soren Krikue; la cosa no tiene duda alguna para mí.

—¿Qué quieres decir?—preguntó ella inmóvil con la bandeja en la mano.—¿Quieres explicarme qué interés podría tener ese jornalero en ir á hacer una declaración falsa que tan fácil era refutar?

—En efecto...

Seguía ella inmóvil, no atreviéndose casi á ofrecerle la taza.

—Norby le compró sencillamente, Karen. Herlufsen, quizá en un momento dado, simuló ponerse de mi parte, también es de la banda. Y él es quien ha prestado ese jornalero para tenderme el lazo. ¡Bien calculado, por lo demás! Me han puesto en ridículo y me han hecho sospechoso. Es todo lo diabólico posible.

—Pero ¿estás seguro de eso, Enrique?

—¡Ya lo creo que lo estoy!

—No puedo creer en tanta maldad.

—¿Que no puedes creer en tanta maldad? Y sin embargo, tienes la prueba de una cada día... Empiezo á suponer que quieres que sea yo el malo, mejor dicho, el culpable.

—¿Quieres el café?—dijo ella tendiéndole la bandeja. Y añadió mientras que le servía:—Tengo mucho miedo esta mañana.

—¿Que tienes miedo?—preguntó él tomando el café.

—Sí... Había un hombre sentado en la escalera cuando he abierto la puerta. Era el sastre; figúrate si habré tenido miedo.

—¿Pero no va á acabar esto?—exclamó él rechazando la taza.

—Debe de estar loco. No se ha movido á la hora que es. Dice que esperaría hasta que bajes.

—¿No puedes hacer que se marche?—replicó él con violencia.

—No, Enrique; ha dicho que no se irá hasta que salgas. No sé verdaderamente lo que hacer.

Era el anciano sastre, á quien la quiebra le había hecho perder todas sus economías, por las que le prometió Wangen intereses muy crecidos. Casi todos los días iba á hablarle. Pero Wangen tenía miedo de aquel hombre, cuyos ojos, desde hacía algún tiempo, tenían como resplandores de demencia.

Y no era solamente aquel sastre quien sin cesar recordaba las tristes consecuencias de su quiebra. Recibía cartas desesperadas que le suplicaban el reembolso de una tercera parte, por lo menos, de los fondos que le habían confiado; otras cartas,

también llenas de amenazas y de maldiciones. Veíase continuamente asaltado por gentes que lloraban ó escandalizaban; era para volverse loco.

Todas aquellas gentes creían que sólo Wangen, y nadie más, tenía toda la responsabilidad de la desgracia que sufrían.

Y no era esto lo más terrible; también en el alma de Wangen alzábanse á veces negras sombras, y era preciso que se apresurase á pensar en otra cosa.

—Toma—dijo dando la bandeja á su mujer.

—¿Pero no has acabado de tomar el café?—dijo con asombro ella.

Se tumbó de nuevo en la cama.

—No—contestó él;—me quitas el apetito, Karen.

—¿Yo?

—En fin, hablando francamente, no comprendo lo que te puede divertir el contarme esa historia del sastre. Más bien hubieras debido enviar ese imbécil á Norby.

—Está bien, perdóname—dijo ella con un suspiro.

Después recogió la bandeja, y salió.

Desde el interrogatorio, Wangen había vivido como en un sueño febril. La táctica á la que recurrió, para demostrar su inocencia y probar que su acusación no era sino un anillo de la cadena de maquinaciones fraguadas contra su fábrica, no había dado resultado alguno. No había logrado sino aumentar las sospechas que pesaban sobre él. Sin embargo, no se dijo que tal vez había elegido un mal método; al contrario, no vió sino una mera confirmación de sus ideas.

La fecha de la audiencia en que se había de condenarle ó absolverle, se acercaba insensiblemente. Y si Wangen estaba enfermo de impaciencia en espera del veredicto, no era por la angustia de que le condenasen por falsificación; porque en este punto podía absolverse á sí mismo. No; lo que le asustaba era la posibilidad de ver desvanecerse su ilusión con respecto á la inteligencia que suponía formada contra él, el temor de verse forzado á sí mismo.

Y como esta creencia, en la maldad de sus enemigos, le daba la seguridad de ser un hombre irreprochable, el hecho de que su mujer tratase á veces de defender á aquellas gentes, le parecía á veces una verdadera traición. Se ponía furioso, le daban ganas de abalanzarse sobre ella y pegarla cuando la veía así tratar de arrebatarle la tabla de salvación que le sostenía.

Tenía también el sentimiento de que solamente la existencia de esa conjura le autorizaba á proclamarse el hermano en infortunio de sus obreros. Así, la menor excusa que su mujer aventuraba en favor de Norby, le parecía como una tentativa hecha para quitarle una fuerza, una virtud que le daban las aclamaciones y las simpatías obreras.

Cuando, por fin, bajó de su cuarto aquella mañana, la casa estaba confortable.

Preguntó, casi tímidamente, á su mujer:

—¿Se ha marchado el sastre?

—Sí—contestó ésta.

Estaba en la cocina lavando la ropa de los niños.

—Pude, por fin, decidirle á que se fuese.

Cuando hubo comido, Wangen se puso al único trabajo que por el momento le ocupaba: una serie de artículos para un periódico obrero.

El artículo que escribía se titulaba: «La jornada de ocho horas: experiencias y resultados, por un director de fábrica.»

El recuerdo que tenía de estas cosas estaba aureolado por dorados reflejos: primeramente, porque se aferraba á la idea de que la causa de su ruina no estaba en él, ni en ninguna reforma imprudente por él aplicada.

Era un ideal que cada vez le era más querido y que le agradaba glorificar; porque este ideal ponía de manifiesto su inocencia, al mismo tiempo que proyectaba sombras sobre sus enemigos.

Pero, mientras que sentado, con la pipa en la boca, se exaltaba cada vez más escribiendo, he aquí que la puerta de la

cocina se abre, y aparece su mujer con los brazos remangados.

—Pero, mi querido Enrique—dijo ella,—¿no vas, por fin, á salir hoy para tratar de buscar casa?

Él contestó, con voz algo irritada por ser molestado:

—Ya te he dicho que no vale la pena de buscar nada, mientras que sobre mí pese esa acusación.

Poníase de nuevo á escribir, pero ella continuó:

—¿Prefieres entonces vernos en la calle? ¿Te has olvidado de que la venta es la semana que viene?

Arrojó la pluma sobre la mesa. Parecía, en estos últimos tiempos, que ella le creyese constantemente haciendo alguna tontería, para mezclarse así en todo.

—¿Pero no podrías tú misma ir á buscar casa, antes que venir á perturbarme en este momento?—dijo Wangen.

—No sabía que estuvieses ocupado en algún trabajo importante, Enrique... Pero si se trata de algún otro artículo anónimo contra Norby ú otro propietario, te aconsejo que no lo hagas. Estoy segura de que has de salir perdiendo.

—Cuando me ves escribir, te figuras en seguida que estoy cometiendo alguna bajeza. Eres muy amable, Karen.

Ella le miró un instante. Después, sin decir nada, se volvió á la cocina, en donde continuó lavando en un barreño la ropa de los niños.

Ahora, aquella bonita casa que no les pertenecía, le parecía muy penosa de habitar: nunca sabían por la tarde en dónde estarían por la noche. Pero correr el pueblo para tratar de encontrar hospitalidad en alguna parte, era la última de las humillaciones que hubiera consentido en imponerse. Porque muchas personas le habían predicho que pararía en eso, cuando se casó con Wangen.

Wangen había vuelto á encontrar su inspiración, y su artículo estaba ya muy adelantado, cuando su mujer entró de nuevo. Esta vez traía á la pequeña de dos años.

—Enrique—dijo,—perdóname; pero no has partido la

leña, como te lo pedí: ten á la pequeña mientras que yo voy á partirla.

Levantó la cabeza y suspiró.

Ella comprendió que tenía que decirla algo, y se quedó allí, con la mirada inquieta, esperando.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó él con voz anhelosa.

—¿Te atormento tanto, Enrique?

—Había pensado que podrías ayudarme un poco, Karen, en este período de prueba. Pero creo ahora que podrían venir aquí para matarme, sin que tú dejaras de ir y venir con toda tranquilidad, atendiendo á la cocina y al lavado, pensando en el vencimiento y no olvidándote ante de partir leña.

—Todo hay que hacerlo, Enrique. No es culpa mía, si es preciso que yo misma me ocupe en todo ahora.

Él se levantó completamente furioso.

—¿Vas á empezar esa canción? Tan cierto como estoy aquí, que haré todo lo posible para llegar á devolverte tu dinero.

También ella sintió la ira, como si hubiera recibido un golpe en pleno rostro. Exclamó:

—Esto es demasiado. No lo soportaré. No tardaré en desear que fueses culpable, Enrique. Porque, hablando con franqueza, esa inocencia te hace cada vez más insufrible.

—¿Qué dices, Karen?

Palideció y se mordió los labios.

—¿Has comprendido bien, verdad?—añadió ella.

Y diciendo esto, cogió á la niña en brazos, y salió.

Poco después oyó Wangen que partía leña, y se puso á pensar:

«¡Dios mío! ¿No puede partir algunos leños? Con buena calma toma todo lo demás... Me pregunto si no llegarán un día á apartarla de mí á ella también.»

Karen, mientras que partía la leña, tenía que cuidar al mismo tiempo de la niña, á la que había dado unos maderitos á modo de juguetes.

Parecíale irritante ver á su marido que, encerrado por

completo en su desdichada inocencia, no concedía un pensamiento ni á ella, ni á sus hijos. Ni toleraba que ella misma pensara en otra cosa que en aquella inocencia, que no tuviera en el corazón otros sentimientos que los de simpatía y piedad hacia él. No hacía aún cinco semanas que habían enterrado al pequeño; nunca hablaba de él Wangen, y ni quería casi que hablase ella.

Pero lo que más empezaba á fatigarla era la eterna manía de la sospecha, que hacía de todo el universo una cosa abrumadora y repugnante.

Lo peor era que aquella manía la ganaba á ella también, y era como una enfermedad que la causara horror, y de la que quisiera sacudirse.

Y, al mismo tiempo que él recurría á medios cada vez más enojosos para defender su inocencia, parecíale también á ella que Wangen era un hombre cada vez menos estimable. Volvía borracho con más frecuencia que antes; se hacía brutal, no toleraba la menor contradicción. Era como si esa inocencia no solamente le absolviese de cuanto malo pudiera haber hecho nunca, sino que le confería el derecho de obrar á su antojo en lo presente y en lo futuro.

Cuando volvió Karen, Wangen se paseaba á grandes zancadas por la habitación.

—Karen—dijo él,—¿puede molestarte que yo haya esperado que tú, por lo menos, quisieras sacrificarte un poco por mí ahora?

—¿Pero qué más quieres que haga, Enrique? Ya ves que trabajo desde la mañana hasta la noche.

—Sí, trabajas mucho. Pero podrías tal vez trabajar un poco menos. ¿Por qué no enviaríamos los pequeños á casa de mi tía, por algún tiempo? Ya sabes que ella los recibiría gustosa, y no tendrías nada que temer...

—¿Te parece, de veras, que deberíamos separarnos así de nuestros hijos, Enrique?

—¿Sería tan espantoso?

—Para ti, sin duda, no—dijo ella.

Y se fué otra vez á la cocina.

*
* *

Habíase llegado ya á mediados de Abril, y la primavera empezaba á brotar. Un día que el sol caldeaba de firme las tierras aún desnudas, Karen, desde el balcón, contemplaba la campiña. A la derecha se veía el lago clarísimo, en el que se reflejaban nubes ligeras y blancas.

—A ver, mamá.

Eran sus dos pequeñas, que querían ver también y se agarraban á sus faldas.

Y he aquí que, cerca de la verja del jardín, oyó ella una tos bien conocida. Era su padre que se acercaba.

Desde hacía algún tiempo, las visitas del viejo eran siempre penosas; ella se metió con presteza, y estaba ya ocupada en coser algo cuando entró su padre.

Fingió éste no observar que ella se levantaba y le tendía la mano. Las dos niñas, que se habían apresurado á correr al encuentro de su abuelo, se quedaron también perplejas al sentirse rechazadas. Él se dejó caer en un sofá. Resopló, se puso el bastón entre las rodillas y cruzó sus manos temblorosas sobre el puño.

—¿Tampoco está hoy?—dijo al fin.

—No, padre.

—Nunca está... ya... ya.

El viejo había pasado de los setenta años, pero no había perdido nada de su estatura gigantesca. Sus largos cabellos blancos, el espeso collar de barba un poco amarillenta, sus ojos enrojecidos y siempre húmedos, le daban el aspecto de un patriarca.

Hubo un prolongado silencio. Por fin, dijo Karen:

—¿Y qué tal vas, padre?

—¿Yo? ¡A maravilla!... La finca va á ser vendida en un

lote... y luego, tu hermano se marchará á América... ¿Y yo? Sin casa, es preciso que elija: ó marcharme con él, ó hacerme inscribir en la beneficencia.

—¡Padre!—dijo en voz baja Karen, mirándole fijamente.

El viejo se vió con la boca cerrada, y sus manos, de un rojo que azuleaba, temblaron más sobre el puño del bastón. Su cabeza temblaba también sobre su cuello enflaquecido.

—¿Está todavía ocupado en regenerar á los obreros, hoy?—preguntó con sorna.

—No—dijo ella.

—Es curioso observar nosotros los viejos, que sabemos prestar atención á las cosas, que cuanto menos vale un hombre, más destinado se siente á regenerar á los otros... ¿Quieres decirme lo que tiene que contar á esos vagabundos, él, que tanto les ha perjudicado en sus intereses?

Ella no contestó, y se limitó á suspirar.

—¡Y los obreros! También son curiosos. Se les puede engañar lo burdamente que se quiera, con tal de que les organicen conferencias, que se escriba para ellos artículos de periódicos. No tienen qué comer, no tienen ropa, pero todo está salvado con tal de que se les cuente algunas historias, con tal de que se les dé algunos papeles para gesticular y divertirse... Sí; vivimos en un tiempo muy curioso.

—¿No pensarás seriamente en marcharte á América, padre?

—Seguramente que no; si me reembolsa tu marido las últimas diez mil coronas que le presté... Debía habérmelas devuelto á los quince días...

Y se puso á reir de nuevo.

—Puedes estar seguro de que lo hacía de buena fe, padre.

—¿De buena fe? ¡Evidentemente! Y esa buena fe nos ha hecho perder fincas y tierras...

¡Ah! la buena fe...

Karen se calló. El viejo siguió hablando:

—Así, pues, quiero un pequeño desquite. Es preciso que tú y los pequeños le dejéis... Si me marcho á América, me que-

daré, sin duda alguna, en medio del Atlántico. Es posible que obtenga un pequeño albergue en la finca. ¿Pero crees tú que consienta en quedarme, y en ver á extraños gobernar mis bienes, completamente todo, sin ninguno de los míos junto á mí? Es preciso que vengas; ¿me oyes, Karen?

Y fijó en ella sus ojos enrojecidos.

Karen le miró, no sabiendo ya qué decir. Pero, al cabo de un instante, meneó la cabeza.

Y pasó lo que ya había ocurrido otras veces: el viejo se fué furioso, amenazando con no volver á poner los pies en casa de su hija.

Pero, al poco rato, oyó una voz en el jardín y, cuando ella salió al balcón, él estaba en la verja con la cabeza vuelta hacia su hija. Gritó:

—¿Has pesado bien tu respuesta? Porque es la última vez, óyelo bien, que te pido algo.

Ella no pudo contestar. Hizo con las manos un ademán de impotente debilidad, y se metió en la casa; se dejó caer en un sofá y se echó á llorar, sollozando.

¿Dejar á Wangen? No. No daría la razón á quienes se lo predijeron...

Cuando Wagen volvió, contó que sus obreros habían resuelto hacer una manifestación el 1.° de Mayo, y que sospechaba que querían ir á casa de Norby.

Karen creyó observar que lo decía con gusto, y, levantándose bruscamente, exclamó:

—Supongo, Enrique, que no habrás tú ideado eso.

—Pues claro que no.

Y sonrió con un poco de desdén irónico.

—¿Pero, harás alguna tentativa, al menos, para contrariar ese proyecto?

—¡Cómo te pones por tan poca cosa! Hablando con franqueza, yo no impediré nada. La única arma de que disponen los pobres obreros es manifestarse en masa. Y no puedo, á la verdad, censurarles porque quieran demostrar á Norby y á

los otros pájaros gordos la consideración en que les tienen.

—Los apruebas; así me lo figuraba—dijo ella suspirando.

Y salió.

La era doblemente penoso tener que despreciarle, ahora que debía estar con él contra todos. Necesitaba estimarle ahora, sobre todo. Pero lo peor era que, mientras los otros se esforzaban en perderle, él les prestaba el servicio de perderse por sí mismo.

Un día, el síndico de la quiebra les hizo saber que la fábrica y la casa habían sido vendidas, y que tenían que mudarse en seguida.

Y aquel día, Karen tuvo forzosamente que ponerse en busca de un albergue.

Había, cerca de una granja próxima, una casa desalquilada. Pero su propietario, Saro Kringen, fué en otro tiempo aspirante desdeñado á la mano de Karen. ¿Cómo había de ir ésta á buscarle ahora?

Pero después de haberlo recorrido todo, volvió completamente descorazonada; nadie la había querido.

Sin embargo, preciso era meterse en alguna parte, y ella tenía cierta repugnancia en pedir algo á Wangen.

«Está bien, pensó ella, disponiéndose á salir de nuevo; pasaré también por esto.»

Y fué á casa de Laro Kringen...

A los pocos días, un carrito salía de la elegante casa. Dos niños iban en el carro, y Karen llevaba al tercero en brazos. Algo detrás venía Wangen, con la cabeza baja y las manos metidas profundamente en los bolsillos.

La casita estaba situada en una altura y rodeada de pinos. No tenía más que dos habitaciones y la cocina. Cuando entraron, sintieron tan fuertemente la diferencia entre su antigua morada y aquel pobre tugurio, que se quedaron plantados en medio de la primera habitación.

Pero todavía quedaba la peor humillación: viéronse obli-

gados á pedir á Laro Kringen que les abriese crédito para la leche y los víveres.

Ella tuvo que hacer por sí misma la gestión, dispuesta á desaparecer bajo tierra á cada paso.

Y de todo esto, en el fondo, tenía la culpa Wangen. Aunque se esforzase en combatirla, sentía contra él una animosidad creciente. En aquel ambiente de frialdad y de pobreza, no tardaron en llegar á no hablarse sino para provocar escenas. Y, cada vez más á menudo, venía borracho por las noches.

II

Einar Norby seguía guardando cama. En medio del día se sentaba en la cama, permaneciendo así más tiempo cada vez. Pasaron los días; el último montón de nieve del patio se fundió y desapareció; al tintineo de los cascabeles del trineo sucedió el ruido de las ruedas de los coches. Un día oyó Einar que sacaban los corderos del establo en medio de una algarabía de balidos, á los que se mezclaba la voz del pequeño Kunt que, desde el terrado, lanzaba gritos de alegría al ver el desfile.

Para Einar, aquella enfermedad era como una noche profunda que se separaba de un acontecimiento pasado, pasado hacía mucho tiempo, y sobre el que su pensamiento no lograba ya fijarse. Y cuanto más se alejaba de aquella barrera de tinieblas, mejor comprendía lo bien que se encontraba allí, en su lecho de convaleciente. Volvía á ser niño, envuelto en las sábanas y las mantas que su madre le arreglaba. Ella le daba de comer con su mano. Él tenía caprichos, permitiéndose ser extraordinariamente exigente, y su madre le reñía con dulzura. Ella le lavaba y le mudada de ropa como en los días de su niñez.

Después de una grave enfermedad, se tiene la sensación de renacer al mundo, tan débil, tan extenuado, que la más peque-

ña contrariedad hace que se humedezcan los ojos, como hacía gritar cuando él era niño. Cuando la mamá tarda demasiado en venir, la sola espera es un tormento insoportable.

Al irle volviendo las fuerzas, observó que su padre no entraba á verle, y comprendió al mismo tiempo que había algo de lo que él, Einar, no debía hablar, en lo que no debía pensar. Porque con ese algo, venían otras cosas, muchas otras á las que no quería dar acceso en aquel momento.

Un día, Ingeborg entró en su cuarto con un lebrillo de agua caliente, y le dijo:

—Tendrás necesidad de lavarte los pies, querido.

Y mientras que, una vez los pies fuera de las mantas, se complacía en sentir en ellos la caricia húmeda de la esponja y las hábiles manos de su hermana, sus ojos se llenaron de lágrimas.

«¡Dios mío!, se decía. ¡Qué suerte tengo en estar entre los míos en este momento!»

Recordaba que, en las primeras noches de fiebre, le había asustado la idea de que le cuidasen las mismas personas á las que había hecho traición. Pero esto también, sin duda, dependía de su enfermedad. Durante sus accesos de delirio, habíale ocurrido ver á Wangen en su cuarto, oirle decir: «Voy á ir á la cárcel por culpa tuya.» Y había gritado de angustia. Pero esto también era una enfermedad, de la que curaría ahora... ¡Qué cosa tan rara el estar enfermo! Y mientras que su hermana le secaba los pies con una toalla caliente, pensaba mirando al techo:

«¡Qué felicidad, Dios mío, el que no haya podido hacer daño á éstos!...»

Pasaban los días. A medida que Einar lograba fijar su atención en ideas cada vez más difíciles, ocurríale pensar con un poco de inquietud en el momento de bajar al piso bajo y ver á su padre. Sin duda tendría que pedirle perdón. Pero esta perspectiva también despertaba en él un raro dolor. A menudo oía una voz que le decía: «No has sabido llevar á bien una grande

y bella empresa, Einar. Y precisamente porque estás acostado aquí, rodeado de tanto cariño, aumenta tu impotencia para realizarla. Debías salvar á un inocente; la firmeza de tu carácter debía templarse con una cruda prueba. Has sucumbido, huiste. ¡Y ahora das gracias á Dios por tu desfallecimiento!»

—Mamá—gritó entonces como sin quererlo.

Y si su madre no estaba allí, á su lado, sentía á veces una horrible ansiedad que le duraba hasta sentirla de nuevo á su lado.

—Mamá, ¡qué pálida y delgada estás! ¡Cuántas malas noches has pasado, Dios mío!

—No te preocupe eso, hijo mío... ¿Cómo estás ahora? ¿Quieres algo?

Y estas palabras de solicitud bastaban para desbordale el corazón, porque calmaban todas sus angustias y le aportaban, por largas horas, una tranquilidad completa, una paz profunda.

Una mañana, Ingeborg entró á verle, llevando en la mano algunas ramas con los botones verdes.

—Aquí tienes un mensaje de la primavera—dijo ella.—Tienes que levantarte pronto y salir. Verás cómo he arreglado el jardín.

Cuando por fin le permitieron levantarse, fué á sentarse junto á la ventana... Unas muchachas atraviesan el patio corriendo, sin nada á la cabeza; ríen, se cuentan probablemente una historia de amor. Y él sonríe al verlas. De niño, jugó mucho en aquel patio, entre las diversas dependencias, y cada rincón guarda un recuerdo que se despierta ahora. Cada vez más se estrechan los lazos que le unen á aquel lugar, á las personas que allí moran...

Un día, Ingeborg fué á verle, y le preguntó con voz un poco vacilante si quería que le leyese algo de un libro de oraciones, y él accedió por complacerla. Poco á poco llegó á sentir un gran encanto oyéndola leer. También debía de haberse engañado sobre aquellas cosas.

Un día, después de la lectura, Ingeborg le dijo:

—El Urjós ya está libre de hielos; hoy empieza á andar el vapor.

Y Einar vió ante él abrirse el vasto lago: después del deshielo, sus aguas son verdosas; aquí y allí flotan fragmentos de troncos de árboles y pedazos de madera; se ve á un pájaro que se deja llevar á la deriva sobre un témpano agitando las alas de cuando en cuando... Llega el verano.

—¿Sabes lo que está haciendo papá?—pregunta Ingeborg sonriendo.

—¿Papá?—repite Einar en voz baja, volviéndose hacia la pared.

—Sí... está haciendo construir un pequeño *chalet* para ti, en los altos prados. El doctor quiere que vayas á pasar el verano en la montaña.

Einar volvió bruscamente hacia ella la cabeza, y se puso á sonreir como un niño que no ha sido bueno.

¿Pensaba verdaderamente en él su padre, como todos los demás, y se tomaba por él trabajos?

—Papá no ha venido todavía á verme—dijo tras un breve silencio, con voz sorda.

Ingeborg suspiró, y contestó:

—Pregunta por ti cien veces al día; cuando estabas enfermo, no comía ni dormía.

Después vió que Einar reclinaba la cabeza en las almohadas. Había cerrado los ojos, pero las lágrimas le asomaban por los párpados y tenía los labios apretados.

Se levantó, se enjugó las lágrimas con su pañuelo, y le dijo:

—Si papá no ha venido á verte, ha sido, á lo que creo, para evitarte una fatiga, una emoción. Y además, no puedes esperar que suba hasta que no sepa lo que piensas de él.

Einar apretó más los labios como si le doliera algo.

—¿Ruego á papá que venga, Einar?

—Sí—contestó él en un soplo...

Norby dijo á su mujer que había tenido un pequeño disgus-

to con Einar, y que no entraría en el cuarto de su hijo hasta que no estuviera lo suficientemente restablecido para poder hablar con él de ese asunto.

Poco á poco había adquirido la plena convicción de que sus enemigos habían debido de excitar á Einar contra él. ¿Quién de ellos habría sido? ¡Engañar á un muchacho como Einar! No era mal golpe.

¡Pero con qué ansiedad había esperado todo aquel tiempo que Einar le mandase á llamar! Porque, dada la manera de separarse, le era imposible ver al joven antes de que éste se inclinase.

¿Se inclinaría Einar? ¿Le sería devuelto su hijo?

¿Y cuáles eran los pensamientos de su hijo, ahora que había llegado el tan deseado momento? Norby subió la escalera á pasos contados, pero agarrándose al pasamanos. Cuando entró en el cuarto, observó en seguida lo delgado, lo desconocido que estaba el muchacho. Einar tenía aún los ojos húmedos, y tendía la mano con una sonrisa inquieta.

Ingeborg, que había subido con su padre, desapareció sin ruido cuando vió lo conmovido que estaba. El padre y el hijo se quedaron solos.

El viejo se sentó, apretando los labios y tomando la mano tendida, aquella pobre mano, tan flaca. Einar observó la turbación de su padre y, ya fatigado, nervioso, estalló en sollozos.

—¡Perdóname, padre!

El viejo se levantó y arregló la manta que se había caído.

—No hables de eso—dijo con voz apagada.—No quiero que te atormentes ahora con esas cosas: no te haría bien.

Cuando el viejo se encontró luego á solas en su despacho, resoplaba fuertemente, y decía con los ojos mirando al techo:

—Alabado sea Dios... Gracias, Dios mío. Gracias por haberme devuelto á mi hijo.

Dejóse caer en el sofá de cuero. Estaba temblando. Nunca le había ocurrido nada tan grande. ¡Jamás! Aquella enferme-

dad debía de haber tenido un sentido oculto; ahora lo comprendía.

—¡Gracias!—replicó alzando los ojos.

Si se figura uno á una mujer recobrando á su hijo al que robaron unos malhechores, se concibe que sus transportes superen á toda ponderación; pero al mismo tiempo, el odio á los raptores, el temor de que vuelvan, el deseo de que los pongan en la imposibilidad de hacer daño, son en ella tan grandes como su felicidad. Así le ocurrió á Norby aquel día. En medio de su alegría, pensó en Wangen.

«No han logrado hacer lo que querían, se dijo. Hay alguien que ha vencido, á pesar de todas sus malicias.

Y mientras que daba gracias á Dios con un sentimiento de alegría indecible, en el mismo instante Wangen y sus otros enemigos se presentaban á su espíritu como fuerzas del mal que pedían reanudar sus siniestras empresas. ¡No! Era preciso ahora hacerles inofensivos de una vez para siempre.

«Saldrá de aquí, pensaba, con una mezcla de furor y de alegría; bastantes desgracias ha causado. Para él no basta la cárcel: deberían deportarle.»

Si el mejor amigo de Norby le hubiese dicho en aquel momento: «Y, sin embargo, prestaste tu garantía á ese hombre», le hubiera derribado á sus pies de un puñetazo. Dios sabía que aquello era una mentira descarada. ¿Podía tener la menor honradez el hombre que recurría á tales medios? ¡Jamás!

Si, á veces, el pensamiento de la inocencia de Wangen venía á rozar la conciencia de Norby, sentía un asco, como ganas de escupir aquel pensamiento fuera de él, lejos de él. Estaba en su derecho. ¿Y no iba aquel demonio afirmando que Norby le había dado su firma en el Gran Café? ¡Aquello era demasiado!

—¡Gracias, Dios mío, gracias!... Pero esto no basta todavía; ¡saldrá del lugar!

III

Por fin llegó el día en que el padre y el hermano de la mujer de Wangen tenían que dejar su finca. Ella tenía pensado levantarse muy temprano é ir á verlos por si les podía ser útil en algo. Pero, á eso de las cuatro de la mañana, la despertaron unos golpes. Asombrada, se levantó; se puso lo primero que halló á mano y fué á la puerta.

—¿Quién es?

Era su hermano.

Cuando le abrió, vió á la luz gris del alba que venía trastornado.

—¿Qué hay?

—El padre—dijo él con voz ahogada.

Y no entraba.

—Entra. ¿Qué ha sucedido al padre?

Su hermano no contestó en seguida. Entró y se dejó caer en una silla.

Pero ella tenía tanto miedo ahora, que no se atrevía á seguirle preguntando. Permaneció en pie esperando.

Y su hermano, con todos los preparativos posibles, le contó que su padre había desaparecido la víspera por la noche. Le buscaron por todas partes. Preguntaron á todo el mundo... Y, por fin, lo encontraron en su granja ahorcado...

Cuando Wangen bajó por la mañana, su mujer seguía sentada, con la mirada puesta en el vacío. No había café, no estaba hecho nada.

—¿Pero qué ha sucedido, mi querida Karen?

—Nada—contestó ella con una voz sin timbre.

Aquel día, como los otros, tenía ella que ir y venir y hacer sus tareas habituales; era preciso lavar y vestir á los niños, ir á la granja por la leche y las provisiones.

Pero su padre la seguía á todas partes. Antes que abando-

nar, arruinado, su patrimonio, se había matado. Y le veía ahorcado en aquella misma granja en la que tanto había jugado ella. No dejaba de decirse: «Yo tengo la culpa.»

Y apenas podía andar.

Cuando Wangen supo la cosa, se quedó sin moverse, con la cabeza entre las manos. Al representarse la imagen de aquel viejo, al que había impulsado á la muerte con su imprevisión, se encontraba en el mismo estado mental que el día en que pesaron sobre él, con su abrumador peso, en el tren de Cristianía, la clara conciencia de sus faltas y el horrible sentimiento de su responsabilidad.

—¡Ah!—dijo de pronto.—Ya es demasiado. No puedo resistir solo tantos golpes. Es preciso que me ayudes tú.

—Tú eres el que deberías ayudarme—contestó ella con voz blanda.

Más adelante, durante el día, él la encontró sentada aún, con la mirada perdida, sin moverse, sin hacer caso de la menor de sus hijas, que la tiraba de su falda.

Ella le miró, y él se estremeció, no sabiendo si aquella mirada significaba terror ó era de odio.

«Piensa que yo soy la causa del suicidio de su padre. No tardará en decirlo.»

Y aunque se confesase á sí mismo que aquella impresión probable estaba harto justificada, sintió el deseo de prepararse para el ataque.

«Bastante tengo sobre mí, pensó, para que me abrume con la carga de esa desgracia.»

Y, de suposición en suposición, se fué irritando contra ella, como si pudiera incumbirla alguna responsabilidad en lo que acababa de ocurrir.

Siguieron así, con miedo el uno del otro, sin decirse nada, sospechando cada uno que el otro tuviera deseos de agredirle. Encontrábanse ahora fuera de la casa en donde vivieron sus años felices; y allí, en aquel miserable albergue, sólo les recordaba su desgracia y contribuía á separarles más.

Karen estaba en la cocina, haciendo una sopa para sus niños, cuando de repente cayó sobre una silla y se puso á mirar al fuego, con los ojos agrandados por el terror.

Porque su padre—tal como le veía ahorcado—la decía que no se trataba de Wangen, sino que ella era la verdadera culpable; ella, que había hecho entrar á Wangen en la familia.

¡Era ella, ella, ella!

La sopa se salió, se desbordó por el fuego, y Karen no veía nada. Parecíale que el suelo cedía bajo ella, que un espectro espantoso y negro se inclinaba hacia ella, y el espanto la helaba. Instintivamente se puso á buscar en derredor lo que podría salvarla.

Después de todo, la quiebra era lo que les había arruinado á todos. Pero, ¿y si Wangen era verdaderamente inocente de ella? Entonces las acusaciones de su padre caían sobre los primeros autores del infortunio, sobre los que habían maquinado contra su marido la odiosa conjura, la acusación de falsario y todo lo demás. Y así, la inocencia de Wangen se convertía para ella en una tabla de salvación. Era inocente; era preciso que fuese inocente.

Por la tarde, Wangen salió para ir á la finca de su suegro: Karen no se atrevía á ir. Pero cuando vió la casa, Wangen se volvió. No se atrevía á afrontar la presencia del muerto.

Al entrar en su casa, su mujer estaba sola sentada ante la mesa.

—¿En dónde están los niños?—se apresuró á preguntar él.

—Los he mandado afuera—contestó ella, siempre con la voz blanca.

Le invadió una espantosa sospecha:

—Pero dime, al menos, en dónde están—dijo, abriendo la puerta de la otra habitación, en donde tampoco estaban los niños.

—He telefoneado á tu tía—añadió ella con la misma voz.—Ha venido en seguida y se ha vuelto á marchar.

Y como él continuase mirándola un poco indeciso y sorprendido, añadió ésta:

—He pensado que esto sería mejor para ti, Enrique... Si puedo yo serle útil en algo, dímelo.

Estas palabras eran tan enigmáticas, que no le dió las gracias. Hubiérase dicho, por el raro sonido de su voz, que ella no se dirigía á él, sino á sí misma.

Cuando por la noche entraron en su alcoba, les pareció espantosamente vacía. Los puestos de los niños parecían esperarlos.

Aunque ahora el espanto la impulsaba hacia su marido, aunque se aferrara á la inocencia de Wangen y sintiera la necesidad de animarle todo lo posible, dándole toda su confianza, no podía hablarle todavía. Porque no quería decir nada ingrato, y le era todavía imposible mostrarse cariñosa con él.

El silencio era enorme, puesto que ya no percibían en torno de ellos esos breves rumores que hacen los niños durmiendo.

Nada les distraía de sí mismos. Y el silencio, el foso que los separaba, les obligaba á cada uno de ellos á mirarse á sí mismo, á contemplar en sí la misma imagen: la del anciano ahorcado en su finca.

Él se metió en la cama antes que ella, y, con un codo en la almohada, espiaba sus movimientos. Ella tardaba en sus preparativos, como si tuviera miedo de ir á acostarse. De vez en cuando miraba hacia el lugar vacío de los niños.

«En esto no he intervenido para nada, pensó él, y sin embargo, también me va á echar la culpa.»

Y cuando, por fin, ella se tumbó en la cama, que tocaba con la de su marido, taciturna, con la mirada en el techo y las manos enlazadas detrás de la nuca, tuvo él una impresión siniestra: parecía que ella estaba dispuesta á hacer algo aquella noche, cuando él se durmiera. Sin saber claramente por qué, vacilaba en apagar la vela, que ardía en una silla, junto á su cama.

—¿No vas á apagar?—dijo ella, sin moverse, con voz muerta.

Y tuvo que hacer lo que le pedía. La noche gris de primavera entraba por la ventana, como si no hubiera cortinas.

Ambos permanecían con los ojos abiertos, vueltos hacia aquella vaga luz. Hubiérase dicho que tenían miedo de cerrar los párpados ó mirar á las tinieblas.

Así permanecieron largo rato, sumidos en sus lúgubres pensamientos.

De pronto, él se puso á temblar; ella se dió cuenta de la angustia de su marido y redobló la suya.

La necesidad de darse ánimos se hizo superior á todo, y buscó en su mano la de su marido.

—Dame la mano, Enrique—dijo.

Y esta acción, y la soledad en que se encontraban, les trajeron á la memoria los primeros meses de su matrimonio, cuando se dormían así, con las manos entrelazadas.

Y, sin quererlo, se puso ella á pensar en los hermosos días de aquel tierno amor, como para probarse que ella era completamente digna y de buena fe en aquel momento.

Pero su padre—siempre allí ante ella, ahorcado—no atendía á sus razones, y ella apretaba cada vez más la mano de su marido. Y esta unión de sus manos, la abnegación misma de que era símbolo, modificaron la naturaleza de los sentimientos de ambos. Podían, por fin, salir de sí mismos para pensar uno en otro; y empezaban á compadecerse mútuamente, porque escapaban así á la contemplación de su propia miseria.

—¡Pobre Karen!—dijo Wangen.—Tú eres la más duramente castigada.

—¡Oh, no, Enrique! Lo peor es para ti, bien lo sabe Dios.

—No, Karen, yo soy un hombre. Y... además era tu padre.

Estas últimas palabras evocaron de nuevo al ahorcado á los ojos de la joven. No; no podía soportar más aquella imagen... Wangen no era responsable de aquella muerte... Y se refugiaba instintivamente cerca de Wangen; recurría á su ino-

cencia como á la única tabla de salvación de que dispusiera.

—Enrique, ¿puedo ir contigo?

—Sí, querida mía.

Y, feliz él también de no sentirse solo, la hizo sitio y fué ella á refugiarse junto á él, á estrecharse allí, como en otros tiempos, para que él la tranquilizase.

Y ahora que el calor de esos cuerpos se confundían, que se sentían unidos el uno al otro, se les ocurrió hablar de su común excusa, como para convencerse mutuamente de su inocencia.

—¡Dios mío!—exclamó ella.—Nada de esto hubiera ocurrido si esas gentes...

El comprendió lo que quería decir, y se apresuró á replicar:

—Así es.

Y lejos de estimarse culpables, empezaron á sentirse, en cierto modo, los campeones de la justicia y la verdad.

Tras un momento de silencio, dijo ella:

—¿No podría ser también que hayan obligado á la viuda de Haarstad á firmar esa declaración?

—Todo podría ser—asintió él.

Ahora experimentaba ella también la necesidad de agarrarse á aquella manía de la sospecha que detestó en él. Era como un consuelo, una exculpación.

Trataron de cerrar los ojos y callarse; pero no podían dormir y gustaban de seguir escuchando su propia defensa.

—Los obreros van á emigrar á América en su mayor parte —dijo él.

A lo que contestó ella, adivinando su pensamiento:

—Todos los que sepan trabajar, acabarán por hacer lo mismo, al paso que van las cosas en este país.

Hubo otro silencio, y luego, persistiendo en la idea de la justificación de todo lo ocurrido, dijo ella:

—¿No crees que los accionistas hubieran sacado un buen partido de su dinero, si les hubiesen dejado continuar en paz?

Seguramente. La empresa iba cada vez mejor, hasta el día que sintieron miedo los grandes propietarios.

—¡Ah! hasta ahora no he comprendido bien lo grande de su decepción.

Y apoyando su cabeza en el hombro de su marido, añadió:

—Perdóname, Enrique. No he sido para ti lo que hubiera debido ser.

Él se conmovió:

—¿Perdonar? Nada tengo que perdonarte. Has sido enérgica, Karen. Todo lo has aceptado con valor. Pero, en adelante, yo te ayudaré también.

—No digas eso, Enrique... Ahora veo lo que semejante golpe te ha paralizado.

Así transcurrió la noche. A fuerza de palabras cambiadas, hacíanse un alma común: cada uno encontraba en el otro las razones de creer en sí mismo. Y, sintiéndose perseguidos por la inmadura é inexorable responsabilidad, huían los dos, cogidos de la mano, hacia el país de la inocencia.

IV

La primavera había llegado pronto aquel año, y cuando el pastor Barring, uno de los primeros días de Mayo, dirigíase hacia la casa de Norby, todos los árboles estaban ya verdes, y el aire lleno de flores, de hierba y de follaje. El pastor llevaba un saquito en la mano. Iba á llevar los auxilios de la religión al viejo Lars Kringen, que vivía no lejos de la finca, en lo alto de una colina.

En el camino, muchos arbolillos estaban desarraigados ó tronchados, como tras un ciclón. Eran las señales del paso de los obreros el 1.° de Mayo.

Cuando el pastor llegó á la altura del jardín de Norby, vió al propietario ocupado en nuevas plantaciones. El pastor se puso á hablar con él.

—¡Qué espectáculo tan triste el de esas manifestaciones! —

dijo.—No es posible que solamente el aguardiente del convite haya embriagado á esos hombres. Tiene que haber alguien que les haya dado otro alcohol, un veneno moral más pernicioso todavía que el primero.

Norby se hizo el asombrado, y se echó á reir.

—¿Los obreros?—dijo.—No tienen nada que ver con los destrozos que ha observado usted. Es el resultado de una noche de tormenta.

El pastor, un poco apenado, siguió su camino... Norby tenía una manera especial de manifestar su orgullo. Sin duda, tenía el miedo enfermizo de inspirar compasión á alguien.

Al llegar el pastor á casa de Lars Kringen, saludó á la mujer de éste y se acercó después á la cama del enfermo.

—¿Cómo va, mi querido Lars?

Lars se calla, aprieta los labios y mira al pastor. La mujer es la que contesta:

—¡Ah, Dios mío! He tenido mucho miedo de verle marchar antes de la llegada de nuestro pastor.

El pastor coge la mano del anciano. Está dura y fría. Tiene el rostro lívido y los ojos como sin vista. El pastor se sienta.

—¿Tienes miedo á la muerte, mi querido Lars?

La mujer volvió á contestar por él:

—Tiene algo, sin duda, que quisiera confesar con nuestro pastor.

—Bien, bien.

Y el pastor contempló al anciano con benevolencia.

Por fin, Lars pudo decir:

—Es á propósito de esa causa.

—¡Ah! ¿el asunto de Wangen con Norby?

—Sentía la necesidad de declarar—dice la mujer.—Pero le faltó el valor para ir á declarar contra Norby.

Hubo un silencio. El pastor esperaba atentamente lo que fuera á decir Lars. Este, haciendo un poderoso esfuerzo, dijo:

—¿Cree nuestro pastor que me será perdonado este pecado?

—¿Por qué no?

El pastor sonreía.

—¿Aun cuando no fuí á decir la verdad cuando Nuestro Señor me lo pedía?

—Pero, ¿estabas tú bien seguro de conocer la verdad, Lars?

—Fué con Norby á la ciudad el mismo día en que se firmó el documento—dijo la mujer, que, de pie junto á la mesa, con el libro de cánticos en la mano, miraba medrosamente el rostro del pastor.

Este seguía sentado y se puso á mirar al suelo.

—Y ahora no cree que pueda ser perdonado—añadió la mujer,—pero yo le digo que Jesucristo murió tanto por ese pecado como por los otros, ¿verdad?

El pastor seguía mirando al suelo, pero sentía que los ojos del moribundo no se apartaban de los suyos, y sabía que cuando encontrase aquella mirada, tendría que contestar.

Si hubiera estado solo y hubiera podido sustraerse á la influencia de aquel momento, el pastor Borring habría respondido:

«Aunque Jesucristo haya muerto por tu pecado, aunque vayas al paraíso, ¿sufrirá menos Wangen las consecuencias de tu falta?»

Estos eran los pensamientos que tenía, pero ¿cómo iba á desesperar con unas cuantas palabras á aquella pobre alma inquieta?

De nuevo salió una voz del lecho:

—¿Cree nuestro pastor que me será perdonado este pecado?

Y el pastor hubo de contestar:

—Sí.

—¿Quiere nuestro pastor rezar una oración conmigo?

El pastor se levantó y juntó las manos. ¿Pero qué iba á rezar? Pensaba en Wangen.

Terminó, no obstante, la oración.

El moribundo, con los ojos llenos de lágrimas, murmuró:

—¿Quiere nuestro pastor administrarme la Santa Comunión?

El pastor se levantó maquinalmente y abrió el saquito. Se revistió, y cuando hubo puesto el vino en el cáliz, dijo:

—Oye, Lars; el asunto se ve la semana próxima en la Audiencia. ¿No podrías encargar á tu mujer que fuese á declarar?

—Sí, muy bien—dijo el viejo, fijando en el cáliz una mirada suplicante.

Pero cuando el pastor terminó su misión y fué á despedirse, el moribundo miró á su mujer tiernamente, y volviendo luego los ojos hacia el pastor, murmuró:

—No; que no vaya á declarar. La echarían de la casa.

—Está bien; sea—dijo el pastor con voz algo insegura.

El viejo Lars tuvo una sonrisa; se volvió en la almohada, y al poco rato todo había terminado.

La mujer se abrazó, llorando, al cadáver; le cerró los ojos, y exclamó luego volviéndose hacia el pastor:

—Gracias á Dios, mi pobre Lars ha muerto en gracia.

Al salir el pastor, se detuvo en lo alto de la colina, pensativo.

Siempre se sentía triste cuando venía de conceder la remisión de los pecados. En primer lugar, no tenía el sentimiento de haber recibido de Dios el poder de perdonar las culpas, y además, no creía en la idea misma de la absolución.

Hoy se sentía más triste aún. Nunca había comprendido mejor lo absurdo de absolver, de perdonar. A Lars, absuelto, ¿le podría también perdonar Dios en nombre de Wangen? Tal vez, Wangen iba á ser condenado, inocente, á despecho de todo perdón.

¿Quién podía perdonar aquí? ¿Dios? ¿Pero tiene Dios el derecho de perdonar en nombre de inocentes á quienes daña y mata una mala acción?

Tales eran las reflexiones del pastor, ¿pero qué podía hacer ahora?

La confesión de un moribundo es cosa sagrada.

JOHAN BOJER

(Concluirá.)

MÁS ALLÁ

En este singularísimo y fugaz instante en que yo escribo las presentes líneas, elemento infinitesimal, pero indispensable, de la vida y la marcha de las cosas, todas ellas enlazadas entre sí, se están verificando en el universo millones de millones de fenómenos grandes y chicos, en número tan enorme y extraordinario, que solamente el tratar de echar una ojeada sobre los mismos produce aturdidor vértigo. ¿Quién puede, ni siquiera á incomensurable distancia, calcular ni representarse el tráfago complicadísimo de relaciones de todo linaje como á estas horas se estarán trabando entre los individuos que pueblan la tierra, aquí, en la casa vecina, en todas las casas de la ciudad donde vivo, en las de los diferentes centros de población del país, en las de todos los países del mundo? ¿Quién sabe los pensamientos que ahora cruzan por la mente de los hombres, ni los actos que están ejecutando, ni los propósitos que éstos ocultan, ni el vigor y empuje que consigo llevan, ni los efectos que producirán? ¿Ni quién, tampoco, la infinidad de choques, de contiendas, de uniones y separaciones, atracciones y repulsiones, acciones y reacciones mecánicas, físicas, químicas, biológicas, psíquicas y sociales, que en este mismo momento se están verificando entre los innumerables seres que constituyen lo que denominamos el mundo: astros, plantas, animales, hombres?

La suma de todos esos hechos, de todos esos fenómenos y acaecimientos, es la historia, lo que sucede. Historia, que se desarrolla y produce por sí sola, por su propia virtud, objetivamente, sin mi concurso, ó con una proporción insignificantísima de él. La historia hace de mí poco caso. Pero yo, en cambio, lo hago muchísimo de ella. Yo tiendo á conocer y á darme razón de lo que en los diferentes territorios y rincones del mundo y de la vida pasa; tiendo á elaborar la historia, disciplina, ciencia ó lo que sea. Mi historia, es decir, mi saber, mi ciencia histórica, compuesta de conocimientos, y que en sí, por tanto, no es sino un episodio particularísimo de la historia, compuesta de hechos y fenómenos, anda siempre á la zaga de ésta, siguiéndole los pasos, á fin de darle alcance.

Pero ella, la historia, no se deja sorprender por mi historia. Lo más que hace es tirarle á ésta algunas miserables migajas de su inagotable patrimonio. Y así la entretiene. El paso del hombre por el mundo equivale al de una de esas estrellas meteóricas que se ven en las noches de verano rasgar el horizonte con una estela de luz, desapareciendo inmediatamente. Comparados su brillo y su fuerza con la fuerza y brillo totales del universo, representan una cantidad próxima al cero. El mundo no se estremece á la vista de estas estrellas; sigue su curso imperturbable. Así, la conciencia del hombre, madre de la historia subjetiva ó conocimiento histórico, que es decir, real, alumbra poquísimo. Sólo penetra en esfera reducidísima, quedándole todo lo demás, que es inmenso, desconocido ú oculto. Entre lo sabido y lo ignorado, existe siempre un ilimitado margen diferencial.

Sólo que el hombre no se conforma con menos que con traspasarlo, sea cualquiera el modo. No tolera secretos, aunque, bien á su pesar, se ve constreñido á soportarlos. Quisiera tener en su mano la explicación de todas las cosas, y regular y dirigir éstas conscientemente y á su arbitrio. Mas, no siéndole dado esto, hace cuanto le es posible por hallar un procedimiento que lo sustituya. Procede como si su saber no tuvie-

ra limitaciones. Cuando desconoce los engranajes de unas cosas con otras, que es como si dijéramos sus relaciones causales, los inventa á su manera, quedándose con ello tan tranquilo. La hipótesis, la conjetura y la teoría son recursos muy abonados para tal fin. Las ciencias todas están cuajadas de ellas, á pesar de que se dice á menudo ser carácter indispensable del conocimiento científico la certidumbre y la absoluta seguridad.

El prurito de explicación llega hasta los últimos extremos. Esferas hay donde es inútil todo intento de sondeo, porque los medios humanos son inadecuados é ineficaces para tal fin. Pues, sin embargo, el hombre no se rinde. En estos casos acude al procedimiento imaginativo. Crea á su antojo lo que le hace falta. Da por existentes cosas de las que no tiene ni rastro de noticia. Construye sistemas religiosos ó metafísicos, que le dan resueltos todos los problemas. Nada le queda así por saber. Para todos los apuros encuentra salida airosa. Ni dentro ni fuera del mundo sublunar se le presentan enigmas. Lo único que hay es que las soluciones de tal manera preparadas, apenas si sirven más que para satisfacción mental del que las formula; en cuanto se trata de ponerlas en práctica, se advierte su perfecta inutilidad, la mayoría de las veces.

El deseo de huir de tales peligros ha sido la causa de algunos cambios de postura y de adoptar nuevas posiciones mentales. Se ha dado origen, contra los anteriores sistemas y los anteriores modos de discurrir, á otros sistemas y á otros modos, tenidos por opuestos á los primeros y por mejores que ellos. Al que llamaremos antiguo procedimiento de elaboración de la historia subjetiva, de la ciencia de las cosas, procedimiento ambicioso, que no se conformaba con dejar ningún vacío; procedimiento precipitado, cuya celeridad corría parejas con la endeblez y lo inseguro de sus productos, se le ha querido reemplazar con otro procedimiento que pretende ser más cauteloso, más sólido, más exacto, más prudente, muchísimo más lento, pero, por eso mismo, más seguro y fecundo.

Quiérese aludir aquí al sistema y al procedimiento llamados «positivos» y también «experimentales». Los más discretos de sus defensores lo conciben como un sistema en donde el conocimiento humano tiene límites infranqueables y un campo bastante reducido. El territorio de la realidad parece como dividido en dos partes, una accesible y otra inaccesible á la observación, y consiguientemente á la percepción y el conocimiento. Donde la observación no alcanza, no alcanza tampoco el dominio de la conciencia. Quédale siempre al hombre, por eso, un terreno oculto, vedado á la exploración, un más allá misterioso, rodeado de tinieblas tan impenetrables, que, por mucho que haga y se esfuerze, no consigue rasgarlas. El hombre, aquí, se desespera y no descansa por encontrar la llave que le dé entrada en el cerrado alcázar; mas inútilmente. A nadie se le permite averiguar lo que dentro de éste hay (si es que hay algo, pues no lo sabemos), ni lo que sucede. La falta de observación y percepción directa hay que suplirla con sueños é invenciones fantásticas, en que á su placer reconstruya uno el referido mundo impenetrable. Así lo hacemos, efectivamente, y de ahí viene la crecida abundancia de construcciones denominadas religiosas y metafísicas, con las que intenta, cada cual á su modo, explicar lo inexplicable y dar razón de lo que, á su entender, no puede menos de tenerla, pero que él no percibe ni toca directamente. Es lo que sucede con los problemas calificados de trascendentales.

Los fautores de los sistemas positivos ó experimentales aspiran, aunque no lo logren siempre, y mejor acaso sería decir que nunca, á prescindir de estos problemas, que tienen por inabordables é insolubles, y á refugiarse exclusivamente en el círculo de la realidad directamente observable. Su esfera de acción resulta de esta manera grandemente limitada. Páranse delante de los fenómenos, y vista la imposibilidad de conocer las esencias y las causas últimas de las cosas, renuncian á averiguarlas. Su conciencia se ejercita solamente sobre lo accesible á los sentidos, medios únicos de observación y de conoci-

miento positivo y cierto. Su ciencia no es ya exclusivamente ciencia de hechos, pues al cabo todas ellas, aun las más encumbradas y excelsas, tienen este carácter; sino que es ciencia de hechos sometidos al dominio de sus sentidos. Cómo estos hechos se hallan enlazados con los inaccesibles é inobservables, y qué clase de relaciones causales existan entre unos y otros, es cosa que al entendimiento humano le está vedado conocer; y por eso ellos no se inquietan por averiguarlo, á lo menos á primera vista. Su vuelo no se remonta muy alto. Prefieren andar á ras de tierra y moverse exclusivamente dentro del horizonte sensible, á intentar inútiles incursiones en el horizonte racional.

Sólo que, aun así, calan muy poco adentro. La gran mayoría del terreno explorable permanece ignoto. Por perspicaz que un hombre sea, no alcanza á ver ni comprender sino una parte mínima de lo que puede caer en el área de su visión. De los mil y mil nexos que entre sí mantienen los fenómenos de la naturaleza y los hechos de la vida corriente, sólo una proporción minúscula traspasa el umbral de la conciencia del observador, y entra á formar parte de su capital científico. Cuando los experimentalistas y los cultivadores de las ciencias positivas quieren ir estableciendo los vínculos de causalidad ó de condicionalidad existentes entre las varias especies de seres y las distintas fracciones de la realidad, es decir, la manera como unos seres y unos fenómenos dependen de otros y se derivan de ellos, tienen que pararse bien pronto en su camino, imposibilitados de seguir andando, por estrellarse contra el obstáculo de su propia ignorancia. Los enlaces aludidos son los que forman la cadena de las causas y de los fundamentos, ó dicho de otro modo, la de los «porqués»; y ya es sabido que esta cadena tiene para nosotros muy luego su fin. A las pocas veces que uno insista cerca de otro en pedirle porqués de una cosa, y luego los porqués de esos porqués, y así sucesivamente, le obligará á declararse vencido. No hay sabio que no deje de serlo bien pronto en una indagatoria de esa especie, y que no

toque inmediatamente las lindes del misterio; misterio que algún día podrá quizás llegar á aclararse (y de esto acontece á menudo), pero que por el instante se halla rodeado de sombras.

Y no es sólo esto. Aunque nuestro dominio mental del mundo fuese mucho más completo de lo que es, y llegáramos á apoderarnos de todos los fenómenos que en aquél se dan, no habrían concluído nuestras inquietudes. Quedaría siempre una duda irredimible, la tocante al valor de nuestros conocimientos. Cuando nuestra representación de las cosas y de las relaciones externas (ó sea de todas las cosas, pues todas ellas caen por fuera de quien las contempla) fuese exactamente conforme con la propia invariable naturaleza de las mismas, podríamos jactarnos de conocerlas tal y como son, y podríamos fijamente comportarnos con respecto á las mismas. Pero, ¿quién se halla en este caso? ¿Quién tiene seguridad nunca, ni por cuáles medios logrará adquirirla, ni cuáles signos se la mostrarán con carácter indefectible, de que sus ideas y concepciones no son equivocadas, de que sus apreciaciones y juicios no van por mal camino?

Si á cualquiera de nosotros se le pide una norma de conducta acomodada á las exigencias naturales, que son las exigencias de la justicia, le es difícil, por consiguiente, darla, como él sea un poco escrupuloso y amante de proceder siempre sobre seguro. La norma referida ha de consistir en la sumisión de la voluntad humana á la naturaleza y disposición de las cosas, en una especie de acomodamiento del hacer individual á los propósitos y designios del autor de ellas. Estos propósitos y designios no podemos nosotros conocerlos directamente, sino que tenemos que averiguarlos por el estudio de las cosas mismas, donde están revelados y como impresos. Las cosas han de ser la regla de nuestra acción: los hombres han de comportarse con ellas conforme ellas y el engranaje entre todas lo requiere. Mas ¿cómo lo requiere? He aquí una pregunta bien difícil de satisfacer, ya que de la naturaleza de las cosas

sabemos bien poco, si en último término sabemos en verdad algo, y de sus mutuos enlaces, menos aún. Y cuenta que nuestras acciones solamente podrían decirse justas, sin mezcla de injusticia, cuando de ellas no resultare daño alguno para nadie ni para nada, y sí sólo beneficio para todo y para todos; ó, lo que es igual, cuando en el orden de la naturaleza representaran un elemento perfectamente congruente y armónico, sin la menor sombra de desarmonía.

De manera que la justicia, la genuina y exacta, no puede habitar entre los hombres; su única residencia se halla entre los dioses, donde mora igualmente la omnisciencia, base y condición indispensable de su ejercicio. Los hombres, como no pueden tener sino conocimientos fragmentarios, mutilados é imperfectísimos de la realidad, conocimientos que á menudo les inducen á errores de más ó menos importancia, tampoco son capaces de practicar sino briznas ó migajas de justicia, detalles de relativa insignificancia, que á menudo van acompañados de lesiones graves de orden general y de notables perjuicios para los coasociados.

No hay, no, en el mundo social un sistema claro y decisivo de justicia. Lo que sí se da en él frecuentemente son órdenes definidos de derecho, bien legal, bien consuetudinario, dentro de cuyo círculo, establecido y sostenido violentamente por unos cuantos hombres que se lo imponen y hacen respetar, de grado ó por fuerza, á otros, se produce, pero un tanto maquinalmente, la justicia. Mecanismos para producir derecho existen, indudablemente; cada Estado, y aun toda asociación de personas algo organizada, y en donde parte de éstas presten sumisión y obediencia á la otra parte, representa uno. Así se comprende que los llamados «órdenes jurídicos» abunden tanto. Cada país tiene el suyo privativo, que ni rige sino durante un cierto tiempo—al cabo del cual es reemplazado por otro,—ni tampoco más allá de sus propios confines territoriales, donde al instante se tropieza con el orden jurídico vecino, igualmente particular y transitorio. Así se sabe con relativa

seguridad qué es lo que por justicia se tiene en el seno de cada uno de esos órdenes: es allá justicia lo que como tal definen las leyes promulgadas por los más poderosos, ó las costumbres que hagan sus veces; y cumple con ella aquél que se mantenga respetuoso y sumiso frente á las mismas.

Mas fuera de aquí, el problema cambia. Extralegal ó extraconsuetudinariamente, no hay ningún orden jurídico definido. La justicia no cuenta en dichas regiones con órgano ninguno concreto, aparte de los individuos. Cada uno de éstos se representa á su manera, conforme queda indicado más atrás, el orden de la naturaleza y la disposición que dentro de él guardan los diferentes seres particulares; ó, lo que es igual, cada hombre abriga dentro de su mente un sistema de finalidades, de exigencias, pretensiones y derechos, y su correspondiente sistema de obligaciones, vínculos, servicios y actos de sumisión. Cada hombre tiene su particular concepción de la justicia extralegal. Pero como no puede hacerla predominar sobre la de los demás semejantes, equivalente á la suya, resulta que, en rigor, fuera del Estado, maquinaria dispuesta para producir automáticamente, y en caso necesario violenta y coactivamente, la justicia, no hay justicia. Quien puede imponer su yugo á los demás les impone también la ley; la justicia y la prepotencia se identifican. Y si nadie manda sobre nadie, la posibilidad de la justicia desaparece. En una situación social *ex lege*, ya se trate de ley escrita ó de costumbre, la justicia no puede ser concebida sino de un modo vago é incoercible.

Es poco frecuente que los hombres, en general, y los mismos publicistas se hagan el debido cargo de estas particularidades, sin embargo de que hablan á menudo de la contraposición entre lo legal y lo justo en sí, entre el derecho legislado y el natural.

Yo me fijo mucho, de algún tiempo á esta parte sobre todo, en el sentido que atribuyen á las expresiones que emplean, y advierto que en éstas la voz justicia apenas tiene nunca otro significado sino el de justicia legal, el de respeto y cumpli-

miento de la ley (1). A lo más, pasan desde ésta á la costumbre y á las instituciones que, tradicionalmente, vienen rigiendo; pero más allá no llegan nunca. Esas instituciones encarnan á sus ojos las que ellos mismos denominan «bases inconmovibles» ó «principios esenciales de toda sociedad», sin cuya concurrencia y respeto no son capaces, por lo tanto, de imaginarse como posible la vida de ésta, y menos aún su vida normal. Es decir, que no ven la justicia más que dentro de un orden constituído: ya se trate, como es lo más ordinario, de un orden legislado y políticamente coactivo, ya de un orden consuetudinario y tradicional, coactivo socialmente. Para estos sujetos, que son, como digo, la mayor parte de los hombres, no hay justicia sino automática, producto unas veces del mecanismo político, y otras veces del mecanismo social. La justicia, según ellos, sólo se da en el orden ó círculo de sus relaciones mentales; sólo es conformidad de los actos humanos con el sistema ó complexo de sus ideas, percepciones ó concepciones. Pensar en que haya todavía justicia por encima y más allá de éstas, lo estiman como una imposibilidad, y en muchas ocasiones lo califican de locura, de sueño fantástico, de utopia y aun de pretensión nefanda y vitanda. Por eso, para considerar justo y honrado á un hombre, les basta con verle vivir en paz dentro del orden formado por las leyes escritas ó por sus equivalentes las costumbres (de las que se alimenta el ambiente denominado moral); una honradez que trascienda de este ambiente, artificial al fin y al cabo, no la sueñan siquiera posible, regularmente.

Pudieran aducirse muchos ejemplos comprobatorios y ex-

(1) O el de una verdadera brutalidad vengativa. No otra cosa se quiere significar en todos aquellos casos, frecuentísimos, de todos los días, en que una parte del pueblo, la prensa ó tales y cuales individuos piden que «se haga justicia» y «se aplique la ley» contra el delincuente Fulano ó Zutano. Lo que se desea entonces es que á éste, á toda costa, con razón ó sin ella, y sin escrúpulos, sin miramientos, lo maten, lo tundan y lo rajen...

plicativos de lo que queda expuesto, pero con alguno habrá bastante.

La propiedad individual, lo mismo la mueble que la inmueble, puede hallarse, y de hecho se ha hallado y se halla regulada de diferente modo, según los tiempos y los lugares. Es tan visible esta variabilidad, que no puede nadie desconocerla, á poco que se fije. Hay, por lo tanto, aquí órdenes distintos de justicia, sin que á ninguno de ellos quepa atribuírsela exclusivamente, proscribiendo la de los demás. Tan justos son los pueblos en que existen, verbigracia, vinculaciones, como aquellos otros de los que éstas se hallan proscritas; tanto los que han reconocido á los hijos de familia una propiedad separada de la de su padre, como los que se la han negado. Y lo mismo puede decirse con respecto á las demás personas que sean sujetos de la relación de propiedad, á los modos de adquirirse, transmitirse y perderse ésta, á los derechos que confiere al propietario, á la organización que revista. Todos estos extremos suelen presentar variaciones de un país y de una época á otras épocas y otros países, lo cual no parece sublevar el sentimiento de justicia de nadie.

Pero, en cambio, nadie tampoco apenas concibe la posibilidad de la vida y la coexistencia sociales, como la propiedad individual no exista, sean cuales sean su forma y su organización. Siempre la han visto acompañando al hombre, en cuanto ellos recuerden, y no cabe en su mente la idea de que las cosas puedan ser en el mundo de otra manera, ni que el mundo pudiera seguir su marcha si la propiedad individual desapareciese. La propiedad individual la reputan condición esencialísima de la sociedad, y sin ella no admiten en esta última justicia posible. A mí me ocurre no pocas veces pensar en esto cuando las gentes hablan, supongamos, de la justicia con que se ha hecho ó puede hacerse la repartición de una herencia, ó con la que un propietario trata á sus colonos, ó viceversa. El juicio se refiere entonces á la relación existente entre términos dados, de cuya posición se parte como indiscutible. Mas no se lleva

nunca á esta posición misma, raíz de aquella relación ó de otras relaciones posibles. Se da por supuesto que ha de haber herencia, causante de ella y herederos que la reciban, propietarios y colonos; y sobre esta base se discurre acerca del modo con que para obrar en justicia deben ser reguladas y concretadas las respectivas relaciones. Ni por soñación siquiera se piensa en poner la puntería más alta, inquiriendo si la herencia y la propiedad individuales caben en un orden fundamental de justicia. Porque si tales instituciones fueran injustas, las derivaciones de ellas y todos los casos particulares á ellas referentes lo serían del mismo modo. El orden presente y más tangible presupone otro aún más primitivo y profundo, y á éste es al que se debe dirigir ante todo la mirada y el juicio. Sobre el horizonte visible de la justicia, donde no se da sino lo justo temporal y concreto, existe el horizonte racional, mucho más amplio, en el que todos los horizontes visibles se borran y funden, y donde la justicia universal é imperecedera tiene su asiento.

Los ciudadanos de un Estado, ó los miembros de una asociación, piden justicia en el seno de las respectivas sociedades, y solicitan un amparo justo, que la autoridad suele otorgarles, de acuerdo con el orden en ellas estatuído. Hasta aquí, no parece que las cosas marchan mal. Se puede decir que la justicia impera. Mas ¿cómo se ha implantado el orden de que se trata? La pregunta ésta significa tanto como inquirir el origen histórico de los Estados, creadores y custodios, según se suele decir á menudo, del orden del derecho. Ahora bien; ¿hay, ni ha habido nunca, ningún Estado, cuyo nacimiento no sea debido á la violencia, y que por la violencia se conserve? Es difícil que pueda encontrarse ninguno, por mucho que se busque. Y si esto es así, lo probable es que ninguno de los órdenes de derecho que los Estados fundan y mantienen sea originariamente justo, y que, por lo tanto, tampoco lo sean las relaciones engendradas á su sombra. Sin embargo, de justas las calificamos, y en nombre de la justicia perseguimos á sus vio-

ladores ó atentadores, remachando con ello la iniquidad. Así sucede con la protección prestada á las relaciones de que se hablaba antes, ó, lo que es lo mismo, á las de propiedad. Del robo se ha dicho multitud de veces que procede ésta; á pesar de ello, la propiedad existente se califica de sagrada, y por sagrada é inviolable la tenemos todos, como al monarca. Títulos originariamente legítimos, ningún propietario puede alegarlos. Como ha dicho alguien, más ó menos humorísticamente, Adam no hizo testamento, dejando señalados en él herederos de sus bienes, que eran toda la tierra. Y de Adam en adelante, nadie ha podido aducir fundamentos mejores para hacerse propietario y mantenerse con tal carácter frente á quienes pretendieran disputarle tal derecho, que la circunstancia de tener de su parte y en su apoyo más fuerza que otra cualquiera persona. Y si el razonamiento éste se juzgara extremoso, no hay sino tener en cuenta el hecho indiscutible de que no pocas fortunas particulares han tenido su nacimiento en el robo. Sus fundadores han sido ladrones, calificados y perseguidos como tales aun por las leyes y los tribunales del país en que los bienes radican y pretenden y obtienen amparo. Se trata, pues, de fortunas notoriamente ilegítimas. No obstante, bien pronto purgan su ilegitimidad y entran en el catálogo de las sanas y puras. A las pocas generaciones, los poseedores de los bienes primitivamente robados, sean ó no descendientes de los individuos que los robaron, habrán pasado á la categoría de las personas honorables, y harán una vida honradísima, como buenos burgueses, de esos que se escandalizan de todo atentado contra la santa propiedad ó contra otro cualquiera de los fundamentos inconmovibles del orden vigente, y que califican de esencialmente justa la severa represión empleada por el Estado contra quienes lo perturben. Si la regla romana, que los juristas repiten á menudo: *quod ab initio vitiosum est tractu temporis convalescere non potest,* fuese respetada, ¿quién podría, á la hora que corre, presentarse como poseedor legítimo de ningún derecho? La tentativa de su cumplimiento y la con-

siguiente revisión de los títulos jurídicos, ¿no demostraría que todos, sin excepción, hemos sido concebidos en la iniquidad y en la iniquidad seguimos viviendo? ¿Cuántos aristócratas, por ejemplo, podrían presentar una ejecutoria entera y verdaderamente limpia?

Los filósofos griegos, como he dicho en algún otro lugar, distinguían á menudo entre φύσις y νόμος. Es una distinción equivalente á la que establecen otros muchos entre el derecho legislado y el natural, fuentes ambos, cada uno á su modo, de justicia. Sólo que, mientras la justicia normativa ó legislada se averigua, según ya se ha dicho, con relativa facilidad, la justicia natural, la justicia que la φύσις quiere, no se encuentra á nuestro alcance. Sin embargo, se dice que el νόμος ha de apoyarse sobre la φύσις, y que el derecho legislado no merece llevar tal nombre, ni debe ser obedecido si no toma su arranque en el natural. Resultado de ello es que los hombres, en nuestras relaciones mutuas, no podemos estar jamás seguros de obrar de acuerdo con la justicia honda y propiamente tal, y que nos hallamos expuestísimos á tomar y aun á imponer por lícito á otros lo que no lo sea, y á obligarles, por obediencia á la ley, á tener como justo lo que, sobre repugnar á sus convicciones, sea también lesivo del orden trascendental.

¿No hay más bien razón para decir que esto es moneda corriente y el pan nuestro de cada día? Sólo el depositario y conocedor del orden trascendental es quien pudiera saber y enseñar lo que es justo. Pero ¿hay alguien en este caso? Contra las leyes injustas se sostiene por los escritores el derecho de no obedecer, y aun el de reaccionar activamente, con la resistencia. Mas ¿se da de hecho alguna ley que no sea injusta?

P. Dorado

CRÓNICA LITERARIA

LA NOVELA ERÓTICA

No sé si una investigación minuciosa, que quizás fuese excesiva, para el caso lo comprobaría, pero tengo al Sr. Trigo por el padre ó uno de los más calificados padres de la nueva novela erótica española. La investigación de las paternidades literarias, es con todo tan oscura y difícil como la de las paternidades naturales ó más todavía, puesto que no queda en aquéllas el refugio salvador de la presunción romana, *pater est quem justæ nuptiæ demonstrant*. Aquí no hay nupcias, y la paternidad queda flotando en la natural incertidumbre del fenómeno. Pero si no padre, por lo menos habrá que concederle al Sr. Trigo el haber sido el precursor ó fundador de ese género ó variedad novelesca, que va adquiriendo una extensión propia para alarmar á los moralistas.

Creo que el Sr. Trigo no debe de estar muy satisfecho de su criatura ó de la parte de creación que le corresponda. Al menos, en sus novelas ese elemento erótico, que descubre demasiado á las claras los impulsos lúbricos y bestiales de la naturaleza humana, va acompañado de una sagacidad y una sutileza psicológica y de una inventiva novelística, que en parte rescatan lo que pueda haber de repulsivo en aquellas libres pinturas. No sucede lo mismo con la mayoría de los novelistas nuevos que siguen la propia senda, y en los cuales se cumple la

ley común de los imitadores que suelen resultar más aptos para abultar los defectos de sus modelos, que para emular lo que haya en éstos de verdaderamente original y valioso.

Esa novela licenciosa, de la cual va habiendo numerosos casos y ejemplares, me parece exótica en España. Los grandes novelistas españoles modernos y los que después de ellos han renovado con más brillantez el caudal de la novela, no han solido exagerar la nota sensual, ni han caído en esa deleitación obscena que caracteriza á la novela erótica, y que hace de ella, prescindiendo de razones morales, una novela teratológica, toda sexo, parcial y monstruosa, por tanto, en relación con las costumbres y la naturaleza humana. Los más expertos observadores de las costumbres de la sociedad española contemporánea, los que más hondamente han sondeado su psicología, y con mayor libertad y más fecundia imaginativa han presentado los conflictos sentimentales del amor, y la inagotable variedad de casos de la batalla de los sexos, han solido ser morigerados y decorosos en la expresión de la resultante fisiológica de este género de pasiones.

Prescindiendo de Pereda, la Sra. Pardo Bazán y Alarcón, cuyas ideas morales y religiosas les imponían una clara limitación en este punto, Galdós, Palacio Valdés, Valera, Picón, no son novelistas en quienes se pueda reparar un exceso de licencia descriptiva. Tampoco en los más sobresalientes de los nuevos, como Blasco Ibáñez, Baroja, Valle-Inclán, Bueno, López Roberts, Acebal, Gamero, se observa este achaque, no obstante ser algunos de ellos naturalistas, en el sentido filosófico de esta palabra, mucho más amplio que el literario. Remontándonos por la historia y tradición literaria españolas, no obstante el carácter realista de nuestro arte, creo que hallaríamos igualmente la comprobación de que en nuestras letras no ha predominado nunca un sensualismo exagerado y morboso. La misma novela picaresca, que desciende á los bajos fondos sociales; el teatro, tan atrevido á veces en lances y tesis de amor, guardan cierta compostura y cierta concisión en las es-

cenas pecaminosas. De la misma Celestina, á la que, según Cervantes, le faltó para ser un libro divino encubrir un poco más lo humano. ¡Cuánto se podría decir en este respecto, habidas en cuenta las circunstancias de la época y la rudeza de las costumbres! De ahí se desprende que el realismo es ajeno á la obscenidad de la literatura libertina, que refleja una excepción de la vida, la hipertrofia de un instinto, y que, por lo mismo, carece de naturalidad y no corresponde á los tipos medios creados por la costumbre y la naturaleza.

La aparición de la novela erótica, no tiene en sí grande importancia ni es tampoco un fenómeno extraño. Subsiste todavía una considerable influencia de la literatura francesa sobre la nuestra. París, gran metrópoli del placer, produce libros licenciosos, como produce cocotas. Y no sólo París. Las grandes ciudades son los principales centros de producción y de difusión literaria, y en ellas, la licencia de las costumbres y los mil reclamos de la sensualidad tienen que reflejarse en el libro. La novela erótica es, pues, un producto del medio y un reflejo de las costumbres, aunque á su vez influya en ellas como uno de tantos elementos que inclinan al libertinaje. Esta observación no está reñida con lo que antes digo acerca de la poca naturalidad de este género, y su carácter parcial y estrecho. Es, sí, una consecuencia de un estado de costumbres, pero de una zona limitada de las costumbres: la zona en que se agita el mundo de la *noce*, que dicen los franceses, de la juerga, que diríamos nosotros con un vocablo menos hábil y apropiado al caso, pues nuestro léxico, como nuestra novela, no está bastante adaptado aún á estos usos de la vida alegre, según la concepción que de la discutible alegría del vivir tienen muchos de nuestros contemporáneos.

*
* *

Todo hace creer, no obstante lo dicho, que la literatura erótica ha de desarrollarse más de día en día. La decadencia

innegable de los principios religiosos y morales, la revolución que se está operando desde el siglo XVIII en la moral sexual, y que cada vez aparta más de ella las sanciones sociales, dejándola reducida á un negocio de libertad individual (Remy de Gourmout, en sus *Dialogues des amateurs*, ha publicado un curioso y expresivo artículo sobre el caso, titulado *Les mœurs*), son hechos que tienen que fomentar una literatura del deleite, que no puede pretender, aunque á veces lo pretendan, otra significación ni otro fin que el de figurar entre los excitantes contemporáneos, el de ser una especie de aperitivo de la sensualidad, semejante en esta esfera á los vermouths ó los ajenjos que se toman en las terrazas de los cafés á la *hora verde*. Las reacciones de la policía de costumbres y los ensayos de restauraciones morales son mucho más débiles—forzoso es reconocerlo—que este sensualismo de la vida de las grandes ciudades, y, por tanto, no se puede esperar que el erotismo literario, el desnudo del libro, como el desnudo del teatro, encuentren otros frenos eficaces que el estético, nacido de las repugnancias del gusto selecto hacia ciertos extravíos, y el ideal nacido de la creciente atención hacia los problemas y las luchas sociales, que, dando un sentido de gravedad á la vida, distraen de los temas frívolos del libertinaje y el sibaritismo y nos hacen desdeñarlos.

La nueva novela erótica, en sí no suele ser muy interesante. Por lo general, es muy inferior en gracia y picardía á la literatura libertina del siglo XVIII. Además, no suele tener el valor de sus convicciones, y pretende cohonestar sus desnudeces con paradojas éticas, presentadas en serio, que es como peor resultan las paradojas, ó con una hojarasca psicológica, que apenas sirve para desempeñar el papel de la tradicional hoja de parra, harto transparente en estos casos. Algunos de los escritores que se han lanzado á este género, espontáneamente ó siguiendo los impulsos de la imitación, poseen dotes literarias, tienen estilo, inventiva, facultades descriptivas, pero las malgastan en esa obra de un proxenetismo inconsciente y desinteresado.

Si á alguno de tales autores se le dijese, con una franqueza que va siendo rara en estos asuntos, que su libro era pornográfico, lo tomaría á ofensa, y hasta puede que sinceramente considérase injusto el reproche. La calificación, sin embargo, no sería impropia. Costumbres, pláticas y lecturas de prostitutas es lo que expresa ese vocablo, que modernamente se ha vuelto desagradable, y sería difícil establecer una distinción real y verídica entre lo que en los aludidos libros se encuentra y lo que en dicha expresión se contiene. Bien que, al rechazarla, pensarían acaso los que se sintieren agraviados por ella, en la infame literatura clandestina, que se ofrece en voz baja, como un género prohibido, y que se escribe descaradamente bajo la advocación de la lujuria.

Al rechazar la calificación de pornográfico, lo que se rechaza, más que el sentido propio de esta palabra, es la identificación ó semejanza con esos torpes escritos que se amparan tras el anónimo de las acciones bochornosas.

Descúbrese ahí una confusión de ideas que es, quizá, lo más interesante que ofrece á la meditación la novela erótica. Así como los filósofos antiguos se fatigaron en el empeño de identificar la virtud y la felicidad, al punto de que la clave de la filosofía antigua está casi en este paralojismo, modernamente se ha establecido una confusión análoga entre el arte y la moral, en que incurren, así los partidarios del arte emancipado de la moral, como los de la moral rectora del arte.

Felicidad y virtud eran valores ó realidades distintas. Arte y moral lo son también. Los errores de los que confunden estas dos últimas realidades pueden reducirse á esta proposición: el arte ó lo bello no puede ser inmoral.

Para los unos, el arte tiene una virtud purificadora que limpia sus objetos de toda escoria inmoral. Lo que sin arte sería inmoral, por virtud del arte se depura y ennoblece, perdiendo ese vicio. Para los otros, no hay verdadero arte ni verdadera belleza inmoral, porque lo inmoral lleva en sí cierta torpeza y fealdad intrínseca que pugna con la naturaleza de lo

bello y del arte. Partiendo de postulados diferentes, los unos de la supremacía del arte, los otros de la supremacía de la moral, ó dígase, respectivamente, de la belleza y del bien, llegan estos dos opuestos sistemas á una coincidencia abstracta: el arte no es inmoral.

La experiencia y la razón refutan esta confusión de ideas, Lo moral, buscando una fórmula positiva é histórica que lo defina, trasladando su concepto á un terreno neutral, es lo que se ajusta á la conducta, al modo de obrar que se considera más conforme con la naturaleza y con los fines humanos; la fórmula del bien obrar, según el consentimiento general de cada época, en que entran por mucho la tradición ideal y la tradición del hábito. El arte es un medio, un procedimiento para hacernos sentir la emoción de lo bello. Esta emoción tiene algo de inefable, algo que no cabe dentro de fórmulas intelectuales; por eso, los tratadistas de estética se han esforzado vanamente en darnos una definición acabada de lo bello, un concepto claro de la belleza. Lo que la experiencia nos muestra es que lo bello es aquello que nos produce una impresión de agrado, de simpatía, de admiración, nacida de que vemos en ello un alto grado de perfección ó acabamiento en su género, algo que se identifica con el tipo ó modelo ideal que nos formamos de una cosa ó se aproxima á él.

Hay una serena cumbre, una elevada región espiritual, en que la moral y el arte, el bien y la belleza, como todas las grandes aspiraciones del espíritu humano, parecen confundirse, al modo que los detalles particulares de las cosas se funden en la lejanía del horizonte en un crepúsculo, y tierra y cielo se amalgaman en una franja indecisa de luz. Pero ello no indica que la moral y el arte anden siempre de la mano por el mundo, como esa radiante visión de una puesta de sol no impide que las cosas que á lo lejos se funden en las púrpuras, las violetas y los oros del incendio celeste de la puesta ó del amanecer, dejan de tener su configuración propia cuando las miramos á distancia conveniente. Un accidente vulgar puede

quitar su belleza al acto más sublime contemplado de cerca.

Puede haber belleza en lo inmoral. El arte antiguo y el Renacimiento han producido bellas figuras lascivas, á las que no se puede negar la belleza, á menos de tener atrofiado el gusto, pero á las que sería absurdo y ridículo atribuir moralidad ó siquiera indiferencia ó amoralidad porque son bellas. El arte y la moral pueden, por consiguiente, hallarse en contraposición y conflicto, que se resolverá, como todos, con el criterio de la utilidad y la importancia. En este terreno, la moral lleva ventajas al arte. Es útil á mayor número de hombres, y las consecuencias que se desprenden de su observancia ó inobservancia, son más importantes que las que emanan de una obra artística corriente. Pero las grandes obras de arte son una excepción, y la excepción deroga la regla. Una obra artística genial, que sea opuesta á la moral, no dejará de ser inmoral por ser bella; pero su belleza puede alcanzar un grado de intensidad y de importancia que sobrepuje á las consideraciones de la moral corriente, y las relegue á segundo término. Destruir una de estas obras de arte ó lamentar que se haya producido, sería un acto de barbarie. Mas estas obras superiores son excepcionales y raras. En la mayoría de los casos y en la mayoría de los espíritus, el conflicto se resolverá á favor de la moral. Por eso, á los cultivadores de la nueva novela erótica habría que decirles: ya que seáis inmorales, sedlo con tal arte que la belleza sobrepuje á la inmoralidad. Es de temer que los más de ellos, aun estando llenos del mejor deseo, no acertarían á seguir el consejo.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: El verdadero autor de las obras de Shakespeare.—Críticos de críticos.=Lingüística: Transgresiones prosódicas.= Higiene: Higiene de la distracción.=Historia: ¿Ha existido Judas Iscariote?=Crítica: Degradación del superlativo.=Impresiones y notas: ¿Qué es la neurosis?—El almirante de Coligny.—La muerte de File.—El libro de la muerte.—Rinconcillos prosaicos de la literatura.

LITERATURA

El verdadero autor de las obras de Shakespeare.—La crítica moderna se empeña en no dejar un hueso sano á los grandes escritores cuyo nombre hemos venido reverenciando; ayer le tocó á Homero (conste que yo, á pesar de todo, creo en Homero), y hoy es el turno de Shakespeare. Desde que Edmundo Malones, muerto en 1812, fundó la verdadera crítica Shakespiriana, se viene formulando esta pregunta: ¿Es Shakespeare el autor del teatro que se le atribuye ordinariamente? Desde hace mucho tiempo, contesta en *La Grande Revue* Celestino Demblon, ya no podíamos creerlo. Faltaba, sin embargo, descubrir el nombre del verdadero autor, y ahora, según parece, es cosa resuelta que el autor en cuestión es el conde Roger Mauwers de Rutland, nacido en el castillo de Belvoir (Leicester) en 1576, y muerto en 1612, á los treinta y seis años de edad. Será cosa de rehacer todos los manuales de literatura, sustituir una biografía á otra, crear las voces *rutlandismo, rut-*

landiano y *rutlandista,* y dar al olvido todo lo que hemos aprendido del pobre Shakespeare, rebajado al papel de un comiquillo de la legua ó de un comicazo si se quiere, complaciente testaferro de un gran señor que se avergonzaba de escribir obras inmortales.

La primera duda sobre la personalidad dramatúrgica de Shakespeare la suscitó en 1848 el cónsul de Santa Cruz, José C. Art, no tardando en correr como cierta la versión de que el verdadero autor era el gran filósofo Bacón. Sólo la controversia sobre este punto ha producido unos 300 libros y folletos. Otros han supuesto que el verdadero dramaturgo era el conde Enrique Wriothesley, de Southampton. En los últimos años, Bacón ha perdido terreno; pero el trabajo formidable á que se han entregado, tanto los baconistas como los shakesperianos, y que constituye una información colosal, que no consta de me-4.000 papeletas en el Museo Británico, ha dado por resultado nos de un hecho evidente para Demblón: que ni Bacón ni Shakespeare son los autores verdaderos de las obras de que se trata. En cuanto al conde de Southampton, hay que abandonarle decididamente, lo mismo que á Walter Raleigh y que á Ricardo Barnfield. Para Demblón no ofrece duda: el verdadero autor es Rutland.

¿En qué se funda Demblón? Por de pronto, en un escrito de 1613, un año después de la muerte de Rogerio, por el que se ve que Francisco, su hermano y albacea, pagó á Shakespeare 44 chelines por *servicio semiprofesional* y otro tanto á Burbage por ejecución de una pintura. Este cabo suelto, despertando la atención de Demblón, le ha hecho revolver Archivos y Bibliotecas hasta reconstituir la biografía entera del conde Rutland, completando la contenida en el único libro que se haya ocupado seriamente del conde, el *Diccionario de Biografía nacional,* obra monumental de 63 tomos, en la que hay un artículo dedicado á Rutland, que acabó de poner á Demblón en la verdadera pista, permitiéndole terminar una obra de más de 400 páginas, cuyas primicias ha dado á luz en *La Grande Revue,*

antes de terminarla, por haber sabido que un erudito alemán, que estaba haciendo investigaciones sobre el mismo asunto, había llegado á las mismas conclusiones que él.

Largos y laboriosos han sido los estudios á que, con meritorio celo se ha consagrado Demblón; gracias á ellos, puede hoy afirmarse, por lo menos, que la conclusión de la famosa polémica sobre el verdadero autor de esas obras, atribuídas á Shakespeare, patrocinada por el distinguido profesor de la Universidad Nueva de Bruselas, señalando al conde Rogerio Rutland á la atención de todos los admiradores de *Hamlet,* es la que parece más aproximada á la verdad, si no es la verdad misma.

*
* *

Críticos de críticos.—Emilio Fagué publica con este título, en la *Revue Bleue*, un artículo, tan nutrido de doctrina y tan sustancioso como suelen ser los suyos.

La frase más lisongera pronunciada sobre los críticos es la de Brunetière: «la crítica ha sido el alma de la literatura francesa». Está bien, pero es algo hiperbólico; sería más exacto decir que la crítica ha sido la conciencia de la literatura francesa. La crítica, en efecto, sobre todo cuando es ejercida sobre sí mismo, es la conciencia del autor. Cada autor debería contener en sí mismo un Boileau.—Pero entonces el Boileau devoraría al autor.—Es muy posible; sin embargo, una chispa viviente de crítico en cada autor es absolutamente necesaria.

Destouches ha dicho que «la crítica es fácil y el arte es difícil». Se conoce que aquel día Destouches, que era como el ahijado de Boileau, se sintió un poco ingrato; desde Sainte-Beuve y Brunetière, se ha observado que la crítica podía ser una creación agregada á otra creación, y, por consiguiente, un gran arte. Alguien ha dicho también que «ciertas personas que no tienen coche se consuelan subiendo en la trasera de los coches de los demás». Es ingenioso y es malo, pero no hay que entretenerse en refutar lo que, siendo malo, tiene gracia,

porque siempre le dirían á uno: «¿pica?, ¿pica?» También Lamartine ha llamado á la crítica «el poder de los impotentes». Cuando escribió eso debía tener algún rencorcillo, cosa que le ocurría muy pocas veces.

Pausanias asegura que la perfección del arte de escribir es debida enteramente á la institución de los críticos; pero no hay que cantar victoria; como quien no dice nada, Pausanias cuenta á renglón seguido la anécdota siguiente: «Los nauplios, en la Argólida, habían aprendido de los burros el arte de podar las viñas, habiendo observado que cuando aquellos animales se habían comido algunas ramas, las viñas prosperaban y daban mejores frutos.»

Swift veía la cosa desde su punto de vista moral, diciendo que «la crítica es una contribución que el público impone al mérito superior»; pero si es útil á la sociedad, añade Faguet, que los comerciantes paguen patente, ¿á quién es útil que los literatos la paguen en forma de heridas recibidas? Y tanto más, que, como dice Juvenal, la crítica castiga con más fiereza á los pequeños que á los grandes: «Dat veniam corvis, vexat censura columbas.»

Montesquieu tiene sobre la crítica una opinión enigmática: «A medida que se ha exigido más de los autores, se ha exigido menos de los críticos.» ¿En quién pensaba escribiendo eso? No es fácil adivinarlo.

Enrique Ouvré ha dicho que «las creaciones artísticas valen por lo que sugieren»; lo que es perfectamente aplicable á la crítica que vale, no sólo por su lado negativo, sino por lo que sugiere á los autores y al público. El crítico más grande es Sainte-Beuve; el crítico más sugestivo es Sainte-Beuve.

Piensa á veces el crítico, que él lo haría mejor que el autor de la obra que censura. Faguet conoce á cierto letrado inteligente, que no aprueba absolutamente nada de las obras del tiempo, y que parece encantado, si no de que sean malas, al menos de demostrar que lo son; por lo demás, no es autor de nada, ni siquiera crítico, y se diría que estaba hecha para él la célebre

frase «es una inmensa ventaja no haber hecho nunca nada, pero convendría no abusar de ella». Joubert, por el contrario, ha dado un consejo admirable á los críticos, diciendo: «cuando mis amigos son tuertos, los miro de perfil.»

Voltaire que, como es sabido, escribía por *humor*, como dice Labruyère, ha puesto muy alto, y con razón, al abate D'Olivet, crítico de profesión y únicamente crítico de profesión, y luego ha escrito: «Se ha visto en las naciones modernas gentes que se han establecido críticos de profesión, como hay quienes se establecen veedores de cerdos, para examinar si los animales que se llevan al mercado están enfermos.» No se sabe si la frase es más lisonjera para los autores que para los críticos. Un gran monarca, en cambio, Federico II de Prusia, ha hecho, nada menos que en verso, el elogio de la crítica, diciendo que es un gran bien para el autor que, en su imbécil amor propio, no ve nada de sus defectos; llamándola la antorcha divina, y diciendo de ella que, aunque hiere al principio, corrige. La antorcha divina de Voltaire debió, sin embargo, hacérsele tan insoportable, que le rogó, sin muchos cumplimientos, que se fuese á alumbrar á otra parte.

Faguet está poco enamorado de la antorcha divina, y hasta se inclina á creer que jamás ha iluminado á ningún autor, sucediendo con ella lo que con la comedia, que jamás ha corregido á ningún vicioso. Aquí, sin embargo, tropezamos con un argumento de Emilio Augier, que, sobre ser muy ingenioso, es lo más sensato que se ha dicho en favor de la comedia y en defensa de la crítica: «La comedia, se dice, no ha corregido nunca á nadie. No, no corrige á nadie, *pero corrige á todo el mundo*. Una pieza contra la avaricia, no corrige á un avaro; una pieza contra el libertinaje, no corrige á un Don Juan. Pero una pieza contra la avaricia, aviva el espíritu público contra la avaricia; y una pieza contra el libertinaje, refuerza la opinión pública y da armas contra los libertinos. La comedia no alcanza adonde apunta; pero lo que apunta es alcanzado por la corriente de opinión que crea ó que fortifica.» Lo mismo se pue-

de decir de la crítica: Boileau, como Molière, no han devuelto su sencillez á ninguna *preciosa;* pero, al ridiculizarlas, las han desacreditado.

En último término, siempre resultará lo que dice La Bruyère, tan aplicable al crítico de libros como al crítico de costumbres: «Los hombres, á pesar de los moralistas, siguen siendo viciosos. Sea. Pero sin los moralistas quizá lo serían mucho más.»

Por consiguiente, continuemos.

LINGÜÍSTICA

Transgresiones prosódicas.—En la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* encontramos un artículo, interesantísimo y muy bien documentado, de D. Juan B. Selva, sobre las «Palabras de acentuación errónea ó dudosa». Toma por base de su estudio el Diccionario de la Real Academia, demostrando que la Academia es la primera en desacatar sus propias reglas, empeñándose en restaurar el acento etimológico en voces que lo han perdido, sin fijarse en que su misión no es la de enmendar el uso corriente, sino el de consignarlo; es el gran notario de la lengua, y al reformar el uso se extralimita de sus funciones.

Pero es que la Academia, no sólo incurre en esa extralimitación que nos ha hecho retroceder en la evolución gráfica del idioma muchos siglos, haciéndonos escribir *obscuro* y *Septiembre*, cuando todos decimos *oscuro* y *Setiembre,* sino que ni siquiera sabe ser consecuente con sus propias innovaciones, como se lo hemos demostrado muchos y se lo demuestra cumplidamente el Sr. Selva en el artículo citado.

Si se dice *decámetro* y *milímetro*, ¿por qué ha de decirse *centigramo* y *centilitro*? Si se decide con razón á cambiar el acento de las voces en *mancia*, suprimiendo el que le daban en la *i* nuestros clásicos, para retrotraerlo á la *a*, como quiere el

uso corriente, diciendo *nigromancia*, *piromancia*, ¿por qué luego mantiene la *i* acentuada en *geomancía* y *lecanomancía*? Si dice *análisis* y *parálisis*, ¿por qué luego hace llana la voz *electrolisis*, que tiene una composición análoga? Si dice *apoteosis*, *clorosis* y *anastomosis*, siguiendo con razón la acentuación etimológica, ¿por qué acepta *endósmosis*, *exósmosis* y *ósmosis*? Y ya que hace esto, ¿cómo se le ocurre decir *metamorfosis*, cuando todos decimos *metamórfosis*, con Argensola, Hermosilla, Moratín, Mesonero Romanos, Ochoa, Revilla y Salvá? Si todos decimos también *antropofagia* y la Academia misma autoriza *disfagia*, ¿por qué ha de obligarnos á decir *antropofagía*? Y si escribe *cefalalgia*, *gastralgia* y *nostalgia*, ¿por qué escribir *cardialgía*?

Es verdad que la lengua tiene también de estas inconsecuencias, pues todos decimos *anagrama* y *pentagrama*, como hemos dicho *epígrama* y *telégrama*, aunque ahora ya digamos, no sin refunfuñar, *epigrama* y *telegrama*, pues el castellano popular, contra lo que algunos pretenden, es afecto á las voces esdrújulas, de tal modo, que hasta palabras del tipo de las citadas, que pertenecen al lenguaje erudito, se hacen proparoxítonas, necesitándose toda la fuerza de la Academia, sostenida por los maestros de escuela, aunque sea á regañadientes, y principalmente por los cajistas, que son los verdaderos auxiliares de la Real Corporación, para modificar la acentuación de esas palabras, rebajándolas á la pedestre llaneza de las paroxítonas.

En el mismo caso de inconsecuencia se encuentran *ceremonia*, *parsimonia*, etc., al lado de *hegemonía*, que conserva el acento helénico; los que dicen *acrimonía*, conservando el acento etimológico, pecan contra el uso, tanto como los médicos desahogados que sueltan con la mayor frescura una *bronconeumonia*, que deja helado al cliente que le oye. Estas inconsecuencias son hijas de varias causas, principalmente del desgaste mayor ó menor que haya sufrido la palabra, de su introducción en la lengua por vía vulgar ó erudita y de la tendencia

que haya prevalecido en la época. Esto explica las diferencias existentes en las voces en *iaco*,y en esto no estamos conformes, ni con la Academia ni con Selva. La Academia dice *amoníaco, cardíaco, hipocondríaco, olímpiaco, pulmoníaco, zodíaco*, etc., conservando el acento etimológico, al lado de *austríaco, siríaco, demoníaco, elíaco*, etc. Selva pide que la autoridad académica uniforme estos vocablos, pareciendo inclinarse por la aplicación del acento etimológico; pero esto es incurrir en el mismo defecto que tantas veces hemos criticado á la Academia, haciéndola creer que tiene autoridad para hacer y deshacer en el idioma, sustituyendo sus gustos y preferencias, que, naturalmente, han de variar según los elementos dominantes que entran en su composición, á los gustos y preferencias del público y de los buenos escritores, que son los verdaderos y legítimos amos y árbitros del idioma, formando el *jus et norma loquendi*, que la Academia debe limitarse á consignar con absoluta imparcialidad, sin meterse en más dibujos, pues aunque su tarea, reducida á estos límites, parezca fácil y demasiado modesta, es lo bastante difícil para llenar de gloria á los académicos que la dieran cima. Por lo demás, en esto de las voces en *iaco*, el uso corriente, seguido por multitud de buenos escritores y de notables lexicógrafos, prefiere el acento en la *a*, y todos decimos, por ejemplo, *amoniaco*, *zodiaco* y *elegiaco*, como decimos *austriaco* y *egipciaco;* sólo en algunas voces técnicas, que no han pasado al lenguaje vulgar, se conserva el acento en la *í*, como sucede con *genetlíaco*, *ilíaco* y alguna otra.

En cambio de esta discrepancia, estamos no sólo conformes con Selva, en que no debe rechazarse la voz *transeúnte*, sino en que es la única admisible, pues no hay nadie que diga *transéunte*, aunque la imponga el léxico y todos los léxicos habidos y por haber; al pueblo bajo se le escapa, á veces, *transuente;* pero *transéunte* no lo dice nadie, ni los mismos académicos; créalo el Sr. Selva. Y lo mismo pasa con *balaústre*, aunque la Academia y otros Diccionarios consignen *balaústre*.

En *baraúnda* estamos conformes todos; y si Domínguez y algún otro dicen *barándunda*, hay que creer que es puro descuido, como es posible lo sean los de *transéunte* y *baláustre*.

A veces, la Academia permite doble ortografía, que supone, naturalmente, doble pronunciación, y hasta ocurre que algunas de estas palabras, al publicarse la última edición, pierden una de sus formas, teniendo la desgracia de que la Academia, fiel á sus últimos principios, rechace precisamente la aceptada por el uso, como sucede con *utopia*, que, hasta la última edición, podía escribirse con ó sin acento en la *i*, pero que ahora hay que escribir *utopía* (líbreme Dios de ser yo quien tal haga). Estas voces son, tales como las consigna Selva, las siguientes: *aloe* y *áloe*, *aureola* y *auréola*, *caduceo* y *cadúceo*, *cíclope* y *ciclope*, *cónclave* y *conclave*, *égida* y *egida*, *elíxir* y *elixir*, *fárrago* y *farrago*, *médula* y *medula*, *meteoro* y *metéoro*, *mucílago* y *mucilago*, *orgía* y *órgia*, *pabilo* y *pábilo*, *parásito* y *parasito*, *presago* y *présago*, *prócero* y *procero*, *varice* y *várice*. Las primeras de estas dobles formas las da Selva como de empleo más común en la Argentina; este empleo coincide con el de la Península, salvo en *áloe*, *pábilo* y *présago*. El *farrago*, la *medúla* y el *pabilo* nos hacen mucha gracia, porque jamás los hemos oído.

Tiene razón Selva al decir que es ilógico escribir *miopia*, como lo hacen Monlau y Barcia, escribiendo al mismo tiempo *diplopía* y *estereotipia;* pero lo cierto es que así se dice, y es un caso semejante al de *demagogia* y *pedagogía;* son inconsecuencias que no hay más remedio que consignar, y una cosa es que por tales ó cuales razones prefiramos esta ó la otra forma, y otra muy distinta que la Academia pretenda imponer su modo de pensar, por acertado que parezca, cuando el uso no está perfectamente definido, y mucho menos cuando es contrario á la decisión de la Academia.

De otras muchas palabras trata también el artículo de Cuervo, y, en general, estamos de acuerdo con su modo de pensar. Disentimos de él, sin embargo, en *poliglota* y *políc*ro-

mo, que nos parecen preferibles, como más corrientes á *poliglota* y *policromo*. Son muy de estimar sus indicaciones respecto á varios americanismos que aquí se pronuncian y se escriben con incorrección; tal sucede con *ananás*, *cóndor* (plural, *cóndores*), *quíchua* y *quéchua*, que las pocas veces que se encuentran en escritores castellanos ó que se usan en el lenguaje hablado, acostumbramos á pronunciarlas mal. Tratándose de americanismos, no es dudoso que debe prevalecer la pronunciación americana.

HIGIENE

Higiene de la distracción.—Así como la hidroterapia, los baños fríos ó calientes, la ducha, las inhalaciones, las sudaciones más ó menos copiosas tienen propiedades especiales, que suministran indicaciones ó contraindicaciones, que se aplican á los diferentes casos patológicos, así también las distracciones, revistiendo multitud de formas, producen efectos especiales que deben tenerse en cuenta por todo médico higienista.

Trata uno de distraerse, de descansar, cuando se ha trabajado demasiado, cuando está uno deprimido por la monotonía de la vida, cuando se halla perturbado por una emoción fuerte ó prolongada, por un padecimiento largo ó doloroso. Todas estas causas vienen á parar, según la constitución de las personas, á dos estados: el de un embotamiento cerebral, con ineptitud para el trabajo y dificultad de entregarse á él sin trastornos, males de cabeza, vértigos y confusiones pasajeras; ó en una excitación intelectual, en que el pensamiento anda solo, moviéndose generalmente en un círculo de ideas muy estrecho, sin obedecer á la voluntad. En ambos casos, el individuo ha perdido el poder intelectual de dirección y de parada que caracteriza la normalidad.

Para recobrar este poder, según el Dr. Toulouse, hay que fijarse en la clase de perturbaciones que se trata de corregir.

Si el síntoma dominante es la depresión con curbatura en el caso de esfuerzo cerebral algo continuo, se necesitan distracciones fáciles, sobre todo *reposantes;* el reposo psíquico completo no es posible ordinariamente, porque la actividad del espíritu es normalmente continua. Cuando el trabajo intelectual, sin producir un malestar caracterizado, se hace solamente difícil, hay que fortificarlo con ejercicios de impulsión, acudiendo á las distracciones ligeramente *excitantes.* Por último, cuando el automatismo cerebral es fuerte y el pensamiento está siempre fijo en los mismos objetos, deben de emplearse distracciones más activas, como son las *derivativas.*

Toulouse clasifica estas distracciones desde el mayor reposo hasta la más fuerte derivación, poniendo en primer término las distracciones *reposantes,* y entre ellas la *rêverie* en que el sujeto deja vagar su pensamiento á merced de sus asociaciones de ideas, ya evocando el pasado «sin tratar de precisar recuerdos, ni coordinarlos», ya imaginando series más ó menos agradables al espíritu; es la actividad mental más fácil y, por consiguiente, la más reposante, y conviene á los simplemente deprimidos, y después de toda distracción excitante ó derivativa, lectura, trabajo, teatro, á fin de recobrar el equilibrio de las ideas, y por la noche para disponerse al sueño; las largas *rêveries* no convienen á los sobrexcitados, ni, sobre todo, á los atormentados por ideas y sentimientos asediantes, ni á los adolescentes laborados por las inclinaciones sexuales que no encuentran ya freno en aquel estado pasivo. Próximo á la *rêverie* está la simple contemplación de los espectáculos naturales: la vista del mar, de la montaña, del campo, apenas guía al espíritu que oscila en direcciones vagas; el paseo á pie ó en coche aumenta el interés por la sucesión más rápida de las escenas. Luego viene el espectáculo de la calle, de las reuniones de personas, con el vaivén y consorcio de las gentes. Esta distracción basta generalmente á los trabajadores; los cambios de residencia prolongados suelen producir análogos efectos. La música fácil tiene, poco más ó menos, la misma virtud; por eso

se la emplea en todos los lugares de placer. La más conveniente, porque provoca el automatismo del pensamiento, es la música fuertemente rimada, el aire de baile. Los tziganes deben su éxito en los restaurants de moda á esta condición psicológica; cuanto más conocidas son las melodías, más convenientes son. Los juegos simplemente físicos, practicados con mesura, la danza, la carrera, la bicicleta, la natación, son intelectualmente reposantes cuando no entra en ellos ningún sentimiento de emulación, como en las luchas ó concursos. Los espectáculos artísticos, pintura, escultura, exigen educación particular, y se hacen penosos, á veces, por las condiciones en que se pueden disfrutar, como pasa en los museos, cuya visita resulta fatigosa si no se hace con método; más reposante todavía es la vista de grabados, fotografías y colecciones de postales, y de ahí el gran éxito de la ilustración en libros y periódicos. Las distracciones reposantes, en suma, son las que no imponen dirección seguida á la actividad mental, y cada cual puede elegir, conforme á los ejemplos citados, la que más le convenga.

La distracciones *excitantes* deben, al contrario, dirigir la actividad intelectual en un sentido definido. La primera es la conversación: excita en razón de la parte activa que en ella se toma y según el interés de los asuntos; la charla disparatada con equívocos y chistes es higiénica, y si no se toma parte en ella, sino como oyente, es reposante. Los juegos de sociedad, adivinanzas, charadas, logogrifos, jeroglíficos, son más excitantes, y lo mismo ocurre con los juegos de azar puro ó con combinaciones, ruletas, cartas, dominó, á causa y en proporción del interés de la ganancia. Los sports de concurso, de casa ó de campo, esgrima, pelota, etc., excitan del mismo modo por el amor propio. El teatro de simple espectáculo es solamente excitante. El café-concierto puede también colocarse en esta clase, á causa de la variedad de números; se ha hablado muy mal de él; pero, atendiendo á la higiene de la distracción, responde á la demanda, lo que explica su éxito universal. En casi

todas las distracciones excitantes representa un papel el elemento sexual.

Las distracciones *derivativas* se reconocen en que la actividad intelectual se dirige, durante mucho tiempo seguido, en el mismo sentido; sólo así son capaces de arrancar del espíritu preocupaciones activas y tenaces. La lectura de periódicos, revistas y libros ofrece todos los grados de la derivación, desde la novela de aventuras ó costumbres y las memorias históricas, hasta los estudios científicos y filosóficos. La discusión es otra distracción semejante; las teorías de arte, para las gentes cultas; la política y la religión, para todo el mundo, suministran abundante materia de fuerte derivación. El teatro, la música clásica, los viajes de excursión y hasta el trabajo mismo son también poderosos derivativos de indudable eficacia.

Hay que elegir con arte la distracción que conviene á cada uno: la cultura, la inteligencia, el hábito, las preocupaciones anteriores, la distracción del momento, la duración del recreo, aumentan ó disminuyen sus efectos. Luego de darse uno cuenta de si la distracción es reposante, excitante ó derivativa, conviene combinar los elementos recreativos de modo que refuerzen ó atenúen el principal; si no se procede metódicamente, se arriesga el emplear esos elementos á contratiempo, obteniendo resultados contraproducentes.

HISTORIA

¿Ha existido Judas Iscariote?—Estamos en unos tiempos en que vamos á tener que dudar de la existencia de nosotros mismos. Homero se ha convertido en un mito; Shakespeare, en un testaferro; la batalla de Covadonga, en una leyenda; y ahora salimos con que Judas Iscariote no ha existido nunca; con lo cual, verdaderamente, no perderíamos mucho, pues tipos tan repugnantes como el suyo, más valdría que fueran creaciones de la imaginación, como recursos de novela

trágica, que seres reales y efectivos, de carne y hueso, y con figura humana.

Sostiene la tesis de que Judas no ha existido nunca, el doctor en letras Luis Germán Levy, rabino de la Unión liberal israelita, en *La Grande Revue* de París. A priori, claro es que la imparcialidad de un ravino en esta materia es algo sospechosa, pues á nadie le gusta ser, ni paisano siquiera, de Judas ni de Dolfos; pero como el asunto está presentado con todas las apariencias de un estudio analítico y exegético serio y desapasionado, vale la pena de recogerlo en estas páginas, siquiera sea por su extrañeza y novedad.

La prueba de que Judas es una figura inventada de todas piezas, según Levy, ha sido establecida sólidamente, hace algunos años, por G. Marquardt, en su libro *La traición de Judas Iscariote, una leyenda*, fundándose en la argumentación de Strauss. Las cartas auténticas de San Pablo nada dicen de Judas, cosa que á Levy le parece sumamente extraña, pero que realmente no puede servir de base á ninguna argumentación. En un pasaje (I Cor. XV. 4, 5.) dice, sin embargo, lo siguiente (1): «Cristo ha sido sepultado y ha resucitado al tercer día, según las Escrituras, y se ha aparecido á Cefas y luego á los doce.» Aquí parece haber un principio de argumentación serio, pues habiéndose verificado esta aparición antes de la Ascensión y, por lo tanto, antes de la elección de Mateo en reemplazo de Judas, éste debía figurar entre los doce, y entonces ni podía haber sido traidor, ni menos haberse ahorcado, como dicen San Mateo y las Actas de los Apóstoles. Esto parece concluyente; pero si se analizan bien todos los términos, resulta que Judas podía existir cuando la aparición de Jesús, pues en ninguna parte consta que su muerte, estrangulado ó reventado, ocurriera inmediatamente después de la de Jesús; se

(1) No comprobamos las citas, limitándonos á consignar las que figuran en el artículo de Levy, tal y como en él aparecen, dejándole íntegra la responsabilidad de la cita y de la versión, que transcribimos literalmente.

dice, en San Mateo y en las Actas, que murió, pero no se dice cuándo, y cabe muy bien suponer que pasara algún tiempo entre su traición y su muerte, ya que su remordimiento no fué tan inmediato que no le diera tiempo para pensar en qué había de invertir el precio de su felonía para comprar el campo de Haqueldama, y para cultivarlo y para disfrutarlo hasta que se le ocurrió ahorcarse, según San Mateo, ó dar en él un tropezón que le partió por medio, según las Actas. Admitida la hipótesis de estar vivo, tan aceptable por lo menos como la de haber muerto al tiempo de la aparición de Jesús, nada impide admitir que un sinvergüenza como él continuara unido á los otros once Apóstoles como si nada hubiera pasado; y, en todo caso, siempre cabría admitir un error material de San Pablo, explicable por no haber intervenido él personalmente en ninguno de aquellos sucesos, que sólo de referencia le eran conocidos.

El Evangelio de San Marcos habla tres veces de Judas (III, 19; XIV, 10 y 43); pero, según Levy, esos tres pasajes han sido interpolados. Por ese sistema pronto se acaba toda discusión; cuando nos estorba una cita la suprimimos ó decimos que es falsa, y punto concluído.

En cuanto al Apocalipsis, añade Levy, no dice ni una palabra de Judas. Y ¿qué falta hace Judas en el Apocalipsis? ¿Y quién le dice á Levy que Judas no está representado por alguna de aquellas espantables figuras que San Juan se ha entretenido en dibujar, para eterno tormento de intérpretes y exégetas? Es gracioso, de todos modos, el sistema de Levy. ¿Se habla de Judas? Interpolación. ¿No se habla de Judas? Maravilla.

Contrastando los datos de los Evangelios, encuentra Levy numerosas contradicciones. Una se refiere al día de la traición, que fué el 14 de Nisán, según San Mateo y San Lucas, y el 13, según San Juan. Otra, á la impresión que hicieron en los Apóstoles las palabras de Jesús: «Os digo, en verdad, que uno de vosotros me venderá.» Según San Mateo, cada uno fué pre-

guntando: «Señor, ¿soy yo?» Y Judas lo preguntó dos veces. Según San Marcos, hicieron la pregunta, pero sin que Judas la repitiera. Según San Lucas, se preguntaron uno á otro quién haría eso. Según San Juan, Simón Pedro le hizo señal para que preguntase al Señor á quién se refería. Iguales divergencias se observan en la contestación de Jesús. San Mateo y San Marcos dicen: «Aquel que ponga la mano en el plato conmigo, es el que me venderá.» San Lucas no habla de esta circunstancia, y, según San Juan, Jesús respondió: «Aquel á quien presente el trozo mojado.» Otra, á que Judas fué á ver á los pontífices, dos veces, según San Mateo, San Marcos y San Lucas, y una vez, según San Juan. Otra á que, según aquéllos, estuvo con Jesús durante toda la cena, y según éste, se salió á mediados de la comida. Otra, á la escena de la traición, sobre si le dió el beso antes ó después.

Nada más fácil nos sería que mostrar el ningún valor para los efectos de que se trata de estas divergencias, pomposamente llamadas contradicciones por Levy, pero no vale la pena. Lo positivo es que los evangelistas todos hablan de Judas y de su traición, y esas mismas divergencias demuestran la existencia real del abominable judío, porque si el traidor no hubiera existido, y los pasajes á él referentes fueran interpolados, que es la conclusión de Levy, ¿qué interpoladores son esos, tan faltos de sentido, para no hacer coincidir á todos los evangelistas en el mismo relato?—Paciencia, contesta Levy, adivinando mis objeciones, que no estamos todavía al cabo de nuestras observaciones. ¿Cómo ha podido tolerar Jesús la presencia continua de un individuo que sabía le había de entregar á sus adversarios?—Eso es lo mismo que si se preguntara: ¿cómo Jesús, que estaba tan á gusto á la diestra de Dios Padre, ha podido bajar á este pícaro mundo para que le crucifiquen, sabiendo que le habían de crucificar?

«¿Cómo—sigue preguntándose Levy—Jesús, que había dicho «no nos induzcas en tentación», podía confiar la caja común de los discípulos á un individuo de sentimientos tan bajos, sa-

biendo, desde el principio, que le había de traicionar, y cómo los discípulos no han roto con un personaje tan sospechoso, rogando á Jesús que le quitara la administración de la caja?» La verdad es que no se comprende, y seguros estamos de que si el Sr. Levy hubiera sido uno de los Apóstoles, le quita la caja á Judas; pero, ¿qué quiere el Sr. Levy? No todos nos preocupamos tanto de la caja, y aquellos infelices pescadores que dejaban sus redes, y aquel publicano que dejaba sus negocios, y todos aquellos otros que dejaban sus bienes y familias, por seguir al Maestro que les prometía el Reino de los Cielos,—¿qué vale eso al lado de una caja de caudales?—se conoce que se cuidaban poco de los ochavos, mucho más desde que habían visto el prodigio de la multiplicación de los panes y los peces.

«¿Cómo explicar que Judas, que desde hacía mucho tiempo alimentaba los más negros designios contra su Señor, no haya depuesto contra Él ante el tribunal, y se haya hecho tan prontamente justicia?» Vaya usted á saberlo. Habrá sido porque haya vacilado, pues el caso lo merecía, ó quizá porque no le diera la gana, pues para eso tenía su voluntad. Pero lo que nos choca en la pregunta del Sr. Levy, es aquello de que «Judas alimentaba, desde hacía mucho tiempo, los más negros proyectos contra su Señor». ¿Por dónde sabe eso? ¿No quedamos en que Judas no ha existido? Si no ha existido, ¿cómo podía abrigar tales sentimientos? ¿Cómo han llegado esos sentimientos á oídos del Sr. Levy? Los Apóstoles no lo supieron hasta el momento de la Cena, y el Sr. Levy da por sentado que esos sentimientos databan de mucho tiempo antes. ¿Será que el Sr. Levy se haya adelantado á los trabajos de William Stead para el establecimiento de la oficina de comunicación inter mundial, y haya entrado en relaciones con el alma de Judas para averiguarlo?

Bromas aparte, Levy encuentra la respuesta á todos sus cómos y porqués en el Antiguo Testamento. ¿Por qué dieron 30 monedas á Judas en pago de su traición? Porque en *Zacarías* (XI, 12) se dice «entonces me pesaron mi salario, á saber,

30 siclos de plata». ¿Por qué Jesús dijo: «uno de vosotros, que come conmigo me venderá?» Porque en el salmo (XLI, 10) dice: «hasta mi amigo, en quien tenía confianza, que comía mi pan, ha levantado el talón contra mí». ¿Por qué la escena del beso de Judas? En recuerdo del beso de Joab á Arnasa. ¿Por qué tiró las 30 monedas en el templo? Porque también Zacarías las tiró en la casa del Eterno. *Et sit de cœteris.* Lástima de tiempo el que han perdido el Sr. Marquardt y el Sr. Levy, devanándose los sesos y revolviendo Biblias para buscar el consiste de todos estos hechos. Comprendemos el mal rato que se han dado los comentadores católicos y protestantes de las Sagradas Escrituras para ver de relacionar el Antiguo con el Nuevo Testamento, mostrando en éste el cumplimiento de las profecías de aquél. Pero entretenerse en hojear textos, confrontar citas y buscar analogías para demostrar que esas relaciones existen, y deducir de ello que, por lo mismo que existen los hechos en que se fundan, son falsos, es verdaderamente pasmoso.

CRÍTICA

Degradación del superlativo.—Escuchad una conversación cualquiera, especialmente de nuestras señoras y señoritas contemporáneas, y no dejaréis de tropezar con trozos de este tipo:

—¿Qué le ha parecido á usted la Moscardoni?—Divinamente: canta que es un primor.—¿Y el tenor Berderini?—Muy malísimo; no se le puede oir.

—¿Dónde ha comprado usted esa blusa?—En casa de Coscorrón. ¿Le gusta á usted?—Coscorrón, no, pero la blusa es requetepreciosísima; la tela es riquísima y la hechura parece cosa de Paquín.

—¡Vaya una sandía! ¡Esto sí que es canela fina!, es un puro almíbar, es archisuperiorísima.

—¿Qué le ha parecido á usted el jamón?—Es bueno, pero ayer compré yo uno hermosísimo; lo probamos, y como la

chica sabe guisar tan divinamente, daba gloria meter aquello en la boca; y me costó muy baratísimo.

Las señoras y caballeros, pollos y pollas de la aristocracia, de la artesanía y del pueblo, pues en materia de gusto literario suelen hacerse la competencia unas clases á otras, sin que se sepa cuál lo hace peor, la aristocracia con sus extranjerismos, la mesocracia con sus barbarismos de industria, comercio, artes y ciencias, y la democracia con sus chulapismos y golferías, coinciden en el punto concreto del mal empleo de los adjetivos encomiásticos y despreciativos, y sobre todo, de los superlativos, diciendo á veces verdaderas atrocidades, alterando el significado de las palabras y produciendo el desgaste de los vocablos de tal modo que, si las cosas siguen por el camino que llevan, no tardaremos en vernos en grave apuro para poder aplicar un calificativo con exactitud.

Todo autor es eminente, y cuando se tropieza con un Menéndez Pelayo, ó se vuelve uno loco buscando adjetivos que le distingan de tantos eminentes, ó no hay más remedio que hacerle cardenal, llamándole eminentísimo. No hay militar que no sea bravo y bizarro, y si nos encontramos con un Prim, no acertamos á aplicarle un epíteto tan gastado, y tenemos que soltarle un bravísimo, como si se tratara de aplaudir el do de pecho de un tenor.

Pero no es esto lo peor, porque, después de todo, puede haber muchos autores eminentes, que si no lo son en realidad, lo son para la familia y los amigos que los quieren, para los parásitos que los adulan, para los periodistas á quienes convidan á cenar y para los rotativos, ó no rotativos, cuyos bombos pagan, como puede haber muchísimos militares bravos (todos deben serlo por su profesión) y hasta bizarros si se quiere, aunque en materia de bizarría, la mayor parte de los que usan la palabra no saben lo que dicen. Lo peor es que, al emplear adjetivos, las señoras especialmente, hacen de ellos las más extravagantes aplicaciones, y dicen de un percal, que es de una clase muy rica, y de un aceite, que es hermosísimo (ó hermosísima), y de

todos los actos, que estaban divinamente hechos; sacando así de quicio las palabras, reduciendo el vocabulario á la mínima expresión, y aplicando á cualquier cosa los calificativos que debieran reservarse para contadísimos casos.

Un manjar no es agradable, ni sabroso, ni gustoso, sino *rico;* una tela no es buena, ni fuerte, ni suave, ni sólida, ni bonita, sino *rica;* á una muchacha no se la dice que es guapa, ni hermosa, ni linda, ni esbelta, ni buena, ni graciosa, sino *rica;* un agua no es limpia, ni fresca, ni diáfana, ni pura, sino *rica.* Todas las cosas son ricas, y este abuso de un adjetivo para expresar cosas tan distintas, sobre quitarle su propia significación, produce en él tal desgaste, que por querer decirlo todo, no dice nada; se enmohece y requiere, por poco que se necesite realzar su significación, elevarlo de categoría y convertirlo en muy rico ó riquísimo.

Pero ni aun esto basta; una vez puesto en circulación el superlativo, se comete con él el mismo abuso, se desgasta igualmente por el mismo procedimiento, y hay que reforzarlo para que resulte tan expresivo como se quiere; de ahí, el disparatado empleo del *muy* ante los superlativos, que realmente despojan á éstos de su condición; de ahí también el refuerzo de que hay que echar mano para obtener el mismo resultado, empleando los prefijos *re, reque, requete, archi* y otros semejantes; de ahí también la creación de nuevas voces, ó el empleo de las ya existentes en otro sentido para reemplazar los términos desgastados, enmohecidos ó podridos del idioma á causa del abuso indicado.

Todo esto constituye una degradación, á la que interesa poner coto para no falsear ni empobrecer la lengua. Ya decía Horacio que «multa renascentur quæ jam ceciderunt, cadentque—quæ nunc sunt in honore vocabula, si volet usus—quem penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi»; lo que prueba que el mal es antiguo y que todas las lenguas lo padecen; pero no por eso deja de ser mal, y debemos hacer lo posible para contener los progresos del que indicamos.

IMPRESIONES Y NOTAS

¿Qué es la neurosis?—En la biblioteca de filosofía científica ha publicado el Dr. Pedro Janet un tomo sobre *Las neurosis*, que termina con el concepto científico de la neurosis, digno de ser recogido en estas páginas.

En la antigua Medicina, la palabra *neurosis* era desconocida; la primera vez que, según Janet, ha sido empleada, fué á fines del siglo XVIII, por el médico escocés Cullen; se aplica á los espasmos, afecciones vaporosas, excitabilidad nerviosa, histeria, etc., ó sea á todas las enfermedades que en aquel tiempo pasaban por extraordinarias, por ser inexplicables. Durante mucho tiempo han sido consideradas las neurosis como «enfermedades sin lesión», y sería mejor decir, como añade Jorge Bohsen, «de lesiones indoradas». Luego se creyó que eran enfermedades psicológicas, y para Janet son «enfermedades de la evolución de las funciones».

En las perturbaciones neuropáticas, jamás se destruye una función en su conjunto de un modo definitivo. En toda función hay que distinguir partes inferiores y partes superiores. Cuando una función lleva mucho tiempo de ejercicio, contiene partes que son muy antiguas y frágiles, representadas por órganos muy distintos y especializados; esas son las partes inferiores; las superiores consisten en su adaptación á circunstancias más recientes, mucho menos habituales, representadas por órganos mucho menos diferenciados. En cada función hay, además, una parte completamente superior, que consiste en su adaptación á la circunstancia particular del momento en que debemos emplearla, al conjunto de fenómenos exteriores é interiores en que estamos colocados en aquel mismo momento. La función de la alimentación existe desde los orígenes de la vida; las secreciones de las glándulas son indispensables para ejecutarla; nos servimos de nuestras manos para tomar los alimentos, y durante nuestras comidas observamos ciertos ritos so-

ciales: he ahí partes diversas de la función de desigual valor.

Hay grados en todas las funciones, lo mismo en la de andar que en la de escribir; el fisiólogo no tiene en cuenta más que las partes antiguas, inferiores; el médico debe tener en cuenta las partes nuevas y superiores. Sobre estas partes precisamente aparecen las neurosis, enfermedades de la evolución de las funciones, casi siempre en las edades en que la transformación orgánica y moral es más acentuada: pubertad, matrimonio, cambio de carrera, muerte de los padres ó de los íntimos, edad crítica, etc. En las neurosis, la parte superior de las diversas funciones no evoluciona, ó evoluciona mal.

De aquí la definición de la neurosis: «Las neurosis son en»fermedades que afectan á las diversas funciones del organis»mo, caracterizadas por una alteración dé las partes superio»res de estas funciones, detenidas en su evolución, en su adap»tación al momento presente, al estado presente del mundo »exterior y del individuo, y por la falta de deterioro de las »partes antiguas de estas mismas funciones, que podrían toda»vía ejercerse muy bien de un modo abstracto, independiente»mente de las circunstancias presentes. En resumen: las neu»rosis son perturbaciones de las diversas funciones del orga»nismo, caracterizadas por la detención del desarrollo, sin »deterioro de la función misma.»

Completando este estudio con el de Moreny sobre la clínica literaria, y precisando la influencia de las neurosis en las letras, puede decirse con Bordeau, que el equilibrio de las facultades no da por resultado, generalmente, más que la *aurea mediocritas* horaciana. Las tendencias geniales deprimen ciertas facultades y exaltan otras; hay en el genio una parte de neurosis que le da, por decirlo así, su parte de impulsión.

*
* *

El almirante de Coligny.—El almirante de Coligny, según el último historiador de los Valois, Merki, no fué el gran

hombre desinteresado de la tradición protestante, el viejo solemne y noble, entristecido por las desgracias de su país, que se ve en la calle de Rívoli con el puño sobre el pecho; es el viejo *condottiere* que muestra un retrato de Versalles, el viejecillo de rostro seco y malo de los primitivos del Louvre.

La primera parte de la vida de Coligny se pasa en las guerras de Enrique II contra Carlos V y Felipe II. Merki estudia las razones de la conversión de Coligny al protestantismo y su rivalidad con Francisco de Guisa, que forma el rasgo característico de su carrera. Merki acusa á Coligny de haber tratado con Isabel de Inglaterra, y le imputa claramente la responsabilidad del asesinato de Francisco de Guisa, que será vengado por su hermano Enrique. Después de la batalla de Jarnac y de la muerte de Condé, Coligny se hace el jefe supremo de los protestantes, y con este título firma la paz de San Germán, «coja y mal asentada», por imponer á Carlos IX una política completamente protestante (proyectos de alianza inglesa con los protestantes de Alemania y expedición á Flandes), y por lo mismo, impolítica y funesta al poder real, de donde el asesinato de Coligny y la San Bartolomé.

En estos actos ve Merki la legítima defensa del partido católico. ¿Ha habido en ellos premeditación? Es posible que en la entrevista de Bayona, celebrada algunos años antes entre Felipe II y Catalina de Médicis, se hubiera hablado del exterminio de los protestantes, y nada tendría de particular que Felipe II, por la intransigencia de sus convicciones y la conveniencia de su política en Europa, hubiera pedido ese exterminio; pero de eso á la salvajada de la San Bartolomé hay gran distancia, aunque el erudito F. Combes se haya resuelto por la afirmativa. La solución del enigma está en el Archivo de Simancas.

***

La muerte de Filé.—Uno de los más hermosos libros de Pedro Loti es el que ha publicado con el título de *La muerte de Philæ*, es decir, la muerte de Egipto, del Egipto histórico

y monumental, del Egipto sagrado y poético. Antes, Egipto conservaba el misterio de su lejanía, y estaba defendido por la arena del desierto y por el fanatismo de los beduinos; para evitarlo se necesitaba gran temple de alma y de bolsillo. Hoy todo eso ha cambiado, y Egipto es uno de tantos paseos de vacaciones, con facilidades y rebajas de precios, comidas de fonda é intérpretes de alquiler; una feria más, invadida por todos los explotadores y curiosos, que, lejos de realzar nuestra civilización, la ponen en ridículo. El aristocratismo excursionista pierde uno de sus más hermosos objetivos, sin que el democratismo triunfante, pasando su rasero por todo, gane con ello nada; pues es un dolor oir á cualquiera de esos estúpidos ingleses enriquecidos, hablar de Menfis y de Tebas, de Luxor y del Cairo, como pueden hablar del Unter-den-Linden, de Berlín, del Prater, de Viena, ó de la Puerta del Sol de Madrid, y decir, como decía una señorita de esa calidad, ante la fachada de Nuestra Señora de París, que era una lástima que estuviera tan ennegrecida, y que debían rasparla.

Loti nos muestra el Egipto invadido por tribus de ingleses, acaparado por los snobs de ambos mundos é inundado por las bandadas de la agencia Cook, arrastrando por dondequiera el horror de sus guardapolvos y de sus ternos cacadeoca, que convierten el Egipto en inmensa barraca de feria, donde se muestran las curiosidades con varitas, donde se iluminan los sepulcros con luz eléctrica (hasta hay una lámpara en los hipogeos de Tebas, bajo la nariz de la momia de Amenofis II); donde se construyen hoteles para los viajeros junto á las pirámides; Water-palaces en el muelle de Luxor y tiendas por todas partes; donde se venden recuerdos y baratijas, como en Lourdes ó en el Grindelwald. Allí se han domesticado las ruinas, se las ha catalogado, se las ha rotulado, se las ha cercado y se las visita con permiso y, lo que es peor, con guía. Tebas se ve invadida por enjambres cosmopolitas que almuerzan de smoking, y á la hora indicada por el guía van á lanzar sus ¡ah!... y sus ¡oh!... ante las columnas de la sala hipostila; Asuán se

ha convertido en una especie de Port-Said, donde florecen los bistros. En el Cairo, los ingleses han logrado cambiar el clima de Egipto con sus trabajos del Nilo, como han hecho de Filé una especie de Venecia, desierta, sumergida en sus tres cuartas partes, cuyas piedras se desmoronan y van á hundirse y desaparecer.

*
* *

El libro de la muerte.—Es curiosa la obra que, con el título que precede, ha escrito Eduardo Ganche, en la que, según Ernest-Charles, hay un verdadero derroche de epítetos, de los que resulta que la muerte es omnipotente, respetada, esclavizante, temida, exterminadora, inexorable, sempiterna, siniestra, ineluctable, misteriosa é inmortal. Montón de epítetos, mala literatura. Desde que la señora Sevigné ha escrito su famosa carta sobre el matrimonio de Lauzun, todos los epítetos se han añejado.

Ganche compone cuentos fantásticos y macabros, estilo Edgar Poe. Lady Fielding ha querido ser enterrada viva con todas sus alhajas; se la ha dado gusto, y han metido en su ataúd más de un millón de diamantes y piedras preciosas; tres ladrones llegan de noche á la fosa, suben el féretro y lo abren; los diamantes relampaguean á la luz de la linterna. Los ladrones arrancan pulseras y collares, y como la rigidez cadavérica les impide sacar las sortijas, uno de los hombres corta un dedo; la sangre corre, la muerta lanza un grito, saliendo de la catalepsia, y los ladrones, aterrados, escapan (hasta aquí la historia vieja). Lady Fielding se arrastra á lo largo de las tumbas, y la luna alumbra la marcha titubeante de aquel espectro; de pronto ve una luz en la casa donde dormita el guardián del cementerio; Lady Fielding se dirige á ella, y entra; el guardián se despierta, y al ver el fantasma, con su blanco sudario, queda aterrado; Lady Fielding avanza, y su cuerpo exangüe se abate sobre el del guardián. Al día siguiente se descubrió el cadáver del guardián bajo el de Lady Fielding.

Cuando no son historias de este tipo, Ganche nos lleva al

hospital, al anfiteatro y á la Morgue, describiendo con realismo sobrio, pero implacable, todos los fenómenos de la muerte. Así asistimos al espectáculo de una operación en la matriz. Es una bella joven, suplicante y desesperada; los enfermeros la llevan en una camilla, y la conducen al dormitorio, después de operada; en la sala de operaciones, el cirujano, rodeado por sus alumnos, diseca los tumores extraídos, tibios todavía, en tanto que la operada se despierta, y libre de la anestesia, sufre horriblemente: «¡Matadme, matadme!»—exclama.—Las otras enfermas se incorporan espantadas al oirla; de pronto se escucha como un aullido; se ve á la operada sufrir el último sobresalto, y muere. Todos se apartan de ella como de una cosa que estorba en el hospital. Al día siguiente llevan el cadáver al anfiteatro, y á pesar de la voluntad de los padres, el cirujano aconseja á sus internos que abran de nuevo el vientre de la difunta, para darse clara cuenta de las causas de su muerte; los internos se entretienen en mil bromas en torno del cadáver, prodigándole apasionados epítetos; pero no tienen tiempo de proceder á la autopsia, porque aparece el mozo del anfiteatro anunciando la llegada del coche fúnebre. Los internos, entonces, se precipitan, trayendo uno el ataúd y otro la tapa; el vientre recibe los periódicos sucios, las cajas vacías de cerillas y las cenizas de las pipas, á guisa de asperges; lo recosen groseramente y lo entregan á la familia que, detrás de la puerta, espera llorando.

Tal es el género que cultiva Eduardo Ganche, que hay que confesar es poco divertido, aunque á ratos no deja de ser emocionante.

***

Rinconcillos prosaicos de la literatura.— Aunque la figura legendaria del literato es la que corresponde al bohemio, Homero cantando sus poemas, Cervantes reducido á mendigar un destino, Corneille sin más que un par de zapatos, en todos tiempos han existido poetas afortunados que, por azares de la suerte, han cobrado bastante bien sus versos.

Así, los atenienses, 440 años antes de Jesucristo, escuchando en el Agora á Herodoto, le votaron una recompensa de 10 talentos (54.000 pesetas). Es verdad que Herodoto no era poeta, pero para el caso es igual.

Cherilo, autor de un *Aquiles,* tuvo que aceptar un trato que le propuso Alejandro el Grande, ofreciéndole un filipo por cada buen verso de su poema y un bofetón por cada verso malo; acabada la lectura, Cherilo recibió 7 filipos, pero murió de tantos bofetones como le dieron.

Suetonio asegura que el *Eunuco*, de Terencio, fué representado dos veces en un día, y le pagaron por él un precio jamás hasta entonces alcanzado por ninguna comedia (unas 1.600 pesetas). Conocida es la anécdota de Octavia y de Virgilio, cuyos versos sobre Marcelo conmovieron tanto á la princesa, que hizo entregar al poeta 10 grandes sextercios (2.000 pesetas) por cada uno de los 32 versos que contenía.

Macrobio cuenta que un pobre poeta griego, cada vez que Augusto salía de su palacio, le entregaba un epigrama compuesto en su honor, sin que jamás el emperador le hiciera caso; hasta una vez que, impacientado por su insistencia, y antes de que el griego le diera su epigrama, le dió él otro de su cosecha; el griego, sin turbarse, lo leyó, lo elogió y, metiendo la mano en su escurrida bolsa, sacó de ella unas cuantas monedas de cobre, que tendió á Augusto, diciéndole: «¡Oh, Cesar!; no es eso, sin duda, proporcionado á tu mérito; pero más te daría si más tuviera.» Augusto quedó tan encantado, que mandó darle 6.000 sextercios.

Collet recibió de Richelieu 600 libras por 6 versos que contenían la descripción del estanque del jardín, diciéndole que no le daba aquella suma sino por aquellos versos, y que el Rey no era bastante rico para pagar los demás. El mismo cardenal, para dar las gracias al abate Godeau por un «benedicite», que había puesto en verso, le hizo obispo de Grasse.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

L'orientazione psicologica dell'etica e della filosofia del diritto, per Alessandro Bonucci.—Perugia, 1907.—Un volumen de 378 págs, 7,50 liras.

«Nos parece—dice el autor, y éstos son, según la advertencia preliminar del libro, los propósitos y la trama de éste—que el presente estado de la moralidad y del derecho, por un lado, y el progreso de las varias ciencias del espíritu, por otro, ponen ante la ética y ante la filosofía del derecho la exigencia de una orientación psicológica. ¿Qué significa hallarse puesta una exigencia? ¿Qué debe entenderse por orientación psicológica? ¿Qué implica esta orientación en el estudio de los problemas fundamentales de las dos filosofías? Tales problemas son de dos órdenes: unos, reflejan la naturaleza de estas filosofías; los otros, la naturaleza de los objetos de las mismas. Los objetos de estas filosofías tienen de común lo siguiente: se trata de normas que se aplican á actos humanos; por consiguiente, normas de un lado, y actos humanos de otro. Según un filósofo olvidado [Beneke], una medida espiritual de un lado, y una cosa espiritual á que se aplica dicha medida, de otro. La índole particular de las dos disciplinas hace que la bipartición pueda, en cada una de ellas, conformarse de este modo: en la ética, la valutación moral y el objeto de la valutación moral; en la filosofía del derecho, la norma jurídica y el hecho jurídico. Y así, una vez resueltas las dos primeras cuestiones indicadas, pasaremos á la tercera, considerando qué es lo que implica una

orientación ética al hacer la determinación de la ética y de la filosofía del derecho, y el estudio de los dos lados de su objeto. Veremos, por fin, cómo esta orientación de las dos filosofías resulta iluminada por la orientación que han tomado, en el pensamiento contemporáneo, otras disciplinas.»

Tal es el programa. Bonucci lo desarrolla (en seis capítulos) por el mismo orden que acaba de indicar, y con una amplísima cultura y una penetración bastante intensa. Con la lectura atenta y reposada de este libro, puede uno llegar á enterarse, en breve resumen, de las principales cuestiones de filosofía moral y jurídica que preocupan al pensamiento contemporáneo, y de la contribución que á su estudio aportan multitud de escritores. Las indicaciones bibliográficas, sobre todo las concernientes á la literatura alemana de nuestros días con respecto á los aludidos asuntos, son abundantísimas; las notas al pie de cada página van, por lo regular, hasta excesivamente recargadas de ellas.

La sustancia de la doctrina que el autor mantiene es ésta, reducida á cuatro palabras: Todas las ciencias, incluso las naturales, pero especialmente las del espíritu (estética, economía, ciencia de la religión, de la lengua, sociología, etc.), van adquiriendo cada vez más carácter psicológico. Lo adquiere también la misma filosofía, aun cuando no por eso, según Bonucci, haya de reducirse enteramente, como algunos pretenden, á pura psicología, y quedar subsumida en ésta. Con íntimas y constantes relaciones, son una y otra ciencias independientes. La ética y la filosofía del derecho (distintas, á los ojos del autor) son filosofías particulares, influídas por la concepción filosófica general que se profese, y en ellas se nota de manera bien visible la orientación psicológica característica de las modernas disciplinas, y muy en especial de las espirituales. Así lo demuestra un examen circunstanciado (que el autor hace, pues constituye el objetivo central de su obra) de los problemas á aquéllas referentes, tal y como los plantean y resuelven los más autorizados cultivadores actuales de ellos.

Trattato di diritto penale italiano, per Vincenzo Manzini.—Torino, Fratelli Bocca, editori.—Volumen I, 498 págs., 12 liras. Volumen II, 604 págs., 16 liras.—Publicados ambos volúmenes en 1908.

He aquí un gran tratado de derecho penal; un tratado «con todas las de la ley», podríamos decir. Sólo dos volúmenes (gruesos ambos) han visto la luz hasta ahora, y en ellos no se estudia sino alguno de los problemas que suelen figurar en la «parte general» del derecho penal. De suponer es, por lo tanto, que cuando esta última se halle terminada, y cuando después la siga el estudio de la parte especial, el tratado de Manzini llegue á ser una de las mejores y más amplias obras de su género.

Pues para inferir lo que habrá de ser cuando la veamos concluída, tenemos ya un excelente botón de muestra. Los dos tomos publicados son, sin duda alguna, á mi modo de ver, notables. La materia se halla perfectamente ordenada y orgánicamente sintematizada en ellos, con multitud de referencias é indicaciones. Cada tomo, además, va acompañado de tres índices: uno general, por capítulos, párrafos, etc.; otro alfabético de materias, y otro de las disposiciones legales citadas en el texto. Y en cuanto á lo más importante, la doctrina, el autor la maneja como solamente son capaces de manejarla los que la conocen profundamente, efecto de lo cual tienen sobre ella conceptos claros, conforme se ve que le pasa á Manzini. Yo diría que de este modo no pueden proceder, dentro de cada ciencia, sino aquellos que, por el gran dominio intelectual de ella, han podido elevarse á la altura del filósofo. Sólo un filósofo puede ser, me parece á mí, verdaderamente hombre de ciencia.

Y Manzini es, aun á pesar suyo, un filósofo penalista. A su manera, claro está, pero filósofo. Y digo que á pesar suyo, porque él protesta repetidamente de la invasión de la filosofía en el campo penal, y atribuye á esa invasión el atraso en que la respectiva ciencia se halla. «Para nuestros estudios aparece

del todo supérflua—dice—aquella parte estrictamente filosófica que los viejos escritores solían anteponer á sus exposiciones.» Pero es que entiende por filosofía lo que acaso no es tal, ó sólo es una manifestación, no la única ni la más importante de ella. Véase: «El investigar los llamados fundamentos supremos y la acción del derecho en supuestas revelaciones divinas, en verdades absolutas humanamente inconcebibles, en un fantástico derecho natural ó en otra cosa semejante, no le está hoy permitido á una disciplina eminentemente práctica, positiva y de buen sentido, como lo es la muestra.» (Pág. 3 del tomo I.)

Sólo que, sin una dosis de filosofía (sin una gran dosis, probablemente), no hay quizá ciencia positiva y de buen sentido (que, á mi modo de ver, es un sentido filosófico, aun siendo vulgar). Aun cuando, claro es, para filosofar, no hay que hacer ninguna de las cosas en que acabamos de ver hace Manzini consistir la filosofía. Por eso, repito, él no se entrega á ninguna de tales especulaciones, y, sin embargo, tiene empedrada su obra de afirmaciones y conceptos filosóficos. Él mismo se ve obligado á reconocerlo, cuando dice en otro lugar (página 48, nota, tomo I): «Si por filosofía se entiende la indagación racional de la ley y del espíritu que la anima, en tal caso, *el estudio positivo del derecho no la excluye, ciertamente.* Pero si se entiende por tal los particulares puntos de vista de un escritor y sus divagaciones ideológicas ó sentimentales, entonces no hay duda de que deben ser rechazados.»

Sin insistir más sobre esto, que requeriría un trabajo *ad hoc,* parece que lo que Manzini quiere proscribir de la ciencia penal, especialmente cuando la misma se refiere al estudio de un derecho legislado, es todo aquel abundantísimo conjunto de teorías penales á que se daba el nombre de filosóficas (ó sobre el «origen filosófico del derecho de castigar»), y en cuyo examen expositivo y crítico han gastado muchísimas energías los escritores. Y, en este caso, no le falta razón; por más que aun aquí, es imposible proscribir la filosofía, que supone aho-

ra la concepción personal que respecto del fin buscado con la pena tengan los que manejen ó recomienden *este medio para un fin humanamente perseguido*. El núcleo de todo el organismo penal, ya legislado ó ya científico, está en esto, y alrededor de él giran todas las demás partes del mismo, sea en forma de preceptos legales ó de tesis doctrinales. Sin esa concepción central, no hay criterio para organizar y valorar las instituciones penales y su funcionamiento. De aquí que Manzini, no obstante su *antifilosofismo*, se crea obligado á sentarlo (en el capítulo III, §§ 41 y siguientes), y al mismo se está remitiendo á cada paso: v. gr., al tratar de la personalidad de derecho penal, de la imputabilidad y la responsabilidad, etc.

Y de esto precisamente (que mantiene al autor ligado á las más viejas ideas penales que solían defender aquellos «filósofos» de cuyas huellas quisiera huir), ¡cuántas cosas pudieran decirse! Pero no siendo este el momento oportuno, las dejo para cuando llegue. Y entretanto termino, recomendando nuevamente el *Trattato* como uno de los mejores que yo conozco.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Intento y definición de la Lingüística, por Julio Cejador..... 5

España fuera de España: Don Quijote, por G. Carducci..... 20

Goya, por Valeriano de Loga..... 38

Santa María del Mar, por Havelock Ellis..... 54

Parnaso internacional: Himno al Sol, de Lamartine..... 78

Recuerdos, por José Echegaray..... 81

El arte español en la pintura siciliana del siglo XV, por Leandro Ozzola..... 92

El primer conato de rebelión precursor de la revolución en España, por Juan Pérez de Guzmán..... 105

Un veredicto injusto (Troens-Magt).—Novela por Johan Bojer.... 125

Más allá, por P. Dorado..... 156

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 169

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 176

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 203

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 251.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

NOVIEMBRE 1909

MADRID
IMP. Y ENCUAD. DE V. TORDESILLAS
Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

DE ALGUNAS ANTINOMIAS QUE RODEAN NUESTRA VIDA

Hace unos cuantos años, el difunto M. Brunetière proclamó, según se recordará, la «bancarrota de la ciencia». Hubo entonces un doble movimiento en los espíritus. Los encariñados con ciertas emociones y cierto modo de ver las cosas, que la ciencia, ó lo que tal nombre recibe, tiende á proscribir, sustituyéndolos por otros, no pudieron contener su júbilo, y, con fruición pocas veces disimulada, repitieron á boca llena la frase del escritor francés. Lo que no es extraño. Se trata de gentes irreduciblemente enemigas de la ciencia, porque tienen una visión más ó menos clara de que ésta es un corrosivo muy enérgico de concepciones y creencias cuya desaparición estiman aquéllas como una de las grandes desgracias de la humanidad. Pero otros siguieron una conducta precisamente contraria: protestaron cordialmente de la frase aludida, cantaron himnos á la ciencia y enumeraron y enaltecieron los beneficios debidos á ella.

Ambas partes pudieran tener razón, y yo me inclino á creer que, al menos desde cierto punto de vista, la tienen, en efecto. Es la lucha eterna entre la fuerza conservadora y la propulsora, entre la tradicional y la crítica, las dos por igual imprescindibles. Pero lo que yo quiero manifestar ahora es que la mencionada bancarrota existe, y que, á pesar de existir, ello no es motivo para protestas ni alarmas, sino que, al con-

trario, aun los amantes de la ciencia han de considerarlo, en parte á lo menos, como una fortuna.

Es la ciencia el conocimiento, por nosotros, de las cosas y de las relaciones naturales, el dominio espiritual de las mismas. El día que este conocimiento y este dominio fuesen completos, no nos quedaría nada por apetecer, mentalmente á lo menos. Ese día sería el día de nuestra completa quietud intelectual, y, por lo mismo, el de nuestra muerte como seres de inteligencia. La omnisciencia no es, quizá, muy apetecible, porque habría de traer consigo, á lo que parece, el total embotamiento del espíritu. Apagada la necesidad de conocer, que es decir la curiosidad y la inquieta propensión á moverse y ocupar sitio distinto del que en cada instante ocupa el sujeto, forzosamente vendría el reposo, la plenitud de saber, y el henchido y saturado acaba por el sopor completo ó por la muerte apoplética. Mirado el asunto de este modo, la vida espiritual exige como condición precisa la del descontento y el desasosiego de la mente, ó sea la incompletud de la conciencia y del saber. La ciencia, en tal caso, no ha de explicar todas las cosas, ni dar solución á todos los problemas; ha de tener constantemente muchos vacíos y dejar muchos cabos sueltos; ha de estar perpetuamente *in fieri*, y consiguientemente ha de hallarse, para su propio bien, en perpetua quiebra. Sólo á este precio podrá subsistir.

Pero el asunto éste no es tan sencillo como pudiera parecer mirándolo por encima. Fijando en él los ojos, se advierte que es complejísimo, y que está lleno de dificultades y de antinomias acaso irresolubles.

La razón misma de la ciencia se nos escapa; en esto, nuestro saber se halla, indudablemente, en total bancarrota. Por mucho que hagamos, no conseguimos averiguar por qué y para qué la ciencia se encuentra, cuando menos hasta cierto punto, á nuestro alcance. Si fuese para nuestro bien y tranquilidad, no podría traernos la inquietud y las amarguras que á todas horas nos está causando, y á las que no nos es posible

renunciar, porque son inherentes á ella. Cuanto más ahondamos ó nos parece que ahondamos en el conocimiento de las cosas, más desgarramiento espiritual sentimos. Ese ahondar sirve para poner nuestra ignorancia de manifiesto ante nuestra propia conciencia. El que estudia mucho una cosa concluye por reconocer la imposibilidad de saber nada sólido de ella y por entregarse á un descorazonamiento sin límites. El poco saber podrá conducir á cierto grado de confianza y optimismo; el mucho saber es fuente segura de un escepticismo pesimista. El que se asoma al insondable abismo de las cosas no ve en él más que negruras, apenas iluminadas de cuando en cuando por débiles y fugaces rayos de claridad.

Pero, con todo, el abismo atrae irresistiblemente; sin poderlo remediar, va uno á meterse en la boca del lobo. Tenemos una invencible tendencia á saber, á adquirir cultura y analizar las cosas, á despertar y educar nuestra conciencia. Todo lo cual va en contra de nuestro sosiego: de un lado, porque no logramos la satisfacción de aquella tendencia, sino que siempre quedamos con ella en gran deuda, habiendo bastante distancia entre lo que sabemos y lo que querríamos saber; de otro lado, porque á medida que nuestro caudal de conocimientos—aunque relativos é inseguros—aumenta, crece también la conciencia de nuestra impotencia para regir la vida como nosotros apeteceríamos, y, en lo tanto, nuestra infelicidad y amargura. Estamos, según parece, condenados á presenciar en parte el desarrollo de los acontecimientos, sin poder intervenir en su dirección, ni menos someterlos exclusivamente á ella. Cosa bastante desesperante.

Si el hombre procura encontrar el puesto que le corresponde en el orden universal de las cosas, y las razones y fines de esta su posición, no consigue dar con ello. Tiene que limitarse á andar y andar, á moverse y moverse sin telesis propia, ciegamente empujado, según cree, por fuerzas extrañas, que no sabe cuáles son ni adónde le llevan. Se siente parte del orden natural, y desearía separarse de él para constituir un mundo

propio. Está irremisiblemente encadenado, haciendo, sin embargo, á todas horas, inútiles esfuerzos por desasirse y pasar de la posición de esclavo á la de dueño de sí mismo, independiente y dominador de ese mundo de las cosas, cuyos secretos anhela en vano penetrar.

Y así incesantemente, en marcha desenfrenada é ineluctable. Hay en esto un círculo opresor, dentro del cual está condenado el hombre á revolverse sin salida posible. La ciencia apaga la curiosidad y el deseo, que son fuente de la vida (aun cuando también los enciende por otro lado). En cuanto se posee mentalmente una cosa, queda paralizada la tendencia ó apetencia correspondiente, lo que engendra hastío y aburrimiento. Como se ha dicho, la omnisciencia sería la petrificación y el embotamiento mentales en absoluto, falta la conciencia de objeto sobre qué ejercitarse. ¿No vemos cómo los conocimientos que el hombre adquiere los va capitalizando y amontonando, por decirlo así, en el depósito de lo inconsciente, que representa, en bastante grado por lo menos, el desván de lo inservible? Las relaciones que han pasado por el crisol de nuestra conciencia, convirtiéndose en relaciones sabidas, quedan relegadas á la categoría de fórmulas cristalizadas, desprovistas de jugo y de contenido vibrante, y que, por lo mismo, no tienen interés alguno para el individuo que ya conoce su valor. Son, á los ojos de éste, valores entendidos que han dejado de inquietarle, y de los que, por consiguiente, ni siquiera se ocupa: verdades tan de clavo pasado, que no tienen virtud para detener su atención. La inteligencia obra ya, frente á ellas, automáticamente. Sin embargo, por irresistible atracción, propendemos á colocarnos en ese estado. Aunque la ciencia mata el deseo de investigar, y es, por lo tanto, enemiga del movimiento y de la inquietud espirituales, fuente de vida mental intensa, lo que bajo cierto aspecto equivale á decir de vida propiamente humana, camino de la ciencia marchan los hombres en carrera vertiginosa é ininterrumpida. La ciencia será, á lo que parece, embrutecedora é inhumana, pero

sin ella no son capaces de vivir aquéllos. La omnisciencia traería la perdición, pero los hombres no se satisfacen con menos que con ser omniscientes, y si en su mano estuviera el convertirse en tales, no vacilarían en el cambio. Hay en esto una antinomia de difícil explicación.

Sólo es posible quizás explicarla mediante otra antinomia: la de la imposibilidad de la omnisciencia, ó sea la imposibilidad en que los seres humanos se hallan de conseguir lo que sin cesar pretenden. La ciencia da saber, pero despierta más deseos de los que satisface; apaga inquietudes espirituales, pero al mismo tiempo enciende otras. Cada nueva adquisición mental pone ante el sujeto una multitud de problemas. Cuanto más sabe uno, más cuenta se da de lo que ignora. Por cada cabo que se ata al hacer adquisiciones ó descubrimientos científicos, se dejan sueltos muchos. Nadie mejor que el pensador y el filósofo nota los vacíos que la ciencia señala y los horizontes inexplorados que abre. Nadie más intranquilo que ellos. Nadie más persuadido de los límites continuamente variables, jamás definitivos, del saber. Y así, mientras lo que antes se ha llamado capitalización científica ó almacenamiento de conocimientos acaba, por un lado, con la curiosidad y el ansia de conocer, por otro, las estimula de manera permanente. El hombre, en este sentido, es como un hidrópico: nunca se ve satisfecho; cuanto más sabe, más deseo de saber se le despierta. Todo se le vuelven dudas, cuestiones, desasosiego, insatisfacción.

Pero aquí está su fatalidad, en no poder evitarlo. En la misma medida que bebe saber, que aumenta su cultura y pone en tensión su conciencia, en esa misma medida se considera descontento, necesitado é infeliz, y á pesar de ello no es capaz de contenerse. Parece que lleva en sí su mayor enemigo, una fuerza que, mal de su grado, le empuja á perseguir su propia desgracia. Se lamenta á veces de no ser ignorante, por ver en la ignorancia la mejor condición para no sentir inquietudes mentales, y, sin embargo, tiende por modo indeclinable á sa-

ber cada día más. Tiene en sus manos la felicidad, y se precipita en la infelicidad. Alaba, y hasta parece que envidia al que carece de necesidades cognoscitivas, y él se las está creando de continuo en progresión creciente y sin poder pasar por otro punto. Aunque se proponga prescindir del saber, no lo consigue.

Desde el punto de vista del desarrollo mental, quizá pudieran distinguirse en la vida humana tres edades, que yo llamaría de formación, de cooperación optimista y de escepticismo. Durante la primera, por la que pasamos todos, en períodos más ó menos largos, y en la que muchísimos individuos se estancan, la inteligencia y la conciencia funcionan, principalmente, de un modo receptivo y pasivo; el sujeto no afirma su propio valer é independencia enfrente de la realidad exterior á él; ejercita poquísimo su reflexión; no hace sino atesorar experiencias y conocimientos; no le ocurren dudas sobre la vida y sus problemas; se deja llevar por otros, quienes le muestran lo que por racional y conveniente se debe hacer, sin que él mismo se inquiete por averiguarlo. Es, digámoslo así, el período de la infancia.

Tras del cual viene otro, en el que los individuos, con la mente ya desarrollada y en la plenitud de sus fuerzas, hacen uso de la una y de las otras para contribuir al mantenimiento y desarrollo de lo existente, que no les ocurre someter á crítica, sino que lo encuentran bueno por el hecho mismo de tener realidad y vigencia. En este período se quedan la mayoría de los que constituyen el gremio de la gente culta, para quienes lo actual no puede menos de ser legítimo y bueno, debiendo uno contentarse con aprovechar sus beneficios y, á lo sumo, con enmendar algún pequeño defecto que pueda encontrársele. Aquí estarían todos los conservadores, cuyo número abunda más de lo que se suele creer, y aun los denominados ordinariamente espíritus progresivos ó revolucionarios.

Por fin, hay un tercer período, no separado del segundo con una línea bien segura, como tampoco lo está de este modo

el segundo con respecto al primero. Se trata de transiciones insensibles. Ahora, en este período, que no sé yo si podría denominar de verdadera mayoridad, están aquellos que viven mentalmente, si es permitido decirlo así, por encima de lo vigente; que no se quedan tranquilos con limitarse á gozar de esto último; que lo miran como cosa concreta y temporal, y que intentan penetrar en las más hondas y trascendentales raíces de las cosas, en la razón fundamental y en la finalidad íntima de éstas. Sólo que no consiguen sus propósitos, y, al no conseguirlos, se mueven en la mayor perplejidad y en el escepticismo más profundo y desconsolador. Pero vienen á parar á él irremediablemente, porque si su tendencia á explicárselo todo, ó bien digamos á adquirir la ciencia definitiva, es constante é irrenunciable; por otro lado, de lo que llegan á estar bien persuadidos es de que no pueden darle satisfacción, y de que, por lo tanto, están condenados á vivir en intranquilidad y desgarramiento interior perpetuos. Echarán de menos la relativa apacibilidad optimista de las edades ó períodos anteriores; pero ni podrán, aunque se lo propongan, retroceder á éstos, ni, en caso de que el retorno fuese posible, se produciría la tranquilidad que huyó de su espíritu para siempre. Era la tranquilidad satisfecha de la nesciencia afirmativa, á la que nadie consigue volver, por más que lo intente, después de haber gustado el amargo desasosiego de la reacción crítica, destructora de las construcciones antes consideradas como sólidas y venerables. La ignorancia y el saber irreflexivo son la única ciencia posible, aun cuando parezca paradoja, la única posición espiritual segura, positiva, acompañada de certidumbre; la reflexión y el análisis crítico destruyen las convicciones y no consienten ninguna construcción científica, ó bien digamos mental, sólida.

Aquí está una de las grandes antinomias que afligen y agarrotan nuestra vida. Quien da cultura excita la reflexión, y quien excita la reflexión quita seguridad, tranquilidad, sosiego, beatitud, fijeza. Ser ignorante es preferible á ser sabio; no

pensar es mejor que pensar. Pero el mal consiste en que la elección no está en nuestra mano. Aunque el saber nos sea dañoso, nos estamos de continuo afanando, y afanando de manera irresistible, por adquirir más y más cultura, y por despertar más y más nuestra conciencia, y disgregar más y más el bloque que ésta forma.

Mirando el asunto por otro prisma, hay que decir que las adquisiciones mentales, ó llamémoslas si se quiere científicas, no dan lugar, en cuanto tales, según hemos dicho, á placer ni satisfacción verdadera. Más bien originan fastidio, como toda satisfacción. Conseguido su objeto, toda potencia descansa, decían los filósofos aristotélicos y escolásticos. Y el descanso, ya se sabe, es sopor y tranquilidad indiferente. Llegado el móvil á la meta que perseguía, se queda quieto y deja de ser móvil. En cuanto móvil, ha desaparecido; ya se ha vuelto inmóvil, petrificado y como almacenado. Por eso se ha dicho del investigador científico lo mismo que del cazador, ó sea, que el placer y la satisfacción están, no ya en cobrar la pieza, sino en perseguirla, y que lo que ellos quieren y lo que les hace ser investigadores ó cazadores, no es tener la liebre en el plato para engullírsela, sino el hecho mismo de correrla. Sólo que esto último no parece que tiene sentido más que como deporte, y la vida mental, lo mismo que otras formas de la vida, ha de ser algo más que cosa de juego, si bien el juego sea una fase importante de ella. Quizá, entonces, como el cazador legítimo, no ejercitemos nuestra mente para la obtención de ningún resultado concreto, sino sólo por ejercitarla, como por necesidad de dar salida á las energías acumuladas en ella y que piden desahogo. Mas lo cierto es que, de todas maneras, la liebre resulta cazada, y que con el hecho de la caza quedan cumplidos varios de nuestros deseos, satisfechas algunas de nuestras aspiraciones y cloroformizados y privados de fuerza impulsiva no pocos de nuestros apetitos. El enigma, á mi ver, permanece en la oscuridad, sin explicación posible.

Hay que decir otras cosas todavía respecto de esta cuestión.

Estando nuestra conciencia en *devenir* constante, y nuestra ciencia en continua, imprescindible bancarrota; no pudiendo nosotros conocer, ni, por lo tanto, afirmar ni negar cosa alguna con seguridad completa; viéndonos obligados á renunciar á la certidumbre y á hallarnos sin remedio á todas horas en estado de duda, parece que la ley de la conducta nuestra está trazada: la inhibición y el abstencionismo totales. ¿Cómo obrar, si no nos es dado saber la dirección ni el sentido en que debemos hacerlo, ni tampoco el alcance de nuestros actos? Nos exponemos á realizar lo contrario de lo que la naturaleza exija, y á omitir lo que conviniera ejecutar. Lo más prudente parece encogerse de hombros, ahogar todo impulso é iniciativa, y dejarse arrastrar por el turbión de las causas naturales, como si fuésemos seres sin conciencia; es decir, la inacción y la muerte.

Pero el caso es que tampoco podemos comportarnos de este modo. Queramos ó no queramos, hemos de movernos, y movernos como personas razonables. Aunque lo pretendiéramos, no conseguiríamos contenernos. Un impulso inconsciente nos lleva á obrar y á marchar, á dar vueltas sin fin á la noria de la vida. La presión de ésta tiene mucha más fuerza que nuestra voluntad. Hay algo que nos empuja á seguir rodando, y es la necesidad de la vida misma, que se nos impone con invencible apremio. Por donde resulta que, desconociendo cuál pueda ser nuestra misión, si de verdad tenemos alguna, y cuáles los caminos y recursos para realizarla, no podemos por menos de obrar como si la tuviéramos y como si claramente supiéramos en qué consiste.

La situación es antinómica á más no poder. El hombre pretende guiarse por las enseñanzas ó dictados de su conciencia, para conducirse de un modo racional, y su conciencia no está realmente en disposición de dirigirle con seguridad, ni aun casi de manera ninguna. La conciencia no sabe qué decirle. Por mucho que busque lo razonable y justo, no lo encuentra. Y mientras tanto, la necesidad del vivir es inexcusable.

Hay que vivir, aun cuando no se sepa cómo. Los problemas de la vida son perentorios, y hay que resolverlos al minuto, sea como sea. No pueden aplazarse hasta que la conciencia del agente esté lo suficiente clara y segura para dictar órdenes firmes, sin miedo á equivocación, lo que, por lo demás, no llegaría á suceder nunca. De modo que nuestra conducta no puede tener jamás carácter definitivo, sino siempre provisional, acomodándose á las imperiosas exigencias y á los apremios del momento, y á reserva de modificarla y rectificarla en los instantes siguientes, conforme se modifiquen y rectifiquen nuestras en todo caso inciertas concepciones, convicciones y maneras de apreciar la naturaleza y el orden de las cosas, los fines de las mismas y la posición nuestra con respecto á ellos, ó sea lo que denominamos deberes, solicitaciones y estímulos para la acción.

*
* *

La misma contradicción irresoluble en que, según hemos visto, se halla empeñada nuestra vida por lo que á los asuntos de ciencia y de cultivo del espíritu se refiere, contradicción de la que en vano forcejea el hombre por verse libre, como si pesara sobre él una maldición, la encontramos también constituyendo su tormento en otra multitud de relaciones.

Nuestro afán más invencible y más fuertemente arraigado es huir del dolor y buscar el placer. En esto parece hallarse el centro de la vida. A ello tendemos todos, y al servicio de este fin ponemos nuestra inteligencia y toda nuestra actividad psíquica, cuya naturaleza propia, según ciertos psicólogos, está cabalmente en servir de defensa y protección al sujeto. Elevar al máximo la suma de los placeres y reducir al mínimo la de los dolores (entendiendo que no se habla solamente de placeres ó dolores corporales ó físicos—aunque quizás á éstos vengan á reducirse todos en último término,—sino de cuantos pueden experimentar los hombres): he aquí lo que forma la felicidad ó dicha humana, para perseguir la cual hacen uso los

individuos de los recursos que hallan á mano, incluso los mentales, unos de los más eficaces y poderosos.

Pero es preciso reconocer que semejante aspiración constituye un completo fracaso. Infinitas veces se ha dicho, en todas las formas y tonos posibles, que la felicidad es para los hombres un fantasma que no se deja acercar, escapándose de nuevo más lejos, siempre que se crea hacedero darle alcance. Aun los más optimistas y satisfechos de la vida; aun los que menos vacíos, necesidades y sinsabores sientan, ya por su natural carente de ambiciones, ya por su tosquedad innata, ya por haber tenido la suerte de verse rodeados de cuantos medios suelen constituir el objeto de las apetencias humanas y las condiciones productoras de fortuna y bienestar; aun esos mismos, haciendo un balance escrupuloso de los bienes y los males que en la vida encuentran, y comparando las ocasiones de placer con las que engendran dolor y amargura, vienen regularmente á concluir reconociendo que estas últimas superan no poco á los primeros. Por eso es el mundo «un valle de lágrimas», y por eso, ya que en él no nos sea dado librarnos del dolor y ser totalmente felices, meta á la que irresistiblemente tendemos y á cuya posesión no nos resignamos á renunciar, colocamos muchas veces la posible realización de nuestros anhelos en otra vida ulterior, donde tendremos lo que en ésta no hay: la felicidad completa y verdadera, «conjunto de todos los bienes, sin mezcla de mal alguno». La vida, por lo tanto, carece en sí misma de sentido; y el hallarse uno encadenado forzosamente á hacerla, es, á lo que parece, una crueldad y un suplicio desgarrador. Perseguir anhelantes la dicha—como perseguir la verdad y el dominio mental de la naturaleza,—sin poder jamás tocarla, y estando persuadidos de la imposibilidad de ese contacto, ¿no es una tortura mayor que la de Tántalo, y parecida á la que los teólogos cristianos denominan, al hablar de los condenados al infierno, «pena de daño»?

Lo particular y notable—y en ello consiste la mayor antinomia—es que la vida humana requiere imprescindiblemente

el dolor y el mal, y que tanto más intensa y elevada es esa vida, cuanto mayor es el dolor que la rodea y más sensibles á él se vuelven los individuos. Nosotros propendemos á huir del dolor, y, sin embargo, por propio bien nuestro, tenemos que andar acompañados del mismo. Sin dolor, la vida es incomprensible; sucumbiríamos inevitablemente. Difícil es salir de este *in pace*. Persiguiendo la felicidad, procuramos satisfacer nuestros deseos y proporcionarnos placer, y cuando se satisfacen los deseos se mata el aliciente de la vida. El deseo cumplido es fuente de inacción y somnolencia, y causa de embotamiento para la sensibilidad. Las necesidades no satisfechas, se ha dicho, con razón, mil veces, son el motor más eficaz del movimiento y del progreso. El que nada necesita no tiene por qué ni para qué moverse; el que necesita mucho y apetece mucho es el que tiene que preocuparse profundamente de adquirirlo si existe ya, ó de crearlo é inventarlo para que exista. Los inventos, según también se afirma, no aparecen hasta que la necesidad los promueve é impone. El deseo pendiente y despierto origina la incontentabilidad y la insatisfacción, y la incontentabilidad sostiene la esperanza y el impulso que dimana de ella. La felicidad de los hombres, por lo tanto, consiste en ser infelices, y está en razón directa de su infelicidad.

Aquí surge todo un mundo de dudas y de problemas. El progreso se alimenta de inquietud y anhelos, y su finalidad es apagar los anhelos y las inquietudes: perece la serpiente que se muerde la cola, procurando tragarse y destruirse á sí misma. Para marchar hacia adelante, necesitamos tener abierto el apetito de andar, y al darle lo que busca, le detenemos en su marcha y conspiramos contra el progreso, rompiendo ú oxidando el principal resorte que lo mueve.

Pero, por otra parte, no conseguimos jamás lo que esperábamos. Tendencia ó deseo cumplidos, no solamente quedan agotados é inútiles, siendo su lugar propio el de los trastos arrinconados, sino que además nos producen una verdadera desilusión. En todo apetito satisfecho, y no en algunos única-

mente, hay un fondo inevitable de desencanto, amargura y tristeza, causantes de escepticismo. Es el enemigo mayor de todo sistema, sea el que quiera, una vez implantado y reducido á realidad: hasta los que mayor confianza ponían en él, esperando del mismo el remedio para sus males y la satisfacción de sus aspiraciones, sufren un verdadero desengaño: «¡no vale la pena—piensan ó dicen—haberse afanado tanto, para venir á parar á esto!» ¡Triste cosa, ciertamente, trajinar y fatigarse día tras día y año tras año, en busca de bienestar, para encontrarse uno, luego que lo alcanza, con la desilusión, el hastío ó un ansia, mayor que la antigua, de goces! ¡Es cosa de vivir continuamente renegados! ¿A qué hacer adquisiciones, disponer de medios, matar deseos, si todo ello no sirve de nada ni nos proporciona el placer verdadero, sustantivo, completo y definitivo tras del cual andamos, ni, en caso de llegarlo á adquirir, podríamos darnos por satisfechos, por cuanto representaría al mismo tiempo nuestra definitiva extinción?

Las necesidades y sus correspondientes satisfacciones constituyen, por lo demás, una interminable cadena, de vez en vez más complicada y fina. Cada deseo cumplido es origen de nuevos deseos y nuevas exigencias, con lo que la vida se alarga de un modo indefinido, sin que se vea ni aun se sospeche su término. Es el destino humano andar y andar siempre buscando reposo, sin hallarlo. Yo veo, por ejemplo, que en materias de higiene van los hombres teniendo de día en día mayores apetencias, mayores exigencias, mayores refinamientos y delicadezas; que van progresando, según se dice, incesantemente, pero no encontrándose jamás al fin de la jornada, ni, lo que es peor, en cada nuevo estado mejor que en los anteriores. No son capaces de pararse en un estado, dándose por contentos con él, lo que sería renunciar á seguir viviendo; han de mostrarse siempre descontentos de lo que tienen y seguir marchando en busca de otras cosas. ¿Cuándo harán alto? No se concibe que lo hagan nunca. No parece tampoco conveniente que lo hagan. Vivirán siempre en condiciones antihigiénicas; siempre habrá

algo á qué aspirar en este orden. Advirtiendo, por lo demás, que los hombres de vida refinadamente higiénica no lo pasan mejor que los de vida higiénica elemental (¿cuál será ella?), quienes se hallan muy á gusto—relativamente,—como el puerco, entre las que los otros denominan «suciedades» y condiciones «condenadas por la higiene».

Cosas parecidas se pueden decir de multitud de esferas. En la económica, por ejemplo, se trata de asegurar lo que se dice un mínimo de bienestar á todo el mundo, para que nadie tenga que preocuparse, cómo hoy sucede, de las necesidades corporales más urgentes. Es aspiración de ciertos partidos y escuelas contemporáneos. Pero se debe saber, ante todo, que ese mínimo es entera y perfectamente variable, igual que el de la higiene. Lo tenido por superfluo un día se convierte en absolutamente necesario, con facilidad, el día después. Aquí, como en lo demás, nadie está—¡vaya usted á saber si por fortuna ó por desgracia, pero inexcusablemente!—contento con su situación. Hay, igual que en todo, una incontentabilidad sin límite, acicate de progreso y de adquisiciones. Cegar esta incontentabilidad, que es lo que se busca con la garantía legal del mínimo aludido, no es acaso atinado; sería ello matar una fuente de impulsos progresivos. Aquí está una de las más fuertes objeciones contra el colectivismo. Las «clases necesitadas» son precisamente las que más empujan; ellas son las que manifiestan aspiraciones á salir del estado actual, aspiraciones que las otras, contentas con él y conservadoras, por lo tanto, ordinariamente, no experimentan. Y el cambio hacia el que por modo indirecto tienden esas clases necesitadas, aspirando con ello á mejorar de situación, no les proporcionará lo que esperan: saldrán de una vida poco complicada y azarosa, y por eso mismo, en verdad, poco humana, para pasar á otra de mayor complejidad y más intensa, donde habrá más necesidades satisfechas que en la anterior, pero también muchas más sin la satisfacción debida, y muchas más preocupaciones é intranquilidad. Los individuos de vida más compleja, más refinada,

civilizada y superior, amargados constantemente por el desasosiego y la multitud de problemas sin resolver que les agobian y martirizan, teniéndoles en tensión el espíritu, envidian á menudo la tranquila y feliz quietud que se figuran gozan los otros, los de vida simple, primitiva, tosca, sin honduras ni apenas exigencias. Pero si tuvieran que cambiar su situación por la de éstos últimos, se lamentarían también de ello; y de ofrecérseles la facultad de elegir libremente entre una y otra, es seguro que se quedarían con la que tienen—para no retroceder, dirían,—tendiendo además á subir á otra mejor, es decir, más complicada, espiritual y atormentadora. A lo que debe añadirse que, cuando el aludido retorno fuese posible, habría de producir gran desencanto en quien lo verificara; el hombre rico y de negocios que, huyendo del tráfago de éstos, los abandonara para convertirse en un miserable y participar de la dicha que se figura acompaña á las miserias, bien pronto habría de llamarse á engaño. La inquietud la lleva uno consigo, y le acompaña á todas partes adonde se dirija y en todos los estados por los que pase.

Andamos esforzándonos á todas horas por mejorar el mundo y remediar los que nos parecen defectos de él, y, sin embargo, lo único que nos conviene es que subsistan. Con un mundo perfecto, en que ni necesitara ni apeteciera nada nadie, la vida, me parece á mí, no tendría objeto. En lugar de lamentarnos de la existencia del mal, ó de lo que con caracteres de mal se presenta á nuestra vista, deberemos bendecirlo. El mal es, acaso, nuestro bien mayor. Para combatir el mal vivimos, y en luchar contra él se nos pasa la vida.

De donde brota esta otra contradicción. Sin lucha, no puede darse la vida, y toda la vida parece, de otro lado, un combate contra la lucha y para concluir con ella. Andamos pregonando la paz, el amor y el derecho pacífico entre los humanos, y la verdad es que, si la paz viniera, la vida se acabaría. La lucha es el estado permanente y la ley inexcusable de las exitencia. Las condiciones de ésta son condiciones de lu-

cha. De lucha son todos nuestros movimientos. Ni siquiera el bien podemos perseguirlo sino luchando. Efecto de ello se habla, según es sabido, de la lucha por el bien y contra el mal. Como hay luchas violentas, luchas guerreras, luchas fisiológicas, las hay también más dulces, luchas intelectuales, luchas afectivas, luchas de índole moral. Pero en todas ellas se trata de fuerzas adversarias, cada una de las cuales tiende á rendir á las otras y á quedarlas sometidas á su predominio. Predicaráse mucho la paz entre los hombres y entonaránse himnos entusiastas en su honor; pero lo cierto es que una vida social verdaderamente pacífica, totalmente pacífica, no puede darse. Lo mismo que en otras cosas, andan aquí las gentes persiguiendo un espectro inaccesible. Pero lo hacen de este modo por no poder pasar por otro punto.

Una particularidad es preciso poner de resalto en esta materia. El móvil de las luchas, de las enemistades, las persecuciones y defensas en la vida, es el goce del sujeto que las sostiene, el aumento de su placer y su bienestar individual, y la huída del mal y del dolor. Cuando el hombre trabaja y gasta su vida por la adquisición de alguna cosa, en sí mismo piensa, y su bienestar particular es el que persigue, sin que le importe nada el destino de la especie. Sin embargo, del cruce de los intereses individuales se origina, sin buscarlo, el interés social; persiguiendo mi exclusivo bien, hago el bien de otros, aun el de los que juzgo mis enemigos mayores. Y si el interés y la conservación de la especie no me atrajeran ó me impulsaran, según los casos, ¿me inquietaría yo siquiera por hacer algo? Probablemente, mi vida propia, en cuanto individuo, no tiene atractivo para mí, y si la conservo y la cultivo, es tan sólo, quizá, aunque yo no lo sepa ni lo quiera, porque una exigencia fundamental y común me constriñe á ello (1).

(1) Aunque, á su vez, ¿qué es la especie sin los individuos, de cuyo encadenamiento indefinido está formada? Si la dicha de éstos (su goce egoísta y privativo) no es el fin de la vida, ¿para qué sirve la especie, que, en sí, ni siquiera tiene, acaso, realidad?

Por otra parte, mi particular interés, un poco amplia y previsoramente administrado, me coloca en el caso de hacer ciertos sacrificios inmediatos de los recursos, facultades y goces de mi persona, en aras de lo social. Es una siembra para el porvenir. Una concesión del momento proporciona beneficios ulteriores á quien la hace. Sólo que, aun no echándose uno estas cuentas, ni alimentando la esperanza de recibir mañana el debido premio al acto de hoy, no tenemos más remedio que ejecutarlo: la presión misma de las cosas nos constriñe á ello, aun á nuestro pesar. El tejido de la coexistencia es, á decir verdad, indiscernible; formamos parte de él, y no sabemos cómo. Aun haciendo los esfuerzos mayores por explicárnoslo, no lo conseguimos. Vivimos más á ciegas de lo que ordinariamente nos figuramos.

***

No son las de que hemos hablado las únicas singularidades y contradicciones que envuelven nuestra existencia, haciéndola incomprensible. Hay otras muchas.

Desde luego, v. gr., la que supone el Estado. Todas las apariencias presentan á éste como un esencial adversario de la libertad y la independencia individuales y como un estorbo para el desenvolvimiento de las mismas. El llamado orden social, que el Estado impone, es una opresión violenta. La vida dentro de él es una vida de servidumbre. En el Estado no puede moverse nadie sin permiso suyo, ni á nadie le es lícito hacer sino lo que él consienta ó mande. Las leyes que el Estado da y las autoridades que son sus órganos implican para los ciudadanos otros tantos dogales que les agarrotan. El derecho legislado ó positivo es una maquinaria de coercición que comprime los movimientos libres y los criterios individuales. Es un derecho que, al igual de su creador el Estado, se nutre forzosamente de disciplina, y la disciplina no tolera que haya espíritus independientes; donde haya disciplina, tiene que darse

el sacrificio del criterio de todos en aras de un criterio único que ahoga y se sobrepone á los demás, y que es el criterio del que manda. El derecho positivo proscribe y desaloja al derecho natural.

Ahora, debe saberse que este sacrificio y proscripción constituyen una exigencia ineludible del vivir. El derecho positivo, brutal y molesto, no puede separarse de nosotros. Nos hace suma falta: tanto, que sin él nuestra coexistencia sería totalmente inconcebible. Merced á él y á su fuerza impositiva, hay, no tan sólo proximidad pacífica entre los hombres, sino verdadera cooperación. Es un poderosísimo instrumento de progreso. Él es el que va consolidando las adquisiciones trabajosamente hechas á través del tiempo por la humanidad. La civilización, y el goce posible de sus productos por los hombres, al derecho positivo se deben. La coerción engendra la solidaridad, y sin solidaridad no habría civilización, que es vida social intensa.

Y aquí está el problema insoluble. Los hombres propenden á regirse cada vez más por su criterio propio, rechazando el ajeno, singularmente cuando éste último se quiere hacer valer autoritariamente. Buscan en su conciencia las directivas de su conducta. Se vuelven de día en día más indóciles á los mandatos exteriores, para no obedecer sino á los de su espíritu. Protestan contra la violencia que implica el derecho positivo, invocando frente á él los fueros de su derecho natural, que es un derecho totalmente interno, cultivado amorosamente en la intimidad de la conciencia, y cuyos preceptos son, para quien los contempla dentro de sí, los únicos razonables. Adquieren constantemente más cultura, con lo que desarrollan sin cesar su autodominio y el sentido de autonomía y de rebeldía contra la regla que desde fuera se les impone. Se sienten descontentos dentro del Estado, por reconocer en éste acaso el enemigo más fuerte de su independencia, y protestan de las que donominan intromisiones abusivas é injustificadas del mismo en la esfera, que dicen «sagrada», de la libertad indivi-

dual. La objeción de más peso que ante el socialismo y su realización práctica se les ocurre es que el día que tal sistema se implantara, sería el de la muerte de esa libertad; sin embargo, no hay Estado alguno que no sea socialista en más ó menos grado, porque no hay ninguno que no imponga la socialización y la solidaridad por medio de leyes, de costumbres, de mandatos de cualquier género. Decir Estado, es decir Estado socialista, Estado socializador, autoritario, impositivo, enemigo esencial de la libertad y la independencia de los individuos. Y ¿quién se atreverá á negar que hacia un Estado más socialista, más socializador y más socializado cada vez nos vamos encaminando, como si en tal dirección nos empujara una fuerza irresistible? Si no tuviésemos de ello otros indicios, ahí están los presupuestos públicos, cuyas cifras van creciendo de un modo vertiginoso en todos los países, sin que quepa otra explicación del fenómeno sino la de que las funciones del Estado se complican de día en día, y que los servicios, encomendados antes á la iniciativa y discreción individuales, les van siendo arrebatados á éstas para convertirlos en servicios públicos, generales, socializados, puestos bajo el amparo del derecho positivo, legislado inclusive. No cabe, me parece á mí, prueba más clara de que, mientras los hombres más hablan de libertad y más celosos quieren mostrarse del respeto á la misma, protestando de los ataques que se la dirijan, más y más se van internando en un ambiente coercitivo, donde se hace imposible el desplegamiento incondicional de aquélla. La vida social es vida de esclavitud, y al socializarse nuestras relaciones, nos vamos esclavizando, no obstante buscar anhelantes la libertad.

De todo ello brota una consecuencia, que es otra singular contradicción: la de que los llamados reaccionarios y conservadores son un elemento de progreso, por serlo el derecho positivo, al que los mismos se aferran. El derecho natural es—ó acaso fuera mejor decir que quiere ser—el de los revolucionarios y rebeldes, el de los descontentos de lo actual y deseo-

sos de modificarlo; el positivo, por el contrario, parece serlo de los satisfechos y de los enemigos de cuanto represente innovación. Mas, según se acaba de advertir, mientras el predominio del primero, que es un derecho de rebeldía y de independencia, traería consigo la disociación, y haría, por lo tanto, imposible la vida social, por constituir á cada hombre en absoluto dueño de su persona y en irreconciliable enemigo de sus prójimos, el imperio del segundo engendra la asociación, el trato y la coexistencia armónica de los hombres. Cultivar y defender el derecho natural, exclusivamente, es fomentar la disgregación, y consiguientemente el retroceso y el desquiciamiento sociales; cultivar y defender el derecho positivo es promover la cooperación civilizadora, poner freno á las luchas individuales, consolidar las adquisiciones del progreso y hacer posible el goce común y pacífico de las mismas. ¿Por qué entonces motejar de rémoras para el adelantamiento social, conforme se hace á menudo, á quienes precisamente constituyen una condición indispensable de él? ¿No habrá que dar un entusiasta viva á los rutinarios, á los legalistas y á los misoneístas, tan maltratados ordinariamente?

*
* *

Yo me estoy tropezando á todas horas con los problemas á que me he referido en las páginas anteriores y con otros semejantes. Infinidad de veces me llevo hechas las preguntas que ellos implican, sin poder darles contestación adecuada. Quisiera hallar la explicación de tan graves cuestiones, y no lo consigo. Voy marchando, como los demás, por el mundo, sin saber hacia dónde ni por qué; pero, por otro lado, no soy capaz tampoco de resistirme á este caminar sin objeto fijo. ¿Habrá quien vea claro en estas oscuridades mías?

P. Dorado

SEGOVIA

¡Cuántas veces le ocurre al viajero ver frustrada la impresión previa que había concebido de una población que toda su vida tuvo intento de visitar! Yo he experimentado esta desilusión en la Gruta Azul de Capri, lugar que desde mi niñez me figuré como de belleza maravillosa. Por el estilo, experimenté en Granada, ciudad que en mis ensueños había encarnado el mundo romántico y caballeresco. En cambio, á Segovia la visité con el espíritu libre de conceptos previos. Cierto, que su nombre romano antiguo me era de hacía largo tiempo conocido; y sabía también que era una ciudad situada en una sierra, como un gran navío de alas desplegadas con rumbo á Poniente, con su Alcázar medioeval en la proa y su grandioso Acueducto romano guarneciendo su popa. Mas llegué allí sin ninguna ilusión romántica que pudiera confirmarse ó destruirse. Ahora que la he dejado, después de una estancia demasiado breve, conozco que he dejado con ella una de las ciudades más gratas de España. El encanto que echaba de menos en Granada, lo he encontrado en Segovia, que es el tipo real de una «ciudad muerta», aun durmiendo serenamente, en un sueño no interrumpido nunca por las manos profanas de la turba de turistas, ni por el barullo que ocasiona la actividad mercantil, ni por ansia alguna natural de fortuna egoísta. Cuán profundamente duerme Segovia, sábenlo bien los murciélagos, que

así que acaba la tarde, osan entrar por cualquier ventana de lo más céntrico de la ciudad.

Toledo, Granada, Avila, han despertado de su sueño encantado; están aprendiendo las lecciones de la vida moderna, y, al fin, están empezando á conocer el provecho que puede obtenerse del turista, hasta el punto de que el extranjero no puede ya vagar á su gusto por las calles adormidas del pasado. Sólo Segovia puede proporcionar esta ventaja á sus escasos, pero, en lo general, expertos viajeros.

II

Ofrece Segovia cierta semejanza con Toledo, que es, seguramente, el tipo supremo de ciudad española; pero está situado en una elevación mayor y más circundada de corrientes, aunque sus dos riachuelos bullidores no pueden de ninguna manera competir con la majestad del Tajo, y está rodeada de más frescas y dilatadas florestas. Es una fortaleza natural, emplazada, por casualidad, en un lugar apacible en grado no común.

Este carácter de Segovia, de ofrecer una posición admirable como fortaleza natural, ha hecho su reputación desde los comienzos de la historia hispana, y de los más remotos, porque su nombre dicen ser palabra del idioma ibérico primitivo. Los romanos expresaron la idea que se formaron de su importancia, plantando en ella el más sólido de sus monumentos, el poderoso Acueducto que lleva el agua pura y fresca de la Fuenfría, en los cerros del Guadarrama, á doce millas de allí. Los moros se apoderaron de Segovia en época no conocida, y el palacio fortaleza, ó Alcázar, de que sin duda ellos fueron los constructores, vino á ser después reformado y reedificado: este fué el palacio donde vivió Alfonso el Sabio, y en él fué donde dijo aquella famosa frase de que «si el Creador le hubiera consultado, habría aconsejado mejoras en el universo», á lo que,

según cuenta una crónica monacal, dió respuesta una terrible centella que cayó en el Alcázar y castigó al osado monarca de su perversidad. Alfonso, arrepentido, atajó los daños que el rayo había causado, aunque para poco tiempo, pues hace medio siglo, la incomparable belleza y antigüedades del interior del Alcázar ha sido destruída totalmente por el fuego, y esta obra—la producción más bella del siglo xv que haya podido salir de la labor de artistas y obreros,—que cuentan dejaba en el ánimo de cuantos la vieron «la memoria ideal de un esplendor mágico», desapareció de la tierra para siempre, no dejando otra cosa que unas cuantas inscripciones y algunos frisos moriscos. Por afuera, el Alcázar, destinado hoy á simple archivo militar, no deja de ofrecer muestra gallarda, como siempre lo ha sido, de lo más interesante que nos ha legado la Edad Media en cuestión de fortalezas.

Cuando estas plazas fuertes tenían una misión necesaria que cumplir, fué próspera Segovia; mas luego que se realizó la unión nacional, Segovia entró á formar parte de esta vida como una de tantas otras poblaciones. Hoy se conserva en ella principalmente su aspecto romano y medioeval. A partir del siglo xvi, ya no ofrece recuerdos importantes, si se exceptúa la catedral, que es obra de este siglo. No fué esta edificación añadidura insignificante, porque la cúpula de esta catedral domina á Segovia desde su punto más céntrico y elevado, y es, á causa de su estilo arquitectónico, de gran interés. Representa el desarrollo final y de mejor gusto de un movimiento peculiarmente español en arquitectura. Antes de ser erigida, ya en Zamora su antigua y pequeña catedral románica había empezado á adoptar formas más considerables y airosas, manifestándose más característicamente este desarrollo en la formación de una cúpula central ó cimborrio sobre el crucero, como rasgo peculiar exterior é interiormente de la iglesia española septentrional más plenamente evolucionada, especialmente en Castilla, lo mismo que la torre central cuadrada —soberbiamente manifestado en Canterboury por la torre de

Bell-Harry,—es un carácter externo típico de los grandes templos ingleses que han alcanzado su pleno y natural desarrollo. Este tipo español de iglesia, que va lentamente desenvolviéndose en la región que comprende á Zamora, Astorga, Salamanca y Segovia, después de haberse propagado ampliamente, se reputa por evolución del estilo gótico; pero esta evolución se ha determinado en un país en que los elementos románicos eran de gran consideración, y en un período en que el Renacimiento había vuelto á traer los modelos clásicos de arquitectura. Poco debe sorprendernos—aunque según Fergusson, la catedral de Segovia difícilmente se la puede tener por obra del Renacimiento—que este tipo del estilo gótico produzca en nosotros impresión peculiar de clasicismo; su rasgo más visible, la cúpula, difiere tanto del ideal gótico, cuanto armoniza con el románico. Allí existen los antiguos principios góticos, pero atenuados, modificados, trastornados; ya no es su manera verdaderamente gótica ni sus detalles característicos tampoco. La catedral nueva de Salamanca es por fuera casi del Renacimiento; y si la de Segovia ha de contarse entre los edificios góticos, es quizá, como Street advierte, el último edificio gótico que se haya erigido. Es, sin embargo, producto bello y armonioso de esta alianza natural. La catedral de Salamanca es un ejemplo espléndido y sugestivo de esta manifestación final del estilo gótico decadente; pero la de Segovia, obra posterior del mismo ilustre y diestro arquitecto, posee, en mi opinión, ejemplo aún más acabado é impecable de este estilo.

En los claustros de Segovia que se agregaron á la antigua catedral medio siglo antes—y más tarde fueron llevados, piedra por piedra, por los incansables segovianos al sitio donde hoy se encuentran—encontró él una obra que debió estimular efizcazmente su inteligente esfuerzo. Son estos claustros de lo más bello que el gótico más adelantado dejó en España, brillante, pero con mesura, delicado y decoroso, y sin los excesos de floreos y ornato á que tan fácilmente se dejó llevar. Esto se

acusa como dominante en toda la catedral, que es mucho menos rica que la de Salamanca; su remate occidental es severo, dentro de cierta sencillez casi desnuda y noble: el oriental, con su torreón, es obra maestra de feliz elegancia. No hay en ella ningún exceso irritante de inútiles detalles que contradiga la nota de sobria placidez que domina el conjunto. La tendencia á la nimiedad, como diría Coleridge, y la demasía del temperamento español, vense dichosamente contenidas aquí. Puede haber sucedido que Juan Gil, rico de la experiencia que le habían proporcionado las obras en que había trabajado toda su vida, emprendió deliberadamente acabar en Segovia, con inspiración más pronta y más segura, lo que había ya intentado en Salamanca, porque siguió en algunas cosas el mismo plan, aunque realizándolo con mano más suelta. Es muy probable también que á la gran unidad y sencillez del edificio haya contribuído la falta de dinero, porque, al contrario de lo que en Salamanca entonces sucedía, se iba Segovia aproximando al fin de su larga y vigorosa carrera, y los segovianos habían hecho sacrificios increibles por su nueva catedral, edificada, en lo general, con los esfuerzos de los pobres. La pobreza puede creerse que fué la causa á que se debe la fachada del Oeste, lisa y sin adornos, admirable, sin embargo, que domina al atrio que ordinariamente está desierta, como el que Astorga y otras grandes iglesias de la región poseen. La catedral fué abierta con grande regocijo en 1558, pero su terminación coincidió con el marasmo general que se apoderó de Segovia, y eso que entonces era uno de los centros de la industria lanera de España. Hasta mediados del siglo XVIII—que es como decir ayer, en tan larga historia—no debió consagrarse definitivamente esta catedral. Ultimo de los grandes monumentos del arte esencial de Segovia, pero el primero que llama la atención. La verdadera historia eclesiástica de Segovia pertenece á una edad muy remota. Como Zaragoza y como Avila, estaba Segovia, en la cumbre de su prosperidad, antes que los ideales góticos hubieran conquistado á Castilla, y es

hoy esta capital uno de los principales focos de la iglesia románica en España.

Para comprender la floración espléndida de la arquitectura románica en Segovia, hay que tener alguna noticia de la historia medioeval de esta ciudad. Durante largos años fué Segovia frontera entre los reinos cristianos y los moros. Los primeros tenían su base de operaciones en Asturias y en Burgos, ambas al Norte; los moros se establecieron en Toledo al Sur. Segovia, capital de las principales que se alzan en la cuenca del Duero, unas veces caía en manos de los moros y otras en la de los cristianos. Esto contribuyó á vigorizar y robustecer á los hombres de esta región, que veían continuamente devastada su comarca. Las gentes del Duero, como se describía en un rudo poema latino, se multiplicaron como langostas. Robustos y desdolidos, tanto que desdeñaban los calores estivales como cosa de nada, aguantaban cantidades excesivas de vino, y no tenían el más mínimo temor ante la muerte. Como centro de civilización, sin embargo, difícilmente podía florecer Segovia en condiciones tan dificultosas y movedizas. No se sabe en definitiva cuándo volvió á poder de los cristianos. En 960 era todavía mora, como se ve por la inscripción cúfica en un capitel de mármol, muy bello, de gusto corintio, pero trabajo de artífice moro—una de las reliquias más hermosas de un edificio arruinado que se encontró en su columna de jaspe, no lejos del Alcázar.—Pero en la primera mitad del siguiente siglo, hubo, como sabemos, un aumento de actividad cristiana, y parece probable, puesto que no existe memoria de ninguna gran batalla en este lugar, que los moros abandonaron pacíficamente á Segovia, obedeciendo á algún movimiento estratégico motivado por el asedio de Toledo. «Por muchos años vivió desolada», dice una vieja crónica, y probablemente hasta que Toledo se rindió estuvo Segovia expuesta al paso asolador de los ejércitos cristianos y moros. Durante aquel largo período se disiparon allí ambas civilizaciones: la morisca y la cristiana. Se nota hoy en Segovia como un paréntesis de mil años entre el Acueducto y

las iglesias románicas que prestan á la ciudad su aire de remota antigüedad en ruinas y la época aludida. En manos de los cristianos, la ciudad renació casi. Fué poblada de ribereños del Duero y de montañeses del Norte. Población turbulenta eran, á mi parecer, estos nuevos segovianos, habituados á combatir y á la cría de ganados—ocupación la última en que aún se distinguen,—mas la obra de la civilización seguía progresando. A principios del siglo XII, el magnífico y poderoso Alcázar fué sólidamente erigido bajo la inspiración de los tres Alfonsos, que vivieron mucha parte de su vida en él, y por todo este siglo y hasta últimos del XIII se fueron edificando todas sus iglesias parroquiales, todas románicas, que por la mayor parte amenazan ahora derrumbarse. Esta fué la época de esplendor de Segovia. Alfonso el Sabio, que hizo su mansión favorita de este espléndido Alcázar, orgullo de la ciudad, la llenó de iglesias en honor de aquel Dios, cuya habilidad constructiva dice la leyenda que el sabio rey puso en duda. Él señala el momento culminante de la gloria de Segovia. Después nada quedó que hacer entre lo que se conserva, más que colocar la hermosa cúpula de la catedral, situada en el punto más elevado y céntrico de la ciudad. En los seis siglos que desde entonces han transcurrido, Segovia ha permanecido, en este sentido, intacta; todo estaba consumado; así se ha recostado, con postura graciosa, bajo su cielo soleado, y entre sus cerros verdes y nevados, recogiendo su antigua vestidura con desgaire, y hundiéndose en un sueño cada vez más profundo y apacible.

III

Así sucede que, cuando nos paseamos por las calles de Segovia, nos parece haber llegado á una ciudad románica. Aún subsisten sus numerosas parroquias: ninguna de ellas puede decirse que pertenezca á época posterior al siglo XII, y el lento agotamiento de su población, no compensado por expansiones industriales modernas, tales como las que se ofrecen en Toledo

y Granada—pues sólo algunas tiendas y la vida militar de la Academia dan á Segovia alguna animación,—ha hecho que estas iglesias estén ahora, casi todas, más ó menos intactas: algunas en servicio, otras cerradas ó abandonadas, una ó dos sirviendo de museos ó para otros usos profanos, y número considerable de ellas en estado de ruina, más ó menos pronunciado. La más importante de ellas, San Esteban, ha pasado por cierta especie de restauración; su enorme torre cuadrada, de cuatro pisos, reina de las torres bizantinas de España, ha sido rebajada porque amenazaba desplomarse, y actualmente, una alta masa de andamios señala dónde estuvo una de las principales atalayas de la ciudad. Y es este el único estremecimiento de vida, entre las desamparadas iglesias de Segovia, que hoy se nota.

La característica de las iglesias románicas de Segovia, es la galería, á modo de claustro, que está adosada, generalmente, á uno ó dos de sus muros exteriores. Ninguna otra ciudad española de cuantas yo conozco, muestra este rasgo de manera tan persistente y marcada. Se ajusta admirablemente al estilo románico, aligerando algo al edificio de ese carácter, pesado y sepulcral, que propende á adquirir, y añade nuevo encanto y gracia á la ciudad, porque estos soportales ponen en comunicación los aspectos sagrados y seculares de la vida social y prestan maravillosa armonía al conjunto (1). Aquí, en San Esteban, tenemos un buen ejemplo antiguo, que se ha respetado al tratarse de derribar la torre. Pero es la iglesia de San Martín, situada en una de las calles principales y en punto muy despejado, la que presenta, quizá, el ejemplo más notable de estos soportales dentro de los muros de esta ciudad, que si en algún tiempo debieron ser concurridísimos por clero y pueblo, hoy son inaccesibles y solitarios, y sólo algunos pasos extraviados se sienten cuando tienen lugar los cultos.

La desolación silenciosa de estas viejas iglesias, es lo que

(1) Street entiende que estos claustros exteriores tienen por objeto práctico el de mantener fresca la iglesia.

más vivamente que en otra parte cualquiera de nación tan piadosa como España, nos hace creer que estamos en una ciudad muerta. Por la mayor parte en ruinas, aún atraen algunas las visitas del forastero, y en tal cual ocasión, el guardián de la iglesia hace sonar sus llaves disimuladamente; pero esto sucede rara vez, que lo ordinario es aparecer impasible; la mayor parte de las veces es difícil encontrar una persona sola acercarse á estas antiguas iglesias. Atravesando por la puerta Norte de la muralla de la ciudad, se llega á la pequeña iglesia redonda de los Templarios, la Vera Cruz, á la sombra del Alcázar. La linda iglesia se halla edificada sólidamente sobre cimientos de roca; su camino desierto conduce hacia la sierra; á un lado está el monasterio, apacible y sosegado, fundado por San Juan de la Cruz, el santo místico, cuyo nombre es el único que puede parangonarse con el de Santa Teresa, su compañera, y cuyo cuerpo reposa en urna de mármol colocada en el altar. Pero la hermosa iglesia fué cerrada, desposeída del fragmento de la «verdadera cruz» á que servía de estuche, y abandonada por tres siglos casi, sin que volviera á percibirse sonido que de ella proviniera, salvo el tañido de la campana del convento cercano. Volviendo luego por una calle de la ciudad, no sé cuál, á la pequeña plaza que casi por completo ocupa la iglesia de San Pablo, hemos andado vagando, de un lado para otro, sin encontrar entrada ninguna, ni un alma á quien preguntar, hasta que al fin logramos saber que esta iglesia fué abandonada, puede hacer ya siglos, y nos parecía ser como aquellos vagabnudos en países extraños, de que refieren los *Cuentos árabes* que se encontraban, á veces, en ciudades desiertas, que no ofrecían explicación ninguna de su misterio. Después, siguiendo por otra calle, llegamos á una llanada del límite septentrional de la ciudad que domina á otra planicie interior, donde se levanta la iglesia de San Juan, medio en ruinas y solitaria, que guarda en su interior, defendido por bien cerradas puertas, bajo las espléndidas losas de sus túmulos, las cenizas de algunos de los hijos más ilustres de Se-

govia, conquistadores no pocos de ellos, que salieron por el mundo á caza de aventuras y volvieron tranquilamente á buscar descanso en el solemne y solitario silencio de este rincón desamparado de la Ciudad Muerta, aventureros sin-estudios, pero prontos á decir en el antiguo estilo de Roma, que es el mismo de España, el clásico epigrama:

«Inveni: portum: spes et fortuna valete:
Nil mihi vobiscum: ludite nunc aliis.»

(Yo encontré ya mi puerto: adiós, esperanza y fortuna: nada quiero con vosotras: divertíos ahora con otros.)

IV

En la impresión final que nos deja Segovia no se destaca, de manera única, ni tal vez principal, la misma ciudad, con su altivez, que ahora no reluce con su esplendor, que se ha ido marchitando. Piénsase también, con no menos interés, en la situación placentera que ocupa esta ruda joya medioeval, suspendida de las sierras del Guadarrama por los eslabones de su Acueducto. De dentro de la misma población se alcanza á trechos la hechicera perspectiva del territorio que la circunda y que desde ella se domina; desde la gran explanada, sitio ocupado antiguamente por la ya desaparecida catedral bizantina (que separa la ciudad del Alcázar), se contempla un panorama espléndido; y el paseo trazado en el lado meridional del altozano, desde donde la banda militar de las tardes domingueras atrae á las bellas y elegantes de Segovia, hijas y esposas de los oficiales destinados allí, según puede creerse, nos proporciona otra vista de los montes colindantes, montes nada abruptos ni enriscados, sino suavemente ondulados, que protegen al no lejano parque del palacio de la Granja, que es de las principales posesiones veraniegas de la monarquía española. Son, sin embargo, suficientemente elevados para conservarse cerrados hasta bien entrado el estío. Este manto magnífico de nieve que viste las onduladas cumbres del Sureste, y parece

esfumarse en el aire aquél tan diáfano, presenta un admirable perfil en los días de caluroso sol, y nos hace ver por un momento la unión armoniosa de esas dos purezas de hielo y llama que penetran y dominan toda la tierra de Castilla, y son elemento especial de su alma.

Seduce igualmente el bajar por las tortuosas calles y salir por las antiguas puertas de uno ú otro lado de la ciudad, bañada al Norte por el Eresma y al Sur por el Clamores. Si se desciende por el camino del Norte, áspero, más agradable, oyendo el murmullo de las aguas corrientes entre los sombrosos riscos de las márgenes, llegamos, precisamente tocando con la muralla, al monasterio abandonado de Santa Cruz, edificado sobre la oscura gruta en que el austero Domingo de Guzmán habitaba. En él fué prior Torquemada, y muchos santos, reyes y príncipes vinieron allí á orar; hoy ha decaído de su antiguo esplendor y ha venido á ser un refugio para los pobres, enfrente de cuya portada se ve sentado al sol un viejo inmóvil. Cruzando el Eresma, y pasando la antigua Fábrica de la Moneda, se alcanza en pocos minutos el monasterio arruinado del Parral, centro en otro tiempo floreciente de civilización y agricultura adelantada, que tiene ahora poco que ver, como no sea su iglesia cerrada y destrozada, sus claustros despedazados y viviendas conventuales y su posición hermosa en la ribera del río. Dejámoslo atrás para entrar en la sombría calle de la bonita y larga Alameda, que sigue paralelamente al río por abajo y á la ciudad por arriba, donde se puede vagar y ensoñar á placer, sin encontrar á nadie ni en los domingos, y sin sentirse molestado por las mujeres que van á lavar la ropa á sus raudales. Ninguna ciudad de España ofrece más adecuado lugar para el soñador solitario y para el estudioso.

Volví á bajar de Segovia, esta vez por la puerta antigua del Mediodía, y atravesando la rápida y limitada corriente del Clamores, llegué á la margen opuesta, adornada de verdegueantes sotos. Allí es el único punto en donde se puede lograr una vista completa y hermosa de Segovia. A la derecha se ve

la prolongada línea del antiguo Acueducto, con las cumbres nevadas en la lejanía; luego las murallas de la ciudad, protegida por sus torreones, encaramada en su base peñascosa y oculta á trechos por grupos de árboles; dentro, sus innúmeras iglesias; á lo último de la izquierda, la límpia vista del Alcázar, y coronando todo la magnífica mole, teñida de dorada patina, de la catedral, concentrando en este hermosísimo matiz el colorido español que se acentúa en Segovia, y en cierto modo en toda Castilla.

Hay un día á la semana en que la población muerta de Segovia se despierta á la vida, no por impulso propio, sino por la invasión de gente de fuera. Al alborear el domingo, grupos pintorescos de familias aldeanas, á pie los unos, otros en sus borricos y mulas, van llegando por los sinuosos caminos trazados en todas direcciones. Son gentes muy interesantes, mujeres lindas y hombres muy despiertos, que han retenido, en proporción no muy común en los demás aldeanos de España, tanto hombres como mujeres, la práctica de costumbres antiguas, que expresan más legítimamente las cualidades privativas de la raza. Y no es lo menos grato de esta muerta ciudad que en los momentos en que se despierta á la vida lo hace apareciendo como ciudad de aldeanos de los tiempos medios.

Los aldeanos han dejado su casa para volver muy antes de que anochezca, tan grave y reposadamente como vinieran. Al acabar la tarde del domingo, yo me he quedado observando desde las laderas del Clamores la vista de la ciudad. A mis oídos llegaban ecos fragmentarios de la música que alegra el Paseo, y unas cuantas familias de segovianos iban dispersándose por los collados y por los bosques. La ciudad encumbrada, de hechura de navío, fondea majestuosamente anclada; su fragosa aridez se modela armónicamente en la distancia; los destellos de un sol moribundo realzan los cálidos y ricos tonos de Castilla. Allí se revela en su esplendor supremo la belleza de Segovia.

HAVELOCK ELLIS

RECUERDOS

Recuerdo, si no recuerdo mal, y por esta vez creo recordar bien, que quedamos en el artículo anterior en un momento crítico de la llegada de D. Amadeo á Cartagena.

Aquel momento en que, habiendo terminado la revista de las tropas, reunidas en el arsenal, el Rey manifestó su decidido propósito de visitar la población, y nosotros, separándonos un tanto, improvisamos una especie de Consejo de ministros, vacilando al principio y dejándonos convencer al fin por la palabra concisa, enérgica y un tanto nasal del general Don Manuel de la Concha.

Él tomó la iniciativa, yo le seguí, asintió Beranger y únicamente protestó Topete; pero, al fin y al cabo, se decidió por mayoría que entrase S. M. en Cartagena, y á la gracia de Dios y de Antoñete Gálvez, pensamos todos, ó por lo menos pensé yo, y los demás supongo que pensarían otro tanto.

Así se lo comunicamos al Rey, que pareció complacido, preguntando qué parte de Cartagena debía visitar.

Todos pensamos lo mismo: todos dijimos que bastaba con que visitase el Hospital de la Caridad, por el cual tenían gran entusiasmo los cartageneros.

Esta era una excursión breve, con lo cual se reducía el peligro á un mínimum, y esto, además, produciría buen efecto en la población.

Y tan luego como se lo indicamos á S. M., éste dijo, más que con la palabra, porque todavía no hablaba castellano, con el ademán: pues vamos allá.

No sé quién, apresurándose á cumplir los deseos de D. Amadeo, ordenó á dos agentes de Orden público que fueran delante enseñando el camino, y echaron delante, como dos autómatas, los agentes, y el Rey les siguió resuelto, sin hacer caso de los demás.

Protestó de nuevo Topete, clamando á media voz:—«Pero ¿qué es esto? Esto es una locura; esperemos un poco que se tiendan las tropas en la carrera; que vaya delante la policía, explorando el terreno; pero ustedes han perdido el juicio; ¿no ven ustedes que el Rey va solo, completamente solo, sin hacer caso de nadie, como joven resuelto y animoso que es, pero con una temeridad que nos puede salir muy cara?»

Pero si el Rey de nadie hacía caso, los demás tampoco hacíamos caso del simpático D. Juan Topete, aunque comprendiendo que tenía razón sobrada para sus exclamaciones y protestas.

Pero era uno de aquellos casos de inspiración repentina y de resolución súbita, en que nadie hace caso de nadie y todos van á su objeto, al abismo, si hay un abismo al fin; al término dichoso, si con dicha se llega.

Los municipales delante, con paso rápido, como si les hubieran dada cuerda y sin volver la cara atrás; el Rey solo en el centro de la calle, procurando distanciarse del acompañamiento.

D. Manuel de la Concha, Beranger y yo, detrás del Rey á poca distancia.

Y cojeando un poco, y protestando un mucho, y procurando alcanzarnos, D. Juan Topete, y detrás el resto del acompañamiento.

Un detalle insignificante, pero que indica con claridad cuál era el estado de los ánimos.

Precipitadamente se me acercó el criado que yo había lle-

vado de Madrid, y dándome el bastón de estoque que yo solía llevar siempre, me dijo por lo bajo el pobre hombre:—Tome el señor, por si ocurre algo.

Ya cité antes al niño que preguntaba en el arsenal cuándo empezaban los tiros, que, afortunadamente, no empezaron nunca; es decir, que no empezaron hasta tres años después, y que concluyeron cuando López Domínguez puso sitio á Cartagena.

Y cito ahora mi criado, dándome un arma por si ocurría algo, arma que de poco me hubiera servido probablemente en el caso que se temía.

La dicha fué que por entonces existían federales en acción y cantonales en germen; pero no existían anarquistas, ni la dinamita era de uso vulgar, como hoy sucede.

Que si por entonces la dinamita hubiera ya entrado en la gran circulación, es probable que el lance hubiera sido aún más serio; que D. Juan Topete hubiera tenido razón, y que hubiéramos sido declarados locos de atar los restantes, porque es lo cierto que en una población como Cartagena, en que ya dominaban de hecho los futuros cantonales, en la resolución que tomamos había algo y aun mucho de temeridad, porque en la forma que he explicado atravesamos calles que parecían callejones.

Como nadie estaba advertido, por fortuna nuestra; como el programa que habíamos combinado el día anterior se había hecho público, y como nuestra resolución fué de última hora, nadie estaba prevenido.

Las calles desiertas. Ni un alma en los balcones. Los agentes de Orden público, delante; el Rey, detrás, manteniéndose siempre aislado; detrás del Rey, el general Concha, Beranger, Topete, que ya nos había alcanzado, y yo. Esto era lo natural, puesto que representábamos al Gobierno; y después, y casi á nuestro lado, los demás compañeros de expedición, que realmente no sé quiénes eran; veo en mis recuerdos un grupo de gente, pero no puedo precisar las personas.

Topete se iba tranquilizando al ver la soledad y la calma de las calles.

Yo le dije:—D. Juan, me parece que lo hemos hecho de la mejor manera posible; sin saberlo, hemos acertado; aunque anoche hubiéramos resuelto dar un programa público y reservarnos este programa secreto, no hubiéramos guardado el secreto tan bien como ignorándolo.

—No sé, no sé—me contestó Topete;—veremos á la vuelta; ya he mandado que la tropa cubra las calles del regreso, pero después de todo, prefiero esta soledad.

La soledad era, en efecto, absoluta.

Hasta poco antes de llegar al Hospital de la Caridad no encontramos más que dos personas, y me parece que en este momento las veo.

Una vieja, que salió no sé de dónde, y que al ver á aquel joven gallardo, de gran uniforme y delante de todos, comprendió que era el Rey, y adelantándose, se puso de rodillas, le cogió la mano y se la besó, y gritando con voz temblona: ¡Viva el Rey! Entonces, un hombre que estaba envuelto en una manta murciana, como sosteniendo una esquina, bajó el embozo y, haciendo eco á la vieja, gritó con voz ronca: ¡Viva el Rey!

Tanto le importaba á aquel individuo el Rey como Roque Barcia; pero, en fin, él dió el grito de ordenanza, y pudo decirse con verdad que hubo gritos al Rey al llegar á Cartagena el nuevo monarca.

Algo se alarmó Topete cuando le vió bajar el embozo, pero se tranquilizó al oirle vitorear á D. Amadeo, y al ver que de la manta no salía ningún trabuco.

De este modo llegamos al Hospital de la Caridad sin percance de ningún género.

Lo visitamos, es decir, lo visitó D. Amadeo minuciosamente, y después de detenernos en él bastante tiempo, regresamos á la fragata con toda solemnidad.

Con toda solemnidad digo, y no retiro la palabra, porque

ya estaba tendida la tropa en doble fila hasta el arsenal; había gente en las calles y en todos los balcones, señoras.

Algún viva sonó, y la actitud del público fué siempre respetuosa.

En suma, volvimos decorosamente y sin ningún incidente en pro ó en contra que merezca anotarse.

*
* *

Aquella noche se dió en la fragata la comida de etiqueta, y ni siquiera recuerdo si fué buena ó mala.

Y eso que yo tengo una gran memoria en esto de las comidas y banquetes.

Para las matemáticas y para la cocina reconozco imparcialmente que mi memoria es privilegiada, sobre todo en los casos extremos.

Quiero decir, que una buena comida no la olvido jamás; mi gratitud hacia el cocinero es eterna.

Y una mala comida se me graba en el cerebro muchos años después de haber pasado por el estómago, con vibraciones siniestras de repugnancia y odio.

Yo pudiera enumerar todos los casos y circunstancias en que he comido bien, excepcionalmente bien.

Recuerdo, por ejemplo, que D. Nicolás María Rivero nos dió en cierta ocasión, con motivo de no sé qué disidencias políticas que pretendía solucionar, y valga la palabra, alrededor de la mesa de su comedor, unos callos con jamón de la Alpujarra y chorizos de Extremadura, que fué plato supremo de la cocina española, y agrego que de todas las cocinas del mundo civilizado.

Yo recuerdo, y valga este otro ejemplo, que en una excursión electoral, durante aquellas elecciones de coalición contra el ministerio sagastino, en que luchamos juntos carlistas, federales, radicales y viejos moderados; yo recuerdo, repito, que hice noche, en prueba de fraternidad electoral, en casa del cura

de Madridejos, y que su ama, que era una viejecita muy simpática, me sirvió una cena tan modesta como exquisita.

Y de este modo viven en mi recuerdo la comida democrática de D. Nicolás María Rivero y la cena carlista del cura de Madridejos.

Yo siempre en política he mostrado una gran imparcialidad, sobre todo ante una mesa como Dios manda ó como manda la democracia intelectual.

Recuerdo, en cambio, la comida que me dieron, y yo no quise tomar, en la estación del ferrocarril de Turín, que, á pesar de mis simpatías por Italia, resultó de lo más nauseabundo que ha pretendido penetrar en mi estómago, aunque yo no permití que penetrara, ni aun amparada por el gran problema de la unidad italiana.

Como recuerdo una cena en la *Venta del Nacimiento*, camino de Granada á Almería, que fué lucha titánica entre un hambre de veinticuatro horas y un pollo más duro que el diamante, y eso que, á fuerza de asarlo, casi lo convertimos en carbón.

Pero basta de recuerdos culinarios, que la lista que conservo es interminable, y temo que no lo sea la paciencia de mis lectores.

Y volvamos á Cartagena.

*
* *

Aquella noche durmió el Rey en la fragata: esta parte de nuestro programa se cumplió. Y, después de todo, en el sueño no hay, por regla general, ni debilidad ni heroísmo.

Se duerme, y nada más.

Yo volví á dormir en la casa que me había dado hospitalidad, que fué, como ya he dicho, y si mis memorias no se confunden, la casa del Sr. Spotorno.

Y aquella noche me desquité de la anterior, porque dormí de ocho á nueve horas.

A la mañana siguiente salimos de Cartagena, acompañando al Rey D. Amadeo, y la salida fué mucho más decorosa que la llegada.

La estación, llena de gente; la comisión de notables, á falta de Ayuntamiento, acompañando al Rey.

El público, si no llegaba al entusiasmo, mostraba simpatía y respeto, y no faltaron vivas, más numerosos de los que exige la ordenanza para estos casos.

Desde Cartagena hasta Madrid el viaje fué felicísimo, y en muchas estaciones, entusiasta.

Yo, por razón de mi oficio, continué pronunciando discursos, que fueron los mismos que había pronunciado á la ida; pero, y perdóneseme la comparación y lo vulgar de la frase, á contrapelo.

Quiero decir que, de Madrid á Cartagena, había ido pronunciando discursos ante los comités radicales y el público, que, en sustancia, venían á decir:—«Vamos á buscar al Rey demócrata, al que han votado las Cortes Constituyentes, al hijo de Víctor Manuel: volved á recibirle.»

Y á la vuelta, la serie de discursos de regreso se condensaban de este modo:—«Aquí os traemos al Rey D. Amadeo, al que han votado las Cortes Constituyentes, al Rey demócrata, al hijo de Víctor Manuel: aclamadle en prueba de simpatía.»

Entre todas las recepciones, recuerdo que la de Albacete fué de extraordinario entusiasmo.

Me parece que fuimos á parar al Ayuntamiento: veo un salón enorme, lleno de gente; el Rey entre nosotros; todos los balcones abiertos de par en par; un frío de muchos grados bajo cero, pero entonces el frío no me asustaba ni reparaba en él.

La plaza, cuajada de gente, que no cesaba de dar vivas al Rey D. Amadeo, á la memoria de D. Juan Prim, á D. Juan Topete, á la libertad y á la democracia.

El partido radical en Albacete era poderosísimo y contaba con grandes masas, según me explicaron.

El vocerío no cesaba:—«El Rey, el Rey; que salga el Rey.»

Y D. Amadeo tuvo que asomarse al balcón, y el público le hizo una ovación estruendosa.

Pero á uno se le ocurrió decir:—«¡Que hable!»—Y la plaza repitió en un solo grito:—«¡Que hable, que hable el Rey!»

El problema era difícil: estaba de Dios que en aquel viaje habíamos de ir tropezando con problemas: unos dificilísimos, otros insolubles.

«No está bien—decían muchos de los que nos rodeaban,—no es correcto ni decoroso que un Rey hable desde el balcón, como cualquier hombre político en época de elecciones ó á la terminación de un mitin.»

Pero, además, D. Amadeo no podía hablar, porque, aunque entendía el español, no tenía costumbre de hablarlo.

Pero el público no se calmaba, y seguía atronando la plaza, en virtud del derecho de petición, y con los ardores del entusiasmo político.

Entonces me dijeron á mí que hablase, que saludara en nombre del Rey al pueblo de Albacete, y que explicara como pudiera el silencio de S. M.

Y yo pronuncié á voz en cuello, porque la plaza era grande é inmenso el gentío, un discurso más en aquella serie interminable de discursos que las circunstancias me habían impuesto, y que ya pronunciaba casi mecánicamente, desliendo tres y cuatro ideas en un mar de palabras sonoras y de frases hechas.

La primera parte del discurso era fácil, y es claro, con lo enardecidos que estaban los ánimos, y dominando en la masa mis amigos políticos, á cada latiguillo que yo hacía crujir desde el balcón, respondía una salva de aplausos.

Pero la última parte del discurso era difícil.

Cómo explicaba yo satisfactoriamente, y sin ofender á la muchedumbre, que el Rey no les dirigiera la palabra.

Cada época tiene su nota característica; cada momento

político es como es, y en aquellos tiempos democráticos todo el mundo se creía en el derecho de hablar al Rey de tú, y de que el Rey le hablase de usted.

De suerte que mi apuro era grande, y al fin, echando por la calle de en medio, con grandes esfuerzos de voz, que resultaba por el esfuezo mismo cuajada de emoción, vine á decir algo parecido á esto:

No, el Rey no puede hablar, no puede dirigiros la palabra, porque desde que ha sabido la muerte trágica del general Prim, un profundo dolor pesa sobre su ánimo y embarga todas sus facultades. No puede hablaros, y el silencio es la manifestación de su gran pena por tan irreparable desgracia.

Y á este tenor, unas cuantas frases girando alrededor de la misma idea.

La multitud dió por buena la excusa, acogiéndola con nuevos aplausos y ensordecedor clamoreo.

Pero cuando se calmó un poco, ocurriósele á uno gritar: «Pues ¡que hable Topete!» Y la multitud acogió la idea con entusiasmo; y como antes gritaban: «¡Que hable el Rey!», gritaban ahora: «¡Que hable Topete!»

Yo me retiré del balcón, cediéndole el puesto, y todos le invitamos á que dijera cuatro palabras para calmar al público.

Pero él en absoluto se negó.

En primer lugar, no era orador, y en segundo lugar, como no había votado á D. Amadeo, no podía decir las cosas que podíamos decir nosotros, sin pecar de inconsecuencia.

Así es que, hasta cierto punto, su negativa estaba justificada.

Y la muchedumbre de la plaza, miles y miles de personas, gritaban cada vez con más fuerzas, y hasta con cierto tono de imposición: «¡Que hable Topete! ¡Que hable Topete!»

La situación empezaba á ser difícil, y Topete aseguró que, antes que asomarse, se marchaba.

Entonces, todos se volvieron hacia mí, para que excusase á Topete como había excusado al Rey, y recuerdo que D. Juan

Valera se acercó á mí, y en voz baja, y con sonrisa burlona, me dijo, gozándose en mi apuro:—Vamos á ver qué se le ocurre para justificar el silencio de Topete.—Y no sé qué más me dijo: que no estaba yo para apreciar en aquel momento las gracias áticas del eminente escritor.

Pero, en fin, al balcón me llevaron, y yo no sé cómo pronuncié otro discurso más, repitiendo en otra forma lo que había dicho para excusar á D. Amadeo.

«No, D. Juan Topete no puede dirigiros la palabra, porque desde que tuvo entre sus brazos el ensangrentado cuerpo de Prim, sólo el silencio puede dar la medida de su dolor.

Si quisiera hablaros, las lágrimas ahogarían su voz al recordar á su compañero de la fragata *Zaragoza*.»—Y aquí di unos cuantos toques de clarín, en honor y gloria de la Revolución de Septiembre, que fueron acogidos con aplausos formidables.

Al pronunciar las últimas frases, entre los esfuerzos que hacía, el cansancio de más de veinte discursos, el apuro para encontrar ideas y encontrar palabras, ello fué que de mi garganta salió un grito agudo y prolongado, que así podía ser un lamento, como podía ser lo que llaman los cantantes un gallo.

Entre los aplausos no se oyó este final antiartístico, ó sonó como prueba de que ya no podíamos hablar más; pero me oyó D. Amadeo, que estaba muy cerca, y me dijo sonriendo: «Garganta mala.»

Observación que todos celebraron, y más que todos, D. Juan Valera.

***

Aquella noche dormí profundamente, aunque el alojamiento no era muy bueno.

Tanta gente veníamos acompañando al Rey, que difícilmente se encontraba habitación en que colocarnos.

A mí, recuerdo que me dieron un piso bajo, espacioso y de

altos techos y medianamente decorado, pero frío como un demonio del Norte.

Cuando desperté por la mañana, me llevé las manos á la cabeza, y no la encontraba, porque estaba convertida en un verdadero carámbano.

Me levanté, fuí á lavarme, y el agua tenía una costra de hielo.

Pocas veces he tenido más frío en mi vida; pero entonces el frío no me asustaba; la vida que aún llevaba en mí, contenía suficiente número de calorías para desafiar todas las escalas termométricas, aunque les diera por bajar á los diez ó veinte grados.

La despedida del Rey en Albacete, entusiasta, grandemente entusiasta.

Y el resto del viaje hasta Aranjuez, donde hicimos noche, fué una serie de ovaciones.

Antes de llegar á Aranjuez, ya se me había agotado del todo la inspiración oratoria.

El grito que lancé en Albacete fué, en cierto modo, ya que no el canto del cisne, el canto del gallo.

Lo único que hice entre Albacete y Aranjuez fué preparar, con D. Juan Valera, el discurso que había de pronunciar don Amadeo en el acto de la jura.

Discurso que compusimos, mejor dicho, que compuso don Juan Valera, porque yo me limité al oficio de censor, para vengarme en cierto modo de las burlas de Albacete.

Así pasamos algunas horas agradables; pero aunque escribimos el discurso, no llegó á pronunciarse.

Y al fin llegamos á Madrid, y terminó nuestro viaje y terminaron mis deberes ministeriales.

Y hasta terminé como ministro por aquella vez, porque todos los ministros presentamos nuestra dimisión, y se formó un nuevo Ministerio de conciliación en que entraron altos personajes de la política.

José Echegaray

EL PRIMER CONATO DE REBELION

PRECURSOR DE LA REVOLUCIÓN EN ESPAÑA

II y último.

La caballerosidad con que el duque de la Alcudia obró en un asunto de tal importancia, tuvo todavía una segunda parte, en que rayó á la misma altura de generosidad que en la primera. La condesa de Teba no había seguido al conde á su destierro, por hallarse en estado interesante, y quedó alojada en el departamento que ocupaba en la casa de su suegra. Las relaciones entre la madre y la hija política nunca fueron muy cordiales, y al terminar el año 1794, acercándose el momento del parto, no quiso pasar por trance tan grave y ausente de su marido entre personas á quienes no profesaba una completa efusión de afectos, obteniendo de su padre, el duque de Granada de Ega, licencia para trasladarse á su domicilio mientras durase la proscripción del de Teba. La condesa del Montijo no se opuso á esta resolución; pero se creyó en el deber de comunicarla al duque de la Alcudia, á quien, en efecto, el 10 de Enero de 1795 escribió en estos términos:

Excmo. Sr.—Mi estimado amigo y Sr.: Al cabo de varios lances con mi Nuera y sus gentes, que omito por no cansar á V. E. con tales impertinencias, ha resuelto su padre llevarse á su Hija á su Casa, y usar así de todo género de medios para lograr que mi Hijo venga al parto: de este modo ya me es indiferente que él venga ó no, puesto que no ha de ser á mi casa.

Así si á V. E. le parece oportuno concederle el permiso, por mi no hay inconveniente; pero en el supuesto de decirle V. E. al Duque de Granada, cuando le hable, lo que tratamos. Yo siento infinito tantas molestias como este bendito asunto ha causado á V. E. y alzo enteramente la mano; porque es necesario para mi tranquilidad. No obstante, creo conviene que le haga V. E. entender al Duque de Granada, en caso de acceder á su solicitud, que la orden se me comunicará directamente para que yo se la dirija á mi hijo. Renuevo á V. E. con este motivo mi sincera amistad y reconocimiento y me repito su afta Amiga y servidora Q. S. M. B.—La Condesa del Montijo.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*»

Al día siguiente contestaba el duque de la Alcudia:

«Excma. Sra.—Mi estimada amiga y señora: Quedo completamente instruído de lo ocurrido con la nuera de V. E. y tendré presente cuanto me dice en su apreciable carta de ayer para si el Duque de Granada llegase á hablarme; pero tengo también que añadir al parecer que V. E. me franquea, defiriendo á la venida de su hijo, que si el Duque me hablase, le responderé se entienda con V. E. para que, exponiendo al Rey su opinión, resuelva S. M. según fuese de su Real agrado. De este modo se concilia la autoridad de S. M. con el derecho de V. E. y el honor de su hijo, bien que este permiso será temporal. En todo deseo complacerá V. E. y quedo su af.to serv.r y amigo Q. B. S. P.—El Duque de la Alcudia.—*Excma. Sra. Condesa del Montijo.*—Enero 11 de 95.»

Muy agradecida la del Montijo, el 14 volvía á escribir al ministro:

«Excmo. Sr.—Muy Sr. mio de mi mayor aprecio: Por lo que el Duque de Granada me escribe, veo la continuacion de los favores de V. E., suspendiendo deferir á la solicitud de que venga mi hijo hasta saber mi modo de pensar en este punto, y después de renovar á V. E. mi gratitud por esta nueva atención, paso á decirle que la triste experiencia de no poder ya ser útil á mi hijo con mis consejos, y la grande impresion que

han hecho en mi salud tantos disgustos, me obligan á alzar la mano enteramente en este asunto, y así por mi parte no tengo inconveniente en que V. E. alcance de S. M., si lo tuviese por conveniente, el permiso para que mi hijo venga como solicita el Duque de Granada.

Ratifico á V. E. mi sincero afecto y pido á Dios guarde su vida los m.s a.s que deseo.—M.d 14 de enero de 1795.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. E. su más aft.a servidora—La Condesa del Montijo.—*Exmo. Sr. Duque de la Alcudia.*» Al margen, con letra de Godoy, se lee la siguiente orden para la contestación: «Enero 15 de 95.—Contéstese á la Condesa que he enterado al Rey; y dígase al Duque de Granada que, habiendo hecho presente á S. M. lo que expone la Condesa y cuanto el Duque me ha dicho con respecto al matrimonio y situación de su hija, permite que venga por ahora á Madrid, para asistir al parto, y que luego pasen á vivir al pueblo de una provincia en que mejor les convenga á sus intereses.»

Las minutas de las dos cartas están concordes en su redacción y espíritu, pero conviene conocerlas aquí:

A la Condesa del Montijo.

Excma. Sra.: He enterado al Rey de cuanto V. E. me manifiesta con fecha de ayer sobre lo que la escribió el Duque de Granada acerca de la solicitud de que volviese el hijo de V. E. á Madrid; y en vista de ello comunico en este dia Real orden al referido Duque, concediéndole que, por respeto á la situacion de su hija, venga por ahora el hijo de V. E. á Madrid para asistir al parto de aquella y que luego pasen ambos á vivir al pueblo de una provincia que mejor les convenga á sus intereses. Todo lo que participo

Al Duque de Granada.

Excmo. Sr.: He hecho presente al Rey una representacion de la Condesa del Montijo en que, con motivo de lo que V. E. le ha escrito acerca de que se suspendía diferir á la solicitud de que viniese su hijo á Madrid, hasta saber su modo de pensar, expone la triste experiencia que tiene de no poder ser ya útil á su hijo en sus consejos y que la grande impresion que han hecho en su salud tantos disgustos, la obligan á alzar la mano enteramente en los asuntos de aquel y á manifestar que por su parte no tenia inconveniente, á no hallarle yo, en que obtuviese el permiso de S. M. para que su hijo volviese á Madrid,

á V. E. para su gobierno, y ruego á Dios guarde su vida m.s a.s

como V. E. lo solicita. Enterado S. M. de esta exposicion de la Condesa y de cuanto V. E. me ha dicho con respecto al matrimonio y situacion de su hija, permite que el Conde de Teba vuelva por ahora á Madrid para asistir al parto de su mujer, y quiere que luego pasen ambos á vivir al pueblo de una provincia que mejor le convenga á sus intereses. Todo lo que participo á V. E. para su inteligencia y cumplimiento y ruego á D.s g.de su vida m.s a.s

De estas cartas de oficio, equivalentes á reales órdenes, resultó una nueva correspondencia, tan llena de interés como la anterior. El duque de Granada contestó desde luego:—«Excelentísimo Sr.—Muy señor mio de mi mayor estimacion: por su papel de V. E. fecha de ayer quedo enterado de que S. M. ha venido en permitir al Conde de Teba, el que pueda venir para el parto de su mujer, de cuya bondad pido á V. E. dé á S. M. las más rendidas gracias, así como yo se las doy á V. E. que en su natural prudencia há sabido inclinar el Real ánimo, á que se compadezca de esta mi infeliz hija, cuya salud temia de lo contrario. Espero que en adelante arregle el Conde su conducta en términos que se haga acreedor á su total perdon. Yo siempre le viviré á V. E. agradecido, á lo que ha mirado pór el consuelo de la chica, y deseo ocasiones de manifestar á V. E. la sinceridad de mi gratitud como Dios le guarde m.s a.s Madrid 16 de enero de 1795.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. E. su más afecto y seguro servidor.—M. El Duque de Granada de Ega.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*»

La condesa retardó su contestación hasta el día 26; pero su carta ya fué la participación de la llegada del conde de Teba. La condesa decía así:—«Excmo. Sr.—Mi estimado amigo y Sr.: Me parece no cumpliría con lo que debo á V. E. si no continuara avisándole de todo lo que respecta á mi Hijo. Este

llegó anoche para poder asistir al parto de su muger en consecuencia del permiso que S. M. se sirvió concederle por la Real Orden que V. E. me comunicó, y en que he visto nuevas pruebas de la prudencia de V. E. y de su favor hacia mí, por lo cual no cesaré de darle las más expresivas gracias, repitiéndome siempre su más obligada y verdadera amiga. Q. S. M. B.—Excmo. Sr.—La Condesa del Montijo.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*»—Al margen de esta carta, Godoy escribió:—«Enero 27 de 95.—Únase al expediente para lo que convenga, y no contesto.»

De los nuevos incidentes domésticos á que dió lugar la llegada del conde de Teba, el encargado de comunicarlos al duque de la Alcudia no fué la del Montijo, sino su consuegro el duque de Granada de Ega. He aquí su carta del mismo día 26 de Enero, en que la primera escribió al ministro:—«Excelentísimo Sr.—Muy señor mio: deseoso de proceder en un todo de acuerdo con V. E. sobre los asuntos de mi yerno el Conde de Teba, paso á noticiar á V. E. todo lo ocurrido á resulta de la resolucion de S. M. que V. E. se sirvió comunicarme con fecha del 15 del que rige. Inmediatamente que recibí su oficio de V. E. enteré de él á mi hija, para que esta se lo comunicara á su marido, haciéndole saber que yo, en el caso de que no le recibiese su madre en su casa, no podia tampoco hospedarle en la mia, por la estrechez con que me hallo, como dije á V. E. hablando de este punto, por haber cedido todo mi cuarto á mi hija. Enterado el Conde de cuanto le decia su muger, y no queriendo proceder en nada sin el beneplácito de su madre, la escribió desde su destino lo que V. E. verá por el contexto de la carta que recibí de la Condesa del Montijo el miércoles 21, cuyo contexto es como sigue:

«Muy señor mio: Acabo de recibir una carta de Eugenio, que me dice lo siguiente. «*Dígame V. E. á casa de quien he de »ir á parar, pues en la de mi suegro no puedo estar, porque me »dicen que no hay habitacion por la venida de mi cuñado, y no »quisiera ir á donde á V. E. la desagradare. Como le he dicho*

»*de todos los modos posibles que á mi casa no habia de ve-*
»*nir y esta fué la razon de llevarse Vmd. á su hija, y que cuando*
»*Vmd. se decidió á solicitar el permiso de S. M. para que*
»*viniese tendria Vmd. naturalmente resuelto algo sobre este par-*
»*ticular, me ha parecido que no tengo nada que responder,*
»*y Vmd. podrá mandarle lo que tuviere por conveniente, pues*
»*yo no alteraré ya nunca la resolucion que tengo formada de no*
»*mezclarme jamás en nada de sus asuntos: y por eso le respon-*
»*do la adjunta que podrá Vmd. dirigirle, si le parece. Man-*
»*de Vmd. á su segura servidora Q. B. S. M.—La Condesa del*
»*Montijo.*—Excmo. Sr. Duque de Granada de Ega.»

Igualmente me incluye una para su hijo, que á la letra dice así:—«Eugenio: mucho me admira lo que dices en la tuya; »pero como yo he dicho de todos los modos posibles que no »habias de venir á mi casa y que esta fué la causa de llevarse »tu suegro á su hija, se lo he avisado, y obedecerás sus órde- »nes, pues á mí me es muy indiferente vivas donde quieras, »menos en mi casa: y así no esperes mude yo de resolucion de »no meterme en tus cosas. A Dios: que te haga, cual desea tu »madre:—María Franca.»

»No contesté aquella misma noche, por ser cerca de las doce de ella, y lo hice al siguiente dia en los siguientes términos:— «Excma. Sra.—Muy Sra. mia: al momento que iba á cenar re- »cibí anoche su papel de Vmd. en que me incluye una carta »para Eugenio, manifestándole cuan indiferente le es viva en »cualquier parte como no sea en su casa. Aunque su persona »no sea tan allegada para mí como para Vmd. lo es sobrado, »para que, deponiendo los resentimientos que me caben de su »conducta, si á su arribo no tenia casa tomada, lo dejé »hospedar aunque sea momentáneamente en una posada; y si »la estrechez de mi casa no permite lo aloje en ella, no por eso »dejará de tener un catre hasta que halle donde permanecer el »tiempo que le sea permitido, con la decencia debida á su per »sona, cuyo decoro me corresponde mirar. Con lo que contes- »to á su papel de Vmd. lo que no hice en el momento por la

»hora. Dios gde. á Vmd. m.s a.s Madrid 22 de enero de 1795.—»Excma. Sra.—B. L. P. de Vmd. su más rendido servidor.—»*M. El Duque de Granada de Ega.*—Excma. Sra. Condesa del »Montijo.»

»De todo lo que ha resultado que el 22 al mediodía trajeron á mi hija una carta del arcediano de Cuenca, Antonio Palafox, hijo carnal del Conde, quien sin duda hecho cargo de mi carta y de cuan indecoroso hubiera sido que el Conde se hospedase en una posada y aun en casa de algun criado, teniendo parientes, le convida con su habitacion, á donde llegó anoche. Su tio le condujo y presentó á su madre, la que aunque le reprendió como era justo su conducta, parece le trató en lo demás regularmente. Ahora solo me resta saber de V. E., si cuando mi hija para, podrá el Conde acompañarme á ofrecer á los piés de SS. MM. lo que nazca. Yo espero del buen corazon de V. E. allanará cualquiera dificultad que en esto pueda haber, cerciorado que nada practicaré en el asunto sin que preceda su aprobacion, la que espero merezca la conducta con que procuro proceder en todas las ocurrencias del asunto. V. E. con su prudencia me dispensará la molestia que le causo, dispensándome sus órdenes.—Dios guarde á V. E. m.s a.s Madrid 26 de enero de 1795.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. E. su más afecto y seguro servidor.—M. El Duque de Granada de Ega.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*»

Al margen de esta carta Godoy escribió:—«*Enero 27 de 95.*—Dígase como cosa mia, y estimando su confianza en comunicarme todo lo ocurrido, que me parecería mejor se abstuviese el Conde de venir en su compañía á dar parte de lo que nazca, pues basta que él lo haga.»—*Debajo:*—«Hecho en el mismo dia.»

No bastó al duque de Granada esta carta dirigida al ministro de Carlos IV, y se alzó en solicitud al rey mismo, en instancia, que decía así:

«Señor: El Duque de Granada de Ega, puesto A L. R. P. de V. M. sin que sea su ánimo de modo alguno oponerse á la

última resolucion que S. M. ha dado sobre el Conde de Teba, su yerno, en que, despues de permitirle que pudiese asistir al parto de su muger, le manda que, restablecida esta, fije su habitacion en aquel pueblo que mas le convenga para sus intereses, hace presente:—Que, convencido que V. M., como buen padre de sus vasallos, no puede llevar en esto otro deseo que la correccion de este jóven, se anima á poner en su soberana consideracion en que su establecimiento fuera de Madrid le puede ser mas bien perjudicial, que correctivo; pues si ha sido capaz á la vista de sus mas inmediatos parientes de desencaminar su entendimiento, sin que realmente haya sido su principal objeto, otro que vivir separado de la inmediacion y vista de estos, ¿como puede servirle de correccion el logro de sus mismas ideas? ¿Cuando mejor, que cuando uno está descaminado necesita los consejos de sus mayores y personas que lejitimamente tienen por derecho de naturaleza autoridad y obligacion de aconsejarle, y estas, porque no logren tan pronto la enmienda ó tengan los mas justos resentimientos por las faltas de uno, deben por eso levantar la mano de un todo en la vista y conducta de aquellas personas que está cada uno obligado á dirigir con su vigilancia y consejos? Persuadido por mi parte, así de la obligacion que la felicidad de mi hija, que es mi cargo buscar, consiste en la de su marido el Conde de Teba, y habiendo observado el rubor que le causa el presentarse á las gentes por la confusion que le da su anterior hecho, convencido de que asi esta vergüenza, como la buena conducta, que personas imparciales me han asegurado ha tenido durante su residencia en Avila;

A S. M. suplica que, si estas reflexiones merecen su atencion, le permita el poder permanecer en Madrid; con lo que se ostentaría de nuevo la justicia y clemencia de V. M. fundada en el arreglo de su conducta posterior; quedará el honor del Conde restablecido en el público; y su permanencia á la vista de sus parientes con el rubor que le causa su vista por su anterior conducta, y todo le servirá de un verdadero freno que es

el que contiene más que nada á los hombres, que habiendo nacido con honor, aun cuando descaminen, rara vez faltan á su deber, y si alguna vez sucede es por verse abandonados; y por todo, si son de algun mérito con V. M. mis servicios, espero me conceda esta gracia para precaver de este modo los principios á que la libertad y ausencia de sus parientes podria estar expuesto el Conde, su yerno, y de que serian víctimas su inocente hija y nieto.—Gracia que espera conseguir de la innata piedad de V. M. Aranjuez 14 de febrero de 1795.—Señor.—M. El Duque de Granada de Ega.»—Al margen escribió Godoy: «*Febrero 14 de 95.*—Dese noticia privadamente á la Condesa, su madre, para que diga lo que piensa y le parece de esta solicitud.»

El 15 le fué comunicada á la del Montijo la instancia del de Granada, y el 16 contestaba la ilustre señora:—Excmo. Sr.—Mi estimado amigo y Sr: En contestacion á la apreciable de V. E. en que me manifiesta la nueva solicitud del Duque de Granada, nada tengo que añadir á lo que dije á V. E. en ese sitio; pues entonces vió V. E. que yo ningun empeño tenia en que mi hijo saliese de Madrid; aunque me hicieron mucha fuerza las razones que oí á V. E. opinando le estaría mejor vivir fuera, así para sus intereses, como principalmente para evitar las malas compañías, de que indudablemente hay mayor número en Madrid, y tanto mas perjudiciales, cuanto la experiencia nos ha demostrado que él ha sabido encontrarlas; y así miré como un efecto de la prudencia de V. E. los términos en que puso la órden que se le comunicó. Yo creo que la verdadera causa que mueve al Duque de Granada es la repugnancia que tiene su hija á salir de Madrid; sin embargo de que acaso no la aprovecharia á ella menos. Este es francamente mi modo de pensar, atendiendo, como debo, al bien de mi hijo y á su sólida correccion, bajo el supuesto de que no habiendole servido la poquísima sujecion que tenia en mi casa sino de hacerle apetecer mayor independencia, creo que ahora, fuera de ella, y con la resolucion que he tenido que tomar para mi

tranquilidad de no meterme con ellos en nada, quedará por mi parte tan libre aquí y con mas ocasiones, como pudiera estarlo á la mayor distancia. No obstante esto yo dejo esta decision á la prudencia de V. E., asegurada de que, hecho cargo de mi imparcialidad en este asunto, resolverá lo que mas conveniente le parezca, y sea lo que fuere lo que V. E. determine, yo le quedaré igualmente agradecida, como lo estoy ahora á la nueva prueba que V. E. me dá con su carta de ayer, y que aumenta continuamente los sentimientos de amistad con que me repito sinceramente su af.ta amiga y mayor servidora.—Q. B. S. M.—La Condesa del Montijo.—*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*»

El rey y María Luisa quisieron que el negociado de Estado hiciera el resumen de todo lo acontecido: el ministro así lo dispuso, y Urquijo redactó la nota siguiente:

«Excmo. Sr.—Habiendose dado parte á V. E. que por el Conde de Teba se habia compuesto un *Discurso sobre la autoridad de los Ricos-homes de España*, el que se debia leer en la Academia de la Historia, se sirvió V. E. mandar que se preguntase al Director de ella, si se le habia comisionado al Conde para ello.

»Resultó ser todo falso, pues que la Academia no le habia encargado semejante discurso, ni lo permitiria leer de modo alguno. Con acuerdo de la Condesa del Montijo, madre del Conde, se le envió á este á Avila, por via de correccion, y á ruego de aquella y para que no quedase en la Secretaría un borron semejante de su familia, se le envió el *Discurso* original, escrito de letra de aquel, y las cartas anónimas con que se remitió á V. E.: bien que me quedé con copia, de orden de V. E.

»El Duque de Granada solicitó despues que volviese dicho Conde á Madrid, á causa de estar próxima á parir su hija y mujer de este. Se le concedió; pero habiendo consultado si lo traería en su compañía para ofrecer á SS. MM. lo que naciese, se le dijo que lo mejor era que viniese solo.

»Despues de esto ha manifestado que el Conde estaba correjido, y que si se le dejaba fuera de Madrid como se le mandó que se fuese con su mujer, luego que partiese podia perderse, á causa de no tener parientes que estuviesen á la vista de su conducta, y solicitó que se le permitiese quedarse á vivir en Madrid.

»Esta solicitud se comunicó reservadamente á la Montijo para que expusiera su parecer, y lo hace diciendo que por lo que á V. E. tenia insinuado en sus conferencias, ella no se hallaba con empeño de que su hijo viviese en Madrid ó afuera; pero que las razones que V. E. le dió, le hicieron mucha fuerza para esto último; que en Madrid tiene mayor número de malas compañías, las que él ha sabido encontrar siempre; que el Duque de Granada, mirando por su hija, no quiere que el Conde salga de Madrid; pero que á ella le aprovecharía tanto como á este; que en Madrid y fuera de su casa no tendrá sujecion alguna y sí más libertad que en un pueblo; pero que no obstante deja á la prudencia de V. E. la decision en la solicitud de Granada, renovando á V. E. su agradecimiento eterno.

»Acompaña el expediente y en él se vé, por varias cartas, que la condesa ha escrito á V. E. que el conde fingió habérsele desterrado sin ser cierto, segun varias enunciativas; bien que esto no está claro, porque se refiere á conversaciones particulares que ha tenido con V. E.

»El *Discurso,* pésimamente escrito, se reduce á querer suprimir la autoridad de los Reyes de España, copiando los lances que traen las Historias ocurridos con los Ricos homes; pero el Conde no las ha entendido, pues que los Historiadores los refieren en prueba del despotismo de aquellos y de que eran unos usurpadores que tenian feudataria toda la pobre Monarquía española; y aun hasta á los mismos soberanos, efecto de los muchos en que estaba dividido el reino. Así era todo una verdadera anarquía, y los reyes estaban sin el lejítimo poder y se veian forzados á otorgarles cuanto el capricho les sujería: de

que es buena prueba, entre otras, la multitud de mercedes enriqueñas declaradas por el reino injustas y nulas, y es donde traen origen el mayor número de los privilegios de los grandes antiguos, etc. Va el *Discurso* copiado, dentro del expediente.»

La resolución de SS. MM. la extractó Godoy en la orden siguiente para lo que se había de hacer: «*Febrero 17 de 95.*— Por el bien de la familia, permite el Rey que el Conde subsista en Madrid; pero quiere que instruido de todo el Gobernador del Consejo le llame, amoneste y prevenga que á la más leve queja en lo sucesivo se le impondrá el castigo que por su delito anterior tiene cometido, y que se cele su conducta.»

En cumplimiento del soberano mandato, el 18 de Febrero se pasó al obispo, gobernador del Consejo, la real orden siguiente:

«*Ilmo. Sr.*—Habiéndoseme remitido un *Discurso* escrito de letra del Conde de Teba *Sobre la autoridad de los Ricos-homes de España,* noticiándome que se debia leer en la Academia de la Historia; pregunté á su Director, si se le habia comisionado al Conde para ello. Resultó q.ᵉ aquella no le habia hecho semejante encargo, ni lo habria permitido leer de modo alguno.

»Enteré al Rey del *Discurso,* que se reducía á querer suprimir la autoridad de los de España, copiando los lances que traen los historiadores ocurridos con los Ricos-homes, y vió S. M. que el citado Conde no los habia entendido, pues aquellos los refieren solo, en prueba del despotismo de dichos Ricos-Homes, que eran unos verdaderos usurpadores de los derechos de los Reyes y del pueblo, teniendo en el infame estado de feudataria á la pobre Monarquía Española y hasta á los mismos Soberanos, efecto de los muchos en que estaba dividido el Reino, causando una verdadera anarquía, privando á aquellos de su legítimo poder, y obligándoles á conceder en perjuicio de los derechos de la nacion, cuantas gracias y mercedes les sujería su capricho, que despues se han declarado injustas y nulas por ella misma.

»A pesar de las penas en que habia incurrido el citado Conde por escribir y esparcir un escrito tan sedicioso, con que podia alucinar á los ignorantes, y tan perjudicial en las actuales circunstancias, atendiendo S. M. á la poca edad y falta de conocimiento del Conde, suspendió el castigo; pero se vió obligado, á peticion de su misma madre, la Condesa del Montijo, á imponerle, por via de correccion de otros desórdenes que se notaban en su conducta, el de que fuese á la ciudad de Avila.

»Con motivo de estar próxima á parir su mujer, é hija del Duque de Granada de Ega, pidió este que se le dejarse venir al Conde para el parto, y así lo concedió S. M. mandándole que con ella fuese á vivir fuera de Madrid luego que estuviese restablecida. Posteriormente ha vuelto á representar el citado Duque, que el Conde se halla muy correjido en sus costumbres y que de no residir en Madrid á la vista de sus parientes, que pudiesen contribuir á rectificárselas enteramente, se exponía á que en cualesquiera pueblo donde residiese, gozando de toda libertad, se precipitase enteramente. Por estas consideraciones ha suplicado que se le deje vivir en Madrid; y el Rey, atendiendo al bien de toda la familia, le ha permitido que subsista en esa corte; pero quiere que pues se halla ya V. S. Ilma. instruido de todo, le llame, amoneste y prevenga que á la más leve queja en lo sucesivo se le impondrá el castigo á que por su delito anterior se ha hecho digno; y que procure V. S. Ilma. celar su conducta.

»Todo lo que de Real orden participo á V. S. Ilma. para que disponga su cumplimiento, y ruego á Dios guarde á V. S. Ilma. m.s a.s »

También en el mismo día se dirigió á la Condesa del Montijo y al Duque de Granada de Ega, otra comunicación oficial en que se les decía:—«Excma. Sra.: Atendiendo el Rey al bienestar de la familia de V. E. y del Conde de Teba, permite á esta S. M. que puede quedarse á vivir en Madrid, esperando que en lo sucesivo su conducta sea tal, que borre la memoria de los desvíos q.e ha padecido hasta aquí. Lo participo

á V. E. de órden de S. M. para su satisfaccion y gobierno del citado Conde.—Dios, etc.»

En cuanto al obispo, gobernador del Consejo, he aquí la manera como informó de haber llenado con el conde de Teba el cometido confiado:

«Excmo. Sr.:—Vista la Real Orden que V. E. me comunica con fecha del 18 próximo, pasé aviso al Conde de Teba para que viniese á mi posada, como lo ha ejecutado en este dia. Y despues de haberle hecho todas las amonestaciones y prevenciones que me parecieron oportunas sobre el exceso en que ha incurrido, y expresa V. E., tuve gran complacencia al ver la sumision y docilidad con que este caballero escuchó mis reflexiones: y me hizo las mas sinceras y veraces protestas, á lo que puedo entender, de apartarse de un modo de pensar y proceder tan errado y ageno de un sujeto de sus circunstancias. Yo, sin embargo, le despedí, reiterándole la conminacion, con que terminaba la citada Real Orden, de que á la más leve queja que hubiere en lo sucesivo, se le impondria la pena, á que por su anterior delito se hizo acreedor, y de que yo quedaba á la mira de su conducta.

»Lo participo á V. E. para que se sirva trasladarlo á noticia de S. M. Dios g.de á V. E. m.s a.s Madrid 21 de febrero de 1795.—Ph.e, Obispo de Salamanca.—Sr. Duque de la Alcudia.»

*
* *

Conviene ahora conocer el texto del discurso hecho por el Excmo. Sr. Conde de Teba, para leerse en la Real Academia de la Historia, «Sobre la autoridad de los ricoshombres sobre el Rey». Dice así:

«En vano me propondria hacer un largo discurso para expresar los sentimientos de gratitud de que abunda mi corazon, pues nada podria decir que fuese proporcionado á ellos, y solo formaria un conjunto de expresiones diferentes para explicar un mismo pensamiento, que os molestarian, sin duda,

sin dar suficientemente á conocer mi gratitud, la que creo me hareis la honra de juzgar es proporcionada al beneficio.

»Asi me he propuesto hablar del mérito de esta Academia por un medio, si no el mas bien explicado, por lo menos nuevo y verdadero; porque ¿quién podrá negar que es tanto más útil un cuerpo, cuanto mas contribuye á la felicidad de su nación? ¿ni quién dudará tampoco depende el bienestar de esta, si no del todo, muy principalmente de su instruccion, que es el principal objeto que debe tener presente esta Academia, al que como individuo que soy por vuestra bondad desde este dia, procuraria cooperar, si me creyese capaz? Mas ya que por mi cortedad y ningun saber, no me hallo en tan feliz situación, me contentaré con hacer una breve exposición de lo que en otro tiempo fueron los Ricoshombres: esto es, la influencia que tenian en el Gobierno y en la felicidad de la nación, y cómo llegaron despues á perder su autoridad, viniendo á menos: objeto digno de cualquiera en los sabios individuos de este Cuerpo, que lo podrian desempeñar con mas erudición que yo; y en que seguramente se haria un grande beneficio á la nacion, instruyendo á los poderosos de ella, que son los que principalmente lo han menester, en uno de los puntos en que mas lo deben estar para el buen uso del poder; porque contribuiria más la buena direccion y uso de su autoridad, que el conocer lo que son y lo que han sido y el saber que esta superioridad, en otros tiempos cierta y ahora aparente, no se les dió por su propia utilidad, ni para que usasen de ella en su provecho con opresión de los demás; que no se les hizo depositarios de una parte de los bienes de la nacion, esto es, *ricos*, sino para que, siendo independientes, pudieran servir mejor: no para que empleasen los mismos bienes con que los ha dotado en destruirla, introduciendo el lujo y con él la corrupcion de costumbres, y que esta autoridad solo se les vió para favorecer al miserable y servir de barrera contra la injusticia, cuando se quisiese oprimirle con el peso del poder.

»El origen de los Ricoshombres demuestra bien esta ver-

dad, porque cuando los aragoneses y navarros eligieron rey á D. Iñigo Arista, creido con bastante fundamento el primero de los suyos, temiendo que este ó sus sucesores abusasen del poder, si sucedia quizá que alguno fuese de un caracter anomalo ó poco apropósito para el gobierno, previeron el remedio eligiendo doce de los mas sábios de la nacion, con cuyo acuerdo habia de proceder en todo negocio importante. Asi lo dice Zurita en sus *Anales*, cuya verdad y crítica es tan notoria, que no necesita me detenga yo á demostrarla; y no solo habian ellos de aconsejar, sino que componian, ó por mejor decir eran la principal parte de la fuerza de la nacion, pues coadyuvaban con su gente á la defensa y conquista, repartiendo despues entre ellos y el Rey las tierras que ganaban. Y conforme eran mas las que poseian, concurrian con mas gente á la guerra; y asi estaba repartida la fuerza de la nacion entre varios particulares que, teniendo interés en que ninguno abusase del poder ni se hiciese superior al punto que alguno lo intentaba, le oponian sus fuerzas reunidas á que le era imposible resistir, conservando de este modo un equilibrio tanto mas ventajoso á la nacion, cuanto estaba unido con sus propios intereses, como lo experimentó muchos años despues, cuando, en distintas ocasiones, tuvieron los nobles necesidad de reunir sus fuerzas, ó bien por las injusticias que se les hacia y de que no se les queria dar satisfaccion, como en el reinado de Alfonso el 1.° por los años de 1285 y los siguientes; ó por dureza y terquedad de los que mandan en no condescender con sus ruegos, como en tiempo del Rey D. Pedro, por los años de 1348.

»En ambas ocasiones se unieron y dieron á conocer al Rey, empleaban sus fuerzas para defender la nacion y evitar su opresion; pero habiendo dos poderes con fuerzas iguales, el Rey y los nobles, era menester quien juzgase sus diferencias imparcialmente. Este era el Justicia Mayor de Aragon, un empleo creado para defender los derechos particulares, juzgar las disensiones que hubiese entre ellos y el Rey, y evitar toda opresion, reclamando la fuerza y autoridad de la nacion,

cuando no era la suya suficiente; y un interprete de las leyes que decidia en los casos dudosos lo que se debia hacer, esto es, lo que era conforme á ellas, y segun el fuero. Asi se vé que en el año de 1311 decidió sobre la pretension de D Guillem de Moncada, General de Cataluña, en que estaban discordes los pareceres de las Cortes; y mas claramente lo demuestra el que habiendo querido el Rey Don Jaime el segundo, cuya rectitud y celo este hecho puede acreditar, embargar las caballerias al Vizconde de Cardona, por haber ido á servir á otro Rey, sin su licencia, despues de no quererle favorecer en la guerra que hacia entonces el mismo al de Castilla, «respondiendo que no eran obligados á servirla en ellas, sino en las tierras que fuesen en servicio de la nacion», no se atrevió á embarcarla desde luego, sino mas bien consultó prudentemente al Justicia, preguntando si podia hacerlo, quien le respondió en una carta digna de leerse por la gravedad y decoro del estilo y por manifestarse así en ella como en la del Rey, que no era este absoluto, y que antes de mandar, miraba siempre si obraba conforme con las leyes y con el juramento que había hecho, cuando sus pueblos, en virtud de él, le hicieron el de obediencia, y si acaso no procedian de esta suerte y querian obrar sin mas regla que el capricho, veia al punto los ricos-hombres aparejados contra él que le obligaban á proceder conforme á justicia. Buen testimonio es de esta verdad los varios hechos ocurridos con el Rey Don Pedro, los años de 1347 y 48, en que á pesar de algunos ricos-hombres que tenian el partido del Rey, ya porque tenian los empleos de su casa, medio muy usado para excitar la ambicion de los grandes y oprimirlos; ó bien porque les sobornaba, ó por tener la gracia para la reparticion de las tierras, derecho que antes residia en las Cortes hasta el año de 1213, que el Rey D. Pedro, el segundo, se lo apropió en las Cortes de Daroca. Y aun el pueblo mismo cuando veia que los poderosos descuidaban la observancia de las leyes, las reclamaba, como hizo el año de 1332, en que habiendo el Rey Don Alonso, el cuarto de Aragón, hecho ciertas donaciones perju-

diciales al Reino, haciendo con sobornos condescender en ellos á los principales del Reino, el pueblo mismo se juntó, fué á palacio y dijeron al Rey delante de la Reina, algunos Prelados y ricos-hombres «que se maravillaban del Rey y de los de su Consejo, que tales donaciones permitieran hacer, pues quedaban de aquel modo separados el reino de Valencia y el de Aragon, y, en fin, que antes moririan que permitir tal cosa»; y obligaron al Rey á revocar las donaciones, culpando, como era justo, mas á los del consejo que lo habian permitido, que al mismo Rey: lo que prueba la grande autoridad que estos tenian para impedir se hiciese lo que creyesen perjudicial á la nacion; y por consiguiente cual era la de los Ricos hombres, pues componian el Consejo del Rey que era donde se determinaban todos los negocios importantes y corrientes de la administracion del Reino, ó las circunstancias, ó su poca entidad, ó la brevedad del asunto lo permitian se dejasen para las Cortes.

»De ellos era el Justicia Mayor que, aunque le nombraba el Rey, desde el tiempo de D. Pedro, el segundo de Aragon, y en Castilla desde su creacion, no seguia siempre su partido, pues no le podia el Rey privar del empleo. De ellos eran los maestres de las ordenes, cuyo excesivo poder se conoce bien claramente enviaban, mandaban, ó lo que es lo mismo, daban las tenencias de todos los castillos que la orden poseia y dirigian sus fuerzas. Poseia tambien los empleos de Condestables y Almirantes en Castilla, que para decirlo brevemente eran los Justicias mayores, el primero en el ejército y el segundo en la armada; ó mas bien en el mar. El de mayordomo mayor y demas empleos de palacio se proveia tambien en ellos: de modo que en los primeros tiempos los Reyes no se ocupaban en ninguna cosa mas que en representar en público y autorizar la magestad y soberania del nombre que tenian de Rey, sancionando los Decretos y aplicando su autoridad en aquellas cosas que eran necesarias.

»Este era el estado de los Ricos-hombres hasta el tiempo de

los Reyes Católicos, en aquellos tiempos en que era temible el mandar porque se castigaba la injusticia, y en que todos igualmente estaban sujetos á las leyes. Pero entraron estos á reinar y empezó la época de la decadencia del poder de los grandes, al paso que crecia el de los Reyes. Unidos los dos reinos de Castilla y Aragon por el matrimonio de Don Fernando de Aragon con Doña Isabel de Castilla, aunque se tomaron varias precauciones para que gobernandose cada Reino por sus propias leyes no se revistiese el uno de los sucesos del otro, sin embargo, estando todo bajo una misma mano, era preciso que los Reyes acostumbrados al gobierno de Castilla mas absoluto siempre que el de Aragon, hiciesen resentir á este y procurasen extender mas su poder. Solo el discurso de la Reina Doña Isabel á su marido, cuando este se quejaba de la autoridad que pretendian los nobles, bastaba para adivinar lo que habia de suceder en lo sucesivo; discurso digno de una esposa que quiere no disgustar á su marido y estarle sometida; pero que demuestra cuales eran los pensamientos del Rey D. Fernando, y cuan mal sufria se coartase en nada su poder y la dependencia que tenia de los nobles. Asi fué poco á poco extendiendose aquel y disminuyendo esta máxima que siguiendo exactamente sus sucesores llegaron á resumir todo el poder en su persona. El primero, y no pequeño, paso, fué apoderarse el Rey de los Maestrazgos de las Ordenes Militares, con lo que se apoderó de una gran parte de la fuerza de la nacion. Mayor fué la supresion del empleo de Justicia mayor, con lo que quedó del todo reasumida en el Rey la autoridad, pues estando el reino aquejado por las guerras extrangeras y ocupada la atencion en ellas, los nobles ocupados fuera en el servicio, le fué mas facil hacer lo que quiso, habiendo pocos que pudiesen impedirlo; y estos, ó eran de sus partidarios, ó estaban debilitados por tener la fuerza ocupada lejos.

»De este modo en los pocos años que corrieron desde la union de los dos Reinos hasta la entrada de Carlos V, perdieron los Ricos-hombres los empleos de Condestables, Almiran-

tes, etc., que les daban muy grande autoridad, y lo que es peor perdieron del todo la fuerza por el contrato de las lanzas, cuando convinieron en dar al Rey cierta suma de dinero, en lugar de la gente con que antes concurrian en las guerras *justas;* reservandose este el derecho exclusivo de levantar las tropas.

»Entonces aquel Rey que habia experimentado cuan dificil es el vencer la opinion, y la habia á su parecer vencido, llegó seguramente á imaginar que nada le era superior, y creyendo que tanto es mayor una persona y mas autorizada, cuanto son mayores y de mas autoridad aquellos á quien manda y tiene bajo sí, principalmente siendo estos de los que jamás antes habian doblado la cerviz al yugo, á un cierto número de ricos-hombres de los de mas clara y conocida ascendencia, les dió ciertas preeminencias y exenciones, que sin darle parte ni influencia alguna en el gobierno, los llenaba de autoridad, y les dió muy grande consideración entre el pueblo, tanto mas cuanto eran de aquellas primeras familias, cuya nobleza y lustre habia sido siempre conocido y respetado. Estos eran los Grandes que viviendo muchos así como los demas ricos-hombres en sus tierras y haciendas, conocian sus vasallos, y estos amaban tambien á su señor, como que recibian los beneficios de su propia mano, y se interesaba y tomaba parte en sus negocios: asi, poseyendo el amor de sus vasallos, influian mucho en sus opiniones, y podian contar con su favor en caso necesario. Pero hoy en conociendo despues el Rey Don Felipe el 5.° de este nombre, y estando altamente sentido del mal que le habia causado la oposicion de algunos, determinó en su ánimo imposibilitarles para en adelante, los llamó á la corte, los atrajo con honores y distinciones aparentes, y en fin los dividio excitando su ambicion con los empleos de palacio. No ya aquellos de Mayordomo, de la Casa del Rey, que era el Gobernador del Reino y sentenciaba y oia á los particulares por el Rey, subsistió el nombre del empleo y del Consejo, mas no como por lo antiguo; pues aquel solo consiste desde entonces

en mandar á los otros criados menores de palacio y estuvo muchos años suprimido sin juntarse, los empleos de Sumiller, Caballerizo, Gentilhombre, etc., fueron los que hicieron en adelante el objeto de esta manera de los negocios, aplicandoles á ridículas pequeñeces y abatiendo su espíritu á viles bajezas cuyo objeto ó fin es aun mas despreciable. Asi, hecha ya costumbre en ellos el no tener empleo ni parte en el gobierno, creyeron mas con razon inutil el instruirse; se imposibilitaron de este modo de obtenerlos, y se formó un círculo el mas perjudicial á ellos y á la nacion.

»Esta es, señores, la lastimosa historia de los ricos-hombres abreviada en todo; pero mas particularmente desde los Reyes Católicos, pues ni la escasez del tiempo, ni las circunstancias de él, ni las miras, ni el temor de ser molesto han permitido me extienda mas en lo que quizá habria mas que observar, pero acordandome, sin embargo, de que ha sido mi discurso, me creo precisado á pediros tengais consideracion á mi corta edad, para suplir las muchas faltas de él y las molestias que os habré causado.»

*
* *

Al conde de Teba se le olvidó la gratitud contraída, pero no se le olvidó la pena que le fué impuesta por su culpa. El conde de Teba fué el alma de la insurrección de Aranjuez en Mayo de 1808. Trece años le duró el rencor del odio concebido contra el que obró con él y su madre con tanta generosidad. El conato de discurso del conde de Teba debe ser considerado como el primer acto de rebelión, precursor de la revolución en España. Esta fué la única herencia que quedó á la nación del breve Ministerio del conde de Aranda, sus prosélitos y secuaces, bajo Carlos IV y María Luisa.

Juan Pérez de Guzmán.
De la Real Academia de la Historia.

PARNASO INTERNACIONAL

PASEO

(De Victor Hugo)

Cubre tu blanca frente
Con el velo de gasa transparente
Donde esparció tu aguja tantas flores;
Ven, y del campo el saludable ambiente
Bajo los frescos plátanos respira.
Toma el brillante chal de cien colores
Que tejió Cachemira,
Y quizás ha ocultado
De una sultana el seno marfileño,
O el agudo puñal damasquinado
De su celoso dueño.

—

Mira cuál sube en la vecina aldea
El humo tenue, que en el aire ondea
Formando vaporosas espirales;
Así se van los males
De esta vida ilusoria,
Ambición y poder y fama y gloria.
Débil juguete de esperanza vaga,
Brilla el hombre un instante pasajero;

Tal la luz del ocaso, que se apaga;
Tal de la tarde el hálito postrero
Mece un momento y un momento dora
La humareda fugaz que se evapora.

—

¡Qué delicia es errar por la pradera,
Sintiendo á nuestro lado
Latir un corazón enamorado,
Cuando en la azul esfera
El día se adormece soñoliento,
Y con grata sonrisa
Mezclas tu puro aliento
A la nocturna brisa!
¡Ah! Por esa ventura deliciosa
Que á mi niñez ya dió sueños dorados,
Afronté sin temor mi suerte odiosa,
Esperando estos días bienhadados.
Cuando en civil discordia, inquieta turba
Se agita en torno mío,
Yo te debo una paz que nada turba.
En mis días felices no hay vacío,
En ellos no hay tinieblas,
Y tú, para mí, pueblas
Todas las soledades,
Hasta la soledad de las ciudades.

—

Ya en el cielo destella
Con indecisa luz alguna estrella.
Así, cuando en espléndida morada
La mesa del banquete excitadora
Está ya preparada,
Ves los más impacientes convidados
Antes que suene la hora
En su sitio sentados.
Mira: ¡una exhalación! Ya se ha perdido.

Como ella, un hombre grande obscurecido,
Cuya triste existencia
Mina fatal dolencia,
Brilla, y cae en la fosa y el olvido.
No altera el vulgo su azarosa vida:
¿Qué importa al labrador, cuando cansado
Marcha tras el arado,
Una estrella, del cielo desprendida?

—

¡Oh! tú no eres así. Sufres y gimes
Cuando el dolor te inquieta
De las almas sublimes;
Suspiras cuando escuchas al poeta;
Por las víctimas lloras compasiva,
Por sus fieros verdugos aun más lloras,
Y contemplas callada y pensativa
Las tumbas de los héroes largas horas.
Si dominando la extensión distante,
Se alza viejo castillo amenazante,
Lejos de la ciudad inoportuna,
Contemplas tú las lóbregas murallas,
Y allí, entre las almenas, pierdes y hallas
El disco de la luna.
Yo inspiré á tu alma ardiente
Los amores que siente
Por el vetusto muro derrumbado,
Por el templo do en época lejana
Rezaba el nuevo paladín, armado
Por su madrina, hermosa castellana;
Por el palacio, donde, en feliz día,
El joven trovador, cuando dormía,
En su entreabierto labio sintió impreso
De enamorada reina el dulce beso.

—

Mas volvamos atrás: ya se ennegrece
El cielo. Allá, sobre las aguas, brilla
La ligera barquilla
En la que habemos de volver. Parece
Nuestra vida insegura,
Que los peligros evitar no sabe,
Y en negra noche vaga á la ventura,
Sobre abismo profundo débil nave;
Este nuestro vivir, de tumbo en tumbo,
Hacia la eternidad lleva su rumbo,
Frío, inmóvil, inerte,
Nuestro cuerpo, vencido por la muerte,
Sin aliento y sin voz, queda en el suelo.
Así, al mustiarse la encendida rosa,
En vano la rocía el alba hermosa:
Sus hojas pierde; mas, en blando vuelo,
Su exquisita fragancia sube al cielo.

TEODORO LLORENTE

GOYA

POR

VALERIANO DE LOGA

(CONCLUSIÓN)

A unos cien pasos de la puerta de Segovia, más allá del Manzanares, halló Goya un Turculum, tranquilidad de su vejez, que en sus excitados tiempos le negaba la villa.

Una sencilla y modesta casa de campo bastaba á sus ambiciones, y, á la vez, tenía en el bosque vecino, de unas 26 hectáreas, abundante caza por su proximidad á la Casa de Campo. Quizá le movió á elegir el sitio la admirable perspectiva de que se disfrutaba desde sus ventanas. Es la misma vista de la ciudad, si bien no tan amplia, que inspiró su obra maestra «La Romería». Cuando subía por detrás de su casa, veía á sus pies aquel erial de escaso verdor, de reflejo plateado, y su mirada se perdía hasta los picos nevados del Guadarrama. También Velázquez gustaba de esta admirable perspectiva de gran belleza, con cuyas líneas clásicas sólo puede compararse la campiña romana.

¿Cuándo se hizo Goya con este retiro? ¿Cuándo se albergó en él? ¿Cuándo pintó sus paredes? Faltan datos auténticos para contestar á estas tres preguntas. Veía con gusto la visita de sus amigos, á quienes no espantaba su sordera, y cuando subía á la ciudad, seguía prestando homenaje á la belleza femenina en la hermosa mujer de un librero, cuyo retrato pintaba con ahinco.

El gobierno de la casa estaba confiado allí, como después en Bordeaux, á una pariente, cuya vida era un naufragio. Pues Goya, desde la muerte de su mujer y el casamiento de su hijo, estaba solo. Leocadia Sevilla (1), prima segunda suya, estaba casada con un tal Isidro Weiss, cuyo padre, mercader de Baviera, había venido á España.

Al separarse, por causas desconocidas, de su marido, entró en casa de Goya con su hijita, nacida en 1814, para administrar su casa. El pintor, que seguramente echaba muy de menos el trato diario con su querido hijo y con sus nietos, tomó especial afecto á esta encantadora criatura que ante sus ojos se desarrollaba. Ya veremos cómo después hizo de esta Rosario una hábil artista.

La «Quinta del Sordo», como llamaba el pueblo á la casa de Goya, conservada en su primitivo estado por el marqués del Espinar, su nieto, se vió amenazada seriamente en su existencia en el año cincuenta, cuando fué comprada por una compañía francesa, con fines especulativos. Una tentativa del marqués de Salamanca de despegar de la pared hecha con ladrillo crudo los óleos, lo que se atrevió á hacer con un cuadro del hijo, fracasó por completo. En el año de 1867, la revista *El Arte en España* (2), como la casa amenazase ruina, hizo copiar á Eduardo Gimeno, en el estilo de los grabados del maestro, algunos lienzos. Cuando en 1873, el banquero parisién barón Emil Erlanger, tomó posesión de la casa, consiguió del hábil conservador del Museo del Prado, D. Salvador Martínez Cubells, que trasladase al lienzo los cuadros. Expuestos por su dueño en la Exposición Universal de 1878 en el Trocadero (3),

(1) Amistosos informes de un pariente de esta señora, D. Alfredo Maurez, en Madrid. Debo dar las gracias al Sr. Maurez por su amable y afortunada ayuda en estas investigaciones.

(2) VII, 1868, pág. 265.

(3) *The Portfolio*, 1879, pág. 67. «Goya appears te have aimed at ugliners as Raphael aimed as Beauty», creían entonces los ingleses.

hallaron por fin su domicilio definitivo en la Galería de Madrid.

Las dos salas cuyas paredes adornaban, han desaparecido, y sólo queda la escalera, que me recordó la casa de Stern, en Weimar.

Separados del lugar para que estaban pintados, y guardados en un recinto oscuro, parecen ahora estas pinturas extrañas y antipáticas; sólo quien las estudie largo tiempo, reconocerá á qué abismo sin fondo condujo su fantasía al artista, y se confesará asombrado que es imposible seguirle en aquellas profundidades.

Sólo se han empleado algunos pocos colores, pero con seguridad infalible, sin mezclar como pintaron después los Fointillistas; puestos los unos al lado de los otros, producen el efecto justamente apetecido. El azul del cielo, el verde de los prados, las rosas grises, la palidez mortal de los rostros ó el carmín hético de las mejillas, todo está bañado de un gris negruzco.

¿Quién podrá decir lo que aquellos cuadros significan? Cuando Goya no tenía que dar cuenta á nadie de sus cuadros, se abandonaba á su salvaje fantasía, á sus encontrados sentimientos y á sus sueños diabólicos. ¡Nieblas, aquelarres! Ante aquella vaga fantasía sin figuras, nos rodea como un espeso velo, y se apodera de nosotros indecible, incomprensible espanto.

Para la disposición primitiva de las pinturas, es preciso la descripción de Iriarte, y las dimensiones de cada trozo facilitan aún más la reconstrucción. Dos salas contiguas, y de igual anchura, formaban la vivienda del solitario. Las paredes estaban divididas por pilastras, y alrededor de la habitación corría un panel rayado.

Al visitante le saludaba una dama velada, llamada tradicionalmente D.ª Leocadia. Apoyaba con gracia el brazo izquierdo, ó especie de antepecho de terraza, á la cual parecía por detrás conducir una escalera enrejada (1). La ejecución es

(1) Prado, núm. 2.166 *a*.

amplia y alada, á veces sólo indicada, por lo que suele aparecer confusa. Sobre la estrecha pared, á la derecha de la puerta, un hombre muy viejo, apoyado en un bastón, se inclina hacia adelante, como cansado, mientras un demonio le susurra algo al oído (1). En la pared de enfrente, á los lados de las ventanas, estaban los dos únicos cuadros, los cuales, en último término, admiten una interpretación histórica. Judit, una mujer robusta con un cuchillo, y Saturno, comiéndose á sus hijos, indudablemente inspirados en Rubens; pero, ¡qué diferencia! Todos los efectos están elevados hasta lo sumo. Las manos sujetan convulsivamente la carne, estremecida y sangrienta, y un placer infernal se retrata en el semblante del feroz viejo.

Los dos lienzos más largos contienen asuntos ricos en figuras, pero tan fantásticos, que apenas parece posible dar de ellos una explicación. Nos contentaremos con los nombres tradicionales: «El aquelarre», «Muchedumbre de hombres y monstruos» (2) y «La visión de la romería de San Isidro», consagrada al *gousloci* (3). Probablemente se encontraría en esta habitación, como sopraporta ó sobre las ventanas, el trozo más pequeño de la serie de que habla Iriarte, y cuya ejecución amplia se acerca más al viejo del bastón, al Saturno ó á la Judit, que á los cuadros de las salas de arriba. Son dos viejas comiendo, muy parecidas á las «Están calientes», de los Caprichos (4).

En la sala superior, á la derecha de la puerta de entrada, el núm. 2.166 *n* del Museo del Prado, que, sin razón, se ha considerado sin terminar. Sólo se ve cielo y extrañas formaciones rocosas. Detrás de una roca del primer término se ve una cabeza de perro, que quiere coger pájaros. La pareja es, induda-

(1) Prado, núm. 2.166 *f*.
(2) Prado, núm, 2.166 *h*.
(3) Prado, núm. 2.166 *g*.
(4) Prado, núm. 2.166 *i*.

blemente, aquella pintura del joven Goya que el marqués de Salamanca separó de la pared y condujo á Vista Alegre. En el catálogo de la subasta de tan célebre colección no se encuentra ningún cuadro que pueda identificarse con aquél. Por su asunto, podría ser uno de la colección de San Telmo. También allí se ve un ancho cielo, y en el borde inferior, varias cabezas fantásticas que, por su estilo, tienen estrecho parentesco con nuestras pinturas. Pero, como cierta diferencia en las medidas hace inverosímil que sea éste el lienzo destruído, quizá fuera un estudio del planeado, pero no terminado, cuadro de Goya, que después pintó el hijo.

Los cuadros de las ventanas se han oscurecido mucho. Son «Políticos leyendo y mujeres charlando» (1). Las laterales, más largas, del piso de arriba, están divididas, pues las ventanas no daban sus dimensiones (2).

Aun menos que las figuras del interior podemos ver aquí escenas de la vida. La composición aparece más clara, no tan recargada. También el color está más cuidado y tratado con más libertad. El elemento de paisaje, al cual se adaptan las figuras muy naturalmente, entonado con mucho gusto, es aquí muy favorable.

El catálogo del Prado señala, en su núm. 2.166 *d*, como Parcas, cuatro figuras fabulosas, con anteojos y tijeras, que miran en las cuatro direcciones. Que Goya no haya estado exacto en el número, es indiferente. Con razón se ha hecho ver (3) que estas vigorosas siluetas recuerdan los superhombres de Miguel Angel.

El cuadro vecino de la izquierda lo formaban los dos hombres enterrados hasta la rodilla, y que se pegan á ciegas con

(1) Prado, núm. 2.166 *m* y *l*.

(2) «El Aquelarre» y la «Romería» son de 4,38 largo, y los dos del piso de arriba exigen un espacio de 5,32. ¿Dónde quedaba el sitio para la ventana?

(3) Iriarte, o. c., pág. 94.

garrotes (1). También aquí están las figuras puestas entre el cielo gris; detrás hay montañas, insuperablemente grandes en sus clásicas líneas.

Enfrente encontrábase aquel lienzo, rico en figuras, que la tradición señala como la peregrinación á la milagrosa fuente de San Isidro. Una interminable peregrinación de hombres y mujeres, á lo largo de escarpadas rocas, sobre la llanura desarbolada. Dolor y estúpida indiferencia, astucia y malicia, expresan aquellos desencajados rostros (2). En los últimos cuadros de la serie (3) se ve moverse á dos demonios sobre una especie de nube. Con las manos extendidas señala uno á la fortaleza que hay sobre escarpada roca, en forma de cono, mientras que el otro, envuelto en una capa gris, retrocede espantado, y en el suelo caballeros y peones.

¡Fuerte, invencible alma, la que elegía para compañeros tan monstruosa sociedad!

En tan espantoso ambiente nacieron los «Proverbios». En ellos vemos figuras tan fantásticas y siniestras como las de los muros; la misma entonación opresora y angustiosa reina, como íncubo, en toda la obra. Sólo se han conservado algunos estudios en rojo. Goya se detiene aquí poco en la forma: el movimiento es para él todo. Trabájala con amplio y enérgico trazo sobre el cobre, y él, que solía antes copiar el dibujo escrupulosamente, hace ahora importantes variaciones en la plancha. Son muy raras las pruebas con tan visibles correcciones, la mayor parte antes de la preparación, con el aguatinta. Algunas hojas están hechas, en manera inusitada, con rayas verticales, y á lo que parece, sólo ulteriormente diseñadas. Ninguna lleva fecha.

El artista no pudo ver terminadas estas obras ni gozar de la gloria de su trabajo. Un negociante de Madrid publicó en

---

(1) Prado, núm. 2.166 *e*.
(2) Prado, núm. 2.166 *b*.
(3) Prado, núm. 2.166 *c*.

1850 escaso número de ellas. La edición en libro apareció catorce años después, bajo el siguiente título: «Los proverbios de diez y ocho láminas inventadas y grabadas al agua fuerte por D. Francisco Goya; publícala la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, Madrid 1864.» Otras cuatro planchas, que pertenecen á esta serie por su forma y contenido, de las cuales, sin embargo, no se conocen estampas antiguas, se publicaron en 1877 en la revista *L'Art* y en la publicación sobre Goya del autor de este libro.

El título de «Proverbios» se refiere difícilmente á antigua tradición, y en realidad no tiene ningún sentido. Son caprichos de más tamaño. La dificultad de entender el asunto crece por la falta de epígrafes. Sólo en algunas hojas huy criaturas de carne y hueso de palpable realidad. Un recuerdo de la juventud es el «Pelele», las mujeres manteando á un muñeco. Pero ¡cuán intencionado es aquí el movimiento, qué animación produce en las mujeres el inocente juego, qué enconado retozo, qué rabiosa pasión, furor y odio!

Las diferentes «Camorras», la «Mujer perseguida» las «Bailadoras de castañuelas», «Los comedores en la rama», «El intento de fuga», todos estos asuntos son comprensibles, sin necesidad de recurrir á interpretaciones políticas. Pero lo que hace á la mayor parte de estas hojas tan interesantes, es lo inexplicado é inexplicable del asunto. En vano se trata de coger el hilo de sus útiles pensamientos y de seguir al autor en el abismo sin fondo de su fantasía. Aquellos aparecidos fabulosos no nos espantan, sino que se apoderan de nosotros con poderosa fuerza. Un indescriptible terror, sin forma concreta, un temor sin causa, indecible malestar. Parece oirse á aquellos fantasmas zumbar por el aire, lanzar gritos de indecible angustia, como lechuzas de noche en los cementerios. Danza de la muerte al son de las castañetas (4), cabezas sin cuerpos, con largos cabellos ondeantes, pasando como cometas, etc. Sólo Dante pudo pintar cosas parecidas. Un monstruo de forma de hipopótamo tritura despiadadamente con sus quijadas á una her-

mosa doncella, y sus ojos brillan codiciosos (10). Un corcel encabritado sujeta á la amazona con los dientes, sacudiéndola sin misericordia (10). Como la niebla en el crepúsculo, se eleva de la tierra el nocturno ejército (18).

Así como Göethe escribía, para librarse de la opresión de sus obras, así Goya necesitaba también echar de sí todo lo que pesaba sobre su alma, dándolo forma. Por eso le era indiferente el que sus hojas circulasen ó no. A esta causa debe su extraordinaria frescura espiritual, su simpatía hasta su vejez por todo lo humano.

*
* *

Lo que hay que decir sobre los últimos años de Goya, pronto está dicho. Es admirable el vigor para el trabajo que conservaba á los setenta años.

El excelente retrato de D. Manuel García, vestido de color pardo, á la moda, el padre de la Malibrán, lleva la fecha de 1815. La duquesa de Abrantes (colección Bamberger, París), pintado en 1816, no es la esposa escribiendo las memorias de Junot, sino que estaba casada con un miembro de la casa de Braganza de Portugal, y cuya familia conserva aún hoy el retrato.

Aquel mismo año retrató al duque de Osuna, hijo de su protector, muerto en 1807. También le había retratado de niño. El retrato de éste, á los treinta años, de pie, con un anteojo que figuró en la subasta á la muerte de Goya, no es más que un trabajo de Ramón Esteve, retocado por él, vendido el 4 de Enero de 1799 en 3.000 reales. También del retrato de 1816 hay un recibo en que figura haber cobrado Goya 4.000 reales solamente. Don Francisco de Borja está durante un viaje á caballo para inspeccionar sus posesiones, apoyado en una piedra, en actitud de leer una carta, mientras le mira en el fondo el caballerizo junto á un caballo andaluz. Hay esparcidos tonos vivos hasta en el traje del criado. Nubes parduzcas cubren el cielo, y la niebla cubre el valle. Las verdes rocas re-

cuerdan, por su forma y color, á las de la Quinta, por lo que me inclino á creer que el cuadro sin fecha pertenece á aquella época.

El vivir extramuros, llevó de nuevo á Goya á la Naturaleza, y el paisaje, para el cual siempre demostró grandes dotes, que, sin embargo, no derrochó en sus retratos, recobra aquí sus fueros. Los dos raros colores de paisaje, con iguales formaciones rocosas que en la Quinta, dan de ello una muestra. Pero estos y otros trabajos semejantes no son, como parece, copia de la Naturaleza, sino un corriente trabajo de estilo. Y precisamente por esto produce su obra maestra la gran «Cucaña», con sus fuertes contrastes, un efecto tan profundo. Un cielo azul intenso, como sólo se ve en el Sur; reflejos deslumbrantes del sol de la tarde sobre las blancas paredes de los cortijos, y las figuras delante moviéndose en la sombra de una nube.

Rara vez llega un artista á emplear con éxito tan atrevido conjunto de colores y estudio de luz. «El Prometeo», de Poussin, se acerca mucho á este cuadro emocionante, y también es muy adecuada la designación de «paisaje heroico».

El estudio de este cuadro es extraordinariamente rico en enseñanzas, porque tal impresión es, en cuanto á verdad, de lo más finamente pensado y ejecutado. El cielo azul, pintado de rojo por debajo, está, para realzar su luminosidad, surcado de irregulares pinceladas de cinabrio. En el grupo de mulas del medio fondo, bastó al artista, seguro de su efecto, acusar el contorno.

La brillante pareja de este cuadro, «Una escena de Carnaval», antes en la colección Cuerfoes, en Bayona, ha cambiado de dueño frecuentemente en los últimos tiempos.

A pesar de su avanzada edad, no retrocedió Goya ante un viaje tan largo y peligroso como el de Andalucía, al recibir en 1817 el encargo de pintar las Santas Justa y Rufina para la catedral de Sevilla. Halló amable hospitalidad en casa del pintor D. José María Arango, á cuyo hijo retrató en agradecimiento.

Las virginales patronas de Sevilla eran hijas de una alfarera de Triana. Perseguidas bajo Diocleciano, á causa de su fe, huyeron á un bosque, en donde los lobos les lamían las heridas de los pies. Cuando aparecieron en las fiestas de Adonis, cayó en ruinas la estatua de Venus. Cuando alcanzaron la palma del martirio, las bienaventuradas fueron propicias á su país, entretanto convertido al cristianismo. En los casos en que amenazaba peligro, aparecían protegiendo al signo de la ciudad, á la Giralda. Así fueron pintadas repetidas veces por Alejo Fernández hasta Murillo.

Para Goya, aragonés, carecían de importancia nacional. Cuéntase que utilizó para modelo de su cuadro muchachas de mala nota (1). También prescindió de la leyenda de la Giralda. La hermosa torre, con la gran catedral en el fondo, sólo le dió el calor local. En vez de los atributos legendarios, ostentan las vírgenes horribles pucheros, símbolo de su origen. Pero no faltan los leones lamiendo sus pies y los pedazos de la estatua de Venus rotos á sus pies, á la manera de los instrumentos musicales de la Santa Cecilia, de Rafael, así como la posición de las figuras despiertan recuerdos del cuadro de Murillo. La pintura es muy lisa, la carnación blanquecina y el fondo azul acero. El negro, amarillo, rojo y verde forman las más fuertes entonaciones. Las cabezas, sobre todo si se las compara con las de Murillo, parecen vulgares y faltas de expresión, y cuando Cean Bermúdez, en éxtasis meridional, consideró á las santas mujeres como el mejor cuadro religioso del maestro, no faltó quien se riese de él (2).

---

(1) The Porfolio, pág. 86.

(2) Tambien hay en Sevilla Inválidos que á todo se atreven, electrizados por el quadro de Goya y sus elogiadores: y uno de ellos, que flaquea de Satírico, dirige al eminente profesor este

SONETO

Que viva Goya, exclama entusiasmada
Sevilla, al contemplar su obra divina:

En sus últimos años volvió á ocuparse Goya en cuadros religiosos. Conocemos un conjunto de ingeniosos bocetos que se distinguen por su amplia manera y concepción realista. En

---

viva por el lugar que le destina,
Su ilustre catedral, gloria abreviada.
Viva el sabio Ceán que analizada
La eterniza con pluma peregrina:
Y de Brabo y Rincón la rica mina
En elegantes versos señalada.
¿Quieres más, caro Goya, nuevo Apeles,
Para que en las verdades venideras
Se vayan repitiendo tus loores?
Pues sabe, que el verdor de tus laureles
Lo han de fixar la envidia y rabia fieras
Con que muerden tu cuadro estos Pintores.

Egerton, 553, pág. 87.

En loor del quadro de Santas Justa y Rufina, que para la catedral de Sevilla pintó el célebre don Francisco de Goya, y analizó don Juan Agustin Cean Bermudez, en un discurso publicado en la *Crónica Científica y Literaria*, del martes 9 de Diciembre de 1817:

SONETO

Justa y Rufina, en tabla primorosa,
Triunfantes van al templo sevillano,
Obra del Guido, César augustano,
Que analiza una pluma laboriosa.
Los fragmentos se ven de estatua hermosa
De aquella Venus que adoró el pagano,
Rindiendo del artífice á la mano
Tanta veneracion como á su diosa.
Inventa Goya lo que Cean describe:
Trabajan ambos con destreza suma.
Nuevo explendor la profesion recibe,
L'Análisis, del arte breve suma
Confronta con el quadro, y se percibe
Que si es diestro el pincel, diestra es la suma.

G. B. DE B.

Egerton, pág. 553, 88.

Habiendo visto el Excmo. Señor Comisario general de la Cruzada, ca-

todos ellos domina una entonación fundamental opaca. «El arrepentimiento de Pedro» no es más que un estudio del natural. Una «Santa Isabel curando enfermos» y el «Milagro de San Ildefonso», bastantes ricos ambos en figuras, fueron pintados indudablemente, á juzgar por sus grandes dimensiones, para altares. El «Cristo en el Huerto de Getsemaní», que se distingue por su efecto de luz, lleva la fecha de 1819. Al siguiente año corresponde la «Comunión de San José de Calasanz», para la iglesia de San Antonio Abad, de la calle de Hortaleza, de Madrid, cuyo magistral boceto regaló León Bonmat con sus otras joyas artísticas á Bayona, su ciudad natal. Es un cuadro triste en aquel ambiente apagado y angustioso de iglesia, entre grises paredes desguarnecidas, que en su mísera iluminación sólo se reconoce á la mañana. Un anciano flaco, sumido en la

---

nónigo de Sevilla, el quadro que para aquella Santa Iglesia pintó don Francisco de Goya, representando con la mayor gracia y hermosura á las Santas Justa y Rufina, dixo E. S. que harian grande impresion en las damas sevillanas; y con este discreto elogio se ha dado ocasion á un inválido, que lo es en todos sentidos, para que intente escribir este

SONETO

Lavan sin Dios concibe ideas vanas;
Obra en Jacob prodigios su asistencia,
Y en las ovejas mística influencia
Alterna los colores de las lanas.
Quizá en el quadro de las dos hermanas
No gobierna el pincel la comun ciencia:
Guíale inescrutable Providencia
Para espejo de damas sevillanas.
Mírense, pues, en esos dos ojetos;
Alejen impresiones peregrinas;
A las causas respondan los efetos;
Sus almas copien formas tan divinas
É imprímanlas de modo allá en sus fetos,
Que paran muchas Justas y Rufinas.

G. B. DE B.

agonía, recibe con los ojos cerrados, de las manos del sacerdote, la última comunión. Con apagado canturreo entonan los niños en el fondo la letanía, y de aquellos imbéciles rostros no brota una chispa de simpatía. ¡Con qué fe pintaron asuntos semejantes Caracci y Domenichino! Sin embargo, en aquel desolado ambiente se ve una mano maestra, fiel á la verdad, por cruel que sea, y entre todo, en los finos matices de la luz.

También conocemos un gran cuadro de Historia, de este tiempo: «Una asamblea de hombres del pueblo, presidida por el rey Fernando»; indudablemente, destinado á un recinto iluminado lateralmente, como la sala que representa el cuadro. (Museo de Castres. Estudio en el Museo del emperador Federico, de Berlín.)

En recuerdo de «Las Meninas», trató Goya de hacer perspectiva. La luz amarilla del sol refleja en el piso rojo hasta el techo oscuro, con la araña de cristal de roca, tiñendo de rojo todos los objetos, incluso el almohadón del rey y su Consejo, uniformado de caballeros y sacerdotes. Lo demás del cuadro es gris, y la carnación y los trajes sombreados. Entre los espectadores, que en parte llevan peluca, hay cierta agitación: algunos hablan con el vecino, otros miran aburridos al aire ó al suelo. Sólo á Fernando se le reconoce fácilmente; las demás cabezas piérdense en la sombra.

Mientras no tengamos noticias de quién encargó el cuadro, y dónde se hallaba antes de que apareciese en el mercado de Madrid, carecen de valor todos los intentos de explicación del asunto. La circunstancia de que los asistentes están colocados en cinco filas, favorece la hipótesis de que el cuadro represente una sesión de los cinco gremios de comerciantes de Madrid. En la antigua fotografía de Laurent, el cuadro se titula el «Consejo de Filipinas» (1).

---

(1) Fernando Labau, con motivo de un estudio en la Galería de Berlín, en el *Anuario de la Real Colección Prusiana*, 1900, XXI, pág. 177, hace una ingeniosa valuación estética del cuadro. Sin embargo, yo, a ver el

Los pocos retratos de Goya de esta época muestran extraordinaria madurez de espíritu. Son, en su mayor parte, de amigos ó colegas, en cuya caracterización ponía todas sus facultades. D. José Luis Munarriz, secretario general de la Academia de San Fernando, muestra notable semejanza con Walter Scott, Virgilio, Horacio, Petrarca, Camöens y el Spectator, son sus lecturas. El director de este Instituto, el arquitecto D. Juan Antonio Cuervo, fué retratado por Goya en el año siguiente de 1819, de uniforme (Colección Durán Ruel, París). Otro arquitecto, D. Tiburcio Pérez, á quien el maestro confió su hija adoptiva, Rosario Weiss, durante su viaje á París, pertenecía á los íntimos de su casa (Colección Durán Ruel, París). El maestro nos ha transmitido su vigorosa figura en mangas de camisa, según estaba en casa. También son dignos de mención algunos retratos de mujeres bellas, como el de D.ª Antonia Zárate, madre del poeta, y que posee D.ª Adelaida, viuda de Albacete, y la «Dama del guante», del Louvre.

Grave enfermedad puso á Goya, á fines del año 1819, á las puertas de la muerte. De ella le curó la pericia de su médico, Arrieta. Una especie de cuadro votivo le representa en gravísimo estado, con los ojos cerrados, en brazos de su salvador, que le hace beber, mientras sus manos arañan la sábana, un tónico. Los tres monjes arrodillados caracterizan la gravedad de la situación. Perdido el original, sólo quedan copias.

Una muestra del incansable interés de Goya por el arte, es que, aun en su última edad, enseñaba á los jóvenes. Fernando VII manifestaba singular interés por la litografía, y creó un establecimiento oficial que, bajo la afortunada dirección de Madrazo el viejo, había de dar hermosos frutos. También aquí mostró Goya su indiferencia por la publicación de

---

original, no pude asentir á sus conjeturas de que el hombre sentado al lado del rey sea Aristizábal, y que la figura en pie, en la puerta, sea Goya. El cuadro mencionado allí y en la antigua literatura A's, en el Museo Naval de Madrid, no existe ya.

sus creaciones gráficas. Parece ser que pintó pocos ejemplares; al menos estas hojas andan muy escasas. Como primer ensayo de la litografía de Goya, puede tenerse al «Monje con el crucifijo», del cual conocemos un ejemplar en el R. Rupferlich Kabinet de Berlín. «Las hilanderas» y «El duelo» están fechados en principios de 1819. Con éstos se pueden clasificar, en cuanto á su fecha, las dos parejas amatorias, de las cuales la segunda, seguramente, no fué destinada á la publicación; quizá también «El sueño» y «El toro perseguido por perros». Goya, en algunos ejemplares, utilizó hojas que llevaban al dorso prueba de Cardano: se debe creer que éste le sirvió de estímulo y de guía. Sus trabajos litográficos sufrieron, por su enfermedad y después por el viaje á Francia, larga interrupción.

El motivo de abandonar su patria no fué sólo el cuidado de su salud. La mayor parte de sus amigos habían muerto ó estaban en el destierro; su hijo se había casado, y con la corte de Fernando no le ligaba simpatía alguna. España no gozaba aún de tranquilidad interior, y la lucha por la Constitución, la revolución y la expulsión de Fernando, todo contribuía á hacerle enojosa la estancia en Madrid. De sus cartas se desprende que se quejaba de no ser comprendido, y produce la impresión como si temiese ser perseguido por sus atrevidas manifestaciones de los grabados.

El 30 de Mayo de 1824 se le concedió un permiso de seis meses para ir á las aguas minerales de Plombières, «con el objeto de mitigar sus dolencias» (1). Parece que quitó la casa y confió para su educación, en manos del arquitecto D. Tiburcio Pérez, á su hija adoptiva Rosario. No descuidó éste su hermosa inteligencia. Goya mismo instruía á «esta célebre criatura» (2) desde los siete años, y la permitió, para no atormentarla con enojosos ejercicios preparatorios, pintar caricaturas á la pluma. Pérez la enseñó el carbón y la tinta china.

(1) Viñaza, o. c., pág. 67.

(2) En castellano en el original.

De paso para el manantial lorenés, llevó á Goya á Bordeaux. Su antiguo amigo el poeta Moratín, que allí estaba desterrado, hace del pintor la siguiente descripción en una carta de 27 de Junio: «Llegó, en efecto, Goya, viejo, torpe y débil, y sin saber una palabra de francés y sin traer un criado (que nadie más que él lo necesita), y tan contento y tan deseoso de ver mundo. Aquí estuvo tres días: dos de ellos comió con nosotros, en calidad de joven alumno. Le he exhortado á que se vuelva en Septiembre, y no se enlodacine en París, y se deje sorprender del invierno, que acabaría con él. Lleva una carta para que Arnao vea donde acomodarle, y tome con él cuantas precauciones se necesitan, que son muchas, y la principal de ellas, á mi entender, que no salga de casa sino en coche; pero no sé si se prestará á esta condición. Allá veremos si el tal viaje le deja vivo. Mucho sentiría que le sucediera algún trabajo.»

El 8 de Julio estaba el maestro en París. Arnao le atendió y le proporcionó hospedaje en casa de unos parientes de su nuera.

Probablemente se refiere al presidente del Ministerio de 1841, D. Joaquín María Ferrer, y á su esposa D.ª Manuela de Alvarez Coiñas, á los cuales escribió el viejo maestro en los años siguientes varias cartas muy afectuosas, en las cuales elogiaba calurosamente á su graciosa hija (1). Por indicación de los médicos, ó quizá porque la estación estaba ya muy avanzada, renunció al viaje á Plombières; tampoco su estancia en París llegó, si se cuenta el tiempo del viaje, á dos meses apenas. Así que no se puede creer que tuviera largo trato con artistas. Nada prueba que fuese á París para calentarse al sol del arte francés, idea de que se jactan algunos escritores franceses.

(1) Las siguientes cartas las debo, por mediación de D. Aureliano de Beruete, á su dueño el marqués de Seoane, descendiente de Ferrer.

Bureux 28 Otbre de 1824.

My mayor amigo. No me he atre vido á escrivir de su célebre viage, por ser yo tan inferior de talento y por faltarme muchas luces q.e V.

Retrató á su huésped y á su bella esposa en trajes sencillos y sin pretensiones (Colección conde de Caudilla, marquesa de Baroja). También pintó en París una corrida, de que también hizo litografía.

---

posee pero le pido que disimule V. mi mo lestia y me responda con franqueza.

Esta celebre criatura quiere aprender á pintar de miniatura, y yo tambien quiero por ser el fenómeno tal vez mayor que habrá en el mundo de su edad hacer lo que hace, la acompañan cualidades muy apreciables como V. verá si me favorece en contribuir á ello, quisiera yo enviarle á París p^{r} algun tiempo pero quisiera que V. latubiera como si fuera hija mia ofreciéndole á V. la recompensa ya con mis otros ó con mis haberes le envio á V. una pequeña señal de las cosas que hace q.^{e} an pasmado á Madrid á todos los profesores como espero que sea ay lo mismo, en señe lo V. á todos los profesores y en especial al Incomparable Monsieur Martin y si no fuera por abultar la carta podia enviar muchas mas: á mi S.^{ra} D.^{a} Manuela y Don José mil expresiones en otra carta le diré á V. lo q^{e} ago en este hermoso pueblo Mil cosas á D^{ña} Vicenta y familia y con especialidad á la Sirena.

Desea su mayor Amigo

Vivo Cour.^{s} de Tourni N.^{o} 94 Fran.^{o} de Goya

Burdeaux 6 de Diciembre 1825.

Sr. D.^{n} Joaquín Ferrer, mi apreciable amigo. Con motivo de ir á París el S.^{r} de Baranda le enviaba á V. un ensayo litográfico q.^{e} representa una corrida de novillos á fin de q.^{e} la viese V. y el amigo Cardano y si la encontraban digna de despachar algunos enviaré los q.^{e} quisiere; este escrito lo metí en la estampa y no teniendo noticia, vuelvo á suplicarle á V. me avise p.^{r} q.^{e} tengo echos tres más del mismo tamaño y asunto de toros.

Por el amigo Cardano supe con el mayor placer de la salud de V. y de mi S.^{ra} D.^{a} Manuela y la ermosa hija que el cielo le a dado á V. que sea enhorabuena y mil parabienes memorias y felicidades q.^{e} desea su mas aff.^{to} amigo y S^{dor}.

Vivo Rue Croix Blanche N.^{o} 10 *Fr.^{o} de Goya*

Y si nos morimos q.^{e} nos entierren.

El 20 de Septiembre estaba ya instalado en Bordeaux, adonde le siguió D.ª Leocadia con sus niños, en Cours de Tourney, núm. 24, un buen Gautier bien situado, que pronto dejó por otra casa mejor, con luz del Norte y del Mediodía y hasta con su pequeño jardín (rue Croix Blanche, núm. 10). Moratín nos hace un relato de aquella vida tranquila: «Doña Leocadia, con su acostumbrada intrepidez, reniega á ratos, y á ratos se divierte. La Mariquita (así llamaba á la pequeña Rosario) habla francés como una cotorra, cose y brinca y se entretiene con algunas gravacholas de su edad.» También refe-

---

Burdeos 20 de Dic.bre 1823

Sr. D.n Joaquin Ferrer

Mi estimado amigo. He recivido la apreciable de V. del 13 con el mayor gusto estimando el cuidado q.e ha tenido de saber de mi y mi salud en un término tan largo de tiempo, celebro mucho el q.e ayan V.s pasado el verano con su ermosa niña en ese pueblo.

Quedo enterado y convencido de lo que V. me dice de las estampas de toros, pero como yo pense mas en q.e las vieran los conocedores artísticos q.e en esa gran corte abundan, y tambien la gran porcion de gente que las avra visto sin contar el número de españoles, cree que era facil dandolas á un estampero sin decir mi nombre, y á poco precio podia abese hecho: Lo que me dice V. de los caprichos no puede ser, por que las laminas las cedí al Rey mas ha de 20 años como las demas cosas q.e he grabado q.e estan en la calcografía de S. M. y con todo eso me acusaron á la Santa ni yo las copiaria p.r q.e tengo mejores ocurrencias para q.e se vendieran con más utilidad. Es cierto q.e el invierno pasado pinte sobre marfil y tengo una coleccion de cerca de 40 ensayos pero es miniatura original que yo jamas he visto porque no está hecha á puntos y cosas q.e mas se parecen á los pinceles de Velazquez q.e á los de Mens.

Agradezcame V. mucho estas malas letras porq.e ni vista ni pulso ni pluma ni tintero todo me falta y solo la voluntad me sobra, de mes á mes tomo la pluma para Paco q.e es solo á quien he escrito á España. A D.ña Manuela no se me ocurre expresion que basta como á los señores de de Arnao su S.ra hijos Sirena su hermana y al pintor mi amigo y a todos los q.e me han favorecido, accabo con decir q.e de mi parte de V. y S.ra Un beso á la ermosa Niña y no dice mas

Mr. *J. de Ferrer* Rue Bla N.o 15 *Fr.o de Goya*
París.

ría el gobierno de D.ª Leocadia, la cual cambiaba de humor á menudo, y la armonía no era siempre la mejor; que Mariquita cantaba como un jilguero francés, se llegaba á ella, saltaba á su alrededor y la serenaba con sus ocurrencias infantiles. «El viejo maestro era tan abnegado, que para proporcionar á su protegida una buena educación artística, no vaciló en separarse de ella. Hablaba con calor de sus talentos.» «Esta célebre criatura quiere aprender la miniatura, y yo también quiero, por ser el fenómeno, tal vez, mayor que habrá en el mundo de su edad hacer lo que hace.» Como demostrase inclinación á la miniatura, quiso enviarla á París, si su amigo le prometía tratarla como hija suya. De cómo se desbarató el proyecto, no dice nada la carta siguiente.

Ya en Enero de 1825, prolongó Goya su permiso á siete meses, con lo que pudo tomar las aguas de Bagnères para su gota (1). Sin embargo, prefirió, finalmente, la tranquila residencia en Bordeaux al suave pueblo de los Pirineos, que también tenía bañistas en invierno. El 28 de Junio escribía Moratín: «Goya escapó por esta vez al Aqueronte avaro; está muy arrugadillo y pinta que se las pela, sin querer corregir jamás nada de lo que pinta.»

Gran número de expatriados españoles rivalizaban por hacerle agradable la vida al viejo, y el clima suave le sentaba á las mil maravillas. El 14 de Abril de 1825 escribía Moratín: «Le gusta la ciudad, el campo, el clima, los comestibles, la independencia y la tranquilidad que disfruta. Desde que está aquí, no ha tenido ninguno de los males que le incomodaban allá.»

Retrataba á sus amigos, á Moratín, á D. Pío de Molina, á D. Manuel Silvela y al banquero D. Juan Muguiro. Todos estos hombres tenían algo de inspirados, y estaban, como el mismo artista, por encima de las cosas.

En la familia de D. Martín Miguel de Goicoechea, sólo nue-

(1) Viñaza: o. c., pág. 67.

ve años más joven que él, pariente de su hija política, de Navarra, encontró Goya amigable acogida y después descanso eterno en su mismo panteón.

El joven pintor de marinas, D. Antonio de Brugada, adhirióse á él de todo corazón.

El amable joven solía acompañar por las calles al anciano, medio ciego; cuando, luego, sus fuerzas le abandonaron, decía: «Todo el mundo debe notar que el viejo Goya no puede andar ni oir.» Brugada solía hacer música para el que, desde hacía años, no podía percibir un cañonazo. Cuando cantaba al estilo popular, los pensamientos del maestro volaban hacia la patria, y creía reconocer en el temblor de las cuerdas qué clase de acorde sonaba. Goya regaló á Brugada, como recuerdo, su paleta, que éste guardó como reliquia.

Un hermoso crepúsculo de su vida le estaba destinado al maestro en este «hermoso pueblo»: una última llamarada de su arte.

Volvió á la litografía con cuadros de la patria: «Una bailadora», «Una riña», etc. No retrocedía ni ante las grandes planchas, tratando la piedra sobre el caballete como un cuadro. «Para rejuvenecer su corazón», pintaba corridas de toros. Más de veinte años hacía desde los cuadros de bravura del americano Ceballos; pero el apasionado deportista se acordaba de ellos. Con casi incomprensible modestia, pedía á su protector de París que ofreciesen á los comerciantes aquellas hojas por ínfimo precio, para que las publicasen anónimas. Bastante malas fueron las experiencias que hizo con otros trabajos gráficos. Estas últimas planchas no tienen nada de senil; se distinguen de la Jansomasia por mayor movimiento y vida. Se deben mirar desde lejos estas formas confusas, y se nota en ellas, como en todas las de aquel tiempo, que el maestro trabajaba con dos pares de gafas, y á veces tenía que usar lente de aumento.

También han quedado de sus últimos años corridas de toros, pintadas. Una de éstas (antes en la Colección Eissler, en

Viena) aparece unida á la litografía, con el cuadro de bravura del famoso americano Ceballos. Empleaba un papel amarillento, que debía dar el tono de la arena ó la madera de las localidades. De aquí resultaba una alegría de color que falta en otros cuadros posteriores, y aquellas movidas figuras, á una luz vibrante, son testimonio de su inagotable fuerza creadora. Henry Rochefort poseía dos de estos cuadros, llenos de vida, y Berlín adquirió, no hace mucho, un tercero.

Algunas preciosas figuras de género, como «La aguadora», de Budapest; «La lechera» y «El sueño poético», de Berlín, pertenecen á lo mejor de sus creaciones. A éstos se debe agregar «Los pájaros muertos», del mismo tiempo, pintados con terrible realismo (Museo del Prado, Madrid).

Después hablaremos de sus miniaturas; por último, entre algunos cuadros bastante vulgares, no veo nada digno del maestro.

Y aún queda por explicar suficientemente lo que quiere decir un pasaje de una carta que habla de «miniatura original». Hablábase de que poseía cuarenta ensayos, que recordaban á Velázquez y Mengs. Bajo esta rúbrica se comprenden algunos bocetos populares, al estilo de las pinturas de «La quinta».

Entre los dibujos de su testamento, encuéntrase material para varias series completas, y que, sin duda, pensaba publicar en grabado, más probablemente que en litografía. Así, una serie de duelistas, de la cual tomó dos para litografías, y otra que reproducía horrores de la Inquisición, restablecida por Fernando. Junto á los prisioneros y la sala del tormento encuéntranse también otros grupos. Algunos títulos son conmovedores: «Mejor es morir», repetido; «Pocas horas te faltan» ó «Muchos han acabado así». Una hoja recuerda el tormento de Galileo; otra al escultor Torrigiani, condenado como hereje en Sevilla, por el realismo de su arte.

Sin embargo, también aquí triunfa, por último, su invencible optimismo. En el cielo aparece la balanza de la justicia; se acerca la libertad: «Lux ex tenebris». La «Divina razón»,

arroja á los chillones pajarracos nocturnos, y para siempre, el sacerdote hipócrita, depondrá su máscara (se desnuda siempre).

Estas hojas, en octavo mayor, de sus últimos tiempos, en tinta china ó sepia, están tratadas, en su mayor parte, con tonicidad. También empleaba con preferencia el lápiz-carbón negro, cuyas blandas líneas tan bien obedecen á la intención del pintor. El Museo del Prado conserva numerosas pruebas de tales hojas, de Valentín Carderera. Unas cien se repartieron, á la muerte de Federico de Madrazo, entre su yerno y discípulo predilecto. Fueron repartidas: Mariano Fortuny, cincuenta y seis, entre las cuales, que guardaba piadosamente su viuda en Venecia, encuéntrase su notable autorretrato. Bernardino Montañés, que pintó la cúpula mayor de la Virgen del Pilar, de Zaragoza, treinta y ocho. Las restantes las posee hoy don Aureliano de Beruete. Pertenecen, como las hojas del Prado y de la Biblioteca Nacional, á aquellas 300 que Matesón señalaba como propiedad de D. Manuel Garreta, que también poseía los cobres de «La tauromaquia». También el marqués de Casa Jiménez expuso, en 1900, treinta y dos hojas de diferentes épocas, que después se vendieron. Varias llevan la indicación del artista; muy pocas tienen fecha y la mayor parte ostentan ingeniosos epígrafes humorísticos.

Son estudios del natural: Procesiones ó cosas raras que le llamaban la atención del extranjero. «La guillotine» (castigo francés), «Un esqueleto vivo», «Indios», etc. Como en los «Caprichos», vemos parejas de novios, adúlteros, mendigos, avaros, hermanas de la caridad, santurrones, curas codiciosos, brujas y demonios.

Como entonces estaba de moda Damnier, en Francia, se encuentran también caricaturas como «El animal de letras», un monstruo con cabeza de perro y brazos de hombre. Otras son verdaderamente intencionadas. Diógenes busca un hombre con la linterna: «No lo encontrarás». Magdalena «cuando muere el amante se mete monja.» Un viejo se arrastra peno-

samente sobre muletas: «Así suelen acabar hombres útiles». «Salvaje lo es menos que otros».

A pesar de su cómoda vida, sentía Goya una inquietud constante: «Goya, con sus setenta y nueve Pascuas floridas y sus alifafes, ni sabe lo que espera, ni lo que quiere...; á veces, se le pone en la cabeza que en Madrid tiene mucho que hacer, y si le dejaran, se pondría en camino sobre una mula zaina, con su montera, su capote, sus estribos de nogal, su bota y sus alforjas.» El 7 de Mayo del siguiente año escribían: «... uno es el viaje de Goya, que será dentro de tres ó quatro dias, dispuesto como él arregla siempre sus viajes: se va solo y mal contento de los franceses. Si tiene fortuna de que nada le duela en el camino, bien le puedes dar la enhorabuena; y si no llega, no lo extrañes, porque el menor malecillo le puede dejar tieso en un rincon de una posada». Pero llegó. Aquella invencible criatura, que despreciaba toda comodidad, venció tales fatigas.

En la corte recibió su paga anual y el deseado nuevo permiso (1). La única condición que le puso Fernando, era que se dejase retratar de su pintor de cámara. Vicente López, cuyos magníficos retratos aún no han sido estimados en lo que valen (Goya dijo de él que su paleta igualaba á la pompa florida de su país, Valencia), creó una obra maestra. Al viejo le encantó tanto el retrato, hecho en pocas horas, que, para impedir al artista que le retocase (2), le propuso enseñarle unos cuantos pases de muleta. Rosario Weiss litografió el cuadro, que hoy se conserva en el Prado (3). Cuando Goya, en desquite, cogió la paleta á su vez, su mano, fría, temblaba y no le obedeció ya.

Ya el 15 de Julio de 1826, como atestigua Moratín, había

(1) 17 Junio 1826. Viñaza: o. c., pág. 69.

(2) José Caveda: Memorias para la historia de la Real Academia de San Fernando. Madrid, 1867. II, pág. 65.

(3) Un grabado de Luis Lucas en el Portfolio, 1879, pág. 68.

regresado á Bordeaux, acompañado de su nieto. Aún poseemos del siguiente año un vigoroso retrato de D. Juan Bautista de Muguiro, que señaló con el letrero de «á los ochenta y un año en Bordeaux, Mayo de 1827.» (Colección condesa viuda de Muguiro.)

En sus últimas cartas á su hijo habla de asuntos de dinero. Temía vivir noventa y nueve años, como Ticiano, y debía reunir toda su fortuna. Goicoechea y el francés Galos eran sus consejeros en tales asuntos, á los cuales parece que necesitaba, por su flaca memoria. (Y me hicieron firmar los recibos, que en verdad no sé más.)

En Enero de 1828, habla en las cartas á su hijo de una gran alegría (1). «Estoy loco de contento por la ultima tuya con tus

(1) Debo su conocimiento á la bondad de D. Ricardo de Madrazo.

Oy 24 Diciembre 1824.

Querido Javier: Ya ban 3 correos q.e me faltan tus apreciables cartas, no se porque no hago mas q.e Juicios; si abra alguno malo, pero yo Voy todos los dias á ver á D.n Martin y me aseguran q.e no hay novedad; si abre yo errado en proponer emplear lo recogido de las mesadas en una finca de las mas seguras q.e hay, no me parece q.e aya motivo, por que puede que me suceda lo q.e á Ticiano vivir hasta los 99 años, y no tener ningun otro recurso, y amas q.e esta finca á de pasar á mis erederos, como se lo dige á D.n Martin y á Mr. Galos q.e trataron y determinaron, y me icieron firmar los recibos; q.e en berdad no es mas sino q.e desde el dia 7 ho 9 corria ya la renta y q.e se cobraba los seis meses por Abril; ni tengo nada q.e pueda acreditar este contrato ni se si me lo daran. D.n Martin me dijo ayer q.e el impreso se lo quedaria Mr. Galos para cobrar. En estas cosas paso malas oras, y tambien me ocurre si me abran negado la prorroga (q.e nada se me daria como no me ubieran quitado el sueldo) por que me pondria en camino por mal mal tiempo que iciese. Esto ya te lo digo en otra, q.e aunq.e me gusta este pueblo no es suficiente p.a abandonaros y su Patria.

P. F.

In dorso: Espagna
A D. Javier de Goya
Calle de Valverde n.° 15
Madrid

Sello: Bordeaux

noticias de Jibraltar de tus viageros»; es decir, la familia de Paco, que anunciaba emprender su viaje á Bordeaux por mar hasta Barcelona, para estar allí un par de años. También es-

---

Rdo. d. 21. a.

Juebes 17 de Enero.

Qdo. Javier. Estoy loco de contento por la ultima tuya con tus noticias de Jibraltar de tus viageros. Se me paso el dia, y la reciviras esta un poco mas atrasada pero no importa conque vengan a aqui á pasar un par de años y tu quando puedas, estare muy contento, sin pensar en hir á beros.

Supongo como es debido, q.e estareis conmigo todo el tiempo q.e esteis en Bordeaux de hida y vuelta á Paris alomenos me lo figuro asi ya estoy previniendo todas las cosas para Vuestro recivimiento y estancia. Es preciso que me avises con tiempo cuando saldran de Barcelona y de todo q.e tu lo haces todo con preaccion y nada te se escapa, ya sabes lo que tenemos en casa de Galos q.e todo es buestro. Ayer me digeron que abian asesinado á Gallardo, y me ha incomodado mucho.

No tengo mejor rato q.e cuando recibo carta tuya. Da muchas espresiones á los Señores Muguiros q.e les estoy muy agradecido de los favores que han recibido los viageros en Jibraltar y á toda la familia y amigos de parte de tu P.e q.e te abraza

Paco de Goya

A D. Rafael Esteve mil cosas que me acuerdo mucho.

Espagne
A D.n Fran.co Javier de Goya
Calle de Valverde n.o 15 q.to p.
Madrid.

Sello: Bordeaux

Bordeaux 12 de Marzo 1828.

Qdo. Javier he recibido la tuya del 3 de Marzo, y beo q.e tienes mucha razon de estar sentido de la determinacion de tus viajantes, pero espero conseguir yo tu intento y el mio de q.e vayan á Paris y q.e se esten aqui temporada grande que es mejor pueblo este y mas propio para lo que necesita Ma.ro y luego que tienen q.e hacer ay? y tu deves benir tambien, y gastareis menos y el ir y benir puede ser muy provechoso, yo les are el gasto aqui y en Paris porque ya sabes lo q.e tiene Marianito en casa de Galos y el otro dia q.e fuí á tomar el dinero de una mesada le pregunte que cuanto faltaba para que la renta llegase á doce mil r. me respondio que lo q.e faltaba eran tres mil francos, por q.e yo no lo sabia si tu que

peraba á su amado hijo. Pero el itinerario del viaje hubo de variar, y la impaciencia alternaba con la alegría. Se entregó á los preparativos, que todos le parecían pocos, para mayor comodidad de los viajeros.

El tan ardientemente esperado arribo se prolongó hasta la primavera. El 26 de Marzo escribía: «Estoy muy impaciente aguardando á mis queridos viajeros y con cuidado: De todo lo que me dices en esta última tuya de q.e p.r estar conmigo más tiempo dejaran de yr á Paris es para mí la cosa de mayor gusto que me podias dar aquí deben estar con el mayor gusto y si tu vienes este verano era el todo que yo podia desear... Yo

---

eres tan curioso lo sabias miralo si no por tus papeles. Estoy esperando que lleguen y creo q.e tendre carta de ellos p.a estar prebenido.

A Dios q.e no tengo ganas de escribir mas tu P.

F. R. de Goya

A D.n Fran.co Javier de Goya	12.	P. 32. P.
Calle de Valverde n.o 15 q.to pl.	Sello: Mars	Bordeaux
Madrid	1828	5 R.

Bordeaux 26 de Marzo 1828.

Qdo. Javier. Estoy muy impaciente aguardando á mis queridos viageros y con cuidado. De todo lo q.e me dices en esta ultima tuya de q.e por estar con migo mas tiempo dejaran de yr á Paris es para mi la cosa de mayor gusto q.e me podias dar aqui deben estar con el mayor gusto y si tu vienes este verano era el todo q.e yo podra desear.

El sabado estube en casa de Mr. Galos y recivi las dos mesadas que me remitiste y aun me queda la otra letra de 979 Fs y si me envias las dos mesadas, pienso poner en la renta hasta los doce mil r. anuales q.e es una finca perpetua para M.no y sus descendientes; no es verdad?

Yo me hallo mucho mejor y tengo esperanza de quedar como estaba antes del ynsulto, y la mejoria se la devo á Molina q.e me ha estado dicien.do q.e tomara la Baleriana yerba echa polvos y estoy muy contento con mi mejoria para recibir mis amados viajeros á Dios tu

P.e Frco de Goya

A D.n Fran.co Javier de Goya	26	P. 32 P.
Calle de Valverde n.o 15 q.to pl.	Sello: Mars	Bordeaux
Madrid	1828	

me hallo mucho mejor y tengo esperanza de quedar como estaba antes del ynsulto».

Cuando por fin el hijo anunció el día de su llegada, la alegría mató al padre.

A una carta del nieto añadió su temblorosa mano las líneas que siguen, las últimas que escribió: «Qdo. Javier. No te puedo decir más q.e de tanta alegria me he puesto un poco indispuesto y estoy en la cama. Dios quiera q.e te bea venir á buscarlos para que sea mi gusto completo» (1). A los diez y seis días de su enfermedad, el 16 de Abril de 1828, le acometió un insulto de apoplejía al amanecer, que le separó para siempre de su familia y amigos (2).

Sus restos mortales, que Rosario dibujó en su lecho de muerte, fueron depositados en el panteón de Goicoechea, que le precedió, en el cementerio de la Grande Chartreuse, bajo un sencillo obelisco.

Cuando en 1899 se abrió la bóveda para trasladar á su patria al más grande pintor español de los tiempos modernos, no se pudo comprobar cuál de los dos esqueletos que se hallaron sirvió de sostén á aquel invencible cuerpo, cuál de los dos cráneos albergó á aquel altivo cerebro.

---

(1) Viñaza: o. c., pág. 69. El original, en el Museo del Prado.

(2) En los Archives de l'ar français 1851-52, pág. 319, se trasmite el parte de su muerte de los Registros de l'etat civil á la mairie de Bordeaux: «16 Abril 1828 ila ete depose au bureau de l'etat civil un procés-vertal fait par le comunissaire aux décès, duquel il resulte, que François de Goya y Lucientes âgè de quatrevinafta deux ans, nativ de Fuendetodos, veng de Josefa Bayeu, fils de defunt... est décéclé ce mateu à deux heures. Fossés de l'Intendance n.° 39 d'après la déclaration des sieurs José Lío de Molina, propietaire, même maisson, et Romualdino Yañes, negociant. Cours de Tourny n.° 36, témonis majeurs, qui ont signé le di procès verbal. L. adjoint du maire: de Coursson».

EL SEXO FEMENINO EN LAS MONEDAS

DEL IMPERIO ROMANO

El bello sexo, que tan digna como profusamente estuvo representado en los tipos monetarios de la antigua Grecia, no había, sin embargo, visto imágenes femeninas de mujeres realmente vivas hasta principios del siglo VIII de Roma. Antes de ese tiempo, sólo las diosas y otros seres mitológicos, más ó menos fantásticos, habían tenido el alto honor de figurar en las monedas.

Conociendo el carácter de la mujer en general, no creo sea atrevida suposición la de figurarse que, en aquellos remotos tiempos, muchas de ellas verían con cierta envidia esos retratos de sus congéneres, y devorarían en secreto el insidioso afán de igualar á las ninfas y á las diosas en tan honroso puesto.

En regiones de más ardiente clima que Roma, en el Egipto, por ejemplo, ya las mujeres, como Berenice y Arsinoe, habían conseguido que su linda cara adornase, en toda su propiedad y realeza, el campo de las monedas; pero en la severa legislación de la República romana, ni por sueños podía concederse tal honor á personaje alguno viviente. Todavía, en tiempo de las guerras púnicas, el pueblo romano, reunido en sus comicios, decretaba la emisión, los tipos, el peso y la fa-

bricación de las monedas, y ¡ay! de aquél ó de aquélla que se hubiera atrevido á proponer la suplantación del busto de la diosa Roma, de Mercurio ó de Jano, que de antiguo venía figurando en las monedas, por el de un personaje que con ellos conviviese. Los *magistri monetarii* y el Senado, que á éstos vigilaba, hubiéranle declarado inmediatamente atentador contra la dignidad de la patria.

Pasado, por fin, un período de tiempo en que la severidad de los magistrados monetarios y del Senado habíase suavizado un tanto en este asunto, tolerando en los tipos monetarios la representación de hechos heroicos ó gloriosos de algunos antepasados, llegó el momento en el cual, no sabiendo el pueblo romano cómo adular al invicto general y dictador Julio César, ocurriósele la idea de colocar la imagen del vencedor de Pompeyo en las monedas; y el antes inflexible Senado, comprendiendo que el agasajo era de esos que cuestan poco y halagan mucho, decretó que se llevara á cabo esta magnífica idea; y al efecto, el mundo entero pudo contemplar á su sabor la imagen del que al mundo entero llenaba con sus proezas.

He aquí el momento en que el corazón femenino, ambicioso de gloria, sufriría las mayores torturas para conseguir el eminente lugar y singularísima prerrogativa que ya el hombre había conseguido.

El primer esfuerzo en pro de esta conquista (llamémosla así) fué realizado por Fulvia, hija de aquel Flaco, cuyos crímenes tan flaco servicio hicieron á la causa de los Gracos.

Fulvia tenía por lema, lo que dice Cantú: «Imperar sobre quien imperaba», y vaya si lo consiguió.

Para tener riquezas, se casó primero con el feo y perverso Clodio; para hacerse popular, contrae luego matrimonio con el constante perturbador del orden público, Cuvión, y para imperar sobre quien imperaba, se casa por tercera vez con Marco Antonio.

Por cierto que la tal Fulvia no pudo plantar su viña en mejor terreno. El corazón de Antonio, en lo que respecta á capri-

chos de la mujer querida, debía ser como la carne del mochuelo, que en cuanto huele la lumbre empieza á soltar grasa.

A juzgar por lo que se desprende de las monedas de aquella época, Fulvia debió de poner en el mayor aprieto á su marido para conseguir ver retratada su imagen en donde tantos años sólo la de los dioses y diosas se habían visto.

—¿Y por qué título voy yo á proponer la colocación de tu busto en las monedas?—diría, con razón, Antonio á Fulvia.

—Tú te arreglarás como puedas — contestaría la hembra.—Para ti debe bastar el saber que yo merezco ese honor, y si lo merezco, se me debe de conceder.

Lo cierto es que el conflicto conyugal quedó conjurado, merced á una ingeniosa añagaza del amartelado triunviro.

Poco tiempo después, aparecieron en circulación monedas con la imagen de la Victoria, teniendo por busto una reproducción exacta del mismísimo de la arriscada Fulvia.

De tal hecho no cabe ya dudar, después de los datos aducidos por Mr. Wadhinton, Cohen y otros numismáticos que se ocupan, aunque indirectamente, de estas monedas.

Tenemos, pues, que el primer retrato auténtico de mujer viviente que aparece en las monedas romanas, es el de Fulvia, y data, poco más ó menos, del año 711 de Roma.

No estaba bien tal preeminencia y prioridad en una mujer de tan perversa condición como Fulvia, la cual, para hacer execrable su memoria, tendría bastante con el hecho de haber saciado sus monstruosos instintos pasando con un alfiler la lengua de Cicerón; por esto, la virtuosa Octavia, segunda mujer de Antonio, volvió por el prestigio de su sexo, y convenció á su marido para obligarle á remediar su debilidad anterior.

Octavia, nacida en el 692 de Roma, casó á los veintidós años con Marco Antonio, y aunque, como todos saben, el fin principal de su matrimonio fué el de consolidar la unión entre su esposo y su hermano; amaba demasiado noblemente al primero, para poder ver con indiferencia que la pérfida Fulvia hubiera conseguido de Antonio una distinción que ella podía

reclamar con más derecho, en nombre de las mujeres que, viviendo en honradez y honesta fama, eran más dignas de sustituir con su imagen las de las diosas que hasta entonces campearon en las monedas.

Los retratos de Fulvia, bajo la imagen de la Victoria, llevan todos desplegadas dos pequeñas alas que arrancan de los hombros; sólo en uno, quizá de los últimos, se ve á la imagen desalada, indicando probablemente que la insolente hija de Flaco deseaba descorrer los velos del misterio y aparecer en las monedas tal y como era. En esto último pensó Octavia para sobreponerse á Fulvia, y lo consiguió desde el primer momento.

La hermana de Augusto es, pues, la primera mujer romana que ve sus retratos en las monedas, no sólo exentos de misteriosos velos, sino revelando con exactitud el estado de su espíritu en cada una de las distintas ocasiones en que la retrataban.

Una cualidad especial de los grabadores romanos era copiar rigurosamente del natural; al contrario de los griegos, que en sus obras sólo buscaban hermosura y perfección artística. Efecto de esta tendencia del arte romano, se pueden apreciar al detalle los esfuerzos que hace Octavia para apartar á su marido Antonio de actos no muy correctos que traicionaban sus deberes matrimoniales.

Obsérvase en las primeras monedas en que se ve copiado el busto de Octavia, que ésta sólo desea agradar. Sus cabellos están peinados con exquisita corrección; los de Fulvia, á más de una trenza formando rodete recogido sobre la nuca, tenían otra trenza que venía á caer con una vuelta sobre la frente. Octavia forma con ellos una onda sobre la frente; sin hacer trenza, los recoge atrás formando rodete, y deja caer desde él dos mechoncitos. La actitud de Fulvia es apasionada y provocativa; la de Octavia, noble, dulce y expresiva, del más puro y acendrado amor.

Desde el año 715 al 717, vemos el retrato de Octavia colo-

cado sobre el *ciste* (cesta mística), y en medio de dos serpientes, empinadas cada una en un lado de la cesta, hasta llegar con sus cabezas á la de Octavia.

Tal vez, á cualquier numismático ingenioso, sabiendo que estas monedas cistóforas (este es su nombre técnico) fueron acuñadas en Éfeso y en otras provincias del Asia Menor, en las cuales, desde el año 713, tanto había corrido Antonio, movido por los aires de Cleopatra, tal vez, dijo, se le ocurra la pregunta de por qué colocan á esa pobre señora sobre una cesta y entre serpientes.

La contestación á esta pregunta es difícil, sobre todo si quisiera solucionarse con datos de rigurosa seriedad histórica; pero fácil echando mano á historietas y tradiciones que dan más deleite que provecho. El rostro cariacontecido de Octavia en este retrato de las monedas cistóforas, demuestra que ya debía de saber algo de las perfidias de su esposo, y quizá en sus adentros murmuraría una frase parecida á ésta, que tanto se usa en España: «¡Qué demonio de canastos es esto!»

Según se desprende de las monedas del año 718, debieron de existir grandes discusiones en el matrimonio del triunviro; pues, unas veces, los representan á los dos cónyuges unidos y serios; otras, mirándose frente á frente y ella risueña, mientras él tiene adusto semblante; otras, también de frente y mirándose ambos con displicencia, y, por último, en las de fecha posterior, Antonio mira á Octavia con guasona sonrisa, mientras ella resiste con la mirada caída y el rostro atribulado.

Estas circunstancias matrimoniales, que con tanta evidencia resaltan en las monedas, constituyen una prueba más de los hechos harto ya conocidos por las historias.

Fijos tan sólo en el campo numismático, se sabe que, en algún tiempo, Octavia pudo quizás desvanecer en Antonio los recuerdos de Fulvia; pero, á pesar de sus esfuerzos, no pudo resistir el aluvión que, desde Egipto, vino á llenar de amarguras su corazón, arrollando sus más legítimas esperanzas.

Al nombrar en este asunto aluvión y Egipto, fácil es com-

prender que quiero referirme al aluvión de encantos fatídicos que reunía la celebérrima reina Cleopatra.

Esta Cleopatra, hija mayor de Tolomeo Huletes, reunió en su persona, y en el año 703 de Roma (51 antes de J. C.), tres cualidades que la prepararon el camino de la celebridad, á saber: diez y siete años de edad; seductora belleza, unida á un talento extraordinario, y un poderoso reino, del que trataban de arrojarla sus tutores, Potino y Aguilas.

Una doncella, aparejada con tales preseas, debiera tener de suyo un campo de ambición más extenso que el de su reino, y viviendo precisamente en la génesis del tiempo en que el Senado romano concedía el alto privilegio de que la imagen de personas vivientes figurase en las monedas, mucho es de temer que en alguna de aquéllas monedas que mandó acuñar Julio César, con los bustos de la Piedad, de Venus, de Ceres y de Vesta, no se encontrase velado el retrato de esta Cleopatra.

Verdad es, que César ya tenía buen golpe de mujeres á quienes pagar en esta forma favores anteriormente concedidos de buena voluntad ó arrancados á la fuerza; pero ni Cossutia, ni Cornelia, ni Pompeya, ni Calpurnia, sus esposas; ni las distinguidas matronas, Postumia, mujer de Porcio; Lolia, mujer de Gabinio; Tertula de Craso; Mucia, del gran Pompeyo; ni Servilia, madre de Marco Bruto, legaron á la historia el nombre de un hijo de César, que, para no dejar duda de su procedencia, hasta se llamó Cesarión.

Este hijo del Dictador y de Cleopatra nos pone en camino de conocer la muy probable opinión de que la hermosa reina de Egipto alcanzara el privilegio de ver su efigie en las monedas de Julio César; pues para empresas de más alta monta tenía arrestos, según se evidenciará en esta misma disquisición histórico-numismática.

El triunviro Antonio, sabiendo que la conducta política de Cleopatra era menos provechosa para él que para su rival Octavio, la envió emisarios con órdenes de que se presentase en Tarso, á fin de que se sincerase de su proceder.

La que supo vencer al invencible César, lejos de amedrantarse ante la exigencia de Antonio, se preparó para transformar aquel acto de sumisión en un verdadero triunfo, que podía prever cualquiera que conociese la pasta de que estaba formado el ilustre viudo de Fulvia.

Cleopatra, á su llegada á Tarso, pudo repetir con perfecto derecho las palabras del padre de Cesarión: *Veni, vidi, vici.* Que llegó y vió, lo dicen las historias; que venció en todas sus aspiraciones, nos lo dicen las monedas.

Fulvia consiguió que Antonio colocara su imagen en las monedas, bajo los velos de una diosa; Octavia pudo conseguir algo más, pero sin llegar á unir con la propia imagen el nombre de la representada: la reina de Egipto obtuvo lo que aun en nuestros días es difícil conseguir.

Del año 719 de Roma hay monedas que, en una de sus caras, tienen el retrato de la citada reina, circundado por esta leyenda: «*Cleopatra, Reina de Reyes y de hijos de Reyes*»; y en el otro lado el retrato de Marco Antonio, con esta inscripción: «*M. Antonio después de conquistada la Armenia.*»

Esta moneda, tan expresiva, llamó poderosamente la atención en tiempos remotos; pues hasta el comentador de Virgilio, Servio, extrañándose de esta atrevida acuñación, dice: «Antonio, despreciando á la hermana de Augusto, mandó hacer monedas con el nombre de Cleopatra.»

Como síntesis de cuanto encierra interés feminista en este período de la numismática romana, puede afirmarse que, si fuera una verdad la opinión de que en todo gran acontecimiento en el cual es desconocida la causa motiva, debe preguntarse ¿quién es ella?, aquí, al pretender saber la causa eficiente de la muerte de Cicerón y de Julio César, de la muerte de la República y del nacimiento del Imperio; de batallas y de victorias que trastornaron la faz del mundo é hicieron que la historia de la humanidad siguiera un camino lleno de manchas de sangre y repleto de vergonzosos actos; ellas fueron las Livias y las Fulvias, las Calpulnias y las Servilias, las Escribo-

nias y las Cleopatras; ellas fueron, en fin, todas aquéllas cuyo comezón de notoriedad arrancó solapadamente al poder gubernamental de Roma una decisión numismática que sólo las innumerables victorias de Julio César pudieron antes arrancar.

Desde Julia, aquella vivarachuela hija de Augusto, que, para tranquilidad de sus desordenadas inclinaciones hacia la voluptuosidad, inventó la funesta frase de que «la virtud no reza con los hijos de los reyes poderosos», la acuñación de monedas en favor de las mujeres sale del campo del misterio y de la perplejidad, y aparece con caracteres definidos y propios. Todavía Julia, Drusila, Agripina y otras mujeres de estirpe regia, aparecen en las monedas formando un núcleo con sus maridos, sus padres ó sus hijos, costumbre que cada vez se va simplificando más, aunque no cesa por completo; pero el toque de independencia femenina se marca cada día con más precisión, y pasado el reinado de Tiberio, las monedas de las emperatrices y demás mujeres que llevaban el dictado de augustas, siguen un rumbo perfectamente definido y distinto del de las monedas de los Emperadores y Césares.

Examinando cuidadosamente las monedas y medallones de las emperatrices romanas, se nota que en sus reversos se excluyen por completo las divinidades mitológicas masculinas, escogiendo las femeninas que más en armonía encontraban con el asunto que deseaban hacer resaltar. Esta norma de conducta sólo tiene una excepción en alguna moneda de Flavia Julia Helena, mujer de Juliano, llamado el Apóstata.

Admitida ya la independencia femenina para imponer su especial pensamiento á los grabadores de monedas romanas, ningún otro medio hay más oportuno para sondear el alma de aquellas mujeres famosas, que la escrupulosa investigación de las piezas numismáticas á ellas referentes, y que, indudablemente, se acuñaron después de una consulta detenida con la interesada. De aquí, que la importancia histórica sobre la vida de estas matronas sube de punto desde el momento en que nos persuadamos de que es más verdad lo que expresa una

escena representada en un trozo de metal contemporáneo al hecho, que un pedazo de papel que se escribió ó maltradujo algunos siglos después.

Presúmase cuanto quiera sobre el mérito de las historias romanas ya escritas, es innegable que en todas ellas se notan lagunas que dejan maltrecha la humana curiosidad, cada día más insaciable.

Aun entre los versados en historias, encontré muchos que desconocen hasta el nombre de algunas emperatrices romanas, que quizá fueron causa ó desenlace de los mayores acontecimientos de su tiempo.

Los nombres, por ejemplo, de Driantila, Etruscila, Julia Mesa, Otacilia, Salonina y Scantilia, son absolutamente desconocidos para muchos, y, sin embargo, con las monedas, no sólo nos aprendemos sus nombres, sino que escudriñamos su corazón. El asunto, pues, está pidiendo á gritos que se ponga de manifiesto á los ojos de todos. Es menester abrir el surco y arrojar la semilla para que fructifique.

Entre las primeras mujeres romanas que están definidas en las monedas, se encuentra Antonia, hija primogénita del triunviro Marco Antonio y de Octavia, hermana de Augusto. Esta matrona, á juzgar por las monedas, no debió ser una de esas bellezas incitantes y provocativas, sino de rostro apacible, dulce y contemporizador. De su padre heredó la valentía, para emplearla en el sufrimiento, y de su madre la ternura del corazón. Por la primera cualidad, era religiosa, y por eso, en una de sus monedas, se presenta como sacerdotisa, delante de un altar, con un *sympulum* en la mano, dispuesta á ofrecer un sacrificio. Por su carácter apacible y amante del sosiego, se nos muestra amante de la agricultura, y por eso, en una de sus monedas, quiere aparecer bajo la imagen de Ceres, con una antorcha encendida en una mano y un cuerno de la abundancia en la otra.

Quizá Calígula, de quien era abuela, heredó de ella aquellos primeros actos de bondad con que empezó su reinado, bon-

dad que se cambió en fiereza, no obstante las recomendaciones continuas de Antonia, que pagó con su vida el afán de que su ilustre nieto no mereciera de la posteridad el calificativo de monstruo.

Mesalina, la tercera esposa del emperador Claudio, era mujer de tan gran espíritu como belleza.

No hay moneda referente á ella que haya sido acuñada en Roma. En un principio, más que de notoriedad se preocupó, sin duda, de dar rienda suelta á sus pasiones, rayando, en el abuso de ella, á la mayor altura á que puede llegar la más impúdica cortesana.

En una moneda colonial aparece con su marido Claudio, sin ornato alguno, no reflejando en su apostura nada anormal, como no sea la hipocresía de la virtud con que necesitaba aparecer ante su esposo. Andando el tiempo, su descoco no tiene límites y, aprovechando la ausencia de su marido, se casa públicamente con el joven romano C. Silio.

De este tiempo debe de ser una moneda que se acuñó en Nicea, exclusivamente para ella y, tal vez, con su consentimiento. Mesalina aparece en esta moneda en actitud provocativa; sobre el turgente pecho tiene prendidas dos espigas, y en el reverso hay un arco de triunfo, sobre el cual se eleva una especie de globo con alas.

Con esta moneda quizá quiso demostrar que, durante toda su vida, no hizo más que triunfar y volar; por esto Claudio, aconsejado por Narciso, la cortó, aunque tardíamente, los vuelos, haciéndola morir ignominiosamente.

Agripina (la menor), que fué la cuarta mujer del imbécil emperador Claudio, reunía en sí tantos agarraderos para el vicio, que á ninguna otra mujer se la puede aplicar con más razón la frase de: «El diablo no tenía por donde desecharla.» Prescindiendo de los demás hombres con quienes trató, convivió con tres emperadores, cada uno de los cuales sólo pudo ver en ella crímenes odiosos y escenas nefandas: con su hermano Calígula, encanalló el vicio; con su marido Claudio, se burló de

las leyes más santas; con su hijo Nerón, puso en el nombre madre el mayor borrón con que puede mancharse. Dicen que Nerón mandó abrirla el vientre después de muerta. Si en vez de hacerlo su hijo lo hubiera hecho su padre Germánico cuarenta años antes, la humanidad hubiera ahorrado muchas lágrimas.

En las monedas de Agripina se ve, ya un arco de triunfo, demostrando que triunfó en todas las empresas á que la llevó su vanidad de mujer; ya la diosa Venus, en pie sobre un carro tirado por una Nereida que toca la flauta y un Tritón tocando una trompa, con lo cual demostraba que en los más extremos placeres sensuales y del amor, gustaba recorrer el camino de la vida.

En monedas donde figura con Claudio, coloca como reverso una Diana de Éfeso que tiene todo el cuerpo cuajado de mamas, y en las que figura con Nerón, hay un carro tirado por cuatro elefantes, y sobre él un hombre y una mujer, cada uno con su cetro.

No hay, pues, una moneda de Agripina la joven donde pueda rastrearse algo que no sea vanidad ó descoco, pues hasta en Corinto vemos una moneda en que Agripina va montada sobre los cuernos de una media luna.

Octavia, hija de Claudio y de Mesalina, y primera mujer de Nerón, era una dama virtuosa y decente; cualidades que en la situación en que se encontraba la hicieron desgraciada. En sus primeros días de matrimonio, se la ve retratada en las monedas con los cabellos cuidadosamente peinados y con un gesto apacible como deseando agradar: tiene en una mano una *patera,* y en otra un cuerno de la abundancia, como indicando que ofrecía sacrificios á los dioses para que la concediesen el dón de la fecundidad. En otra moneda tiene en el anverso la diosa Venus, subida en un carro, del que van tirando dos cabras... ¿Qué intentaría significar con este asunto? Es de advertir, que ya andaba entonces Nerón tras de la conquista de Popea, y meditaba la muerte de Agripina y la de su mujer Octavia.

Popea era una mujer de extraordinaria hermosura, cuya historia la resume Tácito en estas pocas palabras: «Reunía en sí todo lo que puede tener de encantador una mujer, excepto un corazón honesto.»

Othon, con el cual, ya viuda de Rufo Crispino, se había unido Popea, se deshacía en continuas alabanzas de la hermosura de aquella mujer, delante de su íntimo amigo Nerón; y éste, que se preciaba de artista, mostró deseos de contemplar tan singular belleza, y cumplido su deseo, no tardó Othon en ser enviado á Lusitania, quedando Popea junto á Nerón, la cual, como primera providencia, le obligó á deshacerse de su madre y de su mujer.

Rarísimas son las monedas que de Popea se conocen. En una de ellas, en que está con Nerón, aparece en actitud verdaderamente provocativa, y en otra, griega, la única que se conoce, sólo muestra en el reverso su satisfacción por los triunfos conseguidos, pues encierra en una corona de laurel un vaso entre dos espigas. Bien ajena estaría ella de que triunfos adquiridos á costa del honor, son menos duraderos que la ya de suyo fugaz hermosura del rostro; verdad que, aunque tardíamente, lo llegaría á conocer en el momento en que un terrible puntapié de su marido la hizo arrojar, con el fruto que llevaba en sus entrañas, su vida propia.

Otra mujer de Nerón, Statilia Mesalina, con menos hermosura, dió muestras de mayor talento. Muerto Nerón, pretendió casarse con Othon; pero, viéndole vencido por Vitelio, cortó de raíz sus ambiciones, y retirándose á la vida privada, se dedicó al cultivo de las letras y de las ciencias. La única moneda que de Statilia se conoce, tiene en el reverso una hacha de dos cortes; la corona de laurel de Popea trajo consigo una muerte á puntillones: en cambio, el hacha de Statilia la proporcionó una vida larga y sosegada, y una muerte tranquila.

Julia, hija de Tito y de Turnila, vino á poner remate apropiado á la serie de Julias que, desde el tiempo de César, habían hecho tanta sombra en la historia del Imperio romano.

De la primera de éstas Julias, que fué tía carnal del Dictador y mujer de Mario, ni de la segunda, madre de Marco Antonio, nada anormal cuentan las historias. De la hermana de César y abuela de Augusto, algo se dice; de la hija de César y de Cornelia, y cuarta mujer de Pompeyo el Grande, pudiera sospecharse bastante. De la hija de Augusto y de Escriboniana, ya hemos dicho algo, no santo, y no queremos dar detalles del porqué la desterró su padre á la isla de Pandataria. Tuvo la anterior una hija del mismo nombre, que, por los mismos desórdenes que motivaron el destierro de su madre, fué desterrada asimismo por su abuelo Augusto á la isla de Tremero, cerca de la costa de Apulia. También sabemos que el emperador Claudio mandó matar á otras dos Julias, una hija y otra sobrina de Germánico.

Natural parecía que los emperadores tuvieran cierto temor en imponer el nombre de Julia á cualquiera de sus hijas; mas, por lo visto, Tito era poco supersticioso, y encontró bueno que así se llamara su hija predilecta. Apenas la vió mujer, quiso asegurarla un brillante porvenir, y se la ofreció en matrimonio á su hermano Domiciano. Al tío no le pareció bien aquella componenda familiar, y rechazó con energía la proposición. Entonces, Tito, que por lo visto ansiaba á todo trance que su hija no quedara soltera, la casó con Flavio Sabino, sobrino de Vespasiano, y, por consiguiente, de la familia.

Julia no vió seguramente con buenos ojos el matrimonio con el primo de su padre, no precisamente porque el esposo fuese más ó menos ilustre, sino porque el desaire de su tío había menoscabado, hasta cierto punto, su natural hermosura y sus otros encantos femeninos.

Quieren suponer los historiadores que Domiciano, al punto de ver casada á su sobrina, entró en el más rabioso amor que puede concebirse en favor de una prometida, á la que se rechazó sin motivo. Yo creo que, aunque algo de esto haya, la tal Julia puso de su parte cuanto pudo para que su tío volviese de su primer acuerdo.

¿Qué quiere significar, si otra cosa fuese, una moneda de esta Julia, en cuyo reverso hay un pavo real con todo el plumaje extendido y haciendo la rueda?

Más significativa que la anterior, es otra moneda de la hija de Tito, con el siguiente reverso: Venus de pie, medio desnuda, apoyada sobre una columna, y teniendo en la mâno un casco y un cetro, ó sea la imagen de Venus victoriosa.

Estas monedas y otras así de expresivas explican el motivo de por qué, después de celebrado el matrimonio de Julia con Flavio Sabino, éste fué muerto por mandato de Domiciano, y Domicia, mujer de éste, fué repudiada.

Libres de todos lazos estos desgraciados, vivieron en tal intimidad, que todo el mundo los creía casados; pero su convivencia no fué feliz. Julia murió á consecuencia de un aborto, ocasionado por aquel monstruo de vicios y de tiranía, que también murió asesinado.

Después de recorrer esta serie de emperatrices, que con sus actos parecían demostrar que necesariamente la virtud debía de estar reñida con el Imperio, llegamos á una mujer de elevadado rango, que probó hasta la saciedad cuán bien se avienen y completan el cetro del poder y la rosa de la virtud. Esta mujer se llamaba Plotina Pompeya, y era esposa del emperador romano, natural de Itálica, en España, Marco Ulpio Trajano.

Ignóranse detalles acerca del lugar de su nacimiento y de sus primeros años, aunque es probable que fuera española. Al tomar posesión del imperio, Trajano hizo su entrada en Roma á pie, y en medio de inexplicables transportes de alegría, por parte del pueblo, y en el momento de entrar en el palacio, Plotina, que acompañaba á su esposo, volviéndose hacia la multitud que vitoreaba, dijo: «Espero salir de aquí como he entrado.»

Esta afirmación tan categórica, prueba que Plotina, habiendo ahogado en su alma todos los gérmenes del vicio, venía al trono imperial con todo el bagaje de virtudes que aseguran

la paz interior y el desprecio á toda clase de mundanos vaivenes.

Su conducta como emperatriz está resumida en estas palabras de Aurelio Víctor: «No puede comprenderse bastante hasta qué punto contribuyó Plotina á las glorias de su esposo Trajano.»

Las monedas acuñadas en honor de Plotina testimonian igualmente, no sólo el mérito de esta matrona, sino las cualidades que, sabiamente dirigidas, hiciéronla alcanzar tan justos aplausos.

En el reverso de una de sus monedas se ve un altar, delante del cual hay una silla curul, y sobre ella la imagen del Pudor.

Por esta idea de Plotina, reflejada en las monedas, se explica el porqué tantas, ó mejor dicho todas las emperatrices que la habían precedido, dominaron sólo por poco tiempo el ánimo de los emperadores, mientras Plotina entró con el suyo en Roma, y después de muerto volvió á la misma ciudad con las cenizas de su marido, rodeada de las simpatías de todos.

En otra moneda se representa á la Fe, de pie, con dos espigas en una mano y un canastillo de frutas en la otra, probando la fe que tenía en que su pueblo no carecería de las cosas más necesarias para la vida.

Se representa en otra moneda de Plotina á la diosa Vesta con el *palladium* y un cetro, queriendo tal vez significar que es compatible para la mujer que tiene el cetro del poder tan cerca de sí, mantener el cariño de su hogar de familia.

Matidia, hija de Marciana, hermana de Trajano, debió de aprender y copiar en su alma las virtudes de su tía Plotina. Las monedas de Matidia revelan una cualidad en ella dominante: el sentimiento de la maternidad, y como consecuencia, el entrañable amor que tenía á sus hijas Sabina y Matidia. En una de estas monedas está de pie, con el rostro lleno de ternura y con cada una de sus manos apoyada sobre la cabeza de una niña. En otra de Marciana y Matidia, la última está sen-

tada, con una *patera* en la mano, y en cada uno de sus lados un niño de pie.

La emperatriz Sabina, mujer de Adriano, se había educado en la escuela de Plotina, su augusta tía, y merced á los buenos oficios de esta preclara mujer, de Trajano quizás, Adriano alcanzó, á más del matrimonio con Sabina, el título de Emperador romano.

Muchos autores tildan á Sabina de carácter áspero y desabrido, mas creo injusta tal apreciación. Cualquiera mujer educada, como ésta, en un ambiente de virtud, de sumo recato y de moralidad impecable, si al salir de él, movida de promesas de felicidad y de mimos, se encuentra con un marido que dedica las más tiernas caricias de su corazón, no á otra mujer que atesore algún encanto que á la propia le falta, sino á muchachos jóvenes, cuyo único afán es disputar sus atractivos propios al bello sexo, ¿se la podrá tildar con suficiente razón de que tiene carácter agrio?

Adriano debía de tener, entre algunas excelentes cualidades, un alma bastante femenina. Ya dió muestras de ello en el momento que, apartándose de la costumbre de sus antepasados, de llevar el rostro afeitado, porque le habían brotado unos granitos en la cara, y esto le hacía parecer menos hermoso, decretó que le dejasen crecer toda la barba. La escandalosa protección que dispensó, no sólo en vida, sino más allá de ella, á su favorito Antinoo, con otras muchas hazañas semejantes, son motivos suficientes para entender que la acritud de carácter de Sabina nació, no del fondo de su alma, naturalmente dulce y afable, sino de los actos de su marido, que llevaban de suyo la esencia del más repugnante cinismo.

Confirman esta verdad algunas monedas de Sabina. En el reverso de una, se ve á la Concordia sentada, con una *patera* en la mano derecha, y apoyado el brazo izquierdo sobre una estatuíta de la Esperanza. En otra, la imagen de la Indulgencia está sentada, con un cetro en la mano, y en otra, la imagen de la Piedad está de pie, con las manos apoyadas sobre dos niñas.

No obstante tan expresivos emblemas de bondad y de sumisión, Adriano seguía hasta edificando templos en honor del joven Antinoo; templos y honores que extraviaron la razón de Sabina hasta el punto de que, creyendo para siempre perdida toda esperanza de felicidad, se dió á sí misma la muerte.

Entonces respiró tranquilo Adriano, y en agradecimiento la colocó á su mujer en el número de las diosas; importándole poco, dice Tillemont, que ella estuviese en el cielo ó en el infierno.

Sin embargo, parece que Adriano más la quiso para el cielo, pues la moneda acuñada en memoria de su apoteosis, se la representa semidesnuda, sobre un águila, que remonta su vuelo hacia lo alto.

Las soberanas que sucedieron á las precedentes en el Imperio romano, acostumbraron á ser representadas, á más de en las monedas, en las piezas numismáticas llamadas medallones, y en las cuales, como veremos, se revelan más al detalle muchísimos pormenores de la vida íntima que escaparon á la investigación de la mayor parte de los historiadores.

Ignacio Calvo

UN VEREDICTO INJUSTO

(TROENS MAGT)

NOVELA

TERCERA PARTE

(CONCLUSIÓN)

V

Karen había esperado con impaciencia la manifestación obrera proyectada: experimentaba ahora la necesidad de recurrir á los medios que antes despreciara, como un desesperado que se agarra á cuanto halla á mano.

Pero, pasado aquel día, cuando comprendieron que los obreros, emborrachados en secreto por el cónsul, habían indignado á todo el lugar por sus maneras de obrar, Wangen y su mujer reconocieron que tales aliados los habían perjudicado.

Cuanto más se acercaba la fecha de la audiencia, más le acosaba á Wangen el temor de verse solo. No tenía ya ningún testigo á su favor.

Sin embargo, al pensar por las noches en su inocencia, revivía, cada vez con precisión mayor, la escena del Gran Café. Al principio no estaba bien seguro de que el papel se hubiera firmado allí. Pero al cabo de darle vueltas, quedó plenamente convencido de que fué en aquel lugar y no en otro alguno. Hasta veía ahora la esquina de la sala en donde habían comido. Allí estaban Norby, Haars Lars y él... ¿Pero no había

también otra persona que habría sido testigo de toda la escena?

Y se representaba toda esta escena hasta con los menores detalles... Pero, ¿y aquel cuarto personaje?

Empezó á tener la seguridad de que hubo un cuarto personaje; pero empezó á sospechar, al mismo tiempo, que le habrían pagado para callarse, como á los otros para declarar. Y este pensamiento le enfurecía.

Y desde este momento puso en juego todos los resortes de su imaginación y su memoria para reconstituir la personalidad de aquel sér misterioso.

Contó la cosa á su mujer, que le escuchó con viva curiosidad y le animó enérgicamente á continuar sus mentales pesquisas.

Por fin, una noche que estaba hablando de lo mismo, Wangen se levantó de pronto bruscamente, y gritó:

—¡Ah! ¡Ya le tengo!

—¡Enrique!

Ella se levantó también, interrogante, anhelosa.

—¡Sí! Era Ramus Braderow.

—¡Alabado sea Dios!—dijo ella, tan conmovida, que tuvo que oprimirse el corazón con ambas manos.

Pero Ramus Braderow estaba en América.

Sin embargo, Wangen casi estaba seguro de que en una de sus cartas mencionaba la cosa.

Fué á buscar el paquete de cartas, y empezó por recorrer las que recibiera hacía varios años de su antiguo compañero de colegio. Pero aquella noche no encontró nada; sin embargo, la carta bien podía estar en otro paquete.

Aquellas horas de fiebre y de tensión ponían á Karen completamente mala: quería pasar toda la noche buscando; pero Wangen quiso que se dejara el registro para el día siguiente.

Tampoco dió resultado, pero Wangen dijo de pronto:

—Debe de haber otro paquete de cartas, y en él estará seguramente.

Y se metió en su cuarto, diciendo á su mujer que le dejara solo, pues se proponía hacer un registro minucioso.

Karen, en espera de aquel acontecimiento que los había de salvar, recobró de pronto su tranquilidad.

Durante toda la tarde permaneció encerrado Wangen. Pero había pedido que le dejasen solo, y ella no quiso perturbarle.

Por fin se abrió la puerta, y salió sonriente.

—¡Aquí está la carta, Karen!

Ella dió un grito, como la víspera, y se precipitó al papel. Efectivamente, la carta estaba fechada hacía dos años; hablábase de una buena comida, y luego, al final, se aludía irrebatiblemente á la firma del documento.

Karen se abrazó á su marido, sollozando. Quiso volver á leer aquella bendita carta... Pero... ¿qué es esto...? De repente experimentaba la sensación de que algo se hiela en ella... Esa letra... ¡qué parecida es á la de Wangen!

Alza los ojos hacia él, pero no se atreve á decir nada.

—Cuando presente este documento ante el tribunal—dice él alegremente,—creo que bastará.

—Ciertamente, Enrique, ciertamente.

Ella finge seguir en su júbilo, pero tiene que sentarse.

«¿Qué ha hecho, Dios mío, qué ha hecho?—piensa.—Dios nos proteja.»

Le pareció que todo se derrumbaba en ella. Ahora lo comprendía todo, le veía culpable en todo... ¡No! ¡Era imposible, imposible! Era preciso que no fuese.

Podía ella engañarse. No quería ver otra vez la carta; se la dió, sonriéndose y diciéndole que la guardase en lugar seguro... Pensaba que aquel papel podría serle útil en algo, ayudarle un poco: porque era preciso que fuera absuelto, era preciso absolutamente.

Por la noche, cuando se acostaron, le dijo ella:

—Ya no escribes en los periódicos, Enrique. Me parece conveniente, sin embargo, que todo el mundo sepa cómo se han portado contigo el pastor y Thora.

—Sí—contestó él.—Sobre todo, sería oportuno que los miembros del jurado sepan á qué atenerse en el asunto antes de su veredicto.

Y trataron de dormirse con las manos enlazadas.

VI

Un hombre desciende de las alturas, y se pára ante el chalet de Norby. Einar está cantando á la puerta, componiendo una escoba rota.

El hombre, tumbado en el césped, cuenta que al Oeste de la nevera se ha cruzado con una osa y dos oseznos; dice también, entre otras noticias del lugar, que Wangen es juzgado hoy por la audiencia.

—¡Ah!—dice Einar.

Y continúa componiendo la escoba.

Como el hombre iba hacia el Oeste, Einar le hizo pasar el lago en su barca. Supo también que la hija del doctor había venido á instalarse en la montaña, en el chalet de Buvik, y evocó los luminosos recuerdos del baile de Navidad.

Desde hacía un mes vivía en una paz maravillosa. Su única compañía era la vieja vaquera, el perro y el rebaño. Debía beber leche, pasear, tener siempre los pies secos, dormir bien, comer bien. Vestía y calzaba como un campesino.

Era delicioso.

Pero he aquí que esta paz desaparecía. Al oir hablar de la audiencia, había recibido en el corazón como una ligera puñalada. Abríanse en él antiguas heridas; sentía que la antigua angustia se presentaba de nuevo: erguíase instintivamente para rechazarla. ¿No le habría costado ya aquel asunto bastantes sufrimientos?

Y se puso á pensar en aquella hija del doctor recientemente recordada.

Al día siguiente fué á dar una vuelta por la vecina altura

que dominaba el lago, y contempló el chalet de Buvik, que se alzaba á una legua de allí al otro lado del lago.

«Tal vez á estas horas esté ya Wangen en la cárcel»—pensó de pronto, pero continuó mirando con interés creciente aquel chalet lejano...

A medida que los días pasaban, fomentaba más cada vez sus gratos recuerdos y sus ensueños, porque de esta manera solamente lograba aventar las dolorosas ideas que le acosaban.

Ya no estaba solo. Eran dos ahora, ella y él, en la montaña. Podía ir á hacerle una visita, pero prefería dejar el encuentro á la casualidad, en el lago, tal vez.

Pero pasaban los días, y el encuentro no se realizaba. De todos modos, ya no iba á sus excursiones con traje de campesino, y cuidaba más de su tocado.

Un día, un aldeano se detuvo ante el chalet, y, antes de que Einar hubiese podido impedirlo, contó que Wangen había sido condenado á un año de prisión. La pena había sido mayor, porque el acusado presentó ante el tribunal una carta falsificada.

Einar oyó todo esto con la cabeza baja.

Cuando llegó la noche, bajó al lago y embarcó en un bote. Pensó que más le valía arrojarse al agua que soportar por más tiempo la vergüenza de vivir.

Pero, por costumbre, evocó de nuevo la imagen de la joven, y le pareció que ella le tendía los brazos para salvarle. Se puso á remar lentamente. El crepúsculo cubría con sus primeros velos las orillas silenciosas.

Y he aquí que sintió la ilusión de penetrar en un país bendito. El mundo, poco á poco, se engrandecía, se iluminaba. Einar creía ver que las montañas se sonreían. En el fondo, todos los hombres eran felices en la tierra; dábase cuenta de ello por primera vez.

«Dios mío—se dijo—ahora empiezo á comprender lo que es el amor.»

VII

Un sábado por la tarde, Thora de Lideranda se dirigía hacia el Sund. El lago estaba inmóvil, sin un pliegue, y Thora distinguía las piedras del fondo hasta diez brazas de la orilla.

Fué á la Escuela primaria superior, y subió rápidamente la escalinata. Aún le quedaban otras visitas por hacer.

El director y su mujer recibieron á Thora en el salón principal. El director, Heggen, era un hombre de unos cincuenta años, calvo, con una magnífica barba roja y lentes. Su frente elevada era hermosa, sus ojos acusaban bondad. Era conocido por el valor y la generosidad de sus sentimientos; y como era muy poco escéptico, sus arrebatos no eran tenidos en cuenta. En cuestión religiosa, era celoso partidario de un cristianismo nacional.

—Hoy—dijo Thora—vengo á hacerles una importante proposición. Con motivo de los últimos acontecimientos, la localidad ha pasado por una triste época.

—¡Ah! sí—dijo la señora de Heggen.

—Sin embargo, nosotros tres no tenemos mucho de qué quejarnos. A mí me han dicho unas cuantas cosas, por haber carecido de tacto al querer recoger á uno de sus hijos. Y á usted, Heggen, también le han dicho lo suyo, por haberse permitido ser neutral.

Aquí Thora se echó á reir. El director se limitó á decir:

—¡Pobre hombre!

—Sí, ciertamente, hay que compadecerle; pero mientras vivamos en una sociedad organizada, tenemos derecho á que se nos proteja algo, y no se permitirá obrar como Wangen lo ha hecho.

—Seguramente que no—dijo la directora mirando á su marido.

—Pero el que más ha sufrido con todo esto, ha sido, segu-

ramente, Norby—siguió diciendo Thora.—Y por esto vengo á proponerles, amigos míos, que le ofrezcamos una reparación en alguna forma.

Hubo un silencio. Heggen se levantó para cargar su pipa y encenderla. Después dijo:

—Sírvase precisar lo que desea.

Thora se puso un poco encarnada. Esperaba encontrar aquí alguna resistencia á su proyecto, y por eso había sido su primera visita. Pero continuó:

—Miren lo que hacen los hombres políticos, por ejemplo, cuando uno de los suyos sufre injustificados ataques. Le ofrecen una fiesta, un banquete. Y me parece que podríamos organizar una manifestación semejante á favor de Norby.

Huggen y su mujer cambiaron una mirada.

—Perfectamente—dijo el primero, con sonrisa un tanto forzada.

—Muy bien—dijo Thora.—Espero que diferencias antiguas no se opongan al buen resultado de este proyecto. Es preciso estimar á todas las personas que lo merecen, aunque no siempre tengan nuestras opiniones.

—Soy del parecer de usted, señora—replicó Heggen.—¿Y en quiénes ha pensado usted para la fiesta?

—En todos los que quieran: las autoridades, los campesinos, todo el mundo. Hay que probar con un ejemplo que el cristianismo y el sentimiento de la patria no son en nosotros solamente palabras, sino que sabemos acudir en ayuda de uno de nuestros hermanos cuando la necesita.

Mientras tanto, se decía el director: «¿Quién pronunciará el discurso?»

Pero no tardó en sacarle de su duda la misma Thora, que añadió:

—Pero no es esto todo: será preciso también que usted se encargue del discurso. Nadie es capaz de hacerlo como usted.

—¿Yo?—exclamó Heggen, enrojeciendo hasta la frente.

Concluyeron por entenderse, y quedó convenido que Thora, si llegaba el caso, se encargaría de un brindis en honor de la señora de Norby.

*
* *

Sin sospechar absolutamento nada del proyecto de Thora, Norby se ocupaba aquella tarde en revisar sus cuentas, y estaba en plena actividad.

Había encanecido algo más en aquellos últimos meses; estaba pálido y fatigado. Pero la cosa era fácil de comprender, con la campaña hecha contra él.

Terminado su trabajo, salió al terrado, con la pipa en la boca, cuando Ingeborg vino á decirle, con lágrimas en los ojos, que la anciana vaquera acababa de morir.

Norby se apresuró á ir á la casita de los retirados, y al ver el cadáver de la anciana se sintió más conmovido de lo que hubiera creído. El mismo día subió á las colinas á ver á la viuda de Lars Kringen, y la ofreció el lugar que quedaba vacante.

La pobre viuda le mostró, llorando, su agradecimiento, pero él se apresuró á salir, porque no gustaba de llantos.

Además, no tenía, en modo alguno, el sentimiento de haber hecho una acción meritoria. Acababa de poner algo en su puesto, y nada más. Sin duda, el marido se dejó sentar por Wangen y compañía. Pero el pobre hombre estaba ya bajo tierra, y no había por qué volver sobre todas aquellas historias.

Parecíale haber entrado en el puerto después de una tempestad. Tuvo horas penosas, noches sin sueño. Todo había concluído por fin.

Pero quedaba una cosa, que casi daban ganas de reir á Norby. ¡Pensar que hubo un momento en que hasta él mismo llegó á dudar de su derecho! Recordaba, sí, ahora, que Wangen, cuando la dichosa comida, le pidió su garantía. ¡Pero contar que fueron después á firmar el documento al Gran Café, era demasiado fuerte!

Era lo que su mujer decía siempre: era, á menudo, demasiado bueno cuando se encontraba bien dispuesto. Así, al saber que Wangen iba repitiendo que él, Norby, había firmado aquel documento de garantía, pudo figurarse que había en ello algo de verdad. No conocía entonces toda la canallería del mozo.

En fin, la paz era y es completa. La persona más digna de compasión era la pobre mujer de Wangen. Decían que estaba en cama desde el veredicto...

Cuando entró en su casa, le esperaba Thora, quien le puso al corriente de lo que se tramaba.

Él se puso serio, y contestó:

—Muy bien; pero yo no podré asistir á ninguna clase de fiesta mientras que tengamos un duelo en la casa.

VIII

Desde que por fin se pudo fijar la fecha de la fiesta, Thora tuvo mucho que hacer. A propuesta suya se decidió, por esta vez, no recurrir á los licores para caldear el entusiasmo: no habría en la mesa sino vinos de frutas y leche. Thora se dirigió también á algunos de los mejores miembros de la Asociación de la Juventud para que ensayasen *Ervingen*, que debía representarse después del banquete.

Cuando llegó el gran día, estaba en un estado de fatiga y de nerviosidad extremas. Sin embargo, al enterarse de que la mujer de Wangen continuaba en cama, decidió que no asistiría á la fiesta sin haber ido antes á visisitar á la desdichada.

Al llegar á la finca de Lars Kringen, supo, por una criada, que Karen estaba en cama, en un cuarto del granero, y que no había querido recibir ni al doctor ni al pastor cuando vinieron.

—¿Pero qué va á hacer ahora?—preguntó Thora.

—Nadie lo sabe—contestó la criada.—No dice nada á nadie.

Thora se volvió con lágrimas en los ojos. La fiesta ofrecida á Norby tenía que mortificar á Karen, pero á esto nada se podía hacer. Un delito era un delito. Y convenía que el inocente recibiera una reparación.

Era un sábado por la tarde, y el banquete iba á empezar á las siete. A las seis, los primeros coches que se dirigían al local del banquete se cruzaron, cerca del lago, con una mujer alta y pálida, que se alejaba rápidamente con la cabeza baja. Era Karen.

Al llegar á un recodo del camino, se sentó en un montón de piedras. Iba á ver á sus hijas. ¿Y después? ¿Adónde iría? ¿Podría atender á sus necesidades, á los suyos?... No, no quería pensar en esto ahora; no quería volverse loca.

Había recibido aquel mismo día una carta de Wangen. Decíale que trataba de obtener el indulto. Pero ya no podía ella más, no tenía fuerzas para seguir creyendo en la inocencia de su marido. ¡Si siquiera lo hubiese confesado todo desde el primer momento, á ella, por lo menos!...

Se levantó bruscamente: necesitaba estar con sus hijos antes de la noche; no tenía valor para quedarse sola en la oscuridad.

***

En la hermosa carretela de Norby, iban sentadas las dos hijas frente á sus padres, y Einar en el pescante, con el cochero.

Einar había vuelto de improviso, al saber que la hija del doctor se había marchado de la montaña. Tenía la esperanza de que fuese á la fiesta. Pero al llegar vió el cochecillo de dos asientos del médico; él y su mujer. *Ella* no había venido.

En la puerta, entre dos banderas, estaba el alcalde y Thora para recibir á los festejados. Einar subió lentamente las escaleras detrás de sus padres.

Laurita, que vestia traje de seda por primera vez, se puso como la grana al ver en el vestíbulo á un joven imberbe que la miraba: era el hijo del alcalde, que acababa de terminar sus estudios de ingeniero de montes.

Un «¿me conducirá él á la mesa?», se preguntó, mientras que su corazón le saltaba en el pecho.

IX

Cuando Norby entró en el local, lo primero que vió fué que no estaba Herlufsen. Pero estaban todas las autoridades, y todo el mundo acudió á saludarle efusivamente.

El propietario de la fábrica de aserrar maderas hacía chistes. Enterado de que aquella noche iba á estar á leche y vinos de frutas, había tomado sus precauciones antes de venir.

El Juez se puso á hablar cordialmente con Norby. Acercáronse también dos aldeanos de los valles del Norte que fueron miembros del jurado que condenó á Wangen.

—¿Cómo? ¿Vosotros por aquí?—dijo Norby.—No creía que había venido gente de tan lejos.

Ellos contaron que se había publicado un nuevo artículo, inspirado, sin duda, por Wangen, en que se acusaba de parcialidad á los jurados, y les había puesto tan furiosos, que decidieron venir á la fiesta también ellos.

Condujeron á Norby á su puesto de honor, entre Marit y la mujer del juez. Empezó la comida. Mientras que se tomaba la copa, Einar entabló una discusión política con un miembro de la Asamblea. Se excitaba, pero de pronto pensó en Wangen, y se calló, enrojeciendo.

El joven ingeniero de montes decía á Laurita, á cuyo lado se sentó:

—Después de la comida, hará usted el favor de ayudarme en una cosa.

—¿En qué?—preguntó ella con mucho interés.

—No se lo digo ahora. Espere, y verá.

Cuando se sirvió el asado, el director de la Escuela primaria superior se levantó y golpeó en su copa.

Había llegado el gran momento para Thora. ¡Tantas cosas separaban, desde hacía tiempo, á Heggen y á Norby! Y ahora, Heggen iba á pronunciar el brindis en honor de su adversario.

Todos quedaron pendientes de los labios del director, el cual dijo que aquella fiesta era un acontecimiento en la localidad.

Sí; aquella fiesta era un acontecimiento para la localidad: nunca se había visto tantos hombres de clases y de condiciones diferentes reunirse para una misma tarea, impulsados por una misma necesidad de hacer el bien.

Era que el país, como en otros tiempos, continuaba sacudido por las luchas intestinas, dividido por los partidos; pero aquella noche había en aquella fiesta como la aurora de un tiempo nuevo. Como Olaf de Stiklestad, el héroe legendario, el director creía ver extenderse hasta lo infinito toda la Noruega, las montañas azules y los fiords de plata, las casas y los campos; creía ver hasta en los corazones, los miles de corazones que latían en todo el país... Y he aquí que se acercaba el día en que todos esos hombres se levantarían juntos, como si las campanas de un ideal domingo tocasen á un confraternal llamamiento para unirse contra el mal, para prestar ayuda al que había sufrido una injusticia.

—Pero, cualquiera que sea nuestra religión, cualesquiera que sean nuestras tendencias políticas, hay una cosa que debemos reconocer desde hoy: que todo lo que es humano está por encima de las divergencias políticas. Y si ocurre, como acaba de ocurrir, que un hombre, que Norby, se vea perseguido, ultrajado, nos levantamos todos para formar en torno suyo un círculo fraternal, para decirle: «Aquí estamos, Knut Norby, nosotros, tus hermanos, tus hermanas; aquí estamos para lavarte de toda mancha, de toda injuria. ¡Aquí estamos!»

Hubo una ovación. La mujer del director lloraba, como lo

hacía siempre que hablaba su marido. Marit sonreía, y Norby meneaba la cabeza, como diciendo: «Es demasiado, Heggen, es demasiado.»

El brindis de Thora á Marit fué elocuentísimo.

Los dos miembros del jurado se empeñaron en pasear en triunfo á Norby por toda la sala, diciendo: «¿Conque hemos sido parciales, eh?»

Luego hubo otros brindis, y, por último, se levantó el pastor Barring, el cual dudó mucho antes de asistir á la fiesta, pesando el pro y el contra, y que se sentía verdaderamente oprimido.

Rogó á la concurrencia que tuviera también para el desgraciado que era culpable un pensamiento de conmiseración y de piedad. Habíase dicho allí mismo, y con razón, que había que formar un círculo en derredor del inocente. Sí, sin duda. Pero preciso era también—aunque no fuese sino en sentido figurado—formar un círculo en rededor del culpable: más que otro alguno, necesitaba ser asistido y socorrido. Y su mujer... Aquí el pastor tuvo que detenerse y sentarse, profundamente conmovido. No podía seguir hablando. Varios de los comensales tenían lágrimas en los ojos.

Pero grande fué de nuevo el asombro cuando Norby se levantó y, reclamando silencio, dijo:

—Propongo que hagamos circular una lista de suscripción para la señora de Wangen. Empiezo yo por inscribirme, en la medida de mis débiles medios, porque es preciso pensar que esa dama carece hoy de todo y que tiene tres niños en los brazos.

Cuando se sentó hubo un silencio. Y varias de las personas presentes se miraron entre sí, como para decirse: «He ahí uno que siempre ha tenido y tendrá siempre ideas peregrinas.»

*
* *

Después de los postres, y servido el café, entablóse una conversación general, á través de las nubes de humo.

—¿Sabe—dijo Thora á su caballero, el juez—á quién se parece nuestro Norby?

El juez, que tenía el cigarro en la boca, miró:

—No, la verdad... Sí, es decir...

—¿No ve usted que se parece á Garibaldi?

—En efecto, señora, en efecto—dijo el juez.

En rededor de la mesa no se hablaba ahora más que de Norby. No se pensaba en otra cosa. Dos labradores contaban el último paso del rey por la localidad, y cómo Norby fué tranquilamente á estrecharle la mano y darle la bienvenida. La alcaldesa hacía toda clase de preguntas á Einar sobre su abuelo, é Ingeborg, por su parte, hubo de dar detalles referentes á su madre. El juez afirmó que Norby era un excelente jugador de boston; un administrador judicial recordó un asunto de partición de bienes, en el que Norby, que era tercer árbitro, demostró mucha habilidad para convencer á los interesados. El doctor discurría sobre la forma de la cabeza del viejo, y hacía observar el aspecto característico de la frente, la marca de la raza. Era un coro de homenajes en honor de Norby.

Pero Einar, á quien el discurso del pastor había ensombrecido, se hacía en su interior toda clase de preguntas. Era como si, á través de la humareda que rodeaba la mesa, hubiera podido echar una ojeada sobre algo—algo distinto de todo aquello: la verdad fría é implacable.

Hubiérase dicho que todos los mejores sentimientos del hombre, todo su múltiple y diverso ideal, se habían dado allí cita aquella noche para tributar homenaje á su padre. No se atrevía á preguntarse si su padre era ó no el culpable. Pero si verdaderamente... ¿Sería que ese múltiple y diverso ideal, y todos los sentimientos más sagrados del hombre son completamente viejos y se prestan, así, sin distinción, á la glorificación del crimen y de la más grosera mentira?... ¿Era esto posible? No, no podía ser posible.

¿Cómo? ¿No era una garantía que la llama del corazón caldease las palabras, que los ojos se humedecieran, que la

voz vibrase?... ¿Era esto posible? No, no podía ser posible.

Pero si verdaderamente ocurriese que el hombre se engañara así, de vez en cuando, ¿no podría excusarle su buena fe? ¡No! Los hechos son hechos. ¿Hay algo peor que la buena fe que corona al delincuente y encarcela al inocente? Comete sus crímenes con una conciencia divinamente tranquila, y todos rinden armas á su paso... ¿Era esto así?

Todas esas potencias que se llaman Dios, solidaridad, patria, cristianismo, ¿se dejarían también utilizar, como otros tantos disfraces, para amparar el crimen y glorificar la mentira?... No, no era posible que así fuera.

¿Y él mismo? ¿No eran sus mejores sentimientos filiales los que habían hecho de él un...? No se atrevía á pronunciar la palabra.

De repente una voz dijo:

—¡Miren, miren allí, en el jardín!

Varias personas dejaron la mesa y se dirigieron á las ventanas.

Por el cielo estrellado subía un cohete, dejando un rastro luminoso. A este cohete siguieron otros, y al resplandor de uno de ellos se vió un instante á Laurita al lado del joven ingeniero.

Hubo varias exclamaciones, é Ingeborg gritó:

—¡Ah! Ahora comprendo por qué Laura dijo hace poco que se iba al jardín porque tenía jaqueca.

Cuando terminaron los fuegos artificiales, se apagaron súbitamente todas las lámparas de la sala. Hubo risas y algunas protestas femeninas indignadas; pero se corrió una cortina y se vió un paisaje de montañas noruegas, iluminado por quinqués de petróleo.

—¡Dios nos asista!—dijo Einar.—Vamos á tener que sufrir una nueva representación de ese *Ervingen*.

Pero he aquí que una joven, con el traje nacional, apareció en escena y se puso á hablar á un viejo. Einar la miró absorto: era ella. Era la hija del doctor. Por eso no había asisti-

do á la comida. Tal vez había ensayado hasta el último momento.

Sentíase Einar tan desgraciado, tan desalentado, tan trastornado, que esta sorpresa le conmovió extraordinariamente. Su corazón saltaba en su pecho; sentía en todo su cuerpo como oleadas de sangre. Ella estaba ante sus ojos. ¡Y qué linda con aquel traje!

Poco á poco, la luz de los quinqués se convirtió en la claridad misma del sol; las decoraciones ridículas se transformaron en bosques, en montañas verdaderas, y la buena moraleja nacional que caracteriza *Ervingen* se puso á obrar sobre él, con extraordinaria autoridad. Pero, cuando la joven salió de escena, le pareció que la obra perdía en seguida todo su interés; se volvió hacia Thora.

—¿Se va á bailar después?

—Claro que sí.

Y decidió pedir al doctor que no se llevara á su hija en seguida; él la acompañaría á su casa. Tal vez la fiesta le reservaba todavía un maravilloso desquite.

XI

A través de la noche en que no se movía una hoja, Kunt Norby regresaba en coche con Marit é Ingeborg. Las otras dos, Einar y Laurita, se habían quedado al baile.

Por el Este, sobre los grupos de montañas, alzábase una luna amarilla, que iluminaba los campos de espigas llenas y las aguas tranquilas.

Era tan bueno el año, que la cosecha se anunciaba espléndida. Y Norby, con el alma llena de una dulce paz, experimentaba la necesidad de dar gracias al Señor.

El coche paró ante el cementerio, é involuntariamente los ojos de Norby se volvieron hacia allí. ¿Quién podía saber el momento de ir á aquel lugar para siempre? Lo más cuerdo

era utilizar bien los días, mientras que estos días nos pertenecen.

Un viento tibio soplaba en las colinas, trayendo el olor á heno que embalsamaba los graneros y las granjas. Las montañas y el lago se extendían á lo lejos, en una grande y santa paz.

—¡Alabado sea Dios!—dijo Ingeborg, con la mirada perdida en las estrellas.

El mismo sentimiento les embargaba á los tres. No necesitaban hablar...

Cuando el matrimonio estabo solo en su cuarto, dijo Marit:

—Esto podrá servir de ejemplo para animar á las gentes á ser pacientes y no desfallecer.

—Sí. Pero lo que es preciso, ante todo, es obrar honrada y lealmente dijo Norby y luego, añadió:

—Es curioso; tengo una sensación rara: me parece haber estado ausente de casa y que acabo de volver... De todos modos, lo que ha ocurrido no es fortuito. Ha tenido una lección oculta. A menudo he podido obrar con dureza, brutalmente. Pero me parece que ahoratodo va á ir mejor para todos... Haré lo que de mí dependa.

Marit no contestó; estaba ya adormecida.

En cuanto á Norby, antes de dormirse, rezó algunos versículos. El respeto y la simpatía de todos iluminaban su alma, y sentía la necesidad de dar gracias á Dios por todas sus mercedes.

«Sin embargo, hay una cosa que no llegará jamás á comprender, se dijo después de algunos instantes de reflexión. Que haya gentes, como Wangen, que puedan mentir descaradamente ante un tribunal. ¡Que Dios se apiade de los hombres que no tienen conciencia!»

JOHAN BOJER

EL ARTE ESPAÑOL

EN LA PINTURA SICILIANA DEL SIGLO XV

Hacia mediados del 1400 se encuentra en el arte español una imprevista y fuerte corriente flamencófila, que triunfa casi de de la nacional, derivada de la sienesa. Miguel tiene el mérito de haber puesto en evidencia que la difusión del arte flamenco en Cataluña y en otras regiones es debida al comercio de los tapices y otros tejidos con figuras, que desde Flandes se esparcían ampliamente por todos los países de Europa (1). El documento más expresivo de la importancia que iba adquiriendo la influencia flamenca con la pintura catalana, á mediados del siglo xv, es el que se refiere á Luis Dalmau. En 1443, en efecto, cuando los consejeros de Barcelona decidieron adornar la capilla de su Consejo con una tabla del mejor y más hábil pintor que se pudiese encontrar, confiaron la obra á aquel maestro. Su tabla es tan característicamente flamenca, que parece salida del taller de Van Eyck (2). Los españoles parti-

(1) Ob. cit.: I., pág. 222 y siguientes, y II, pág. 8 y siguientes.

(2) V. S. y M., ob. cit., I, pág. 236 y siguientes. Representa á la Virgen con el Niño (sentada en un riquísimo trono gótico adornado con estatuas), que es adorada por cinco consejeros, presentados por dos santos, mientras que cantan en el fondo dos coros de ángeles. El ambiente es un edificio gótico, desde el que se entrevé una campiña poblada de edificios.

darios de esa escuela tomaron de ella el concepto sintético de la tabla (reduciendo á uno ó pocos cuadros la complicada complejidad de sus polípticos), el gusto del dibujo de contorno sutil, algunas particularidades tipológicas (las cabelleras sueltas y flotantes), algún tipo (el de los ángeles de la tabla del Cordero de Gante), el gusto por los paños de brocado flamenco, por los interiores arquitectónicos, y los tronos góticos ricamente labrados, por los fondos de paisajes muy complicados y poblados por edificios nórdicos. La nueva orientación artística no permaneció en los confines de España, sino que se extendió también á la provincia dominada de Sicilia. En efecto; de la penetración de elementos flamencos de la pintura en la isla se puede tener una confirmación con la presencia de obras de estilo flamenco realizadas por artistas españoles ó sicilianos bajo la influencia de las flamencófilas. Una de las más características es la «Coronación de la Virgen», del Museo de Palermo (número 104) (1). La obra española á la que más se aproxima este cuadro es la tabla de San Miguel, firmada por *Bartolomeus Rubeus*, de la colección Varuher, de Londres (2). Opinamcs, pues,

(1) En primer término, Cristo, sentado en un trono dorado, corona á la Virgen. Detrás hay un cortejo de ángeles y santos; en la parte superior se ve al Padre Eterno. Según el Catálogo y Fazio Alimayer *(La Pinacoteca di Palermo*. Palermo, 1908, pág. 10), es atribuída á Quartararo. Brunelli, sin comparaciones específicas, niega esta atribución. (*L'Arte*, 1908, página 319). Crowe y Cavalcaselle la atribuyen á un pintor alemán (Ob. cit., II, 98, núm. 3). Di Marzo, á un pintor alemán ó español (Ob. cit., 198, núm. 1, 286). La atribución á Quardararo no tiene fuerza, porque las figuras menos grandiosas, más flamencófilas y más fúlgidas de colorido indicarían en él un período anterior al de los Santos Pedro y Pablo (1494) de la misma Pinacoteca, mientras que el dibujo, mucho más exacto, y el ropaje, más lógico y más sabio (sin contar las diferencias características), contradecirían esta prioridad.

(2) Las dos obras son de dibujo duro, de contornos sutiles, de color bajo, de una factura torpe y de un pincel inseguro. La figura del San Miguel de esta tabla, con su rostro oval muy alargado, con las grandes órbitas de los ojos entornados, con la boca estrecha sinuosa y el labio infe-

que la obra pertenece al ciclo de aquel autor, y con probabilidad se puede fijar en el último decenio del siglo XV.

Un flamencófilo, muy probablemente español, es el autor de la Santa Cecilia de la catedral de Palermo, que Di Marzo atribuye á Quartararo (1).

En el mismo Museo de Palermo (núm. 853) hay un tríptico

---

ferior más grueso que el otro, corresponde al rostro de la Virgen y á todos los rostros juveniles de la Coronación, mientras que los pliegues desordenados y metálicos del manto de brocado encuentran un parecido en los paños de la tabla de Palermo, en la que también se ven esparcidas sobre los vestidos algunas perlas y piedras preciosas que adornan el manto y la armadura del Arcángel. La misma armadura del San Miguel encuentra un parecido casi perfecto en el de la figura correspondiente de la tabla de Palermo. Una particularidad fisionómica puede aumentar del valor de la comparación; la forma de la oreja alargada, casi sin lóbulo. (Véase el desnudo de la tabla de San Miguel y el Santo de la tabla de Palermo.)

(1) V. ob. cit., 180 y sig. El dibujo es fino, el ropaje es crudo y flamenco, el paisaje completo y minuciosamente pintado al estilo flamenco, con construcciones nórdicas. Aquí también, como en la Coronación, los rostros son alargados, con las bocas estrechas y sinuosas. En la Virgen, el arreglo de los cabellos presenta tufos lineales, como en las figuras de la tabla de la Coronación, y el ángel tiene el mismo peinado, que cubre las orejas, alas agudas policromas y las mangas anchas sobre los hombros, como las de los ángeles que pueblan el cielo en el cuadro que se compara. Un último parecido se puede encontrar en la mano de Santa Cecilia y la del Arcángel Miguel, de la Coronación; ambos son rectangulares, con los dedos planos, de puntas, en ángulo recto y con el mismo motivo de agrupación. Una particularidad iconográfica, el nimbo, de línea circular, puede servir para fechar la obra, con probabilidad, alrededor de los últimos años del siglo XV, y para hacer suponer que el autor, siciliano ó sicilianizado, sufrió la influencia de la iconografía italiana. De Quartararo no puede ser, porque acusa una dependencia más directa de los flamencos y porque muestra contrastes inexplicables con su tabla de los Santos Pedro y Pablo (1494). Esta tiene formas más grandiosas (posteriores, por lo tanto), y es un concepto de la perspectiva paisajista mucho más desarrollado (horizonte bajo), mientras que es inferior á la Santa Cecilia, por la corrección del dibujo, por el modelado y por lo acertado de los detalles en el paisaje.

que representa la Piedad, con San Pedro y San Pablo á los lados, y en lo alto á Cristo y la Virgen Anunciada, que presenta también caracteres hispano-flamencos (1). Queriendo buscar una comparación específica con el arte español, preséntase espontáneamente la comparación con la Piedad, de Villeneuve les Avignon, del Louvre (2), con la cual, naturalmente, no tiene más de común que los caracteres de la escuela española de estilo flamenco y la inspiración iconográfica.

Otra tabla de carácter español de estilo flamenco es el San Zósimo de la catedral de Mesina (nave de la izquierda, tercer altar), tenida por muchos como una obra de Antonello de Mesina (3). Los caracteres técnico-iconográficos forman un grupo que, en su conjunto, se encuentra solamente en el arte catalán de los últimos decenios del siglo xv. Puede creerse que proceda de la escuela de Jacomart Baso; véase la tabla de San Martín de Tours de la iglesia de las Clarisas, en Segorbe (4).

Entre las obras que Miguel agrupa en torno del nombre de Bermejo, y que, según nosotros, son sencillamente de la misma escuela, hay una Anunciación, del Museo de Avignon. Con este cuadro tiene relación la tabla de la Anunciación que se ve en la iglesia de los catalanes, de Mesina (5).

(1) Encuéntranse señalados también, sin comparaciones específicas, por Jazio Alimayer (ob. cit., pág. 5).

(2) No aceptamos la atribución de S. y M. á Bartolomeo Bermejo. En general, la reconstrucción de la figura de este artista es una de las menos afortunadas. V. E. Bertaux, *Revue de l'Art an. et mod.*

(3) El primero en atribuir el San Zósimo á Antonello fué Di Marzo, al que luego siguieron otros. La primera obra, sin embargo, que conocemos de Antonello es el «Salvador mundi», y de Londres (1465), y en ella se encuentra ya toda la finura de su factura habitual, el esplendor de su colorido y la sabiduría de su dibujo en el oscuro de la mano que bendice. En el San Zósimo, por el contrario, á pesar de que los caracteres del ropaje y del báculo flamenco no permiten considerar el cuadro como anterior á ese año, la factura es sumaria y dura, el color opaco y el oscuro de la mano que bendice, desdibujado.

(4) V. E. Bertaux, *Revue de l'Art an. et mod.*, 1907, pág. 389.

(5) Brunelli la cree antonelesca (V. Nota antonelliano, *L'Arte*, 1908,

Durante la segunda mitad del siglo XV, en la pintura catalana, la familia de Vergós, aunque asimilándose de los flamencos muchos elementos, como el gesto del dibujo, de los paños, de los edificios y algunos motivos gráficos (los ángeles, por ejemplo), continuaba la escuela nacional en el gusto decorativo, en el lujo de los dorados con relieve y en la tradición de los tipos borasianos. La influencia de esta escuela se difundió también por Sicilia, y todavía quedan ejemplos de ella en las tablas de la «Disputa de Santo Tomás» (103), de la «Disputa de Santo Domingo» (106), del Museo de Palermo; en el tríptico de la Adoración de los Magos, de la iglesia del Canciller (1), y, finalmente, en el cuadro de la Visitación, de la iglesia de San Juan y Santiago, de la misma ciudad. «La disputa de Santo Tomás» procede del grupo pictórico arriba indicado, como la expresión más saliente de los elementos esparcidos en los otros. La concepción, eminentemente decorativa, del cuadro, como la de las obras de Vergós, es evidente en el fasto de los dorados y de los relieves.

Con las figuras uniformes de Vergós tienen también relación los tipos de éstas, de rostros monótonos, rectangulares, con grandes ojos y bocas regulares iguales, algunos con bigotillos caídos y barba partida. Compárese con esta tabla el cuadro de la «Predicación de San Agustín», en el cual es casi idéntica también la escena, gráficamente considerada.

Además de los trajes españoles de la tabla de Palermo, concuerdan con las obras de Vergós los paños rígidos de tela gruesa, y se encuentra aquí aquella particularidad iconográ-

---

pág. 223). A pesar de nuestra hipótesis, puede tener algun valor el hecho de que el cuadro se encuentre en la iglesia de la Nación, de los catalanes residentes en Mesina.

(1) Croure y Cavalcaselle atribuyen estas dos obras á Antonio Saliba (ob. cit., II, 112). Brunelli, por el contrario, sostiene que ellas, en unión de la Virgen del Rosario en Santa María de la Paz, en Mesina, siguen de Antonello á Antonello de Saliba (U. Pietro de Saliba, *L'Arte*, 1906, página 366).

fica de los nimbos arqueados de relieve, usados por Vergós en las figuras del Antiguo Testamento (1).

Ninguna obra de Antonio de Saliba, aun las más anteriores (1541), ó de los antonolescos conocidos, presenta nunca la composición decorativa de esta tabla, que puede ser lo mismo de un siciliano educado en el arte español, que de un español influído por el arte italiano de la isla, ejecutado en los primeros diez años del siglo XVI.

El mismo artista que pintó la «Disputa de Santo Tomás», es también el autor del tríptico de la «Adoración de los Magos», de la iglesia del Canciller (2). La concepción del cuadro es también aquí eminentemente decorativa, con profusión de dorados en los mantos, en las orlas de sus trajes, en los nimbos y en los vasos de los donés. Idéntica es también la concepción colorística de las tintas bajas y de las carnes amarillentas bronceadas. Tipológicamente, en el joven monarca que lleva la urna, se encuentra repetida la figura del príncipe en la «Disputa de Santo Tomás», con el mismo rostro alargado y macilento. Los dos cuadros, además de ser del mismo autor, son también de fechas próximas.

Más antigua, pero con toda probabilidad del mismo maestro, es la «Disputa de Santo Domingo». Es de una factura menos amplia, menos *cincuacentesca* y de menor lujo de do-

(1) También la disposición de las dos caras de evangelistas y profetas es un motivo ya usado por los espectadores de Luis Borasá, en una tabla de casi igual asunto, el San Francisco en la cátedra dando la regla á las tres órdenes (tabla de Santa Clara, Museo de Vich). Respecto al motivo de los nimbos de Verges, v., por ejemplo, el San José de la tabla del condestable (Adoración de los Magos) y los profetas de la tabla de San Esteban, de Granollers. Según Di Marzo, la fecha del cuadro sería la de 1523 por la presencia de Adrián VI y Carlos V en las figuras del Pontífice (V. *Nuovi studi ad appunti eu Antonello da Messina*. Mesina, 1905, pág. 7, núm. 1). Sin embargo, el retrato de Adrián no es completamente exacto.

(2) Esto se halla admitido generalmente. Crawe y Cavalcaselle, como hemos visto, la atribuyen á Antonio de Saliba.

rados, pero idéntica en la disposición de las figuras y el concepto arquitectónico, y es igual la expresión de los rostros y en forma macilenta y monótona (1).

El cuadro de la Visitación (2) está dividido en dos tablas: á la izquierda, bajo un arco, la Virgen y Santa Isabel; á la derecha, San Joaquín y San José. El concepto de conjunto es esencialmente decorativo, y semejante á los otros cuadros de este grupo (3). No es, pues, improbable que también este díptico pertenezca al ignorado maestro españoleizante. Si fuese suyo, debería tenérsele por poco anterior á la tabla de la iglesia del Canciller (4).

No menos interesante es la investigación de los elementos españoles, en las obras de los pintores de la isla. También á la

(1) El Santo Domingo es parecido al Santo Tomás: también él tiene el nimbo dorado en relieve y una igual repartición de pliegues en la parte inferior de la túnica.

(2) Di Marzo lo ha atribuído á Pietro Rozzolone (V. ob. cit. pág. 210 y sig.). Determina su afirmación el concepto exagerado que tiene de aquel pobre pintor, cuya Cruz di Fermini Imerese (1484) es una obra grosera y arcaica.

(3) Las pilastras están adornadas con dorados; los nimbos son igualmente dorados, como el manto de San Joaquín: éste presenta también la particularidad de la iconografía española en el nimbo formado por arcos cóncavos. Las cabezas de los dos viejos tienen puntos de contacto con los profetas de la «Disputa de Santo Tomás», especialmente la de San Joaquín. La repartición de los pliegues de la túnica de este santo sobre el piso, tiene una correspondencia con la colocación de los pliegues de la túnica de Santo Tomás de la tabla homónima.

(4) Un postrer eco de esta escuela se encuentra también en el desconocido artista que pintó el «Descenso del Espíritu Santo» (Palermo, Museo número 48), atribuído por el Catálogo á la escuela de Pietro Rozzolone, y por Di Marzo al mismo maestro (V. ob. cit., pág. 245). En él reaparece la arquitectura de la tabla de Santo Tomás con las pilastras adornadas con dorados, con los paños de pliegues crudos y desordenados del arte de Vergós y las cabezas con cabellos y barbas colgantes en una masa unida, semejantes á los en punta, como en el cuadrito de «La exaltación de San Esteban» (tabla de San Esteban de Granollers), atribuído por Miquel á Rafael Vergós (ob. cit., II, 178).

influencia de la escuela catalana y, en general, española, estuvo sometido el orden del gran Antonello, de Mesina. De ella tomó, no solamente elementos decorativos, sino también el gusto del color, del dibujo y del modelado.

De esta escuela, como de las otras italianas, fué un secuaz ecléctico, asimilándose algunos elementos de la tradición borasiana y otros del arte de los del estilo flamenco. Los fondos dorados, los nimbos estampados, los báculos góticos, con las bandas de adorno, son, indudablemente, derivados de la escuela borasiana (1).

También las proporciones largas de los dedos, y su forma en las figuras de las dos tablas del Museo de Mesina y de Siracusa, parecen proceder del tipo de las manos de las figuras de Borasa. En los dos mismos cuadros del altar se encuentra una particularidad característica de la escuela borasiana: los planos en que se posan el trono de la Virgen y las figuras de los dos santos, en las tablas laterales se hallan limitados hacia el fondo por una pared pequeña que sirve casi de parapeto á la escena (2). Igual parapeto de fondo se encuentra en las obras catalanas, como, por ejemplo, en el San Luis de Tolosa y en el San Liborio de la sala capitular de la catedral de Barcelona (3), y en la tabla de San Abdón y San Senén, de Huguet (1461), de la iglesia de San Pedro, de Tarrasa.

Más importantes, sin embargo, son los elementos derivados de los pintores españoles flamenqueizantes, como Luis Dalmau y sus partidarios, y otros pintores castellanos.

Una comparación entre la tabla del Museo de Mesina y el cuadro de los Consejeros (1445), de Luis Dalmau (Museo de

(1) De Borasa, por ejemplo, se deriva el adorno dorado y rameado del manto de la Virgen, en la tabla del Museo de Mesina, que en la obra de Antonello constituye un elemento carcáreo frente á los brocados flamencos que comúnmente empleaba.

(2) El ángel anunciante, en lo alto, se encuentra entre un parapeto del primer término, y el del fondo común en un canal.

(3) Sanpere y Miquel lo atribuyen á Cabrera (ob. cit., I, 300 y 301).

Barcelona), muestra hasta la evidencia cómo este autor pueda haber sido la fuente mediata de quien Antonello tomó los elementos del arte flamenco que se encuentran en sus obras. Además de los contornos sutiles, del ritmo anguloso de las líneas, de los paños duros de pliegues cortados, de las telas de brocado, encontramos semejanzas tipológicas (en cuanto es posible entre dos grandes artistas de nacionalidad diversa) en la figura de la Virgen y del Niño. En ambas tablas, la Virgen, con la cabeza descubierta, con los cabellos sobre los hombros (pero no en una sola masa vaporosa, como en los flamencos), presenta el cráneo saliente sobre la frente alta, el rostro oval alargado, los ojos grandes bajo amplias cejas finas, nariz fuertemente remangada (1), boca estrecha, de labios gruesos, y la barbilla muy desarrollada. Los ángeles, de estilo flamenco, que vuelan sobre la cabeza de la Virgen, en la tabla de Mesina se derivan, tal vez, de alguna obra que nos es desconocida; pero pueden encontrar un parecido en el cuadro del Louvre, que representa la «Investidura de San Isidoro», atribuído por Sanpere y Miquel á Dalmau, y por Bertaux, más justamente, á la escuela castellana de fines del siglo xv (2). Esta tabla, naturalmente, no es la fuente específica, sino que también ella se deriva de un modelo común. En esta tabla, la Santa Lucía presenta la característica sonrisa, ligeramente sardónica, que se nota en la figura de la Anunciada, del Museo de Siracusa. En el rostro de la misma santa se observa también el perfil fugitivo hacia la barbilla, y la exagerada distancia entre la nariz y la boca de la Anunciada, de Siracusa. Siempre con el mismo tipo de santa, tiene relación la media figura de la Anunciada, de Antonello, del Museo de Palermo; mientras que el ángel que lleva la túnica de San Ildefonso tiene relación, especial-

(1) En la tabla de Dalmau, este carácter es claramente visible en la santa de la izquierda.

(2) V. Sanpere y Miquel, I, 248, y Bertaux, *La Revue de l'Art an. et mod.* 1907, pág. 244.

mente en cuanto al ropaje de pliegues desordenados, con los angelillos del pintor mesinés, que se ven en el fragmento de Predela, del Museo de Reggio, de Calabria (1).

Como es natural, la comparación que hacemos de las obras de Antonello con las tablas españolas, no implica la conclusión de que el pintor haya tenido un real conocimiento de aquellas dos; muchos ejemplares afines á ella (y tal vez más todavía á Antonello), hoy desaparecidos, podían estar al alcance de su estudio. A estos ejemplares desaparecidos se puede suponer que van unidos el Ecce Homo de nuestro pintor (1473?), que se conserva en el Museo de Plasencia. El paroxismo del dolor, expresado en ese cuadro, parécese al de la Santa Faz, del Museo de Vich, atribuído á Bermejo (2). La contorsión de los músculos orbitales que se observa en ambas, procede, probablemente, del común modelo. Es notable que también en la boca, aunque muy distinta, el borde del labio inferior en ambas sea más corto que el borde del labio superior, y que en las dos tenga el labio inferior una ligera hendidura en el centro (3). Muy probablemente también, los retratos de medio busto del pintor mesinés no son una directa derivación de los flamencos, sino sencillamente una imitación mediata á través de las obras españolas (4).

(1) El cuadro de San Ildefonso está, como observa Bertaux, inspirado en Roger Vander Weiden. La puerta mediata, de Antonello, puede ser también otra obra anterior del mismo autor de San Ildefonso, del cual, ó de otros de la misma escuela, pudo haber tomado Antonello el colorido rosado transparente de sus carnes y el característico sombreo de la línea de los labios con rojo granate.

(2) V. S. y M. Ob. cit., II, 104 y sig. Las atribuciones del mismo escritor al Bermejo, de la Santa Faz, no son seguras. La razón en que se fundan sus hipótesis, la forma del nimbo, es una particularidad de poco saliente.

(3) Algo español se nota asimismo en su cuadro de San Jerolamo, de Londres, posterior á su ida á Venecia. El marco del cuadro, por ejemplo, imita una portada de arquitectura española.

(4) El capítulo de los retratos de medio busto, de escuela flamenca, no es ciertamente el más claro de la existencia del arte.

Contra la hipótesis de que los elementos flamencos del arte de Antonello hayan sido tomados por él de la escuela española, podría oponerse el hecho de que la técnica comúnmente usada por aquellos pintores es todavía de temple (1), mientras que Antonello, ya en las primeras obras (Cristo, de Londres, 1465) demuestra conocer la técnica al óleo. En este punto, sin embargo, es de notar que también en Sicilia, desde 1451, se usaba pintar con aceite de lino (2). De todos modos, no es esto decir que no pudiera llegar á la isla algún ejemplar de arte flamenco; el cual, sin embargo, muy difícilmente hubiera podido diseminar el gusto de la pintura cristiana. La derivación que hemos notado en las obras del primer período de Antonello, de las españolas, no tiene por objeto demostrar que la educación del pintor mesinés sea debida exclusivamente á aquella escuela; atiénese, sin duda también, á las corrientes italianas que penetraban en la isla (3), y no solamente por la inspiración de sentimientos, sino también por motivos plásticos. Su afición, por ejemplo, á los escorzos, procede muy probablemente de las obras de Vivarini, una de las cuales se ha descubierto recientemente en Calabria (4). No se deben olvidar, al

(1) También la tabla de los Consejeros, de Dalmau, es al temple.

(2) V. el documento de 1451 respecto á Gaspar de Pésaro, en el que se dice: «Fari pingiri li porti di lu dictu sacrariu cum quattro ymagini lavurati d'ogio di linazu.» (Di Marzo, ob. cit., 282 núm. 1.)

(3) Ciertamente que también hubo de tener alguna influencia sobre él el autor del tríptico de Termini Inerese (1453), atribuído á Gaspar de Pésaro. La Virgen de Antonello, del Museo de Messina, deja establecer, con la del tríptico, una evidente afinidad en la concepción rígida y metálica de los mantos, de amplísimos pliegues, y en la simetría de las vueltas.

(4) V. Gallo, un cuadro de Vivarini, etc., en Calabria (*La Vita*, Roma, 1907, 20 Nov.). Para la comparación con Vivarini, v. el cuadro de altar de Antonio, de la catedral de Parenzo (1440), y el políptico representando á la Virgen con San Antonio y San Bartolomé (145...) en la Galería de Bolonia. En este último cuadro se pueden ver numerosos ejemplos de manos, si no como las pintó Antonello, de un escorzo muy acentuado. Nuestro pintor tomó tal vez de Vivarini las proporciones y las formas de un niñito de la tabla del Museo de Mesina.

pensar en la educación de Antonello, las enseñanzas que pudo darle la escultura, especialmente por obra de Francisco Laurana, cuya sentimentalidad de los tipos y morbidez de modelado pudo haber ofrecido al pintor mesinés alguna inspiración (1).

Los discípulos de Antonello, que debían de ser muchos, siguieron naturalmente al maestro hasta en la derivación de las formas españolas. «La Virgen en el trono con el Niño», de la colección Castellaci (Ragase Inferior), que representa por ahora la mejor obra de la escuela (tal vez del hijo Jacobello (2), muestra una mezcla de elementos antollianos en los tipos y en el vestuario) y de elementos venecianos (3).

(1) V., por ejemplo, el grupo de la Virgen con el Niño (1459), de Laurana, en la catedral de Palermo. El tipo de la Virgen (la forma de sus cejas onduladas, como en la Anunciada, del Museo de Siracusa) y sus manos presentan (en conjunto con las formas del niño) alguna semejanza con la obra de Antonello. A este propósito recordamos otro ejemplo de afinidad con el grupo de Laurana, ofrecido por el ignorado maestro hispano-siciliano que pintó la tabla de la colección Salting, de Londres, que representa á la Virgen con el Niño, publicada por Herbert Cook (*L'Arte*, 1905, página 130), y atribuída por él al período españoleizante de Antonello, de Mesina.

(2) Esto se subordina á la hipótesis de que el hijo estuviese con el padre en Venecia. Parece, en efecto, que se pueda identificar con aquel Pino (del dialecto mesinés), de quien habla Sansovino como ayudante de Antonello en Venecia (Véase Marzo, *Nuovi studi*, etc., pág. 69).

(3) Precisamente estos elementos venecianos son los que no permiten poner el cuadro entre las primeras obras de Antonello, como haría suponer la inferioridad del dibujo y del modelado, en comparación con la tabla de Mesina, y nos obligan á atribuir la obra á un discípulo suyo que hubiera vivido en Venecia. El trono tiene el mismo tipo que el vivarinesco de la tabla de Parenzo, pero mucho más desarrollado. Sus formas son de arquitectura del renacimiento, mientras que los adornos del de Vivarini son de estilo gótico. También los nimbos de un solo arco lineal indican un autor menos ligado á la tradición siciliana de lo que lo fuese todavía Antonello en la tabla de 1474, del Museo de Siracusa. El cuadro fué atribuído por Di Marzo á Antonello (*Delle belle arti in Sicilia*, Palermo, 1862, III, 175, y publicado por él la primera vez con nuevas noticas en *La Siè-*

La figura artística de Antonio de Saliba (1467-1535), sobrino de Antonello y discípulo en Jacobello (1), cual resulta de sus obras firmadas (2) se reduce á un mediano imitador del gran homónimo. Comparando la serie de tales obras desde la primera (la Virgen, del Museo de Catania, 1497), realizada á los treinta años, hasta la última (los Santos Pedro y Pablo, 1531, de la iglesia de Santa María de la Cadena, en Milazzos), no se puede en absoluto admitir que la parábola de su actividad artística haya subido nunca tan alta y por tan diversa ruta, que se pueda incluir entre sus cuadros el grupo de tablas tales como la «Disputa de Santo Domingo», la «Disputa de Santo Tomás», de la galería de Palermo, y el tríptico de la iglesia del Canciller, de la misma ciudad, que le son frecuentemente atribuídas por los historiadores, y por nosotros á un desconocido españoleizante. Tampoco se le puede atribuir el cuadro del Oratorio de la Paz en Mesina, representando á la Virgen del Rosario, del cual es muy difícil dar un juicio seguro por los repintes sufridos (3). Dos obras que se le atribuyen llevan la firma «Antonellus Messaneus», como usaba su gran homónimo: son el San Sebastián, de la galería de Berlín, y una Virgen con el Niño, de la Pinacoteca de Spoleto (4). Pero puesto que la primera es una copia de la misma figura de Antonello, de la Galería de Dresde, puede suponerse que también la Virgen de

---

cle Illustrée, 1906, núm. 1 y 2). Brunelli la atribuyó sin duda á Antonello ó á un discípulo desconocido.

(1) A los catorce años, en 1480, fué puesto en el taller de Jacobello; de 1497 á 1510, háblase de él en documentos de Mesina (Véase Di Marzo, *Nuovi Studi*, etc., pág. 23).

(2) Véase Crawe y Cavalcaselle, ob. cit., I, pág. 111 y 112; y Brunelli, Antonello de Saliba, *L'Arte*, 1904, pág. 271 y siguientes.

(3) Puede darse también que esta obra sea una imitación de la tabla pintada para Antonio de Saliba en 1499 para la iglesia de Santo Domingo de Sarniera. En ella se representaba, como en ésta, á la Virgen del Rosario con el Papa, el Emperador y otras varias figuras. (Véase Marzo, ob. cit., pág. 11 y núm. 3.)

(4) A menudo firmaba también sus obras con el suyo de Saliba.

Spoleto sea una copia ó imitación del Antonello de los Antonios. La obra, en efecto, parece que justifica nuestra suposición. En ella encontramos tipos, modelado y ropaje bien diversos de los de Antonio de Saliba, y por añadidura el particular de la mano de la Virgen, dibujada horizontalmente de corte, según la costumbre característica de Antonello (1). Se puede, por lo tanto, suponer que las dos obras pertenecen á un antonelliano desconocido, como el Ecce Homo (2), de la Galería de Venecia (núm. 589), pero distinto de él.

Mucho más ligado con la escuela veneciana que con la siciliana y española, es Pietro de Saliba, hermano mayor de Antonio, pero inferior como artista (3). El Cristo en la colum-

(1) Por copia se debe entender una traducción más bien libre, como usaban los cuatro centistas y como ofrece un ejemplo de esto el mismo San Sebastián citado. Si nuestra hipótesis es cierta, el cuadro de Spoleto nos proporciona la reconstrucción de una obra perdida de Antonello y nos explica otras cosas. Las afinidades entre las figuras de Dios Padre, de ésta, de la de la «Disputa de Santo Tomás» y de una tercera que se encuentra en el interior de la iglesia de los catalanes, de Mesina, sobre la puerta de ingreso, pueden explicarse como derivadas de un único tipo de Antonello. También los tronos de Antonio de Saliba, de estilo Renacimiento, pueden derivarse del tipo de éste de Spoleto, el cual, en el pedestal arquitectónico del asiento, en la forma del respaldo y en los pomos esféricos que hacen de acróteras, tiene estrecha correspondencia con el de la Virgen de Quirizio de Murano (1462-1474), de Venecia, en el Museo Cívico (tribuna núm. 78). Más adelante veremos otras relaciones entre el paisaje de este artista y el de Quartararo.

(2) También éste lleva la firma Antonellus Messaneus. Brunelli, siguiendo una hipótesis de Ludwig, cree que en Venecia, á fines del siglo XV, vivieren varios Antonelli de Mesina. (Véase Pietro de Saliva, pág. 358, núm. 4.) Es más lógico explicar las obras que llevan las varias firmas: Antonellus Messaneus (*Piedad*, de la galería de Belvedere), Antonellus Messianus (*Anunziatta*, Venecia, Galería) y Antonellus Messaneus, puesto en obras que indudablemente no son del gran Antonello, como productos de anónimos copistas é imitadores.

(3) Las obras que llevan las firma Petrus Menaneus, son: La Virgen con el Niño, de la iglesia de Santa María Formosa (Venecia); el Cristo en la columna, del Museo de Budaspest (núm. 1.256), y otras dos que se han per-

na, de Budapest, muestra la imitación del arte de Antonello; mientras que la Virgen de Santa María Formosa revela su dependencia de la escuela veneciana (1). Un mediano artista, como resulta serlo, por sus obras firmadas y por la comparación con el pintor genovés, Leonero (2), no puede ser, ciertamente, el autor de la Anunciación, del Museo de Palermo (3).

Los pintores palermitanos del siglo XV, ampliamente ilustrados por Di Marzo, no presentan caracteres homogéneos entre sí, como los antonellianos, y no forman sino un agregado de varios artistas, cada uno de los cuales presenta una fisonomía diversa, según la prevalecedora asimilación de una de las corrientes artísticas, que se entresacaban en la isla en aquel siglo.

---

dido. (V. Brunelli; Pietro de Saliba (*L'Arte*, 1906, págs. 357 y sig.), vivió, indudablemente, algún tiempo en Venecia.)

(1) La Virgen con el Niño, del Museo de Padua (núm. 25), tipológicamente muy parecida á la de Santa Maria Formosa, pero artísticamente superior, según nosotros, no es la obra mejor de Pietro (Brunelli, art. cit.), sino el ejemplo más próximo á él de su común modelo ó, tal vez, su modelo. Basta comparar el paisaje de los dos cuadros, el rudimentario de Pietro, con montes cónicos iguales, poblado de míseros arbustos, con el del cuadro de Padua, vario, con montes y colinas, con un grupo de edificios y árboles frondosos, para convencerse de que los dos autores proceden de escuelas en las que el fondo paisajista tenía muy diversas tradiciones.

(2) V. Brunelli, art. cit.

(3) La atribución fué propuesta por Fazix Alimayer, fundándose en su hipotética finura, y concluyendo que los mejores cuadros de Pietro han sido falsificados con el nombre de Antonello.

Otras obras de antonellianos se encuentran en la galería de Mesina. Una Virgen con el Niño dormido (antesala Ant., núm. 46); el cielo y el paisaje esfumado del fondo indican un artista de principios del 500 y la procedencia de la escuela veneciana. (V. Crawe y Cavalcaselle, ob. cit., II, 97, núm. 1.) En la misma sala (núm. 56), una Virgen en el trono con el Niño. Los tipos de la Virgen y del Hijo son antonellianos. Los pliegues de los paños son de estilo flamenco, como las formas de los ángeles; la arquitectura del trono es de un renacimiento muy desarrollado.

Tomás de Vigilia, cronológicamente el primero (1), es un ecléctico que, á los elementos de la escuela marginal, agrupaba su trono del tríptico de Santa María de la Misericordia, de Termini Imerese, mas otros derivados del arte español (2). Su obra, en la que la segunda influencia es más evidente, es el fresco que se encuentra en la Pinacoteca de Palermo (número 1.128) (3). Comparándola con la Virgen de los Cancilleres, de Dalmau, resaltan en seguida las afinidades de motivos que tiene con ella, derivados, probablemente, de alguna otra obra afín, llegada á Sicilia. La composición, en efecto, está formada con igual simetría; en el centro, la gran masa del trono; á los lados, en primer término, dos figuras arrodilladas; en el segundo, otras; en el punto hay dos ventanales, á los que se asoman los ángeles. La comparación quita la duda de que se trate de un lugar común, cuando se piensa que la colocación del fondo no sea un elemento necesario ni muy lógico, puesto que Vigilia lo repite otras veces (4). Otros elementos españoles se encuentran en las formas del trono y en las vestiduras de los ángeles. El trono, coronado por un alto dosel de madera de un gótico florido, concuerda con el más rico de la tabla de los Consejeros de Barcelona, mientras que las vestiduras de

(1) Es citado en documentos del año 1461 á 1467. (V. Di Marzo, ob. cit., págs. 89 y sig., y 117, núm. 3), y Crawe y Cavalcaselle (ob. cit., II, pág. 158.)

(2) En él hay también un recuerdo de la tradición local. V. su fresco: Abraham que sirve á los ángeles (Palermo, Berisac, 1.121), con el mosaico de la Capilla Palatina, que representa el mismo asunto.

(3) Brunelli señaló ya de pasada esta influencia. *(L'Arte*, 1908, página 219.)

(4) V., p. e., el tríptico de Casa Verdura (1486). Es notable también el hecho de que en el cuadro del Museo de Palermo, por no faltar á la simetría de la composición del modelo, no habiendo figuras que poner en el segundo término, se hayan colocado cuatro ángeles, uniendo de esta suerte dos motivos diversos: el de la escuela italiana, que gustaba de circundar con ellos el trono de la Virgen, y el de Dalmau, que los ponía afuera, como convenía entonces á su sagrada función.

los ángeles corresponden con las de la tabla de Dalmau, en el amplio manto, de anchas orlas, y en la cintilla que ciñe su cuello. Las mismas telas de brocado proceden de las de la escuela española (1).

Fueron indudablemente discípulos suyos, ó imitadores, los dos mediocres artistas que pintaron la larga serie de frescos en las paredes de la iglesia de Santa Catalina en Termini Imeresa. Di Marzo cree poder identificarlos, en los hermanos Nicolás y Jacobo Fraffeo (2).

Pietro Ruzzolona, en las dos obras que se le atribuyen con certeza, la Cruz de la iglesia mayor de Termini Imerese (1484) y el esbozo de los Santos Pedro y Pablo (1494), se muestra un mediocre artista, que sigue las escuelas italianas de la isla (3), entre las que domina siempre la inspirada por el autor del tríptico de Santa María de la Misericordia en Termini (4).

(1) En este cuadro se encuentran, sin embargo, abundantes reminiscencias de la escuela del tríptico de Termini Imerese. Característica, por ejemplo, es la semejanza en el traje de la Virgen, en el paño de su manto (aun cuando más desarrollado), sobre el que se repiten los gruesos florones que adornan el manto de la Virgen, de Termini.

(2) Son mencionados en los documentos de Termini de 1476 á principios del 500. (Véase di Marzo, ob. cit., 251 y siguientes.) Su derivación de Virgilia es visible en los contornos redondeados, en el ropaje esquemático, en la frialdad y monotonía de los rostros de óvalo alargado, de rasgos regulares, y las cabelleras femeninas en masa adheridas al cráneo.

(3) La Cruz de Termini le fué encargada sobre el modelo de una, que se ha perdido, de Santiago la Marina de Palermo. Una copia del original, ó de la suya, fué ejecutada por cinmentista para la iglesia de San Francisco de Cárcamo (ahora en la Pinacoteca de Palermo, núm. 1.080). Así á éstas iconográficamente es también la anterior de la misma Galería (núm. 1.072), de la que ya hemos hablado. Manseri la atribuye al Crucifijo de la catedral de Piazza Armerina. (*L'Arte*, 1906, pág. 17.) He tenido ocasión de ver otro Crucifijo semejante detrás del altar mayor del Hospicio, cerca de Pistunina. La semejanza entre estos dos cuadros procede más de imposiciones iconográficas religiosas que de tradición artística, y el modelo muy probablemente se debe buscar en el arte español.

(4) Crowe y Cavalcaselle tienen á este pintor por compañero de trabajo ó discípulo de Virgilia. (Ob. cit. II, 109.)

Si bien muy diversamente dotados, parecen salidos de una misma escuela, ó al menos inspirados por los mismos modelos, Antonello Panormita y Ricardo Quartararo. La tabla del primero, firmada y fechada en 1497, representa á la Virgen con el Niño y dos santas (Museo de Siracusa); además de los elementos antonellianos muy evidentes, presenta afinidades con la tabla de San Pedro y San Pablo, de Quartararo (1494), actualmente en la galería de Palermo (1). En ambos cuadros, el dibujo crudo, los rostros desdibujados, los labios de contornos levantados, los dedos de las manos leñosos, y especialmente los ropajes de pliegues amplios, duros, desordenados, como modelos en láminas metálicas, indican una fuente común de inspiración, si no de enseñanza (2). Con los pocos datos que tenemos se hace difícil indicar con certeza esa fuente; de todos modos, creemos poder señalar la común enseñanza en la escuela española, de la que procede la Coronación de la Virgen, de la Galería de Palermo (núm. 104). Además de los caracteres comunes á las dos obras sicilianas ya notados, podemos también encontrar en la Coronación algún particular propio de cada una. En la cabeza de la Santa Bárbara, de Panormita, se observa un lujo de cabellos rectilíneo adherente al cuello, como en las figuras femeninas de la Coronación, y en la Eva especialmente. Así también la mano derecha de Santa Bárbara tiene la forma rectangular, con los dedos unidos, y el pequeño separado y rígido, de San Miguel del cuadro español. En la la tabla de Pedro y Pablo, las dos cabezas, de rostros rectangulares, de cabellos desparramados sobre la frente, de amplias cejas fuertemente acentuadas, de labios exageradamente si-

(1) Se podría pensar también en una derivación de Panormita, respecto á Quartararo, pero hay demasiados elementos indicados en el primero para poder admitir esta hipótesis, aconsejada por las dos fechas. Basta la diversa concepción de la perspectiva en el paisaje para convencerse de que se trata de dos artistas afines en caminos distintos.

(2) No es olvidar tampoco la común concepción anticuada de los nimbos de discos dorados é impresos sobre el fondo natural del cielo.

nuosos, con el inferior más desarrollado que el otro, encuentran una correspondencia en las cabezas viriles de la Coronación. Iconográficamente, la cabeza de San Pablo, á través del tipo español, cuyo prototipo es el San Andrés de la tabla de los Cancilleres, de Dalmau, se parece al San Juan Bautista de Van Eyck, en el políptico del Cordero de Gante, y demuestra cómo la pintura siciliana podría llegar al arte flamenco á través de la fuente mediata de los pintores españoles (1).

Con esto damos fin á nuestro estudio sobre la influencia del arte español en la pintura siciliana del siglo XV, esperando que nuevos documentos y ulteriores estudios puedan arrojar más luz en este campo, casi inexplorado todavía.

LEANDRO OZZOLA

(Extracto de la *Rassegna Nazionale*, de 1.° de Enero de 1909.)

(1) El paisaje de las tablas de los Santos Pedro y Pablo, demuestra en Quartararo la influencia del arte italiano. El motivo de la vista de la llanura serpenteada de agua, perspectivamente escorzada, colocando el horizonte del cuadro muy bajo, es una conquista de la escuela toscana, transmitida después á un veneciano. De los venecianos, muy probablemente, procede la imitación de Quartararo, sabiéndose que éste, en 1492, colaboraba en Nápoles con Constancio de Moyals, pintor veneciano. El ejemplo de la escuela á que queremos referirnos es el Cristo en el trono (Venecia, Acad., núm. 659, de Quirizio de Murano (1462-74). En las obras de este pintor hemos ya notado la semejanza de los tronos con los de Antonio de Saliba. La semejanza con otro motivo de la pintura siciliana aumenta el valor de la comparación.

COSAS DE MADRID

La parroquia de San Lorenzo.

Ni tradiciones, ni curiosidades históricas, ni recuerdos de pasadas grandezas evoca la pobre y mezquina iglesia de San Lorenzo. El templo se construyó en los días del desventurado Carlos II, y se inauguró el 8 de Septiembre de 1670. No busquemos allí primores de arte, porque todo en él es sencillo, todo revela el estado de la feligresía que le sustenta. Hay, sin embargo, una circunstancia que da mérito al edificio: fué construído con limosnas de los feligreses, y con sus limosnas también restaurado cuando lo destruyó el fuego de 1851. Aquel vecindario, compuesto en su mayoría de menestrales, supo cercenar una cantidad de su exiguo jornal para ayudar á la construcción, primero, y más adelante á la restauración de su parroquia, dando así clara muestra de los piadosos sentimientos que forman la base del carácter del pueblo de Madrid.

No se crea que la ostentación que hemos conocido en la salida de la procesión de San Lorenzo, el 10 de Agosto de cada año, arranca de antiguos tiempos; antes de 1846, fecha en que se reorganizó la archicofradía, la procesión tenía poca importancia en lo que se refiere al acompañamiento, músicas y demás factores que componen estas manifestaciones religiosas: la efigie del santo titular, un buen palio de fines del siglo XVIII, un estandarte de la misma época y el campanario portátil, de

que se hablará más adelante, constituían todo el aparato de la fiesta pública. En cambio, era numeroso el séquito de niños y niñas vestidos á capricho, no con tanto gusto como piedad, y alegraba la vista y el corazón muchedumbre inmensa de mujeres guapas luciendo los tan celebrados pañolones de Manila. Este era el principal aliciente de los petimetres y currutacos que acudían á Lavapiés en busca de aventuras, y volvían mohinos y pesarosos, después de haber sufrido una rechifla, á la Fontana de Oro, á la Cruz de Malta ó al café del Angel, donde se desquitaban de su pasada burla, deshaciéndose en improperios contra las manolas.

El campanario de la procesión era la alegría de los muchachos del barrio, la nota característica de la solemnidad, lo que ha dejado recuerdo para cuantos presenciamos en nuestros juveniles años esta solemnidad religiosa. Al principio de la comitiva, entre la Guardia civil y los estandartes, iba conducido en unas angarillas un campanario de madera y lienzo, imitando ladrillo y berroqueña, con dos huecos donde volteaban sendas campanas, que con sus lenguas de metal anunciaban la proximidad de la procesión; y era de ver cómo se solicitaba la condescendencia de los monaguillos encargados del volteo para que permitieran al amigo ó al recomendado acercarse al diminuto campanario, dejándole oficiar un buen rato de campanólogo. Entre los alumnos de la Escuela Pía de San Fernando conquistaba honroso y superior prestigio el que conseguía el suspirado placer de contradecir el refrán que declara cosa imposible repicar y andar en la procesión.

Ese campanario portátil tiene su historia, aunque breve y sencilla. Cuéntase que en los días de su fundación, la parroquia de San Lorenzo, que era un anexo de la de San Sebastián, carecía de campanario, y concedióse al párroco autorización para que el sacristán ú otro dependiente fuera con una campanilla recorriendo las calles de la feligresía con objeto de avisar á los fieles la hora de misa, de las oraciones, del rosario, del sermón y demás actos religiosos; de esta necesidad

surgió la idea de hacer un aparato que facilitase el trabajo de los campaneros; el artefacto se revistió luego de una forma hasta cierto punto artística, y la costumbre se conservó como tradición aun después de construído el campanario de la iglesia.

La calle que dió carácter á la parroquialidad de San Lorenzo es, sin duda alguna, la de Lavapiés, porque en ella habitaba, durante la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX, el tipo clásico de la manolería en varones y hembras; éstas de garrido porte, de viva imaginación, la lengua suelta, cuyos dichos, agudezas y donaires eran la admiración y encanto de los usías; ellos tan dispuestos á puntear una guitarra y echar coplas al aire, como á hacer frente á los Walonas en el motín contra Squilache ó á los granaderos de Napoleón en el memorable Dos de Mayo.

La calle de Lavapiés ha sido ensalzada y glorificada por el insigne D. Ramón de la Cruz, regocijo de las musas y honra de la literatura castellana. En *El deseo de seguidillas* dice aquel preclaro sainetero, por boca de un patriota entusiasta de Lavapiés:

Sólo sé que cuando voy
á los arrabales nuestros,
veo bayeta y rodetes,
paño pardo con remiendos,
mujeres que laven, críen
y cuiden de su puchero;
hombres que vengan cansados
del trabajo y tosan recio,
y que de cada suspiro
echen una casa al suelo.
.....
....
Yo discurro cuando veo
aquellas mujeres bravas
y diligentes, aquellos
hombres tan mal afeitados

y aquellos chicos en cueros,
que así como á las montañas
de Asturias se recogieron
los últimos godos, por
disfrutar los sarracenos
el mayor poder, así
se albergan á los extremos
de Madrid, las pocas barbas
que nos han quedado, huyendo
la inundación de bellezas,
modistas y peluqueros
que han arrasado el bigote
de la patria á sangre y fuego.

Pone D. Ramón de la Cruz en Lavapiés el lugar de la acción de *La comedia casera*, *El correo de los majos*, *Los bandos del Avapiés*, *El fandango de candil*, *El muñuelo* y *Manolo*, donde el autor, con su socarronería habitual, dice: la escena es en medio de la calle Ancha del Avapiés, *para que la vea todo el mundo*.

Avapiés escribía D. Ramón de la Cruz, porque, en su amor al barrio, resultábale demasiado pedestre la palabra tal y como se pronunciaba por el vulgo, y de entonces acá muchos han querido seguir su ejemplo para dignificar el nombre; pero, desgraciadamente, no hemos hallado causa justificada que lo confirme. En documentos de fines del siglo XVI, que se custodian en el Archivo Municipal, puede comprobarse nuestra opinión, y el que se tome la molestia de consultarlos, quedará convencido de que en aquella época se escribía Lavapiés con todas sus letras.

Es positivo que, durante la centuria á que hemos hecho referencia, bajaba un arroyo por lo que hoy es calle del Ave María, cruzando la plaza de Lavapiés y saliendo al campo por lo que ahora se denomina calle de Valencia. El arroyo arrancaría, probablemente, de lo alto de la calle de Atocha, en la plaza de provincia, donde había una laguna á mediados del

siglo XV, y cabe conjeturar que las mozas de los arrabales bajos, al ir por agua á la fuente que existió desde muy antiguo en la plazoleta actual de Lavapiés, se mojarían ó *lavarían los pies*, hablando el lenguaje humorístico de la gente del barrio, cuando tuvieran que cruzar el arroyo en cuestión. Quizá al lector no le satisfaga esta etimología, pero hasta la fecha presente no hemos hallado documento fehaciente que aclare el asunto.

La calle de Lavapiés ha sido la carecterística de esta barriada, y su denominación viene á constituir un aviso persistente en beneficio de la higiene, harto descuidada en lo antiguo por los feligreses de la parroquia de San Lorenzo.

El servicio de incendios.

Es opinión general, entre los que acerca de la historia de Madrid escriben, que la instalación del servicio de incendios arranca no más que de los tiempos del rey D. Felipe III, y fúndase para ello en un acuerdo concejil de 17 de Julio de 1613, en que se mandó á los atarifes ó arquitectos municipales tener aguatochas (bombas, en términos corrientes), piquetas, azadones, palas y espuertas para los casos de incendio; al gremio de carpinteros se le impuso la obligación de nombrar cada año cierto número de oficiales, á fin de que acudiesen con escaleras siempre que ocurriera un siniestro; igual compromiso se echó sobre los albañiles, que habían de facilitar piquetas, azadones y espuertas; sobre los herreros y caldereros exigiéndoles doce garfios; sobre los cereros, que asistirían con hachas de viento para alumbrar á la gente ocupada en matar el fuego, y, por último, sobre los aguadores y sobrestantes de la limpieza, con objeto de que éstos facililitasen las cubetas del riego, y aquéllos ayudasen en tan importante servicio conduciendo el agua necesaria.

Este sistema de esperarlo todo de la actividad particular,

forzada por multas y conminaciones, dió un resultado deplorable, y hubo necesidad de recordar constantemente á los gremios las obligaciones impuestas. El servicio se reorganizó en 1641, y en 1658 contrató el Ayuntamiento con unos ingenieros holandeses la construcción y conservación de todos los instrumentos y aparatos necesarios que, por cuenta de la villa, fuesen menester para la extinción de los incendios y para auxilio de las personas donde aparecía el siniestro.

Hasta aquí los antecedentes que respecto á la antigüedad del servicio de incendios conocíamos; pero la casualidad, protectora de las investigaciones históricas, nos favoreció con una noticia, en virtud de la cual es forzoso arrancar á Felipe III la gloria que para sí reclamaba, por haberse dado, durante los días de su reinado, las primeras disposiciones sobre extinción de incendios, adjudicando este honroso galardón al sombrío y tétrico Felipe II.

En sesión de Ayuntamiento de 9 de Julio de 1577, consta el siguiente acuerdo:

«Se trató y confirió sobre la necesidad que hay de que esta Villa esté proveída de todos los materiales necesarios para poder socorrer los fuegos cuando suceden en esta Villa, que por experiencia se ha visto lo mucho que importa, y aunque otras veces se ha acordado que se compren estos materiales, no ha habido efecto, y se ha visto los inconvenientes que han resultado de no los haber, por los fuegos que han subcedido en lo de la Puerta de Guadalajara, y casas de D. Pedro Zapata y otras; atento lo cual, precediendo primero licencia del Consejo *(de Castilla)*, se acordó que se compren doce aguatochos grandes y veinte y cuatro cubetas de cuero, y seis garfios con sus picas largas, que estén armados de ordinario, y una docena de palanquillas de hierro con sus horquillas, y una docena de azadones de monte, con petos de cortar, y una docena de piquetas, y media docena de maromas delgadas, dos escaleras largas de á veinte y cuatro pasos cada una, en tres trozos, con encajes y aldabillas, seis chirriones *(carros)* con seis cubetas

de á treinta cántaras, que de ordinario estén con agua, para que siempre que subceda la necesidad, se ocurra á ellas, así para que se hagan balsas donde echar el agua con sus aguatochos, y para coger con las cubetas, y para ir trayendo lo que fuese necesario, para que comprado y traido se tome asiento con los carpinteros y oficiales y alarifes que se han de encargar por repartimiento de tenerlo y guardarlo, y acudir á los fuegos por la orden que se los dará, y hacer alarde (*pasar revista)* cada un año de los dichos instrumentos, á dia cierto, y asimismo se dará orden concurran número cierto de aguadores, repartidos por cuadrillas, que acudan al mismo remedio, y se suplique en Consejo se dé petición para que se compelan los unos y los otros á estar aprestados y cumplir lo sobredicho.»

Conocido el carácter de los españoles y la disposición de 1613, no parece aventurado suponer que el acuerdo de 7 de Julio de 1577 se cumpliría con la morosidad y apatía que forma la nota saliente de nuestra administración; pero también debemos reconocer que el espíritu de que se vió animado aquel Ayuntamiento merece cumplidos elogios.

La capilla del Obispo.

En el lienzo que mira al Norte de la antigua plazuela de la Paja, hoy Constanilla de San Andrés, álzase un edificio, cuya elegante, al par que severa, fachada del Renacimiento sorprende al investigador de curiosidades cuando cruza por aquel histórico y primitivo barrio; es la capilla de San Juan de Letrán, llamada vulgarmente del Obispo, por haberla construído á sus expensas D. Gutierre de Vargas Carvajal, obispo de Plasencia, en los tiempos del emperador Carlos V.

En el centro de un macizo frontis de sillería ábrese airoso arco, cerrado por pesada puerta de madera, guarnecida de artística clavazón; cómoda, mas no esbelta escalinata, da acceso

á esta entrada, y corona la fachada una serie de ventanas, en forma de arcos deprimidos, que, á manera de ático, embellece el conjunto, da carácter á la arquitectura de la obra y estampa el sello de la buena época en que se construyó.

El interior de la capilla es de una sola y espaciosa nave de gusto ojival, bien iluminada; el presbiterio está muy en alto, al que se sube por amplia gradería, y el coro se halla sustentado por arco de atrevidas proporciones.

Se destaca, cubriendo el frente de la capilla, hermoso retablo de madera; á cada lado de éste aparece un sepulcro cincelado, donde el obispo guardó, como en lugar preferente, las cenizas de sus padres; y cubriendo gran parte del lienzo derecho del sagrado recinto, se ve el enterramiento del prelado, bello ejemplar escultórico del renacimiento, el único que en su género conserva Madrid.

Una iglesia nueva nos agrada; sus pintadas paredes, sus relucientes adornos inspiran al corazón gratas y sencillas impresiones: la iglesia antigua infunde mayor recogimiento con su severidad, con su olor á lo viejo, con la patina que cubre su ornamentación, merced á la cual, retablos, imágenes, lámparas, arcos y capiteles toman esa multiplicidad de tonos desvanecidos que causan la desesperación de los malos pintores.

La capilla del Obispo tiene abundancia de cosas de arte. ¡Abundancia aquí donde tanto escasean! El erudito Ponz nos dió á conocer en 1782 antecedentes curiosos de esta capilla. El retablo del altar mayor, decía, debe reputarse entre los que más trabajo de escultura tienen en España, y por lo mejor que aquí se hacía á principios del siglo XVI. Creyóse que la obra era no menos que de Berruguete; pero por papeles que Ponz revisó en el archivo de la capilla, vino en conocimiento de que el artífice había sido Francisco de Giralte. De este Giralte hemos encontrado una noticia en el Archivo municipal: entre los festejos que esta villa preparó para recibir á Felipe II recientemente desposado con D.ª Isabel de Valois, figuraban tres arcos triunfales, cuyo diseño y construcción corrió á cargo de

Giralte, entallador. Como la entrada de los reyes se verificó el 5 de Enero de 1560, quizá se pueda atribuir á esta época, años más ó menos, la construcción del retablo de la capilla del Obispo.

Son notables los sepulcros ya mencionados, y merecen cumplido elogio los relieves de las puertas interiores del templo.

Allí hay guardados unos tapices ó lienzos de los que llaman *aguazas*, tomándolo del francés, pintados por Juan de Villolto en 1548, lienzos que no conocen en Madrid arriba de dos docenas de aficionados. En otro país se hubiera habilitado salón propio y adecuado para tener expuesta constantemente al público tan linda obra de arte nacional.

Fué maestro de música de esta capilla el renombrado escritor y poeta Vicente Espinel, autor de la *Vida del escudero Marcos de Obregón,* y músico célebre, pues ya sabemos que tiene página propia en la historia de la guitarra.

La capilla del Obispo viene á ser una catedral en pequeño; tiene construcción ojival en su interior, y en su fachada muestra airosa, de elegante renacimiento, tiene retablo primoroso, archivo curiosísimo, puertas ricamente talladas, sepulcros de alabastro, labrados á maravilla, y bonitos lienzos de extraña y no común pintura, objetos todos ellos de valor inapreciable por su antigüedad y mérito artístico.

Digna es la capilla del Obispo de ser visitada como uno de los monumentos más curiosos de la Villa; pero, desgraciadamente, apenas se hace mención de ella en las guías de viajeros, y muchos de éstos abandonan Madrid sin haberla visto, ignorando su existencia.

La calle del Arenal.

Una moza madrileña, de garrido porte y airoso contoneo, con un cántaro lleno de agua apoyado sobre la cadera y sostenido por el brazo izquierdo, que lucía al desnudo, hallábase

parada sobre las desiguales piedras que servían de puente para facilitar al público el paso del arroyo que corría á lo largo de la calle del Arenal, allá en los tiempos del católico rey D. Felipe II.

El arroyo, que durante la estación de verano solía quedar en seco, recibía caudal abundoso de agua con las lluvias del invierno, y no había medio de cruzarle por otro sitio que por la entrada de la calle de las Fuentes, donde estaban colocadas las piedras de que se ha hecho mención, sobre las que los transeuntes, apoyando el pie y esperando turno, pasaban del uno al otro lado.

La fuente de la Priora estaba, como el lector sabe muy bien, en una hondonada, convertida después en la moderna plaza de Isabel II, hondonada cuya profundidad puede aún apreciarse por el desnivel que, respecto de la plaza, tiene la calle de la Escalinata, denominada, en lo antiguo, de los Tintes. Ponderan los cronistas de Madrid la excelencia del agua de esta fuente, y debería tenerla, en efecto, por cuanto se dice que los vecinos de aquellos contornos, y aun de allende, enviaban sus mozas á traerles cántaros de aquel agua, que, por lo clara y por lo fresca, era en verano la delicia de los madrileños.

Sucedía entonces que tras las sayas iban los gregüescos, y los mozos de servicio, los pajes, los rufianes y los soldados acudían de continuo á la fuente de la Priora, en busca de un rato de palique, pues la criada madrileña tiene prurito de trabar conversación con el primero que topa á la ventura en su camino, así vaya con urgencia á la botica en busca de un remedio para caso de muerte.

La moza que dejamos parada sobre las piedras del arroyo del Arenal, veíase detenida por dos galanes de escalera abajo, quienes, entre donaires y requiebros, apuraban su paciencia, sin dejarla ganar el paso, que ellos defendían, ya que se veía privada de volver atrás, pues por la mala disposición de las piedras que servían de puente no podía retroceder, sino con

grandes dificultades de equilibrio. Ellos estrechaban el cerco; ella, que en un principio gustó del encuentro, iba hartándose de la obstinación por la incómoda postura en que estaba, sosteniendo sobre la cadera el peso del cántaro, lleno de agua; y los transeuntes que por ambas orillas marchaban, parábanse divertidos al ver el apurado trance de la joven, hasta que uno de ellos, caballero de noble aspecto, encarándose con los mozos, reprendióles su atrevimiento con duras palabras, y les obligó á retirarse, dejando el paso franco á la maritornes.

D. Pedro de Herrera, que así se llamaba el caballero precursor de Don Quijote en amparar doncellas y deshacer entuertos, era bien conocido en la Villa por su cargo de regidor perpetuo y su genio regañón; así es que los mozos le obedecieron sin replicar, y, gorra en mano, despidiéronse humildemente con un «Dios guarde á vuesa merced».

En cuanto se presentó ocasión para ello, el D. Pedro habló del asunto en sesión de Ayuntamiento, haciendo ver los inconvenientes que al público se seguían por tener que atravesar de tan incómoda manera el arroyo del Arenal, sobre todo las mujeres, pues si eran de baja estofa, veíanse expuestas de continuo á escenas como la que él había presenciado, y si damas de dueña y rodrigón, pasaban no pocos apuros al recogerse faldas y mantos, con peligrosos y provocativos descuidos, que á veces parecían como realizados adrede.

La moción de D. Pedro de Herrera hizo su efecto; colocáronse provisionalmente unos tablones sobre las piedras mencionadas, y más adelante se construyó *una pontezuela,* que, merced á periódicas reconstrucciones, logró persistir durante más de dos siglos.

Figúrese el lector la calle del Arenal en el siglo XVI: angosta, de tal suerte, que en tiempo de lluvias, durante las crecidas del arroyo que venía corriendo desde las alturas de la hoy calle de Fuencarral, apenas si quedaba trecho para seguir el cauce del arroyo por tierra seca; no había más edificaciones, descontando el monasterio de San Martín (números 22 y 24 de

la calle) y la entonces reducida iglesia de San Ginés, que algunas casas mezquinas, y tapias de huertas, jardines y corralizas; transeuntes, pocos podrían verse, dado el escaso vecindario; y comercio no lo habría, estando cerca la calle de las Fuentes, que, al mediar el siglo XVI, parece que tenía ya relativa importancia.

Pero aún dejaría más que desear cuando el arrabal de San Martín estaba en los comienzos de su formación, y el sitio que ocupa la calle era un arenal, en efecto: el arroyo correría á su gusto y antojo, ensanchándose donde lo tuviera por bien; el monje que se asomase á las ventanas del monasterio, que todavía hemos alcanzado á ver nosotros, no descubriría en derredor sino huertas y tierras de labradío, y al final del panorama, la muralla de Madrid, que circundaba la Villa, por lo que hoy son calles de Milaneses y del Espejo, á buscar el Alcázar, cuyas torres se destacarían sobre un cielo iluminado por la luna, en las noches que la hubiera y no estuviese nublado. Al atardecer, como dicen los modernistas, un silencio sepulcral reinaría por doquier, interrumpido no más que por los toques de campana de las monjas que habitaban en el próximo convento de Santo Domingo.

Hoy, muy al contrario, al entrar la noche, adquiere la calle del Arenal un atractivo que convida á pasearla, por la afluencia de gente que á ella concurre; por el escogido comercio que allí se halla instalado; por la profusión de luces con que éste ilumina sus escaparates, y sobre todo, en los momentos próximos á la hora de comenzarse la función del teatro Real, por las mujeres hermosas y elegantes que la cruzan, cuyas cabezas, adornadas de brillantes, sobre un torso cubierto de sedas y de pieles, se destacan radiantes de belleza en el fondo de una berlina ó de un automóvil, que surge de pronto ante nuestros ojos, y desaparece veloz como visión fantástica.

José Napoleón quiso ensanchar y prolongar la calle, de manera que formara una hermosa vía desde Palacio á la Puerta del Sol; pero aquí nos achicamos en seguida, y se desechó

el proyecto, contentándonos con alinear las casas paulatinamente conforme se van reedificando.

Y aún habrá quien diga que nos quejamos de vicio, porque en el siglo XVII, en la corte galante de Felipe IV, tenía la parroquia de San Ginés su cementerio en el atrio del templo, y los vecinos de las casas cercanas presenciarían frecuentemente el triste y repugnante espectáculo de las mondas ó exhumaciones para desocupar sepulturas. Sin empedrar, sin alumbrado, con el arroyo, con el cementerio y con la pestilente y antihigiénica costumbre del *agua va*, pues no había desagüe de retretes en las casas, estaría poco apacible y deleitoso Madrid en los tiempos de Calderón y de Quevedo, cuando éstos, para andar por la Villa, en cayendo el sol, habrían de ir con la espada desnuda, á fin de que no les cortasen la acción los *capeadores* nocturnos. Felices nosotros que podemos ir á las doce de la noche, descuidados y con buena luz, paseando cómodamente sobre el asfalto de la calle del Arenal.

CARLOS CAMBRONERO.

UN TESTAMENTO HISTÓRICO

En las brumosas nebulosidades de la Edad Media, en un período de continua agitación y desasosiego, de lucha, de ambiciones y egoísmos, como fué la tutoría del rey Alfonso XI, figura un personaje, de líneas borrosas y mal definidas, de historia oscura y poco conocida, que se desliza entre las intrigas de partido con influencia notoria apenas adivinada á través del confuso relato de los cronistas.

Es el infante D. Felipe, un elemento de discordia, una garantía de paz, el promevedor de disturbios, unas veces, el árbitro en las diferencias, otras, el causante de la lucha, pero siempre una pieza imprescindible en el tablero político.

Su espíritu es contradictorio: en ocasiones, muestra el arrojo y bravura de su padre, el rey D. Sancho; otras veces, aparece pusilánime é irresoluto, llegando con sus huestes frente al enemigo y retrocediendo luego, presa de súbito pánico é incomprensible temor; prudente en el consejo, como María de Molina, interviene en las treguas, inclinando la balanza hacia las medidas de cordura y buen gobierno; y siguiendo rumbo contrario con su carácter paradójico, se revuelve airado, sin causa ni motivo, buscando alianzas, excitando rebeldías y moviendo guerras despiadadas.

Como hijo de la gran reina, reúne en sí dignidades y prerrogativas; es Adelantado mayor en Galicia, donde posee

cuantiosos bienes; mayordomo del rey, pertiguero mayor de tierra de Santiago y señor de Cabrera y de Ribera. Interviene en todos los asuntos importantes de la época, juega papel decisivo en las contiendas de la tutoría y defiende la causa de su hermano D. Pedro contra la inquieta y turbulenta nobleza. Después de la derrota y muerte de los infantes en la vega de Granada, aspira al cargo de tutor. La reina D.ª María ve con buenos ojos las pretensiones de su hijo; pero como su política era contemporizar para sostener el trono de su nieto, hubo de pactar con el rebelde D. Juan Manuel, no decidiéndose nunca, de manera clara y oficial, á reconocer los derechos del infante. Sin embargo, muchas ciudades le tomaron por tutor, si bien no existe ningún privilegio rodado en que se le conozca con ese título.

Cristiano fervoroso, sostiene serias diferencias con el arzobispo de Santiago, y el prelado de León más de una vez se queja de sus desmanes. Simpático y atractivo, conducía á los suyos al combate, ganando la voluntad de los cortesanos, aumentando el número de sus adeptos; capitaneaba sus mesnadas en paseo triunfal por los dominios de sus rivales, acatando los designios de la tutora ú hollando sus mandatos, según las circunstancias de su veleidosa condición. Era D. Felipe caballero enamorado, amante de su esposa é infiel á su juramento, complicado y humano; en fin, tipo acabado del señor feudal de límpido blasón y linaje esclarecido.

Este carácter complejo, laberíntico é indeterminado, mezcla y amalgama de opuestas tendencias, es el que tratamos de descubrir, escudriñando sus íntimos secretos, sus valentías de *condottiero,* sus rasgos de magnate, sus maquinaciones de conjurado y sus actos de hombre sesudo y enérgico.

*
* *

Deslabazadas, sin ilación, por necesidad cronológica, y sin carácter representativo y substancial, aparecen en la Crónica

noticias sueltas, hechos de armas, actos diplomáticos y fazañas del infante D. Felipe, sin que llegue á nuestro ánimo cuál sea el temperamento de este personaje, ni cuáles sus tendencias y pensamientos.

Un pergamino, encontrado entre los papeles de la Orden de Santiago, contiene el testamento del ilustre prócer de sangre real. En este importantísimo documento puede estudiarse, de una manera acabada, la psicología del infante; llena las lagunas de su vida, corrige las deficiencias de la Crónica y nos presenta el espíritu, la mentalidad y las más recónditas vibraciones de un alma medioeval, alimentada por pasiones bélicas é instintos guerreros, con preocupaciones religiosas, fanatismo ultraterreno y suaves deliquios amorosos.

El sentimiento constante de aquellos hombres con temple de acero y corazón de niño, era de fe sincera, de creencia honrada y de aspiración fecunda á la eterna bienaventuranza, que les hacía, en medio del fragor de las batallas, levantar los ojos, sin temor á la muerte, con un mirar perenne hacia el infinito. De éstos era el hijo de Sancho el Bravo; no nos sorprende, pues, encontrar las primeras cláusulas de su última voluntad dedicadas exclusivamente á la salvación de su alma. Una inquietud visible palpita en las primeras líneas; la intrusa se acerca paso á paso, sin respetar las grandezas de la tierra, y pronto va á segar de raíz la existencia del noble prócer. *Seyendo doliente de cuerpo,* dice el infante; con estas palabras indica ve próxima su última hora; pero declara también, para conservar toda la eficacia á su postrera voluntad, que se halla en el perfecto funcionamiento de sus facultades mentales: *Empero con todo mio sesso y con todo mio entendimiento complido qual melo Dios quiso dar.* Hecha esta manifestación preliminar, D. Felipe entrega su espíritu á Dios verdadero, como invocación de acogerse á la divina clemencia, cosa muy natural en un tiempo en que los cristianos creían tener esta superioridad religiosa sobre judíos y musulmanes, cuya alma estaba entregada, según ellos, á todos los espíritus maléficos.

Su decidido empeño es asegurar un puesto en el Paraíso, y encaminadas á este propósito son las extensas disposiciones concernientes á su enterramiento en el monasterio de las Dueñas de Santa Clara, de Allariz. Como un burgués de nuestros días determina, con escrupulosa minuciosidad, los detalles de su funeral; como un católico de hoy día, tiende á favorecer al clero de su provincia, mandando que intervengan en las preces, rogativas y plegarias póstumas, los *freires* de San Francisco, de Orense; los de Santo Domingo, de Ribadeo; los de San Francisco y Santo Domingo, de Pontevedra; los de Melón de Osera, y de Monte Ramo. Han de ser cien frailes de misa, con viaje pagado, manjares y residencia á costa de sus rentas, con obligación de rezar trescientas sesenta y seis misas. Concede mil maravedises anuales á las monjas de Santa Clara, para misas de *Requiem* y responsos sobre su sepultura.

Parece que con esto adquiere cierta segura tranquilidad de conciencia; pero aún ha de favorecer con sus mercedes á las Ordenes religiosas. Manda acabar las capillas comenzadas en el monasterio de Allariz; deja cuatrocientos maravedises á la abadesa Toda Díaz, para su vestir; cien maravedises en el día de su enterramiento, para una *pitanza,* á las dueñas del citado convento, con más diez maravedises diarios para carne y pescado. Dona otros mil maravedises anuales, y rentas y terrenos en los alrededores de Allariz, para bien de la comunidad. Siguen en orden cuantiosos legados á las iglesias de su territorio, y como reparación honrosa, termina sus diferencias con el arzobispo de Santiago, á quien había agraviado durante su vida, tratando de satisfacerlo en la hora de su muerte.

Habla el testador de un anillo, regalo del obispo de Coria, y ordena sea devuelto al prelado, lo cual hace pensar en conjuros y amuletos, tan corrientes entonces, ó en prenda de amistad ó señal de pactos y alianzas, envolviéndose en las conjeturas, acerca de esta valiosa joya, una anécdota desconocida ó un suceso de trascendencia ignorado y misterioso. Deja sus alhajas á la iglesia de Santa Clara, incluso los cálices y vesti-

mentas de su *capiella*, exceptc la famosa sortija, cuyo destino encarga sea cumplido fielmente.

Empiezan luego las mandas particulares, y como amo cariñoso, recuerda á sus servidores: á Garci Yáñez, su camarero, deja doscientos maravedises y ciento cincuenta, respectivamente, á Mayor Alfonso y á Urraca Martínez. Manda se entreguen trescientos maravedises á Juan Fernández, prior de Zamora, y mil al *dotor* fray Pedro Tomás, su confesor. Este, sin duda, era el letrado y consejero áulico del infante, no sólo en los negocios espirituales, sino también en los terrenos; su calidad de persona inteligente y docta le colocaba en una esfera privilegiada por el prestigio de las letras en tiempos calamitosos de escasa cosecha científica, y debía, naturalmente, ejercer una influencia decisiva en las determinaciones adoptadas por Don Felipe, de suyo ignorante, con esa falta de cultura tan general en los magnates que creen poseerlo todo con los timbres y blasones de su escudo. Es posible seamos temerarios al juzgar de una manera tan rígida las dotes intelectuales del hijo de María de Molina; pero procedemos en esto por presunción lógica, al no encontrar en su testamento disposición alguna en que haga ni ligera referencia á libros, ni estudios, ni bibliotecas, cuando en muchos testamentos de la Edad Media sucede lo contrario.

El doctor Pedro Tomás era el hombre de confianza, porque, como veremos más adelante, figura entre los testamentarios ó albaceas encargados de cumplir á la letra lo dispuesto por Don Felipe en su última voluntad. El hecho de ser legatario el el propio confesor, repugna á las concepciones jurídicas de los comentaristas y glosadores de nuestros días, y así nuestro Código civil prohibe en su artículo 752 las disposiciones testamentarias en favor del sacerdote que hubiere confesado al testador en su última enfermedad. Ya la Nueva Recopilación sostenía debían acabarse los abusos de la *ambición humana, que había llegado á corromper aun lo más sagrado;* valiéndose de su respetable ministerio los confesores para lograr con varias su-

gestiones *inducir á los penitentes á que les dejen las herencias á título de fideicomiso*, burlando de esta manera los legítimos derechos de los herederos y de la jurisdicción real. Algunos escritores, extremando la nota, han visto en este hecho, á todas luces escandaloso, la base de las cuantiosas fortunas y de las pingües rentas y beneficios poseídos por las Ordenes religiosas. En el caso presente no está clara la intervención del *dotor* fray Pedro Tomás; pero si bien es cierto que no sabemos de una manera categórica si le dió la absolución en trance tan supremo, de suponer es que le confesase en aquella hora, siendo su médico espiritual de cabecera, y cuando por el testamento nos consta se hallaba presente y quizás inspirase la mayor parte de sus disposiciones.

Llegamos con esto á uno de los capitulos más interesantes del documento examinado. Se trata de las deudas del ilustre prócer. De la relación de todas ellas, del número de acreedores y de la cuantía de las mismas se deduce claramente que el infante D. Felipe se hallaba casi siempre con escasos recursos. Falto de numerario, ya por sus muchos dispendios, ora por la vida de fausto necesaria, dadas las exigencias cortesanas, ó también por las empresas y aspiraciones del noble señor, el caso es que las luchas civiles, sus disturbios, las rencillas nobiliarias y su campaña electoral en los concejos para obtener la tutoría y ser reconocido por villas y ciudades, hubo de suponerle grandes desembolsos que exigían adelantos frecuentes y empréstitos complicados por una existencia ayacosa y desordenada y una administración algo deficiente.

Aparecen como acreedores los personajes más salientes y conocidos de la corte, pues no reparaba el infante, cuando atravesaba algún apuro, en acudir á judíos ó cristianos, importándole un ardite fuese el prestamista su propio mayordomo ó un sujeto de baja condición que le adelantase cantidades con usura ó dispuesto á cobrarse en tierras el ciento por ciento. Asombra el pensar, después de tantas deudas, le quedasen al infante bienes de que disponer, lo cual demuestra la cuantiosa he-

rencia de D. Felipe, dueño de gran parte de Galicia, con tierras en León, Segovia y hasta en Extremadura.

En primera línea, y en lugar preferente, se menciona á Alvar-Núñez Osorio, mayordomo mayor del infante y su particular amigo, debiendo abusar algún tanto de dicha amistad, pues ignoraba D. Felipe cuanto le debía: *lo que fallasen que él yo devo que gelo paguen.* Con creces fué recompensado Alvar-Núñez, pues especialmente recomendado al rey Alfonso, desempeñó los cargos más importantes de la corte, siendo Adelantado mayor de León y Justicia de la casa del rey y gran privado del monarca. Tanto afecto tuvo el rey al compañero de su tío, que resucitó en su favor la dignidad de conde, dándole la investidura en una curiosa ceremonia, narrada en la Crónica con las siguientes palabras: *el rey asentose en un estrado, e traxeron una copa con vino e tres sopas y el rey dixo á D. Alvaro Nuñez: tomad conde; y el conde dixo: tomad rey; e fue esto dicho por amos a dos tres veces e comieron de aquellas sopas amos á dos.* Desde entonces se llamó conde de Trastamara, Lemos y Sarria, señor de Cabrera y de Ribera, heredando de D. Felipe el ser pertiguero mayor de tierra de Santiago. Este noble, á quien debía el infante considerables cantidades, había de tener un triste fin, muriendo, por mandato del rey, víctima de intrigas políticas y de rencillas cortesanas, manchada su memoria con el dictado de traidor á su rey y á su juramento.

El segundo de los acreedores en importancia es D. Fuçaf de Écija, judío de conciencia muy elástica y habilísimo en los negocios rentísticos como todos los de su raza. Este rabino fué otro de los funestos legados que dejara D. Felipe á su sobrino, pues habiéndole acogido D. Alfonso, y nombrádole tesorero, hubo de cumplir su cometido de una manera tan provechosa para sus propios intereses, administrando el Erario público de modo tan escandaloso, que el rey, atendiendo á las justas quejas de las poblaciones, lo separó de su lado para bien de Castilla.

Tratando de D. Fuçaf, dice el infante, con recelo, se le pa-

gue aquello que él no ha recaudado por su propia cuenta, ó sea se descuente lo ya percibido, inquiriendo á cuánto asciende, demostrando con esto la desconfianza que le inspiraba el rabino.

Eran también acreedores: Pero Martínez, de Valladolid; Salvador Martínez, de Sevilla; Garci-Fernández, de Valladolid, y Juan Ruiz Carnicero, con quienes dice hagan cuentas de lo que les debe por las viandas suministradas á su casa en tiempo de Alfonso Suárez de Deza, vasallo rebelde del arzobispo de Santiago, amparado por D. Felipe contra su prelado. Manda á sus testamentarios den una cantidad discrecional á Ruy Lorenzo de Coello, por los escrúpulos de haberlo tenido unos días preso. Debe también á Garci-Rodríguez de Valcárcel, mesino de Galicia y comprador más tarde de parte de sus bienes, como consta en un documento otorgado por D.ª Margarita, mujer del infante. Termina la lista de acreedores con Esteban Bernabé de Zamora y Juau Martínez, que poseía una carta de pago firmada por el mismo D. Felipe.

Determina luego el testamento cómo deben jurar los acreedores el haber recibido sus créditos, ordenando lo hagan según su religión y creencias, ya sobre los Evangelios, ora sobre los libros de su ley. Después de la deuda de Esteban de Zamora, existe una mancha en el pergamino, que ocultará probablemente el nombre de otro acreedor del infante; habla á continuación de Alfonso Yáñez, su escribano; pero como sigue borroso el margen, no podemos asegurar lo que quiso expresar en esta parte. Ruega á sus albaceas, en el caso de encontrar alguna cosa que hubiese poseído sin ser suya, la devuelvan á su dueño, remediando el mal ocasionado *que fagan de los otros mios bienes que fincaren, enmienda á los querellosos en aquella guisa que ellos entendieren que se mejor deve facer y mas á desembargo de la mi alma.*

Llegamos con esto á la parte más interesante del documento: la institución de heredero. Nombra heredera universal á su mujer D.ª Margarita, dejándole todas las villas y lugares

que le había dado en arras y donación *libres y desembargadas*. Los dichos lugares son: la Puebla de Villanueva del Bollo con toda la tierra de Robredo y la Ribera de Cassoyo; los palacios de Valduerma, Turge, Armellada, el *castillo* de Aguilar y Osuna, la casa de Güeteriz con tierra de Párrega, Lamas y Cersido y los caseríos del abad. *Et si la dicha Doña Margarita es finada fago mi heredero fijo ó fija si nascier o nier*. La institución es clara, sin ambajes ni reticencias, y la sustitución precisa y terminante, no dando lugar á dudas sobre la intención del testador, que cuidó con especial solicitud de su compañera para que llevase, con la dignidad correspondiente á su rango, la viudedad de príncipe tan esclarecido.

Muchos preámbulos le cuesta al infante el hacer una suprema confidencia; pero al fin, con valor cristiano y lealtad de caballero, declara, en cláusula aparte, una infidelidad conyugal, un pecado que, con gran esmero y recato, había ocultado durante su vida. Confiesa un peligroso devaneo, unos amores clandestinos de los cuales nació una niña, hija de D.ª Estefanía Gómez, y lleva su franqueza al extremo de confiar el cuidado de este vástago ilegítimo al monarca: *et pido al rey Don Alfonso mio sobrino y mio señor que la legitime y la faga bien y merced de lo suyo para auer conseio*. No contento con esto, la nombra su heredera á falta de D.ª Margarita, por sustitución testamentaria.

Curioso es, en verdad, cuanto manifiesta el infante: D. Felipe es hombre, y su pecho varonil dió acogida á sentimientos amorosos y quizás nada culpables; no nos dice cuándo conoció á D.ª Estefanía Gómez, y quién sabe si fué en época en que, libre aún de empeños matrimoniales, podía disponer á su antojo de su voluntad. Muy claramente expresa su falta, y no la haría en tal forma si existiese la gravedad que antes le atribuíamos. Como padre, recuerda á su hija María, y menciona á la madre; no era, pues, una deshonra, ó al menos hemos de suponer que la dama era señora principal.

Los albaceas son: el doctor fray Pedro Tomás, Alfonso Yá-

ñez Churrichano, su vasallo, y la propia D.ª Margarita, su mujer. Los tres tienen poderes omnímodos para cumplir su testamento de la manera más conveniente, dejando á su arbitrio el llevarlo á cabo en una ú otra forma, con tal de que se ejecute como estaba dispuesto. Otra prueba más de la intervención manifiesta del doctor Pedro Tomás, persona ducha y de práctica reconocida en esta clase de asuntos.

Siguen inmediatamente las cláusulas referentes á la eficacia del testamento, esforzándose el testador en que tenga validez por cualquier medio posible, *et mando y tengo por bien que esto que vala como manda y sinon uale como manda que vala como codicillo et sinon vale como codicillo que vala como mi postrimera voluntad.* Revoca todos los testamentos anteriores, de los cuales nada conocemos, y es lástima, pues nos darían gran luz, sirviendo de elemento comparativo.

Nombra á renglón seguido á Rodrigo Alvarez de Asturias, pidiéndole entregue el castillo de Ribera del Durme á Doña Margarita, librándole por esto del pleito homenaje que le había prestado.

Este magnate era uno de los nobles más poderosos de Castilla, poseyendo extensas tierras en Asturias y dominando en la región entera como dueño y señor. Fué merino mayor de León y mayordomo de la reina, señor de Noreña, y muriendo sin sucesión, dejó por heredero de sus dominios á D. Enrique de Trastamara.

Réstale al testador encomendar al rey el cumplimiento de cuanto dispone; le recuerda su lealtad y los apoyos prestados á su causa *por el debdo que he e la su merced y por el servicio que fize al rey Don Fernando su padre que Dios perdone y á él et porque nunca quise catar otra carrera si non la suyà.* Le confía su mujer y cuanto ama y posee, *y que aya en su guarda y defendimiento á la dicha Doña Margarita y á todos los mios vasallos y mios criados y les faga bien y merced por lo mio y los quiera para si.* Termina el testamento con las fórmulas de ritual, firmando los testigos que sabían hacerlo, pocos en ver-

dad, y ciérrase este interesante documento con los nombres de los presentes al acto.

Se hizo ante Diego Martínez, escribano público, por Juan Vicente, que lo era por el rey, en la villa de Madrid, á 12 de Abril del año 1365 de la Era (1327). Hallábase entonces enfermo el infante en el arrabal de Madrid, en las casas de la iglesia de San Miguel, rodeado de su mujer D.ª Margarita, de Alfonso Yáñez Churrichano, fray Pedro Tomás y Miguel Martínez, alcalde, por Martín Fernández Portocarrero, que lo era en Madrid por el rey. En presencia de todos los citados, expresó su voluntad y el firme propósito de hacer testamento, disponiendo de sus bienes para provecho de los suyos y tranquilidad de su alma.

En 12 de Agosto del año 1365 de la Era (1327) confirmó Alfonso XI, por privilegio real, el testamento de su tío, dando de esta manera una sanción oficial y solemne al documento comentado.

Como hemos visto, el retrato completo del infante D. Felipe se dibuja de un modo perfecto y acabado en su testamento, donde salen á luz sus aciertos y debilidades, sus deseos y esperanzas, en ordenado conjunto, á manera de catálogo, que pone ante nuestra vista los vicios y virtudes del héroe, como no podría hacerlo una biografía minuciosa ó una historia particular, pues en el documento, el interesado es el que habla, y habla en un momento supremo en que no se puede mentir, descubriéndonos sin velos ni celajes su alma entera, con sus menores sombras, con las más leves penumbras y la claridad meridiana de sus sentimientos hermosos y caballerescos.

La herencia del infante debía sufrir el rigor de los tiempos, dispersándose por distintos derroteros; sus títulos y prerrogativas habían de pasar á personajes de familias distintas, y sus bienes llegar á otras manos para él desconocidas. Los señoríos de Cabrera y Ribera habían de pasar de Alvar Núñez Ossorio á Enrique de Trastamara, y partiguero mayor de tierra de Santiago fué después su sobrino Pero Fernández de Castro,

hijo de D.ª Violante, hermana de D. Felipe. Un mes antes de su muerte, ya comenzaba el infante á repartir su patrimonio, pues en un documento, fechado en 13 de Marzo del año 1365 de la Era (1327), y citado por el P. Risco, consta una donación, hecha por el precitado al obispo de Lugo, de una fortaleza construída en dicha ciudad. D.ª Margarita hubo de vender á Garci Rodríguez de Valcárcel gran parte de sus dominios en Galicia, como se prueba por varios documentos sobre el particular, dados en Sevilla; lo cual indica que la viuda prefería el clima benigno de Andalucía, y resultándole difícil la administración de sus posesiones del Norte, las vendía al merino mayor de Galicia. Luego, Garci Rodríguez, en reconocimiento por haber recibido el hábito de Santiago, donó á la Orden la casa de Güeteriz, en tierra de Párrega, y precisamente en la encomienda que se refiere á esta casa hemos encontrado el interesante documento cuya exposición acabamos de hacer.

Si algo debe ocupar la atención preferente de los doctos, no es ciertamente la historia extensa de batallas y dinastías, sino la psicología de la raza, las costumbres, el modo de ser, la cultura, la vida, en fin, de aquellos personajes como el infante D. Felipe, de influencia notoria en la política del tiempo en que vivieron.

Antonio Ballesteros Beretta,

Catedrático de la Universidad de Sevilla.

CRÓNICA LITERARIA

El lenguaje.—Tesoro de la lengua castellana.—Origen y vida del lenguaje.—Lo que dicen las palabras, por D. Julio Cejador y Frauca.

El nombre de Cejador es mucho menos conocido en España de lo que debería serlo, lo cual puede atribuirse, ya á la índole de sus estudios, que tienen entre nosotros escasos cultivadores y no muchos aficionados, ya al poco interés que suelen despertar aquí las investigaciones científicas que no se relacionan inmediatamente con alguna cuestión candente de actualidad, de las que gritan en la agora, en nuestra pobre agora, que muchas veces parece una plaza de abastos, más que palenque de las controversias de la República.

Don Julio Cejador y Frauca es eclesiástico. Ha visitado los países de Oriente, donde viven muchos de los más preciados recuerdos de la historia humana. Ha estudiado y comparado numerosas lenguas y, por efecto de la rutina burocrática que reina en la enseñanza española, profesa no sé qué asignatura en un obscuro Instituto de provincias, en vez de difundir los trabajos lingüísticos, en que ha conquistado tan alta autoridad, en las aulas de la Universidad Central, á que han llegado sin gran esfuerzo, impulsadas por prósperos vientos de favor, por efecto mecánico del tiempo y de la antigüedad ó por oposiciones memoristas, tantas medianías que ningún lustre dan á nuestra instrucción pública, ni pasan de ser obscuros discípulos de las ciencias que profesan, ó leen, como se decía antiguamente, y resulta verdad, á veces, en el sentido más reducido y

material del verbo, en las cátedras de la Universidad, heredera del alma máter complutense.

El Sr. Cejador y Frauca ha realizado una vasta labor filológica y lingüística, no meramente de acarreo de materiales, de investigación paciente de pormenores, de compulsa y comprobación de noticias, tareas en que generalmente se emplea la laboriosa constancia de los eruditos, sino también de construcción y síntesis. No es sólo un filólogo y un gramático, sino un filósofo del lenguaje. Su *Gramática Griega, según el sistema histórico comparado,* celebrada y aun puesta por encima de la de Curtius por Menéndez y Pelayo; su *Lengua de Cervantes.—Gramática y Diccionario de la lengua castellana, en el Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, alabada por Rufino J. Cuervo, una de las más legítimas autoridades modernas en nuestra lengua, y, sobre todo, su Biblioteca *El lenguaje*, de que van publicados ya seis tomos, nos le presentan como uno de esos benedictinos modernos que, en medio del tráfago y la agitación de la vida contemporánea, consiguen multiplicar el tiempo y la eficiencia del espíritu, y se entregan en cuerpo y alma á esa pasión del saber que, desde los lejanos días del Paraíso, domina al hombre, y parece encerrarnos en un islote de silencio y recogimiento, alejado del tumulto exterior.

Para juzgar acertada y cabalmente la obra de Cejador, hace falta ser un especialista, un filólogo. Pero á los que no nos estamos asistidos de esa autoridad y competencia, ha de sernos lícito, sin embargo, ayudar en cuanto podamos á la difusión y conocimiento de estos libros, llamando sobre ellos la atención de los estudiosos. Para ello, ofrece buena oportunidad la publicación del *Tesoro de la lengua castellana*, ya bastante adelantada, y que forma parte de la Biblioteca ó Colección *El lenguaje. Sus transformaciones, su estructura, su unidad, su origen, su razón de ser, estudiadas por medio de la comparación de las lenguas*, para escribir de una vez el título completo.

Hasta ahora, *El lenguaje* cuenta seis volúmenes: *Introducción al estudio del lenguaje.—Los gérmenes del lenguaje. Estu-*

dio fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje como base para la investigación de sus orígenes.—Embriogenia del lenguaje. Su estructura y formación primitivas sacadas del estudio comparativo de los elementos demostrativos de las lenguas.—Tesoro de la lengua castellana. Origen y vida del lenguaje. Lo que dicen las palabras. (Tres tomos: el primero, de las vocales A E I O U; el segundo, de la R, y el tercero, de la N y Ñ.)

En los primeros volúmenes *(Introducción, Gérmenes* y *Embriogenia)* expone y documenta Cejador su doctrina del lenguaje, y en *el Tesoro* ó Diccionario, la aplica al estudio de la lengua castellana. La doctrina de Cejador puede resumirse en pocas palabras: Sus conclusiones fundamentales son la unidad primitiva del lenguaje humano; que las palabras elementales, son de origen tan natural como los gestos, donde se reflejan nuestras emociones; son gestos ó posiciones y movimientos del aparato bucal, que responden á estados de ánimo, y no producto de una invención ó imitación; que los más antiguos elementos de las lenguas, las raíces irreductibles que, según Delbruck, son las palabras de un período prehistórico, que han quedado obscurecidas entre los afijos que usamos, existen como tales palabras vivas en una lengua aún hablada, en el euskera, de donde se infiere ser éste la lengua primitiva y la clave para la interpretación de todos los idiomas.

Reaparece, pues, en Cejador la doctrina de Astarloa, asistida por todo el aparato de las modernas ciencias del lenguaje, desconocidas en la época de aquel notable vascófilo, quien se nos presenta, por tanto, como un lejano precursor.

Creo que, ante esta conclusión tan terminante, tan concreta y positiva: el euskera es el primitivo lenguaje, la primera lengua que hablaron los hombres, se experimenta un instintivo movimiento de desconfianza. Las cuestiones de orígenes que se pierden en las nieblas de los tiempos anteriores á la historia nos parecen tan obscuras, tan remotas, que casi las juzgamos irresolubles, por faltarnos en ellas, el testimonio, principal fuente del conocimiento histórico. Pero esta impresión, que al

tropezar por vez primera con la teoría de Cejador, nos hace creer que nos hallamos en presencia de una conjetura aventurada y casi fantástica, desaparece leyendo los libros de este gran lingüista. Así como la prehistoria, al descubrir los restos materiales de los hombres que conocieron la pálida aurora de la civilización: huesos, utensilios, armas, primeros esbozos del arte y de la industria, nos permite reconstruir en gran parte el tipo físico, el género de vida de aquellos hombres, y vislumbrar su psiquis, también la prehistoria del lenguaje puede descubrir en los hondos yacimientos de las lenguas los residuos del idioma primitivo. Y los investigadores de los orígenes de la civilización encuentran en el estudio de las costumbres, instituciones é ideas de los pueblos salvajes, á los que se puede considerar como tipos retrasados del período prehistórico, la comprobación y el complemento de los datos de la prehistoria de las otras razas que han progresado, ó de los lugares donde ha florecido la civilización, así Cejador encuentra en el estudio del euskera el tipo viviente, conservado maravillosamente, al cabo de los siglos, de la lengua prehistórica.

Cejador sigue y acepta el método histórico-cómparativo de los indoeuropeístas y romanistas. Comparando las palabras de las lenguas que tienen entre sí más visibles relaciones, han llegado éstos á descubrir ciertos modos ó leyes constantes de evolución fonética, guíados por los cuales siguen los pasos de una misma palabra en diferentes lenguas; averiguan la formación de las de origen moderno, como las lenguas romances sacadas del latín, y distinguen en las palabras la raíz, que es como su núcleo, de los agregados ó afijos que las completan, transforman y disfrazan. Extendiendo la comparación á los diversos grupos ó familias de lenguas, y persiguiendo la investigación de las raíces, se llega á descubrir cierto número de raíces irreductibles, de tipos fonéticos elementales, que son como los cuerpos simples de los idiomas, mientras un analista más sagaz ó afortunado no las descomponga; palabras esquemáticas que debieron de vivir en una lengua primitiva.

En la doctrina de Cejador, estas palabras primitivas son los demostrativos, las dicciones que indican las relaciones del espacio respecto del que habla. Esas raíces de la lengua prehistórica yacen enterradas en las hablas modernas y en las lenguas clásicas, bajo nuevas formaciones fonéticas; mas aparecen como palabras vivas en el euskera, según Cejador. El hecho de aparecer vivientes, hablados, usados por hombres contemporáneos nuestros, esos residuos prehistóricos del lenguaje, descubiertos por los filólogos, es ciertamente una gran maravilla, tal como si encontrásemos en algún rincón del Asia, ó en alguna isla de Oceanía, al hombre de Canstad ó de Neardenthal, viviendo en su edad de piedra, y autoriza lógicamente, de ser cierto, para decir que esa lengua es la lengua madre de las que conocemos, la que ha conservado el tipo primitivo y arcaico.

¿Pero es la lengua primitiva? ¿Hubo otra ú otras hablas en los lejanos días de la aparición del hombre sobre la tierra? La investigación de los filólogos, como todas las investigaciones de los historiadores de los orígenes de la civilización, llega á un punto de donde no es posible pasar. Más adelante no hay más que tinieblas. Tenemos las raíces, que no se pueden reducir ya á elementos más sencillos y arcáicos, pero nos encontramos á la puerta del misterio semántico. ¿Cómo esos sonidos, esas raíces han sido lenguaje? ¿Por qué han tenido esta ó la otra significación? ¿Por qué las representaciones encerradas en ellas se manifestaron así y no de otra forma?

Es decir, que la investigación histórico-comparativa, aunque la llevemos todo lo lejos que es posible, hasta columbrar la lengua prehistórica, anterior á todas las que conocemos, no nos conduce al interior del problema del origen del lenguaje, sino que nos deja á la parte de afuera y en los alrededores. Este conocimiento es, empleando la palabra en sentido muy general, una física, un estudio de fenómenos, y todas las físicas, todos los conocimientos que observan fenómenos ó hechos y operan sobre ellos, llegan á un fenómeno último, á un áto-

mo, á un cuerpo simple ó un hecho elemental, del cual no pueden pasar sus procedimientos. En aquel punto empieza la esfera de las metafísicas, de los conocimientos y procedimientos de conocer que pasan más allá de la física, más lejos del fenómeno.

En este caso de las lenguas, donde acaba la labor de los filólogos empieza la tarea interpretativa de los psicólogos ó psicofisiólogos, lo cual no indica que la psicología deje de asistir en todo el desarrollo de las lenguas y de su estudio. La psicología es la clave de toda la vida histórica del hombre, el intérprete de todas las formas de la civilización. Pero en estas cuestiones de orígenes se queda sola, cuando ya los demás procedimientos de investigación se despiden y no pueden pasar adelante.

Los datos de la psicología ó de la psicofísica, permiten al señor Cejador penetrar en ese misterio semántico de que antes hablaba, que va unido al problema del origen del lenguaje y constituye su más recóndita parte. Que el hombre, teniendo un órgano adecuado para hablar, articulase, es cosa llana, ejercicio de una función natural. Pero, ¿cómo se relacionó el mundo incipiente de las representaciones con el mundo de los sonidos, como las significaciones con las palabras? ¿Cómo la voz humana se hizo lenguaje? ¿Fué éste una revelación y una enseñanza divina, fué una imitación, una onomatopeya, una invención arbitraria del hombre, un azar seleccionado y consolidado? ¿fué el resultado de causas naturales? Según Cejador, la misma vida interior creó el lenguaje. Las representaciones, en su aspecto emocional, engendraron las palabras; el alma del habla fué quien fabricó su cuerpo de vocablos. ¿Cómo? Por los mismos medios que las emociones influyen en el cuerpo y en él se reflejan. Las palabras son gestos del aparato bucal que traducen las emociones tan naturalmente como los demás gestos y ademanes, como el rubor, como la palidez, como la expresión de los ojos ó el temblor del cuerpo. Así, la palabra es una rama del arbol del gesto, que ha llegado á ser tan frondo-

sa é importante, que sobrepuja al tronco primitivo y le oculta, quizás porque ha corrido por ella la savia más generosa del espíritu humano, y porque entre sus frondas moran y cantan las aves maravillosas del pensamiento.

Este originario sentido emocional de las palabras está patente en el euskera, que viene á ser así, no sólo la más antigua lengua, sino la primitiva, la natural, la que hablaron Adán y Eva en el Paraíso, como decía Astarloa. De esta interpretación psicofísica de las palabras saca Cejador su doctrina de las vocales, que son los demostrativos absolutos primitivos, en los cuales el sentido subjetivo un sentido objetivo engendra. Así, *a* es alentar, porque es la posición del órgano bucal al alentar, y *a* es lo lejano, porque para llamar á lo lejos se necesita lanzar la voz con fuerza, con aliento.

Por esta somera exposición puede juzgarse de las honduras á que llega la teoría de Cejador al penetrar en las tinieblas de los orígenes, donde todas las interpretaciones toman un triste conjetural. Aplicación de esta doctrina es el *Tesoro de la lengua castellana*, que por su riqueza, por la originalidad de su construcción y por el acopio de autoridades y noticias de diferentes géneros, puede considerarse como el Diccionario de más vasto plan y de más alta aspiración científica entre los de su índole que se ha publicado desde el de Autoridades, de la Academia.

Este Diccionario no está ordenado por orden alfabético, como es uso en tales libros. Las palabras aparecen colocadas en él por el orden lógico é histórico de la derivación de los sonidos elementales y de la descendencia de las voces. Harto sabemos que el orden del abecé es un orden artificial, de catálogo, inventado y usado en atención á la comodidad de la consulta. Ninguna lengua se ha formado empezando por la a y acabando por la zeda. ¿Tienen las lenguas una figura, una estructura natural, un mapa donde las palabras han su lugar propio y determinado, como los montes y los ríos en un territorio, ó siquiera como las ciudades y caminos que ha labrado

la industria humana? ¿O al orden del abecedario, al sistema de catálogo, sustituiremos una distribución ú ordenación ideológica, que será una creación lógica nuestra, y no una configuración ó distribución natural del idioma? Por lo menos debemos pensar que siendo las lenguas producto del tiempo, hechos de formación histórica, tendrán, como los atlas de Geografía histórica, varios mapas sucesivos.

El Diccionario de Cejador, consecuente con su filosofía de las lenguas, no se limita á lo externo del lenguaje. No sólo hay en él grán riqueza de voces, de etimologías, de autoridades eruditas ó literarias y de ejemplos de la autoridad anónima y potentísima del uso popular. Nos muestra, además, las relaciones orgánicas del habla, la psicología del lenguaje y acude frecuentemente á la historia de la civilización, al folklore, á ramas del saber que ordinariamente no se asoman á más Diccionarios que los enciclopédicos ó los especiales, todo lo cual da extraordinario valor al *Tesoro de la lengua castellana*.

La doctrina de Cejador, por su índole misma, por la obscura región de orígenes en que penetra y la facilidad que hay de dejarse extraviar entre esas tinieblas por la seducción de un sistema, es muy discutible. A los especialistas corresponde juzgarla; pero el cúmulo de estudio, de saber, de erudición, de perspicacia psicológica, encerrados en estos libros, sobrevivirían á la teoría si ésta feneciese, y hacen al autor acreedor á nuestro aplauso y admiración.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: *Suzette,* de Brieux.—Jorge Meredith.=Enciclopedia: Un *secretario* italiano.=Costumbres: El estucado *(maquillage)* social.=Impresiones y notas: Croquis de España *despampanantes.*—Significación del beso.—Política bismarckiana.—Las mitas y la tuberculosis.—El silendum.

LITERATURA

Suzette, de Brieux.—Una de las obras dramáticas que mayor éxito han obtenido en esta temporada en París, ha sido la que, con el título de *Suzette,* ha estrenado Brieux en el teatro del Vaudeville. Un antiguo capitán mercante, el señor Gadagne, se ha retirado después de casar á su hija mayor, Regina, viviendo en Montmartre con sus dos hijas solteras, Solange y Myriam. La primera, que estudia en la Maternidad para hacerse partera, y la segunda, que sigue las clases de declamación en el Conservatorio, ambas educadas con mucha libertad.

Para que nuestros lectores se formen una idea del fondo y de la forma de la obra de Brieux, reproducimos la escena segunda, que es de las más originales. Se hallan en escena el padre y Myriama, cuando entra Solange, toda sofocada (se trata de una linda rubia de veintitrés años).

Solange (*á media voz y quitándose rápidamente el sombrero*).—¡Chst! No habléis... ¿Nada nuevo para Regina?

Gadagne.—No... Pero ¿qué tienes? ¿Por qué entras por la puerta de la la calle Lacroix?

Solange.—¡Chst! Me he traído á un señor.

MYRIAM.—¿Un señor?

GADAGNE.—¿Quién es?

SOLANGE.—No sé, no le conozco, uno de esos imbéciles que nos asedian en las calles, un seguidor. A la puerta me ha pedido subir... y he dicho que sí. (*A un movimiento de su padre.*) ¡No, no! Te lo suplico, no te muevas... Disimulad un poco... Puesto que tengo á uno, voy á decirle dos palabras... (*Sale. Desde fuera, con amabilidad.*)—Entre usted, caballero, si usted gusta. (*Entra el caballero, de unos treinta años, muy estirado; Solange entra tras él, y se queda junto á la puerta después de haberla cerrado. El caballero se queda cortado al ver á Myriam y á su padre, y hace un movimiento de retirada. Solange, cerrándole el paso sin ostentación.*) ¡No nos va usted á dejar tan pronto!

GADAGNE.—¿Quiere usted decirme, caballero, á qué debo el honor de esta visita?

EL SEÑOR (*mirando á la puerta*).—Caballero...

SOLANGE.—Padre, hazme el favor... (*Al caballero.*) Pero siéntese usted (*le hace sentar en el pequeño canapé*). Le escucho á usted... (*Silencio.*) Le escucho á usted...

EL SEÑOR.—Señorita... señorita... (*Se levanta.*)

SOLANGE (*haciéndole volver á sentar*).—¡Pero no, pero no! Desde el boulevard me ha repetido usted veinte veces: «Tengo tantas cosas que decir á usted... ¿Dónde puedo verla?» Pues bien, aquí me tiene usted; hable usted, ya le escucho. (*Ante el aire atolondrado del señor, Myriam estalla de risa. Solange se contagia y se ríe también.*)

EL SEÑOR.—Señorita...

SOLANGE (*sin dejar de reirse*).—No hay verdaderamente medio de permanecer enfadada mirándole á usted. En este punto, al menos, es usted irresistible.

EL SEÑOR.—Señorita, la pido á usted mil perdones... (*Movimiento de salida.*)

SOLANGE (*reteniéndole*).—¡Ah!, ¡no! ¡no! ¡no! Me viene usted aburriendo desde la calle Richelie; me ha obligado usted á

subir la calle Lepic á paso de carga con este calor; no quedará usted libre á tan poca costa, mi querido señor.

El señor (*sin gran esperanza*).—Es que como tengo alguna prisa...

Solange.—¡Ta, ta, ta! Oiga usted: á veces me ocurre que se me arrima en la calle y me sigue un caballero á quien no conozco, una muestra de la especie á que pertenece usted. Pues bien; hay una cosa que no puedo comprender, y que usted me va á explicar... quiero aprovechar la ocasión para instruirme.

El señor.—Es que quizá sería algo largo, y no quisiera abusar...

Solange.—Luego le devolveré á usted su libertad. Vamos á ver, dígame usted sencillamente esto: Usted y sus semejantes, ¿qué es lo que pueden esperar? ¿Qué es lo que esperan ustedes? ¿Cuál es su objeto? (*El señor arrasca con la uña la faja de su sombrero; Solange se lo quita.*) Deje usted el sombrero. (*Lo pone en la mesa del señor Gadagne.*) Desde el momento en que la persona acometida por usted no le responde en seguida, debería usted comprender que se ha equivocado y que se dirige usted á una mujer honrada. Y entonces, ¿por qué continúa usted? ¿Sería usted bastante fatuo y bastante tonto para creer que va usted á fascinar á su víctima con su lindo físico y transverberarla con el rayo de esa elegancia y de esa belleza? Mire usted, ahí tiene usted un espejo. Ahí, delante de usted. Mírese usted en él. ¿Se cree usted formado de tal modo, que triunfe usted con una sola mirada de todos los pudores y de todas las resistencias...? Pero ¡mírese usted, hombre! ¡se lo suplico! (*Complacientemente Myriam inclina la psiquis, y maquinalmente el señor se mira.*)

El señor (*después de un silencio y mirando á Solange*).—No me siento bien; si usted se dignara permitir...

Solange.—Todavía no. ¿Por qué no se aguarda usted á la noche para entregarse á esas maniobras? En cada esquina encontraría usted desgraciadas que le escucharan y que le dieran la única conversación y los únicos amores que ustedes me-

recen. (*Una bocanada de cólera sube al rostro de Solange.*) Es mucha desgracia, después de todo, que sin ser vieja ó disforme no se pueda salir de casa sin verse expuesta á las insolencias y á la persecución de los granujas y los bribones de vuestra especie. Yo no tengo doncella que me acompañe, ni soy bastante rica para ir siempre en coche. Si salgo, es porque necesito ir á ganar mi pan. Usted debería comprenderlo, y no aumentar con sus groserías lo que la vida pueda tener de áspero ó de doloroso para nosotras. Para decirle á usted todo esto es para lo que le dejado subir, querido señor. Y ahora, ¡largo de aquí! (*Rectificándose.*) Espere usted. ¿Quién es usted?.. Le pregunto á usted su nombre. Aquí tiene usted á mi padre, el señor Gadagne, antiguo capitán mercante; la señorita es mi hermana, y yo soy Solange Gadagne, alumna partera en la Maternidad... ¡Ah! Le hace á usted reir eso, pobre imbécil; si pudiera usted ver lo que yo veo en un día, no se reiría usted. ¡Y cuando pienso que son vuestras víctimas las que cuido y vuestros hijos los que yo ayudo á nacer! Mal ha caído usted, verdaderamente. Cuando se conoce el amor de ese lado, está una al abrigo de todos los seductores. Pero, vamos, decididamente, ¿no quiere usted nombrarse? Vuestra gansería es anónima. Después de todo, es lógico. Ande usted. Buenas tardes. (*El señor se precipita hacia la puerta.*)

GADAGNE (*ceremonioso*).—Caballero, permítame usted que le acompañe.

EL SEÑOR.—No se tome usted esa molestia; se lo suplico, caballero.

GADAGNE.—¡Cómo! Pues no faltaba más. (*Sale con el señor.*)

MYRIAM.—¡Bien! Le reconocerá.

SOLANGE.—¡Uf! Esto va mejor. (*Se oye un gran ruido sordo al exterior*). ¿Qué hay?

MYRIAM.—¿Qué ha pasado?

GADAGNE (*volviendo*).—Nada, nada. (*Enseñando la punta de su pie derecho, que levanta un poco*). Le he hecho saltar el primer escalón. Eso es todo.

***

Jorge Meredith.—El poeta Jorge Meredith, recientemente muerto, ha sido el más desconocido del público inglés, aunque los literatos ilustrados reconocen en él al maestro de la era victoriana.

¿Por qué esta indiferencia del público para con uno de los primeros escritores? Felipe Henriot estima que la causa más inmediata es la educación que reciben los ingleses, muy distinta de la nuestra; es verdad que nosotros descuidamos la parte física en provecho de la intelectual; pero los ingleses descuidan bastante ésta por atender á aquélla. De los colegios ingleses se sale sabiendo muy bien el cricket y el foot-ball, pero se entiende poco de poesía y de literatura; el inglés es, ante todo, un negociante, y no tiene alma de artista. Si le gusta la música, se contenta con una pianola; si es aficionado al teatro, cualquier *Viuda alegre* le entusiasma más que *Hamlet* ó que *El rey Lear*, y si lee una novela, le interesa más una obra de María Corelli que las obras de Meredith.

Otra causa del silencio hecho en torno suyo, como en el de Carlyle y de Browning, es que Meredith pertenecía á una generación literaria desaparecida, no tanto por su edad (había nacido en Windchester el 12 de Febrero de 1828) como por sus gustos. Meredith había roto con la tradición literaria inglesa, y su estilo es personalísimo: de aquí su aislamiento, según el profesor Pelham Edgar. Si alguien ha influído en Meredith, quizá no sea más que Eliot, cuyas huellas se perciben en *Rhoda Fleming,* y Dickens, cuyos toques no son de los que más agradan en la labor de Meredith. En Meredith hay, como como en la generalidad de los escritores ingleses, *humour,* que recuerda el de Dickens. Fuera de estas influencias, Meredith es, ante todo, él mismo, siendo la causa de esta profunda individualidad el que Meredith es, ante todo, un poeta, como lo prueban sus numerosos volúmenes de versos, y, principalmente, sus cincuenta sonetos sobre el *Amor moderno*, que pueden estimarse como únicos en la literatura inglesa.

Ese genio práctico lo ha llevado Meredith á su prosa, do-

tándola de un rico vocabulario y de una abundancia de colores extraordinaria. Sus giros son rápidos, precisos, nuevos; su diálogo, pronto, vivo, cortante; sus descripciones, limpias y vivientes. Es sucesivamente lírico, romántico, realista, épico, descriptivo, reuniendo todos los contrastes, pero dominando siempre el lírico. Ese mismo lirismo explica su desinterés; hubiera podido ganar dinero y lectores, pero no ha querido por no sacrificar ni un átomo de su independencia de escritor. El éxito no le ha importado nada, y sólo se ha cuidado de satisfacer su propio ideal.

Encerrado en su *turris eburnea*, Meredith lanzaba á veces miradas irónicas al público, dirigiéndole palabras bastante duras, no á título de mezquina venganza, sino como expresión de un legítimo sentimiento: el de ver que la belleza por sí misma, el «arte por el arte», en su sentido preciso y noble, no es comprendido por la masa. Ese público, del que Tennyson decía: «La masa de los ingleses tiene tantas nociones sobre la poesía como yo sobre la caza del zorro», merece todos los epigramas y todas las mordacidades.

Se encuentra en las obras de Meredith algo de pesadez, siendo á veces sus novelas fatigosas; pero hay que tener en cuenta que Meredith ha sido educado en Alemania, en Neuwied, junto á Coblenza, y sabido es que, como dice Meredith mismo en frase gráfica, «el espíritu alemán es de un tonelaje espantoso». Los que han hablado de dificultad en la lectura de Meredith, se han referido á la arquitectura de la frase, pensando en el vestido del estilo, que por su misma rareza exige atención sostenida. Esa, sin duda, es una de las causas de la falta de claridad de que se le acusa: Meredith ha estudiado la lengua de las *Preciosas*, y aunque la trata de «jerga monstruosa», ha conservado algo de amaneramiento que á veces oscurece su estilo, como puede verse en aquella frase de *Uno de nuestros conquistadores,* que empieza así: «El señor Falarico damasquina su sonrisa más aguzada.»

Citando á Meredith, se ha recordado con frecuencia á Ma-

llarmé; pero no hay que pensar en que Meredith haya tenido propósito de formarse una reputación cimentada en la excentricidad, y es seguro que sus obras serán más duraderas que las extravagancias, frecuentemente incomprensibles, de Mallarmé. Cierto es, que Gœthe ha dicho que «todo hombre, antes de tachar de oscuro á un autor, hará bien en examinar su propio espíritu y en asegurarse de que es bien claro». Sin embargo, la oscuridad de Mallarmé no es dudosa, ni la de Meredith, siquiera sea de otro género, es menos evidente. El hombre que escribe: «Clara Middleton y Leticia estaban sentadas engarzando un semibeso en un arroyo de charla», es indiscutiblemente un gongorino.

No se entienda por eso que Meredith sacrifica el fondo á la forma. Su galería de mujeres y, sobre todo, de jóvenes, revelan lo profundo y delicado de su psicología femenina, como la nota pesimista que brota discretamente de cuando en cuando, y que suele extinguirse en una sonrisa de sabor amargo, inspira muchas de sus conclusiones.

Artista prestigioso, deja unas quince novelas, todas interesantes, y algunas verdaderas obras maestras. En cuanto á la poesía, Meredith ocupa dignamente un puesto al lado de los grandes líricos del siglo: Tennyson, Browning, Rosseth y Swinburne.

ENCICLOPEDIA

Un secretario italiano.—Italia, con su corte pontificia, sus numerosas cortes señoriales y sus aristocráticas repúblicas, tenía que ser fecunda en formularios epistolares. La *Rivista d'Italia* publica uno de estos secretarios, que no deja de ser curioso, especialmente por lo que hace al uso de las fórmulas de tratamiento y de cortesanía, y al matizado de los términos, según el destino de las cartas. Es un secretario inédito, en forma de *Advertencias* ú observaciones, de Domingo Federichi, fundador de la Biblioteca comunal de Fano y secretario del

embajador de Venecia en Viena, Juan Sagredo; debió escribirse hacia el 1667. Helo aquí, en sus partes más interesantes:

OBSERVACIONES. I. *Humanidad, benignidad y clemencia.*—Ordinariamente, no se usan estos términos con los inferiores, sino con los superiores. Con los poco inferiores se moderan, añadiendo *mucha, innata, grande.* Y obsérvese que estas palabras hacen menos estimables los términos á que se agregan. Con menos del *Ilustrísimo* no van, sino en algunas necesarias expresiones en tercera persona, como «rasgo, acto, benigno ó de benignidad y humanidad del señor Príncipe ó del señor Cardenal». *Clemencia* no se usa sino cuando se tenga relación en tercera persona, con grandes personajes, como «Fulano espera de la clemencia de V. M.»

II. *Cortesía, gentileza, amabilidad.*—Están en próxima igualdad; pero el primero recibe mayor alteración, y hasta se emplea con menos de *Muy ilustres;* el segundo, con igualdad de grado, con superiores usando título, para evitar la repetición, y el tercero con inferiores y para evitar la repetición. *Gentileza* se dice también con menos de *Muy ilustre* y de *Usía*, añadiendo «acostumbrada, usada, continuada gentileza de U. S., etc.» Con el término *vuestro,* ordinariamente se modera con decir «es acto, rasgo, efecto, oficio, parte de vuestra gentileza». *Cortesía*, usándose con inferiores, se modera del mismo modo «acto, rasgo, efecto de cortesía ó cortés». Con iguales, y poco inferiores, se añade á *cortesía* «innata, singular, liberal, pródiga, infinita, incomparable». Lo mismo con superiores. Con *Muy ilustre,* «mucha, particular cortesía»; para evitar la repetición, vale *gentileza.*

III. *Inclinación, cordialidad, afección.*—El primero se usa, ordinariamente, en la última é inferior condición, y en general se dice «mi acostumbrada, particular, buena, cordial inclinación hacia vuestra persona y hacia vos, por vuestras buenas raras cualidades, buenas, calificadas, virtuosas y exquisitas partes». *Cordialidad* y *afección* son generales con todos los inferiores, y se dice «acostumbrada, continuada, verdadera,

cierta, sincera cordialidad y afección á vos y á U. S.» No está fuera de uso valerse también de ellos con superiores é iguales en las cartas largas, para no repetir otros términos; pero se alteran diciendo, respectivamente, «ingenua, devota, devotísima, obligadísima, obsequiosa, obsequiosísima cordialidad», «afección en último lugar, y más á propósito, inclinación». Con poco inferiores, se expresa con «ingenua, devota, obligada cordialidad, afección». Se dice «cordial afección y afectuosa cordialidad», é igualmente «cordial, afectuosa inclinación de U. S. hacia mí, ó de mí hacia vos ó hacia U. S.» Con servidores y súbditos se usan todos los dichos términos, ordinarios con inferiores.

IV. *Devoción, observancia.* — Son términos usados con superiores, iguales ó poco inferiores; se expresan con «verdadera, cierta, grande, mucha, obligada, obligadísima, antigua, constante, infinita, indecible, invariable, irretractable, incomparable observancia y devoción». Se advierte que «verdadera, cierta y muy grande» rara vez convienen á los superiores, por las razones ya dichas, y á los poco inferiores no conviene *infinita;* á los iguales, no siempre todos los términos dichos. *Observancia* se dice «devota, devotísima, obsequiosa, obsequiosísima». Se puede también decir «obsequiosa, obsequiosísima devoción».

V. *Obsequio.*—Se emplea con superiores é iguales. Se dice, respectivamente, «numerosísimos obsequios, obligaciones y tributos de obsequio, y obsequio devoto, humilde, reverente, devotísimo, reverentísimo, humildísimo, profundo, profundísimo», si bien estos dos últimos rara vez (sino con Príncipes grandes y Cardenales.)

VI. *Tributo.*—De la *observancia*, *devoción* y *obsequio* se dice «devoto, humilde y reverente, devotísimo, humildísimo tributo», no «profundo, ni profundísimo».

VII. *Reverencia.*—A los superiores, «mucha, verdadera, grande»; á los iguales, con más miramiento, y más á los inferiores. Se puede decir «obligación debida, tributo, de verda-

dera, mucha, gran reverencia». «Indecible, incomparable reverencia», es aprobado por pocos. «Irretractable, indecible reverencia» se dice, pero rara vez.

VIII. *Protección, patrocinio.*—Estos términos deben rehuirse, máxime por quien escribe por Príncipes libres, y si, no obstante, quiere usarlos, conviene sólo con superiores, y se dice «recomiendo á la protección de V. M. mi causa». Hablando con tercero, se puede usar hasta con iguales «recomendando el nuestro á la protección de V. E.» *Patrocinio* está en próxima igualdad, y se usa con iguales. Vale para evitar la repetición.

IX. *Incomparable.*—Este término es refutado por muchos, y se usa con «observancia, devoción, obsequio, tributo y reverencia». Del mismo modo, sigue reglamentando Federichi en series de observaciones, el empleo de los términos más usuales y fórmulas más corrientes de cancillería, ocupándose sucesivamente de la diferencia entre «deuda, obligación, gratitud; mandato, encargo; suplicar y rogar; desear, resolver; pensar y querer; dignar, complacer, contentar; obedecer y servir; servicio; satisfacer y compensar; placer, cosa grata y honor; gracias y favores; afecto, benevolencia, disposición, voluntad, deseo y amor; aplicar, emplear, expender; coyuntura, ocasión y ocurrencia; bondad y mérito; saludar, besar las manos, rogar y augurar».

Trata luego de los cierres ó despedidas de las cartas, que reglamenta del modo siguiente: «Con los superiores, se dice humildísimo servidor, humildísimo y devotísimo servidor, y humildísimo y obligadísimo servidor, si hay motivo para ello, porque obligadísimo no recibe su conveniencia del cumplimiento, sino de la verdad, y se puede usar con todas las condiciones, si la causa lo requiere.»—Con iguales, ó próximos á la igualdad, se dice «devotísimo servidor», y «devotísimo y obligadísimo servidor» si la causa lo requiere.—Con inferiores, se dice: «afectísimo servidor, afectísimo y obligadísimo servidor, afectísimo para servirle, vuestro afectísimo y vuestro»; se dice también «de V. S. servidor parcialísimo, parcial

servidor».—Este término *parcialísimo* se puede usar con todos los iguales y poco inferiores.—*Humildísimo* entre los iguales, no suele usarse sino entre cardenales y cardenales.—Con los inferiores usan los Príncipes «al placer de U. S., amorevole de U. S., vuestro amorevole, afectísimo de U. S.» El primero, con todos los caballeros, si por otra causa no merecen más; el segundo, con las personas muy civiles; el tercero, con las personas civiles más ordinarias; el cuarto, con los condes y marqueses, cuando no merecen más por otro concepto.

Las *Advertencias para la secretaría al servicio de personajes que tengan, por lo menos, título de Excelencia ó de Ilustrísimo*, terminan con diez observaciones sobre lo que debe evitarse, que dicen así:

I. Que no se hable por tercera persona, si antes no se ha dado en la carta, á la persona á quien se escribe, el título que le corresponda.

II. Que se haga distinción en el modo de escribir, y á los inferiores se escriba breve y con gravedad, pero no sin complacencia, y así vayan distintamente adaptándose el dictado y los términos á la condición de las personas.

III. Que se advierta observar el debido miramiento en el principio de la carta; pues cuanto más bajo se empieza á escribir, mayor signo de reverencia es, y lo mismo se observe en la cortesía ó margen y en la suscripción.

IV. Que se advierta no comprometer al señor, y se huya de decir «haré ó se hará»; pues, en su lugar, es mejor decir «daré orden para que se vea lo que puede hacerse en beneficio suyo»; «tendré particular consideración respecto á su deseo»; «tengo la mejor disposición en favor de su súplica», etc.; advirtiendo que no está bien que un señor absoluto diga ni escriba jamás «procuraré que se haga», «haré que quede complacida».

V. Que se tenga consideración de que el U. S. no siga á tercera persona, como por ejemplo, «le recomiendo á Fulano y ruego á V. S. le favorezca»; sino «recomiendo á V. S. á Fulano, y le ruego le favorezca».

VI. Que se eviten todos los superlativos mientras no se escriba á superiores.

VII. Que se escriba sencillamente, y se dejen los traslados y las metáforas.

VIII. Que se huya de palabras afectadas, que son infinitas; así, por ejemplo, no se debe decir «gozo, júbilo, leticia», sino «alegría, gusto, consuelo, contento, placer, etc.»

IX. Que se advierta no poner próximas dos palabras de la misma significación, como «beso las manos á V. E. y le hago reverencia».

X. Que se evite la cadencia y el número del verso.»

COSTUMBRES

El estucado (*maquillage*) social.—Dice la baronesa de Benoist, en el *Mercure de France,* que la obra de la civilización ha consistido en *vestir* el alma humana; y que ser civilizado es poseer el arte de fingir, cubriendo con afeites su espíritu, sus palabras y hasta su corazón; el civilizado no tiene ya posibilidad de aparecer con el alma desnuda, como no la tiene de pasearse sin vestido. Cuando en las horas de las grandes crisis sociales, lanza el hombre las capas de estuco, laboriosamente acumuladas por los siglos sobre su rostro, reapareciendo al natural, el estupor con que lo contemplamos muestra hasta qué punto estamos alejados de él. En cada uno de nosotros hay un salvaje adormedecido, y todo el esfuerzo de la civilización consiste en impedir su despertar.

El factor más activo del estucado social, ha sido la costumbre, transformando la actitud individual en colectiva, enseñando al hombre los gestos y palabras que conviene hacer y decir, y envolviéndole en una red de convenciones. La costumbre se convirtió en tradición, y se tradujo en principios tradicionales que constituyen la estructura mental de los pueblos, siendo la fuerza del pasado puesta al servicio del presente.

Las religiones contribuyeron poderosamente á esta labor,

unificando el pensamiento humano, vaciando los espíritus en el mismo molde y agrupando las esperanzas en un mismo vuelo hacia las promesas de eternidad; la fascinación de los paraísos futuros dulcificó la violencia de los apetitos materiales.

El primer disfraz de la naturaleza, el primer bosquejo de la civilización, es el hombre hecho sociable. Llegado á este punto, cada nueva necesidad vital le dictará un nuevo afeite. Hecho agricultor y propietario, dejada la vida nómada, el cuidado de conservar su patrimonio fué la aureola de su probidad, y á la capa de estuco, exigida por la sociabilidad, se agregó la de la honradez y la de la justicia.

Estudiar la aplicación progresiva del afeite social en una época dada, es establecer la psicología de esa época; cada acto del gran drama humano nos presenta nuevos disfraces. Tras la hora de la acción, vino la del deseo; tras la idea de lo bueno, la de lo mejor. Entonces apareció el Arte, deformación de la Naturaleza en provecho de un ideal: el hombre disfrazó su cuerpo con vestidos, su morada con palacios, creando los templos para hablar con Dios. La sed de ilusión, siempre insaciable y siempre más fecunda, le condujo en el camino del Arte, desde el bosquejo hasta la obra maestra; Versalles es la caverna primitiva, engrandecida y adornada por muchos siglos de ilusión.

A medida que el horizonte intelectual se ensanchaba, las palabras de que se servía el hombre dejaron de bastarle, y tuvo que crear fórmulas nuevas para traducir ideas nuevas; la Literatura se encargó de enmascarar la brutalidad de la idea primitiva bajo formas elegantes; los pensadores geniales que han conquistado con sus obras la inmortalidad, no han sido sino sublimes transformadores de la idea.

Resultado del estucado social, ha sido el patriotismo que exige el holocausto de la vida al servicio de una idea abstracta. El resplandor inicial del patriotismo fué el gesto del animal que defiende el yacimiento en que descansan sus hijos. El peligro armó al hombre; la civilización le dotó de arma mar-

cial indispensable al sostén de las sociedades nacientes, y la acumulación de sus reflejos atávicos le enseñó el heroísmo, esa elegancia del valor. El interés personal, un poco mezquino, de la defensa de su propiedad, se extendió á la defensa de los intereses colectivos, cubriendo el primero con nuevo estuco de abnegación, haciendo de la Patria una personalidad misteriosa y fuerte, digna de todas las emulaciones. Cabaña ó reino, á puñetazos ó á cañonazos, el hombre defiende lo que es suyo.

El sentimiento más disfrazado por el estuco social es el amor. Esta palabra evoca un mundo de imágenes totalmente ignorado por los primitivos; tal como lo practicaba el hombre-naturaleza, constituye hoy un delito castigado severamente por las leyes. El instinto de la carne, como todos los demás, ha tenido que disfrazarse para poder penetrar en el mundo civilizado; no ha perdido su brutalidad, pero se le exige el pudor de un disfraz; de la violación animal, del bosque antiguo, la civilización ha hecho el más poderoso y más complejo de los sentimientos.

No es sólo el amor un instinto lleno de capas de estuco, sino que estuca también al objeto amado, convirtiéndole en un sér perfecto, con el que nada puede rivalizar; sin esa ilusión, el amor no podría existir, la clarividencia sería su muerte. La agonía del amor es la caída del estuco; á la luz brutal de la realidad, el ídolo se desmorona ó se desvanece.

El mundo civilizado nos muestra por doquier sus afeites y disfraces, y tras los esculpidos frisos de los palacios, como bajo el techo ahumado de la choza, sólo se encuentran rostros enmascarados, almas disfrazadas, seres estucados. Para encontrar hombres sin afeites, hay que buscarlos en las primeras horas de su entrada en la vida; la educación no tarda en pulirlos y estucarlos.

IMPRESIONES Y NOTAS

Croquis de España DESPAMPANANTES.—Carlos Geniaux ha estado en España (él por lo menos lo dice), y como resultado de sus estudios en nuestro país, ha publicado, en *Las ideas modernas,* unos *Croquis de España,* que Carlos Enrique Hirsch, en el *Mercure de France,* califica «de croquis verdaderos, realzados por colores justos», y que nosotros nos hemos permitido calificar de despampanantes. Véase la muestra:

«Llueve en el momento en que entro en el teatro de la Zarzuela. De un *coupé* particular sale una señora. De pronto veo á un español quitarse la capa (*arrancarse la capa de sus hombros,* dice el original; pero no hemos querido agravar las cosas con ese arranque) y tenderla sobre la acera. La joven marcha sobre aquella alfombra improvisada, y da gracias con una sonrisa. Feliz por haber evitado el contacto del lodo á los pies de una elegante señora, el dueño de la capa manchada la recoge, la echa sobre su codo con aire arrogante, y se aleja.»

¡Qué fortuna tienen estos extranjeros para ver estas cosas que sólo existen en algunas comedias y novelas de costumbres antiguas! Pero lo verdaderamente despampanante es lo que sigue:

«Yo acompaño á una encantadora madrileña. Nos cruzamos con un aristocrático canónigo, guapo mozo de cejas rizadas, que murmura al paso: «Me muero por usted.» Más lejos, un señor de altivo aspecto considera las manecitas de su compatriota, y la dice: «Sólo á la vista de vuestros dedos se volvería uno loco de orgullo por poseer todo lo demás.» Y la joven madrileña replica: «Pues yo le veo á usted todo entero, y no tomo nada.» Estos son *piropos,* las galanterías corrientes de la calle. Un *caballero,* un hombre bien educado, se cree obligado á estos madrigales, y no los dirige nunca sino á las mujeres honradas.»

Dejamos los comentarios á nuestros lectores. ¿Quién sería

la encantadora madrileña, mujer honrada, á quien echaban tales piropos, y que contestaba con tanta desenvoltura? ¿Quién sería ese «aristocrático canónigo de cejas rizadas»? ¿Qué español que acompañara á una señora á quien canónigos y *caballeros* echan flores como las apuntadas, no aplica un par de bastonazos, y si no tiene bastón, un par de bofetadas al impertinente que tales insolencias se permite?

***

Significación del beso.—En la revista de Bombay, *East and West,* expone Synd Hossan la historia y significación del beso. En esto, como en todo, hay diversidad de opiniones. Algunos sabios (los sabios también se ocupan de estas cosas, porque al fin son hombres, y, sobre todo, son curiosos) sostienen que el beso no es más que un resto de canibalismo, y que en su origen fué una forma modificada de la mordedura, es decir, que cuando el hombre de los tiempos primitivos daba un *beso* á su mujer, la quería decir que la amaba lo bastante para comérsela. Si esos sabios conocieran la canción murciana

¡Tienes unos ojirris
Tan chiquitirris!
Yo me los comeriba
Con tomatirris,

es seguro que hubieran alegado su texto en confirmación de su sagacísima teoría.

Lombroso (éste ya es un sabio con nombre) explica el beso por la costumbre, que todavía existe entre los fuegianos; éstos, que todavía siguen atrasados de indumentaria, no gastan utensilios para beber, echándose de bruces en los arroyos; pero como los niños no pueden hacerlo, «la madre tiene la costumbre de llenarse de agua la boca, trasvasándola á la boca de su hijo». Lombroso cree que el beso es la repetición de este gesto atávico. Salvo el respeto que por Lombroso sentimos en cier-

tas ocasiones, su teoría corre parejas con la de la mordedura.

¿Qué necesidad hay de acudir á aplicaciones tan rebuscadas y tan desdichadas como las que hemos apuntado? El beso es sencillamente un acto natural, producido espontáneamente por el placer resultante del contacto en que se ponen dos cuerpos, lo mismo en las épocas primitivas que en las presentes. Posible es que en los orígenes de la humanidad el hombre-animal mordiera á la mujer-bestia como prueba de cariño; y al observar los efectos de su mordedura, se comprimiera, poco á poco, á medida que las costumbres se suavizaban, convirtiéndose entonces la mordedura en beso. El dicho castellano, «de puro lo que te quiero, te muerdo», expresa de un modo gráfico la retrogradación del hombre culto al salvaje; pero no hay necesidad siquiera de acudir á esta explicación, porque el muerdo sería el paroxismo, la hipérbole de la demostración amorosa, y antes de llegar á esa exageración, aparece el beso, espontáneamente, como expresión normal del cariño.

Lo cierto es, pasando á la historia, y prescindiendo de explicaciones, que el beso es antiquísimo, y se pierde en la noche de los tiempos, como tantas otras invenciones. Entre los judíos era corriente, como entre todos los pueblos orientales, y los cristianos lo admitieron como signo de confraternidad. Conocido es el epigrama latino que dice: «—¿Qué hay más dulce que la hidromiel?—El rocío de la mañana.—¿Y más dulce que el rocío?—La miel de Hibla.—¿Y más dulce que la miel?—El néctar.—¿Y más dulce que el néctar?—Un beso.»

En la Edad Media, el beso estuvo en gran predicamento, y el ósculo de paz era fórmula corriente de saludo, y en las cortes de amor fué objeto de frecuentes ditirambos. Hoy los higienistas trabajan por su desaparición, y algo han logrado con sus predicaciones sobre la facilidad del contagio de muchas enfermedades por medio del beso.

*
* *

Política bismarckiana.—En la *National Review,* de Londres, examina H. W. Wilson, *Cómo Bismarck hizo tres guerras,* aduciendo al efecto, para exponer el método empleado, las frases que el mismo Bismarck confirma en sus *Memorias,* y que no por ser muy conocidas, dejan de merecer ser consignadas una vez más, especialmente en estos momentos en que nuestra lucha con Marruecos pone sobre el tapete todas las tesis de política bélica.

«Durante el tiempo que estuve en el poder—dice el gran canciller,—hice la guerra á Dinamarca, Austria y Francia; pero cada vez empecé por preguntarme si la guerra que emprendía tenía probabilidades de salir bien, y si las ventajas de la victoria compensarían los sacrificios que toda guerra exige, y que son ahora mucho más considerables que en el último siglo.»

A estos sanos principios de buen sentido, para los que no se requiere ninguna gran cultura, sino simplemente una voluntad firme, á cuyo servicio se halle la razón natural, ajustó siempre Bismarck fielmente su política realista, criticable desde luego, como todo egoísmo, pero indiscutiblemente la mejor, atendiendo á los intereses de la patria y de la colectividad que representa. Bismarck tenía no sólo buen sentido y firme voluntad, sino gran patriotismo é inquebrantable confianza en sí mismo; todo lo contrario que Napoleón III, encarnación de la irresolución.

Wilson estima que las tres guerras indicadas son las tres primeras quizás de una tetralogia; «la cuarta no puede escribirse todavía: será la que relate el ataque de la Gran Bretaña por el método bismarckiano».

*
* *

Las mitas y la tuberculosis.—El doctor ruso Metalnikoff, estudiando la tuberculosis, ha llegado á conclusiones de verdadera importancia, practicando numerosos experimentos bajo la dirección del sabio Metchnikoff, que han comprobado su doctrina, y publicando los resultados de su trabajo en una

obra titulada *Contribución á la inmunidad de la mita de las colmenas.*

Según las investigaciones del profesor Naegeli, de Zurich, todas las personas de más de treinta años, muertas á causa de cualquier enfermedad, tienen huellas de lesiones tuberculosas, y todos, por consiguiente, somos más ó menos tuberculosos. La extraordinaria vitalidad del bacilo es debida á una envoltura particular, cerosa, que le preserva de todo contacto nocivo; gracias á esta envoltura, los bacilos no son digeridos, ni menos destruídos, por los jugos orgánicos; se quedan en el organismo, pero por medio de envolturas fibrosas, que no tardan en calcificarse; se aislan de los tejidos sanos, y en estas especies de sepulturas permanecen vivos, siempre dispuestos á invadir de nuevo los órganos no atacados.

La cera con que se cubren ha podido aislarse, tratando gran cantidad de bacilos tuberculosos por una mezcla de alcohol y de éter. Esto descubierto, hacía falta encontrar una sustancia que disolviese la cera en el organismo; pero, por desgracia, todas las sustancias disolventes de la cera son venenosas para el hombre. Hay, sin embargo, un animal que posee una sustancia capaz de digerir normalmente la cera; este animal es la larva de las mitas de abejas, que se alimenta de la cera de los panales; esta larva puede digerirse y asimilarse, y debe encerrar un fermento particular que disuelva la cera, y que pueda, por lo tanto, disolver la envoltura cerosa de los bacilos. Esta hipótesis ha sido comprobada por Metalnikoff y Metchnikoff, inyectando en el cuerpo del animal una emulsión espesa de bacilos tuberculosos; media hora después, todos los bacilos habían pasado al interior de las células blancas de la sangre ó fagocitas, y se asistía al principio de su digestión; á las cuarenta horas todos estaban destruídos, lo que prueba, perentoriamente, que las larvas de mitas ó tarmas de abejas pueden luchar eficazmente contra la tuberculosis. ¿Será por este camino por el que haya que buscar el medio de curar esa terrible enfermedad?

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Municipalizazione dei publici servigi, per G. Montemartini.—Milano, Società Editrice Libraria, 1902.—Un volumen de XIV-456 páginas, en 4.°, con índice alfabético de autores, además del índice general de materias, 10 liras.

Están ya un poco lejos, felizmente, los días aquellos en que los tratadistas que representaban las que hoy denominamos ciencias sociales, como el derecho político y la economía política, y el vulgo de oradores y escritores que, con mayor ó menor fidelidad é interés seguían sus huellas, solamente se apasionaban por unas poquísimas cuestiones de tanto relumbrón como poca sustancia: la de las formas de gobierno, el proteccionismo y el librecambio, y otras así. Poco á poco han ido quedando atrás esos tiempos, y las gentes, apartando la mirada de semejantes problemas, relativos á simples detalles de la vida nacional, la han dirigido hacia otros de mayor enjundia: á aquéllos, abundantísimos, que tocan al estudio de las mil y mil fuentes de la riqueza global de un país, y de la canalización y administración de la misma, de tal manera que proporcione el mayor bienestar posible al mayor número de individuos posible.

Respondiendo á esta exigencia, los ánimos y las actividades de los investigadores y administradores de los intereses públicos parece que se han polarizado; y al propio tiempo que

sus esfuerzos se dirigen á procurar la manera de conseguir la mayor suma de patrimonio nacional, y la manera mejor, más equitativa y democrática de ponerlo al alcance y á la disposición de todo el mundo, y sobre todo, de los que pueden menos y necesitan más (á lo que tienden las doctrinas y las leyes que se llaman «sociales»), han ido concentrándose también en una esfera análoga, pero más reducida, á fin de lograr asimismo en ella los indicados objetivos. Han surgido de esta suerte, al lado de los problemas de administración nacional (políticos, administrativos, financieros, educativos, higiénicos, de policía, etc.), otros problemas, enteramente semejantes, de administración municipal, y ha nacido, junto al grupo de ciencias que tienen por objeto la organización y la vida del Estado nacional, otro grupo paralelo de disciplinas, cuyo objeto es la organización y la vida del Estado municipal. Este último grupo está todavía menos desarrollado que el primero, pero recientemente ha adquirido gran desarrollo. La literatura referente al Municipio, á su vida y á la organización de los servicios municipales, es ya, á estas horas, tan copiosa como notable.

Pero su más importante rama es la relativa á la denominada municipalización de los servicios públicos, centro adonde convergen, se puede decir, todos los demás asuntos y actividades.

Ahora, la obra del profesor Montemartini trata este problema de la municipalización de la manera más amplia y completa, con claridad y competencia desusadas; siendo un libro henchido de doctrina, lleno de datos y de ejemplos y casos prácticos de municipalización de tal ó cual servicio en tal ó tal otra ciudad, con indicaciones (á menudo estadísticas) de los efectos producidos, y recogiendo lo más importante que se ha escrito respecto de la materia. Como el autor es, además, un muy docto economista y hacendista, resulta su exposición encuadrada en un marco de robusta solidez, sin lo cual la monografía tendría que ser forzosamente más escueta y unilateral, falta de los indispensables apoyos.

Este que podemos llamar *Tratado* completo de la municipalización, con el cual ha inaugurado la importante empresa editorial milanesa *Società Editrice Libraria* una colección de *Estudios económico-sociales contemporáneos,* estudia el fenómeno de referencia por todos sus aspectos, genético, económico, político y financiero. Habiendo comenzado por estudiar, en una *Parte general,* la *teoría de los servicios públicos,* después se consagran otras tres partes, respectivamente, á exponer la *teoría económica de la municipalización de los servicios públicos* (esta es la parte verdaderamente central del libro, la más larga y la más copiosa en doctrina; en ella se pasa revista á las diferentes formas que ha revestido y puede revestir la municipalización), la *teoría política* y la *teoría financiera* de esta municipalización.

Libros como éste, que en todo caso y para toda clase de personas conviene sean conocidos, tienen un interés mayor en países como España, escasísimos de bibliografía tocante á una materia, si importante siempre, mucho más ahora, por cuanto, aprobada definitivamente y puesta en vigor la ley de Administración local, la vida de los Municipios cobrará nuevos vuelos, y los que directamente intervengan en ella—todo el mundo, en fin de cuentas—han menester hallarse suficientemente preparados para el mejor desempeño de sus importantes funciones.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

De algunas antinomias que rodean nuestra vida, por P. Dorado.. 5

Segovia, por Havelock Ellis..... 25

Recuerdos, por José Echegaray..... 37

El primer conato de rebelión, precursor de la revolución en España, por Juan Pérez de Guzmán..... 48

Parnaso internacional: Paseo, de Víctor Hugo..... 69

Goya, por Valeriano de Loga..... 73

El sexo femenino en las monedas del imperio romano, por Ignacio Calvo..... 109

Un veredicto injusto (Troens-Magt).—Novela por Johan Bojer.... 117

El arte español en la pintura siciliana del siglo XV, por Leandro Ozzola..... 134

Cosas de Madrid, por Carlos Cambronero..... 153

Un testamento histórico, Antonio Ballesteros Beretta..... 166

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 178

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 186

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 205

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 252.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

DICIEMBRE 1909

MADRID
IMP. Y ENCUAD. DE V. TORDESILLAS
Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

IMPRESIONES SOCIOLÓGICAS DE ACTUALIDAD

La lucha es constante entre el derecho natural y el derecho positivo ó civil. Muchos son los afanes que se tienen por gozar de libertad; no son tantos los que se sienten por gozar de justicia. Los derechos individuales se pregonan, mas los deberes se descuidan. El socialismo invade la sociedad, y en sus acometidas consigue ventajas, pero éstas no están en proporción de las aspiraciones que se tienen expresadas en forma colectiva, de la que es alma un individuo ó un consejo un tanto veneciano. Se pugna por imponer derechos arancelarios un Estado á otro Estado, resultando muy repulsivo pugilato. Los presupuestos de todas las naciones se aumentan, más que en nada, en gastos improductivos, como son los presupuestos de Guerra y de Marina. Los obreros han despertado en exigencias, porque no se ven saciados de necesidades, dentro de los límites legítimos. Los capitalistas que han conseguido, con esfuerzos sobresalientes, acumular ahorros, se resisten á repartirlos gratuitamente.

Está viéndose que la libertad económica en el año 1909 es la más esencial para la vida, desde el momento que la clase proletaria acude á sus respectivos Gobiernos en demanda de auxilio que mejore su precaria situación. Estadistas prestigiosos se preocupan del problema proletario; Alemania, que pone tanta atención á ser no ya nación de primer orden, sino la

primera de esa categoría superior. Inglaterra, que hace esfuerzos titánicos por seguir siendo, como hasta aquí, la primera nación naval; también en Inglaterra tiene partidarios influyentes el proteccionismo. Francia, que presume de aventajar en cultura liberal á toda nación y de atender al pueblo como ninguna otra, tiende su poder legislativo á elevar los derechos arancelarios. Austria, imperio formado por hetereogéneas nacionalidades, no desdeña el sistema restrictivo económico con más ó menos argumentos sugestivos. Italia sigue la corriente imperante, no obstante verse una emigración numerosa anual de familias, que se ven forzadas á abandonar el suelo patrio. Los Estados Unidos, país excepcional, sin embargo, no ha querido serlo en régimen arancelario. Con el título de *proteccionista* de los intereses nacionales, encarece la producción, y el encarecimiento es sabido que empeora la vida al quebrantarse las leyes de la oferta y la demanda libres.

Personalidades que desde el poder público han enarbolado la bandera proteccionista, Mac-Kinley, Bismarck, gobernantes de tan opuestos regímenes políticos, y que han dejado á su muerte discípulos. Chamberlain y Méline, aquél con nacionalidad de una monarquía tradicional; éste de una república socialista, han coincidido en puntos de vista económicos. La opinión no ha dejado de influir, unas veces en pro, otras en contra de la guerra de tarifas. El nombre dice de qué se trata y qué fin se persigue. En el siglo xx, que el ideal es la paz, ya cantada por Petrarca y otros poetas. Reconociéndose que ya basta para que sea penosa la vida, el esfuerzo que supone el trabajo cotidiano, unos para ganarse el sustento, otros para mejorarlo, quiénes para conservar lo adquirido, siendo los menos privilegiados en riquezas.

En España se reacciona en el orden económico en sentido para algunos artículos, hasta hacerlos prohibitivos por su gran elevación de precios. Que á tanto puede llegar el abuso proteccionista, en el delirio monopolizador, como dice Lockroy. No se hace caso de la experiencia. Se prescinde de la historia aran-

celaria desde el año 1849. Entonces que, de 1.410 partidas que formaban el arancel, se redujeron á catorce artículos el número de prohibiciones; y 940 su tributo arancelario, quedó fijado alrededor de 15 por 100, tipo de tributación que se adoptó como transacción por D. Laureano Figuerola, empezando la reducción del derecho máximum desde 35 por 100, para irse reduciendo, con arreglo á la base 5.ª de la reforma arancelaria. Mas como luego esto no tuvo lugar, ha tenido que influir, en parte, á la actitud que ha tomado la clase obrera, que demanda uno y otro día más medios de vida, al ver la vida que consigue disfrutar la plutocracia, favorecida por los aranceles de 1891, llamados aranceles de guerra por Cánovas del Castillo.

Así se fomentan inconscientemente las luchas sociales, llegando á ser en algunos casos internacionales.

Confluyen, formándose una sola situación, aspiraciones que son aparentemente contradictorias. Siendo organismos muy distintos los trusts y las huelgas, ambos están sometidos á una ley, la del precio *remunerador;* además, por otra ley, la que somete el consumo á la posibilidad de realizarlo. Toda oferta que sea desairada, esto es, que no encuentre mercado donde aceptarse, será porque se haya imposibilitado el consumo, teniéndose que privar de satisfacer necesidades, imperiosas algunas, que éstas son inagotables; que cuanto más se tiene, más se quiere. Los trusts pueden ser para limitar la producción, á fin de conseguir siempre un precio remunerador, ó sea que la demanda no sea menor que la oferta. Las huelgas pueden ser para conseguir un preciso jornal, con el que al obrero le sea dable vivir en mejores condiciones, si esto es dable otorgarlo al patrono, si con esas mejores condiciones su industria pueda ser remuneradora al ofrecerla con precio determinado. La remuneración tiene que ser el ideal de patronos y de obreros. Aquéllos con la ventaja de que, iniciadores de una industria, puedan, hasta cierto punto, monopolizarla, teniéndose presente el número de jornales que representa el capital acumulado por una sola persona, en sí misma, y por repetidos esfuerzos.

Pasa con el precio remunerador como sucede con el agua, que busca su nivel por ley fatal: imposible abolirla los hombres. ¡Ah! Si Málaga tuviese, al estar la nación española con una guerra en el Rif, vías mercantiles expeditas, por medio de tratados de comercio que facilitasen la exportación de sus pasas, sus vinos y tantos otros frutos que da el espléndido suelo malagueño.

Pero si la libertad, que puede ser *símbolo de justicia*, no existe aún donde más se alardea de esa justicia—los Estados Unidos se ocupan de informes como el que se ha sometido á la Cámara de representantes, por M. Payne, á nombre de la Comisión mixta encargada de *conciliar* los proyectos votados en ambas Cámaras reformando las tarifas de Aduanas.—¿Pues y la ley natural, y los derechos individuales ilegislables, y la decantada soberanía democrática del pueblo yanki y su altivez puritana? En medio de todo, la orientación tiene su parte laudable. Ya por haber tendencia á disminuir los derechos arancelarios; ya por fijarse principalmente la disminución, en la producción más útil para la vida; ya porque la elevación de derechos se tiende á que recaiga sobre los artículos de lujo.

Siempre es un adelanto pensar así, para resoluciones ulteriores del problema social, mirando al porvenir.

En Francia, que este problema preocupa á la opinión pública, el ministro Aynard ha interrogado á los sindicatos industriales de modo tal, que, inconscientemente, en la práctica ha de resultar una reducción del precio de los salarios. Por lo menos se corre ese riesgo. Habida consideración á que sobre el precio de contratación han de influir: interés y amortización del capital, su instalación, las materias primeras, los salarios, los gastos generales. Así se ve que la misma Francia, Alemania, Inglaterra, hacen investigaciones sobre el costo de la vida y el precio de los salarios en sus respectivos países. Théry y Cauwes recuerdan que el establecimiento de los caminos de hierro y de los barcos movidos por vapor, han suprimido la protección natural de las distancias. Resultado satisfactorio para la huma-

nidad, que ha alterado favorablemente la situación económica de Europa; por lo que respecta á sus mercados, los que han tenido que pensar en que se ha de comerciar con reformas importantes, estableciéndose mercados á la moderna.

Lo mismo puede decirse con haber sustituído á la situación de fondos plata y oro, con *papel* fiduciario representativo de la moneda.

Los primeros Bancos (de los que tomó la iniciativa Italia), el Banco de San Jorge, en Génova, y los que fueron establecidos sobre su modelo, el objeto fué prestar fondos á particulares y á Gobiernos, en metálico; luego se extendió el negocio al de banca. Al Norte de Europa, los Bancos debieron su origen á satisfacer la necesidad de proporcionar moneda por su verdadero valor. Recordemos los abusos cometidos acuñando los Gobiernos de todos los tiempos moneda de valor convencional ó circunstancial. Adam Smith ha dicho: «La circulación monetaria de un gran Estado, Inglaterra y Francia, por ejemplo, consiste de ordinario casi exclusivamente en sus propias monedas.» En los últimos tiempos, la necesidad de moneda de plata, y aún más la de oro, éste como talón *único,* ha hecho ver la conveniencia de que para la moneda amarilla no haya fronteras. Así, una crisis financiera de los Estados Unidos repercutió sobre Inglaterra, y las reservas del Banco de Francia dominaron el conflicto monetario.

W. Bagehot, al ocuparse del crédito mercantil, que está basado en la honradez, aptitud, laboriosidad y solidez económica, ha hecho que la confianza puesta en los principales establecimientos de crédito, haya servido para ensanchar el círculo de acción de la moneda como mercancía, que no es otra cosa para el comercio, y como se ve esto bien, es en el comercio internacional. Puede verse también en la compra-venta por el medio á metálico, pagada así la mercancía; influyendo la transacción, á veces onerosamente sobre la vida del obrero. Recordemos el curso forzoso de Francia cuando se pusieron en circulación los asignados. A Italia, cuando logró su unidad

nacional. Alemania y España han presentado en el siglo pasado contrastes, sobre el uso del crédito, el acierto en la circulación fiduciaria, el influjo de las novedades industriales, el criterio que ha precedido á los actos de sus respectivos Gobiernos, notándose la influencia de las minas de oro del Transvaal, que puede decirse no dan abasto bastante á las necesidades de las naciones, en su tráfico de exportación y de importación. Actividad industrial.

A esto se impone más de lo necesario el *consumo público*, ó sea oficial, y por la parte que toma del consumo privado. No obstante que se alardea tanto de *self government*. Pero que la intervención política lo desnaturaliza frecuentemente. Ahora, esto es más sensible, por lo mismo que el llamado problema social preocupa á los estadistas, por las actitudes con que se presenta el proletariado, que pide con razón, aunque á veces más de lo necesario y legítimo, y, con frecuencia, por procedimientos censurables—cual sucede cuando pone en riesgo servicios públicos tan importantes como la seguridad de las personas y de sus propiedades.—En cuanto á los servicios públicos en general, las estadísticas aproximadas, y nada más en los países civilizados, se calcula para aquellos servicios alrededor de una séptima parte de la renta privada que tiene cada ciudadano. Cuestan muy caros los daños sociales. Parecía natural que, á medida que los servicios públicos se especializan, por ser más numerosos y más complicados, que fuesen repartidos más equitativamente. Pero el desengaño es mayor; dígalo si no Nueva York.

La propiedad no se concibe sin la moralidad. Como la venalidad es opuesta al respeto que debe tenerse á la propiedad. Por esto, si, como dice Molinari, el fenómeno del valor engendra el de la propiedad, ésta ha de estar en relación de la justicia que debe existir entre el valor y los ciudadanos que lo han creado, recibido ó adquirido. El socialismo, cuando niega la propiedad, se contradice; porque por razón de título de propiedad se pide el ejercicio de un derecho, y se llega á las huelgas,

á las asonadas. Que quien pide, no puede hacerlo más que ejercitando un derecho (no violándolo), cual es el de propiedad, por cierto tan vario en sus manifestaciones. La utilidad que es reconocida de los servicios públicos, es cualidad de orden económico, en lo que tienen por naturaleza ensencial las cosas, á las que se une el valor, que, como puede ser de una realidad incontrastable, puede serlo artificial. La utilidad por asimilación de fuerzas, en cuanto al bien público se refiere, bajo el aspecto económico, reclama moralidad, por ser ésta útil, redundando beneficiosa á todas las clases sociales. Y desde luego, lo más barato para la sociedad.

Es, pues, la utilidad general de imperativo categórico, en cuanto á redundarla sobre los valores personal, inmoviliario y moviliario.

Thiers, un día, en defensa de su tesis proteccionista, poniendo en paralelo la situación de Francia con la de Inglaterra, resultándole al gran patriota francés que esta nación imponía más tributación al consumo que á la contribución directa, sacaba la consecuencia de que Francia no podía desarrollar su presupuesto como lo hacía Inglaterra por ser su situación económica diferente, y quería que se recurriese á subir los derechos arancelarios. Mas siendo falsa la base del argumento, la consecuencia tenía que serlo. Bastiat decía: «Francia se compromete de día en día más en la vida artificial de la protección. Mientras que Inglaterra progresa gradualmente en la vida natural de la libertad.» Consecuencia: ¿Cuáles serán sobre la prosperidad, la seguridad, la moralidad de los dos pueblos, como resultado eficaz, para la situación en la que aspiran á colocarse?

Inglaterra reparte la tributación de distinta manera que Francia, por ser diferente la centralización ó descentralización, como quiera entenderse. Y lo que resulta hoy es que el problema social, en lo que sobre él pueda influir el orden económico, se va resolviendo mejor en Inglaterra que en Francia.

España, aquí, Salaverría, Figuerola, Camacho, han queri-

do resolver, dando facilidades liberales, el pavoroso (en algunos casos) problema social.

Gabriel Rodríguez, desde la cátedra del Ateneo, ha dejado dicho: «No hay que reconocer en el Estado derecho de limitar y reglamentar la libertad; de mutilar la personalidad del hombre, siempre que en provecho de la colectividad lo crea conveniente; no hay que confiar al Estado la misión de trazar al ciudadano una pauta.» Límite de la libertad ha de ser la justicia: se sobrentiende que no ha de ser la circunstancial, sino la eterna, ó sea la derivación de esta máxima divina: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo.*

Claro está que éste es el ideal. Y para llegar á él ha de haber aspiración constante. Por lo menos procurarse la aspiración, ó sea poner valladares á la licencia. Oponerse al positivismo materialista, al ateísmo filosófico, á la escuela anarquista. Todo ello, que es obra del egoísmo. El egoísmo, que aprisiona el alma, perturba los intereses materiales: por ellos se sacrifica la nobleza de sentimientos; sin éstos se ensordece la generosidad; faltando ésta, predomina la explotación, que desconoce la piedad.

Así está demostrado por los pensadores actuales en sus profundos estudios. Es la cuestión económica capitalísima, en cuanto al íntimo enlace que tiene la producción nacional con la internacional; en cuanto á los intereses populares se refiere; en cuanto á la rapidez con que se suceden los adelantos científicos experimentales; en cuanto á que cada avance científico da nacimiento á diversas industrias, que bifurcan en la sociedad y ejercen influencia en todas sus clases. Si á esta tendencia progresiva se opone otra gubernamental que, en cierto modo, destruya los efectos del progreso que tienen las ciencias naturales y las físicas. Si se quisiera al fluido eléctrico nacionalizarlo, esto es, que lo hubiese en Francia aislado del que tiene España, prohibitivo su paso de una á otra nación, sería lo mismo que no querer, dentro de España, la electricidad de un pueblo que pudiera darse á otro pueblo vecino ó

distante. El proletariado se quejaría al verse privado de lo mejor y más barato. Tal sucede con no tener establecida la reciprocidad de nación á nación para el régimen arancelario.

Siendo el ideal del consumo su abaratamiento, para extenderse su radio de acción á mayor número de consumidores. Contrariada esta tendencia, excitados los apetitos, ha tenido que suceder, como dice Paul Leroy Beaulieu: «Las huelgas repentinas de los empleados de correos, telégrafos y teléfonos, es la consecuencia de la política seguida hace veinte años, sobre todo, en los diez últimos. Es la política que sugiere la insubordinación social.» Otro tanto puede decirse de España, desde el momento que pugnan los derechos políticos con los derechos económicos; los deberes sociales con los deberes morales; las conveniencias obreras con las conveniencias capitalistas; los precios elevados para el consumidor con los precios ventajosos para el productor. Caso este aplicable á todas las naciones que estén en igualdad de circunstancias.

Francia, en el año 1892; España, en el mismo año; Alemania, por análogo régimen económico. Al vulnerar los derechos económicos se barrena el principio de libertad. Sobre todo, es poner el estigma de siervo al pueblo; éste protesta, no es atendido, agota el sufrimiento, y se lanza al desorden.

Por eso las huelgas, que tienden generalmente á éste, son condenadas por estadistas prestigiosos, que lo han hecho comprender así á gran parte de la clase obrera en los Estados Unidos, Inglaterra, Italia y Bélgica. Sin que por esto se quiera decir que no ha de haberlas, mientras se dé motivo á la protesta por millonarios, á quienes Carnegie censura siendo sus compañeros capitalistas. Al mismo tiempo, entre los literatos yankis resalta Upton Sinclair, de un realismo notable. Porque la verdad se impone: que al socialismo se ha dado motivo para su fomento. Lo triste es, que la masa inconsciente se deja llevar y traer, como consigna Michaud. Los odios de clase sacan la cabeza, recordando la de Medusa; y con más efectivismo que el de ésta, es el de la cabeza socialista. Sin repararse,

según Levasseur, «que la tasa de los salarios, con relación á los precios de los alimentos, comparando la fecha de 1789 con la de 1908, resultan favorecidos los primeros más que los segundos». Y, según las estadísticas, el acrecentamiento ha sido más rápido en Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos.

Pero la pasión es mala consejera, y no deja ver bien aquella sabia teoría de Molinari sobre la elevación del precio de los salarios. En general, el progreso constante de los instrumentos de producción (capital y trabajo) reducen el costo de ésta. Cuando se consiguen adelantos mecánicos (perfección y engrandecimiento de la maquinaria), la inteligencia queda en cierto modo subordinada á una reglamentación científica, de la que resulta prácticamente el obrero avanzando dentro del terreno científico, y adquirir más valor su trabajo, por ser menos rudimentario. El capital, á su vez, es de más cuantía, y de menos interés su conservación y acrecentamiento, por cederse una participación en mejores condiciones á la inteligencia obrera. Y como al mismo tiempo, las energías se tienen en mayor escala, resultando un hecho la baratura, el consumo extiende sus límites de actividad, y la riqueza puede acentuarse mejor.

Demostración actual de esto: los trabajos que se hacen en el ejercicio de las profesiones superiores, donde el entendimiento en acción, hace valer sus méritos en el orden económico.

ANSELMO FUENTES

DE LA ALHAMBRA

Notas y pesquisas acerca de sus elementos suntuarios, y de las pinturas murales de la Torre de las Damas

Desde que en el mundo de las Artes Bellas comenzó libremente á despejarse el horizonte, y á la obsesión opaca del pseudo-clasicismo—que causó tantos daños—sucedió febril la era luminosa del romanticismo, toda calor, animación y vida,—ha sido y sigue siendo objeto de atenciones y cuidados lo que resta del espléndido Alcázar erigido por los sultanes Jazrechitas en la Alhambra de Granada.

Justo es reconocer y confesar de buen grado, fueron en mucha parte, aunque no en absoluto, consecuencia estos cuidados y estas atenciones de los estudios, y aun de las ponderaciones, de ilustres escritores extranjeros, para quienes el abandonado Palacio de los Al-Ahmares, en la natural indeterminación de aquellos tiempos, había sido verdadera revelación de una cultura especial y vigorosa, menospreciada por punto general entre nosotros. Y justo es asimismo reconocer y confesar, de igual manera, que sin el generoso movimiento por el cual puso Isabel II en manos de Rafael Contreras la profanada mansión fastuosa de los descendientes de Saâb-ebn-Obada, no habría acaso logrado salvar ésta los linderos del fenecido siglo XIX.

De tal forma había llegado á identificarse Rafael Contreras con el palacio de la Alhambra, antes y después de la revolución de 1868, que no era dable concebir en realidad el uno separado del otro. Aun bajo la tutela de la Intendencia de la Real Casa y la del Gobernador militar, que en dicho palacio residía, parecía Contreras en aquellos salones, por él afanosamente restaurados, como dueño y verdadero señor de ellos, y como encarnación del espíritu soñador é inquieto de los maestros alârifes de la froga, que tantas y tan delicadas maravillas dejaron vinculadas en las policromadas yeserías del fantástico Alcázar granadino.

Él y su hermano Paco—artista de mérito sobresaliente en el estilo—fueron quienes, aprovechando diestramente las enseñanzas y las lecciones del que ambos llamaban, por antonomasia, *el ruso*, y las del insigne *Ivón*—que era como decían al ilustre Fernández Jiménez,—tallaron y repusieron la mayor parte de las mencionadas yeserías, destruídas por el abandono, ó denegridas y estragadas por el humo de las hogueras que allí encendieron aquellas gentes nómadas, libremente albergadas un tiempo en la casa de los sultanes; tomándolos del morisco Alonso del Castillo, no vacilaron, sin conocer el árabe, en tallar ambos hermanos epígrafes poéticos desaparecidos ó borrados, colocándolos en los lugares primitivos; él, en particular, quien, escudriñando inteligente los más apartados rincones de aquella serie irregular de construcciones eslabonadas que, con varia importancia y denominación y uso distintos, constituyó la morada de los sucesores de Al-Gálib-bil-Láh, procuró reintegrarla en lo posible, y á él y á sus esfuerzos y trabajos debe la Alhambra en mucha parte lo universal de su nombradía entre los presentes, como le es deudora del aspecto risueño con que en su decrepitud se muestra, y de la impresión profunda que produce en cuantos hoy la visitan y, llenos de curiosidad, recorren sus restauradas estancias maravillosas (1).

(1) Bien lo decía aquel ilustre artista, en la *Advertencia* de su interesante *Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla*

La mano dura é implacable de los conquistadores, y la irrespetuosa de sus descendientes en las centurias sucesivas, sin piedad se ensañó con el monumento, y le trastornó y bastardeó de tal manera, que no ha sido posible todavía formar de él en totalidad y en detalle cabal concepto, así como de su originaria distribución tampoco; y aunque la labor asidua y persistente de los Contreras, renovando las galas del Palacio—que son casi todas nuevas,—ha intentado sorprender algo de la distribución primitiva, y devolver su fisonomía á muchos de los miembros principales del Alcázar, ¿quién podrá decir que presidió el acierto siempre en tan difícil y ocasionada empresa?

Estuche de primoroso interior, pacientemente renovado, pero de bien deficiente contextura,—carcomido aparece en los materiales de su endeble y maltratada armazón, á causa de los años, de accidentes como la voladura del polvorín de la inmediata *Parroquia de San Pedro*, y de las adulteraciones repetidas de que objeto ha sido; por ello ofrece tan poca seguridad, que se teme á cada momento se desquicie y descomponga al primer embate, y se destruya sin salvación por sí mismo. Dejos quedaron en él del romántico perfume en que envolvió la fantasía la cultura de que es representante y fruto; vahos de aquel interior misterioso é incitante; pero vacío está, falto de animación y de vida, sin las joyas palpitantes que guardó en su seno. Y el visitante y el curioso, en la augusta, aunque triste solemnidad de aquellas estancias majestuosas, cuyos muros bordaron los sutiles dedos de las hadas; en aquellos patios solitarios, sobre cuyo pavimento suenan á profanación los pa-

---

y Córdoba, cuya primera edición dió á la estampa en 1875, al consignar que «durante veintisiete años» había empleado su actividad en «*restaurar* los singulares arabescos de la Alhambra, ... *revelar* inscripciones perdidas y ... *restablecer* el monumento, *que se hallaba casi hundido, al estado característico de su notable antigüedad*». Es de justicia, pues, que en aquel Palacio se hiciera constar para eterna memoria, en conmemorativo epígrafe, el nombre de quien le consagró su vida y supo conservar joya de tanto precio en la historia de las artes españolas.

sos del *turista*,—dueños son de forjar á capricho cuantas quimeras se les ocurran libremente, sin llegar á comprender ni á darse cuenta de la forma en que habitaron allí los sultanes de Granada, pero poblando de ensueños voluptuosos los departamentos que recorren.

Tan lejano se halla del ambiente que respiramos aquel otro en que se agitaron y vivieron durante los tiempos medios en España musulmanes y cristianos; y es tan grande todavía el desconocimiento de sus hábitos y de sus costumbres en el interior de la casa y en la intimidad de la familia, que, en el laberinto de aposentos del palacio naserita, ni resulta fácil dar el debido acomodamiento á sus naturales moradores, ni hacer idea de su suntuaria y de sus gustos. Cuestión ha sido ésta que me ha preocupado siempre al visitar la Alhambra y aun otros edificios arábigos de la misma ciudad del Genil, y que me ha interesado sobremodo al reconocer muchos edificios cristianos, históricos y monumentales, de los siglos XIV° á XVI°. Cierto es que, adaptados para varios usos, y mutilados ya dolorosamente, casi ninguno de éstos se conserva tal y como en apariencia se muestra la solitaria mansión de los Al-Ahmares en Granada, por lo que respecta á las construcciones hispano-mahometanas, ni como el *Alcázar* del rey don Pedro y la llamada *Casa de Pilatos* en Sevilla, por lo que hace á las cristianas de los días del desventurado hijo de Alfonso XI y del gran Carlos V ó de Felipe II; pero aun siendo así, aun verificada la pseudo-reintegración de dichas construcciones,—sólo apoyado en más ó menos verosímiles supuestos, es como fantásticamente, y no de otro modo, he podido vislumbrar de manera incompleta lo que fueron y cómo fueron cuando gozaron de vida propia.

Conforme tuve ya ocasión de manifestar años hace, con motivo de estudiar en el tomo III del *Museo Español de Antigüedades*, un trozo de artesonado que utilizó Contreras como batiente de puerta en cierto aposento del magnífico *Salón de las Dos Hermanas*, de la dicha Alhambra,—hicieron forzosamente en este alcázar los sultanes granadinos vida particular

y privada, y vida oficial y pública al propio tiempo. Hay, pues, necesidad de distinguir, en aquel que parece inconexo agrupamiento de construcciones de distintos períodos, cuáles fueron las destinadas á cada uno de los dos aspectos de la vida de los sultanes, porque con arreglo á su destino, diferente debían de ser sus condiciones y su adorno.

Por orden de mi difunto señor Padre, copié yo á su presencia, siendo estudiante en aquella Universidad Literaria y muy muchacho, el año de 1866, ciertos documentos y papeles del *Archivo* de la Alhambra, cuyos legajos se hallaban depositados sin orden sobre el suelo, en no recuerdo bien qué sitio del palacio; fuí el primero en utilizar dichos documentos en el trabajo mencionado, como después, con fortuna y grande acierto, explotaron el expresado *Archivo* los laboriosos hermanos D. José y D. Manuel Oliver y Hurtado, Rafael Contreras y el doctísimo D. Leopoldo Eguílaz Yanguas, mi cariñoso maestro de Literatura en aquellas aulas universitarias, que recuerdo siempre con gusto.

De unos y otros documentos, resulta la Casa Real de la Alhambra repartida en tres grupos distintos de construcciones que, después de la Conquista, y acaso alguno antes, tenían respectivamente nombre, y eran designados con los de *Cuarto de los Leones*, *Cuarto de Comares* y *Cuarto Dorado*, como si efectivamente se tratase de un edificio regular, cuyas alas correspondiesen á cada uno de los lados del patio rectangular abierto en el centro. En el primero—el *Dár-al-Osod*—se hallaban comprendidos los camarines, las estancias y los departamentos todos, altos y bajos, que giran y se desenvuelven en torno del celebrado *Patio de los Leones*, con inclusión, naturalmente, del *Dár-Aixa* ó *Dár-Aja*, y el patio y sus dependencias á que da el mirador que el vulgo llama de *Lindaraja*, haciendo un solo vocablo de los tres arábigos *âin*, que equivale metafóricamente á *mirador*, *dár*, que aquí significa *habitación* ó *morada*, y *Aixa* ó *Aja*, nombre propio de la sultana madre de Boabdil, que parece tuvo allí sus aposentos. En el segundo

grupo ó *Cuarto de Comares*, que es el central, figuraban, según es de presumir, la grandiosa y mal segura torre de aquel título—que en realidad no se sabe bien por qué razón es así apellidada, supuesta la escasísima importancia de la enriscada población de Comares en la provincia malagueña,—la *Sala de la Barca,* destruída ha poco por voraz incendio, y que servía á dicha torre como de vestíbulo; el prolongado *Patio de los Arrayanes* ó *de la Alberca*, y toda aquella parte frontera á la torre mencionada y que adosa á la soberbia construcción plateresca del *Palacio*, no terminado, *de Carlos V.* El tercero y último grupo, conocido por *Cuarto Dorado—Dár-adz-dzahabí* ó *modzaháb*, acaso,—se extendía desde el *Patio de Machuca* ó *de la Mezquita*, con los departamentos correspondientes del que dicen el *Mexuár,* ó lugar donde el príncipe hacía justicia (*xarîâ* ó *sarîâ*), la *capilla,* el *Mossallá*, y probablemente las torres *de los Puñales*, *de las Gallinas*, *del Homenaje* y otras, que caen sobre el Bosque, en dirección al famoso *Tajo de San Pedro.*

Sabido es que el *Dár-al-Osod* ó *Cuarto de los Leones* fué labrado para el gyneceo ó *harém*, y que en él hicieron vida las mujeres y concubinas de los sultanes; que en la *Torre de Comares* estaba el salón del trono, donde se verificaban las grandes recepciones, y eran recibidos con toda solemnidad y todo aparato los embajadores, sospechándose que en el extremo opuesto del *Patio de los Arrayanes* tuvieron los régulos granadinos sus habitaciones particulares, destruídas en mal hora por el memorado *Palacio de Carlos V*, y se asegura que en el *Cuarto Dorado* hacían aquellos vida pública, hallándose, por tanto, distribuídas por las dependencias del mismo las oficinas, la Sala del Consejo, la de las audiencias y el oratorio privado ó *Mossallá*, á que he hecho referencia arriba.

Si esto es exacto—como en mucha parte lo parece,—el aderezo y menaje y suntuaria de las habitaciones debían ser distintos en cada *Cuarto*, de conformidad con el destino que respectivamente cumplían. Y son tan vagas, tan indecisas, tan

exiguas, tan someras y de tan poca seguridad las noticias en estos particulares llegadas á nosotros, que se da por lo común rienda suelta respecto de ellos á la fantasía, tomando por base las indicaciones confusas, y hoy ya no del todo comprensibles, contenidas en los maravillosos cuentos de las *Mil y una noches*, en narraciones y leyendas hispano-mahometanas y moriscas, en las descripciones de los viajeros de todos tiempos, y en lo que hoy pueda verse en las moradas de Turquía, de la Arabia, del Egipto y aun del mismo Marruecos.

Pero en el Alcázar del Alhambra, como en todos los alcázares reales, demás de los tres *Cuartos* referidos, á que reducida aparece la parte de él exclusivamente destinada á los sultanes en el doble aspecto público y privado, había otra porción de edificios ó cuerpos de edificio, de más ó menos capacidad é importancia, donde hacían vida independiente los hijos de los soberanos; donde eran recogidas y pasaban los últimos años de su existencia las mujeres del antecesor en la sultanía; donde se albergaban los servidores palatinos, con arreglo á su categoría, su dignidad y su cargo, y donde tenían alojamiento la guardia personal del príncipe reinante, la del *harém* y la demás gente afecta en algún modo á las dependencias de la regia morada.

Residuos presumibles de tales construcciones, enclavadas en el Alcázar, han de ser estimadas, á lo que entiendo, con otras deformadas ya, la del *Carmen de Arratia*, la *Torre de la Cautiva*, la *de la Infanta*, quizás la *de los Picos*, y la que, habiendo sido de la propiedad del Sr. Núñez de Prado y del barítono de zarzuela Sr. Dalmau después, fué adquirida al fin por el Estado, y es conocida con el nombre sugestivo de *Torre de las Damas*.

No tengo noticia de que ni el diligente y sagaz Rafael Contreras, ni ninguno de los que antes y después de él han escrito respecto del Palacio de los Al-Ahmares, hayan sido tan afortunados como para poder con certidumbre señalar el destino verdadero de cada una de estas construcciones, lo cual no es

de extrañar ciertamente, cuando todavía con seguridad no se sabe qué destino tuvo el *Generalife*, ni los doctos, desde Mármol acá, han acertado á explicar tampoco la significación exacta de este nombre, que unos, con el autor de la *Rebelión de los moriscos*, entienden por *Jardín del Músico* ó *Huerta del Zambrero* (*Chennat-al-ârif*), por *Jardín del Arquitecto* otros, y otros, por último, de manera análoga, á causa de la variedad de acepciones de que es susceptible el vocablo final *ârife*, que ha pasado en el de *alârife* á nuestro idioma, con el significado primitivamente de *conocedor*, *perito*, *hábil* y *diestro*, y por extensión, á los maestros en el arte de construir se aplica.

En estos edificios,—de igual modo que en los de *Darlarosa* (*Dar-al-ârus*, el *Palacio de la prometida*), los *Alijares*, *Dar-al-Horra*, hoy *Convento de Santa Isabel la Real*, y en otros erigidos dentro y fuera del reinato murado de la Alhambra, y en los cuales no hacía vida el sultán,—natural parece que el adorno, el menaje y la suntuaria, aunque semejantes, habrían de ser forzosamente distintos de los que figuraban en el Palacio de la Sultanía; pero no hay hoy realmente manera ni de justificarlo, ni de apreciarlo, por más verosímil que el supuesto sea.

De los diversos departamentos correspondientes á cada uno de los tres *Cuartos* distinguidos en el Palacio al-ahmarí, algunos se ofrecen en totalidad cubiertos de labradas yeserías polícromas, ya originales, ya repuestas, ya restauradas, sobre vistoso y ancho zócalo de pintados aliceres, en varia combinación geométrica dispuestos; y así, en orden á la naturaleza del decorado mural de tales estancias, no puede suscitarse á lo que creo duda alguna. Lo más general, sin embargo, en los demás aposentos, sean ó no *tarbeâs*, no es esto. En ellos, como por lo común en los edificios musulmanes, y sin excepción en los mudejares de Toledo, Sevilla, Córdoba, Burgos y otras partes, la decoración de yesería no es total en los muros, y se halla distribuída, no sin analogías, de otro modo.

Bajo la techumbre, ó artesonada, ó plana, ó de viguetería

al descubierto, adornada de lazos y de estrellas, de rombos ó cupulinos, ó trazas geométricas vistosas y coloridas, ya ensambladas, ya sobrepuestas, y decorada según su naturaleza, con tabicas entalladas ó polícromas, epigráficas ó con adornos, vigas talladas ó sin labor, epigráficas ó decorativas,—á modo de collar corre sin interrupción por toda la estancia un friso de madera, que recibe el expresivo nombre de *arrocabe*, epigráfico generalmente y de talla, y á veces estalactítico. A este friso, que no suele ser de gran latitud, sucede ya en el paramento del muro otro friso de yesería, en pos del cual el lienzo de pared aparece completamente liso, enlucido y sin adorno de ninguna especie, hasta el zócalo.

Es éste, en los edificios musulmanes del período granadino, y durante el siglo XIV en algunos mudejares de Toledo, de Córdoba y de Sevilla,—de pintados aliceres en varia y complicada combinación geométrica dispuestos, pues desde el siglo XV, ó poco más, los expresados zócalos, en las construcciones mudejares, están formados de azulejos que imitan el alicatado, y en los que la era plateresca más tarde hizo primores, grandemente apreciados por los ceramistas. Cerrado superiormente el referido zócalo en la Alhambra por una cenefa ó guardilla de escalonadas almenillas alicatadas, sobre él se tiende, con más ó menos latitud, un friso de yesería, por lo común epigráfico, que hace juego con el que figura por bajo del *arrocabe*.

Dicho se está que el zócalo se halla interrumpido por la guarnición interior de yesería de los huecos practicables de cada estancia, guarnición que, subiendo á veces hasta el dicho *arrocabe*, corresponde con la exterior de los mismos, así en los edificios de la Alhambra como en los mudejares, quedando de esta suerte grandes paños en la estancia desprovistos de labor, y preparados para recibir, suspendidas como adorno, ricas telas de sirgo, ó tapicerías procedentes de las regiones orientales, ó tejidas á imitación suya en el propio reino granadino, ya de un solo matiz, ya de colores varios, vivos y refulgentes, con labor de vástagos, de piñas y de flores enlazados, ó complicados tra-

zados geométricos, á que tan inclinado se mostró siempre el genio de los islamitas, fajas epigráficas horizontales, y por aventura pavones dos á dos afrontados y con las colas vistosamente abiertas y tendidas en forma de abanico, aves, gacelas asimismo afrontadas por parejas, y aun esfinges con cabeza de mujer, como la pieza de tela que posee el coleccionista norteamericano Mr. Pierpont Morgan, la cual ha figurado en la Exposición de *Tissus et miniatures d'Orient,* celebrada en París el pasado año de 1907, con otras muy notables.

Podrían servir, á mi juicio, de ejemplo de tejidos semejantes, las telas llamadas *tartáricas* (1), y aquellas de que se hicieron casullas, como, entre otras que recuerdo, la conservada en la hermosa *Capilla del Condestable* en la Catedral de Burgos, y la de la Colegiata de *San Sebastián* en Antequera, ya que no se mencione la de la famosa *casulla de Chirinos* en Caravaca, unas y otras con fajas epigráficas; las telas de que están formados el *Manto caballeroso* y el trozo de aljuba del infante don Felipe, hermano de Alfonso X, restos extraídos del sepulcro del dicho infante en Villalcázar de Sirga, provincia de Palencia, y hoy en el *Museo Arqueológico Nacional* conservados, y con otras, las de varios tapices, como el de Saint-Sernín, conocido por las reproducciones que de él en los libros andan, sin olvidar, por cierto, el riquísimo traje con que está sepultado en el *Monasterio de Huerta*, el cadáver venerable del insigne historiador y Arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, y del cual da conocimiento gráfico el marqués de Cerralbo en su notable discurso de recepción en la Real Academia de la Historia.

Así, pues, resultaba notorio que, en los aposentos de la

(1) Así parece inferirse del inventario de los bienes de don Gonzalo Gudiel (1280), del cual cita mi hermano político el Sr. D. Francisco Fernández y González «unus pannus *operatus ad aves de auro et campus de serica viridi;* item unus alius *pannus tartariçus* cum campo de seta alba et vite áurea; item unus *pannus tartaricus* de seta rubea, cum pinnis aureis, etc.» *(Estado social de los Mudejares de Castilla,* pág. 231.)

Alhambra y en los de los demás edificios de la época aún en Granada existentes, en los cuales se halla enlucidos sólo de yeso y lisos los grandes paños del paramento del muro, comprendidos entre los dos frisos de yesería del *arrocabe* y del zócalo de aliceres, según quedó indicado,—eran suspendidas aquellas ricas telas, tejidas con oro y sedas ó lanas de los matices más ricos y variados y de gran visualidad, en consonancia con la de la decoración de policromada yesería, y que en Castilla decían *tartáricos,* á la manera que entre los cristianos, en las estancias llamadas *palacios* de los alcázares reales y de las señoriales moradas, decoradas por artífices mudejares, eran también suspendidos entre ambos frisos ornamentales los tapices ostentosos ó *paños historiados*, que dijeron luego *franceses*, y no de otro modo que hoy son completamente tapizadas y cubiertas de costosas sederías las habitaciones de las personas reales y las de los palacios de los poderosos.

Por las descripciones maravillosas y más ó menos fantásticas que en las *Mil y una noches* aparecen de los palacios, así del famoso Harón-Ar-Raxid en Bagdad, como de otros príncipes y sultanes anteriores á él, en Egipto, en Persia, la India, la China y distintos países del Oriente, consta que en muchas de aquellas espléndidas mansiones, los dichos paramentos lisos estaban decorados con pinturas de seres animados, representando asuntos diferentes (1), cosa que, si pudo escandalizar en pasados tiempos á quienes creyeron de buena fe que los musulmanes, cumpliendo rigurosamente el precepto korá-

(1) Tomándolo de Macrizi, hizo observar años hace mi citado hermano político, en los interesantísimos artículos publicados en la *Revista de España* con el título *De la Escultura y Pintura en los pueblo de raza semítica, y señaladamente entre los Judíos y los Árabes*, cómo «el príncipe Tulonida Jomariya-ben-Ahmed (883—893 de J. C.) hacía labrar en su palacio [de Egipto] un salón maravilloso, al cual servían de ornamento, demás del estuco primoroso que cubria las paredes..., su propia estatua, las de sus esposas y las de las cantoras de su corte», todas ellas talladas en madera, «con coronas de purísimo oro, y turbantes adornados de piedras preciosas» *(Revista de España*, t. XXIV, pag. 73).

nico, no cultivaron las artes representativas, es noción hoy vulgar y corriente aun entre los menos eruditos, por lo que me habrá de ser permitido, á título de académico—bien que indigno y el menor de todos,—manifestar aquí el asombro que me ha producido en persona tan culta cual sin disputa lo es mi tocayo el joven y batallador diputado republicano Sr. D. Rodrigo Soriano—hijo además del académico señor Soriano Murillo,—la siguiente deprecación, que tiene algo de la batalla de Don Quijote con los pellejos de vino, y con que nos favorece hablando de la *Pintura árabe:* «¡Oh pedantes, ridículos académicos, vacíos de cerebro y cargados de gafas, divorciados del arte, matrimoniados con la ignorancia y la vulgaridad!» (1).

Las célebres é interesantes pinturas de la *Sala de Justicia* en el *Cuarto de los Leones* de la Alhambra, claro indicio son de que no repugnaron los descendientes de Al-Gálib-bil-Láh, sino que, antes bien, á ejemplo de lo que acontecía en los países musulmanes del Oriente, solicitaron para la decoración de su regia morada el concurso de aquel arte nobilísimo, sin reparar en la naturaleza de los artistas, y fueren ó no mahometanos en especial los autores de las dichas pinturas, como sostiene Contreras, aunque, con perdón del Sr. Soriano, yo creo que no lo eran, según me esforcé en demostrar con mayor detenimiento en mi discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (Mayo de 1891), donde procuré estudiar particularmente las pinturas expresadas.

El conocido texto de Abén-Jaldón, tan traído y tan lleva-

(1) *La Alhambra*, revista quincenal de Artes y Letras que dirige en Granada mi buen amigo el entendido D. Francisco de Paula Valladar, año XI, núm. 271, correspondiente al 30 de Junio del presente año de 1909. Bien podría referirse con mayor causa esta diatriba, después de los estudios de los españoles y del francés Lavoix, al inglés Mr. Ch. Eugenio Schmidt, quien en el tomo de *Córdoba* y *Granada*, de su obra *Les Villes d'Art célèbres* (1902), continua extrañando las representaciones de seres vivos entre los musulmanes, á tenor de lo que el Korán preceptúa.

do; que puede ser tildado por lo menos de exageración y de falta de exactitud originaria; que sorprende ante el silencio algo significativo de los escritores árabes granadinos acerca del extremo á que se contrae, y según el cual, en los días precisamente del sultán Mohámmad V, es decir, mediada ya la XIV.ª centuria, y cuando fueron construídas las estancias del dicho *Cuarto de los Leones*, si las inscripciones no mienten,—«era tal y de tal naturaleza la influencia ejercida por los cristianos de Aragón y de Castilla sobre los musulmanes granadinos, como para que éstos... no sólo adoptasen los trajes, los usos y las costumbres» de aquéllos, «sino que además tomaran de ellos *la moda de decorar con imágenes ó retratos los muros de sus casas y palacios* (1)», conforme dije en el citado discurso (2),—hace presumir que no fueron las de las tres *alhénias* de la indicada *Sala* las únicas pinturas que enriquecieron las estancias y los camarines del Palacio de los Al-Ahmares.

Aunque notorias la indeterminación y la vaguedad del mencionado texto por lo que á la naturaleza y condiciones se refiere de la decoración pictórica en el interior de los palacios y de las casas de los musulmanes granadinos, pues deja holgado espacio á dudas y vacilaciones respecto de ella,—confírmanle y le aclaran las controvertidas pinturas á que aludo, en las cuales hay *retratos,* ó *imágenes* que quieren serlo, y á más, se halla representado cierto amoroso y caballeresco romance, que procuré explicar según lo entiendo, como antes lo pretendió Contreras, y últimamente, en muy curiosa historia novelesca, el discretísimo Eguílaz Yanguas, contribuyendo por otra parte á

(1) *Notices et extraits des Mss. de la Bibliothèque Impériale*, tomo XVI, página 267.

(2) Páginas 56 y 57. Los testimonios aducidos por mi dicho hermano político en los artículos citados arriba, prueban superabundantemente sin embargo, que fué uso y costumbre entre los príncipes musulmanes del Oriente, lo que Abén-Jaldón supone copiado de los cristianos por los Al-Ahmares.

comprobar en determinado sentido muy eficazmente la exactitud de lo aseverado por Abén-Jaldón, las influencias artísticas cristianas reconocidas en el estilo granadino y puestas de relieve por el joven arqueólogo Sr. Gómez Moreno, hijo, en el notable estudio con que contribuyó al *Homenaje* rendido, no ha muchos años, con motivo de su jubilación, al catedrático de la Universidad Central, sucesor del insigne Gayangos en la enseñanza del idioma arábigo.

Por desventura, en el recinto particular y conocido del Palacio no ha sido descubierto rastro alguno de otras pinturas, tales como las que describen los cuentos de las *Mil y una noches*, y los viajeros que en tiempos antiguos visitaron el Oriente. El mismo Contreras lo confiesa, advirtiendo que «en la Alhambra no hallamos sobre las paredes, según nos permitíamos esperar al leer las alabanzas de los escritores árabes», pinturas semejantes á las que he aludido, manifestando después que «si en los grandes paramentos de las galerías del *Patio de la Alberca*» (es decir, la que precede á la *Sala de la Barca* y la que da hacia el *Palacio de Carlos V)* «hubo pinturas de mujeres adornadas de lazos y florés, ó escenas de caza, y banquetes, entre bailes y escanciadoras, como las que se cuentan de Xiráz y Dolatabat en Persia, han desaparecido sus menores restos». «Es más—agrega:—nosotros, que hemos levantado en estos paramentos las costras de cal moderna, no hemos visto nunca tales pinturas.» «Lo más que hemos hallado—concluye,—han sido adornos hechos sobre el estuco con los mismos colores empleados en los de relieve, y con semejantes tracerías, cuyos vestigios existen» (1).

De tal suerte había sido borrada y había desaparecido toda huella pictórica en los muros de los aposentos y de las galerías de la regia morada al-ahmarí—casi hundida al encargarse de su restauración Contreras,—que parecía lícito dudar hubiere

(1) *Recuerdos de la dominación de los árabes en España* (1882), páginas 68 y 69.

por sí contribuído el Arte de la Pintura á la decoración suntuaria del monumento, sometido aquél y subordinado, cual mero auxiliar decorativo, á la coloración de los relieves de estuco de sus yeserías espléndidas, viniendo á resultar, por esta causa, insólitas y sorprendentes las pinturas de la *Sala de Justicia*. Cuanto era dable asegurar, por los leves indicios encontrados, conforme al testimonio del ilustre restaurador á quien aludo, y con cuya amistad franca y cariñosa hube de honrarme,—es que en las galerías del *Patio de la Alberca,* y acaso, á ejemplo suyo, en las del *Patio de los Leones,* aquellos paramentos lisos comprendidos entre el *arrocabe* y el friso de labrado estuco que cimera el zócalo, hubo decoración de tracería policromada «con los mismos colores empleados» en los relieves de la yesería.

No otro era el estado de la cuestión, que parecía definitivamente resuelta después de las afirmaciones categóricas hechas por Contreras y copiadas arriba, cuando fueron poco más ha de dos años, confiadas las obras de restauración y conservación de la Alhambra y su recinto á los cuidados de muy distinguido arquitecto, para quien la empresa no carecía en el común sentir de compromisos, por suceder aquél en ella, no sólo al citado Rafael Contreras, alma que fué del monumento, sino al hijo del dicho restaurador, el arquitecto y mi amigo D. Mariano.

Acometida con loable celo por el Sr. D. Modesto Cendoya —que éste es el nombre del arquitecto director de las obras dichas,—como consecuencia de las investigaciones por él practicadas durante el mes de Marzo de 1908 en el espacio comprendido desde la llamada *Torre del Peinador de la Reina* hasta la denominada *de la Mezquita,* según hace constar el tan entendido como entusiasta director de la revista granadina *La Alhambra*—mi excelente amigo D. Francisco de P. Valladar (1),—tuvo la fortuna de descubrir, el 22 de Abril del

(1) Número 270, correspondiente al 15 de Junio de este año.

referido año, notabilísimas pinturas murales en uno de los departamentos de la *Torre de las Damas,* la cual, como ya dije, después de haber sido de la propiedad del Sr. Núñez de Prado y del Sr. Dalmau, fué adquirida por el Estado.

Apresuróse la indicada revista á dar noticia del fortuito descubrimiento (1); y cumpliendo obligaciones oficiales, el 7 de Diciembre de 1908 remitía el notable artista D. Manuel Gómez Moreno, como Presidente de la *Comisión especial de Conservación y Restauración de la Alhambra de Granada*—creada, no con grande acierto, por el Sr. Cortezo, en desprestigio de la *Comisión Provincial de Monumentos*,—muy interesante *Estudio descriptivo* de las dichas pinturas á las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, acompañándole con planos, fotografías y apuntes en color ó facsímiles ilustrativos.

Pasado el dicho *Estudio* para su informe á la Sección de Pintura en la última de dichas Academias, tuve la honra de ser designado como ponente, quedando maravillado ante la importancia histórico-arqueológica del descubrimiento realizado por el Sr. Cendoya, y con tanta minuciosidad descrito por el Sr. Gómez Moreno. Porque, como en el Informe á que me refiero me permito decir, «hay que reconocer y declarar muy alto, que de todo cuanto en el adulterado Palacio de los Al-Ahmares y en los edificios dependientes de él existe, nada, entiéndase bien, nada se conserva ni tan interesante ni de tanta importancia en el doble concepto» indicado, «que comparable sea con las pinturas murales descubiertas, bajo el enlucido de los muros interiores en la denominada *Torre de las Damas*»; pues no sólo son «monumento singularísimo de la cultura hispano-mahometana», sino que «de manera harto elocuente y expresiva, han venido á patentizar el desconocimiento en que, dentro y fuera de España, permanecían cuantos una y

(1) Número 244.

otra vez han estudiado el desenvolvimiento de la expresada cultura en sí propia y en sus derivaciones».

No pretendo detenerme aquí en la descripción de las indicadas pinturas, que no he visto, aunque la Academia me comisionó honorariamente para reconocerlas. Baste saber, por lo que de presente á mi propósito interesa, que maltratadas y casi destruídas en mucha parte, llenan por completo, á juzgar por lo que de ellas el Sr. Gómez Moreno escribe, los muros de la estancia en que aparecieron inopinadamente, y sin sospecha, y en los cuales no hay, á lo que parece, indicios ni del *arrocabe* ni del zócalo de aliceres, tan característicos en las construcciones mulsumanas y en las mudejares. Aun siendo así, que no puedo asegurarlo, esta circunstancia de carácter meramente fortuito, ya se comprende que ni debilita ni contradice cuanto dejo expuesto en orden á la forma en que eran suspendidas de los muros las telas que adornaban los grandes paramentos lisos; pero no huelga el consignarla.

Del notabilísimo descubrimiento debido á los cuidados del Sr. Cendoya, obtiénense nunca hasta aquí sospechadas enseñanzas, que dan muy superior relieve á pesar de todo al texto de Abén-Jaldón, á que hice referencia, aclarando por modo explícito, además, la indeterminación y las vaguedades que del mismo surgían. Es la primera de las dichas enseñanzas, la de que, al igual que entre los cristianos en los *palacios* ó salones principales de honor de los alcázares y de las señoriales moradas,—uso fué, y entre los soberanos y príncipes musulmanes granadinos costumbre, como entre los orientales, que las telas ó paños, con que eran decorados los paramentos lisos de los aposentos y camarines, fuesen historiados, y representaran también episodios de venación ó de cetrería, historias caballerescas y maravillosas, amorosas y novelescas leyendas, ó acontecimientos de análoga especie, y que de cualquier modo recreasen la vista y el espíritu, y magnificaran la suntuaria interior de los edificios; sólo que, en los indicados paños historiados, ya procedieren de los telares orientales, ya de los gra-

nadinos ó malagueños, el tema ornamental se desarrollaba en fajas horizontales y paralelas, no siempre de igual ancho, separadas en tal disposición por cintas de labores más ó menos complicadas y vistosas, figurando además «las representaciones de seres vivos en tejidos de alfombras y otros objetos de lujoso mobiliario» y en las «vestiduras de príncipes y magnates», con especialidad «los *hotal* ó mantos regios» tejidos en Málaga, los cuales, según Ax-Xecundí, escritor del siglo XIII, adquirían en el mercado «precios elevadísimos» (1).

Con ser tan peregrina la anterior enseñanza, relativa á la manufactura y al empleo de los paños *historiados*,—aún lo es más la segunda, conforme yo lo entiendo, y con ella nuevamente y con mayor fuerza se corrobora la exactitud del texto del escritor arábigo referido, en orden á haber adoptado los granadinos, desde los días principalmente de Mohámmad V, los usos y las costumbres de Castilla en la decoración de sus moradas.

Con ocasión de haber también fortuitamente descubierto el año de 1872, en una de las salas bajas de su casa, mi malogrado hermano Ramiro, á la sazón Arquitecto municipal de Toledo, un trozo de pintura mural, simulando un tapiz ó *paño historiado*, con parte de una escena de cetrería, el cual fingíase en el muro suspendido de largos clavos, pintados asimismo, y que conservaba en la zona superior algo de la orla, donde se distinguían los trazos de una inscripción arábiga vulgar, en adornados caracteres cúficos,—escribió mi Padre luminosa monografía, publicada en el tomo IV del *Museo Español de Antigüedades* que dirigía el Sr. Rada y Delgado, y D. José Gil Dorregaray editaba con gran éxito. En dicho trabajo obtenía mi señor Padre, como conclusión, la de que en reemplazo de las tapicerías y *paños historiados*, suspendidos en la forma indicada en los *palacios* ó salones de honor de príncipes y de magnates,

(1) Fernández y González, artículos citados, pág. 79 del t. XXIV de la *Revista de España*.

y que generalmente representaban, cual dejo dicho, asuntos de venación ó de cetrería,—fué acostumbrado suspender también *sargas pintadas*, como comprueban diversas *Ordenanzas municipales* que de los *sargueros* hablan, y lo fué asimismo simular por la pintura en los muros las indicadas tapicerías.

«El descubrimiento de la *Torre de las Damas* demuestra plenamente»—como dije á la Academia en mi informe (1),—no sólo que los paños decorativos eran *historiados* como entre los cristianos, sino que además fué de igual manera acostumbrado entre los muslimes de Granada «simularlos por medio de pinturas murales», en las que imitaron las tapicerías de tal manera, que «las escenas venatorias, los asuntos novelescos, y los episodios fantásticos ó caprichosos... venían á desarrollarse también», como en las telas, «en fajas horizontales, cual acontece en la *Torre de las Damas*, y el autor del *Estudio*» á que se contraía el Informe, «con toda claridad manifiesta».

«Por subordinarse y someterse principalmente á la imitación más ó menos servil de las manufacturas y productos textiles que empleaban «los granadinos» para tales usos en la suntuaria; por la natural inexperiencia de los artistas, aquí notoriamente musulmanes; por la falta del modelado, y el desconocimiento casi absoluto de la perspectiva aérea, y por la escasa destreza en la composición, ya que no en el dibujo—que es con verdad expresivo,—las figuras todas, en estas interesatísimas pinturas murales, trasunto de historiada tapicería, aparecen, según observa... el Sr. Gómez Moreno, dispuestas á la deshilada, y casi de perfil muchas de ellas, con especialidad las de los animales.» «Por esta causa, también, son en fajas horizontales y paralelas presentados y desarrollados los asuntos, y por la misma razón son tan exiguas las proporciones de las imágenes.»

En presencia de estas interesantísimas pinturas murales,

(1) En el número 9.°, segunda época de su *Boletín*, correspondiente al 31 de Marzo del presente año, publica la Academia mi *Informe*, con algunas erratas, pues no la he corregido de pruebas (págs. 8 á 17).

que son verdadera é inapreciable sorpresa, no es posible ya dudar de que, aun con no haber hallado con toda su inteligente diligencia el ilustre Rafael Contreras, restos de decoración semejante en ninguno de los aposentos, cuadras y *tarbeâs* del que fué Palacio real de la Alhambra, si bien es cierto que muchos de ellos probablemente ostentarían como complemento ornamental tapicerías historiadas de gran lujo y de crecido coste, acaso fabricadas en les telares del reino granadino, traídas acaso del Oriente, ó quizás importadas de Francia—que no hay nada en realidad que seriamente se oponga á ello,—no lo es menos que algunos—por ventura, con preferencia los del *Cuarto de los Leones* y los del *de Comares*, reservados al Sultán—hubieron de ser decorados con pinturas murales, debidas al rudimentario pincel de artistas mahometanos. ¡Quién sabe si aquellas con que fué en la Era moderna ornamentado el *Tocador* ó *Peinador de la Reina*, y que años hace estudió también el Sr. Gómez Moreno, como secretario que era entonces de la *Comisión Provincial de Monumentos*, no reemplazarán en mal hora las primitivas en el hermoso *Mirador* de tal nombre, las cuales tan singular efecto producen, después de haber admirado las yeserías espléndidas del fantástico Alcázar jazreshita!

Sea como quiera, y después de todo,—si merced al descubrimiento fortuito de la *Torre de las Damas* es lícito afirmar con Abén-Jaldón que, desde los días por lo menos de Mohámmad V, fué costumbre decorar los muros en los alcázares y moradas granadinos con paños historiados, quizás sargas pintadas, y pinturas murales, según en Castilla y Aragón acontecía,—no es por desgracia potestativo distinguir en el palacio de los Al-Ahmares la categoría ornamental de tales elementos suntuarios, si entre ellos la hubo, ni menos averiguar la forma en que fueran alhajadas, según su destino, las estancias de cada uno de los *Cuartos* en que fué distribuída la Alhambra; y siempre, á despecho de cuantos esfuerzos se hagan, bajo el cielo purísimo de la sultana del Genil y del Darro; im-

pregnado en el aromado ambiente delicioso de sus floridos cármenes; envuelto en el trastornador perfume de voluptuosidad que parece desprenderse de las policromadas labores de sus yeserías; guardando recuerdos llenos de melacólicos encantos, despertando sueños y fantasías y quimeras,—el incomparable monumento con el que se enorgullece España, parecerá lindo estuche sin joya, cuerpo humano sin alma, vaso elegantísimo y primoroso sin esencia...

Bien es verdad, que de este modo responde y satisface á los deseos de cuantos, ávidos de emociones, visitan con religioso recogimiento las solitarias estancias que para su recreo y para su gloria edificaron del siglo XIII al XV los fastuosos sultanes granadinos!

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

NATURALEZA DEL LENGUAJE

El hombre se vale para comunicarse con los demás de tres medios principales: el gesto, el habla, la escritura. El primero y el tercero, hablan á la vista; el segundo, al oído. El gesto es tan natural, como la fisonomía y demás movimientos externos expresivos, continuación en la periferia de los movimientos internos del organismo, ó, mejor dicho, uno de tantos movimientos del organismo que constituyen el estado emocional. Por eso nos servimos de él acompañando al habla, y fué sin duda el medio primitivo de expresión. Pero su alcance es bastante limitado; por más que en algunas tribus salvajes forme un lenguaje mucho más completo, y entre los napolitanos pueda darse toda una conversación con sólo su empleo, sin chistar palabra. La escritura sólo es signo del lenguaje, posterior á él, y más tardo y engorroso, bien que con la inmensa ventaja de su duración.

El habla es signo fónico, exclusivo del hombre, y tan natural como la sociabilidad, elemento indispensable de subsistencia y perfección del individuo y de la especie, y tan innato como la facultad y órganos psico-fisiológicos, en los cuales se engendra. Como los demás animales, posee el hombre órganos y tendencia innata á expresar sus sensaciones por medio de gritos formados en la laringe. Como sér racional, posee sobre los animales la facultad del signo en cuanto tal,

el poder relacionar los conceptos y el poderlos expresar, ya con el gesto, ya con la voz. A la facultad aprehensiva racional responde la comunicativa del habla. La inteligencia domina á las demás facultades animales ó sensitivas por su superioridad, que consiste en relacionar los conceptos formando juicios mentales, y reflexionar por lo mismo hasta sobre sus propios actos. El habla domina igualmente al grito animal, siendo signo del pensamiento. Por medio de la inteligencia aprehende el hombre todo cuanto aprehende por las facultades sensitivas, pero de una manera diferente que por ellas. Por medio del habla comunica todo cuanto comunica por medio del grito animal, pero de una manera también diferente. Las sensaciones propiamente las expresa por los movimientos expresivos, la fisonomía, las secreciones lacrimal, salival, etc., la decoloración ó rubicundez de la piel, etc., y por el grito laríngeo, única especie de voz que forman los animales. Pero por medio del habla expresa esas mismas sensaciones puramente animales, sus fantasías, sus deseos y los conceptos puros intelectuales. Para ello tiene la facultad de disponer las diversas partes de la boca de manera que la voz laríngea ó animal tome en ella variedad de timbres vocales ó sonoros y consonantes ó ruidosos, en lo cual consiste la articulación (artículus=artejo).

El habla es, por consiguiente, *la voz articulada como signo del pensamiento*. En ser *articulada* se diferencia de la voz puramente laríngea é inarticulada, común al hombre y al animal: la articulación permite gran variedad de timbres, que eran necesarios para formar un sistema fónico complejo, que correspondiese á la infinidad de ideas que tenía que expresar. En ser *signo* se diferencia de la voz de los animales, que sólo lo es como movimiento externo expresivo necesario, que manifiesta los movimientos internos, pero sin reflexión alguna; mientras que en el habla, además de esto, se refiere también á la inteligencia, manifiesta las ideas puras, y en ambos casos, en cuanto expresiva de los movimientos internos y

en cuanto expresiva de las ideas puras, es signo inmediato del pensamiento, y conocido por reflexión como tal. En ser signo *del pensamiento* se diferencia de la voz de los animales, que sólo lo es de las sensaciones. El hombre por medio del habla racional expresa las sensaciones y quereres; pero sólo en cuanto aprehendidas por la mente: es, pues, signo propio é inmediato del pensamiento. Esta es la razón por la cual la palabra no puede dar bien á entender una sensación cualquiera, si el oyente no la ha sentido de antemano: es que la palabra sólo expresa la sensación como un concepto, que, despertando en el oyente el mismo concepto, le recuerda la sensación antes por él mismo sentida; á no haberla sentido, todas las palabras del mundo no bastaran para hacérsela sentir. La expresión propia de la sensación son los movimientos exteriores expresivos, entre ellos la voz animal inarticulada. Por lo mismo, en toda expresión del habla racional, que se emplee con sentido completo, lo que se expresa es un pensamiento. Ahora bien, todo pensamiento consiste en una relación lógica que la mente forma entre dos conceptos: uno, llamado *sujeto,* en el cual ve la mente algo que antes no distinguía; otro, llamado *predicado,* ó sea el concepto que ahora ve en el sujeto. No es necesario que en el habla estén expresos ambos conceptos, hasta pueden faltar ambos; lo único indispensable es expresar la relación de entrambos, el pensamiento, lo cual puede lograrse de mil maneras, aun sin expresar dichos elementos esenciales de todo pensamiento. Cuando una madre llama á su hijo para que vaya adonde ella está, el pensamiento consiste en la relación entre el concepto del *venir* y el de su hijo. Puede expresar dicho pensamiento diciendo: *Juan, ven,* donde *Juan* es el sujeto, *ven* el predicado; ó diciendo: *ven,* donde se calla el sujeto; ó diciendo: *¡Juan!*, donde se calla el predicado; ó diciendo: *¡aquí!,* donde se callan sujeto y predicado, bastando para expresar el pensamiento la circunstancia local, que no le es esencial; ó diciendo: *¡ahora!,* suponiendo que el hijo ya está en venir, y sólo aguarda se le indique el momento, etc., etc. Cuando

uno dice: *¡ay!,* expresa el pensamiento de *yo siento dolor*. Esa interjección, parecida al grito animal, es, sin embargo, en el habla expresiva de un pensamiento. Y es que, dominando en el hombre la inteligencia á todas las potencias inferiores, el mismo lenguaje animal y sensible queda en él realzado á la categoría de signo racional, es parte del lenguaje racional. Jamás el hombre puede prescindir de su inteligencia, y todas sus expresiones, aunque sean de la pura sensibilidad, son parte del lenguaje racional. Las interjecciones pertenecen, pues, al lenguaje racional, y tanto que de ellas deriva, según mi teoría, todo él. En esta unión íntima de la parte sensible y racional del hombre, y de las expresiones inconscientes de la sensibilidad y de las reflejas del pensamiento, y en esta subordinación al pensamiento y al habla racional de la sensibilidad y de las expresiones sensibles, de manera que siempre que el hombre exprese algo, lo que propia é inmediatamente expresa es su pensamiento, y para ello se vale de los gritos animales instintivos, dándoles forma racional por medio de la articulación, y haciéndolos servir á la inteligencia, consiste todo el misterio de la naturaleza y origen del lenguaje. Decimos que la palabra *piedra* expresa el objeto exterior así llamado, y es verdad; pero lo que propiamente expresa la palabra *piedra* no es ese objeto, es *el concepto* que tenemos de ese objeto. El habla no expresa los objetos y las relaciones de los objetos entre sí, sino en cuanto han pasado por la mente, *mediante* un concepto, no inmediatamente. Y pudiendo concebirse un mismo objeto de muchas maneras, según por donde se le mire, un mismo objeto puede expresarse de muchas maneras y tener muchos nombres. Antes bien, no pudiendo abarcarse en un concepto todas las cualidades, toda la individuación del objeto, la palabra jamás podrá expresar el objeto, sino una de sus cualidades, ó dos ó más.

El objeto individual es inagotable. Conceptos abstractos de las cualidades de las cosas, eso es lo que expresan las palabras. Y por ser conceptos, es decir, obra de la mente, son abs-

tractos, sacados de los objetos, prescindiendo de sus demás cualidades. Y por ser abstractos son universales, genéricos, que se pueden aplicar á muchos objetos, que convienen en poseer la misma cualidad. No hay, pues, nombres propios, sino calificativos. Por eso los griegos nunca diferenciaron el nombre del adjetivo, tomando á éste, cuando le dieron un nombre especial, de *epíteto* ó de *apelativo*, como una clase de nombres, los cuales son *generales* ó *particulares*, según Aristarco y los demás que le siguieron. Ahora se entenderá también por qué los antiguos y los árabes consideran los demostrativos y personales como una clase de nombres, porque sirven para expresar el objeto, como los demás nombres sirven para expresar una entidad como tal, como algo sustantivo. Sólo que los pronombres designan esa entidad, no por una cualidad objetiva, sino por la relación especial respecto del que habla; y una de las clases de pronombres, los que así designan las personas, tomaron el nombre de *personales*. La relación espacial puede ser de tres grados: la persona que habla (*yo*) y lo que está junto á ella (*esto*), la persona á quien se habla (*tú*) y lo que está junta á ella (*eso*), la persona de quien se habla, y dista de entrambos interlocutores (*él*) ó la cosa de que se habla (*ello*). Juntando los nombres, que expresan descriptivamente los seres, y los demostrativos, que los indican espacialmente, se obtiene el modo más completo de nombrar: *hombre, este hombre, ese hombre, aquel hombre*. Abstrayendo en el tercer grado de la idea de distancia, se obtiene el nombre universal: *el hombre*. El artículo *él* salió por abstracción del demostrativo de tercer grado. Este mismo artículo, repetido después del nombre, es en griego el relativo: el hombre *el que viste*. En su orígen, el artículo y el relativo griego son formas diferentes; pero sonando lo mismo, los griegos los llamaron artículos á los dos, haciendo tan sólo la distinción de artículo prepositivo y pospositivo.

También se entenderá ahora la definición propia del verbo, tal cual se halla en el Crátilo y en la Lógica de los estóicos: verbo es sencillamente el predicado, es decir, aquello que se

predica, lo predicado (*categorema*), aquello que se dice, lo dicho (*rema*) del sujeto. Verbo = *verbum* = *rêma* es la palabra por excelencia, lo que dice la mente y dicen los labios acerca de un sujeto. Todas las demás definiciones que del verbo se han dado después, son efecto de no haber entendido la naturaleza del habla, que está en ser signo del pensamiento, cuyo predicado es el verbo.

De este concepto del lenguaje se desprende también la teoría platónica del *physei*, del ser signo natural, ya que no es el habla más que el conjunto de voces animales, expresión en la periferia de los movimientos internos, lo mismo que el gesto y la fisonomía, pero realzadas por la inteligencia á ser signo del pensamiento al modo dicho.

Para definir, pues, el lenguaje, vamos á cifrar en pocas palabras los conceptos expuestos. En términos generales, el lenguaje es *signo del pensamiento;* pero distinguiéndolo de los otros signos, como el gesto, la caricatura, etc., tenemos que el *lenguaje es signo fónico del pensamiento.* Pero hay que distinguir: 1) *La facultad del lenguaje*, ó sea el conjunto de agentes psíquico-fisiológicos que concurren en el habla, en la formación del pensamiento, en la formación de la voz articulada, en la trabazón de ambos elementos. El hombre tiene la facultad de hablar ó puede hablar, ó posee el lenguaje: tres expresiones que indican que posee esos agentes dispuestos á obrar. 2) El acto mismo ó *función de esa facultad.* 3) *La objetivación abstracta del signo,* ó sea el conjunto de sonidos, como signo del pensamiento, pero abstraídos del momento actual en que los emite, y de que los emita Juan ó Pedro. 4) Ese mismo signo, objetivado y abstracto, pero consignado *por escrito.* Ejemplo: 1) Juan tiene la facultad del habla. 2) Juan habla. 3) El habla castellana. 4) Juan habla como (*habla*) un libro. Comprendiendo estas cuatro acepciones, *el lenguaje es un sistema de voces articuladas que expresan el pensamiento.* Hemos sustituído *á signo fónico* su equivalente *sistema de voces articuladas que expresan*, porque también en los animales hay *signo fónico,* vo-

ces que son signo de sus sensaciones, aunque no reflejamente conocido como tal signo; de esas voces inarticuladas se distinguen las *voces articuladas* de que consta el habla racional. Hemos añadido *sistema*, porque no son voces cualesquiera las que entran en el habla, sino sistematizadas, formando el sistema derivativo y gramatical, lo que se llama *estructura* del idioma. *Del pensamiento*, porque lo que propia é inmediatamente expresan son conceptos, sean puros, sean de objetos físicos, sean de sensaciones ó voliciones.

El lenguaje tomado objetivamente, ó sea en la tercera acepción, es una pura abstracción mental, puesto que no tiene otra existencia que la existencia lógica que le damos en nuestra mente al abstraer del lenguaje real (segunda acepción), del hecho verdadero y físicamente existente del hablar, *el sistema de voces articuladas* que se emplean al hablar; además, el lenguaje así objetivado no consta de sonidos reales, físicos, que suenen, sino de sonidos concebidos por nosotros. En esta acepción se emplean el término *lenguaje*, el de *lengua*, el de *idioma*, cuando decimos *el lenguaje castellano, la lengua francesa, el idioma de Cervantes*, y cuando juntando mentalmente todos los idiomas en un sér lógico, lo llamamos *el lenguaje*. De esta manera los indo-europeístas han tratado de *las lenguas indo-europeas*, lenguas muertas, sólo conservadas por escrito, y de cuya estructura trata la gramática comparada. Así objetivado el lenguaje, como *hérgon*, se definirá: *el lenguaje es un sistema de voces articuladas que expresan el pensamiento.*

En la segunda acepción, ó sea como funcionamiento de la facultad del habla: *el lenguaje es el acto de expresar el pensamiento por medio de un sistema de voces articuladas;* este es el lenguaje únicamente real y propio, y del cual derivan las demás acepciones. Como *energía, el lenguaje es la expresión del pensamiento por medio de un sistema de voces articuladas.* Se prescinde de éste ó del otro caso concreto en que funciona la facultad, tomando como un sér lógico el total de los actos ó casos concretos en que funciona ó puede funcionar: así se distingue

esta acepción de todas las dichas, de la facultad, del acto individual y concreto, y de la objetivación del habla.

Los elementos constitutivos del lenguaje son *la voz articular y la idea;* pero trabados íntimamente, de modo que la una sea signo de la otra. La voz articulada es sonido engendrado en la laringe ó en la boca, y especificado en la boca por medio de la articulación. Son dos sus elementos constitutivos: el elemento físico, propio de todo sonido, y el elemento fisiológico, la obtención de ese sonido en el órgano propio de la voz humana.

La idea y su trabazón ó engarce en la voz es obra de la inteligencia y del principio psico-fisiológico. Los agentes que concurren son, por lo mismo, de tres clases: *físicos,* como el aire y las condiciones físicas de los órganos todos que concurren, y son el cerebro, los nervios, los pulmones, la laringe y la boca; *fisiológicos,* como los órganos, dispuestos y organizados, y su funcionamiento; *psíquicos,* la inteligencia que produce el pensamiento y lo relaciona con las voces; *la psico-fisiología* humana, ó el principio, ó sea lo que fuere, que interviene en la conmoción, en el estado interno de todo el organismo y obra la unión del pensamiento puro, de la modificación orgánica interna y de la modificación orgánica externa de los órganos del habla, lo mismo que de las demás partes externas que muestran por su inmutación lo que hay dentro. La definición verdadera del lenguaje es la que se refiere á la *energía,* y tiene que ser genética: es, como lo definió Humboldt (1), la continua labor del espíritu para que los sonidos articulados sirvan á la expresión del pensamiento. Las palabras están en el diccionario y en la memoria, en la gramática están las reglas de sus inflexiones y de su sintaxis; pero el que habla, ni se acuerda del diccionario ni de la gramática, sino que va buscando las palabras más propias para expresar su pensamiento, y so-

(1) Edic. Steinthal, pág. 263.

bre todo, va trabándolas por medio de las expresiones relativas que responden al proceso de su discurso interno, y todo ello de una manera como inconsciente, por una labor interior del espíritu, de la cual él mismo no se da cuenta, pero que es lo que constituye el propio y verdadero lenguaje.

El material de palabras y modo de trabarlas para las distintas relaciones los fueron formando nuestros antepasados, y cada generación contribuye modificándolos insensiblemente, ya en el sonido, ya en la idea. A ese material tenemos que acudir, sin mezclar ningún elemento exclusivamente nuestro, para que el oyente comprenda lo que le decimos, por estar hecho al mismo material lingüístico que nosotros. La estructura de un idioma consiste en el modo de disponerse y trabarse los sonidos articulados para expresar el pensamiento, modo fijo en gran parte, uniforme y que responde á un determinado sistema en cada idioma. En esta estructura se diferencian por lo mismo los idiomas, y ella responde al diverso modo de pensar de cada pueblo. La forma del idioma y la forma del pensamiento se corresponden mutuamente.

Para tener real concepto de la estructura de un idioma hay que partir desde sus más sencillos elementos, los sonidos articulados, su trabazón en sílabas y palabras, la de éstas en frases y oraciones completas; pero nunca se ha de separar ni un sonido, ni una palabra, ni una frase de la expresión total, á cuya formación concurre, porque de ella, como de un todo orgánico, pende el valor real de cada componente. El análisis debe hacerse sin prescindir de la expresión completa, sin despedazarla por mera abstracción mental. En efecto, cada palabra tiene un valor distinto, según donde esté colocada en la frase; cada sílaba y cada voz mudan de entonación, de cantidad, hasta de timbre, según su colocación en la palabra y en la oración. Prescindir de ésta, es considerar el elemento que se estudia aisladamente, como un ente de razón, como una materia prima sin forma ni determinación alguna; y lo que no está determinado en concreto ni tiene forma definida no pue-

de estudiarse como elemento lingüístico, como signo del pensamiento.

Del mismo concepto que hemos dado de la forma ó estructura de cada idioma, comprendiendo en esa forma no sólo el modo de trabarse las palabras, sino el modo de expresar cada palabra la idea correspondiente, se deduce que en la forma de cada idioma está como estereotipada la manera de representarse el pueblo que lo habla el mundo exterior, la manera que tiene de concebir las cosas. La palabra no es expresión de los objetos tales como son en sí, sino de la representación que tienen en la mente, del modo como la mente los percibe. Cada pueblo se forma una idea del mundo fenomenal, y esa idea la podemos ver en la forma de su habla; está impresa y puede leerse, como la leyenda de una moneda, en sus palabras. Como los sonidos son un intermediario entre el interior del hombre y el mundo exterior, por medio del cual se comunica, el lenguaje, en su forma, es un intermediario entre las ideas y los objetos. Cada pueblo tiene, pues, una esfera de conocimientos, tiene una ciencia de las cosas propia y exclusiva, que es la fotografiada en su idioma. Aprender una lengua extraña es mirar el mundo á otro viso diferente del que antes lo miraba, al viso del propio idioma. Aprender todos los idiomas, ó comparar, por lo menos, las formas y las palabras de todos ellos, es tomar de las cosas el concepto total que la humanidad, en conjunto, se ha formado del mundo. Cada lengua que se estudia es un nuevo objetivo que se añade al instrumento óptico que nos permite ver los fenómenos. Cada idioma es un pedazo del pensamiento de la humanidad, y el pensamiento entero, total, de la humanidad, está en el conocimiento comparado de todos los idiomas.

Pero el tesoro de ideas de un idioma va aumentando conforme va aumentando el tesoro de ideas de un pueblo. Indefinido es el número de ideas que caben en la mente, porque indefinido es el número de relaciones que puede percibir entre los objetos exteriores y entre las ideas ya adquiridas. Cada ge-

neración aumentá ese doble tesoro de ideas y palabras, modifica su concepto total de las cosas y modifica la forma de su idioma. Esta forma no es, pues, un cuño fijo dado al elemento fónico ni al semántico del idioma; es algo que tiene en potencia un mundo de posibilidades inagotable. No hay lengua que no sirva para expresar todas las ideas, que no tenga una forma que dé de sí para admitir un mundo infinito de pensamientos posibles. Es, pues, un instrumento que, por poderse modificar, lo es del porvenir, lo mismo que del presente y del pasado.

El que considere, sin embargo, lo poquísimo que una, dos, cinco generaciones contribuyen á alterar fónica y semánticamente un idioma, podrá comprender fácilmente el influjo que en él puede tener cada individuo en particular. Es una maquinaria social inmensa en sus rodajes, que sólo va cambiando insensiblemente con el cambio de la sociedad. El individuo es un grano de anís, que queda aplastado y triturado bajo su peso, si pretende cambiar el rumbo de una sola de sus ruedas, por pequeña que sea. El idioma es producto social, colectivo por naturaleza, no individual. No la mueve, pues, voluntad alguna, sino el conjunto de voluntades que forman la nación. Pero ese conjunto de voluntades no es una voluntad, porque las tendencias sociales son efecto de una infinidad de causas históricas que, en último término, se reducen á factores que físicamente arrastran á la sociedad sin intervenir reflexión alguna, como arrastra el huracán apelotonadas las hojas de la selva. Llámesele voluntad social, instinto social; de hecho es el movimiento físico é inconsciente contra el cual se estrellarían impotentes todas las voluntades, cuanto más la de un solo individuo. Cada uno emplea como suyo propio el idioma, y no hay dos individuos que lo empleen de una manera idéntica; pero esos son los ligeros pliegues que rizan la superficie del Océano durante unos segundos y desaparecen para siempre jamás.

Hay algo de común que sirve para todos como de materia primera en ese sistema fónico del idioma, y algo de particular

y privativo de cada uno de los hombres que, echando mano de esa materia, la elabora al hablar. El estilo es, pues, el hombre, quiero decir, el modo característico que cada hombre tiene al servirse de ese material común: así como el idioma es la nación. Todos los españoles tenemos un cierto conjunto de cualidades que nos son comunes; de ellas, las unas son también comunes á los franceses, portugueses é italianos: son cualidades de la raza latina; los otros son comunes á germanos, griegos, celtas, eslavos é indios: son cualidades de la raza indoeuropea. Pero los españoles nos distinguimos de los demás latinos en algo, y cada región de España se distingue en otro algo de las demás; y cada población, de las otras poblaciones de la misma región; y en la población, cada barrio; y en el barrio, cada familia; y en ésta, cada casa; y en ella, cada individuo. Esta gradación dicotómica se halla en todos los órdenes de cosas que forman el individuo, y más en el pensamiento, la flor resultante de todo el individuo, y en el lenguaje, exteriorización del pensamiento. Cada cual echa, pues, mano de ese diccionario y de esa gramática que forman el idioma objetivamente tomado; pero el sistema del idioma es suficientemente elástico para acomodarse al modo de pensar de cada individuo, y á la idea que en tal ó cual caso quiere expresar. Los más sobresalientes ingenios poseen mayor potencia asimilativa para penetrar y apropiarse el idioma y para caracterizarlo más hondamente en su habla particular: de aquí que sea tan característico el lenguaje de un Cervantes, de un Quevedo, mientras que el habla de los adocenados casi parece la misma, no tienen estilo.

¿En qué consiste este elemento característico, que da un matiz distintivo al habla de cada individuo, siendo común el material lingüístico del idioma? En lo mismo que consiste la diferencia dialectal de cada población ó región, ya en la fonética, ya en la semántica, diferencia que constituye lo que se llama *dialecto;* y lo mismo que en toda la nación, respecto de otra de la misma familia lingüística, y se llama *idioma*. *Idio-*

ma, dialecto, estilo individual, son grados caracterizados más y más del modo de hablar, grados, como se ve, relativos, puesto que dependen de la comparación con los demás. Por este camino se fué diferenciando paso tras paso el habla primitiva y única entre las familias, que después se deslindaron en pueblos y razas, naciendo primero insignificantes diferencias dialectales, luego idiomas, finalmente, grupos de idiomas cada vez más separados y distintos. Si no hubo torre de Babel para todos los hombres, esta fué la verdadera torre de Babel que desmembró las lenguas. Lo que Moisés cuenta de Babel, ya se tome respecto de todas las gentes vivientes á la sazón, ya de sola la raza semítica, ya de una parte de la misma, conforme al variado opinar de los exégetas, fué una división de lenguas ó dialectos repentina, de un golpe. El Babel que desmembró las hablas de todos los pueblos fué lenta, comprende todos los siglos que há que hablan y viven los hombres; estamos todavía en ese Babel y lo estarán nuestros nietos, á pesar de todas las lenguas universales y Esperantos que tracen los sabios, porque el principio y manantial de la diversidad de las lenguas está en la diversidad de pensar y modo de ser de cada individuo, dentro del pensamiento común y del alma esencialmente idéntica de toda la especie humana.

Con las mismas piedras, maderas, hierro y cemento cada cual, á manera de arquitecto que posee su propio estilo, traza y labra el conjunto de esos materiales que llamamos el habla particular de cada hombre. Es que los vocablos son vagos, puesto que sólo expresan un concepto, y cada cual al echar mano de esos materiales tiene donde escoger, y al trabarlos puede seguir infinidad de procedimientos, y cada cual tiene su gusto artístico en la elección de los materiales y en el modo de trabarlos. Yo pretendo, por ejemplo, dar á entender á Juan que un cierto caballo ha muerto. Si le digo: *el caballo ha muerto,* no sabiendo él de antemano de qué caballo se trata, no me entenderá, porque los dos conceptos de *el caballo* y el de *haber muerto* son demasiadamente vagos y generales. El habla tiene

que labrar esos trozos de piedra informes, y aquí del gusto de cada artista.

Hay que determinar esos conceptos, labrando en la piedra figuras más concretas. Dígole: *el caballo negro ha muerto;* ya he separado con *negro* todos los caballos que no tienen esta cualidad. Pero no basta este esbozo; la figura no se distingue todavía, sigue borrosa. Añado: *el caballo negro que yo compré ha muerto.* He separado de todos los caballos negros los que no son míos y que no compré yo; pero he podido yo haber comprado muchos caballos negros. Para determinarlo más doy los últimos golpes de cincel, y diciendo: *el caballo negro que yo compré ayer contigo, ha muerto,* queda la piedra convertida en un caballo bien cincelado, que no deja lugar á dudas para mi amigo Juan, que echa sobre ella los ojos. Hablar, es, pues determinar los individuos por medio de la trabazón de vocablos, los cuales, á pesar de representar todos ideas generales, al unirse van concretando el concepto hasta individualizarlo. De la misma manera pudiera ir determinando el predicado *ha muerto,* añadiendo: *ha muerto esta mañana, precipitándose por tal despeñadero.*

Y nótese bien, cada palabra que se añade para determinar el concepto, pone en él una nueva nota, aumentando, por lo mismo, su comprehensión, y al propio tiempo lo separa de otros muchos conceptos, disminuyendo, por lo mismo, su extensión, puesto que cada vez es aplicable á menor número de individuos. Hablar es, pues, aumentar la comprehensión y disminuir la extensión de los conceptos hasta llegar al individuo, que es el de mínima extensión, y el de máxima comprehensión, pues aunque nunca lleguemos á expresar todas las notas que un individuo comprende por más vocablos que añadamos, por ser el individuo inagotable, bastan unas cuantas para determinarlo en su individualidad. Pero hasta llegar aquí los diversos vocablos y los diversos conceptos que expresan en mano del que habla está el escogerlos, y no menos el modo de trabarlos dentro del sistema del idioma que emplea. De aquí la variedad de

estilos, consecuencia de la diversidad de procedimientos que ese sistema ofrece. Pero cualquier expresión del habla consta de dos ideas que se relacionan por la mente, es decir, de dos ideas que la mente ve apegadas, lo cual constituye el juicio mental. Y esta manera de concebir, pegados esos dos conceptos, que se han llegado á individualizar del modo que hemos expuesto, puede expresarse de diferentes maneras. El discurso es una serie de proposiciones que expresan los diversos juicios y pensamientos, que se han seguido acerca de un asunto: las proposiciones, expresión de los juicios, pueden variar en los labios y en la mente de cada hombre, y no menos el orden en que se han sucedido y su respectiva trabazón. Para todo da de sí el sistema de un idioma. Esa elaboración mental y oral es lo que constituye en un caso dado el lenguaje *in actu;* y prescindiendo de este ó el otro caso concreto, y considerando el modo general que cada individuo tiene de practicar esta labor psicofísica, tenemos el lenguaje como *energía,* en la acepción de Humboldt.

JULIO CEJADOR

MONSERRAT

El místico santuario quo albergó al Santo Grial, retirado de las luchas humanas al rincón más apartado del mundo, que sirvió de tema repetido á la inspiración de los tiempos medios, y los modernos surge de nuevo coronando la obra del genio de Wagner, se conservaba por una orden religiosa en Monsalvat, en la España visigoda, no lejos del país de los musulmanes.

Los hombres del Norte, que soñaban con Monsalvat en momentos de devoción fervorosa ó de romántica exaltación, habían percibido no más que un rumor; pero en general, no conocían gran cosa de la verdadera sustancia del suceso. Este rumor se ha convertido en la evidencia más poderosa del universal encanto, que el antiguo santuario de la montaña de Monserrat inspiraba en las imaginaciones de los hombres de hace más de mil años, y sigue verdaderamente inspirándolo. En vano se dispone á escalar las cumbres del Monserrat acompañado de las memorias de Amfortas. Cuando nosotros verificamos nuestra ascensión aun más allá del santuario y de Monserrat, hasta la enorme breña por donde dicen que se rajó la montaña á la hora de la crucifixión, y pasamos por la fantástica hilera de riscos que han recibido el nombre de «custodios del Santo Grial», hemos visto la relación que enlaza al Monserrat verdadero con el fantástico Monsalvat (1). Había que

(1) Es digno de notar que no muy lejos de Monserrat, en la catedral de Valencia, existe un cáliz, el Santo Cáliz tallado en sardónica, y que pertenece á la época del Imperio romano, que se cree haber sido la copa usada en la última cena.

conformarse con que tan sublime símbolo haya sido llevado á un lugar invisible, y que el Santo Grial tenga su único santuario inmortal en la imaginación de los hombres.

Pero la leyenda real y aun sobreviviente del Monserrat, aunque exenta de profunda significación imaginativa, ha sido bastante á rodear de incomparable aureola espiritual á este lugar, que, si no ha llegado á ser el santuario de la fe, merece ser el santuario de la Naturaleza. Dícese que San Lucas, mirando por la tradición como el más cumplido de los primitivos cristianos, hizo en una ocasión la imagen en madera de la Virgen María. Fuese quienquiera el escultor, es lo cierto que la imagen que aquí se venera todavía está ya consagrada en época anterior á la misma leyenda. En el siglo VIII—en qué parte de él es imposible decidir—se establecieron unos monjes en esta montaña, y á la llegada de los moros escondieron la imagen en una cueva, y huyeron. A fines del IX—que es cuando empieza la historia de Monserrat, sublimada por la leyenda—se descubrió casualmente la imagen por unos pastores. Estableciéronse allí unas monjas, que pronto cedieron el sitio á los frailes benedictinos de la gran abadía de Ripoll. Tras varias vicisitudes, volvió á aparecer la Virgen de Monserrat, triunfante siempre: al principio del siglo XV, el santuario, que era no más que un priorato anejo á Ripoll, se convirtió en abadía independiente. Primero debió ser una congregación de ermitaños. Aquellas abruptas serranías estaban tan naturalmente dispuestas para asilo de ermitaños, como para ser ermitaño está dispuesto todo español ferviente devoto; allí encontraban su solitario nido, entre los riscos del valle, y ni uno de ellos vivía sin compañero. Poco á poco, y creciendo la celebridad de Nuestra Señora de Monserrat, empezaron á acudir en tropel numerosos peregrinos por la sinuosa senda que encaminaba al elevado santuario, á presentar en él sus ofrendas y recibir hospitalidad de los monjes. En el siglo XVI, se dice que hubo un año medio millón de peregrinos. Reyes, príncipes y nobles se congregaban en la procesión. Una vez, una reina, Violante, la

esposa de D. Juan I, subió descalza; Carlos V fué allí nueve veces; el gran conquistador D. Juan de Austria también llegó á depositar á los pies de la Virgen trofeos de Lepanto y á cubrir de oro todo el templo; pero la visita más memorable de todas fué la del soldado Loyola, que fué allí para dar un adiós á las glorias de la tierra y á pasar la noche en presencia de la Virgen, dejando su espada en su altar, para velar sus nuevas armas espirituales como un caballero andante del *Amadís de Gaula*, para consagrarse soldado de la Iglesia y ser el primer general del ejército más famoso y mejor organizado que haya combatido en su servicio.

Y no sólo en la esfera espiritual resplandece Monserrat en todo el mundo. Como todos los monasterios de benedictinos, fué un foco de trabajo é ilustración. Sus abades fueron alguna vez excelentes arquitectos, y sabían también donde encontrar los mejores escultores y artífices de España para embellecer su espléndida iglesia bizantina. Ellos fundaron una escuela de música y establecieron una célebre imprenta cuando esta invención era nueva en el mundo. Y si los pueblos llegaban en progresión á ofrendar sus preciosas riquezas á la Virgen, los guardianes del santuario, en los días de su prosperidad, jamás se descuidaron de lo que su deber les imponía.

Sus condiciones privilegiadas de situación natural, paisaje, antigüedad y leyenda; la adoración que le dispensaba gran parte de la Europa; la habilidad y energía de los mismos monjes, se combinaron para hacer de Monserrat santuario de incomparable magnificencia, conservando por su misma posición cierta independencia aristocrática, sin que disfrutara nunca de la inmensa fama vulgar que por todo el orbe cristiano gozaba el otro gran santuario español de Santiago de Compostela.

Andando el tiempo, viene la guerra de la Independencia, pasando á ser entonces Monserrat una fortaleza natural, tentadora además para los franceses, porque habían olfateado en ella rico botín. Treparon, pues, por la sierra, degollaron ó pusieron en fuga á los monjes y entraron en el santuario, de donde

se llevaron sus preciosidades. Lo que dejó Francia fué saqueado por la revolución intestina, que pocos años más tarde convirtió en las pintorescas ruinas que hoy contemplamos, las grandes residencias de religiosos españoles. Cuando Ford visitó el Monserrat, no halló en él más que «una desolación abominable», en medio de la cual era difícil encontrar siquiera donde descansar.

En la actualidad, aunque desaparecido el antiguo esplendor, tiene vida el Monserrat. La gran iglesia se ha restaurado; vastas edificaciones se agrupan en torno suyo para proporcionar al viajero y al peregrino un albergue que en todo caso resulta gratuito; el santuario antiguo está bien custodiado, y los frailes encargados de custodiar esta antigua casa de Nuestra Señora, han vuelto á establecer la Escuela de Música. La Virgen de Monserrat es aún grito de batalla para los católicos catalanes. En un mitin, celebrado en Barcelona hace poco tiempo para protestar de la ley de Asociaciones que el gobierno liberal proponía, entre los gritos de «¡Viva España!» y «¡Viva Cataluña!», se alzaba también el grito católico de «¡Viva la Virgen de Monserrat!» Porque hay una vitalidad indestructible en este santurio de la sierra. En ella estuvo un tiempo el romano Estorcil y un templo de Venus. Aun antes de esto, puede creerse que hubiera allí alguna divinidad ibérica que recibiera culto. Más de una fe se ha encendido entre las nieblas de sus alturas, huyendo luego sigilosamente hacia las sombras cuando el crepúsculo de su divinidad se acercaba. Si en las edades venideras hubiera de volver una nueva fe, y otra diosa encarnara los sueños humanos de la adorable gracia, seguros podemos estar de que en Monserrat recibiría culto.

II

En la actualidad, no sólo es Monserrat centro de actividad, sino que además ha facilitado el camino de la peregrinación á él. Cuando por primera vez vi de lejos el Monserrat, hace quin-

ce años, no había otro acceso al monasterio que los antiguos caminos que practicaron los monjes. Mas ahora los españoles piadosos han condescendido con las modernas ideas de confort, hasta consentir en hacer un ferrocarril de montaña, desde el Monistrol hasta el lugar mismo del monasterio, en que se lee la inscripción que dice: «Aquí se hizo inmóvil la Santa Imagen en 880», pues, según la tradición, la imagen de la Virgen, una vez descubierta, se negó á ser sacada de su montaña, y así quedó indicado el sitio magnífico en que había de ser erigido el monasterio.

Al fin, un día de los primeros de Mayo, me detuve en el camino que llevaba para cruzar el río Llobregat, frente á la montaña, algo indeciso sobre si visitar entonces un lugar sagrado, en el que mis pensamientos tantas veces se habían posado. Sorprendióme, desde luego, encontrar que mis únicos compañeros eran dos parejas de jóvenes novios de la clase del pueblo. No se me había pasado por la imaginación que el santuario de Nuestra Señora del Monserrat pudiera ser sitio á propósito para pasar la luna de miel. Se me había olvidado lo que pronto tuve ocasión de comprobar: que en el temperamento español, sencillo, ardiente y austero, el amor y la religión son dos formas de pasión, que surgen naturalmente la una de la otra, y que las condiciones que conviene á un instinto pueden ser muy propias para satisfacer el otro.

Imaginémonos un Gibraltar más grande y más elegante; en él masas amontonadas y trabadas de rocas con matorrales y arbustos que nacen en sus cañadas y declives, levantándose limpiamente, como en la lejanía aparece, de una inmensa llanura ondulada, por la que serpentea el Llobregat, guarnecidas sus márgenes de villas y aldeas, mientras en lontananza se divisan las montañas, y aún más lejos, los Pirineos encaperuzados de nieve, de que el Monserrat forma, en realidad, una estribación avanzada. Muy lejos de ser posición estratégica que pudiera representar en la historia el oficio de fortaleza, ha sido el Monserrat una ciudadela espiritual, y la sagrada montaña,

con la divina Señora y sus servidores, ha dominado la comarca desde el alborear de la historia.

Llegó el pequeño tren, y yo seguí á la zaga de las dos jóvenes parejas, para quienes el camino parecía ser conocido, y entré en una oficina, en donde un joven lego preguntó mi nombre y señas de domicilio para asentarlos en un libro, y sin preguntar más, alargó una llave á otro joven, vestido con hábitos parecidos, quien, con dos fundas de almohada y una toalla bajo el brazo, me llevó hacia un edificio que tenía por nombre Santa Teresa de Jesús; abrió la puerta de una celda, y me dejó en ella en toda libertad para que hiciera lo que tuviera á bien durante los tres días de hospitalidad que Nuestra Señora de Monserrat me concedía en su morada.

Miré por toda la celda blanqueada que por este breve espacio de tiempo había de ser mía. Estaba escrupulosamente limpia y aseada, y amueblada con absoluta sencillez. Observo—y esto me sirve para juzgar que no estoy en un monasterio debidamente constituído—que hay en ella dos pequeñas camas, separadas del resto de la celda por una vistosa cortina, única nota de color y alegría que aparece en la celda. Una mesita, una silla, una jofaina, un cántaro vacío y un candelero sin bujía completan el ajuar que se me ha confiado. Después que hice mi cama, tomé el cántaro para llenarlo abajo, y compréme una bujía en la tienda en que se abastecen los peregrinos que no tienen, por sus recursos, otro restaurant donde ir; me guardé la llave de la celda en el bolsillo y consagré todos mis pensamientos al Monserrat.

Era ya por la tarde; de la arista en que se asienta el pequeño grupo de edificios, las últimas cumbres del Monserrat, por encima del monasterio, se ven por la noche envueltas en sutiles neblinas. Paseándome arriba y abajo de la terraza, frente á las viviendas del Monserrat, respirando aquel aire exquisito y contemplando los misteriosos abismos que se abren á nuestros pies, ó las rocas puntiagudas, que son lo único que ahora transmite alguna claridad, comprendo, finalmente, haber alcan-

zado ya el solemne santuario que en mis largos ensueños ansiaba encontrar en Monserrat; la paz absoluta, la ausencia de la más mínima señal de vida, llega á hacerse algo congojosa; pero esta congoja, se disipó así que llegué á la oscura iglesia, y empujando su pequeña puerta, me encontré entre unos cuantos fieles, diseminados por entre las sombras de la gran iglesia; La oscuridad es allí mucho más intensa; el instinto español siempre ha creído lo que en los pueblos del Norte que hacen un culto de la luz, impide explicarnos, ó sea que la luz supeditada á la oscuridad favorece la actitud del que está entregado á la oración. Esta iglesia es el último sitio en que he sentido el deseo de sorprender esos detalles menudos que marcan la individualidad de nuestros semejantes. Una atmósfera de misterio, y un suave esplendor que envuelve y cubre todas las distinciones del mundo, parece lo más propio para el que se va acercando al supremo misterio.

Es ya la oración, casi la única hora del día en que la iglesia está abierta para los peregrinos, y las delicadas voces infantiles cantan el Ave María, con modulación disciplinada que acusa una buena dirección, en el momento en que yo me siento. Si la claridad del día penetrara en la iglesia, se nos ofrecería una lamentable vista de colores chillones, que ahora parecen dominados por un vago matiz dorado que se destaca de las macizas formas del románico templo sin cruceros. Las lámparas dispersas por él, acentúan el contraste que forman con las bien distribuídas candelas que arden en el santuario en lo alto del ábside sobre el altar que contiene la sagrada imagen. En esta atmósfera de mansa exaltación espiritual, el humor de cada uno se funde insensible y armoniosamente con esta incesante compañía de almas humanas que, por espacio de más de mil años, ha subido á orar á esta montaña. Aquí termina la peregrinación á Monserrat.

III

Pronto se espavila el sueño con el aire de estas alturas, y levantarse á las cinco de la mañana, que está fresca, y meterse por los senderos de la montaña cuando pocas personas, ó ninguna, dan todavía señales de vida, es la mejor manera de acreditar que Monserrat, lejos de ser únicamente el santuario de la Santa Imagen, fué también santuario de la naturaleza mucho antes de ser habitado por los hombres.

Lo que, á mi juicio, más distingue al Monserrat, es que, á pesar de su elevación, solemnidad y aislamiento, posee cierta amenidad y condición accesible que da lugar á su comunicación con los hombres. Dentro de ciertos límites restringidos, sus aspectos son infinitamente variados, revelando á cada momento algunos nuevos é impresivos espectáculos de promontorios salientes, pilastras de rocas ingentes dentelladas y sombríos barrancos; su característica principal es uniforme. Siempre resulta una inmensa peña que se pierde entre las nubes, pero los árboles y hierbas pululan con saciedad inmensa hasta en sus cimas; sendas amenas la surcan en todas direcciones; pero para el que esté algo acostumbrado á andar, no hay necesidad de guía. No existen allí para el peregrino dificultades que dominar. De cuando en cuando se oye el eco distante de una juvenil risotada, porque la risa es en el Monserrat cosa tan característica como el rezo, y en su radiante y despejada altura, que parece literalmente tocar con el cielo, no desentonan estos ecos.

Los caminos que dan vuelta á la montaña hasta llegar á la cumbre, presentan de trecho en trecho capillas abandonadas que fueron en otro tiempo ermitas habitadas. En cada una había su ermitaño, y cuando éste moría, siempre había aspirantes deseosos de ocupar su puesto. Muy venerada es la pequeña gruta asociada al nombre de Garín,

Santo del siglo IX, cuyos enormes pecados fueron expiados con horrorosa penitencia cuando se retiró á vivir á este lugar. «Es ordinaria y recomendable costumbre entre los españoles», escribía James Howell, desde Madrid, en 1622, en sus *Cartas Familiares*, «cuando han terminado las grandes crisis de su vida, hacer abdicación voluntaria de los empleos que nunca pueden ya ser tan grandes y provechosos, y apartándose de toda negociación y tráfago mundano, retirarse á algún lugar de devoción é invertir el resto de sus días en la meditación» (1). Mas con toda certidumbre, la vida de los hombres que, cansados del mundo, vinieron á pasar aquí los últimos años de su vida, no estuvieran exentos de contento. Hasta la misma cueva de Garín, pequeña y todo, es un sitio admirablemente elegido, desde donde se domina una vista magnífica. No es posible negar que los hombres que se retiraban de los conflictos y angustias del mundo á estas serenas alturas, lo hicieran impulsados siempre, como cree la masa ignorante, por una sed inextinguible de sufrimientos ó una determinación resuelta de expiar sus pecados á toda costa. Esto se hubiera logrado mejor en sitios menos placenteros. Para muchas almas cansadas y sensibles, no la sed del padecer, puede afirmarse, sino la sed de gozar, las condujo al santuario de Nuestra Señora de Monserrat. Cuando dejaban el pesado fardo de cosas mundanales que se le deslizaba de sus hombros—los cuidados domésticos, las fatigas de los campamentos, la etiqueta de las cortes,—y trepaban á este nuevo hogar de las sierras, no lo hacían con corazón abatido, sino aliviado, con el regocijo de un San Francisco, con el nuevo y feliz sentido de libertad amable que disfrutaban los hombres que en otros tiempos se refugiaban en la Te-

(1) Esta inclinación no ha muerto, ni mucho menos, en el temperamento español. Así, Ruiz Zorrilla, uno de los jefes más famosos de la República, que tan importante papel representó en la revolución de 1868 y en el reinado siguiente, de Amadeo, en sus últimos años vivía como un monje influído por los dominicos, y convertido en ferviente admirador de la memoria de Lacordaire.

baida. Levantarse con el sol, enseñar á las aves á tomar el alimento de sus manos, saber cuán delicado es el gusto del agua tomada por uno mismo de la fuente, y las hierbas escogidas con cuidado; vigilar las constantes sucesiones de los días y de las noches, y sus mudanzas, las del verano y del invierno; contemplar las ciudades y villas fundadas á las riberas del Llobregat, que se domina allá abajo de tan humilde aspecto, todo esto era fuente inagotable de placeres espirituales para hombres que conocían cuán amargo es el sabor de los sorbos que ofrece la copa de la vida (1).

Tales pensamientos ocurren naturalmente en Monserrat al que va observando aquellos lugares de devoción y santidad, ó pasa un día paseando á la ventura solitario por entre los múltiples encantos del camino que conduce á lo más alto de la cumbre de San Jerónimo. Sería equivocado creer, sin embargo, que cuando el santuario de Nuestra Señora había llegado al apogeo de su gloria, ni aun en la época misma en que la montaña era el punto de reunión de innumerables peregrinos, faltaran en absoluto trabajos á la vida del ermitaño. Pero en esto vuelve á entrar en juego, el peculiar temperamento español. Cierto ardor, por una parte, y por otra, cierta aspereza, son el fondo de este temperamento.

En el amor y en la religión, en la vida entre las muchedumbres, como en la de la soledad, cualquiera que sea el exceso de su fervor, conserva los instintos de atleta espiritual, que es lo mismo entendido en sentido estricto que decir asceta. Este es ciertamente el secreto de la curiosa unidad y sencillez del alma española, que tiene siempre la pródiga y ardiente sencillez de la llama. Santa Teresa de Jesús y Don Juan Tenorio, representativos diferentes del alma española en la vida y en la leyenda, por mucho que al parecer difieran, revelan por

(1) Peyron, que fué allí antes que el Monserrat fuese devastado, escribía que «cada una de las ermitas solitarias, lejos de carecer de todo, tienen su capilla, su celda bien labrada en la roca y un jardincito; los ermitaños son, por su mayor parte, gentes de buenas familias».

igual esta condición de llama. Del mismo modo se aprecia en los espíritus superiores que en los inferiores. El mismo Lope de Vega, con toda su extremada abundancia de producción literaria y toda su desordenada manera de vivir, hasta el fin de su larga vida, se desprendió enteramente de su ascetismo espiritual innato. Se dice que hacía sus abstinencias en los días señalados por la Iglesia, aunque tenía dispensa para no hacerlo, á causa del estado de su salud, y se disciplinaba también en los mismos días; el mismo viernes, antes de su muerte, se recuerda que las paredes de su cuarto y las disciplinas con que se había flagelado se encontraron manchadas de sangre reciente (1). La preocupación, unida á la pasión; el predominio del amante y del santo, es lo que hace tan fácil para los españoles tratar con ligero y cómodo andar la pesada carga del confort material que cuelga, como una piedra de molino, del cuello de la gente del Norte (2).

(1) La vida de Lope de Vega, bien autorizada y completa, escrita por Rennert, es muy digna de estudio, por la luz que proyecta sobre algunos aspectos del carácter español.

(2) En la parte literaria, Coventry Patmore, en un artículo sobre *Pepita Jiménez*, de Valera *(Religio Pocta*, pág. 73*)*, ha compendiado bien lo que constituye la quinta esencia en este aspecto del alma española: «Lo mismo en Calderón que esta obra de Valera, hallamos la síntesis completa de la gravedad de asunto y gravedad de maneras, que es la corona luminosa del arte, y que, fuera de la literatura española, no se encuentra más que en Shakespeare, y aun en éste, en grado menor. Sólo en la literatura española, con la sola excepción de Dante, la religión y el arte han descubierto que no son fuerzas necesariamente hostiles, y sólo en la literatura española, y no más que en ella, se hace aparecer la alegría de la vida como cosa no sólo compatible con ellas, sino como si fuera la misma flor de esa planta que en las mejores obras de otras literaturas oculta sus raíces en la tierra, y sólo manda su oculta savia por el tronco y las hojas de los deberes y deseos humanos. La razón de esta grande y admirable singularidad, parece haber sido el modo singular de entender las mejores inteligencias españolas, las cosas de la religión. Para ellas ha sido una pasión humana.» Patmore parece no haber hecho estudio especial de las cosas de España; pero él mismo era, aunque sin deberlo á la sangre, un temperamento afín al español, *anima naturaliter iberica,* estrecho, pero profundo, individualista y osado, apasionado y místico.

Así es como la parte más considerable de encanto del Monserrat consiste en su libertad, en su exención de exigencias que no son necesarias. El temperamento ascético del español tiene por necesarias pocas cosas, al paso que su individualismo le hace dejar con facilidad y sin pena los extraños. No puedo recordar que en todo el tiempo que duró mi estancia intentase nadie espiar mis movimientos, ofrecerme sus servicios ó pedirme alguna gratificación. Hay allí guías también, pero que no os ofrecen los servicios de su profesión, y hay también un despacho de postales, pero que está casi siempre cerrado. Reflexiónese en todo lo que allí se vería si algún mal hado hubiese puesto el santuario de Nuestra Señora de Monserrat en nuestro país... hoteles enormes y suntuosos, con sus animados jardines al lado para tomar el té, reemplazando la cruz del Mirador innumerables tiendas y pabellones, en donde se os obligara á comprar toda casta de artículos innecesarios; anuncios gigantescos de whisky y de específicos, que profanarían las limpias cimas de la roca. Pensando en esto, se convence uno de lo mucho que sería menester ver para alcanzar ese golpe de vista del español en el arte del vivir, su templada parsimonia; quitando por la vida misma todos los otros motivos de ella, los sacrificaría, con toda su pesada subordinación, las exigencias materiales, á las espirituales de dicha y libertad.

Esta es la última lección que nos da el Monserrat y la última idea que recogemos al despedirnos del santuario, de aquel paraíso en que los españoles van por breve temporada á orar y á reir y á amar.

Pequeña cosa es en sí esa imagen de madera de la Virgen, cargada con los recuerdos de doce siglos. Pero es en realidad muy grande el haberse elevado por un momento en aquel aire espiritual más espacioso, y haber logrado un destello de ideales de vida superiores, y haber, por fin, aprendido una lección del arte del vivir. La simbólica conquista del Santo Grial es lo que, después de todo, se persigue todavía en Monserrat.

HAVELOCK ELLIS

LA BIBLIOGRAFÍA

Y ALGUNA DE SUS APLICACIONES

SUMARIO: Interés del asunto.—¿Cuál fué el primer libro conocido?—Tesoros de la biblioteca de Alejandría.—Publicistas fecundos de la antigüedad.—El pueblo judío fué el primero que tuvo bibliotecas.—Un libro notable, presentado en la Exposición Histórica celebrada en Madrid en 1892.—La biblioteca árabe de Córdoba.—Alguna noticia acerca de la historia del papel.—Lo mucho que vale el libro.—Fuentes de conocimiento.—El aprecio de los libros.—Orden en que deben consultarse.—Es más difícil escribir un libro pequeño bueno que uno de gran extensión.—Las monografías.— La práctica como libro.—Concepto de la capacidad de un individuo por el número de libros que posee.—La paleografía.—No deben mirarse con desdén las obras antiguas por creerlas inútiles.—La obra de Medicina de Dioscórides, traducida por Laguna.—Opinión de Cervantes acerca de este libro.—Las traducciones de los libros.—Periódicos de bibliografía.—Los maestros como libros vivos.—El libro de texto.—Frases de autores célebres acerca de lo que valen los libros.—Bibliotecas de fama universal.—Resumen final.

I

No es posible desconocer el interés que inspira, desde cualquier punto de vista que se examine, el asunto á que se refiere este artículo. Basta sólo enunciarlo, para apreciar en cuanto vale una cuestión que bien merece fijar la mirada de todo el que se precie de algo observador de las costumbres sociales, siquiera sea tan sólo como curioso conocedor del principal elemento material de la humana cultura.

Voy, pues, aunque muy brevemente, á tratar de la importancia que en general ofrece el LIBRO, haciendo de paso algunas ligerísimas y muy sucintas consideraciones, en concepto de ejemplo, acerca de lo referente á una de las más interesantes ramas de las ciencias de curar, si bien puede tener aplicación cuanto aquí se expone á todos los conocimientos humanos, sin excepción alguna, y ser, por tanto, de general interés su lectura.

Derívase la palabra *Bibliografía* de dos griegas: *Biblon*, libro, y *graphon*, yo escribo; así como la voz *Biblioteca*, de *Biblon* y *techaon* (caja ó estuche).

Es muy difícil precisar cuál fué el primer libro publicado. Se supone que la Biblia es la fuente más antigua del saber (por eso se ha llamado libro de la sabiduría), pero en ese libro se mencionan escritos anteriores que no han llegado hasta nosotros. Egger, miembro del Instituto de Francia, autor de una monografía titulada *Histoire du livre*, expone datos muy curiosos acerca de este asunto. Habla de una memoria, titulada *De Bibliotecis antediluvianis*. Lo cierto es, que si hubo bibliotecas antes del diluvio, no quedó rastro alguno de ellas. Dúdase también, si los antediluvianos conocieron la escritura; 4.000 años antes de J. C. grababan los egipcios, en las paredes de sus tumbas, pirámides y templos, leyendas religiosas. Pero esto todavía no se relaciona con la idea del libro.

En el Asia Menor, en el siglo III (antes de J. C.), los industriales de Pérgamo perfeccionaron las aplicaciones de la piel de varios animales á los usos de la escritura, y ya el papel de Pérgamo *(Charta Pergamena)* se empleó de preferencia al papiro.

La facilidad de escribir y propagar la escritura produjo en Grecia un gran impulso progresivo á todas las manifestaciones del pensamiento, y entonces ya se multiplicaron mucho los libros; los particulares empezaron á hacer colecciones, y los maestros tenían medios de enseñar la lengua de Homero. La *Ilíada* era conocida en todas las escuelas públicas de primera enseñanza.

En la época en que estos países alcanzaron el mayor explendor, llegó también á su mayor auge el número de copistas, encuadernadores y libreros. Se hicieron libros de todas dimensiones y formas, y en Atenas apenas se encontraban más que libros griegos.

En la biblioteca de Alejandría había muchos escritos de autores extranjeros, y allí se supone que existían los originales hebreos de todos los libros del antiguo Testamento, traducidos al griego, para que pudieran ser leídos por los que ignoraban el hebreo.

Pero en Roma, al principio de la era cristiana, fué donde existieron grandes depósitos de libros, y César fundó una biblioteca, que encomendó al primer erudito de su tiempo, Terencio Warrón.

Las librerías, entonces, no eran solamente sitios destinados á la compra y venta de libros, sino puntos de reunión de eruditos. En esa época adquirieron gran estima los manuscritos autógrafos, y Tácito refiere de uno que reunió gran colección de esos autógrafos de personajes célebres.

Entonces fué cuando empezaron á venderse libros cuadrados, formados por hojas iguales y cosidas.

Hubo también en la misma época algunos publicistas de pasmosa fecundidad, como Dídimo de Alejandría.

Por el mismo período, se citan ya casos de libros de pequeño volúmen, con mucha lectura. Así, por ejemplo, Cicerón dice que vió en una biblioteca toda la *Ilíada*, en un espacio que podía caber poco más que en una cáscara de nuez. De estas maravillas de letras diminutas podrían citarse muchas.

Los grabados con que se ilustraban las publicaciones eran muy imperfectos. Los retratos de autores ilustres, como Terencio, Horacio y Virgilio, que han llegado hasta nosotros, permiten asegurar que el arte iconográfico estaba en su infancia.

El Egipto era el país donde principalmente radicaba la industria del *papyrus*, y estaba pendiente de las vicisitudes de

la estación y del tiempo, habiendo años en que era muy escaso.

Parece ser que Aristóteles legó todos sus manuscritos á Teofrasto, y éste á otros que no cuidaron cual debían las obras del más ilustre filósofo de la antigüedad. Algunos reyes y magnates opusieron obstáculo á la propaganda de ciertos libros.

Uno de los Tolomeos expulsó de sus reinos á todos los escritores y poetas.

La afición á los libros se desarrolló primero en Egipto. El rey Osmandias, anterior á Sesostrix, estableció una biblioteca en cuya puerta había escritas estas palabras: *Tesoro de los remedios del alma*. En Atenas, el primero que reunió libros en biblioteca pública fué Pisístrato.

La más rica colección de libros en la antigüedad fué la biblioteca de Alejandría, que llegó á reunir 700.000 volúmenes.

Parece ser que fué el pueblo judío el primero que tuvo bibliotecas. Las Tablas de la Ley, los libros de Moisés y de los profetas guardábanse en el sitio más recóndito del santuario, y en cada sinagoga había una biblioteca.

La más rica que existió en Egipto fué la de Alejandría, que empezó á formarse en tiempo de Ptolomeo Sotero, y llegó á reunir durante aquel reinado hasta 54.800 volúmenes. César quemó su flota, y de resultas se produjo el incendio de esta biblioteca, que constituye una de las fechas más célebres de la historia.

El incendio de esta biblioteca, cuyo hecho se señala (según acababa de decirse) como una de las fechas históricas memorables, destruyó gran número de preciosos manuscritos.

En los primeros tiempos del Cristianismo se escribieron muchos libros, si bien se anatematizaban los contrarios al dogma católico.

Pocos siglos después acaecieron las invasiones bárbaras, que produjeron conflictos y un verdaderos atraso en la cultura.

Los primeros Padres de la Iglesia, San Agustín y San Juan

Crisóstomo, escribieron libros voluminosos de Religión y Moral. De la *Biblia* se hicieron numerosas copias y traducciones del hebreo al griego y al latín. La traducción latina llamada *Vulgata*, se debe á San Jerónimo. Los libros científicos fueron sólo en su principio manuales insignificantes.

La actividad principal de los autores de libros en la Edad Media residió en los claustros de los conventos. Pudo verse en la Exposición Histórica celebrada en Madrid; en Octubre de 1892, un libro enviado por el Cabildo de Túy, que constituye una joya bibliográfica; es una exposición de los Salmos, por San Agustín, en vitela, con letras hechas á mano y en una de sus hojas está la convocatoria de un Concilio, con los obispos que asistieron.

Los árabes brillaron por su buen gusto literario. Córdoba poseyó una biblioteca de 400.000 volúmenes, entre ellos, uno de los cuatro ejemplares del Corán, manuscrito por Omán. En en siglo VI de la Hégira había en España más de 60 bibliotecas públicas.

El descubrimiento de la imprenta, en el siglo XV, tuvo gran importancia en este asunto, por el desarrollo que adquirió la publicación de libros. Todos los conocimientos humanos recibieron un gran impulso, y en pocos años aparecieron millares de volúmenes, escritos en todos los idiomas.

Después se adoptó el idioma latino, como el único para escribir libros, y adquirió gran importancia, á pesar de ser una lengua muerta é ignorarse su primitiva y genuina pronunciación. Así es, que el que conocía el latín no era extranjero en parte alguna, pues podía entender las obras escritas en todos los países, por ser en este concepto una lengua universal.

Relacionada íntimamente con la historia del libro se halla la historia del papel, por cuyo motivo expondremos algunas noticias acerca del particular. Los antiguos pueblos emplearon para consignar sus ideas, diversos objetos. Hojas de palmera, láminas de marfil, planchas de plomo, cortezas de árboles, escamas de peces, conchas de tortuga, pieles de animales.

La corteza de la planta llamada *papyrus*, convenientemente preparada, sirvió á los griegos y romanos. En la ciudad de Menfis, es donde primero se supo fabricar el *papyrus*. Su flexibilidad y ligereza invitaban á los egipcios á consignar, por medio de un junco, en finísimos caracteres, sus ideas. En el reinado de Claudio se perfeccionó, y era el superior el fabricado en Egipto. De aquí pasó á Roma, y los egipcios colocaban en las momias fragmentos de *papyrus* con inscripciones alegóricas. En este papyrus se estamparon los elocuentes discursos de Ciceron y las poéticas églogas de Virgilio.

En el siglo XI, lo hacían de algodón los moros en España, y las primeras fábricas estuvieron en Ceuta y San Felipe de Játiba (Septa y Xantia). Este era un papel frágil, que se rompía fácilmente.

Pero las pieles de animales excaseaban cada vez más, y la necesidad de escribir iba siendo mayor de día en día. Llamaron al papel *cuero de trapo*. La idea de acudir á los vegetales para que suministraran la materia que sustituyese al pergamino, surgió espontaneamente en aquellas sociedades inspiradas en que la trama orgánica está constituída por ese cuerpo que la ciencia química denominó muchísimo después *celulosa*, al que se da multitud de formas en las aplicaciones industriales. En un principio se creyó imposible sustituir la resistente vitela con el deleznable papel.

Uno de los manuscritos más antiguos en papel procede del siglo XII, y es un tratado de paz, hecho en 1178 entre Alfonso II de Aragón y Alfonso IX de Castilla.

No cabe duda que en España, en el siglo XII, tuvo origen la fabricación del papel de trapos, de donde pasó á Francia para extenderse después por Alemania é Italia en todo el transcurso del siglo XIV.

A pesar de que el papel de trapo se generalizó, no por eso se concluyó con el pergamino, que se reservaba para determinados documentos y manuscritos.

El papel de algodón fué sin duda el primeramente conocido.

Muchas de las cartas que forman la curiosa correspondencia de Pedro III el de Aragón á su hijo Alfonso III, en el último tercio del siglo XIII, están escritas en el papel denominado *celti*.

Uno de los primeros documentos que hay en el Archivo de Simancas, escrito en papel, es el titulado *Becerro de las Beetrias*, comenzado por Alfonso XI, padre de D. Pedro el Cruel, y terminado por éste.

Otro de los manuscritos más antiguos que existen, hechos en papel de algodón, es del año 1050, y está en la Biblioteca Nacional de París, señalado con el número 2.889.

Los papeles que primeramente se dedicaron en Europa á la escritura eran sumamente gruesos y toscos. Las obras que se dieron por primera vez á la imprenta, y constituyen esos preciosos y raros incunables, fueron en papeles que tenían cola, pues los libros con papel sin cola no empezaron á imprimirse hasta el siglo XVI.

El descubrimiento de la imprenta, realizado en 16 de Mayo de 1440, tuvo inmensa trascendencia en la industria de la fabricación del papel, así como también el descubrimiento de América en los finales del siglo XV. No hubiera la imprenta producido los grandes resultados que alcanzó, á faltarle un cuerpo tan necsario para completar su obra.

Es, en efecto, muy importante el conocimiento de la historia de un cuerpo que sirve para consignar los pensamientos sublimes del genio, así como las cifras que representan el capital y la riqueza, en documentos de gran valer y en la moneda; como preciosas formas de medicamentos para la curación de las enfermedades, ó el químico para emplearlo como reactivo, siendo, por tanto, un objeto que debe considerarse como parte activísima de la vida social.

III

El libro constituye un consultor mudo, que en todas ocasiones nos ilustra, y cuya enseñanza es tan fructífera, no sólo por tener lugar en el silencio y retiro, sino porque podemos interrogarle multitud de veces, sin temor de molestarle. Descartes ensalzaba el libro, diciendo que su lectura era una conversación con los hombres eminentes de lo pasado; pero tan escogida, que no se descubrían en ella más que los buenos pensamientos del autor.

Sabido es, que las fuentes de conocimiento pueden ser mediatas é inmediatas, y entre las primeras se encuentran *los libros*.

En estas fuentes, lo primero que puede considerarse es lo que el vulgo denomina *común sentido*. Es lo que sirve para adquirir muchas ideas. Si se suman los conocimientos adquiridos en la cátedra ó el libro, y los comparamos con los que debemos al sentido común, indudablemente éstos se encuentran en mayoría inmensa. Y eso se verifica en todos los órdenes del saber humano.

La *conciencia* es otra de las fuentes que constituye el purísimo espejo donde todas las ideas se reflejan, y de la cual forma parte la razón, que con sus auxiliares, la memoria y el entendimiento, distingue y descompone las ideas cual un prisma la luz.

A propósito del aprecio de los libros, refiérese que en 1735, en Amberes, quisieron reformar la biblioteca de un convento unas personas poco conocedoras del valor de las obras que tenían á la vista. Desecharon, en su concepto, por viejos é inservibles, muchos manuscritos y libros, que se dieron al jardinero para que lo aprovechase como papel inútil. Pero éste, más prudente y avisado que los reformadores, acudió á un entendido bibliófilo, el cual le ofreció en el acto más de quince mil

francos por los manuscritos y otra cantidad considerable por los impresos que habían relegado al montón de lo despreciable.

Necesítase conocer el orden en que deben consultarse los libros y algunas reglas para su mejor aprovechamiento.

Es lo primero la necesidad del conocimiento de idiomas. Antes bastaba el latín. Hoy se necesitan, generalmente, tres idiomas (francés, inglés y alemán). Además, deben consultarse en las ciencias las obras más modernas. Para la parte histórica, las más antiguas. Elegir la más adecuada al objeto que nos proponemos. Dar importancia al nombre y fama del autor del libro. Consultar varios autores cuando se trata de estudiar con toda minuciosidad un asunto.

Se ha debatido mucho la cuestión de si es más conveniente para la enseñanza un libro pequeño ó un libro grande.

Desde luego puede decirse que es más difícil escribir un libro pequeño bueno que un libro grande. Porque condensar, sintetizar, resumir, expresar muchas ideas en pocas páginas es bastante difícil. Es necesario un talento sintético especial para que esa selección se verifique en condiciones que la obra resulte aceptable y que resista al análisis. Por el contrario, en un libro de muchas páginas, se da más fácilmente cabida á muchos pensamientos, y pueden evitarse las omisiones.

De todos modos, es cada día más difícil escribir libros pequeños, porque los progresos científicos han adquirido tal vuelo, que lo que antes eran solamente capítulos de una obra, forman hoy extensos tratados, por el cúmulo inmenso de datos adquiridos, de tal modo, que constituyen un gran contingente de materiales, bastante por sí solo para ser asunto de una obra. Por eso van multiplicándose las especialidades, y siendo más difícil la tarea y las aspiraciones de los enciclopedistas.

La rapidez de los progresos científicos, en lo que hace referencia á determinados estudios, es vertiginosa, por cuyo motivo, los libros se suceden en gran número, resultando inútiles á poco que se retrasen. De tal modo, que obras largas, que tardan años en publicarse, cuando aparecen los últimos to-

mos, resultan anticuados los primeros que salieron de las prensas.

Las monografías son en esta índole de estudios de mucha utilidad. Se tratan los asuntos con una extensión y número de detalles que no es posible lo verifiquen las obras didácticas, aunque abarquen vastos horizontes. Porque el autor de una monografía estudia la cuestión y la profundiza de una manera especial, y aspira á completar su trabajo del mejor modo posible. Así es, que prestan utilísimos servicios en ocasiones determinadas en que se trata de encontrar pormenores que no es posible hallar en las obras generales. Así sucede con las tesis doctorales, discursos académicos, oraciones inaugurales, estudios sobre un punto determinado de la ciencia, en que se revelan investigaciones propias y noticias de gran interés.

Pero la práctica, no hay que dudarlo, es en las ciencias el más perfecto libro de aprendizaje, por cuyo motivo todos los estudios se dirigen hoy por ese camino, en atención también á que en las sociedades modernas se prefiere los resultados llamados prácticos, ó sea de utilidad, en los usos más indispensables de la vida, lo mismo material que moral, á los conocimientos de teoría y su discusión.

Así, por ejemplo, el verdadero libro en las ciencias naturales es el campo ó el museo; es decir, la misma naturaleza; en las ciencias físico-químicas, el laboratorio, y en las ciencias médicas, la clínica, la sala de disección y también el laboratorio y el museo, el reactivo, el microscopio, etc. Pero es necesario saber leer en estos libros, interpretar los hechos que se presentan, dar á los objetos la significación que realmente tienen y apreciar en su verdadero valor todos los fenómenos que se observan. Este es el mejor camino para adquirir una verdadera y sólida instrucción.

La buena práctica exige un aprendizaje largo y difícil. Es una verdadera insensatez querer improvisar esta clase de conocimientos, para cuya adquisición se necesita el factor *tiempo*. No bastan unos cuantos meses, siquiera haya deseos

vivísimos de aprender. Así, por ejemplo, la práctica química es muy ardua, y hay que tener en cuenta multitud de detalles, para que no resulten malogrados los propósitos y fracasadas las esperanzas. Deben conocerse las propiedades de los cuerpos que se manejan y del que se va á obtener, para no incurrir en errores.

Son necesarios, por tanto, extensos y previos conocimientos teóricos muy minuciosos. Si se empiezan los trabajos de una manera imperfecta y defectuosa, resultarán siempre malos operadores los que tal hagan.

Pero á veces, en este orden de conocimientos, un fracaso, un experimento malogrado, un mal éxito en una operación, suelen enseñar más que un buen resultado. Porque nos obliga á estudiar las causas del descalabro, á razonar los motivos en que ha consistido, á salvar los inconvenientes y defectos en que se ha incurrido y, por tanto, á evitarlos en lo sucesivo, y al propio tiempo á relacionarlos con todo el trabajo y otros análogos, para de este modo adquirir una seguridad que antes no se tenía, y adquirir una pericia práctica efectiva por el mejor y más seguro de los caminos. Es lo que el vulgo dice: *perdiendo se aprende.*

IV

¿Pueden darse algunas reglas generales respecto á la manera de escribir un libro?

Aunque éste es un asunto que varía en extremo, según la índole de la materia sobre que haya de escribirse, son, sin embargo, recomendables algunas consideraciones que debe tener presentes el que trate de lanzar un libro á la luz pública. Dejando á un lado todo cuanto atañe á la producción de obras de amena literatura, y refiriéndonos exclusivamente á trabajos científicos diversos, puede afirmarse que, en primer lugar, debe ser inteligible y al alcance de las personas á quienes se dirige, además debe ser metódico, exponer las cuestiones con

el número preciso de palabras para expresar las ideas, evitando perífrasis y divagaciones; que contenga los asuntos más pertinentes al uso á que está destinado; que se halle en armonía con el estado actual de la ciencia; que contenga los grabados que necesite para facilitar la explicación de lo que en él se consigna, y que cuando se trate de descripciones, de ensayos, de teorías, etc., no se omita nada de lo necesario, sino, antes bien, se diga cuanto se conoce de importancia sobre el particular.

Se ha dicho también, y observado por algunos, que el número mayor ó menor de libros de una ciencia ó profesión, indicaba la exactitud y certeza de los principios constitutivos de la misma, hallándose este número en razón inversa de dicha exactitud. Como consecuencia de esto, se ha dicho que era mucho más numerosa en volúmenes la biblioteca de un médico ó de un abogado que la de un matemático. Es decir, que cuanto más indiscutibles son los principios de una ciencia, menos autores se ocupan en dilucidarlos, ampliarlos y combatirlos. Esto, sin embargo, no puede establecerse en absoluto.

Aunque poseer muchos libros no significa desde luego que se tiene una gran cultura. Todos recordamos la conocida fábula de Iriarte, *El ricote erudito*. Pero, de todos modos, es un indicador de las aficiones, gustos y preferencias de una persona por determinado género de estudios. Así es que desde luego, el profesor, el publicista, el que ejerce determinados cargos, no puede exentarse de poseer una colección de obras donde se exprese la última palabra de la ciencia, y se la vaya siguiendo en todas sus evoluciones y cambios.

Sin embargo, en determinados conocimientos, es á veces necesaria la consulta en obras diversas y variadas, respecto á un mismo asunto. Porque en unas se trata desde un aspecto distinto que en otras, se da más ó menos importancia á determinados detalles, se fijan caracteres diversos, se exponen distintos procedimientos de obtención (si se trata de química, farmacia, etc.), se hacen obvervaciones y se rectifican juicios que

otros exponen; en una palabra, contribuyen entre todos al mejor y más acabado conocimiento de una cuestión determinada. Es, pues, necesario el concurso de varios autores.

Pero el que quiera adquirir preparación conveniente para exponer un punto dado de la ciencia, de un modo claro; por ejemplo, el catedrático á sus alumnos, entonces convendrá que tenga el acertado criterio de la elección del mejor autor, que será el que exponga con más claridad las cuestiones y evite la divagación, que siempre dificulta poseer bien las ideas con la mayor seguridad posible.

A propósito de la posesión y lectura de libros, refiérese de un individuo que llegó en determinado país á ocupar distinguida posición social, el cual era tan pesimista como falto de cultura, y dijo en una ocasión que habiendo leído un libro que afirmaba una cosa y otro la diametralmente opuesta, cerró uno y otro con rabia, prometiendo no volver á molestarse con otras lecturas.

En la materialidad del manejo de los libros, puede haber también algunas veces peligros que la ciencia señala. No aludimos á los asuntos de que tratan, sino á lo referente á los volúmenes con su parte externa. Hay ocasiones que los libros pueden albergar microbios, que son orígenes de enfermedades graves; sobre todo, si han estado mucho tiempo almacenados sin airearse convenientemente, por lo cual debe tenerse esta precaución con los libros antiguos.

También ocurrió algún envenenamiento cuando los cantos de las hojas se coloreaban de amarillo, debido al sulfuro de arsénico (oropimente); y si bien este peligro ha desaparecido ya hoy, no debe olvidarse, sobre todo al manejar libros de hace más de medio siglo.

La paleografía es otro de los medios de adquisición de conocimientos, pues los manuscritos antiguos encierran grandes ideas, que pueden aprovecharse en momentos dados con gran ventaja. El conocimiento de la letra antigua es necesario. Pero muchas veces, aunque no se posean esos conocimientos, pueden

leerse los manuscritos, con sólo un poco de paciencia, deletreando muy despacio alguna palabra y deduciendo por aquélla la inmediata, y recomponiendo de esta suerte frases y pensamientos, hasta llegar, por deducciones, á la interpretación que se desea. Se reconstruyen las ideas al modo que el gran Cuvier reconstruía la forma de un animal antidiluviano, por sólo la inspección de algunos huesos (aunque no se posea el genio de aquel Titán de la ciencia).

En las ciencias, el interés de los libros, generalmente, está en los límites extremos de las fechas de su publicación; es decir, ó muy antiguos (del siglo xv, por ejemplo), llamados incunables, ó muy modernos, es decir, recientísimos. En general, puede aplicarse á este caso la máxima siguiente, de Litton:

«*Para las ciencias preferid los libros más recientes; para las letras, los más antiguos.*»

No deben en manera alguna desdeñarse los libros viejos; antes al contrario, contienen casi siempre grandes enseñanzas. Además, lo *antiguo* y *lo modernos* son frases relativas, y no más. Por eso dijo muy bien aquel poeta popular (Villergas) que se expresaba de este modo:

«De viejo verás morir
lo nuevo que ves nacer;
Viejo será el porvenir.
Todo habrá de envejecer.»

Recuerda la célebre frase del gran filósofo Goethe: «Todo es nuevo, y, sin embargo, siempre es lo viejo.»

De libros antiguos españoles, relacionados con una especialidad de conocimientos, por ejemplo, las ciencias médicas, hay varios dignos de interés, y que merecen la consideración y el estudio del bibliógrafo. Tal sucede, entre otros, con la *Materia médica* de Dioscórides, puesta en castellano, comentada y ampliada por el ilustre médico segoviano Andrés Laguna, que ha figurado como una de las obras de más importancia en en la literatura española, y que han citado con elogio los auto-

res de más nota, empezando por el Príncipe de los escritores españoles, y el gran Cervantes, que lo menciona en el *Quijote*.

Laguna, traductor y comentador de Dioscórides, ha sido uno de los españoles más ilustres del siglo XVI. Segovia fué su cuna en 1499. Médico de grandes conocimientos, botánico de justa fama, fué también un eruditísimo literato. Conocía el latín y el griego, y á la perfección.

Fué médico de Carlos V y de Felipe II. Asistió en consulta á la emperatriz Isabel, que falleció, como es sabido, en 1.° de Mayo de 1539, y cuyo cadáver condujo á Granada el duque de Gandía (después San Francisco de Borja).

Estuvo en Metz, donde tuvo ocasión de examinar un libro, cuyas hojas eran de corteza de árbol, y había en ellas consignado con letras de oro una donación hecha á la iglesia mayor de la ciudad.

Estuvo después en Colonia, donde pronunció en su Universidad un magnífico discurso en latín que le acreditó de orador elocuente. Estuvo en Roma con el emperador Carlos V, y allí fué médico de los Papas Paulo III y Julio III. La estancia en la capital del mundo cristiano fué aprovechada para la ciencia. Su vocación de escritor fué muy marcada, habiendo dado á luz cerca de veinte trabajos. El que le ha proporcionado más fama ha sido la traducción y comentarios de la obra de Dioscórides.

Títulase: *Pelacio Dioscórides Anazarbeo acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos,* y es toda una enciclopedia de medicamentos que revela el estado de la ciencia en su tiempo. Se ven muchos de los rudimentos de algunos estudios, que han adquirido después un gran desarrollo. Es la fuente más pura y el origen más verídico para el conocimiento de la historia de muchas sustancias.

Se había traducido esta obra á todos los idiomas, y faltaba en el nuestro, y por eso la tradujo Laguna. Dioscórides floreció en el siglo I de la era cristiana, y fué médico de los ejércitos romanos. La obra de Laguna merece no sólo la considera-

cion de un libro traducido, sino de un trabajo original. La primera edición fué publicada en 1555 en Amberes. Un tomo en folio de 616 páginas, con grabados en el texto. Después hay varias ediciones.

La carta nuncupatoria que figura al frente del libro está dirigida al príncipe heredero D. Felipe (entonces príncipe de Asturias y después Felipe II); es un verdadero documento histórico. El ejemplar que le dedicó es una verdadera curiosidad bibliográfica, impreso en ricas vitelas, con orlas caprichosas iluminadas. Siempre que se menciona al príncipe, lo hace con letras de oro (constituídas por chapitas de este metal). Allí se hace notar la necesidad de un jardín botánico, y en su consecuencia se estableció el primero en Aranjuez.

En dicho libro está el origen de muchos medicamentos, y á él debe acudirse para conocer algunos datos relativos á su historia.

Dió á conocer Laguna en España la botánica del siglo XVI, aun cuando incurriera en el defecto de acoger algunas ideas vulgares erróneas.

En esta obra está justificado el conocidísimo aforismo de *el estilo es el hombre*, porque se retrata en ella perfectamente á Laguna. Después de estudiado el libro de Dioscórides, identificóse su autor con la historia de la materia médica y la farmacia del siglo XVI. Merece, pues, leerse con gran detenimiento, y es un precioso documento histórico.

Las anotaciones hechas en cada capítulo son de tal modo minuciosas, que superan en extensión y detalles al original griego.

Indudablemente, Laguna prestó un servicio importantísimo al poner en castellano la obra de Dioscórides. De no ser así, no se conociera en España libro tan útil y meritorio, pues el griego es idioma difícil y no accesible á la generalidad, siendo convenientísimo que un helenista, que á la vez era eminente médico y buen botánico, se decidiera á llevar á cabo ese trabajo, como lo realizó, con éxito, el ilustre segoviano.

No hemos de enumerar las sustancias que se citan en esa obra. Baste decir, sin embargo, que expone un gran número. Cervantes cita esta obra con elogio, según ya se ha dicho:

He aquí cómo se expresa el príncipe de nuestros escritores, respecto á este libro.

«*Capítulo XVIII, tomo 2.° del Quijote. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza, con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.*

«¿Que te faltan las alforjas, Sancho?—dijo D. Quijote.—Sí que me faltan—respondió Sancho.—Dese modo no tenemos qué comer hoy—replicó D. Quijote.—Eso fuera—respondió Sancho—quando faltaran por estos prados las yerbas que Vuestra Merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes como Vuestra Merced es.—Con todo eso—respondió D. Quijote—tomara yo ahora más aina, un quartal de pan ó una hogaza, y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, *aunque* FUERA EL ILUSTRADO POR EL DOCTOR LAGUNA; mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí; que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más, andando tan en su servicio como andamos; pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua; y, es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos...», etc.

A propósito de este asunto, surge la cuestión de si son ó no convenientes en ciencia las traducciones. La idea, admitida y generalizada, de que una obra pierde gran parte de su mérito y decae en importancia al ser vertida á distinto idioma de aquel en que su autor la escribiera, es igualmente aplicable á los libros científicos. Sin embargo, hay trabajos de traducción, hechos con gran esmero y oportunamente adicionados con datos útiles, que, lejos de desmerecer, adquieren interés los libros, y son más provechosos al lector.

El ejemplo de Laguna, respecto al Dioscórides, es evidente

y no admite discusión. Fué no sólo traductor, sino comentador de gran valía. Pero, en general, las traducciones, en lo relativo á las ciencias médicas y todas las que con ellas tienen enlace, son muy convenientes. Hay que tener muy presente, que en Alemania y en Francia y otras naciones figuran á la cabeza de la cultura los que á estos estudios se consagran, y sus obras merecerán siempre ser leídas con gran interés, si ha de conocerse la última palabra de la ciencia, que está cambiando de una manera incesante, en términos que su progreso es vertiginoso y muy difícil seguir. Así es que las traducciones en tal concepto, no sólo son convenientes, sino necesarias é indispensables. Pero han de hacerse por persona que no solamente conozca el respectivo idioma, sino que domine la ciencia del libro que traduce, para dar la verdadera significación á las palabras del autor. Es decir, para que estén bien hechas.

Porque es necesario que el traductor de una obra científica sea no solamente el fiel intérprete de las ideas del autor para facilitar su comprensión, sino que adapte el libro al país en cuyo idioma lo publica, y adicione con el mayor número de noticias y de datos propios de la localidad, para que preste los servicios á que está llamado y sea todo lo útil que debe ser en los casos á que se aplique.

Además, en los libros científicos hay una poderosa razón para que no desmerezcan tanto las traducciones, siempre que estén bien hechas. El tecnicismo puede considerarse como un lenguaje universal; el estilo tiene ya una importancia secundaria en este caso. Por eso también resulta más fácil la comprensión de un libro extranjero, aunque no se posea de una manera perfecta el idioma, con tal de que trate de un asunto que le sea familiar y dominado por el lector.

En el estudio de los libros publicados en diferentes fechas puede apreciarse el criterio observado para la adopción de medicamentos. Unas veces, se debe el descubrimiento de los remedios á la casualidad; otras, al vulgo ignorante que enseña al hombre de ciencia; otras veces, al estudio detenido de las

propiedades de una sustancia; otras, á la investigación fisiológica ó clínica, y otras, también, á los trabajos que el químico realiza en el laboratorio.

Por lo demás, la bibliografía enseña también algunos datos curiosísimos; por ejemplo, acerca del descubrimiento de algunos remedios, que son verdaderas joyas de la terapéutica como medicamentos utilísimos.

Así vemos que en el siglo XVI se introducen muchos medicamentos en la materia médica, como la zarzaparrilla, sasafrás y guayaco, al cual dedicó Castillejo los conocidos versos:

Guayaco, si tú me sanas
y sacas de estas pendencias,
cantaré tus excelencias
y virtudes soberanas
dulcemente.
No por estilo elocuente
ni en lengua griega ó romana,
sino por la castellana,
que es bastante y suficiente.

Hay algunos periódicos importantes, cuyo objeto es exclusivamente bibliográfico, y que tienen antigüedad bastante para ser considerada su colección como documento histórico digno de consulta.

La primera obra de bibliografía que se publicó fué la del P. Labbé, en París, titulada *Bibliotheca bibliothecarum*, en 1465.

Después, debe citarse en este concepto el nombre de Carlos Nodier.

La *Bibliographie de la France* apareció en el año 1811, y continúa sin interrupción. Lleva casi un siglo de existencia.

El *Dictionnaire bibliographique* de l'Abbé Duclós, con suplementos de Brunet.

Bibliotheque historique de la France, por Selon, París, 1768.

La France litteraire, por Querart (1837).

Bibliographie universelle, por Ferdinand Denis. París, 1857.

Bibliographie bibliographique, Dictionnaire de 26.000 ouvrages, relatif à l'histoire de la vie des hommes célebres, Leipzig, 1850.

Bibliographie historique et critique de la presse periodique française, por Eug. Hatin. París, 1866.

En España hay el *Boletín de la Librería*, publicado por Murillo (Alcalá, 7, librería). Además, deben citarse: el *Boletín bibliográfico*, periódico cuyo primer número apareció en Madrid el 1.° de Agosto de 1840, se suspendió en 1850 y reapareció en 1860; la *Revista bibliográfica*, que se publicó en 1853 y 1854, y otros trabajos interesantes, publicados por el dignísimo y benemérito cuerpo de Archiveros bibliotecarios, y algunos de sus individuos. También algunas librerías de Madrid publican Boletines bibliográficos, como la de García Rico, la de la Viuda de Rico, etc., y casas editoriales de sus obras, como Bailly-Bailliere, Hernando, etc.

Son también de gran utilidad algunas de las obras de bibliografía que la Biblioteca Nacional premia en sus concursos públicos.

La prensa periódica, en este caso, constituye un poderoso elemento de bibliografía. Tratándose de ciencias que cambian de aspecto por sus progresos, casi de día en día y, por tanto, el periódico que aparece con frecuencia, es el más adecuado para seguir esas evoluciones, y á él habrá que acudir muchas veces. Además, pueden coleccionarse datos muy útiles de esas publicaciones. Yo he visto alguna enciclopedia, formada por hábiles y curiosos recortes de periódicos sobre todos los asuntos y conocimientos humanos, clasificada después por riguroso orden alfabético, con lo cual era fácil encontrar lo que se deseaba en un momento dado (1).

(1) La formada por D. León Carbonero y Sol, y continuada por su hermano, el Sr. Conde del Sol, que es curiosísima.

VI

Los maestros puede decirse que son libros vivos, libros que hablan. Los mejores no son los que más saben, sino los que más enseñan.

Cuando el general marqués de Chambray estudiaba en la Escuela Politécnica de París, decía que todos los profesores eran sabios de primer orden, pero que sólo Monge tenía, además de la habilidad de hacerse comprender, la más rara de notar: cuándo no se le había comprendido. Los demás profesores oscurecían, más bien que aclaraban, la verdad, con exposiciones sublimes y abstractas, pero, en cambio, de muy difícil adquisición. Es bastante difícil reunir las dotes de tener grandes conocimientos y facultad de poderlos transmitir. En caso de duda, es mejor catedrático el que, sabiendo menos, tiene más dón de enseñar.

Una de las primeras condiciones que debe poseer el profesor, es la claridad en el lenguaje. Las galas de la oratoria son secundarias en cátedras de índole científica, sin que por esto quiera defenderse el estilo chabacano, siempre reñido con toda cultura, pero jamás debe subordinarse á la elocuencia, la claridad y exactitud.

Las Universidades de Alemania no puede negarse que deben su gran celebridad á la superioridad de sus catedráticos, y toda ciencia nueva, todo descubrimiento de reciente invención, tiene su representante en el cuerpo docente. Hay también los que se llaman *Privat docens*, ó sea profesores que explican las asignaturas sin pertenecer á la Universidad.

Relacionado con este asunto está íntimamente la tan debatida cuestión del *libro de texto*.

Mucho se ha declamado contra este asunto, y se ha extraviado no poco la opinión. La cruzada que contra ellos se ha emprendido, es en realidad injusta. Bien sé que han existido abusos que piden corrección enérgica. Pero es en realidad in-

dispensable que tengan los alumnos un guía á que atenerse, para poder adquirir los conocimientos de una manera metódica y con provecho. Seguir las explicaciones del profesor escribiendo en las cátedras y tomando apuntes, es para el alumno sumamente difícil, si no tiene conocimientos taquigráficos, ó por lo menos, práctica para seguir la palabra del orador; y aun así, pueden cometerse inexactitudes y errores que perjudican notablemente al que ha de estudiar. Esto, sin contar con que hay catedráticos de voz escasa y de difícil expresión, todo lo cual dificulta el problema al alumno que, con gran incomodidad, tiene que estar en las clases tomando esos apuntes. Por eso, en caso necesario, conviene que los apuntes estén redactados por persona que conozca la ciencia y tenga costumbre de hacer esos trabajos, y entonces serán útiles.

En realidad, hoy, con arreglo á la ley, no existen libros de texto.

El catedrático que escribe un libro de buenas condiciones, debe conceptuársele como un acto meritorio, porque revela una laboriosidad y aplicación dignas siempre de estima. Pero jamás debe imponer, ni siquiera recomendar en lo más mínimo, la obra de que es autor. Cada uno que estudie en el libro que quiera.

Recordemos ahora algunas frases célebres acerca de los libros.

Así tenemos la vulgarísima: «No hay libro, por malo que sea, que no tenga algo útil.» «No hay libro, por meritorio que sea, que no tenga defectos.»

El gran Balmes dijo: «En la lectura deben cuidarse dos cosas: Escoger bien los libros y leerlos bien.»

Addison se expresaba del modo siguiente: «Un buen libro es un legado precioso que hace el autor á la humanidad.»

Olavarría: «En todas ocasiones, el mejor libro será el que enseñe más en menos páginas.»

Montesquieu: «El estudio ha sido para mí el mejor remedio contra los males de la vida.»

Antonio de Guevara: «La sabiduría no está en los hombres canos, sino en los libros viejos.»

De todas estas frases, la que merece, sin duda alguna, el honor de ser considerada como más trascendental, es la de Olavarría. En efecto; el libro que en menos páginas enseñe más, será siempre el de mayor importancia y el que ofrezca á la consideración del crítico mayor respeto é incondicional elogio, porque será también el resultado que revele un talento sintético en el autor, que le colocará en un nivel más elevado que la generalidad.

Podrían citarse muchos ejemplos de bibliotecas célebres; pero entre las que tienen fama universal, recuerdo la Nacional de París, la del Vaticano en Roma, la de San Marcos de Venecia y la de la Sociedad Real de Londres, donde, á pesar del inmenso número de volúmenes que contienen, puede hallarse en brevísimos instantes el libro que se busca, por raro que sea, merced á los bien dispuestos índices, por orden de materias y de autores, en que todo está catalogado, por lo cual prestan tan útiles servicios al estudioso y al bibliófilo, que logra satisfacer sus plausibles deseos en un momento dado, encontrando lo que busca y á veces otras obras que, relacionadas con la que pretendía consultar, pueden prestarle excelentes servicios.

En resumen: el libro es no sólo el más fiel y cariñoso de nuestros amigos, sino á la par el maestro que nos instruye, sin cansarse de repetir sus advertencias, ni molestarse con nuestras insistentes preguntas, y el compañero inseparable que nos deleita y hace gratas las inacabables horas de tedio, ó bien nos consuela en nuestras amarguras, como si quisiera dulcificar las penas, enjugar las lágrimas, hacer más grata la vida y embellecer los horizontes del porvenir. Sus servicios son de tal entidad, que jamás se estimarán en toda la medida que les corresponde, ni se les tributará toda la inmensa gratitud á que es acreedor. No hay libro, siquiera sea insignificante, que no contenga algo digno de estima, y respecto de aquellos que pueden considerarse como depósito de los sublimes pensamien-

tos del genio, son joyas cuya tasación llega á tal altura, que no hay medio de justipreciarla.

Al pasar la vista por sus páginas, traen á la memoria lo mismo los plácidos recuerdos que las amargas penas; nos ilustran con profundas verdades ó nos deleitan con sus ingeniosas agudezas, y aquellas ideas sobreviven á los autores, como si representaran la inmortalidad con todas sus grandezas.

De todos modos, el libro puede considerarse como fuente perenne de conocimientos, cual archivo invariable de las ideas que en un instante determinado vienen en nuestro auxilio, y cuya utilidad expresan de una manera exacta los conocidos y vulgares versos:

Aunque vivas las palabras,
y muertas las letras mires,
las palabras luego mueren,
y las letras siempre viven.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG
Catedrático de la Universidad Central.
Académico de la Real de Medicina
y correspondiente de la Historia.

RECUERDOS

Mi vida política ha sido intermitente.

Puede decirse, que empezó á fines del año 1868, cuando ocupé el cargo de director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, por nombramiento de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Me había interesado en los problemas políticos y sociales mucho antes, desde el año 55 ó 56, pero sin estar afiliado á ningún partido político.

Pertenecía al grupo economista; pronunciaba discursos en la Bolsa, en defensa del librecambio, y en el Ateneo de Madrid, en defensa de la democracia individualista; escribía de cuando en cuando algún artículo en los periódicos.

Pero nada más.

Ni era progresista, ni demócrata de Rivero, ni republicano.

En suma: era un político platónico y teórico; así es, que ni conspiré ni tomé parte activa en la revolución de Septiembre.

Me la dieron hecha, y me dieron un puesto oficial, y desde entonces pertenecí: primero, al grupo de los demócratas; y después, al partido radical, cuyo jefe fué Zorrilla.

Siempre reconocí que la política era necesaria en las sociedades modernas, porque, con todas sus impurezas, es elemento importantísimo para el progreso ordenado de la sociedad.

Pero nunca le tuve afición.

Fuí político, leal á mis jefes y á mi bandera. A veces, político ardiente; pero la fiebre pasaba, y me quedaba tan fresco.

Y miraba los acontecimientos, y me interesaba por ellos, como torero viejo que ve la lidia desde la contrabarrera.

Así es, que cuando llegó D. Amadeo á Madrid, cuando le presentamos nuestra dimisión y se constituyó aquel Ministerio de notables con que empezó su reinado el Príncipe de Saboya, yo salí de Fomento, y me volví á casa, tan satisfecho y tan tranquilo.

Había estado casi dos años en el poder: dos años de Ministerio y de Cortes Constituyentes, y volvía á gusto al rincón de mi casa, á mi familia, á mis lecturas y mis estudios, y á mis aficiones.

***

Desde que salí del ministerio de Fomento no volví á ocuparme activamente en la vida pública.

Acudía con frecuencia, casi á diario, á casa de Cristino Martos, porque era mi amigo muy querido; pero nada más.

Así es, que aunque se preparaban las nuevas elecciones, yo jamás le hablé de ellas.

Ni á él ni á nadie.

Mis antiguos amigos y electores me presentaron porque quisieron, sin que yo lo solitase, por Asturias y por Murcia; y yo me dejé presentar, advirtiéndoles, sin embargo, que no estaba dispuesto á gastar ni un solo céntimo en mi elección.

En primer lugar, porque no lo tenía; en segundo lugar, porque, si bien me hubiera agradado salir diputado por vez segunda, era un agrado plácido y tranquilo, no era una pasión por la cual se hacen sacrificios.

Martos me preguntaba de cuando en cuando, sin sospechar mi indiferencia absoluta:—¿Cómo vamos de elecciones; tiene usted seguro el distrito?

Y yo le contestaba:—Mis amigos me presentan en dos distritos, y me parece que saldré adelante.

La verdad es, que me parecía lo contrario, pero no quería molestarle.

Y él, por su parte, no podía sospechar en mí un abandono tan absoluto de mis intereses electorales.

Más adelante, ya me fué conociendo mejor, y se encargó de todas mis elecciones.

A casa de Martos iba, pues, casi á diario, como he dicho, y allí me enteraba de la marcha de la política, en la que desde el principio se dibujaron tendencias diversas, que habían de producir en breve tiempo grandes rozamientos, luchas profundas, mejor dicho, luchas á muerte y, al fin y al cabo, grandes catástrofes.

El Ministerio era de notables, lo cual quiere decir que era un Ministerio de conciliación.

En él estaban representados los viejos unionistas y, por lo tanto, el elemento militar del duque de la Torre. Estaban representados con Sagasta una gran parte de los antiguos progresistas, y con Zorrilla los progresistas ardientes, los que habían de fundirse con los demócratas para formar el partido radical.

Por último, estaban representados los demócratas; formaba parte del Ministerio, si yo no recuerdo mal, porque á cuarenta años de distancia los recuerdos se borran y los nombres se confunden, formaba parte del Ministerio, digo, Moret.

Y en casa de Martos me enteraba yo de que, si el Ministerio era de conciliación, la conciliación desde el principio era poco eficaz.

Un Ministerio de conciliación, haciendo unas elecciones, en primer lugar, se quebranta y desagrega por las luchas internas; y en segundo lugar, trae unas Cortes condenadas á muerte, y tanto menos viables, cuanto mayor ha sido el equilibrio electoral.

Al menos, esto ha sucedido siempre en España; y dado nuestro carácter, y mientras nuestro carácter persista, esto seguirá siendo siempre que la ocasión se presente, hasta la consumación del sistema representativo.

*
* *

Todos los cuentos, historias y comentarios que oía en casa de Martos me entretenían sobremanera.

Si nunca he tenido afición á la política activa, como espectador de los acontecimientos políticos he gozado mucho. Me gusta la política, como me gusta el teatro; me entretiene, me divierte, me interesa; y sobre el teatro tiene una ventaja, á saber: que los dramas y las comedias se representan de noche, y el drama y la comedia política se representan á todas horas: de noche y de día.

Y los acontecimientos son de interés supremo, y hay personajes cómicos, y hay personajes trágicos, y hay sus intrigas entre bastidores; en suma, que el que está dedicado á la política, podrá desesperarse á ratos, pero no se aburre nunca.

Y yo, con no ser más que espectador en este período que voy describiendo, seguramente no me aburría.

Entre los sucesos políticos y las luchas consiguientes, de que me enteraba casi hora por hora, mis libros cuando volvía á casa, y el no tener por entonces ninguna ocupación, bien puedo asegurar que de este primer interregno, si la palabra vale, de mi vida política, conservo muy gratos recuerdos.

Sólo la parte económica, y perdóneseme esta confesión, me preocupaba un tanto: porque no volví á dar mi clase en la Escuela. No sé por qué, pero no volví.

Don Manuel Ruiz Zorrilla estaba en Fomento, y, como ya he dicho en otra ocasión, nuestras relaciones no eran de suma cordialidad; tampoco sé por qué.

Yo le respetaba, le quería, le estaba agradecidísimo; di por bueno todo lo que había hecho en Fomento, y, sin embargo, habían conseguido indisponerme con él; mejor dicho, indisponerle á él conmigo: yo siempre le fuí leal, y él se convenció más tarde de mi lealtad.

Pero, en fin, ello es que no me propuso que volviera á mi clase de la Escuela de Caminos; yo tampoco lo solicité, porque para mí, jamás he pedido nada á nadie, y me quedé, como quien dice, de reemplazo, únicamente con mi cesantía de mi-

nistro, y para casos de apuro, con unos 30.000 reales en la Caja de Depósitos, cantidad que había ahorrado dando lecciones particulares en época anterior, que creí perdida cuando me enteré de que la Caja de Depósitos no tenía un céntimo; pero que se salvó, gracias á la creación de bonos que, á raíz de la Revolución, hicieron Figuerola y Gabriel Rodríguez.

En suma: podía vivir, aunque modestamente, porque en aquella época mi familia era poco numerosa, y, por otra parte, yo nunca he sido aficionado al lujo ni á la ostentación.

De todas maneras, algunos meses más tarde mejoró mi estado económico como voy á explicar.

Me brindaron con la dirección de un ferrocarril que estaba construyéndose, y, naturalmente, yo acepté; que por algo y para algo tenía el título de ingeniero.

No se me oculta, que acaso el lector de estos recuerdos considere insustanciales é inoportunas estas noticias; pero yo no participo de su opinión, y, con este motivo, voy á lanzarme á más altas regiones, desde las que abatiré el vuelo hasta mi modesto hogar, cuando lo crea oportuno, y cuando considere que el lector se ha dado por vencido ó por abrumado.

***

Las primitivas literaturas, creo yo que fueron panteístas, no sólo en la India, sino en la Europa. ¡No es nada, panteístas!

Sus personajes eran dioses y héroes; la fábula era épica; por ejemplo, la guerra de Troya. Y en teatro lo más elevado era tragedia: también salían héroes y dioses.

Pero el individuo siempre ha luchado, y es natural que luche, porque el individuo es la obra más maravillosa de la creación.

No el individuo del Olimpo, dios de mayor ó menor categoría; no el héroe semidivino; no reyes y monarcas ó conquistadores, sino el plebeyo, el esclavo, el burgués en los tiempos modernos.

Y á impulsos de este espíritu democrático, ha imperado en todo el siglo XIX la novela, cuyos personajes son de la misma categoría que tienen los que á diario tratamos.

Y nos interesan sus acciones, las más vulgares, porque son como las nuestras.

El novelista nos pinta su carácter, nos dice cómo visten, y hasta les acompañamos á la mesa, y sabemos si comen bien ó mal.

Y estas llanezas y vulgaridades de los personajes novelescos han pasado, por costumbre y por tolerancia, á las biografías y á las autobiografías en memorias y recuerdos.

Luego yo en los míos estoy autorizado para hablar de todas estas cosas menudas, y el lector que rechace mis noticias, por considerarlas excesivamente humildes, mostrará que no está al corriente de lo que ya se encuentra sancionado en estas literaturas íntimas y en estas públicas confesiones.

Con lo cual cierro el paréntesis, desciendo de generalidades y teorías á mi caso particular y concreto, é insisto en explicar cómo y por qué mejoró mi situación económica al separarme transitoriamente de la política por unos cuantos meses.

*
* *

Pero lo general se enlaza con lo particular; altas cuestiones con intereses mínimos, y el pensamiento siempre vivo del partido progresista, respecto á la cuestión ibérica, vino á redundar en beneficio mío.

La «Unión Ibérica» no se realizó; pero yo tuve casa de balde, un buen sueldo y una posición importante durante unos cuantos años; es decir, tranquilidad, reposo y vida asegurada.

Precisamente fueron los años de mi labor dramática, como explicaré más adelante.

Y ahora he de mostrar cómo se enlazan cosas tan opuestas por la magnitud y tan distantes en el orden natural de los sucesos, como son: la unión de España y Portugal, por una

parte; y por otra parte, el equilibrio de mi modestísimo presupuesto de ingresos y gastos.

Una de las aspiraciones de D. Juan Prim, como había sido aspiración de Olózoga, y de Fernández de los Ríos, y de Zorrilla, y del viejo partido progresista, era constituir una unión íntima entre las dos nacionalidades de la Península, una especie de Confederación Ibérica.

Los federales querian dividir á España en grupos más ó menos autónomos, es decir, pretendían romper una unidad ya existente.

Los hombres del partido progresista querían aplicar el principio federativo; pero para elevarse á unidades más altas, no con espíritu de destrucción, sino con poderoso espíritu orgánico.

Inspirado en este sentimiento, llamó D. Juan Prim un día á su despacho al viejo Pozas, al constructor más rico y más simpático de Madrid, al que había creado el barrio que lleva su nombre, y le habló en estos términos.

Yo no presencié la entrevista, pero como si la hubiera presenciado.

La época en que se verificó fué el año 1870, muchos meses antes de la muerte de Prim, siendo yo todavía ministro de Fomento.

Y habló el general en términos parecidos á éstos:

—Nos conocemos hace años; tengo confianza completa en usted; todo el mundo sabe que es usted muy rico, y le necesito para que me ayude á realizar una gran obra, que es el preludio de empresas mayores.

Yo necesito, á todo trance, un camino de hierro directo entre Madrid y Lisboa; hay una concesión de Madrid á Malpartida, que para mí es la primera sección de este camino que quiero realizar.

Los actuales concesionarios carecen de recursos, en armonía con la empresa; las obras apenas han empezado, y yo necesito que usted, constituyendo una compañía constructora,

venga en ayuda de los concesionarios y construya el ferrocarril en cuestión.

El pobre Pozas se quedó aturdido, y, según me explicaba él mismo, algún tiempo después, le hizo presente á D. Juan: que él no entendía en empresas ferroviarias; que la construcción de un ferrocarril exigía capitales muy superiores á aquellos de que él podía disponer, y que, además, según sus noticias, el de Malpartida no tenía subvención de ninguna clase.

Pero el general no era hombre que desistía de sus empeños, y le contestó: que era cierto que el ferrocarril de Malpartida no tenía subvención, ni había podido incluirse en la ley presentada algunos meses antes (yo fuí precisamente el que se negó á incluirlo), pero que fué porque no presentaba caracteres de una empresa seria, ni casi habían empezado las obras; pero que tan luego como se construyeran unos cuantos kilómetros, se encontraría en el mismo caso de los demás, y la ley podría ampliarse en su favor y en el de algún otro ferrocarril que hubiera quedado en suspenso.

De todas maneras, D. Juan le respondía de que se le concedería subvención, porque para él era un ferrocarril de extraordinaria importancia.

Le agregó D. Juan Prim, que se convertirían en obligaciones las láminas de las provincias de Cáceres y Toledo, y que, por lo tanto, con el capital que representasen estas láminas, con la subvención y con los recursos de que Pozas disponía, y atendiendo, además, á que se trataba de una vía de fácil construcción, el problema económico quedaba completamente resuelto.

En cuanto á si Pozas entendía ó no entendía de estas empresas, se vencía la dificultad buscando buenos ingenieros.

En suma: bajo la fe de D. Juan, que era entonces el verdadero dictador de España, y con su promesa de que el Gobierno á todo trance le apoyaría, se decidió Pozas: hipotecó todas sus fincas, puso toda su fortuna en aquella aventura que le costó la vida, y costó la vida á su hijo Gregorio Pozas, que

llegó á ser, como explicaré en otra ocasión, uno de mis mejores amigos, y la casa Pozas se convirtió en contratista de las obras.

D. Juan Prim murió algunos meses después, y Pozas quedó grandemente comprometido en aquel empeño, aunque, afortunadamente, á la protección de D. Juan Prim se sustituyó la protección, resuelta y decidida, de D. Manuel Ruiz Zorrilla, que, en cierto modo, heredó el pensamiento y los compromisos de D. Juan.

Pozas tuvo que buscar ingenieros, y encontró, por su fortuna, á D. Eduardo Gutiérrez Calleja, cuya familia había tenido relaciones de amistad con la familia Pozas.

Ambas familias pertenecían á la vieja, honrada y laboriosa burguesía de Madrid; comerciantes unos, constructores otros, y todos modelos de rectitud y honradez.

Además, Calleja, que había sido compañero mío de promoción, y que salió con el número dos ó tres, tenía mucho talento, y sobre todo, un talento práctico de primer orden.

Él, andando el tiempo, salvó de la ruina, como explicaré en otra ocasión, la fortuna de los Pozas, ya que no pudo salvar la vida ni del padre ni del hijo, que sucumbieron en aquella lucha desesperada en que se vieron empeñados.

Entraron, también como ingenieros, D. Miguel Martínez Campos, hermano del célebre general, reconocido por todos como talento de primer orden; D. Rogelio Inchaurrandieta, que ha llegado á ser ingeniero eminente, y el Sr. Varcárcer, joven de muchas esperanzas.

En esta ocasión fué cuando Calleja, en nombre de los Pozas y de la empresa concesionaria, me ofreció el cargo de director general, que yo acepté con regocijo y gratitud, porque era para mí una posición que, como vulgarmente se dice, ni soñada.

Un buen sueldo, casa, la cesantía de ex-ministro, trabajos en armonía con mi profesión, los demás ingenieros compañeros todos, amigos, y de cuya inteligencia y rectitud tenía yo pruebas evidentes.

Dentro de lo humano, garantías de seguridad para la empresa y un porvenir tranquilo.

En gran parte acerté; al correr de los años vinieron dificultades de suma gravedad; pero éstas no son historias del momento.

*
* *

Por entonces, mi posición estaba asegurada en el orden económico, con bastante desahogo, con todo el que yo podía apetecer; que en esto de la fortuna material nunca he aspirado ni he llegado á ser plutócrata, y en verdad que lo siento, porque en todo lo que contra la plutocracia se dice, hay mucho que rebajar, y la mayor parte de los que la combaten, lo que sienten es no ser archiplutócratas: en el fondo de tales críticas se mezclan varios componentes, que alguna vez analizaremos.

La naturaleza humana es así.

Y de la naturaleza humana tengo yo mucho que hablar en estas crónicas.

Y como soy muy viejo, y no he sido mal observador, y antes de que se inventasen los rayos X ya sacaba yo, para mi uso particular, fotografías muy profundas del interior de las personas, he de hacer pinturas y he de trazar cuadros, aunque sin designar muchas veces los nombres propios, que acaso tengan interés para el estudio de la sociedad española de fines del siglo XIX y principios del XX.

Pero esto vendrá más tarde; ó más tarde me propongo que venga, si bien del porvenir no puede responder quien cuenta los años que yo cuento.

En suma: yo era un ex-ministro, director de un ferrocarril en construcción, político poco activo y candidato, menos activo aún, en las primeras elecciones generales que se celebraron durante aquel efímero, trabajoso y turbulento reinado de tres años de D. Amadeo de Saboya.

Como dije antes, mis funciones políticas se reducían á ir á

casa de Martos, y oir con interés y curiosidad todo lo que allí se contaba.

Y el resto de mis horas libres lo empleaba en mis estudios matemáticos.

Por entonces publiqué los primeros artículos, que luego he coleccionado, sobre las teorías modernas de la Física, artículos que fueron apareciendo en la *Revista de Obras Públicas,* y que me valieron, como regalo, un tomo lujosamente encuadernado, y cuya portada dice así:

«*Recherches arithmétiques*, par M. Ch. Fr. Gauss (de Brunswick); traduites par A. C. M. Poullet-Delisle, professeur de Mathématiques au Lycée d'Orléans.»

Aparece también esta dedicatoria:

«Al Sr. D. José Echegaray, Ingeniero Jefe de Caminos, Canales y Puertos, la redacción de la *Revista de Obras Públicas.*»

Y al consultar el libro, observo que mi memoria en punto á fechas es poco fiel, porque este recuerdo de mis amigos y compañeros es de fecha anterior al año 1870.

Pero importa poco; los hechos que cito son ciertos, y los artículos que ya había empezado á publicar en la *Revista de Obras Públicas* fueron los primeros de una triple serie que he coleccionado con posterioridad, aunque no he coleccionado todavía, ni sé si llegarán á coleccionarse, más de 700 artículos que llevo publicados en el *Diario de la Marina.*

Y volvamos á mis elecciones, y dejémoslas para el artículo próximo.

José Echegaray

PARNASO INTERNACIONAL

IN DESERTO

(De Teófilo Gautier)

Los picos de las sierras, las estériles
Dunas, donde jamás fresca y lozana
Brotó la hierba; los desnudos cerros
A cuyos flancos dan ocres y margas
Desiguales estratos, y frecuentes
Súbitos hundimientos los descarnan;
La greda, llena de brillante mica,
Que, cual fúlgidos átomos de plata
Mariposea; la infecunda arena
Qué inútil bebe las nocturnas lágrimas
De los cielos; la roca, con su espesa
Barba de matorral; la solfatara,
Con rudo peñascal de piedra pómez,
Tan áridas no son para las plantas
Como es el duro mármol de mi pecho
Para toda pasión. Las cumbres ásperas
Bate el ardiente sol de mediodía
Con sus lívidos rayos, y no hay nada
Tan triste y tan horrendo cual la inmensa

Claridad, con que lúgubre resalta
Esa desolación. Inmóvil yace
El lagarto; las víboras resbalan
Entre la hierba mustia; ni una sola
Margarita nos muestra en su flor blanca
El dorado botón; ni un lirio solo
Desgrana su tesoro; ni velada
Por la púdica sombra, la violeta
Se oculta humilde, como amante pálida.
Ruda maleza nada más, y troncos
De árboles muertos, que doblega y rasga
La rodilla del viento. Ningún eco
De dulce voz; ni enjambre que viaja
De industriosas abejas, ni paloma
Llorando su viudez. Los buitres pasan
Con tardo vuelo. El águila, en el disco
Fulgurante del sol la vista clava,
O allá en la enhiesta cúspide del monte,
Donde parece que sus pies arraigan,
Sobre el oro encendido del ocaso
Dura dibuja su soberbia estampa.
Tal fué la roca, que Moisés un día
Hirió con su bastón, y frescas aguas
Del flanco abierto derramó copiosa
Sobre su pueblo en próbida cascada.
Si yo así llegar viese alguna reina
Del corazón humano, alguna maga,
Un Moisés femenino, que los pueblos
En el desierto tras de sí llevara,
Y golpease mi marmóreo pecho,
Cual del otro peñón, ondas de plata
En bullidor torrente surgirían,
Y las secas raíces se abrevaran
En su puro raudal, y los pastores,
Llevando allí sus montaraces cabras,

Descansarían á la dulce sombra
En blando lecho de mullida grama.
Y como en un vivero bien provisto,
La fiel cigüeña, con voraces ansias,
Hundiría en el agua el largo pico
Y lavaría sus brillantes alas.

TEODORO LLORENTE

EL GRUPO EN MÁRMOL DE DAOIZ Y VELARDE

Y EL ESCULTOR D. ANTONIO SOLÁ

Triunfante la insurrección militar de las Cabezas de San Juan, el año 1820, el embajador que España tenía cerca de la Santa Sede, D. Antonio de Vargas Laguna, fué inmediatamente exonerado de aquel cargo, pues era cosa sabida la adhesión personal que profesaba al rey Fernando VII y la repugnancia que sentía por las instituciones creadas en las Cortes de Cádiz, cuya legalidad se acababa de restablecer. Mas antes de que dejara su cargo á su primer secretario, D. Narciso Aparicio, en función de Encargado de Negocios, quiso el duque de San Fernando, ministro á la sazón de Estado, informarse bien de la gente española que residía en Roma, y á qué cosas se dedicaban. El elemento artístico, según el despacho de Vargas Laguna del 15 de Marzo del año referido, era bastante numeroso, aunque pensionados por la Corona sólo había tres escultores y tres pintores. Los escultores eran: D. José Alvarez, que en Roma compartía su primera reputación con Canova y con Thorvaldsen; D. Antonio Solá, que ya antes había disfrutado otra pensión de la Junta de Comercio de Barcelona, de donde era natural, y D. Ramón Barba; y los pintores D. Gaspar Salesa, D. Inocencio Borghini y D. Vicente Ximeno. Estos últimos tenían por maestro á D. José de Madrazo, así como el di-

rector de los escultores pensionados era el ya citado Alvarez, natural de Priego de Córdoba, que en sus mocedades había sido muy protegido por el ilustre diplomático D. José Nicolás de Azara.

Los demás artistas españoles residentes en 1820 en Roma eran: el pintor D. Miguel Cabañas, de Barcelona y pensionado activo de la Junta de Comercio de aquella ciudad y el Principado; D. Luis Cuevas, también pintor, D. José Aliarde, gravador, y D. Juan López de Enguídanos, los tres de Valencia y pensionados por este reino; el pintor D. José Zanetti, de Zaragoza, y el grabador D. Manuel Esquivel, de Sevilla.

Entre Alvarez y Solá existió siempre cierta, aunque disimulada rivalidad, que alimentaban los dos grandes maestros de la escultura en Europa durante el primer tercio del siglo XIX: los ya mencionados Canova y Thorvaldsen, de los que Alvarez seguía las huellas geniales del primero y Solá las clásicas del segundo. Espiábanse mutuamente las obras en que se empleaba cada uno, para acometer otras semejantes, y así bastó que Solá supiese que Alvarez había modelado un grupo semicolosal, alegórico de *La defensa de Zaragoza*, para que él idease otro grupo, también semicolosal, de las dos primeras víctimas gloriosas de la guerra de la Independencia, y los que la inauguraron en el seno del heroísmo, los capitanes de artillería *D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde*, muertos peleando gallardamente á las puertas del parque de Monteleón, el inolvidable *Dos de Mayo de 1808*, que ellos, con el pueblo de Madrid, hicieron inmortal á precio de su sangre.

A principio del año 1820, Alvarez, no sólo tenía terminado su modelo é impetrado el favor del rey Fernando VII á fin de que se le diesen los recursos necesarios para la ejecución de su tallado en mármol de Carrara, sino que con fecha del 31 de Enero le era comunicada, por medio del embajador Vargas Laguna, la orden del rey para que procediese á la realización de su obra, aunque no había especificado el cálculo de su coste, mas obligándole á la presentación semestral de la cuenta de los gas-

tos que se le originasen, cuenta que había de pasar por el examen y aprobación, ¡caso raro y extraño!, del escultor Thorvaldsen, que era el que en Roma gozaba entonces mayor reputación. Por estas cuentas, consta que la labor de Alvarez fué excesivamente lenta todo lo que duró el agitado período político del 1820 á 1823, en cuyo tiempo Vargas Laguna fué depuesto de su cargo diplomático y permaneció casi constantemente ausente de Roma. Habiendo sido, con Gómez Labrador y Balmaseda, uno de los negociadores de los acuerdos de Laybach y Verona que dieron por resultado la expedición del duque de Angulema á España, y habiendo venido él mismo personalmente á Madrid, donde esperó el regreso del rey Fernando de la azarosa cautividad de la isla de León, renunció el cargo de secretario de Estado, en que el agradecido monarca quiso emplearlo para tenerle en su ministerio, y sólo aceptó los gajes de consejero efectivo y la reposición en la embajada cerca de la Santa Sede. No retardó su vuelta á la capital de la corte pontificia, donde había dejado su casa, familia é intereses, y reinstalado en el palacio de España, fué uno de sus primeros cuidados informarse del estado en que se hallaba la obra de Alvarez, casi paralizada, facilitarle los medios para proseguirla y estimularle para su conclusión. La primer *cuenta documentada que presenta D. José Alvarez, escultor de Cámara de S. M., al Excmo. Sr. D. Antonio de Vargas Laguna, ministro plenipotenciario del Rey, nuestro señor, cerca de la Santa Sede, de los gastos ocurridos en la obra del grupo semicolosal de que está encargado, y que comprende desde primero de Julio hasta todo Diciembre de 1823,* lleva la fecha del día 31 de este último mes. La aprobación de Thorvaldsen se expidió el 13 de Febrero siguiente, y decía así:—Eccellenza: *con il maggior piacere mi sono prestato ad examinare i conti del célebre scultore signore Don Giuseppe Alvarez, i quali devo approvare perchè li trovo non soltanto guiusti, ma moderatissime. Bramo che in ogni incontro disponga V. E. di me, e colgo questa opportunitá per rassegnarmi coi senzi della piu distinta stima—Divostra Ecce-*

llenza—13 Febraro 1824—Alberto Thorvaldsen.—*S. E. sig.r cav. Vargas, ministro plenipotenziario de S. M. C. presso la Santa Sede.*» Estas cuentas además nos informan de que Alvarez, durante la ejecución de su obra, tuvo establecido su estudio en el que alquiló á D.ª Claudia Battaglia; que se sirvió de auxiliares de los escultores italianos Carlos Monti y Jeromino Santonio, siendo además sus aprendices los jóvenes Luis Spagnuoli y Constantino Borghese.

No había, entretanto, desperdiciado su tiempo D. Antonio Solá. Tenía éste á la sazón cuarenta y seis años de edad, se hallaba en el apogeo de sus concepciones artísticas y de sus facultades, y tal renombre había alcanzado, principalmente con el busto colosal del Papa Pío VII, y su estatua de Ceres, que había mandado de regalo al rey Fernando VII en Madrid, y con su grupo de las *Nereidas,* con que había expresado del mismo modo su agradecimiento á la Junta de Comercio de Barcelona, que fué quien le pensionó por vez primera en la ciudad de los Césares y de los Pontífices, que se le había admitido como miembro benemérito en la *Accademia di San Luca.* Su modelo en yeso del grupo de *Daoiz y Velarde,* había merecido los elogios de todo el mundo artístico y principalesco de Roma. El *Giornale Arcadico* había escrito un artículo muy encomiástico de él. La obra de Solá preludiaba en el arte una nueva aurora de porvenir.

La época del Imperio había producido una especie de restauración hacia el gusto de lo antiguo clásico, como sucede siempre que las ideas y los sentimientos se han envilecido, introduciendo lo estrambótico, lo arbitrario, lo extravagante, anarquía que hay que enfrenar en el arte, como en la sociedad política, á fuerza de severidad, orden, regularidad y disciplina. En la estatuaria se había hecho inadmisible todo lo que no fuese, ó el desnudo ó los paños de las creaciones del arte griego y romano. Hasta á Napoleón se le vistieron las ropas de los Césares de la antigüedad, y en nuestro *Museo de Arte Moderno* se encuentran soberbias estatuas de Carlos IV y de Ma-

ría Luisa, él, que asemeja un Galba ó un Trajano, y una Julia la reina. ¿Quién se habría atrevido á modelar figuras heroicas sin este dechado? Alvarez, en su grupo de *La defensa de Zaragoza*, esculpió un atleta gigantesco: mucho músculo, mucho nervio y las rígidas actitudes convencionales de la Academia. Solá, sin atreverse á romper del todo con lo que á la sazón constituía los cánones del buen gusto, no halló bien que las figuras de Daoiz y Velarde aparecieran como las de simples gladiadores: era preciso que en ellos se reflejasen los soldados del tiempo moderno y hasta el arma que los caracterizó. Buscó un término medio: vistió y no vistió á sus personajes de los trajes de su profesión, y apartándose de lo hasta entonces estatuído, é inaugurando el camino nuevo en que tanto había de avanzar después el arte moderno, creó la escuela de la libertad que á poco nos dió la imagen de Napoleón con su sombrero apuntado, su casacón militar y sus botas altas de campaña, en la cima de la columna de Vendôme. *El Giornale Arcadico* escribió sobre este punto:—«Egli a demostrato, *forse per primo*, potersi dare a statua di personaggi moderni tutta l'aria e il sapore dell' antico senza tradire la veritá dei tempi.»

En el expediente que sobre el grupo de *Daoiz y Velarde* está formado en el Archivo Municipal de Madrid, consta que Solá, con fecha del 30 de Abril de 1822, ofreció al rey Fernando VII, desde Roma, el modelo que había ideado y que todo el mundo artístico de aquella capital de las artes, había aplaudido con entusiasmo, y del que acompañaba un diseño. Este diseño agradó mucho al rey, el cual dispuso se enviase al Ayuntamiento, para que la corporación municipal de Madrid lo examinara, y viera si podía tener colocación en el obelisco funeral que, en honor á las víctimas del Dos de Mayo de 1808, se estaba levantando en el Prado. La instancia vino dirigida á D. Francisco Martínez de la Rosa, que era ministro de la Gobernación, para que éste la pusiese en manos de S. M. Solá incluía, además, en estos documentos, la nota de los gastos que ocasionaría la ejecución en mármol, si el rey se dignaba

disponerlo así. Esta nota de Solá es curiosa, por la modestia con que los artistas de entonces valuaban sus trabajos. Decía así:—«El mármol de Carrara de segunda calidad para todo el grupo, teniendo las figuras once palmos castellanos de alto y el ancho correspondiente, importa 13.400 rs. El trasporte de este mármol desde los montes de Carrara hasta el estudio de Solá en Roma, 4.600. Los jornales de los operarios para desbastar el mármol y otros pequeños gastos, 36.000; ó sea un total de 54.000 rs., sin el pago del artista, autor de la obra.» Solá hacía observar que si el grupo se hubiese de colocar en alguna pieza ó lugar descubierto, habría que aumentar en tres palmos su altura, en cuyo caso el coste subiría otros 40.000 rs. más; y que si se trabajaba en mármol de primera calidad, que no se diferenciaba mucho de la de segunda, habría otro sobreprecio de unos 12.000 rs. en el tamaño menor de catorce palmos y 20.000 en el de éstos: ó lo que es lo mismo, que la otra sin la mano del artista, costaría, en suma, unos 114.000 rs. También se brindaba á formar el grupo de dos piezas separadas, en el concepto de que en su colocación quedarían unidas de manera que la unión no se conocería: finalmente, marcaba de veinte á veinticuatro meses el tiempo que creía necesitar para la ejecución de la obra, aun empleando la mayor actividad y no dispensándose de fatiga alguna para concluirla lo más pronto posible.

Con estos informes, Martínez de la Rosa obtuvo una Real orden, expedida el 26 de Junio del año referido, que decía así: «Deseando S. M. el rey (q. D. g.) que el grupo de Daoiz y Velarde, cuya ejecución en mármol de Carrara tiene proyectada el escultor español D. Antonio Solá, sea uno de los monumentos que adornen esta capital, teatro que ha sido de la acción heroica á que alude, quiero que se excite el celo del Ayuntamiento Constitucional de la misma para que proporcione los medios de realizar este proyecto, en cuyo caso, podría colocarse el mencionado grupo en el monumento que, para perpetua memoria del día *Dos de Mayo*, se construye en el paseo del

Prado. Con este objeto, se ha servido S. M. se pase á V. E. la adjunta copia de la carta del artista y otra del presupuesto que ha remitido del coste que podrá tener la mencionada obra, advirtiendo que el dibujo de ésta se halla en la Secretaría de mi cargo, en que podrá examinarla la persona que el Ayuntamiento comisione á este fin. S. M., interesado en perpetuar el recuerdo de una acción tan gloriosa como la que ejecutaron los dignos españoles Daoiz y Velarde, é igualmente que el monumento que lo transmita á la posteridad sea ejecutado por uno de sus compatriotas, espera que el Ayuntamiento de Madrid aprovechará esta ocasión de estimular los talentos del artista y recompensar su patriotismo, facilitando los fondos necesarios para la ejecución del expresado grupo y proponiendo los medios de obtenerlos lo más prontamente, en cuyo caso se darán por Su Majestad las órdenes necesarias para su traslación á esta capital luego que se halle concluído.»

Excusóse el Ayuntamiento de admitir el nuevo compromiso, por la penuria de su tesoro y por hallarse empeñado en la obra del monumento del Prado; y encontrándose el rey perplejo é indeciso sobre la determinación que había de tomar para que semejante proyecto se llevase á cabo en honor de los ilustres capitanes del cuerpo de Artillería, en quienes se representa y personifica toda la aureola del honor y de la gloria, por el cruento sacrificio de aquel día y por el ejemplo de heroísmo que se dió á toda España oprimida por la presencia del invasor extranjero, apareció en el número 204 de *El Universal*, correspondiente al martes 23 de Julio de 1822, un artículo comunicado, que suscribía D. Manuel de Herrera Bustamante, á título de artillero, de amante de las artes y «de compañero desde la infancia del ínclito Velarde, educado en el mismo colegio, y paisano y amigo íntimo suyo», á quien el recuerdo de sus virtudes le conmovía hasta derramar lágrimas. Herrera Bustamante proponía que, á fin de que se pudieran ver realizados algún día un proyecto tan patriótico y nacional y un monumento *tan elegante y bien concebido*, se excitase el entusiasmo

y la generosidad del Cuerpo á que Daoiz y Velarde habían pertenecido, á fin de que los artilleros tomasen á su cargo una empresa tan laudable y tan propia de los sentimientos que animaban á todos sus individuos. Y añadía: «El Cuerpo de Artillería, que en otro tiempo celebró con tanta pompa y majestad las exequias de los dos héroes (1814), y cuya generosidad es inagotable cuando se trata de celebrar la gloria de sus hijos, no dudo se prestará gustoso á costear un monumento tan digno de la Nación. El Gobierno, que ha aceptado la oferta del Sr. Solá, acogerá igualmente la que le hiciese el Cuerpo (1).»

No se equivocó el entusiasta comunicante de *El Universal*. Antes de que transmitiera el Gobierno á los artilleros el patriótico ofrecimiento, ya éstos, espontánea y generosamente, lo habían aceptado á la simple lectura de la exhortación de Herrera Bustamante. Correspondiendo el Cuerpo con bizarro desprendimiento á este fin, el 29 de Julio salió de Madrid, para todos los departamentos de la Península y Ultramar, la Circular de la Dirección general del Arma, en forma de consulta, que comprendía tres puntos: primero, si el Cuerpo aceptaba el sacrificio de un $^{11}/_{36}$ del sueldo anual para destinarlo á aquel empleo; segundo, si la suscripción que se abriera había de ser ex-

(1) En honor de la verdad, la iniciativa para esta suscripción no fué toda de Herrera Bustamante, sino del mismo periódico *El Universal*, órgano de Martínez de la Rosa, que en su número 188, correspondiente al 8 de Julio de 1822 (plana 4.ª, columna ij., artículo *Bellas Artes)*, escribía: «El Gobierno ha aceptado la generosa oferta de Solá..., y no dudamos que los amantes de las artes y de la gloria nacional suministrarán la mezquina cantidad de cinco ó seis mil duros que podrá costar dicha obra, incluso el transporte. Sólo el Cuerpo de Artillería nacional sería capaz de encargarse de aprontar dicha suma para perpetuar la memoria de sus ilustres compañeros, si se le permitiese apropiarse exclusivamente de esta gloria. La villa de Madrid, que tantas pruebas nos ha dado del deseo que la anima de hacer eterna entre nosotros la memoria del *Dos de Mayo*, contribuirá también poderosamente por su parte á enriquecer la capital de las Españas con este precioso monumento.»

clusiva; y tercero, si el monumento debía erigirse en Segovia, en la llamada *Plaza de Armas*, á la entrada del Alcázar, para que la vista continuada de los héroes fuese ejemplo que perennemente estimulase la idea del pundonor militar y del sacrificio heroico en los corazones de la juventud que en aquella Escuela se educaba para el ejercicio de las armas. «Todos los individuos que existen en esta plaza, contestaban el 16 de Agosto los de San Fernando, y que con nombramiento real tenemos la dicha y la vanagloria de pertenecer á un Cuerpo que produjo tan ilustres é inmortales héroes como Daoiz y Velarde, nos hemos llenado del más acendrado placer, viéndonos invitados á dar un pequeño testimonio á la amada Patria de que, si por nuestra desgracia no se nos ha presentado ocasión de sacrificarnos por ella é igualar en sus gloriosos hechos á tan sublimes héroes, sabemos apreciar aquéllos en todo su valor, y tributar á la memoria de los valientes hijos de este digno Cuerpo el justo homenaje que le es debido, demasiado limitado, en verdad, para la extensión de nuestros deseos.»

Como los de San Fernando, contestaron los artilleros españoles de los demás departamentos de los dos mundos; y los de Méjico y el castillo de San Juan de Ulúa, en un mensaje entusiasta, enviaron desde luego la cantidad que les correspondía, y que condujo á Cádiz el capitán de la fragata mercante española, *La Fama de Cádiz*. En Sevilla, Granada, Canarias, la Habana y otros puntos optaron todos por la suscripción exclusiva; y los de Sevilla, acerca del lugar de la erección, decían: —«Su colocación en la plaza de Armas, frente al alcázar de Segovia, no nos ha parecido la más oportuna; pues aunque es muy cierto que la costumbre de contemplarlos será un estímulo muy poderoso para que los jóvenes se predispongan á imitar el ejemplo que les den los héroes, será un obstáculo para las evoluciones que en sus ejercicios hagan los cadetes, y siempre estará expuesto á sufrir golpes casuales en partes débiles, que en los ratos de recreo le den éstos: á más que, como el Alcázar de Segovia no es edificio en donde puede asegurarse estén siem-

pre los cadetes del Cuerpo, si llegara á salir de allí, de nada serviría en aquel sitio el monumento. Así, pues, creemos más conveniente su colocación en la plaza que en esa corte esté más inmediata al sitio en que fueron víctimas los dos héroes (1).»

Tampoco Herrera Bustamante había sido de opinión que el grupo escultórico de *Daoiz* y *Velarde* se erigiera en Segovia en monumento nacional.—«Yo, dice, plantearía en la plazuela de Santa Catalina (hoy de las Cortes), una alameda de figura trapecio, cuyo lado menor correspondiese á la avenida del Prado, dejando expeditas las prolongaciones de la calle del Prado y Carrera de San Jerónimo; trazaría en la medianería de este lado menor, con los mismos árboles, un semicírculo entrante, en cuyo centro colocaría el grupo mirando hacia el Prado. De este modo se hermosearía toda aquella avenida, que ahora se ve tan árida y escueta.» Este pensamiento, no solamente no fué aceptado, sino que, para que jamás ningún otro pudiera volver á proyectarlo, se erigió de improviso y casi de secreto, á fin de que no produjese contradiccion, la estatua de CERVANTES en el lugar referido: ¡suerte desgraciada que ha cabido también á todos los parajes que debieran recordar las refriegas y sacrificios cruentos del *Dos de Mayo de 1808*; pues las reformas urbanas que desde aquella fecha se han ido ejecutando en esta capital, parece que no han sido sugeridas sino por el propósito deliberado de borrar del mapa topográfico de Madrid aquellos lugares que debieron haberse consagrado á perpetuidad como altares venerandos de la redención de la Patria! Solamente los artilleros no decaían en su fe y en su patriotismo, y los de Granada, animados del espíritu más generoso y bizarro, representaron también que Solá podría venir de Roma á Madrid para ejecutar su obra, y que, en vez de emplear mármol de Carrara, se esculpiera el grupo en mármol de Macael, de la provincia de Almería, «que en nada

(1) *Archivo de la Dirección de Artillería*: Expediente del DOS DE MAYO.

cede al de primera clase de Carrara, cuando no sea superior». Los jefes y oficiales que se hallaban en aquella capital se brindaban en esta comunicación á extraer por sí y á sus expensas el mármol necesario de primer desbaste, y á costear del mismo modo su porte hasta Madrid, á fin de que en esta capital, y bajo el ambiente enteramente local y de patria, Solá pudiera modelar las nobles figuras de sus héroes, conciliando en su obra la pura inspiración nacional con el profundo sentimiento del arte.

Aunque la suscrición abierta en todos los departamentos en que se dividía á la sazón en los dos mundos nuestro Real Cuerpo de Artillería, no cesó un solo momento de fomentar los arbitrios pecuniarios para que Solá pudiera ejecutar su obra artística, los sucesos políticos de la Península paralizaron de tal manera el curso de la ejecución, que pasaron cuatro largos años sin que el escultor catalán laureado en Roma volviera á tener conocimiento de lo que en la Península se pensaba acerca de su proyecto. Con fecha 28 de Febrero de 1826 Solá volvió á la carga: directamente escribió al duque del Infantado, incluyéndole una nueva instancia para el rey:—«Este grupo, decía en aquella carta al duque, hecho por mí hace ya tiempo, existe en mi taller, vaciado en yeso, habiendo tenido la aprobación de todos cuantos le vieron y de los artistas más célebres de esta capital. Espero que V. E. se dignará, como protector de las Nobles Artes y como amador de las mismas, favorecerme en todo lo que pueda, pues resultará de esta obtensión un monumento que, en el sentir de todos, hace mucho honor al arte; y yo, adquiriendo mayor fama y crédito con él por la bondad de S. M., manifestaré los adelantos que me ha procurado el subsidio que S. M. me tiene acordado.» La instancia al Rey estaba concebida en los términos siguientes:

«Señor: D. Antonio Solá, escultor y académico de mérito de la Academia de San Lucas de Roma, y pensionado que fué por S. M. para perfeccionarse en su noble arte en esta capital, á LL. RR. PP. de V. M., con el más profundo respecto expo-

ne:—Que, deseoso de manifestar á V. M. su gratitud por la pensión que se dignó concederle, se propuso hacer una obra en grande que acreditase su aplicacion y cortos adelantamientos. Para perpetuar al mismo tiempo las glorias de V. M., unidas á la heroicidad del Pueblo Español, que, inflamado de amor á su Soberano, unánime y simultáneamente se declaró contra el usurpador en la guerra de la Independencia, fué su proyecto, pues que era la época que le ofrecia más dignos asuntos, y ninguno encontró preferente, ante tantos y tan memorables, como el de transmitir á la posteridad, representado en el mármol, el de aquella decisión noble y valiente de las dos primeras víctimas del para siempre célebre *Dos de Mayo* de 1808, cuando juraron, animados del amor de V. M. y de indignación al pérfido enemigo, morir antes al pie de su cañón que dejar de sostener con honor las armas de su Rey, ni humillación al yugo extranjero. El grupo de *Daoiz y Velarde*, presentado en aquel momento, fué, pues, el objeto de su composición. Dió principio el modelo de dicha obra, con gran recelo de que no respondiera á tan grandiosas ideas; pero concluído que fué y vaciado en yeso, tuvo la extraordinaria satisfacción de que resultara en su ejecución muy superior aún á lo que se había propuesto, y de que fuesen elogiados de cuantos lo vieron, contándose entre ellos los más famosos artistas de esta capital, según lo que en el adjunto opúsculo (1), que entonces se publicó, y que tiene el honor de remitir á V. M., como igualmente el dibujo del grupo que le acompaña (2). Concluída por el exponente la citada obra, se dirigió al Ministerio, en el año de 1822; pero las circunstancias de aquel tiempo no dieron lugar á determinación alguna. Aguardaba impaciente el suplicante la ocasión oportuna de ofrecer á V. M. este homenaje de su

(1) *Notizie | intorno il modello | di un gruppo | da scolpirse | dal cav. | Antonio Solá | academico di S. Luca |* —Extracte dal *Giornale Arcadico:* tom. XIV, pág. I.—Roma, 1822.

(2) No consta en el expediente—(Arch. Hist. Nacional—*Estado*—Leg. 5.788.

gratitud é infatigable celo, y emprendido lo hubiera por su cuenta, si recursos hubiese tenido para ello. Pero faltándole éstos, con motivo de haber concluído el corto plazo del goce de su pensión, recurre á V. M. á fin de que se digne mandarle ejecutar en mármol la referida obra, en la que tanto ha procurado esmerarse, y dar mayor lustre á las Bellas Artes, señalándole los fondos para su ejecución, y á cuyo fin se incluye la nota aproximada de los gastos que requiere; pues por lo que pertenece á su trabajo, que calculará el de dos años, sólo pide á V. M. se digne continuarle, ínterin dure la obra, la pensión que antes disfrutaba de 12.000 r.^{s} v.^{n} anuales, para poder sostenerme durante ese tiempo. La gloria de V. M., el lustre del nombre español, el honor de las Artes de nuestro país y la manifestación de la gratitud del exponente que acreditará deber su adelantos á la generosidad de su Monarca, todo, todo, Señor, se interesa en la ejecución de esta obra. Dígnese, pues, V. M., como protector de las Bellas Artes, acceder á los ruegos del exponente, que sin cesar pide al cielo guarde la preciosa vida de V. M. los muchos años que la Monarquía ha menester.—Roma 28 de Febrero de 1826.—*Señor*: A L. R. P. de V. M.—Antonio Solá.»

A la márgen Infantado mandó (31 de Marzo) que de R. O. se pidiera al ministro de España en Roma informara sobre el concepto artístico que merecía Solá. Esta R. O. no se expidió hasta el 2 de Mayo del mismo año, y D. Guillermo Curtoys, que por muerte de Vargas Laguna había quedado de encargado de Negocios cerca de la Santa Sede, en despacho de 31 de Mayo decía sobre este particular:—«Excmo. Sr.: En R. O. del 2 del corriente se sirve V. E. decirme, que, habiendo solicitado D. Antonio Solá, académico de mérito de la Academia de San Lucas, de esta corte, y pensionado que ha sido en ella por el Rey, nuestro señor, para perfeccionarse en la escultura, que se le permita ejecutar en mármol el modelo que ha hecho de un *Grupo de Daoiz y Velarde*, se ha servido S. M. mandar, antes de resolver, que yo informe del concepto artís-

tico que se merece. En su cumplimiento, puedo decir á V. E. que tanto la obra de que se trata, como su autor D. Ant.° Solá, no sólo han merecido la aprobación y buen concepto de los artistas de esta capital y demás inteligentes, sino también los elogios estampados en los papeles públicos; pudiéndose añadir á todo esto su arreglada conducta, aplicación y laboriosidad de que ha dado pruebas, como lo acredita la misma obra del mencionado grupo, que le honra y da por lo menos á conocer sus deseos de aprovechar. Todo esto hace presumir que si el Rey, nuestro señor, se digna concederle lo que ha solicitado, esta Real clemencia de S. M. sería un nuevo y poderoso estímulo que lo impulsase aún á mayores adelantamientos. Es cuanto me ocurre decir en contestación á la mencionada Real Orden. Dios guarde á V. E. muchos años. Roma 31 de Mayo de 1826.—Exmo. Sr.—B. L. M. de V. E. su más at.° serv.r — Guillermo Courtoys.—*Exmo. Sr. Duque del Infantado.*»

Aun después de informes tan lisonjeros, y mientras se recaudaban las cantidades con que el Cuerpo de Artillería contribuía al coste de la obra escultórica (1), en 3 de Julio de 1826 se preguntó al ministerio de Hacienda si se podría contar con el total del coste de los 2.700 duros y conducción de dicha obra de escultura en el tiempo que durase su elaboración, pero hasta el primero de Abril de 1827 no contestó el ministro D. Luis López Ballesteros al de Estado, que daría orden para que en Roma se pagasen 4.000 r.s mensuales á Solá hasta el completo de la cantidad presupuestada, acuerdo sobre el cual hubo que volver, haciéndole entregar de una vez los mil trescientos cincuenta duros al empezar la obra y otra cantidad igual cuando se terminase. A consulta de Solá se contestó, en 17 de Noviembre del mismo año de 1826, «que no se haría con

(1) Ya se ha dicho que el Cuerpo contribuía con el $^{11}/_{36}$ de la paga de un mes de todos sus jefes y oficiales. Los del departamento de Méjico existentes en San Juan de Ulúa suscribieron 71 pesos fuertes, cuya cantidad figura en las cuentas de la Secretaría de la Inspección general de Artillería de 21 de Abril de 1823 á 1824.

el grupo más que lo acordado, mediante á que no había de ser colocado en ninguna plaza ni otro lugar descubierto», y por último, en 30 de Enero de 1827 se le concedió de una manera formal y definitiva la orden para la ejecución, continuándole á él mientras ésta duraba la pensión que antes había disfrutado y los 2.700 pesos fuertes que había pedido para ocurrir á los gastos necesarios. La pensión de Solá se pagaba por los fondos de Monserrat y Santiago, y por el banquero de la embajada las otras cantidades.

Aunque el plazo en que Solá debía desempeñar su obra era el de dos años, hasta Julio de 1830 no la dió por terminada. La razón de esta demora se halla en una lista de los pensionados por S. M. en Roma que en 30 de Abril de este último año remitió al ministerio de Estado el embajador D. Pedro Gómez Labrador. Hablando de Solá, dice:—«D. Antonio Solá es uno de los escultores que tienen justamente más opinión en Roma, en donde por su mérito es académico de San Lucas y consiliario de la Academia por lo que toca á la escultura en unión con el célebre Thorvaldsen. En 1818 se sirvió S. M. concederle una pensión ilimitada de 3.000 r.s anuales, después de haber recibido el busto colosal de *Pío VII* y una estatua de la diosa *Ceres*, que envió Solá hechos por él en mármol. En 24 de Marzo de 1820 se dignó S. M. sustituir á la pensión ilimitada de 3.000 r.s una de 12.000 reales anuales por cinco años, y en 3 de Enero de 1827 declaró S. M. que continuase Solá cobrando los 12.000 r.s hasta concluir el grupo colosal de *Daoiz y Velarde,* que está concluyendo, *y estaría ya concluído si su salud hubiera permitido á Solá trabajar el año pasado con la aplicación que acostumbra*» (1). El término deseado de la ejecución fué comunicado al cabo por el mismo Solá al ministro interino de Estado en Madrid, en esta forma:—Excmo. Sr.: Está ya á su término el grupo semi-colosal de los Héroes del Dos de Mayo de

(1) Arch. del Minist. de Estado:—Negociación de Rom.—*Monserrat y Santiago.*—1825 á 1832.—Pensionistas (personal).

1808, Daoiz y Velarde, que he ejecutado en mármol, de orden del Rey nuestro señor, y lo pongo, como es de mi deber, en noticia de V. E. para que se sirva elevarlo á la de S. M. por si gusta que se remita á esa corte. En tal caso debo también advertir á V. E. que para hacer el cajón, encajonar el grupo, trasportarle al embarcadero y para otros gastos que exige esta operación, serán necesarios aproximadamente de 8 á 9.000 r.s v.n — Dios guarde á V. E. muchos años.—Roma 24 de Julio de 1830. —B. L. M. de V. E. su más atento servidor, Antonio Solá.— *Excmo. Sr. D. Manuel González Salmor*, secretario interino de Estado.» Cuatro días después, el 28 del mismo mes, en despacho oficial, Labrador repetía el mismo aviso de la terminación de la obra. Acerca de su envío, añadía:—«Podrá embarcarse para ser transportado á España luego que con las lluvias del otoño haya en el Tíber el agua necesaria para que puedan navegar en él los barcos del porte que se necesitan para llevar á su bordo tanto peso y volúmen.» Y volviendo á la obra de Solá, decía:—«Puedo asegurar á V. E. que el grupo es una de las mejores obras de escultura hechas en estos últimos tiempos, y si la hubieran hecho el difunto Canova ó Thorvaldsen habría costado muchos millones de pesos fuertes, sin que resultase ninguna honra para nuestra patria: por lo cual juzgo á Solá merecedor de que á la llegada de su trabajo se le atienda y se le procuren los medios de seguir trabajando para fomento de las artes y del honor de España.» (1) Todavía, en otro despacho del 20 de Octubre, encomiaba de nuevo una obra de que parecía que todos en Roma debían estar enamorados. —«El grupo ya concluído, decía, está expuesto desde principios de este mes, y aunque en Roma no gustan alabar á los Profesores españoles, todos los inteligentes lo miran como una obra muy notable, y sin duda, no hay actualmente en Italia escultor alguno que pueda hacer ninguna otra que le sea comparable.» Ya venían camino de España el grupo de Solá, y el

(1) Arch. hist. nat.—Estado.—Leg. 5.788.

autor con él y á su cuidado, y todavía Labrador en su despacho del 11 de Diciembre seguía diciendo con estusiasmo:—«En todo el tiempo en que ha estado expuesto aquí, ha merecido los elogios de los naturales y extranjeros que lo han examinado» (1).

En efecto; desde primeros de Diciembre de 1830, el Tíber había cobrado una gran cantidad de agua, á causa de las tenaces lluvias que anegaban el campo romano, y hallándose en aquel embarcadero un falucho español de la matrícula de Cadaqués, llamado *San José*, de quien era patrón José Bosch, el cual había de hacer el retorno con rumbo á Alicante, Labrador, cumpliendo las órdenes que tenía recibidas, ajustó el flete en la cantidad de 1.000 pesos, pagaderos 500 en el momento del embarque y 500 á la llegada al puerto español. «Hoy mismo, decía en despacho del 10 de Enero siguiente, Labrador á González Salmor, sale de Roma para Alicante el grupo de *Daoiz y Velarde.*» No obstante, la navegación debió ser accidentada, porque el falucho no llegó á su destino hasta el día 20 de Febrero, según el 21 comunicaba el gobernador militar y político de la plaza, general D. Pedro Fermín de Iriberry, en conformidad con lo que de Madrid se le tenía prevenido. Con todo, en el transporte desde Alicante á Madrid hubo que emplear más tiempo que de Roma á Alicante, pues el grupo no llegó á la capital hasta el día 3 de Agosto. Solá, que había venido con él, se apresuró á reconocer el cajón, por si había sufrido su obra algún desperfecto, y cuando estuvo cerciorado de que había llegado perfectamente bien, dirigió al ministro una carta en que le decía:—«Excmo. Sr.: Muy señor mío: el día 3 de Diciembre llegó *en* esta capital el grupo en mármol de Daoiz y Velarde. En los días sucesivos se ha bajado del carro que lo llevó y *se ha entrado* en el Real Museo. Ayer he quitado por un instante algunas tablas del cajón que lo contenía, para ver si había sufrido algún daño en el largo viaje, y lo he

(1) Arch. Histórico Nacional.—Estado.—Leg. 5.788.

encontrado intacto y en el mejor estado, lo que creo de mi deber *de* participar á V. E., por si cree conveniente elevarlo á noticia de S. M.—*Excmo. Sr.*—B. L. M. de V. E. su más atento servidor—Antonio Solá. — *Excmo. Sr. D. Manuel González Salmon.*»

Si interés había despertado en Roma la obra del artista español, en Madrid, donde se le esperaba con verdadera impaciencia, no lo despertó menos desde el día en que hubo noticia, por *El Diario* de su llegada. El rey mandó al duque de Híjar, marqués de Orani, director del Real Museo de Pintura y Escultura, que se entregase de él. Al Museo fué conducido sobre una enorme cureña de cañón, construída *ad hoc* por el Cuerpo de Artillería, y la entrega se verificó en presencia del director general del Arma y de los jefes y oficiales que se hallaban en Madrid. Toda la capital desfiló por la sala del Museo donde fué expuesto. Todavía era tan vivo el recuerdo de la gloriosa jornada en que los dos héroes murieron, y tan vehemente el amor que á sus nombres se les tenía, que se cometieron actos de verdadera locura en su presencia, no siendo pocas las mujeres del pueblo que cubrían á diario el pedestal de ramilletes de flores. Con todo, para Solá no fué todo satisfacciones: habiendo reclamado el pago de su pensión, las oficinas de Hacienda se lo negaron, y en las de Estado se recriminó á Labrador, que también por aquel tiempo había venido á Madrid, en uso de licencia, por haberla dado á Solá para acompañar su obra, sin que de Madrid se le hubiera autorizado para ello. En comunicación del 13 de Octubre, Labrador se vió obligado á decir al ministro: «Que cuando se dispuso hacer transportar á Madrid desde Roma el *Grupo de Daoiz y Velarde*, creyó que no debía negar á Solá la autorización que le pidió para venir á esta corte, *para que aquí concluyera su obra;* pues era sabido que, para evitar los riesgos del transporte de masas tan pesadas, se dejan puntales en las partes más delicadas, y á nadie sino al escultor que ha hecho la obra pueda fiarse semejante ejecución. «Así, según mi juicio, Labrador añadía: D. Antonio

Solá se halla en Madrid, no solamente con licencia de S. M., sino con orden suya, como consecuencia necesaria de la traslación del grupo. *El mérito de éste es tal, que acaso no hay en Madrid escultor alguno capaz de hacer uno semejante*, y como Solá no ha disfrutado mientras lo ha hecho sino de una pensión de 12.000 reales, será acreedor á alguna recompensa extraordinaria más y á que se le abone una suma para que se vuelva á Roma.»

No habiéndose atendido esta recomendación, Solá elevó al rey una nueva instancia que así decía:—«Señor: D. Antonio Solá, escultor y director de los artistas pensionados por V. M. en Roma, puesto á LL. RR. PP. de V. M., con todo debido respeto y veneración expone:—Que animado de la muy alta aprobación que V. M. se dignó manifestarle al ver su obra del grupo colosal, en mármol, de *Daoiz* y *Velarde*, y del buen concepto que ha formado de ella un número prodigioso de personas de todas clases de esta capital, que han concurrido á verle en todo el tiempo que ha quedado expuesto al público de orden de V. M., y de antemano el que mereció tan favorable acogida en Roma, recuerda á la tan conocida protección que V. M. se sirve dispensar á las Bellas Artes y sus profesores, para manifestar á V. M. que el grupo que ha tenido el honor de hacer ha sido con una economía tal, que no cuesta á V. M apenas 100.000 rs. vn., cuando el del difunto escultor don José Alvarez costó 360.000. Por lo tanto, nada le ha quedado al suplicante en utilidad, aunque sí de mucha gloria de una obra de tamaña importancia. Así, pues, suplico á V. M. se sirva darle una señal de su Real aprecio y alguna gratificación que le sirva á cubrir los gastos de su viaje y acordarle alguna gracia de ejecutar cualquiera otra obra, en que tenga la ocasión de comprobar á V. M., con el esmero que pondría en su perfección, su eterna gratitud por los señalados favores que tiene recibidos de su Real munificencia.—Madrid 16 de Noviembre de 1831.—Señor.—A L. R. P. de V. M. su más rendido vasallo, Antonio Solá.—Con fecha 9 de Diciembre el rey

Fernando VII dispuso: 1.°, la concesión á Solá de la cruz de caballero de la Real Orden Americana de Isabel la Católica; 2.°, una ayuda de costas de ocho mil reales para su regreso á Roma, y 3.°, el encargo de modelar la estatua de Miguel de Cervantes Saavedra, que, fundida en bronce, vino á ocupar en la plaza de las Cortes el lugar en donde algunos individuos del Cuerpo de Artillería quisieron que se levantara un monumento en honor de Daoiz y Velarde, coronado por el grupo de Solá.

Al mérito de esta obra, no sólo se consagró en Roma el artículo del *Giornale Arcadico* de 1822, al que antes se ha hecho alusión. Terminada la labor artística, el caballero P. E. Visconti, secretario de la Academia Romana Pontificia de Bellas Artes de San Lucas y correspondiente de las Sociedades de Herculano y Pontaniana y del Ateneo de Forli, le consagró otro folleto analítico-encomiástico, con el título de *Daoiz y Velarde, gruppo colosale scolpito dal cav. Antonio Solá* (Roma: presvo A. Boulzalea, 1830). La innovación introducida por Solá en el vestido de sus estatuas, fué uno de los argumentos que en toda la crítica artística de la capital romana todo el mundo se fijó más: parecía que Solá había hecho una revolución: «A questi singolari pregi della ben misurata e composta attitudine e della spressione de'volte, escribe Visconti, si debbe agguingere quella singolarissima della industria onde valse l'artifice a condurre nobile e grandiose le vestimenta delle sue figure, senza allantanassi in esse dalle loggie moderne. Che giú e piú bello il vincere quella defficoltá che il modo del vestir nostro puó offerire, che non fuggirla perpetuamente.» También Visconti elogia: «il cannone introdotte a sostegno della figura, il quale giova alle evidenza del sogetto». Por último, el docto crítico romano concluye así: «Ecco, per tanto, una opera dell'arte, insperata da un grande avvenimento della nostra etá; rapresentante le nostre foggie del vestiario e della armi: *tutto é in essa nuovo*: totto avrebbe a parerlo. Epure chi non dirá ravvisarsi piutosto in certo che traente al semplice e al

grande de gli antichi lavori? Risultato singolare, ma vero: del quale e pur avventure riposto il secreto in questo appunto, che l'autore non ha servilmente imitato l'antico; ma seguendo le inspirazioni del soggeto, ha considerato il vero con quella filosofica libertá, e con quella opportune imitazione lo ha seguito, che deciva el sommo Canova. Usando cosi il Solá ai nostri giorni de'modi che que'primi arteficii alla etá loro addoperarono, non é meraviglia, se non l'ottenere quel largo e grandioso insieme, che fá le sue figure essere ad un tempo e non essere vestite alla maniera de'moderni, abbia pur conseguitto un effeto sembriante alle antiche scolture, perché analogo alle antiche praticche.»

Como obra que señala una verdadera transición, el grupo de Daoiz y Velarde, según fué el propósito del rey Don Fernando VII, nunca debió salir de las salas del Museo. No ha sido así: en virtud de Real orden de 17 de Abril de 1847, el grupo se trasladó por vez primera desde el Museo al Parterre del Buen Retiro, donde aún se conserva el pedestal que le sustentó. En virtud de otra Real orden de 16 de Octubre de 1854, se restituyó de nuevo á su antiguo depósito del Museo del Prado, hasta que, en 26 de Abril de 1869, D. Manuel Ortiz de Pinedo, administrador, por el Gobierno de la Revolución, del Real Patrimonio, mandó que se entregara al regidor comisario de las obras del antiguo parque de Monteleón, D. José Rodríguez y Villaverde, encargándose al ayudante de las obras de la plaza del Dos de Mayo, D. Juan Salinas, de colocarlo en la ronda extramuros, hoy calle de Carranza, sirviendo de eje á la calle de Ruiz y de frente á la plaza y arco del Dos de Mayo. Para que la profanación que entonces se cometió con el monumento histórico y con el monumento artístico fuese más completa, se hicieron grabar en el pedestal las estrofas más viles del canto revolucionario que Espronceda escribió, so pretexto del Dos de Mayo, y publicó en *El Labriego* de 1842. Con fecha 11 de Abril de 1876, el director del Museo, D. Francisco Sanz, reclamó el grupo del Ayuntamiento de Madrid, apresu-

rándose el entonces Alcalde, Conde de Heredia Spínola, á ponerlo á disposición del Museo para que se trasladase con sus fondos. La traslación, sin embargo, no se verificó hasta el 5 de Enero de 1879; pero en vez de restituirlo á las salas de escultura, se dispuso darle una nueva colocación delante de la fachada principal del espléndido edificio. Tampoco allí logró un asiento definitivo. El Círculo de las Bellas Artes hizo fundir la magnífica estatua de Velázquez, que parecía más propia de aquel paraje. El grupo de Daoiz y Velarde, en efecto, sufrió un nuevo traslado y algunos desperfectos, y hoy alcanza, cuando menos, la quietud del olvido y las pedradas de los chiquillos harapientos, en los nuevos jardines con que el parque del Oeste, en los declives de San Bernardino y en las recuestas de la Moncloa, amenaza con la futura urbanización del Parque de Madrid, considerado hasta ahora como el pulmón de la capital. ¿Qué significado tiene la obra escultórica de Solá en el lugar á que ha sido proscrita? ¿Tan despreciable es, como monumento del arte y como expresión de un período de evolución que no deba custodiarse en las salas de un Museo, á pesar de la R. O. del 17 de Noviembre de 1826, en que S. M. resolvía «que no se haga más que lo acordado, mediante á que este grupo no se ha de colocar en plaza ni en ningún otro paraje descubierto?»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

RECUERDOS HISTÓRICOS

LA RESIDENCIA DE MARRAC

Los frondosos alrededores de Bayona se ven cubiertos de nueva vegetación; la riente villa de Biarritz resplandece iluminada por el sol de una primavera deliciosa; todo en la linda comarca fronteriza á España semeja resurgir á nueva vida, á esa vida de la gran playa, en que los primores de una sociedad cosmopolita evoca el recuerdo de frecuentes visitas imperiales.

Uno de los días de mi reciente estancia, deleitado por la pureza del ambiente que se respira, me alejé de Bayona por el camino de Arcanges, para detenerme ante los derruídos muros de la célebre quinta de Marrac. Piadosamente cubiertos por la hiedra, ocultan las señales del voraz incendio que en 1825 redujo el edificio al estado en que hoy se encuentra; como su actual aspecto, ese aspecto que han adquirido de asilo de tranquila vida campestre, oculta su breve, pero intensa historia, unida á los planes sesgados de un conquistador y á intrigas que quitaron y dieron coronas.

María Ana de Newbourg, la hija del elector palatino, que fué llamada, por segundas nupcias de Carlos II, á compartir con este la corona de España, supo mejor elegir el lugar de su retiro que influir en el ánimo del rey hechizado para favorecer la transformación de aquella decadentísima corte. Mujer

orgullosa y entrometida, hizo sentir su elevación al trono, y rodeada de gentes de su país, como la baronesa Perlips (la *perdiz)*, Enrique Jovier Wiser (el *cojo)* y el P. Chiusa, procuró hacerse dueña de la situación, para proseguir la serie de desaciertos que aniquilaron las fuerzas vivas del país. Cuando muerto el infeliz monarca, ardió la guerra en España, cerca de su territorio hubo de buscar María Ana la paz que no había sabido mantener desde el solio, y en el encantador paraje que, á siete kilómetros de la costa, anuncia la entrada en Bayona, mandó construir en 1707 la poética quinta de Marrac.

Su carácter inquieto no le permitiría seguramente disfrutar de los encantos de su nueva mansión, ni sentir el inefable goce que en la contemplación de la naturaleza encuentran los espíritus agitados por las luchas de la vida; quizá, al extender la vista por aquellas graciosas ondulaciones del terreno cubiertas de verdor, hasta detenerse en la línea del horizonte ante las ingentes moles pirenaicas que azuladas se esfuman, su pensamiento volaba mucho más lejos, y cruzando rápido la divisoria que aquellas rocosas crestas señalan, llegaría al regio alcázar donde un día pudo derribar el gobierno del conde de Oropesa y sustituirlo por la directa gestión de Carlos II, entonces dominado por los confidentes de su mujer. Nada de cuanto en su aislamiento se le ofrecía había de ser para ella digno de admiración, y aun su pesar fuera en aumento si, leyendo en el porvenir, hubiera averiguado que cien años más tarde, en la misma quinta de Marrac, construída para quien fué reina de España y del linaje de la casa imperial de Austria, recibiría Napoleón, por abdicación de Carlos IV, su corona, y concebiría el plan de su nueva campaña contra el centro de Europa.

En la primavera de 1808, Napoleón aguardaba en la quinta de Marrac la llegada de Fernando VII á Bayona. Las disensiones surgidas en el seno de la corte de España proporcionaban magnífica coyuntura para la realización de los ambiciosos designios que el Emperador tuviera sobre la Península ibérica.

Obsesionado en sus vastos planes de política continental

con la aproximación de Portugal á Inglaterra, le fué indispensable nuestro concurso para llevar la guerra al reino lusitano; y si bien los regidores del Estado español accedieron sumisos á sus instigaciones desde que, siendo todavía Cónsul, las tropas españolas mandadas por el príncipe de la Paz dominaron casi todo el Alentejo, la ineptitud de Carlos IV y su valido impidió que produjeran el provecho deseado tales empresas, convirtiendo en inútil tan bochornosa sumisión.

Es fama que, terminada esta primera acción militar sobre nuestros vecinos por el tratado de Badajoz, tanto irritó su contenido á Napoleón, que hubo de preguntar al embajador de España si los reyes sus amos estaban cansados de gobernar, á la cual actitud correspondió Azara con toda la prudencia de su reflexivo carácter. Apenas transcurridos cuatro años, la intempestiva arrogancia de Godoy dio origen á otro suceso que no debió de olvidar el Emperador. Comenzadas las negociaciones para la división de la nación portuguesa en dos partes, ofreció éste á aquél la corona de uno de los nuevos Estados; pero los graves negocios del centro de Europa paralizaron los tratos, y el príncipe de la Paz se creyó víctima de la perfidia del coloso y trató de vengarse, lanzando la proclama de 6 de Octubre de 1806, en que llamaba á los españoles á las armas, para después arrastrarse medroso á los pies del vencedor de Jena y felicitarle por la paz de Tilsit.

Fácilmente se comprende que quien tan grandes proyectos sustentaba, juzgara necesaria la separación de los directores de la política española. La oposición entre Carlos IV y su hijo, movidos por el odio que se inspiraban sus respectivos privados, el ambicioso Godoy y el intrigante Escóiquiz; la rebeldía del príncipe heredero, alentada por su ayo y descubierta con el escándalo del Escorial y la abdicación del rey en Fernando después del tumulto en Aranjuez, permitieron al Emperador, al que los propios interesados consultaban sobre todos estos sucesos, aparecer como protector de los derechos de un monarca que se decía destronado.

El mismo día 23 de Marzo de 1808, que el gran duque de Berg entraba en Madrid al frente de escogidas tropas, Carlos IV escribía desde Aranjuez al Emperador, protestando de su abdicación en favor de Fernando, como hecha á la fuerza y para evitar los mayores males de un tumulto no sofocado á tiempo, renuncia que, por tanto, debía considerarse nula. Su esposa María Luisa, en los días subsiguientes, mantuvo, por intermedio de su hija la reina de Etruria, correspondencia con el duque, interesándole vivamente por la suerte del príncipe de la Paz, que era víctima de la perfidia de su hijo Fernando, á quien atribuía la culpa de los sucesos de Aranjuez, con grande pormenor relatados en su carta del 26 de Marzo (1). Los

(1) Si la autenticidad de dichas cartas no estuviera fuera de toda duda, el historiador se resistiría á creer en la exactitud de su texto. Cuán mezquino se nos muestra Carlos IV escribiendo al Emperador en la citada ocasión:

«... Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacían conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues esta última se hubiera seguido después de la de la reina. Yo fuí forzado á renunciar; pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mío, yo he tomado la resolución de conformarme con todo lo que este mismo grande hombre quiera disponer de nosotros y de mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz...»

Mayor rebajamiento denotan los párrafos finales de la carta de la reina: «Nosotros pedimos al gran duque que salve al príncipe de la Paz, y que, salvándonos á nosotros, nos le dejen siempre á nuestro lado para que podamos acabar juntos tranquilamente el resto de nuestros días en un clima más dulce, y retirados, sin intrigas y sin mando, pero con honor. Esto es lo que deseamos el rey y yo, igualmente que el príncipe de la Paz, el cual estaría siempre pronto á servir á mi hijo en todo. Pero mi hijo (que no tiene carácter alguno, y mucho menos el de la sinceridad), jamás ha querido servirse de él y siempre le ha declarado guerra, como al rey su padre y á mí. Su ambición es grande, y mira á sus padres como si no lo fuesen. ¿Qué hará para los demás? Si el gran duque pudiera vernos, tendríamos gran placer y lo mismo su amigo el príncipe de la Paz, que sufre porque lo ha sido siempre de los franceses y del Emperador. Espera-

individuos de la familia real abrigaban la más absoluta confianza en los franceses; el mismo Fernando, tan suspicaz y prevenido, veía bien que su Gobierno tratase de tranquilizar desde la *Gaceta* el espíritu público, que harto recelaba ya de la entrada de los ejércitos de Napoleón. En tanto, éste dirigía á su hermano Luis, con la misma fecha 27, la célebre carta en que, despojado de aquel manto tutelar con que se cubría, mostraba al desnudo sus verdaderos propósitos: «El rey de España acaba de abdicar la corona, habiendo sido preso el príncipe de la Paz... Seguro de que no tendré paz sólida con Inglaterra, sino dando un gran impulso al Continente, he resuelto colocar un príncipe francés en el trono de España... En tal estado, he pensado en ti para colocarte en dicho trono... Respóndeme categóricamente cuál sea tu opinión sobre este proyecto. Bien ves que no es sino proyecto, y aunque tengo 100.000 hombres en España, es posible, por circunstancias que sobrevengan, ó que yo mismo vaya directamente, ó que todo se acabe en quince días, ó que ande más despacio, siguiendo en secreto las operaciones durante algunos meses...»

El vivo deseo de avistarse con el Emperador, y que lo reconociera como rey de España, hizo á Fernando traspasar la frontera, deferente á las indicaciones del hábil Savary y del ciego Escóiquiz. No fué óbice al logro de lo propuesto que no se verificase la regia entrevista en Burgos ni en Vitoria, como sucesivamente habían anunciado los comisionados franceses, y que el pueblo de la capital de Alava tratara de impedir la salida para Francia de quien, más que soberano, parecía prisionero; tampoco alcanzaron satisfactorio resultado los atinados

---

mos todo del gran duque, recomendándole también á nuestra pobre hija María Luisa, que no es amada de su hermano. Con esta esperanza estamos próximos á realizar nuestros viajes.» Por vituperable que fuera la conducta de Fernando, ¡cómo una madre se atreve á rebajarlo ante extraños que juzga poderosos, todo por salvar la vida al favorito, de cuya íntima amistad tanto las gentes murmuraban!

consejos de Urquijo y el duque de Mahón en contra de tan desatinado viaje. Recibida en la última ciudad una carta de Bonaparte, delatora de su profundo disgusto, la corte española se puso en marcha, con muestra de acatamiento tan absoluto, que al mismo Emperador causó extrañeza. Cuando á las diez de la mañana del día 20 de Abril penetró la comitiva en el recinto de Bayona, Fernando no había recibido más visita que la de los tres grandes de España, portadores de la nueva de haber escuchado del propio Napoleón el fatídico anuncio de que los Borbones nunca más reinarían en España. Entonces pudo comprender quien tan esperanzado se mostró, la suerte que le aguardaba y el engaño que encubrían aquellas palabras de Savary en Vitoria: «Me dejo cortar la cabeza si al cuarto de hora de haber llegado S. M. á Bayona no le ha reconocido el Emperador por rey de España y de las Indias.»

Desde aquel momento, nuevamente se enlaza el recuerdo de la quinta de Marrac con buena parte de los interesantes sucesos que registra nuestra historia. La misma noche del 20 de Abril de 1808, Fernando se trasladó á la residencia imperial, donde, si bien fué recibido con el ceremonial reservado á los reyes, Napoleón rehusó cuidadosamente de tratarlo como á soberano durante la comida. No otra cosa podía esperarse, ya que, apenas vuelto el monarca español á su alojamiento, se presentó el general Savary para hacerle sabedor de que quien poco antes le invitaba á sentarse en su mesa, tenía resuelto que la dinastía Bonaparte sustituyese á los Borbones en el trono de España, mediante la renuncia que exigía de éstos.

En el propio palacio de Marrac se siguieron las conferencias de los consejeros de Fernando con el Emperador, y aun cuando las de Escóiquiz sólo nos son conocidas por su interesado relato, resulta tan poco favorable á su personalidad política, que no hace falta esforzarse mucho para creer que puso escaso artificio en desfigurar la verdad de lo acaecido Si las paredes, que hoy difícilmente se tienen en pie, fueron los únicos y mudos testigos de tan rastreros tratos, no envidiamos

lo que debió ser su secreto, ya que la vanidad del infatuado canónigo lo legó á la historia, seguramente satisfecho con el daño que la divulgación le causara, á trueque de consignar por tiempo sus conversaciones con el gran árbitro de reyes y Estados. De nada sirvieron aquellas de sus *arengas,* que Napoleón motejaba de *ciceronianas;* éste le ratificó su propósito de regenerar España, destronando á la familia reinante y concediendo á Fernando la Etruria, y después, *sonriéndose* y *tirándole de una oreja,* agregó: *Pero usted, canónigo, no quiere entrar en mis ideas.*

Manifiesto contraste con estas entrevistas y el trato que recibió Fernando desde que abandonó España, ofrecen la íntima y afectuosa de Napoleón con Godoy, celebrada á raíz de su llegada, y los regios honores dispensados desde la frontera á Carlos IV y María Luisa. La corte francesa mostróse indiferente al juicio que entre las gentes sensatas merecerían los exagerados transportes de alegría á que el príncipe de la Paz y sus antiguos señores se entregaron al encontrarse después de ausencia tan larga, y la ceremoniosa actitud observada con su hijo Fernando, de la que sólo salieron para desarrollar, en los salones de la linda residencia, escenas vergonzosas en su disputa por la corona de España. A Napoleón no le cupo más papel que el de mantenedor del desasosiego, tras de la máscara de autorizado intermediario, y en verdad que á maravilla lo desempeñó para la realización de sus anhelos. Fernando, con fecha del 6 de Mayo, hizo cesión de la corona á su padre, que ya había firmado un tratado renunciándola en favor de Bonaparte, y el príncipe de la Paz entró nuevamente de valido, subscribiendo el humillante documento, para poner digno remate á su brillante historial de político. Una última renuncia faltaba, la de los derechos que á Fernando asistían en concepto de príncipe de Asturias, como inmediato sucesor al trono, y ésta recibió su sanción cuatro días después de concluído el anterior tratado, en el que firmaron Duroc y Escóiquiz. De ese modo, el ayo de Fernando VII no tuvo que envidiar

mayor estigma en su rival, el favorito de Carlos IV y María Luisa.

Después del satisfactorio resultado que produjeron las laboriosas negociaciones mantenidas en el encantador alojamiento imperial de Bayona con los altos dignatarios de la nación española, no quedaba más que dar visos de legalidad á lo pactado en conferencias de tan amistosa apariencia, como de fuerza era el régimen bajo el cual se celebraban.

Este pensamiento motivó la convocatoria que el día 24 del mismo mes apareció en la *Gaceta,* para reunir aquella célebre diputación de ciento cincuenta españoles, elegidos de entre los notables ó nombrados por las ciudades de voto en Cortes, cuyas sesiones habían de abrirse el día 15 de Junio, también en Bayona; y así preparado el terreno, ya se atrevió Napoleón á insinuar, por la proclama del día siguiente, que «no quería reinar sobre sus provincias, pero sí adquirir derechos eternos al amor y al reconocimiento de su posteridad». Todo se hacía en evitación de que, la negativa ú hostilidad con que fuese recibido el reconocimiento de quien designase para empuñar el cetro, contribuyese al fracaso de empresa de tan largo tiempo acariciada.

Nada se dijo, sin embargo, de quién fuera el escogido hasta el día 6 de Junio, que fué firmado en el palacio Marrac el decreto confiriendo la alta magistratura al hermano del Emperador que regía los destinos de Nápoles. La publicación de dicho decreto fué el anuncio de la llegada á Bayona de José Bonaparte cuando todo estaba preparado por Napoleón, para que, sin tregua ni lugar á cambios de opinión, fuese aquél reconocido como rey de España. Dice Toreno: «Así sucedió, que al llegar entre dos luces á Marrac, recibió los obsequios de tal de boca de la Emperatriz, que con sus damas había salido á recibirle al pie de la escalera. Ya le aguardaban dentro del palacio los españoles congregados en Bayona, á quienes se les había citado de antemano, teniendo Napoleón tanta prisa en el reconocimiento del nuevo rey, que no permitió cubrir las

mesas ni descanso alguno á su hermano, antes de desempeñar aquel cuidado, cuyo ceremonial se prolongó hasta las diez de la noche.» Como si el Emperador abrigara el recelo de que, conocedores con tiempo del objeto de la reunión, los españoles hubieran recobrado alientos para resistir al propósito con que se les congregaba, nada supieron hasta el instante crítico de redactar las respectivas salutaciones, que la diputación de los Grandes, la del Consejo de Castilla, la de la Inquisición, Indias y Hacienda y la del Ejército leyeron por su orden al nuevo soberano.

Discutida la Constitución en el corto número de doce sesiones, fué jurada el día 7 de Julio por José Bonaparte, en manos del Arzobispo de Burgos. Acto continuo, los españoles se trasladaron al palacio de Marrac y cumplimentaron al Emperador, que, cual si sintiera algún remordimiento de conciencia, les pronunció un largo discurso, donde, en vez de brillar sus habituales arranques, reflejóse una honda preocupación. De todos modos, el triunfo había coronado sus esfuerzos; la fórmula de legalidad quedado á salvo, y su hermano dispuesto á entrar en España, como lo hizo dos días después para posesionarse del trono. El resultado final de todos estos empeños nadie podía preverlo; no es, pues, aventurado pensar que cuando, en la primavera siguiente, Napoleón colmó su gloria militar con las victorias que le llevaron hasta Viena, advirtiese con cariño el aniversario de su estancia en Bayona y, alojado en el espléndido palacio de Schœmbrum, echara de menos la quinta de Marrac. En ésta imponía su voluntad á los reyes; desde aquél escribía sobre las operaciones de guerra á sus generales, que no podían sojuzgar al pueblo español.

Acompañado por tanto patrio recuerdo como evocan las ruinas de Marrac, emprendí mi regreso á Bayona. Si muchas veces los más importantes secretos se divulgan, porque las paredes oyen, cuántos nos descubrirían esas paredes si hablasen; y así pensando, reproducía mentalmente las palabras que escucharon de labios de Carlos IV, de sobremesa de una comida con

Napoleón: «Todos los días, invierno y verano, iba á caza hasta las doce; comía, y al instante volvía al cazadero hasta la caída de la tarde. Manuel me informaba cómo iban las cosas, y me iba á acostar, para comenzar la misma vida al día siguiente, á menos de impedírmelo alguna ceremonia importante.» No se puede emitir juicio más exacto de su regia labor, que el condensado en sus propias y expresivas palabras.

Pocos pasos había dado, cuando se me acercó cierto compatriota de los que adelantan el solaz veraniego en Biarritz al mes de las flores, y observando que me volvía á contemplar una vez más los muros tapizados de vegetación de la histórica residencia, exclamó:

—¡Qué poesía, qué encanto tienen esas ruinas! Lástima que no atesoren alguna tradición, algún recuerdo.

—Es verdad—repuse asombrado;—causa dolor que la Historia no se haya preocupado de ellas.

ALFREDO SERRANO Y JOVER

Bayona: 12 y Mayo de 1909.

EL MAUSOLEO DE CARLOS EL NOBLE EN PAMPLONA

Y

EL ARTE FRANCO FLAMENCO EN NAVARRA

La catedral de Pamplona ha cobijado hasta nuestros días, bajo las bóvedas de su nave, la tumba de un rey pacífico y magnánimo, Carlos III, que murió en 1426, después de haber reinado treinta y ocho años en Navarra y haber merecido el apelativo de Noble. El monumento, colocado en la sombra del coro de canónigos, y cerrado por alta verja, no llamó la atención de los más eruditos viajeros, que no lo citan sino de paso, como un recuerdo histórico, casi insignificante para los ojos de un arqueólogo ó de un artista (1).

En 1902, la tumba real fué transportada á una sala contigua al delicioso claustro del siglo XIV, y que comunica con el antiguo refectorio de los canónigos. Esta habitación, cuyo techo de piedra se eleva como una pirámide vacía, y lleva al exterior una chimenea, es sencillamente una cocina monumental (2). Ha dado á la tumba un asilo decente, en donde se en-

(1) J. A. Brutails: *Congrès archéologique*, t. IV *(Dax et Bayonne)*, 1889, p. 302.—Dienlafoi: *La Sculpture polychrome en Espagne*, París, 1908, p. 57.

(2) Croquis de este lecho en el volumen del *Congreso arqueológico* de 1889, p. 128, y en el *Manual d'Archéologie*, de M. Entart, t. II, p. 84, figura 38.

cuentra expuesta en medio del pavimento y libre de toda verja, bajo la luz del sol que entra por un ventanal. Pero son muy raros los turistas que se hacen abrir aquella estancia apartada. Hoy todavía la tumba de Carlos III puede pasar por desconocida. Apenas se puede creer que esa tumba no haya sido jamás señalada como uno de los monumentos de la Edad Media española que más grandemente interesen á la historia del arte europeo.

Las estatuas del rey y de la reina, de alabastro purísimo, yacen juntas sobre una amplia base de piedra, que, cuando la restauración reciente, ha sido pintada de verde con venas blancas para imitar un mármol de los Pirineos. Estas estatuas yacentes son admirables retratos, de ojos entreabiertos, que el sol de la mañana parece reanimar cuando sus rayos iluminan el mármol lechoso. El rey, que sobrevivió diez años á su mujer, es delgado y huesudo, con gran nariz; la reina, que llegó á cerca de los sesenta años, es gruesa y fina, y conserva un rostro infantil. La redondez de sus brazos y de su busto está moldeada por las mangas de la cota, estrechas y largas; los paños semejan un terciopelo de valor. El galón flordelisado del manto real, el cinturón de orfebrería de la reina, el largo sayal que baja sobre el corselete hasta el talle, el tocado de terciopelo azul cubierto por una redecilla y bordado de encaje, todos estos detalles de adorno están cincelados, pintados y dorados; en los cojines del lecho aparece pintada varias veces la divisa francesa: «Bonne foy.»

Dos arquitectónicos doseles, cuyos contrafuertes, piñones y arcos fueron vaciados en dos bloques enormes, están como tumbados detrás de las coronadas cabezas. Sus caras posteriores están rebajadas á manera de mesa, y llevan dos epitafios grabados en cursiva gótica. El de D.ª Leonor es sencillo y breve, como convenía á la «buena reina, discreta y devota». El epitafio del rey, que se prolonga sobre el borde del sarcófago y le da vuelta, recuerda los grandes edificios que Carlos el Noble gustaba hacer construir; evoca á los antepa-

sados de los que el rey de Navarra descendía en línea recta: el emperador San Carlomagno y el rey San Luis (1).

El basamento tiene veintiocho arcadas de alabastro, cada una de las cuales sirve de nicho á una estatuílla de la misma materia, coronada por un dosel. Estas estatuíllas representan á los dignatarios que debían figurar en la pompa fúnebre de los soberanos; al lado de los gentilhombres, cuyo traje corto se muestra bajo la hopalanda de duelo, y cuya cabeza está velada por el capuchón, se encuentran alineados frailes, obispos con mitra y báculo y dos cardenales con el capelo rojo. Los amplios ropajes llevan algunos tonos de colores vivos y de oro.

La fecha y el autor de este magnífico monumento están indicados en un registro del Tribunal de Cuentas de Navarra, en los Archivos de Pamplona. Carlos el Noble encargó algunos meses antes de la muerte de la reina, en Febrero de 1416, la tumba en que él mismo debía reposar al lado de su mujer.

Se ocupó al mismo tiempo en hacer ejecucar otra tumba para su padre, Carlos II, llamado el Malo. Los dos monumentos debían ser colocados, uno al lado del otro, en la catedral de Pamplona. Encargáronse los dos al escultor «Johan Lome, maestro albañil para hacer imágenes de alabastro». Este fué enviado á las canteras de Sástago, situadas á orillas del Ebro,

---

(1) Es grato citar el soberbio castellano de la inscripción: «Aquí jaza sapellido et de buena memoria Karlos III de Navarra et dira de Nemours, descendient en recta linea del emperador Sant Karlos Magno et de Sant Lois Rey de Francia. El recobro en su tiempo una grant part de villas et castillos de su reyno que seyan en manos del rey de Castilla et sus tierras de Francia que seyan empachadas por los reyes de Francia et de Anglaterra. Este en su tiempo ennoblecio et exalto en dignidades et honnores a muchos ricos hombres Kabailleros et fijos dalgo naturales suyos. El fezo muchos notables hedificios en su reyno. Et fue muy piadoso et misericordioso. Et regno Rey XXXVIII aynnos. Et fino lo VIII dia de Septembre del Aynno de mi CCCC et XXVI.»

y á unas diez leguas al N. E. de Zaragoza (1), á fin de extraer los bloques de alabastro destinados á la tumba del rey y á la de su padre. Como Sástago estaba en el reino de Aragón, los instrumentos destinados á la extracción del alabastro fueron enviados desde Tudela, la población más próxima á la frontera. Los artesanos que proporcionaron los útiles eran moros (2).

El nombre de Johan Lome no ha aparecido hasta aquí,

(1) Estas canteras proporcionaron el alabastro de dos gigantescos retablos de Zaragoza: el de la Seo y el del Pilar.

(2) Documento tomado del volumen 344 de las Cuentas de Navarra, año de 1416, gastos comunes, folio 15; publicado en parte por D. Pedro de Madrazo, por una copia de D. Hermilio Olóriz, en la introducción del volumen *Navarra y Logroño* (t. I, p. t.; colección *España, sus monumentos y Artes*, Barcelona, 1886). Doy aquí el texto completo de los párrafos que conciernen á las tumbas reales:

«A Mahoma el Halli moro ferrero de Tudela por VII aynnos, XIIII faleas, dos palancas de fierro, tres axadas amplas pagadas por Gimeno de Mirayto recebido de la Ribera segunt se contiene por mandamiento. Dato en Ollit XIIII° dia de Febrero anno M° CCCC° XVI°, XI l. IIII s. VIII d.

»A Farach de Motarra moro ferrero de Tudela por IIII picos, IIII axadas con sus picos et coste contenido en lo dicho mandamiento. IIII l.

»A Ibray Madexa moro ferrero de Tudela por una maça de fierro pesant XCVII l. et costa contenido en lo dicho mandamiento, IIII e. X. s.

»A Gil Dercana morant en Tudela por XII mangos para las dichas axadas et picos contenido en lo dicho mandamiento, XIIII s.

»A Ferrando de Mena vezino de Tudela por lo loguero deill y de dos bestias que lavaron toda la dicha ferramienta de Tudela á Sastago que es del Reyno Daragon por VIII dias que estuvo en yo et retornar a XX s. por dia contenido en lo dicho mandamiento. Valen VII e. La qual dicha ferramienta el Rey la fecho delivrar á Jhoan Lome maestro maçonero de fazer ymagines de labastre (por rancar piedra de labastre) con otros compayneros en lo dicho logar de Sastago por las obras et ymagines de las sepulturas del Rey nuestro señor et bien assi del Rey su padre á qui Dios perdone que ha fecho ó entiende fazer por lo dicho Johan Lome en la ecclesia de Santa Maria de Pamplona.»

Otro documento, reunido por Madrazo, sin referencia, y que no he podido encontrar, indica que los bloques arrancados de Sástago para la tumba de Carlos III pesaban 170 quintales, y costaron 113 libras con sueldos.

sino en este documento único, que ha escapado á los historiadores del arte. Este nombre no parece ser ni navarro ni castellano. Las estatuíllas de llorones que rodean las estatuas del rey y de la reina forman un cortejo, cuya aparición nada anunciaba en los monumentos funerarios de Navarra. Sin embargo, la sola presencia de los llorones no bastaría para revelar la obra de un extranjero; desde hacía tiempo, la escultura española había multiplicado las imágenes del dolor y del duelo en las tumbas.

II

El sarcófago de la reina de Castilla D.ª Blanca, que murió en 1158, después de dar á luz al infante Alfonso, el que había de ser el venceder de las Navas de Tolosa, está incrustado en la pared rocosa de la gruta de Nájera y envuelto en una noche de catacumba. Los cirios hacen aparecer en el mármol relieves toscos: en medio, el lecho funerario; á la derecha, un rey lloroso en medio de sus caballeros; á la izquierda, una princesa rodeada de lloronas (1). Desde el siglo XII, algunas tumbas del centro de Francia han representado, al lado de los muertos yacentes, sobre su sarcófago, el cortejo eclesiástico de la absolución (2). En la tumba de Nájera la escena no es en la iglesia, sino en el palacio mortuorio; los que hacen gestos de dolor son laicos y mujeres.

Tales actitudes y tales expresiones no se han revelado hasta aquí en ningún monumento romano de Francia. Sin embargo, los escultores parisienses que esculpieron en 1260 la tumba del príncipe Luis, hijo de San Luis, para la iglesia abadial

(1) E. Bertaux (*Histoire de l'Art*, publicada bajo la dirección de M. André Michel, t. II, 1.ª parte, p. 242, fig. 193).

(2) En Chamalières (Alto Loire), Saint-Savén (Alto Viena); cenótafe tafio de San Hilario en Poitiers (v. A. Michel, *Histoire de l'Art*, t. I, 2.ª parte, p. 657).

de Royanmont (1), unieron la representación del duelo familiar á la ceremonia religiosa. A fines del siglo XIII, unos escultores castellanos, que fueron iniciados de lejos en sus progresos de la arquitectura y de la escultura francesas, sin desprenderse de las formas romanas, representaron en varias tumbas, en una parte, grupos de hombres y de mujeres gritando con salvaje *vocero;* de la otra el cortejo fúnebre, en el que el féretro, llevado por unos escuderos, va precedido y seguido por una cabalgata. Consérvanse dos de estas tumbas, cuyos relieves son bárbaros, en la antigua iglesia de los Templarios de Villasirga, no lejos de Palencia. Contienen los restos del infante D. Felipe, quinto hijo de Fernando el Santo, y los de su mujer D.ª Leonor Rodríguez de Castro. El infante murió en 1274 (2). El tipo franco-español de la tumba sobre la que está figurada la ceremonia funeraria, se reproduce hasta principios del siglo XIV en la provincia de Palencia, mientras que en el Sur de Castilla, desde Toledo hasta Salamanca y hasta Medina del Campo, las tumbas, decoradas á la manera de los palacios, combinan con bajorrelieves de asuntos cristianos el friso de estalactitas y los juegos indefinidos de los entrelonados musulmanes.

Las tumbas más notables del siglo XIV que se han conservado en las catedrales de Burgos y Toledo, son tumbas de arzobispos. El cortejo fúnebre está representado, en Burgos, en el sarcófago de D. Gonzalo de Hinojosa († 1327), y detrás de la estatua yacente de D. Lope de Fontecha († 1362), cuyo mausoleo estuvo sin edificio, coronado por un paredón agudo que se alza hasta el nacimiento de las bóvedas, en una de las capillas del deambulatorio (3.) Solamente eclesiásticos componen estos cortejos; representan, no el convoy, sino la absolu-

(1) Hoy en San Dionisio, casi por completo rehecho.

(2) N. E. Bertaux (*Histoire de l'Art,* publicada bajo la dirección de A. Michel, L. II, 1.ª parte, p. 291 y fig. 224).

(3) Id. L. II, 2.ª parte, p. 667 y fig. 413.

ción. Una asamblea completamente análoga, en la que figuran obispos, sacerdotes y frailes, se encuentra en torno del sarcófago del cardenal Albornoz, que murió en Viterbo en 1364, después de haber reconquistado el Estado pontificio de Italia para el Papa de Avignon, y cuyo cuerpo fué llevado á Toledo, tres años después, y depositado en medio de una capilla de la catedral. El sarcófago, que lleva la estatua del belicoso prelado, con vestiduras pontificales, tiene adornos de arcadas, cada una de las cuales cobija á uno de los eclesiásticos del cortejo.

Los «llorones» con traje civil, que parecen haber dejado, en el siglo XIV, las tumbas castellanas, aparecen á mediados del siglo, en el reino de Aragón, y se multiplican rápidamente. Sin embargo, es dudoso de que de un reino ú otro hubiera invitación directa. Las tumbas con «llorones», desconocidas en Inglaterra en el siglo XIII, llegan á ser allí en el XIV tan numerosas como en Aragón (1). Los modelos venían de Francia, en donde el tipo de tumba constituído en tiempos de San Luis se había conservado y desarrollado (2).

Las tumbas de los reyes y de los príncipes de Aragón que se alinearon en la iglesia interniana de Poblet, á derecha é izquierda del coro, fueron hechas pedazos cuando el saqueo del monasterio, durante la revolución de 1835. Algunos trozos del siglo XIV han sido reunidos y depositados en el museo lapidario de Tarragona y en el nuevo Museo de Artes decorativas de Barcelona: el más notable es un grupo en bajorrelieve, representando á tres señores vestidos con la hopalanda de duelo y cubiertas las cabezas con capuchones. Este relieve formó probablemente parte de uno de los monumentos que el rey Pedro el Ceremonioso hizo elevar á varios de sus antepasados, y para

(1) N. Entart (*Histoire de L'Art*, publicada bajo la dirección de A. Michel, L. II, 2.ª parte, p. 730).

(2) A. Michel (*Histoire de L'Art*, L. II, 2.ª parte, ps. 710-712).—A. Kleinklanz, *L'Art funeraire en Bourgogne* (*Gazette des Beaux-Arts*, 1905, L. II, p. 26 y sig.).

los cuales el abad de Poblet hizo un contrato en 1367 con el ingeniero Jayme Castayts (1).

Los diversos motivos que fueron representados en las tumbas en Castilla á fines del siglo XIII, vuelven á emplearlos los escultores aragoneses, que las dan una vida y una expresión nuevas. La iglesia de Santo Domingo, en Valencia, contuvo hasta 1835 ricas tumbas, entre otras, las de la familia Boil. La tumba de D. Felipe Boil, muerto en 1384, fué transportada al Museo Arqueológico de Madrid. Detrás del yaciente, la ceremonia de la absolución está representada con detalles de realismo, como el incensario, sobre el que un acólito sopla, con los carrillos hinchados, para avivar el fuego. Un cortejo de sacerdotes sigue inmediatamente al grupo de lloronas, envueltas en largos velos de una amplitud trágica (2).

Este tipo de tumba, repetido de un extremo á otro del reino de Aragón y de Valencia, proporcionó á un opulento arzobispo de Zaragoza, Lope Fernández de Luna, un tema magnífico para el mausoleo que hizo elevar en 1362, según una disposición de su testamento, en una capilla que fundó al lado del ábside de la Seo, y curiosamente revestida al exterior de porcelanas moriscas. La tumba se encuentra en un ancho nicho, cerca del altar, encima del cual hay una cúpula de madera con estalactitas doradas, obra digna de la Alhambra. La estatua tumbal, una de las más notables de la Edad Media, es mayor que al natural. Una doble serie de doseles, de una arquitectura riquísima, cobija dos series de figuras, alineadas las

(1) La disposicion de los sarcófagos de Poblet, con sus figuras de lloronas, agrupadas tres á tres bajo una arcada, está reproducida en monumentos bien conservados, tales como la tumba del caballero Dalmau de Queralt, en la iglesia de Santa María de Belloch, cerca de Santa Coloma de Queralt. Esta tumba fué esculpida en 1370 por Pero Eguílaz, habitante de Lérida, y Pero Ciroll de Santa Coloma (Gudial: *Nocions de arqueología catalana*, Vich, 1902, p. 390).

(2) E. Bertaux (*Histoire de l Art*, de A. Michel, t. II, 2.ª parte, página 670, fig. 416).

unas sobre el sarcófago, las otras tras el yacente. En la representación de la pompa fúnebre, el cortejo de honor y la ceremonia religiosa están separados. En lo alto, veintiocho personajes, un obispo, sacerdotes y frailes toman parte en el responso. Abajo hay en pie doce gentilhombres con capa de duelo; tres estatuíllas están sentadas bajo doseles, en medio del sarcófago y de los ángulos. Son grandes de la tierra. Dos de estas figuras (las que se hacen juego) llevan corona; representan probablemente al rey de Aragón, Pedro el Ceremonioso, y á la reina Sibila. El prelado, sentado en medio del sarcófago, no tiene cabeza. Era tal vez el cardenal Pedro de Luna, quien, á los doce años de la muerte de su pariente el arzobispo Lope, fué elegido Papa en Avignon. El escultor desconocido del mausoleo arzobispal de Zaragoza supo variar con singular inspiración el paño de las vestiduras y la expresión del dolor.

Por los alrededores del año 1400, los escultores catalanes acentuaron todavía con mayor fuerza los efectos que la tumba de D. Lope de Fontecha, indicaba ya veinte años antes. En la tumba del obispo Ramón de Escales, enterrado el 27 de Julio de 1398 en la catedral de Barcelona, y en la de ún obispo de Gerona, el cardenal Berenguer de Anglesola, que murió en 1408 en Perpiñán, y cuyo cuerpo fué trasladado á su catedral, al lado del altar mayor, llevan el duelo unos llorones. Tenían actitudes de abatimiento y desesperación en sus amplias capas de pliegues pequeños, las cuales en unos caen rectas y en otros se cierran entre los hombros, haciendo del hombre á quien envuelven un fúnebre *embozado*.

III

Las figuras que rodean el mausoleo encargado por Carlos el Noble en 1416, no son más expresivas en su dolor que las que acompañan, en las dos catedrales de Barcelona y de Ge-

rona, á las efigies de los dos obispos muertos, el uno en 1398, el otro en 1408.

Sin embargo, Johan Lome debió de conocer más modelos que los que existían en su tiempo en el reino de Aragón. Sus figuras no tienen los convencionalismos que no han abandonado los llorones de las tumbas catalanas: son los pliegues, regularmente estriados, de sus justillos y las rizosas volutas de sus largas barbas. El obispo que bendice, el fraile que lee, el gentilhombre que deja ver bajo el sayo monacal su traje, son imágenes de la vida contemporánea, tomadas del natural. A despecho de la uniformidad de sus trajes, el escultor acusa la diversidad de los tipos y de las condiciones. La misma disposición del monumento no es ya la de las tumbas aragonesas y catalanas, que todas son monumentos adosados, y ejecutados á manera de altorrelieves ó bajorrelieves. El sarcófago, con sus dos estatuas yacentes, está hecho para que se alce aislado y pueda ser visto por todos lados. Las figuritas del contorno, cuya silueta se destaca sobre el fondo de mármol verde, son otras tantas estatuíllas que podrían extraerse de su nicho. Tanto por los detalles como por el conjunto, la tumba de Carlos el Noble es un monumento.

Este gran sarcófago, rodeado de llorones, se parece de la manera más chocante, por la composición y, á primera vista por lo menos, por el estilo amplio de las figuras, á unas tumbas famosas: á las de los duques de Borgoña, que fueron trasladadas de la Cartuja de Champmol al Museo de Dijón.

La tumba de Felipe el Atrevido, dibujada por Juan de Marville antes de 1389, fué, como se sabe, esculpida por Claus Sluter y por su sobrino Claus de Werve, y colocada por éste en la iglesia de Champmol, en 1411. La tumba de Pamplona fué encargada cinco años después. ¿Conoció Johan Lome la tumba de Dijón, ó procedía del mismo medio artístico que los escultores de esa tumba? ¿Hay que ver en él á un español que viajó por Francia, ó á un santero del Norte que fué á trabajar á Navarra?

IV

Johan Lome llevó la boina vasca, si se creyera una curiosísima tradición que se conserva en Tafalla, en donde Carlos el Noble se hizo elevar un palacio, á una legua de Olite. El sacristán de la Colegiata enseña un relicario, en forma de tamboril, que contiene, bajo cristal, una gorra de lana roja, parecida á las boinas azules de hoy. Al dorso del relicario, una tosca pintura del siglo XVIII representa el milagro de que fué objeto, según cuentan, esa boina, y que un papelito impreso refiere de esta manera:

«Juan Lome, maestro albañil, estaba trabajando en el San Sebastián de piedra que se venera en el convento real de San Francisco, y que es patrón de la muy noble y muy leal ciudad de Tafalla, cuando tuvo necesidad de ir á su casa. Al marcharse, se quitó la boina, y la puso en la cabeza del santo, diciendo:—«Santo, guarda mi boina.»—Pasó un transeunte, que extendió el brazo para coger la boina, y no pudo quitarla de la estatua. Este milagro tuvo lugar en el año del Señor de 1426.»

La leyenda, por infantil que pueda parecer, es de origen erudito, más bien que popular; se encuentra de acuerdo, en apariencia, con documentos auténticos. Las cuentas de Navarra atestiguan que mestre Lome estaba ocupado en Tafalla en 1423. Un acta notarial, que acaba de señalarse, hace saber que el secretario de Carlos el Noble, Simón Navar, legó, el 16 de Septiembre de 1422, cuarenta florines de oro á la iglesia de San Sebastián, de Tafalla, para hacer esculpir una estatua del santo en piedra (1). Este testamento no menciona al escultor. Ahora bien; aun suponiendo que la estatua de 1422 fuese encargada á Lome, éste no esculpió seguramente el santo de la boina.

(1) *Cultura Española*, núm. IX, Febrero 1908, p. 182.

Este santo existe todavía, desgraciadamente para la tradición. Es un bloque de piedra malísimamente tallado, que se alza en un nicho en medio del gran retablo del siglo XVI. Este *mamarracho* popular puede remontarse á fines del siglo XV, porque está vestido, y no desnudo, como los efebos mártires del Renacimiento italiano; pero á nadie se le ocurrirá atribuirlo al maestro del mausoleo de Pamplona.

Solamente un documento sacado de los Archivos de Navarra podía fijar de manera decisiva la patria de Johan Lome. Yo he tenido la suerte de encontrar ese documento: he aquí el texto original:

«Seppan todos que io Johan el home de Torzay (1) taillador de imaginnes otorgo aver ovido et recibido de Garcia Coppet de Roncesvalles, thesorero de Navarra, por mi saliario et travaillo de taillar una imagen de sant Johan Baptista pal señor Rey, siete escudos et 1 florin que vallen XVII e. XVIII s. de las qualles dichas XVII e. et XVIII s. me tengo por bien pagado por testimonio deste mi recognocimiento signado de mi. Dato en Pamplona XX° dia de agosto del año a Nativitate Domini millesimo CCCC undécimo.» *John Lome, tailleur dimages*» (2).

V

Que un tallista de Tournay entrara al servicio de Carlos el Noble, y esculpiera su tumba para la catedral de Pamplona, es

(1) Tournai.

(2) La mención de este documento, que se encuentra en el Inventario manuscrito de los Archivos de Cuentas, redactado en el siglo XVIII por el benedictino Liciniano Sáez *(Compendio,* t. 17, p. 434), debió de conocerle el arquitecto Iturralde y Serit, quien, en 1870, en su monografía del palacio de Olite, nombra á «*Juan Lehome de Tartay*» con fecha de 1411.

D. Hermilio Olóriz, ex-director de los Archivos históricos de Pamplona, y D. Gervasio Etayro, actualmente afecto á la conservación de ese depósito, me han facilitado grandemente las averiguaciones que han dado por resultado el descubrimiento de ese precioso pergamino. Quiero mostrarles aquí mi agradecimiento.

un hecho que no asombrará á los que conozcan la historia de ese rey de Navarra, que, tanto por sus gustos como por sus orígenes, era un príncipe francés. Nació no lejos de París, en Nantes, en 1361. Su madre era Juana de Francia, hija de Juan el Bueno. Su padre, Carlos el Malo, que era nieto de Luis Hubin y de una princesa borguiñona, intervino varias veces en un período turbulento y desgraciado de la historia de Francia, y desempeñó con perseverancia los papeles de traidor. Perdió en estos juegos la sólida herencia que poseía en Francia. Carlos III, que, todo lo contrario de su padre, obró en todas las cosas con un espíritu de conciliación, no logró recobrar sus dominios franceses, y no obtuvo á cambio de una renuncia total sino el condado de Navarra. Quedó duque y par del reino de Francia. Para él la corte de Carlos VI era el centro de todo lujo y de toda gentileza. Fué á ella varias veces—en 1378, 1397, 1404, 1408—para negociaciones políticas y también por gusto. París era entonces, en víspera de los desastres—y como había de serlo con Napoleón III,—el punto de cita de las testas coronadas. Guiliberto de Metz ha hablado, con un encanto exquisito, de aquellos años de fiesta, en los que «solían ir á solazarse» á la capital del rey demente, no solamente el rey de Navarra y «el rey de Mallorca», sino «el emperador de Roma» y el emperador de Constantinopla, Manuel Paleólogo. La última estancia de Carlos el Noble en París se prolongó de 1408 á Mayo de 1411. Tal vez en la ciudad á la que los artistas del Norte acudían en masa en busca de trabajo, fué donde Carlos III conoció al escultor que llevó á Pamplona.

Lóme no hubo de encontrarse fuera de su centro en Navarra; el arte del Norte se ofreció á sus ojos, en la capital y en los palacios de Carlos el Noble, representado por toda una serie de obras y por todo un grupo de artistas.

Era la época en que los tapices de París y de Arras pasaban al por mayor las fronteras del reino para decorar las residencias regias y señoriales. El noble catalán Gilaberto de Crouilles poseía dos tapices de la historia de Bertrand Duguesclin,

en 1390, diez años antes de la muerte del héroe (1). Debían de ser unos tapices parisienses. Carlos el Noble hizo venir de París tapices de nuestro Colón Bataille, como lo había hecho ya, en 1376, Amadeo de Saboya, el «Conde Verde» (2). Estos tapices representaban «La histoire des neuf Preux», y cómo Sallamón conquistó á Bretaña (3). Encargó también al colaborador de Colón Bataille, Jacobo Dourdin, una habitación de tapicería blanca, «semée de images et de glais», así como un gran tapiz de alta liza «oû est le dieu d'Amour et heur et avantures, et plusieurs autres ymages» (4). En su último viaje á París, Carlos compró á un orfebre de la ciudad, Perrin Trasset, cuatro imágenes de plata dorada, así como dos pies de cruz para su capilla (5.)

La industria misma de la alta liza fué introducida en Navarra por artífices franceses al servicio del rey, mucho antes que en Cataluña é Italia.

Los tapiceros que trabajaron á principios del siglo xv en Pamplona y en Olite, fueron: mestre André, Juan de Nagon, Luciano Bertholomieu (6) y un mestre Rupart (7). El platero Daniel de Bante, sin duda flamenco de origen (8), fué á establecerse en Pamplona (9) con el bordador Anquin de Bante (10).

(1) *Revue de L'Art ancien et moderne,* t. 22, 1907, p. 120 y núm 2.

(2) J. J. Guiffrey, «Nicolás Bataille, tapicerier parisién du xiv siécle» (Memoires de la Société de L'Histoire de París, t. X, 1883, p. 271).

(3) P. de Madrazo, *Navarra* y *Logroño*, introducción, p. 52.

(4) Archivo de Cuentas. Citado por E. Privat y Can-Durban en su estudio «L'Art français en Navarra sous Charles *el Noble*».

(5) Archivo de Cuentas. Citado, sin referencia, por el barón Davillier en sus «Recherches sur l'orfevrerie en Espagne», 1879, p. 153 (según Ituralde y Suit, p. 50).

(6) Citado por Ituralde, Madrazo y E. Privat. V., entre otros documentos, en los archivos de Cuentas: cajón 53, gevata 67, caj. 56, gev. 2, cajón 60, gev. 5 (1427).

(7) Cajón 75, gevata 20 (1425).

(8) Citado por Ituralde y Davillier, p. 164.

(9) Era *vecino* de la ciudad en 1413, caj. 103, gev. 66.

(10) Citado en 1411.

Otro orfebre de Carlos el Noble, se llamaba Tomás de Inglaterra (1). El relojero del rey fué Thierry de Bolduc, probablemente «Bois-le-Duc» (2).

Artífices de todos los oficios, procedentes de países franceses ó alemanes, concentrábanse reunidos en las canteras de Olite y de Tafalla. Entre ellos había carpinteros: Estevenin de Biche, Johan de Berry, Juan Lescuyer, Rubert de Brabante; albañiles: Cotin y Miguel de Remis, Johannet de Tolosa, Juan de Borgoña; un jardinero en jefe: Macé el bretón; vidrieros: el francés Loppiquin, Jacob de Utrecht, Guirat de Baja Alemania; pintores: mestre Robin el francés, Annequin de Bruselas, Baudet, Perrinet, mestre Eurich (3). Estos pintores se encuentran en Navarra con otros pintores procedentes de todos los reinos de España: Domingo, de Valencia; Gabriel, de Mallorca; Belenguer, de Barcelona; Pedro el castellano. Los albañiles y carpinteros franceses alternan con ebanistas y estucadores (yeseros) moros. El jefe de los obreros musulmanes, mestre Lope de Tudela, fué enviado una vez por Carlos III, en compañía de un arquitecto navarro, á París, en donde el rey tenía una morada, y á Nemours, en donde era duque, «para que viesen allí ciertas obras» (4).

Así, pues, la corte de Navarra se había convertido en el centro de un movimiento de cambios entre las civilizaciones del Norte y del Oriente. En medio de las ruinas del castillo de Olite, invadidas por las hierbas y las flores, el arte francés y el arte morisco se encuentran representados, todavía juntos, por fragmentos delicados y preciosos: aquí, una fina loggia de dos pisos, tan aérea como los pináculos de los castillos pintados en los manuscritos del duque Juan de Berry; allí, un re-

(1) Archivos de Cuentas, caj. 150, gev. 55 (1412).

(2) Archivos de Cuentas, caj. 97, gev. 46.

(3) No puedo dar aquí todas las referencias que tengo á disposición de los investigadores.

(4) Citado por P. de Madrazo y por el conde de la Viñaza, «Adiciones al Diccionario de Cean Bermúdez», t. I, en la palabra *Lope*.

vestimiento de estuco, cuyos entrelazados y arabescos geométricos igualan en fantasía á los calados del Alcázar de Sevilla.

La historia de este arte compuesto, en la que Francia tiene la mayor parte, merecería tentar á un erudito francés (1). Sus documentos de la cancillería de Carlos el Noble abundan en los archivos de Pamplona; los monumentos del reinado son todavía muy numerosos.

La vasta y sombría nave de la catedral de Pamplona, que alza sus altos pilares tras una fachada clásica de fines del siglo XVIII, es la que Carlos III elevó sobre las ruinas de una basílica romana que se derrumbó en 1390. Eligió esa iglesia para el lugar de su sepultura en el año 1397. El tesoro de la catedral ha conservado un importante relicario de plata dorada, con tres cruces y esmaltes translúcidos, que Carlos el Noble mandó hacer para el trozo de la verdadera Cruz, que el emperador Miguel Paleólogo, durante su estancia en París, envió al rey de Navarra, cruz con un crisóbulo, fechado en 30 de Agosto de 1400. Es lamentable que el platero á quien se encargó esta obra, completamente francesa por el estilo y el trabajo, sea desconocido, como los arquitectos de la catedral y del claustro. En cuanto á los tapices enviados de París, ó tejidos en Navarra para el rey, han perecido. Ninguna iglesia del reino de Carlos el Noble posee piezas comparables á los antiquísimos tapices de estilo franco-flamenco, que han sobrevivido en las catedrales del reino de Aragón, como la *Cena* de Tortosa, ó los dos grandes tapices de la *Pasión*, que forman parte de la incomparable colección de la Seo de Zaragoza. Conócese un cubre-altar, tejido en alta liza, con las armas del rey de Aragón, Martín, y de su mujer, María de Luna, antes de 1407 (2); no se encuentra el tapiz con las imágenes de San

(1) El estudio ya citado de E. Privat y Can Durbán es muy incompleto; está lejos de haber aprovechado todas las indicaciones contenidas en los escritos españoles, y contiene poco inédito.

(2) Venta Guilhou, colección Seligmann (Burlington Magazine, t. VII, 1905, p. 141, pl. 11.

Luis y de San Nicasio, que Luciano Bartholomieu entregó, en 1422, para el oratorio de la reina en Tafalla (1).

De todos los monumentos que se han conservado de Carlos el Noble, el único cuyo autor haya podido ser designado, gracias á un documento de archivos, esta tumba esculpida por Janin Lomme. El imaginero del rey tomó parte en otras muchas obras. Yo he encontrado su nombre en las cuentas, desde 1411 hasta 1424 (2). ¿Qué queda de estos quince años de trabajo?

VI

En 1423, nuestro Lomme recibió un salario por los trabajos que hizo en los palacios del rey, en Olite y Tafalla, tal vez también en Puente la Reina. Los dos últimos palacios acabaron de desaparecer durante el siglo XIX. En el castillo de Olite, los úuicos detalles de escultura que se puedan descubrir, aparte de los estucos moriscos y de algunos follajes delicadamente cincelados en la piedra, son dos figuras de Profetas, formando consolas, y una de las cuales es bastante flamenca para que se pueda atribuir al taller de Lomme. El maestro mismo fué el que esculpió (después de 1426), á la entrada del pórtico que precede la iglesia del castillo, Santa María la Real; la efigie arrodillada es Blanca, hija y heredera de Carlos el

(1) Archivos de Cuentas, caj. 108, gev. 3.

(2) Recibo del 20 de Agosto de 1411, citado antes.

Salario de Abril á Diciembre de 1412 (Archivos de Cuentas, vol. 331).

Salario de Enero á Diciembre de 1418 (vol. 355).

Salario de Enero á Abril (vol. 203; cuadernos encuadernados por error con tres cuentas del año 1402).

En 1421, Lomene es enviado por el rey al «Val de Roncal» con mestre Arnal.

En 1423, pago á Lomme por las obras hechas en los palacios del rey.

En 1424, pago del salario mensual.

El salario mensual de Janin Lomme era de 23 e., 10 s., de Navarra, ó sea 12 escudos al año (vol. 353, fol. 7 v.°).

Noble, de rodillas ante una Virgen mutilada, cuyos paños de pliegues transversales son los de una Virgen borgoñona (1).

En Pamplona mismo, la tumba de Carlos el Malo, que fué encargada á Janin Lomme, en 1416, con la tumba de Carlos el Noble, y que, si se cree á Sandoval, existía aún á principios del siglo XVII, ha sido completamente destruída. Según el contrato, esta tumba debía ser de alabastro; por lo tanto, es imposible considerar como un resto de tal documento un fragmento de un sarcófago de piedra, decorado por cuatro llorones, que sirve hoy de altar en una capilla del deambulatorio. Estos llorones fueron ciertamente esculpidos por la misma mano que los de la tumba de Carlos el Noble.

Debe también atribuirse á Janin Lomme una tumba, colocada fuera de la catedral de Pamplona, en el ángulo N. E. del claustro, cerca del grupo de la *Adoración de los Magos*, firmado á mediados del siglo XIV por el francés Jacobo Perut (2).

Esa tumba es la de un bastardo de Carlos el Malo (un hermano natural de Carlos el Noble), Mescira Lionel de Navarra (3), que murió en Ucea en 1513, y cuyo cuerpo fué llevado á Pamplona. El sarcófago de piedra, muy sencillo, lleva las estatuas yacentes del príncipe y de su mujer D.ª Elfa de Luna. Está colocado en un nicho muy alto. No hay llorones ni sacerdotes en el sarcófago. La pared, detrás de las estatuas, está adornada con pinturas que representaban á los doce Apóstoles. Los restos de las cabezas nimbadas y de los paños son del más elegante y más fino estilo franco flamenco. Los colores parecen haber sido desleídos al óleo, según el procedimiento muy antiguamente empleado en Francia y en Flandes para la pintura mural. Una consola adosada encierra las siluetas de Apóstoles; lleva un crucifijo rodeado de seis estatuíllas y de tres ángeles pintados en la pared, en medio de un sembrado de es-

(1) «Catálogo de los obispos de Pamplona», 1614.

(2) E. Bertaux *(Histoire de l'Art*, t. II, 2.ª parte, p. 654 y 656, fig. 404).

(3) Su madre era una dama noble, D.ª Catalina de Lízaro.

trellas. La Virgen oculta su cabeza en la sombra de su amplio velo como bajo un capuchón de llorona; el San Juan Bautista es atlético é hirsuto; el mismo San Juan Evangelista, envuelto en su fuerte ropaje, que deja adivinar un cuerpo musculoso, tiene una cabeza grande y cuadrada sobre un cuello de toro. Santa Catalina tiene el traje y el rostro de la reina Leonor tal como la ha representado Janin Lomme.

Una tumba de estilo análogo, y más cargada de relieves, se encuentra en una capilla de la catedral de Tudela. El sarcófago, en el que hay ocho llorones, lleva la estatua yacente de un alto funcionario de Carlos el Noble, el canciller de Navarra, Mosén Francés de Villa Espesa, que murió el 21 de Enero de 1472, y la de su mujer, la «muy honorable dueña» doña Isabel de Uguá, que murió el 23 de Noviembre de 1418. El canciller está echado entre los pliegues de una vasta hopalanda, sobre la que tiene su espada en la vaina y un libro del tamaño de un códice. Su cabeza maciza lleva un birrete de doctor. La mujer tiene un corselete alto y rígido y un sombrero en forma de turbante (1). El sarcófago está colocado en un nicho semejante al de la tumba de Lionel de Navarra. El fondo y los costados de este nicho están llenos de bajorrelieves dispuestos en tres pisos. Abajo, la pompa religiosa que aparece á través de seis arcadas, y cuyas sucesivas ceremonias están representadas por seis grupos, en cada uno de los cuales reaparece el obispo con sus diáconos, acólitos, portabáculo y duriferarios. Encima, á la izquierda, la misma, en el momento de la elevación; á la derecha, el canciller y su mujer arrodillados, con sus siete hijos, tres hembras. En medio, el Cristo muerto, rodeado de los instrumentos de la Pasión; está en pie en la tumba; la Virgen y San Juan Evangelista están sentados á derecha é izquierda. Es la visión de la misa de San Gre-

(1) La estatua de doña Isabel de Uguá está dibujada en la colección de Vicente Polero, «Estatuas tumulares de personajes españoles». Madrid, 1903, p. 60.

gorio, y una de las más antiguas representaciones que de ella conozco. En la arcada que se eleva encima de la *Piedad,* la Trinidad está figurada de manera singular por tres cuerpos, confundidos bajo una capa muy amplia, de la que salen tres cabezas barbudas. El Monstruo divino es incensado por dos ángeles arrodillados, y adorado por todo un vuelo de ángeles músicos, de serafines vestidos de alas.

La amplitud y el espesor de los paños recuerdan manifiestamente á los «llorones» de Dijón y á las Vírgenes «borguiñonas» de estilo flamenco. El doble dosel colocado detrás de las cabezas del canciller y de su mujer, es semejante al dosel de la tumba de Pamplona. En fin, los llorones encapuchados de la tumba de Tudela se han envuelto en sus capas con todo el aplomo de los cortesanos que rodean el sarcófago de Carlos el Noble.

Puede verse todavía en Tudela una estatua yacente de noble dama, que lleva exactamente el traje de la mujer del canciller, salvo que el sombrero, en forma de turbante, estaba sustituído por una estrecha diadema; esta dama no es otra que una hija de Carlos el Noble, D.ª Johana, que murió en Olite el 22 de Agosto de 1425, y cuyo cuerpo fué transferido á la iglesia de San Francisco, de Tudela. Cuando la demolición de esta iglesia, la estatua tumular fué recogida por el marqués de San Adrián y expuesta en el patio de su casa, en donde las intemperies no tardarán en concluir de estropearla.

Es difícil, en monumentos como los de Tudela, el señalar la parte del maestro y la del taller. Janin Lomme formó ciertamente discípulos en Pamplona: á ellos hay que atribuir las esculturas, bastantes toscas, de la portada N. de la catedral, cuyo motivo central es la Coronación de la Virgen. Hay más vigor y savia en las esculturas de la tumba de mosén Francés; sin embargo, el decorado del nicho funerario, compuesto á manera de retablo de tres pisos, es de gusto menos flamenco que español.

¿Se extendió la acción que Janín Lomme ejerció en Espa-

ña más allá de Tudela, y hasta el reino de Aragón, adonde el artista de Carlos el Noble fué á buscar el alabastro de las tumbas reales? Es cierto que hay en Cataluña, y hasta en Mallorca, monumentos de escultura ejecutados, á partir de 1425, poco más ó menos, por artistas de pura cepa catalana, que se habían asimilado muy completamente el arte franco-flamenco. Tales son el gran retablo de la catedral de Tarragona, obra de Pere Johán, de Vallfogona, las estatuas y los bajorrelieves con que la portada Sur de la catedral de Palma, llamada pórtico de hierro, y la admirable Lonja, fueran decoradas por el arquitecto y escultor Guillem Sagrera. No hay que pensar que estos catalanes fueran puestos en relaciones con el imaginero del rey de Navarra. Un Johan, de Valenciennes, trabajó antes que Sagrera en el pórtico del mar: era un mediano tallista de piedras; pero es posible que fuesen á Cataluña artistas más notables, cuyos nombres ignoramos.

VII

De los franceses y flamencos que fueron antes del Renacimiento á ejercer un oficio artístico en España, Janin Lomme es el único cuya personalidad está hoy clara. El grupo de sus obras, que he tratado de reformar, será ciertamente completado por sus obras futuras. La tumba de Carlos el Noble seguirá siendo la obra capital del imaginero de Tournai. El interés histórico de este monumento traspasa con mucho los límites del reino de Navarra.

Una de las cuestiones más importantes que quedan por resolver para la historia del arte, es la de las relaciones sobre el arte francés y el arte flamenco, en la época en que París y Dijón fueron capitales del arte europeo. ¿Cuál es con precisión la parte de la mano de obra flamenca y la del «medio» francés? El papel de Flandes, después de haber crecido hasta el

extremo con Conrajod, ha sido casi reducido á la nada por Raymond Kœchlin (1).

La gran dificultad del problema estriba en la ignorancia en que nos encontramos de uno de los datos que hay que tener presentes. La escultura religiosa y funeraria de la Edad Media fué casi aniquilada en país flamenco y nerlandés por las inotas ciudades que enviaron imágenes y tumularios á París y Dijón, y hasta al otro lado de los Pirineos no conservaron de las obras de esos maestros sino miserables residuos.

Tal es el caso de Tournai. En esta población habíase formado una escuela próspera de dichos artistas, en las proximidades de las canteras de piedra azul y mármol negro. Los documentos nos enseñan que esta escuela se propagó á través de Francia: que turnesianos fueron á trabajar á Troyes (1378), y hasta á Lyon (1396-1402); que Felipe el Atrevido hizo llevar de Tournan á Dijón una imagen de Nuestra Señora, y que llevó á su servicio, en 1366, á un tallista residente en Tournai, Nicolás de Haine, «para ejecutar ciertas de obras piedra» (2). Pero en el mismo Tournai, los pequeños bajorrelieves funerarios que se han recogido en la Academia de Saint-Lua dan una bien prueba idea de las esculturas turnesianas de los siglos XIV y XVI.

En medio de estas obras mediocres, cuyos pedazos conserva Flandes, el grupo de las tumbas esculpidas en Pamplona por un turnesiano aparece como un hecho nuevo. La tumba de Carlos el Noble, comenzada á los cinco años de terminada la tumba de Felipe el Atrevido, es en toda Europa el único monumento actualmente conservado que pueda parangonarse con las tumbas de los duques de Borgoña. Yo percibo lo que

(1) Sabido es que en la *Gazette des Beaux Arts*, M. Kœchlin publicó en 1903 unos artículos que hacen época: «La escultura belga y las influencias francesas en los siglos XIII y XIV.»

(2) Se ha atribuído, sin razón, á este turnesiano la Virgen del pórtico de la iglesia de Champmol, V. A. Klausr. *Claus Sluter* (col. «Les Maîtres de l'Art)», p. 52-62.

le falta para igualar la obra de Claux Sluter y de Claux de Warve. Faltan, desde luego, á la tumba de Pamplona los minúsculos angelotes que en Dijón estaban puestos sobre los pies derechos de las arcadas, con caras contristadas, como otros tantos llorones alados. Los llorones mismos están aislados é inmóviles en torno de la tumba del rey de Navarra; no se sigue en su conjunto el movimiento que arrastra en torno de los sarcófagos de los duques á todos los pequeños personajes formando una larga procesión que parece pasar por detrás de la columnata de un claustro. Las figuras son más rígidas y más delgadas, los ropajes menos opulentos, las actitudes más monótonas, los rostros menos arrogantes ó menos apenados; el duelo de aparato ha perdido su cómico enorme y siniestro.

Tal vez, el alabastro ceroso y blando convenía menos al escultor de Tournai que la ruda y robusta piedra. Las estatuíllas de la tumba de Lionel de Navarra, que es preciso atribuir á Janin Lomme, tienen la virilidad soberbia de los llorones y de los Profetas de Dijón; el Dios Padre, que bendice desde lo alto del pináculo, hace pensar de lejos en el inmortal Moisés.

No autoriza á suponer que Lomme viera alguna vez la Borgoña. Debemos admitir, hasta que se pruebe lo contrario, que el arte de que es representante lo aprendió en su ciudad natal. He aquí, que la obra maestra de la escultura turnesiana se encuentra en Pamplona, mientras que las obras maestras de la escultura holandesa están en Dijón. Para poder llamar á éstas borguiñonas, habría que llamar á aquélla navarra.

España, que acaba de aportar al litigio pendiente entre el arte franco-flamenco y el arte flamenco un testimonio digno de ser meditado, no tiene todavía ni una palabra que decir en las cuestiones que afectan á los monumentos de Dijón.

Mientras que Janin Lomme trabajaba tranquilamente en Pamplona, lo malo de la época reducía á la inacción á Claux de Warve y á tres imagineros del duque de Borgoña. El mausoleo que Juan sin Miedo quiso hacerse elevar por el modelo

del de Felipe el Atrevido, debía quedarse en estado de proyecto durante una generación.

Ahora bien; cuando Felipe el Bueno se decidió, en 1443, á mandar hacer la tumba de su padre Juan sin Miedo, ¿cuál fué el artista al que el duque se dirigió? Un aragonés, Juan de la Huerta, natural de Daroca. Sus historiadores se han asombrado, con motivo de encontrar en Borgoña á ese español dispuesto á continuar la serie de los flamencos. Ahora, Juan de la Huerta deja de ser un enigma.

A falta de un documento, más de una hipótesis permite explicar su formación de artista. Tal vez ese artista viajó por Navarra y trabajó en el taller de Lomme. Tal vez conoció en Cataluña á los maestros extranjeros de quienes Guillem Sagrera fué discípulo y émulo. En todo caso, pudo, antes de buscar fortuna en Borgoña, haberse iniciado en España en un arte que vivía de las mismas tradiciones que el arte de Dijón.

Emilio Bertaux

CRÓNICA LITERARIA

El homenaje á Teodoro Llorente.

Valencia, donde parece revivir bajo algunos aspectos el espíritu de las antiguas ciudades griegas, ha celebrado, con la coronación de D. Teodoro Llorente, una de las fiestas más honrosas para un pueblo, por ser un acto público de culto al ideal y de homenaje á la Poesía. Todos los pueblos, hasta los más decaídos, conservan algunos vestigios del culto á los héroes; pero la galería de éstos es muy varia y encierra ejemplares tan diferentes, que la serie va desde el santo al bandido generoso. Cuando los héroes objeto del culto popular son los héroes del espíritu, el pueblo que los honra da testimonio de su propia cultura al apreciar aquellas excelencias espirituales, y muestra que el héroe es la personificación ó condensación de facultades difusas y latentes en el alma colectiva, como sentía Carlyle.

El homenaje á Llorente ha sido una gran fiesta popular, una fiesta de la ciudad, á que han concurrido muchos millares de personas, y en que la aglomeración del público ha producido uno de esos siniestros, frecuentes en los actos donde se acumula una compacta muchedumbre. Hasta ese desgraciado accidente le da un sello de verdad, porque á través de él se percibe la expectación y ansia de ver de una muchedumbre que, en su entusiasmo y su curiosidad, se estruja y no tiene cuenta de nada, ni de la capacidad de los lugares y la resistencia de materiales de una instalación. Bien se ve que no se trata de una

coronación falsificada, de uno de esos homenajes que se fraguan con muchas instancias y mucho trabajo en tal cual Ateneo de provincias ó cenáculo literario de Madrid, como si corriera mucha prisa adelantarse al juicio de la posteridad, por si ella se olvida del favorecido. Estos actos, cuando no son verdaderamente populares, no engañan á nadie ni pasan de ser una lamentable parodia de la gloria, un carnaval de vanidades, acompañado de la compasiva complicidad de simpatías y respetos humanos.

Tienen, además, tales homenajes su natural momento, marcado por el curso de la vida. Ya que no se espere, como hace prudentemente la Iglesia con los santos, á la muerte del héroe, para darle entrada en el panteón de sus semejantes, debe aguardarse, al menos, á aquel término y punto en que la vida parece ya completa, en que ha dado el rendimiento de sus energías y se prolonga como en una serena contemplación de la labor realizada. Este es el caso de Llorente, llegado á esos confines augustos de la ancianidad, aunque se mantenga, afortunadamente, la suya esperanzada, de espíritu, al menos.

***

Esbocemos brevemente el contorno de la silueta biográfica. D. Teodoro Llorente nació en Valencia, el 7 de Enero de 1836. Allí cursó, en las aulas de Jurisprudencia y Filosofía y Letras, estas dos facultades; allí dió á conocer sus primeros ensayos literarios, y allí ha pasado, casi toda su vida, consagrado á la poesía y al periodismo.

Es, pues, una de esas notabilidades locales que no lo son por el azar del nacimiento, sino que en todo el curso de su vida permanecen estrechamente ligadas á la tierra natal, hasta cuando la fama, trascendiendo de los límites de su ciudad y provincia, las convierte en figuras verdaderamente nacionales, como ha ocurrido con Llorente.

Llorente, fuera de un ensayo dramático, realizado en los años de su adolescencia, el drama en verso *Delirios de Amor,*

que yo no conozco, pero que probablemente sería una expansión lírica, vertida en los moldes de la escena, mostró desde luego su vocación á la lírica, á la cual debe principal y casi exclusivamente su renombre literario. Sin duda, en otros géneros ha realizado el patriarca valenciano trabajos muy estimables. Ha cultivado durante largos años el periodismo con una discreción, un espíritu tolerante y hospitalario, un esmero artístico y un decoro profesional que le hacen acreedor á figurar en la galería de los grandes periodistas españoles contemporáneos; pero el periodismo es género que hasta ahora no ha tenido apenas consideración literaria, género de famas rápidas y extensas, pero pasajeras; demasiado ligado á la marcha del tiempo, á su continuo mudar, á las modas intelectuales que trae y lleva su corriente, para poder vencer el olvido, que corre también con estas aguas, y llegar á homenajes, como el que Valencia acaba de tributar á Llorente con tan manifiesta justicia, y que son un plebiscito de perpetuidad, un anticipo del juicio de la posteridad. Sin embargo, la labor periodística de Llorente, no sólo por sus trabajos personales de crítica literaria, de política y de otras de las diversas variedades en que se reparten los escritos de esta clase, sino por la orientación general dada á su periódico, *Las Provincias,* uno de los que más crédito y autoridad han alcanzado en la prensa provinciana, es digna de estimación y aplauso, y una puntual historia de la prensa española, que acaso se escribirá algún día, no podrá olvidarla ni omitirla. Llorente ha sido, sin duda, uno de los precursores de la evolución literaria de los grandes periódicos de provincias, que les ha quitado el carácter estrechamente local de que antes solían adolecer, y les ha asimilado la confección, amplitud, variedad de asuntos y colaboraciones á los grandes órganos metropolitanos.

También ha cultivado Llorente la Historia. En la colección, según creo, no terminada, de estudios históricos y descriptivos de las provincias españolas, que, bajo el título de *España,* publicaba, hará alrededor de veinte años, la casa edi-

torial de Daniel Cortezo, de Barcelona, Llorente, cronista de la provincia de Valencia, fué encargado del tomo correspondiente á ella, y evocó el pasado histórico de aquel antiguo reino, poblado de recias y dramáticas figuras, su riente naturaleza mediterránea y el legado monumental que allí dejaron los siglos, en la elegante prosa, y con la documentación y el espíritu artístico que pedía aquella selecta colección. Pero de ahí no se sigue que debamos considerar á Llorente como historiador, aunque alguna vez lo haya sido y figure este trazo entre los varios de su figura literaria. Es seguro que muchos de los que le conocen y le admiran como poeta, no saben ó no se acuerdan de que también ha hecho historia, á pesar de haber sido *España* una publicación ilustrada muy difundida en las bibliotecas de las familias; una colección de libros que, además de ser buenos libros, eran libros domésticos, de velador, con sus láminas y sus rojas encuadernaciones, con planchas de oro. A pesar de eso, y de ser el dato tan notorio y público en diccionarios y biografías, ¿quién considera á Llorente como historiador? ¡Cuántos no ignoran hasta que lo ha sido!

Llorente es poeta; poeta en dos lenguas, poeta castellano y lemosino. Esa es su verdadera personalidad en las letras y ese el cimiento de su fama, por más que en el vate valenciano veo una de esas figuras de conjunto, en que concurren diversas virtudes y excelencias principales y secundarias, á la elaboración del renombre y al aura de la popularidad.

Llorente ha sido poeta castellano antes de ser poeta lemosín. Sus primeros versos, *Los versos de la juventud*, escritos por los años de 1853 á 1866, precedieron á su obra de poeta regional, y luego coexistieron con ella. Llorente coleccionó estos versos á instancias de sus amigos, veinte años después, cuando ya la fama le había otorgado sus halagos, en un tomito en que aparece, grabada por Maura, la efigie leonina del poeta en los días de la plenitud viril.

En un prólogo muy modesto y sentido, escrito con suma discreción y tacto, que nunca se aquilatan mejor que cuando

hablamos de nosotros mismos, da á entender Llorente que consideraba estos versos como un entretenimiento, como una expansión lírica de la mocedad; dice que sólo los publica para evitar que, á su muerte, el celo apasionado de los amigos fuese menos escrupuloso en la selección de estos ensayos juveniles, y diese á la estampa cuantos hallare á mano. El autor indica que su obra verdadera ha sido la de poeta valenciano—obra encaminada á promover la *renaixensa*, el renacimiento de la literatura lemosina y en que, sin duda, puso Llorente el entusiasmo que suelen inspirar estas resurrecciones de cosas no enteramente muertas, sino dormidas, como la princesa del bosque,—y también la de traductor castellano de poetas extranjeros. Dejando aparte lo que hay que conceder á la modestia, y otorgando á los versos castellanos originales de Llorente el aprecio que merecen por su perfección métrica, por su delicadeza y armonía espiritual y música, en que á veces parece percibirse un eco de Tassara, esa indicación de los dos más salientes aspectos de su labor y personalidad es exacta. Como poeta regional y como excelente y acabado traductor en verso, le recordará principalmente la historia literaria y le mencionan ya las historias contemporáneas que circulan.

Uno de los biógrafos de Llorente dice que la lectura de *Lo Gaiter del Llobregat*, de Rubió, le inspiró la idea de cultivar la poesía lemosina. Pero, sobre este punto del cultivo de la poesía regional, de la afición que sintió á ella Llorente desde muy temprano y del sentido que daba á esa *renaixensa* literaria, de que fué uno de los fundadores en Valencia, tenemos un documento auténtico de mucho interés. Es la Endressa ó dedicatoria del *Llibret de Versos* en que el poeta reunió sus composiciones valencianas. Esta Endressa á D. Marian Aguiló, Bibliotecario de la Universidad de Barcelona, es un verdadero prólogo, sahumado con la poesía de recuerdos juveniles y escrito con el arte y el claro y equilibrado juicio que, por lo común, resplandece en estos trabajos de Llorente, que ha sobresalido en los prólogos y ofrece en ellos muchos datos para

la interpretación de sus obras y de su tendencia literaria. En éste recuerda al bibliotecario los tiempos en que dos alegres estudiantes valencianos (el autor y Vicente Querol) invadían la Biblioteca al salir de las aulas, y se encontraban allí al erudito guardián de los libros rodeado de volúmenes, tal vez investigando los orígenes é historia de la literatura valenciana, restableciendo un texto de Ausias March, rastreando las fuentes legendarias de las gestas de Tirante el Blanco, siguiendo la huella de las viejas y pasadas costumbres en las sátiras de Jaume Roig, ó la estela de la fe en las canciones místicas de Corella. En las pláticas que allí se sostenían palpitaba la aspiración al renacimiento de la literatura valenciana, revivían los recuerdos, trazábanse planes é iban germinando semillas de lo porvenir en aquella blanda y sabia atmósfera del pasado. De allí salió la restauración de los Juegos florales en 1859, preparada por Llorente con Aguiló y Querol, también eximio poeta castellano y lemosín.

En este prólogo explica Llorente cómo entendía la poesía valenciana. La concebía como una resurrección.

En Valencia había una lengua viva, hablada en los campos, en los pueblos y en la ciudad, lengua familiar aprendida desde la cuna y transmitida de padres á hijos. Pero esa lengua había perdido el ejercicio literario, se había convertido en una lengua doméstica. Había, pues, una lengua viva y una literatura muerta, fenómeno inverso al del latín, donde la literatura sobrevive á la lengua, particularmente en las ramas didácticas, puesto que hasta bien entrado el siglo XVIII, casi hasta el XIX, el idioma latino continuó siendo la lengua de las ciencias. Proponiéndose á sí mismo objeciones, y contestándolas, explica Llorente cómo la poesía valenciana tiene que acudir al vocabulario arcaico de la época en que la lengua regional estaba en actividad literaria. El valenciano, tal como se habla ó se hablaba al tiempo de iniciarse este relativo renacimiento, era un habla corrompida, castellanizada, empobrecida, reducida á lenguaje plebeyo y popular por la triunfante concurrencia del

idioma castellano; habla impropia, en fin, para toda poesía que no fuese familiar. De ahí la necesidad de ir á buscar, en los antecedentes literarios del habla regional, esos elementos eruditos y artísticos que deja de producir un idioma cuando en él cesan de florecer largo tiempo las letras. No conozco yo lo bastante el lemosín para apreciar en qué proporción ha entrado ese elemento arcaico en los versos de Llorente; pero es visible que él ha tratado de hacerlos de su tiempo, actuales, vivientes, y que en ellos el arcaísmo no puede ser más que un accidente filológico, un elemento supletorio, llamado á subsanar la falta de plasticidad y de riqueza de un lenguaje apartado de la gimnasia literaria. Poeta de dos lenguas, Llorente no ha sido poeta de dos almas, y sus versos lemosines son semejantes á los castellanos en la inspiración, en la factura y en los matices espirituales predilectos.

Pero, más todavía que como poeta regional, ha brillado Llorente como traductor en verso castellano de poetas extranjeros. Las obras de los poetas regionales tienen un estrecho campo de difusión; son al cabo sus composiciones los frutos de lenguas venidas á menos, que se han quedado estancadas y localizadas, y cuyos renacimientos no pueden torcer la obra de la historia, que hizo de una de las varias hablas de un pueblo, ó si se quiere de un Estado, el principal órgano de su cultura y de su inspiración, el verbo predominante, junto al cual las demás lenguas parecen plantas enanas ó secos troncos, á los que no logran remozar los nuevos brotes que á fuerza de cultivo se consiguen. En cambio, en el caso de Llorente como traductor, se juntaba, con la difusión del castellano, la de los poetas universales cuya inspiración vertió en nuestro vaso.

Sin duda, la obra literaria del traductor es menos alta é importante que la del poeta original. Este es el creador, el otro un transmutador de formas. Mas hay que apartar de las traducciones el menosprecio y mala nota que sobre ella derrama la plaga de traductores industriales, y reconocer que son un delicado trabajo literario que exige cultura, penetración y

dominio pleno de las dos lenguas: la de procedencia y la de llegada. El traductor es un exégeta que hace labor artística, y si las versiones son en verso, al forjar los nuevos metros, pone casi la mitad de la obra poética; pone la vestidura musical, que es la nota específica de la poesía en verso, y que no se limita á desinencias rítmicas, sino que supone un estilo especial, figuras, giros, el lenguaje propio de la poesía en cada idioma.

Rey de nuestros traductores en verso ha sido llamado Llorente. A mi parecer, este es el aspecto principal de su figura literaria. Sus traducciones de Heine, del *Fausto*, de Goette, de Víctor Hugo, de Byron, de Schiller, de Lougfellow, de Lamartine, de los poetas que eran, á mediados del siglo XIX, los Dii majores de la poesía moderna, han sido los principales artífices de su fama. Especialmente las *Leyendas de oro* y las *Amorosas*, han corrido de mano en mano por dos generaciones de lectores, y han sido para muchos el breviario popular de la poesía moderna.

En otro prólogo, el de las poesías de Heine, ha expuesto brevemente Llorente su teoría del traductor. Defendiéndose de un crítico, no recuerdo si Ixast, que le reprendía, entre elogios, el hacer hablar á los héroes de poetas extranjeros como caballeros españoles de capa y espada, decía el poeta valenciano: «¿Qué especie de idioma debemos usar, pues, para que nos haga pensar en cosas tudescas? ¿Será buena traducción aquella que, no por los pensamientos, sino por la forma de la dicción, nos advirtiese y revelase de qué lengua procedía? ¿Ha de conocerse, leyendo la versión castellana, si el original está en griego ó en latín, en alemán ó en sueco? No; eso sería, como vulgarmente se dice, «traducir del francés al gabacho».

La teoría de Llorente me parece verdadera. Al llevar á otra lengua una obra literaria, lo que llevamos es su contenido espiritual y sus formas imaginativas, las formas lógicas de expresión, la concepción de la frase, no la frase misma, la gramática lógica; mas no podemos llevar las particularidades de la lengua, ya que de ésta la despojamos para vestirla la nueva túnica

de palabras. Si quisiéramos llevar esas particularidades, no traduciríamos más que á medias; subsistiría algo de la lengua original en la nueva, produciendo una jerga franca, que, sin conservar la fisonomía de aquélla, quitaría á la segunda su propio semblante y particular belleza. Escribir un español que se parezca al alemán ó al inglés, es un absurdo filológico y literario, y, además, sería inútil para conservar el gesto de las obras traducidas. Sólo se conseguiría hacerlas menos comprensibles. Es cierto, que en el alma de las lenguas hay algo incomunicable, pero esto no se resuelve pretendiendo llevar á un idioma las particularidades de otro. Es el flaco inevitable de las traducciones, que nunca, por esmeradas y literarias que resulten, son la obra original. Además, las traducciones se hacen principalmente para la parte del público que no conoce el idioma original de las obras traducidas, y ese público es el que no puede apreciar la subsistencia de los rasgos peculiares de la lengua primitiva en la versión, los cuales sólo servirían para desorientarle y aun para alterar en él la noción de su propio idioma. Hacer castellano á Heine, en la palabra, no en la idea, dice Llorente que fué su propósito, al traducirle. Escribir los versos de Heine como los hubiera escrito Heine, de ser español, debe ser el ideal del traductor en este caso. Llorente se ha acercado mucho á ese ideal, siendo, á la vez que un fiel traductor, un excelente poeta castellano.

Pero como antes he dicho, y repito ahora para terminar y explicar algo el concepto, Llorente es para mí una figura de conjunto. Si sólo hubiera sido el poeta regional, ó el traductor excelente, ó el periodista inteligente y culto, ó el historiador de Valencia; si á todos esos títulos no se hubiera unido el prestigio de una vida y un carácter moral, el homenaje no habría sido, ó no habría sido lo que fué; le habrían faltado materia y ambiente popular. Cada una de aquellas cualidades ha puesto una hoja de laurel en la corona que Valencia ha ofrecido á su poeta.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Lingüística: Miles de formas ortográficas de un apellido.= Crítica: Lunario sentimental.=Bellas Artes: El impresionismo.= Costumbres: El matrimonio malgacho.=Historia: El divorcio de Enrique VIII y el cisma anglicano.=Impresiones y notas: Napoleoniana.—Los *boys scouts*.—La mujer inglesa.—¿Por qué dormimos?—El *sabotage* en la Edad Media.—El silendum.

LINGÜÍSTICA

Miles de formas ortográficas de un apellido.—En castellano, las formas que puede revestir la escritura de un nombre propio son, afortunadamente, pocas, y serían todavía menos si nuestra Real Academia, en lugar de inspirarse en un sentido etimológico, totalmente reñido con la tradición nacional, popular ó erudita, se hubiera inspirado en el ideal fonético, ajustando la ortografía á la pronunciación, y haciendo así recorrer á nuestro escritura el poco camino que aún la queda para llegar á la perfección. Así nos encontramos con *Ribera* y *Rivera*, por la confusión de la *b* con la *v; Giménez* y *Jiménez*, por la de la *g* y la *j; Cerolo* y *Zerolo*, etc.; en junto, dos ó tres formas gráficas para una sola palabra. Pero en francés la confusión sube de punto, y en reciente artículo del doctor Jaime Bertillón, se afirma que hay hasta *2.400 ortografías para una sola palabra.*

¿Es posible tamaña complicación? A primera vista, cualquiera toma esta cifra por una exageración, ó supone, por lo

menos, que se ha rebuscado para llegar á ella algún apellido enrevesado y kilométrico. Nada de eso: un apellido de dos sílabas produce, en efecto, no sólo las 2.400 ortografías que dice Bertillon, sino muchísimas más, como vamos á ver.

Se trata de un apellido corriente, que fonéticamente se escribiría *Done;* este apellido, merced á la complicación de la ortografía francesa, va á revestir de seis á ocho mil formas, capaces de despistar al más tenaz investigador de asuntos históricos ó policíacos; parece imposible, pero nada hay más exacto.

Por de pronto, tomemos la forma más corriente en que ese apellido aparece, y nos encontramos con las tres maneras siguientes:

Daunay, D'Aunay y d'Aunay;

como después de la *d* puede haber *h*, nos encontramos con otras tres:

Dhaunay, D'Haunay y d'Haunay,

y tenemos seis formas. Como el sonido *au* puede escribirse en francés de cinco modos distintos *(o, os, ô, au, eau),* nos encontramos con otras cinco formas más:

Donay, Dosnay, Dônay, Daunay y Deaunay;

y como cada una de estas formas puede escribirse con la *d* inicial, junta ó separada por apóstrofo, y esta última con *D'* ó con *d'* (Donay, D'onay, d'Onay), y con *h* ó sin ella, resultan treinta ortografías diferentes sólo para la primera sílaba. (Do, Dos, Dô, Dau, Deau; D'O, D'Os, D'Ô, D'Au, D'Eau; d'O, d'Os, d'Ô, d'Au, d'Eau; Dho, Dhos, Dhô, Dhau, Dheau; D'Ho, D'Hos, D'Hô, D'Hau, D'Heau; d'Ho, d'Hos, dHô, d'Hau, d'Heau.)

El sonido *n* se puede escribir con una *n* ó con *nn;* aplicando á las treinta formas ya encontradas esta doble escritura, resultan sesenta ortografías.

El sonido *ây* se puede escribir de cinco modos diferentas (*è*, *ai*, *ay*, *ei*, *ey*); combinando cada una de estas cinco formas con las sesenta ya encontradas, llegamos á la cantidad de trescientas maneras de escribir el apellido que nos sirve de ejemplo.

La palabra puede terminar en vocal, como sucede en todos los casos citados, ó en *s*, *t*, *z*, *st*, *ts*, *t* precedida de *ê* (*Donêt*), *h*, ó bien revistiendo forma femenina, por una *e*, lo que nos da ocho nuevos modos de escribir la palabra que, multiplicados por los trescientos ya encontrados, producen 2.400 formas.

A estas hay que agregar, cuando menos, otras cuatro bastante corrientes: *d'Aulnay*, *Daulnaies*, *Domné* y *d'Ohnet*, lo que nos lleva al número prodigioso de más de 8.000 (no nos entretenemos en dar una cifra precisa, porque la escritura *aul* no admite alguna de las combinaciones anteriores, ni tampoco la terminación *y* admite otras).

Como se ve, se necesita un verdadero diccionario para agotar las formas gráficas que cada apellido puede revestir en francés, y se requirirían muchos tomos en folio para hacer la lista de las formas posibles de todos los apellidos usuales en Francia; porque si uno solo, de dos sílabas y cuatro sonidos, nos ha dado 8.000 formas de escritura, ¿cuántas no nos daría un apellido algo complicado de cuatro ó cinco sílabas?

Parece que estas cuestiones no tienen importancia; pero hay que imaginarse las dificultades que tienen que ocasionar en las actuaciones judiciales para la identificación de las personas, así como en multitud de actos en que se requiere la consignación de nombres, como testigos, contratantes, etc.

En España, lo más que puede suceder, es que ocurran escenas de esta clase:

—¿Cómo se llama usted?

—Eulogio Hernández.

—Bueno—dice el escribiente copiando.—Heulogio Ernández.

En Francia la escena se complica:

—¿Cómo se llama usted?

—Henri Morins.
—¿*Henri* cómo?
—Morin.
—¿Con *au*?
—No, con *o*.
—¿*O* cómo?
—*O* sencilla.
—¿Y el *rin* cómo, con *ai*?
—No, señor.
—¿Con *ei*?
—Tampoco.
—¿Pues cómo?
—Con *i*.
—¿*Y* griega?
—No, señor, *i* latina.
—¿Entonces Morin, es eso?
—No, señor; *M, o, r, i, n, s*.
—¡Ah, ya! ¿Con *t* final?
—No, señor, con *s*.
—Bien. Entonces, ¿así?
—Eso es.

Esto contando con que el interrogado sepa escribir; que cuando no sabe, ¡cualquiera acierta con su verdadero apellido, por dificultoso que sea!

CRÍTICA

Lunario sentimental.—Así se titula una obra de Leopoldo Lugones, un poeta, llamémoslo así, de los más originales, llamémoslos así, y de los más modernistas, llamémoslos así también, que América ha producido en nuestros últimos tiempos, para consuelo y desesperación á la vez del olímpico Rubén Darío.

Se trata de un «Libro dedicado á la luna... Especie de ven-

ganza—dice el autor—con que sueño casi desde la niñez siempre que me veo acometido por la vida». ¡Pobre luna! ¡Tan simpática como á todos nos apareces, ya surques el espacio con majestuoso andar, ya juegues al escondite entre las nubes para regocijo de niños y niñeras! Precisamente desde la niñez, desde esa tierna é inocente edad en que todo lo vemos de color de rosa y todo nos es grato y simpático, y tú más quizá que cualquiera otro objeto, por tu poética luz y tu leyenda secular, te ha cogido tirria Leopoldo Lugones, hasta el punto de quererse vengar de ti ¿Qué le has hecho á Lugones, oh pálida Febea? ¿Le sorprendiste quizá metiendo los dedos en algún tarro de dulce que su madre tenía guardado, acarreándole con tu iluminación una azotina? No se explica fácilmente qué puedes haber hecho á Lugones, para que desde niño te quiera tan mal. Pero, por otra parte, ¡qué desgraciado debe ser ese chico, que suponemos será ya grande, cuando ha sido capaz de guardar rencor á la luna años y años hasta lanzar contra ella los envenenados dardos de su carcax poético cuando ya estaban en plena madurez sus puntas y su veneno! Porque el odio de Lugones á la luna es tan concentrado, que la venganza con que sueña para satisfacerle está alimentada sin cesar, á todas las horas y á todos los instantes, siempre que Lugones se ve «acometido por la vida». Decididamente, hay que compadecerle: soñar desde la niñez con vengarse de la luna, y decir que ese sueño subsiste siempre que se ve «acometido por la vida», es dejar en mantillas á Schopenhauer, á Leopardi y á los más desesperados pesimistas poéticos.

Lugones es de la raza de los rompe-moldes y pisa-reglas de nuestro moderno anarquismo intelectual; es de esos poetas que torturan su caletre para encontrar una rima desusada á fuerza de partir palabras que deben estar enteras, ó de formar bloques fónicos con términos que nunca deben estar unidos. Así, por ejemplo, Lugones debe imaginarse que ha descubierto la cuadratura del círculo cuando escribe versos como los siguientes:

Y la luna en enaguas
Como propicia náyade
Me besara cuando haya de
Abrevarme en sus aguas.

¡Mire usted que poner á la luna en enaguas para transformarla en náyade! ¿Dónde ha visto Lugones que las náyades gasten enaguas, y qué necesidad tiene de poner enaguas á la luna para disfrazarla de náyade? ¿O es acaso para ser *propicia* para lo que la náyade se pone enaguas, y la luna hace otro tanto «como propicia náyade?» Si es así, tampoco lo entendemos, porque hasta para besar á Lugones, lo mismo la luna que la náyade, estaban mejor y más propicias sin enaguas que con ellas. No es esto, sin embargo, lo más chocante, sino que Lugones se abreve en las aguas de la luna, con enaguas y todo, (la luna, no Lugones; no vayamos á confundir), y que cuando se está abrevando, la luna le bese; de modo que, aceptada la transformación poética y mitológica de la luna, nos encontramos con que Lugones, sediento, va en busca de las aguas de la luna, que, como está en enaguas y convertida en náyade, le besa mientras el hombre se abreva. ¿Ven ustedes bien en qué se abreva y qué agua bebe? Las aguas de la luna-náyade, y á eso lo llama venganza. Y todos estos disparates por romper el molde del buen sentido y el buen gusto, rimando *náyade* con *haya de*. ¡Estos rompe-moldes son tremendos!

Son tantos los disparates contenidos en esos cuatro versos de siete sílabas, ó en ese montoncito de veintiocho sílabas, de voces castellanas agrupadas en cuatro renglones rimados, que nos vamos á entretener en enumerarlos, aunque siempre se nos quedará alguno en el tintero:

1.° La luna en enaguas.

2.° La náyade en enaguas.

3.° La luna con enaguas, para parecerse á una náyade propicia.

4.° Lugones, abrevándose; por consiguiente, convertido

en... Dejamos á su elección el animal á que quiera parecerse, pues sólo los animales se abrevan; los hombres, beben.

5.° Lugones, abrevándose en las aguas de la luna.

6.° La luna en enaguas, besando á Lugones, mientras Lugones se abreva en sus aguas.

7.° *Náyade* rimando con *haya de*. Aquí me paro, porque ahí está el molde roto, el busilis, el *quid* de la redondillita. Pero, ¿cree Lugones sinceramente que ha roto con eso ningún molde, ni ha creado forma ninguna? No, señor Lugones; lo que pasa es que, desde que Dios creó el mundo, hay moldes buenos y moldes malos, y siempre los ha habido. Molde bueno: la luz; molde malo: las tinieblas; molde bueno: la inocencia de Eva; molde malo: la astucia de la serpiente; molde bueno: Abel; molde malo: Caín. Y así se siguen indefinidamente en la historia de la humanidad los moldes buenos y los moldes malos, lo mismo en política que en literatura, y en todas las manifestaciones de la humana actividad. Cuando la lengua castellana llega á la perfección del verso campoamorino, por no hablar del quintanesco ó del luisiano, no hay para qué pensar en nuevos moldes; con vaciar nuestro pensamiento en los ya existentes tenemos bastante, y lo que importa no es el molde, sino lo que se echa en el molde; pues como sea bueno, seguramente el molde nos lo devolverá bueno también, y como sea malo, el molde, por nuevo que sea, no ha de hacerlo bueno. También Góngora se empeñó en hacer moldes nuevos, y gracias á su talento y á su gran facilidad de versificar, no echó á perder todo lo que echaba en los nuevos moldes, y si lo hubiera echado en los antiguos, todo se hubiera salvado, sin mancharse con la nota de conceptismo que caracterizaba aquella relativa novedad literaria.

Pero sigamos con el *Lunario*, de Lugones.

Creerán ustedes que después de esto ya no cabe acumular más tonterías; pues se equivocan ustedes; ¡cabe, cabe!, y si no, vean ustedes:

En una fonda tudesca
cierto doncel llegó en un cisne manso;
cisne ó ganso,
pero, al fin, un ave gigantesca:
á la caseosa Balduina,
la moza de la cocina,
mientras estofaba una leguminosa vaina,
le dejó en la jofaina
la luna, de propina.

¿Qué les parece á ustedes? No quiero entretenerme en desmenuzarlo, porque «Esto, Inés, ello se alaba, no es menester alaballo».

Pero aún hay más, por increíble que parezca. El *Lunario*, de Lugones, es fuente inagotable de tonterías, que no tienen ni siquiera gracia; pues, más que la risa, provocan el asombro, y si hacen reir, no es con la risa plácida del que disfruta con un espectáculo agradable, sino con la risa que produce lo incoherente y lo ridículo. Véase otra muestrecita:

El ímpetu bellaco
encanalla acritudes de tabaco;
y casi musical, como un solfeo,
chillan aspavientos de jóvenes criadas
dichosamente frotadas
por aquel enorme escarceo;
con su reproche más acre
una vieja
se queja
desde el fondo de su fiacre;
cuando á mitad del estéril soponcio
surge una culebra de múltiples dardos,
crepitada en ascuas de estroncio,
sobre tres catástrofes de petardos.

Lo que surge aquí es Lugones, no con tres, sino con doscientas catástrofes de petardos—porque para petardos... ¡sus poesías!

¡Señor Lugones! ¡Señor Darío! ¡Señor... X (esta X encubre á cierto *soi disant*, poeta muy pagado de sí mismo, muy traído y llevado, á quien no queremos amargar la vida por la coletilla que defiende su nombre). ¡No se tomen ustedes en seris! ¡No se crean ustedes que hay nadie que los tome en serio! ¡No se imaginen ustedes que en el mundo no hay más que memos! ¡Ni ustedes rompen moldes, ni ustedes innovan nada, ni ustedes crean nada! No pierdan ustedes el tiempo en esas roturas, y si tienen ingenio (que yo creo que lo tienen, á pesar de todo), empléenlo en algo más útil y provechoso que en decir tonterías.

BELLAS ARTES

El impresionismo.—Nada más sencillo que el programa de los impresionistas: lo que querían, como dice muy bien Luis Gillet en *La Revue Hebdomadaire,* era el derecho de pintar cosas contemporáneas; pretensión bien modesta que, después de Courbet y Millet, era cosa resuelta.

Hay que convenir en que el progreso de la humanidad no es un progreso artístico; nuestras formas de civilización están un poco reñidas con la belleza, y el artista tiene que buscar sus inspiraciones muchas veces en el pasado, sin que esto quiera decir que no haya nada en lo moderno que le tiente y le inspire. ¿Había de ser nuestra época la única falta de gracia, de dignidad y de elevación? Llegará un día en que no seremos ya más que un recuerdo, en que nuestras costumbres, nuestros trajes, nuestros muebles y hasta nuestros bostezos de bienestar, serán cosas anticuadas, y entonces el artista que haya preservado del olvido el recuerdo de nuestro mundo, merecerá la simpatía de nuestros sucesores.

He ahí lo que se ha llamado el *realismo* de la nueva escuela. También Holanda, en otro tiempo, como el Japón, había pasado por ese realismo; no teniendo las cosas valor ninguno por sí mismas, por lo mezquinas y vulgares que eran, todo de-

pendía del arte con que se presentaban, del modo con que aparecían á nuestros ojos. Holanda se salvó por el claro-oscuro, y el impresionismo intenta salvarse por la luz. Los maestros de Delf y de Amsterdam habían confiado á la sombra el cuidado de envolver y como de empaquetar las cosas, de algodonar los contornos, de adormecer los contrastes, de sumergir todas las formas en una especie de crepúsculo de donde salen más lejanas é indecisas. Este modo indirecto, casi misterioso, de evocar las realidades; este lenguaje de medias palabras, elipsis y reticencias, tan á propósito para expresar significaciones íntimas y secretos conmovedores, era la fórmula que el impresionismo intentaba reemplazar. El círculo de sombra luminosa en que el mago Rembrandt había encerrado la pintura, fueron infringidos. Francia quería ver claro; limpió su paleta de sombras y sepias, y la antigua máscara de terciopelo negro, que tanto había servido, fué á juntarse con los trastos viejos.

La luz, en el paisaje sobre todo, tenía en Francia su tradición, que puede seguirse en el Louvre casi sin intermitencias, desde Vernet hasta Corot, que es el maestro que mayor influjo ha ejercido desde Watteau en la pintura moderna. Entre sus discípulos y admiradores se encontraba un joven (Claudio Monet), dotado de una fuerza expansiva irresistible, que no tardó en hacerle jefe de la nueva escuela, siendo él quien halló la fórmula decisiva del impresionismo. Este hallazgo consiste en la teoría famosa de la división de los colores, cuyo principio se reduce á la afirmación de que el color simple es más intenso que el compuesto. Consecuencia: para obtener, por ejemplo, un violeta lo más vivo posible, no mezcléis ni en la paleta ni en el lienzo el rojo y el azul; contentaos con colocar puros, uno al lado de otro, un toque azul y un toque rojo; así resultará una sensación violeta; la mezcla se ha operado por sí misma en la retina; es la *mezcla óptica*.

Realmente, no se trata de un descubrimiento, pues ese pretendido secreto, atribuído á Turner, de quien se dice lo tomó

Monet en 1870, ha sido conocido por todos los coloristas y es clásico en todos los talleres de arte. La verdadera invención de Monet, algo posterior, consiste en haber desarrollado ese secreto de oficio, haciendo de él base de una poética y fundamento de un arte. A fuerza de reducir y de descomponer todo, la luz y los tonos, resolviendo la sombra misma en reflejos coloreados; á fuerza de mirar todas las cosas como nadando en un fluido aéreo, de verlas modificadas por todas las influencias del medio en que aparecen sumergidas; á fuerza de descoser, de desfilachar esa envoltura, aplicando hasta lo infinito su método de división, Monet llegó á considerar el espectáculo del universo como un drama maravilloso ó una fantasmagoría de la atmósfera; los contornos se volatilizan, los bordes se ponen á ondear en un halo de resplandores pálidos. No queda del mundo visible más que ese espolvoreo impalpable, esa ronda y ese torbellino de radiantes átomos que tejen en el vacío la sábana tornasolada de la ilusión cambiante. Jamás pintor alguno ha negado más resueltamente la materia; jamás se ha sustituído más atrevidamente á la evidencia de las cosas y de las formas el derecho de una imaginación ebria de colores, de poesía y de belleza.

La ejecución por su parte corresponde á la concepción. No pidáis al artista descripción alguna positiva, ni definiciones de forma ó de materia, ni retrato; no os hablará más que de sus sensaciones. Reproducir en el lienzo instantáneamente el cuadro de sus emociones, la colección de choques nerviosos de que se compone la imagen visual: ese es todo su objeto. El toque no imita nada, evoca; es salpicado, triturado, picado, estriado, revuelto, giratorio, tan pronto espeso como delgado, nunca lamido, nunca tratado como un fin; es el revés de un tapiz, cuyo derecho viene á pintarse en la conciencia del espectador.

Hasta 1891 no dió Monet con su fórmula original, con la fecha verdaderamente histórica de su vida: la exposición de su serie de *Piedras de molino*. Se trata de doce cuadros, sin otra

cosa todos ellos que tres piedras en medio de un campo, sobre un fondo de colina indecisa entre brumas pálidas, sin un accesorio ni un personaje. ¿No es verdad que parece increíble que tales cuadros puedan interesar á nadie? Pues interesaron y formaron su reputación, elevándole á la categoría de los grandes artistas. Sus series posteriores de los *Álamos* (1892), de las *Catedrales* (1894), de las *Mañanas* (1897), de *Vétheuil* (1902), de los *Puentecitos* y de las *Vistas de Londres* (1903), afirmaron su reputación. Parece que Monet no comprende las cosas sino en forma psíquica, como temas para variaciones. Su última serie, las *Ninfeas*, de este año, son la última expresión de su impresionismo.

COSTUMBRES

El matrimonio malgacho.—En Madagascar, el matrimonio va siempre precedido, según dice Dandonau en *La Revue*, de París, á guisa de un desposorio, de un... ensayo previo, como el que pedía nuestro gracioso Castillejo, durante el cual los futuros esposos se ponen mutuamente á prueba; la novia deja la casa paterna por la noche para compartir la estera de su *sacaiza*, y si después de este ensayo leal, de duración variable, y que no compromete á nada, los dos novios consideran de común acuerdo que pueden hacerse felices, se deciden á casarse: si estiman, por el contrario, que no se convienen, se despiden sin disputas inútiles, y la joven ensaya con otro, con la misma lealtad que con el primero, mientras el novio se pone á su vez á buscar el alma hermana.

Una vez decidido el matrimonio entre los dos jóvenes, el novio lo comunica oficialmente á sus padres, y la novia, aunque no dice nada á los suyos, que, por otra parte, están enterados de todo, se lo hace saber de un modo indirecto, cogiendo juncos, preparando hojas de satrana ó de rafia, y trenzando muchas esteritas, una sobre todo muy fina, que ha de servir de colcha á su lecho matrimonial. Todo el mundo, al verla en-

tregada á esa tarea, comprende que se va á casar; sus amigas y vecinas la felicitan, y aunque ella responde por cumplimiento que es demasiado pequeña todavía, sus protestas no engañan á nadie.

El padre del novio es el que hace la petición oficial, yendo con su mujer á visitar á los padres de la novia, discretamente prevenidos por el novio:—«*¿Hody?* (¿se puede pasar?)—dicen al presentarse.—Karibo (pasen ustedes).—¿Maevatsé? (cómo están ustedes), etc.» Tras estas preguntas de rigor, los padres de la novia proponen hacerles servir un poco de arroz; mientras lo cuecen, los cuatro padres se sientan en la estera, ofreciéndose mutuamente una toma de tabaco, que meten entre el labio inferior y la encía, saboreándolo un momento con deleite; luego, el padre del novio, después de haber escupido copiosamente, expone su asunto en estos términos: «El motivo de nuestra venida, es que nuestro hijo quiere á vuestra hija, como sabéis. Socorrednos. No pedimos arroz; no pedimos manioc; no pedimos maíz ni patatas; no pedimos que vengáis á trabajar para nosotros. Venimos á hablaros solamente del afecto que nuestro hijo tiene á vuestra hija. No nos consideréis como los *hijos de personas otras*. No nos cerréis la puerta.—Sí—responde el padre de la joven,—ya entendemos lo que queréis, pero tenemos que reflexionar un poco; tened un poco de confianza en nosotros; trataremos de repetir fielmente vuestras palabras á nuestra hija, que seguramente las entenderá. Entonces sabremos si acepta; ¡tened confianza!»

La joven no asiste nunca á esta primera conversación, pero está en la habitación contigua, separada por un tabique de *ketikety* (peciolas de rafia), que no la deja perder ni una palabra. Sus padres la transmiten la petición, y ella da una respuesta favorable, de la que dan cuenta en el acto. Entonces se fija la fecha del matrimonio y se discuten las condiciones. En la clase rica y media, suele exigirse un buey cortado ó una vaquita bien gorda, y además una suma en dinero, que varía de cuarenta á cien francos. Los pobres se contentan con dos du-

ros para gastos de la ceremonia. A veces, antes de la petición oficial, el novio se instala durante ocho días por lo menos en casa de la novia, viviendo allí como si fuera de la familia, trabajando con sus padres para darse mejor á conocer y á apreciar.

Los padres de los desposados preparan entonces mucho *betsa-betsa* y otras bebidas fermentadas, y la novia y sus padres continuan trenzando gran cantidad de esteras de *sobikas* para conservar el arroz en paja; de *saravoys,* con tapadera, para conservar los trajes de fiesta, y de *katza* ó cestitos para las cucharitas de madera con que se come el arroz. Entretanto, los padres del novio engordan el buey ó la vaca, y compran los regalos de boda: pulseras y cadenas de plata, collares de cristal y vestidos. El día de la boda, después de muchos cumplidos y cambios de regalos, en presencia de los cortejos de ambas familias y de haber contemplado el buey ó la vaca, las hermanas y la madre del novio arreglan los cabellos de la novia, haciéndola multitud de trencitas, y la visten con todas sus joyas, entre las que figuran, especialmente, la guarnición de la nariz, consistente en una moneda de oro de cinco ó de diez francos, sujeta por un gancho de la nariz izquierda. Hecho esto, mientras los invitados cantan, bailan y beben, se trae el buey con mucha ceremonia; se le derriba, se le atan sólidamente las cuatro patas, poniendo las de delante sobre las de atrás, y se le coloca con la cabeza hacia el Oriente, con dos esteras á cada lado, en las que se sientan, el novio y sus hermanos en la del Norte, y la novia y sus hermanas en la del Sur; en otra tercera estera se ponen las ofrendas á los dioses y á los manes, consistentes en medio bol de toaka, un poco de miel en un plato y dos monedas de cinco francos, lo más relucientes posible, en otro platillo.

Todo preparado, la novia sale de la casa paterna con las mujeres que acaban de vestirla; se sienta en la estera; el futuro se sienta en la suya, y empieza la ceremonia. Uno de los hermanos de la novia lleva al hermano mayor del novio una jarra de *toaka*, que éste debe beber de un tirón sin

pestañear; si se niega, caso rarísimo, el *toaka* se lo echan por la cabeza, y paga una multa de 2,50 ó de 5 francos. El abuelo de la joven sale entonces de la cabaña, y se adelanta hacia el buey, seguido por su hijo favorito, que tiene en la mano una especie de cáliz grosero, de tierra cocida, con unas brasas en la copa; en estas brasas echan incienso copal ú otra sustancia semejante. El chico da lentamente vueltas en torno del buey, y al llegar frente al vientre se detiene; se baja, acerca el incensario al pecho del buey, arranca de él un puñado de pelos, y los echa en el bol, medio lleno de *toaka* de la tercera estera; hace lo mismo ante la cabeza del animal, ante la jiba y ante la cola, echando lo que arranca de todos estos sitios en el mismo bol. En seguida, una mujer se acerca, echa un poco de agua al buey, y le dice: «Has muerto hoy, pero serás reemplazado por otro mañana; así lo han declarado los dioses y los antepasados.» Le corta la extremidad peluda de la cola, que deposita en el bol y que ha de servir de brocha de aspersión; entretanto, un joven que tenga fuerte voz se levanta al lado del abuelo, y volviéndose á las cuatro esquinas del horizonte, se pone á lanzar gritos sin sentido, lo más fuerte que pueda, para avisar á los dioses y á los antepasados de la ceremonia. El abuelo espera unos instantes para darles tiempo de venir, y cogiendo la cola del buey con la mano izquierda, le golpea con una vara que tiene en la derecha, mientras pronuncia un largo discurso pidiendo protección para los novios á los dioses y antepasados, que supone presentes. Luego coge el bol de *toaka*, donde se han depositado los pelos y el extremo de la cola del buey; sumerge la cola en el *toaka*, y rocía á los dos esposos; tras él hacen lo mismo todos los miembros de las dos familias; es lo que se llama el *fafirano* ó el *joromiaro*, con que termina la primera parte de la ceremonia.

Entonces, los hombres y la mujeres entran en la casa para hablar y beber, y los jóvenes se quedan para matar y desollar al buey. Hecho varias porciones, con diversidad de guisos y ceremonias, se come y se bebe cuanto las familias han prepara-

do, y queda terminada la boda. El cortejo se forma para el regreso, y todos se dirigen desde la aldea de la novia á la del marido en medio del estrépito de una orquesta, formada principalmente por latas de petróleo y cajas de harina vacías, con acompañamiento de aullidos estrepitosos, cortados por frecuentes vómitos de borrachera. En casa del marido la fiesta continúa durante varios días, con matanza de bueyes y saqueo de corrales y de despensas, bailes frenéticos y orgías indescriptibles.

HISTORIA

El divorcio de Enrique VIII y el cisma anglicano.— Gustavo Constant consagra, en la *Revue Hebdomadaire*, un artículo á este importantísimo tema histórico, exponiéndolo con gran lucidez en presencia de nuevos documentos, y teniendo á la vista todo lo más notable que sobre esta materia se ha escrito (1).

---

(1) Las obras consultadas son las siguientes:

Outre certains documents inédits des archives du Vatican, de Vienne et de Simancas, j'ai consulté pour cet article les ouvrages suivants, John Fisher, *De causa matrimonii regis Angliæ liber.* Alcalá de Henarés, 1530. —*Quæstiones de matrimonio regis Angliae nunquam in code subtilis F. Eoli antehac versate*, Naples, 1547.—Hall, *Chronicle*, Lond., 1548, reimpreso en 1809.—Grillenderi, *Repudio della reina d'Inghilterra e difesa, in Toscana tradotta...* Bologna, 1553.—*Goretii oratio de matrimonio regis ac reginae Angliae*, 1554.—Campiani, *Narratio de divortio Henrici ab uxore Catharina, et ab ecclesia romana discessione.* Douai, 1622.— Calco, *De divortio Henrici anglorum regis.*— Cochlaeus, *De matrimonio regis Angliae.*—Novate, *Mediolanensis advocati pro serenissima D. Catharina de Austria Angliae regina allegationes*, Roma, s. d.—Harpsfield, *Treatise of the pretended divorce between Henri VIII and Catherine of Aragon*, edic. de la Camden Society, 1878.—Cavendish, *Life of Wolsey*, edic. Kemlscott, 1893.—Sanders, *Historia schismatis anglicani*, Colonia, 1628; Lewis ha hecho una traducción inglesa en 1877.—Lord Herbert of Cherbury, *Life and reign of Henri VIII*, Londres, 1649.—

Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, tenía tres años cuando empezó á negociarse su matrimonio con el príncipe Arturo de Inglaterra, hijo mayor de Enrique VII; á los diez y seis, terminadas las negociaciones, se verificó la boda; pero á los cinco meses y medio, Arturo, que no tenía más que catorce años, murió. Fernando de Aragón y Enrique de Inglaterra se disputaron la dote de Catalina; Fernando quería que se la devolvieran y Enrique que se la completaran; para lograrlo se le ocurrió, á pesar de su vejez, casarse con su nuera; pero Isabel de Castilla se opuso, y al fin se acordó que Catali-

---

Wilkins, *Concilia magnae Britanniae*, 1737, vol. III.—Rymer, *Fœdera*, vol. XIV.—Strype, *Eclesiastical memorials*, et *Memorials of Cranmer*:—Irailh, *Histoire du divorce de Henri VIII d'Angleterre et de Catherine d'Aragon*, Amsterdam (Paris), 1773.—Foxe, *Narratives of the Reformation*, edic. Nichols de la Camden Society, 1859.—*Henri VIII's love letters to Anne Boleyn* en la *Harleian Miscellany III*; traduc. franc. de Crapelet, 1835.—Baga de secretis *(calendar of)*, *Third report of deputi Keeper of the public Records*, app. II, 234-268.—*Letters and Papers, Henry VIII*, vol. III et IV.—Ellis, *Original Letters*, 3e série, 1824-46.—Laeummer, *Monumenta Vaticana*, Freiburg-in-Brisgau, 1861.—Theiner, *Vetera Monumenta Hibernorum et Scotorum historiam illustrantia*, Roma, 1864.—*Mémoires de du Bellay*, edic. Michaud et Poujoulat.—Le Grand, *Histoire du divorce de Henri VIII et de Catherine d'Aragon*, Paris, 1845.—Du Boys, *Catherine d'Aragon et les origines du schisme anglican*, Genéve, 1880; hay una traducción inglesa de 1881 en 2 vol.—Busch, *Der Ursprung der Ehescheidung König Henrichs VIII von England* en la *Histor. Taschenbuch*, VIte Folge, VIII, 271-327.—Busch, *Der Sturz des cardinals Wolsey*, *ibid.* IX, 34-114.—Friedmann, *Anne Boleyn*, 1884.—Brewer, *The reign of Henry VIII*, 2 vol. Londres, 1884.—Greighton, *Cardinal Wolsey. Twelve English statesmen series*, Londres, 1888.—Gairdner, *The Fall of Cardinal Wolsey*, en la *Royal Hist. transactions*, nueva serie, t. XIV, 231.—S. Ehses, *Römische dokumente zur Geschichte der Ehescheidung Henrichs VIII von England*, 1527-1534. Paderborn, 1895.—J. Gairdler, *New leights on the divorce of Henri VIII*, en la *English Hist. Review*, XI et XII.—Hamy, *Entrevue deFrançois Ier avec Henri VIII à Boulogne-sur-Mer en 1532*, Paris, 1898.—Pollard, *Henri VIII*, Londres, 1902.—*Histoires de* Burnet, Collier, Dodd, Lingard, etc.

na se casara con el hermano de Arturo, el futuro Enrique VIII, pidiendo al Papa la dispensa necesaria. Julio II respondió que la cosa era muy grave; pero año y medio más tarde, en Noviembre de 1504, para consolar á Isabel la Católica moribunda, se decidió á concedérsela por medio de Breve, expidiéndola á Enrique VII en forma de bula. Convenido que el matrimonio se celebraría cuando el príncipe cumpliera catorce años, el 28 de Junio de 1505, el joven Enrique protestó la víspera contra un contrato hecho sin su consentimiento, declarándolo públicamente nulo y sin efecto. Sólo cuatro años más tarde, después de la muerte de Enrique VII, se decidió Enrique VIII á casarse con Catalina, seis años mayor que él.

Era entonces el joven rey, según el embajador veneciano, «el príncipe más encantador que jamás sus ojos hubieran visto», estando unida tan singular belleza á una gran aptitud para todos los ejercicios viriles, caza, pugilato, justas y torneos, teniendo al mismo tiempo una gran cultura, y tocando el laúd, el órgano y el arpa, y siendo, en fin, un perfecto soberano.

La pareja real fué al principio muy feliz; los esposos se adoraban y estaban en continua fiesta, pasando las noches de invierno en mascaradas y comedias, juegos y regocijos. En una de aquellas veladas, Enrique hizo conocimiento con Isabel Blount, hermana de lord Mountjoy, que llegó á ser su querida unos diez años después de su matrimonio, y de la que tuvo un hijo, el duque de Richmond; más tarde tuvo relaciones semejantes con María Bolena, hermana de la famosa Ana Bolena; pero nada anunciaba un divorcio, y sólo en 1527 empezaron á correr los rumores de que el rey quería divorciarse. Enrique tenía empeño en asegurar su sucesión al trono; á los cinco años de casado no había tenido heredero ninguno, y ya comenzaba á desesperar cuando nació la princesa María. Enrique necesitaba un varón: «Somos todavía jóvenes, decía; si ahora viene una hija, ya vendrán los hijos.» Cuatro años después, el 10 de Noviembre de 1518, vino, en efecto, un hijo, pero nació

muerto. En 1519, Enrique hizo voto de armar una cruzada contra los turcos si le nacía un varón; pero ni los votos, ni los médicos que hizo llamar de España, consiguieron nada; en 1525, Catalina cumplía cuarenta años, y dejaba á Enrique sin esperanza de sucesión legítima varonil.

Es verdad que no había ley que prohibiera reinar en Inglaterra á las mujeres; pero de hecho podía decirse que era lo mismo para el caso que si tal ley existiera: sólo una mujer, Matilde, que se hallaba en las mismas circunstancias que María, la hija de Enrique VIII, había pretendido la corona; pero jamás fué coronada, y sus pretensiones produjeron una guerra civil que duró diez y nueve años. El matrimonio de María era también ocasión de graves preocupaciones; si se casaba con un inglés, podía reproducirse la guerra de las Dos Rosas; si se casaba con un príncipe extranjero, podía Inglaterra perder su independencia, pues así había adquirido España los Países Bajos, y así se había anexionado Austria la Hungría y la Bohemia.

La preocupación del rey por asegurarse la sucesión se manifestó en el modo súbito con que sacó de la obscuridad al bastardo que había tenido de Isabel Blount, otorgándole desde 1525 honores sobre honores, y encargando á los embajadores ingleses que negociaran su matrimonio con una sobrina del emperador. Juntos con estas preocupaciones el disgusto que le producía Catalina, envejecida por el pesar, deformada por los abortos y sin ningún encanto, se explica que Enrique VIII pensara en un nuevo matrimonio.

Por otra parte, Ana Bolena, que desde pequeña había llamado la atención del rey, gozaba entonces de todo su favor. Nacida en 1507, educada durante su juventud en Francia, y solicitada á su vuelta á Inglaterra por diversos pretendientes, fascinó de tal modo al rey, que durante siete años le tuvo en jaque, sin ceder á su capricho hasta obligarle al divorcio. El secreto de esta fascinación ha sido un enigma, pues Ana Bolena no tenía nada de hermosa, y con su mediana estatura, su

tez curtida, su cuello largo, su boca ancha, su pecho casi liso, no estaba hecha para inspirar grandes pasiones. Pero las inspiró, y si no la verdadera causa, fué la ocasión del divorcio y del cisma.

Enrique, al cabo de diez y ocho años de casado, empezó á tener escrúpulos de conciencia. «El que se case con la mujer de su hermano, dice el Levítico, hace una cosa ilícita: estarán sin hijos.» Cinco hijos muertos á poco de nacer, ó recién nacidos, parecían demostrar que el cielo castigaba aquel enlace. Este fué el verdadero punto de partida del famoso asunto del divorcio. Enrique quería hacer declarar nula por Wolsey la dispensa de su primer matrimonio, casarse después con quien le pareciera y hacer confirmar por el Papa la sentencia de anulación del Legado.

Wolsey creía que la intención del rey era casarse con Renata, la futura duquesa de Ferrara, hija de Luis XII; pues Enrique, sabiendo que el partido de Boleyn era muy opuesto al cardenal, no le había dicho nada de sus intenciones secretas; por eso aprovechó la ausencia de Wolsey y emprendió directamente el asunto en Roma, pretendiendo que el Papa, en consideración á los servicios prestados á la Iglesia por el libro contra Lutero, le concediera dos dispensas: una, la de bigamia, para casarse con Ana Bolena, y otra, la de afinidad en primer grado, por las relaciones que había tenido con la hermana de Ana. Wolsey se enteró de la primera parte, y convenció al rey de que lo procedente era pedir el divorcio, haciendo que el Papa delegara sus poderes en él para ese efecto sin apelación posible á Roma. Así se hizo; pero el cardenal Pucci, á quien el Papa sometió el caso, declaró que el proyecto de bula elaborado en Inglaterra sería la deshonra del Papa, del rey y de Wolsey; lo modificaron, reservando á la Santa Sede el derecho de reformar la sentencia que Wolsey dictara; como esto era burlar los propósitos de Wolsey, que quería juzgar la causa por sí de un modo irrevocable, para impedir que Carlos V interviniese en favor de su tía, Wolsey envió á Roma á su secre-

tario Gardiner, el mejor canonista de Inglaterra, y á Eduardo Foxe, persona de prestigio, encargada más tarde de intentar una avenencia con los protestantes de Alemania. Era poco después del saqueo de Roma, y Clemente VII se hallaba en Orvieto en los mayores apuros; los enviados ingleses le «hablaron redondamente», y tras un mes de conferencias diarias de tres ó cuatro horas, obtuvieron una bula, por la que se delegaba en el cardenal Campeggio y en Wolsey la facultad de sentenciar sin apelación la causa, sin publicidad ni formas ordinarias de justicia; si uno de los legados no quisiera actuar, el otro podría obrar por sí solo; para atar más los cabos, Wolsey reclamaba además una decretal que fijara el derecho declarando que tales ó cuales defectos (precisamente los que aparecían en la dispensa de Julio II para el matrimonio del rey con Catalina) hacían nula toda bula de dispensa. El Papa se resistió cuanto pudo, pero al fin dictó la decretal, aunque restringiendo su alcance, pues había de permanecer secreta, y Campeggio no la debía enseñar más que al rey y á Wolsey, sin servirse de ella en el procedimiento.

El 25 de Julio, Campeggio se embarcó para Francia, llegando á Inglaterra á principios de Octubre; durante su viaje recibió nuevas instrucciones, pues el Papa, inquieto por los triunfos españoles en Italia, y temiendo la irritación de Carlos V, había ordenado al legado que sobreseyera á todo juicio y se limitara á «restablecer el mutuo afecto entre el rey y la reina». Así, mientras Enrique, más loco que nunca por Ana, se lisonjeaba de la próxima solución favorable, ésta se alejaba indefinidamente. Cuando Wolsey comprendió el estado de espíritu de Campeggio, le advirtió que el rey no cedería, y que era de temer que Inglaterra siguiera el ejemplo de Alemania y se separara de la Iglesia, si el divorcio no se concedía. Cogido entre Roma, que le mandaba dar largas al asunto, y el rey, que no aguantaba más dilaciones, Campeggio se volvió desesperadamente hacia Catalina, queriendo decidirla á hacer votos religiosos; si aceptaba el claustro, conservaría su dote, su

viudedad, su título de princesa y la dirección de su hija, á quien quedaría asegurada la sucesión; sólo perdería el favor del rey, que hacía mucho tiempo la tenía abandonada; si se negaba, se exponía á una sentencia, que la privaría de su honor y de su dote, y la traería multitud de disgustos. Catalina, con arrogancia y obstinación completamente españolas, respondió que no haría voto de castidad, y que no la harían variar de parecer la perspectiva de un reino ni los mayores sufrimientos, aunque la tuvieran que cortar en pedazos.

Campeggio encontró una ocasión inesperada de aplazamiento en el breve de dispensa dirigido por Julio II á Isabel la Católica, moribunda, que era anterior á la bula de dispensa, y en el que no se emitía duda ninguna sobre la consumación del matrimonio con Arturo; la dispensa, por este lado, era bien completa, y no hacía falta que Catalina jurara haber sido ó no mujer efectiva de Arturo. Enrique quiso ver el original de este breve, y los embajadores ingleses lo examinaron, declarándolo no auténtico, aunque los historiadores de hoy se inclinan á estimarlo legítimo.

Este nuevo giro dado al asunto, y el temor de que Roma reclamara para sí su conocimiento, por haber Catalina acudido al Papa y por haber Carlos V intervenido en favor de su tía, hizo que el rey apremiara á los legados, y el 31 de Mayo de 1529 se abrió el tribunal, siendo citados el rey y la reina para el 18 de Junio. Enrique compareció por procurador; Catalina acudió en persona, para protestar contra la competencia del tribunal, apelando á Roma y recusando á los jueces por parciales. El 21, los legados rechazaron su propuesta y, apoyándose en la bula de delegación, se declararon competentes; la reina, entonces, se echó á los pies del rey, que por dos veces la levantó, suplicándole mirara por su honor, por el de su hija y por el de la casa de España, y pidiéndole que la permitiera enviar mensajeros á Roma, á lo que el rey accedió, aunque añadiendo que era irrazonable. «Milores, dijo entonces el rey, es la mujer más fiel, más obediente, más sumisa

que jamás pudiera encontrar. Posee, á la vez, todas las virtudes y cualidades de una mujer de su rango y de una mujer de rango inferior.»

La noble figura de la reina, con su aureola de fidelidad conyugal y de arrogante valor, añade Gustavo Constand, es una de las más patéticas de la historia de Inglaterra. Su desgracia y la justicia de su causa la habían hecho simpática al pueblo, á las mujeres sobre todo, tanto como se había hecho antipática Ana Bolena. Catalina no quiso volver á comparecer ante el tribunal de los legados, y fué declarada contumaz. Apenas tuvo más defensor que el obispo Fischer. El 23 de Julio se contaba con la sentencia, y el rey, con todo su séquito, se presentó en la audiencia para oirla; pero Campeggio se levantó y declaró que, habiendo entrado en período de vacaciones, quedaban aplazadas las actuaciones del tribunal hasta 1.° de Octubre. Siete días antes había firmado Clemente VII, por acuerdo unánime de los referendarios de la Rota, la evocación de la causa ante tribunal de Roma, disolviendo el tribunal de los legados.

Este fracaso motivó la caída de Wolsey. Apenas hubo Campeggio salido de Londres, el rey lanzó contra el cardenal un *bill de præmunire*; el 22 de Octubre, Wolsey, para desarmar á sus enemigos, se humilló, abandonando al rey todos sus bienes y pensionando á los parientes de Ana Bolena sobre su obispado de Winchester. Los lores, sin embargo, le acusaron de alta traición; pero el rey no quiso llevar las cosas al extremo, y lo relegó á su diócesis de York, dejándole este arzobispado 70.000 libras esterlinas de bienes y una renta de 1.000 marcos sobre el obispado de Winchester. Detenido antes de llegar á York, por haber sido acusado de traición por su médico, fué preso, y murió el 29 de Noviembre de 1530. «Si hubiera servido á Dios, dijo poco antes de su agonía, con tanto celo como al rey, no me habría abandonado en mi vejez; es mi justa recompensa.»

Los sucesos se precipitaban. Aconsejado por Cranmer, pre-

ceptor entonces de los Cresoy, consultó á las Facultades de teología de las grandes Universidades, y obtuvo respuestas favorables de las de París, Angers, Bourges, Tolosa, Ferrara, Pavía y Padua, algunas de las cuales, sobre insistir en los pretendidos defectos canónicos de la dispensa de Julio II, sostenían que la prohibición de casarse con la viuda de su hermano, según el Levítico, era de derecho divino, del que nadie puede dispensar.

Con estas opiniones, el rey hizo firmar á los grandes una petición al Papa para que autorizase el divorcio, declarando que una negativa equivaldría á abandonar á Inglaterra, que tendría que buscar entonces en otra parte el medio de obtener justicia. El Papa respondió, el 27 de Septiembre de 1530, de un modo digno, pero evasivo, quejándose de la amenaza con que terminaba la carta.

Convencido Enrique de que el pleito lo perdería en Roma, ponía todo su empeño en atraerlo á su reino, y desechada por Catalina y Carlos V la idea del nuncio Burgio de reunir el tribunal en Cambray, Enrique pidió con arrogancia que la causa fuera juzgada en su reino, amenazando claramente con sustraerse á la jurisdicción pontificia (28 Diciembre 1531).

Se acercaba el momento decisivo. En Diciembre de 1532 debían celebrar una entrevista Carlos V y el Papa, de la que se esperaba la conclusión del proceso.

Para hacer contrapeso, Enrique VIII y Francisco I celebraron en Boulogne una entrevista en Octubre. Ana Bolena, que había cedido á los deseos del rey, para apresurar la solución, siendo creada marquesa de Penbroke, acompañaba al rey, y fué presentada á Francisco, que le hizo las mayores promesas. En Enero de 1533 estaba en cinta, y como era preciso que el hijo con que Enrique soñaba fuese legitimado, el rey se casó secretamente con Ana. No debiendo esperarse ya nada del Papa, que á consecuencia de su entrevista con el Emperador había mandado á Enrique que dejase á la Bolena y tornase á Catalina, el rey pensó en el arzobispo de Cantobery, como si-

lla primada de Inglaterra. Para eso se necesitaba contar con el arzobispo, y como Warham acababa de morir, el rey pensó en Cranmer, que era favorable al divorcio, y que además estaba secretamente casado con la hija de Osiandro, célebre luterano de Alemania. El Papa, deseoso de evitar nuevos choques, accedió á los deseos del rey, y nombró á Cranmer arzobispo. Logrado esto, el Parlamento votó una ley prohibiendo toda apelación á Roma, y la Asamblea del clero votó, á su vez, dos proposiciones para facilitar la conclusión apetecida: la primera, que el Papa no es competente para dispensar el impedimento entre un hombre y la mujer de su hermano difunto; la segunda, que el matrimonio entre Catalina y Arturo había sido consumado. La conclusión se imponía, y Cranmer la dedujo: el 11 de Abril, en virtud de orden secreta, el arzobispo pide humildemente al rey que le sea permitido juzgar «aquel gran pleito del matrimonio que causa tanto ruido entre el pueblo». Enrique responde que le agrada acceder á la petición «del principal ministro de nuestra espiritual jurisdicción», y el 1.° de Mayo, el tribunal del arzobispo se abre en Dunstable, donde residía Catalina. La reina se niega á reconocer la autoridad de Cranmer en una causa pendiente de la curia romana. Es declarada contumaz, y el 23, el arzobispo sentencia conforme á lo preparado en la asamblea de Marzo que «el primer matrimonio de Enrique es nulo, por el hecho de que el Papa no tiene el poder de dispensar en el caso de Catalina, que constituye un impedimento de derecho divino. María, sin embargo, no es bastarda por la buena fe con que han procedido sus padres». Cinco días después, á consecuencia de una investigación secreta, Cranmer declara que Enrique y Ana Bolena están legalmente casados, y el 1.° de Julio, la nueva reina fué solemnemente coronada en Westminster. Tres meses más tarde nacía Isabel, la futura reina de Inglaterra que había de consumar la labor de Enrique VIII.

Aquella serie de actos constituían otros tantos atentados á la autoridad del Papa. Clemente VIII dictó la sentencia de ex-

comunión contra Enrique, declarando nulo su matrimonio con Ana. Enrique había partido de un principio egoísta para llegar al cisma. En lo que menos pensaba era en romper con Roma ni en reformar la Iglesia de Inglaterra. Estas fueron las consecuencias naturales del capricho real.

IMPRESIONES Y NOTAS

Napoleoniana.—En los *Recuerdos de un médico de París* (Poumies de la Sabontie), encontramos algunas anécdotas referentes á Napoleón, que no dejan de ser curiosas y que tienen siempre el interés de todo lo que á Napoleón se refiere. Una de ellas revela que en todos los tiempos ha habido egoístas y malos patriotas, que anteponían su tranquilidad á todas las glorias, y á quienes importaba más una buena digestión que el engrandecimiento de la patria: un periódico de la Gironda publicó la reclamación de dos pueblos de los alrededores de Burdeos que se disputaban un servicio hecho á Wellington, pretendiendo cada uno haber guiado al ejército inglés por caminos extraviados, contribuyendo así á la derrota del ejército francés.—«¿Que dice usted de eso, capitán Ravel—preguntó Poumies al verle estrujar el periódico después de leerlo.—Digo que somos canalla en masa.»—Este mismo Ravel contestaba, á fines de 1815, convertido en simple granadero, cuando dieron banderas blancas á la Guardia Nacional de París preguntándole: «¿Juráis defender esta bandera sin mancha?—Sí; gracias al jabón.»

El señor de Gerando decía al autor: «Napoleón rara vez faltaba á las sesiones del Consejo de Estado», y ¡qué sesiones! Doce ó quince horas seguidas. Se dice «el Código Napoleón», y puede decirse porque él llevó la parte más activa de la discusión; los más hábiles consejeros estaban sorprendidos del modo con que hablaba de Derecho. No soportaba las opiniones serviles; le gustaba una discusión viva y franca, y quería que el

Consejo de Estado conservara siempre su independencia. El día en que llevó al Consejo el inesperado decreto del restablecimiento de la nobleza, luego que se hubo leído el proyecto, al ver que todo el mundo guardaba silencio, exclamó: «Y bien, señores, vamos á ver, digan ustedes su opinión y con franqueza. Usted, señor Real, ¿qué opina usted?—Señor, no estoy preparado para hablar sobre este asunto, pero puesto que V. M. lo desea, voy á comunicarle mis primeras impresiones. Recordaréis que al oponerme á que tomárais el título de emperador, previ todas las consecuencias. Ya estamos en ello: hoy el restablecimiento de la nobleza; mañana, pasado mañana y todos los días, os veréis obligado á volver á instituciones góticas que no se quieren ya, y que, lejos de daros fuerza y consistencia, producirán un efecto contrario.»—Muy bien, dijo Napoleón; para mañana la discusión, señores.»

Napoleón se complacía, en *petit comité,* en que se expresaran con libertad ante él. «¡Por Dios!, decía, que vea yo algo natural, en lugar de no tener nunca á la vista más que figuras de teatro.» Hablaba con gran correccion, pero le gustaban las expresiones triviales y hasta cínicas cuando daban fuerza á su pensamiento. El conde de Mailly contaba que, estando un día con dos ó tres personas en el gabinete del Emperador, en Saint-Cloud, la conversación recayó sobre las cualidades que forman un gran hombre. A cada opinión, Napoleón movía la cabeza. En cuanto á mí, dijo por último, pienso que un gran hombre no debe tener ni corazón ni c.....»

En 1813, un capitán de artillería anunció á sus compañeros en Erfurt que iba á pedir directamente al Emperador, cuando fuera á inspeccionar el regimiento, que le ascendiera. El Emperador fué. Pero el capitán se quedó tan cortado, que no se atrevió ni á abrir la boca; sólo al retirarse fué cuando el capitán exclamó: «¡Señor, señor!—¿Qué queréis caballero?—preguntó Napoleón deteniéndose.—Señor, quince años de servicio, cuatro años de capitán, acribillado de heridas...—Comandante», le dijo Napoleón, y siguió su camino.

Los BOYS SCOUTS.—La palabra es inglesa, pero la cosa por ella designada es universal, aunque en ninguna parte se ha desarrollado tan sistemáticamente como en Inglaterra, donde constituye una verdadera carrera. Se trata de muchachos guías que tienen algo del espía y mucho del soldado encargado de un reconocimiento.

Inglaterra, con su gran sentido práctico, que es imposible desconocer, ha dado al servicio de reconocimiento una extensión y un alcance que están en armonía con su importancia, y en lugar de aguardar á que una guerra se declare para hacer exploraciones y para improvisar el servicio de reconocimiento, clave muchas veces de la victoria, organiza en plena paz sus exploraciones y crea un verdadero cuerpo de exploradores, enviando al extranjero *boys scouts*, que se reparten por los territorios que les están señalados, encontrando en todas partes cordial acogida y grandes facilidades para sus trabajos. Nada menos que 6.000 se hallan actualmente operando en Francia, y nada menos que 300.000 jóvenes ingleses se han hecho ya *boys scouts*.

Los estudios á que se entregan en Inglaterra los *boys scouts* no pueden ser más adecuados para formar excelentes espías. He aquí un resumen de su programa de trabajos: «Lo que conviene observar y qué notas conviene tomar.—El arte de ver sin ser visto y de oir sin ser oído.—Cómo se encuentran y se siguen las pistas.—Diferentes clases de huellas, y deducciones que de ellas pueden sacarse.—Cómo se acerca uno al campo enemigo.—Observación del campo enemigo.—Examen de las plantas en las cercanías de un campo.—Indicaciones sacadas del vuelo de los pájaros, de los movimientos de los animales y de las nubes de polvo.—Cómo orientarse por el día y por la noche.—Apreciación de las distancias y de las alturas; causas de error. Estratagemas útiles á un centinela.—La ciencia de las señales: práctica del semáforo, empleo de señales ópticas y de señales de humo.—Dónde y cómo se forma un vivac.—Las tiendas.—Los abrigos.—Los mapas y los planos topográficos.—

Cómo se improvisa un puente sobre un torrente.—Cómo se pasa un río, etc.»

¿No es verdad que no estaría de más en España crear un servicio semejante al de los *boys scouts*?

***

La mujer inglesa.—Sabido es lo apegada que es Inglaterra á sus tradiciones, y esto puede explicar el estado de inferioridad en que vive en Inglaterra la mujer, no sólo por la ley, que eso sería lo de menos, sino por los hechos, por las costumbres. Los derechos de la madre son tenidos por la mayoría masculina en tan poca consideración, que cuando últimamente lord Davey trató de introducir un *bill* haciendo conjuntamente al padre y á la madre tutores de sus hijos, no recogió más que 19 adhesiones, según consigna en *La Revue* de París, Brada.

En la Edad Media, la mujer del labrador era sencillamente una esclava vendida por su padre á su marido; éste tenía el derecho de azotarla, de darla de latigazos y de aplicarla los castigos más degradantes. Hoy todavía, la crueldad empleada con las mujeres en las clases inferiores es tan frecuente como repugnante. Con el achaque de que el hombre y la mujer casada no forman más que una personalidad, *única persona, quia caro una et sanguisunus,* el hombre no puede dar nada á su mujer, porque es como dárselo á sí mismo; la personalidad de la mujer queda así absorbida por la del marido. Un escritor inglés considera para Inglaterra una desgracia el triunfo de Waterloo, porque gracias á él ha quedado atrasada más de cien años en muchas materias, y especialmente en la de legislación sucesoral. Si un hombre casado muere sin haber testado, su propiedad real va á su hijo primogénito, y de su propiedad personal sólo recibe la mujer una tercera parte bastante reducida. Se ha dado el caso de que un hombre con capital de 600.000 francos haya podido legar á su mujer un chelín únicamente; en cambio, si una casada con propiedad real mue-

re sin testamento, la ley deja al marido el usufructo de la misma por toda la vida, y además le hace heredero de toda la propiedad personal, con detrimento del derecho de sus hijos. Hasta la ley india y la ley mahometana son más favorables á la mujer que la ley inglesa.

Y si la mujer encuentra el matrimonio demasiado duro y quiere divorciarse, ¿qué facilidades tiene para ello? El hombre, con sólo probar una infidelidad de su mujer, puede divorciarse; pero la mujer, aunque pruebe ciento de su marido, no puede obtener el divorcio si la infidelidad no va acompañada de bigamia, de abandono ó de crueldad. Para las mujeres de clase inferior, el divorcio las es materialmente imposible, y ninguna piensa en él.

Por otra parte, la inglesa no lleva, en la mayor parte de los casos, dote ninguna y está por lo mismo económicamente á merced de quien se haya casado con ella por amor, base romántica y supuesto muchas veces equivocado de la existencia conyugal; de modo que el marido típico inglés aparece, ante todo, como un amo y un bienhechor, y es tan corriente este concepto, que el marido más excelente cree firmemente que al querer á su mujer ejecuta un acto meritorio y generoso digno de toda gratitud; así, no es extraño que el grito, cada vez más unánime, de las mujeres inglesas sea éste: «¡No queremos ser más las criadas no pagadas del hombre!»

***

¿Por qué dormimos?—Antiguamente, la pregunta anterior hubiera sido fácilmente contestada: bastaba echar mano de una virtud, y ya estaba resuelto el problema: dormimos por la virtud dormitiva. Ahora somos un poco más exigentes, y ya que no el porqué, los fisiólogos nos dicen el cómo. Todo órgano en estado de funcionamiento, según Pervinquière, eleva su poder osmótico, es decir, atrae y retiene mayor cantidad de líquido á través de las paredes de sus celdas, siendo la linfa el asiento de este aumento, al que son debidos la sed de la fatiga

y el edema, ó sea la hinchazón de los tejidos por infiltración de serosidades; en este caso, la linfa intersticial fija mayor cantidad de agua que en el estado normal, al mismo tiempo que el protoplasma y el núcleo de la célula se retraen, desarrollándose en ésta pequeñas vacuolas.

Los señores Pieron y Legendre han mostrado recientemente que, durante el insomnio experimental, se producen alteraciones análogas: durante las necesidades imperiosas de sueño, como en los casos de fatiga extrema, las células y sus núcleos disminuyen de volumen mientras se forman vacuolas en su interior. De aquí deduce Devaux que existe una relación entre la fatiga, la necesidad de sueño y las retenciones de agua intersticiales; cuanto más marcadas son la fatiga ó la necesidad de sueño, más grande es la avidez de la linfa por el agua. Si las alteraciones histológicas del insomnio son verdaderamente debidas á que la linfa está más concentrada y tiende á absorber más agua, debe resultar una tendencia al edema de los tejidos durante el sueño. Precisamente esta conclusión es la que resulta de las observaciones de Devaux.

Conocido es el hecho del edema de los párpados y del rostro después de un sueño pesado y prolongado. Pero no son sólo los párpados, sino todo el organismo, el atacado de edema aún durante el sueño normal, según los numerosos y decisivos experimentos de Devaux. Puede, pues, afirmarse, que todo sueño va acompañado de una retención de agua intersticial en todo el organismo y, por lo tanto, en el cerebro. En resumen: el aumento de la linfa que se produce tan frecuentemente en gran número de estados patológicos y fisiológicos, se realiza también periódicamente en los estados de sueño; cada día, de un modo regular y constante, el poder osmótico de esta linfa se eleva y produce un *drainage* general del lado de los espacios intersticiales. Esta marea linfática, tanto más alta, cuanto mayor es la necesidad de reposo de nuestro organismo, sería, según Devaux, el fenómeno esencial y característico que preside la función del sueño.

EL SABOTAGE EN LA EDAD MEDIA.—*Nihil novum sub sole* y mucho menos en materia de malas acciones. El *sabotage*, término que desde hace unos meses constituye en los periódicos franceses una sección que hace *pendant* á la del *cambriolage*, designa los actos de destrucción ó inutilización de los instrumentos de trabajo, medios de comunicación y elementos necesarios para el funcionamiento de los servicios administrativos, ejecutados generalmente por los enemigos del orden de cosas existente.

El *sabotage* con intención de hacer daño, era mirado en la Edad Media como acción desleal y vergonzosa. Las agresiones eran todavía más frecuentes que en nuestros días; pero las destrucciones intencionadas, salvo en caso de guerra, eran más raras. La de las obras de arte, que hoy constituyen un entretenimiento de los partidos conservadores, es la más antigua; las hazañas de los iconoclastas del siglo VIII en el imperio bizantino; los estragos de los protestantes en los monumentos religiosos de toda Europa, y las devastaciones causadas en los monumentos góticos por los neoclásicos y berninistas, por odio á todo lo que no correspondiera á su ideal estético, son demasiado conocidas para que hayamos de insistir en ello.

Otros actos de *sabotage* más semejantes á los de ahora se encuentran, con relativa frecuencia, por rivalidades de sectas y, sobre todo, de intereses. Así, por ejemplo, Urbano IV quiso erigir una iglesia á su patrón, en el sitio ocupado en Troyes por la casa en que había nacido, reclamando para ello su cesión á las religiosas de Nuestra Señora de las Monjas, que la poseían; los trabajos se llevaron con rapidez, y el Papa tuvo empeño en que aquel monumento conmemorativo de su nacimiento fuese lo más bello posible; pero murió al cabo de tres años de pontificado, sin tener el gusto de verlo concluído, no pudiendo ser consagrado hasta el año siguiente al de su muerte. Las monjas, entonces, que habían visto edificar aquella iglesia rival con poco gusto, creyeron que, muerto Urbano IV, podían dejar de disimular su despecho, y la víspera de la consagra-

ción, 23 de Mayo de 1264, reunieron á sus criados y á sus clientes, y, atacando el nuevo templo, hundieron las puertas, demolieron el altar mayor, destrozaron todo lo que estaba en ejecución y hasta destruyeron las herramientas y los útiles de los artistas. Los canónigos se apresuraron á mandar poner nuevas puertas; pero las monjitas volvieron á la carga y las arrancaron de nuevo, lo que las valió la excomunión de Clemente IV.

No menos característicos que estos hechos de *sabotage* son los ocurridos en Douai en 1750; los canónigos de San Pedro, reedificando su iglesia, habían obtenido, para ensancharla, la expropiación de una capilla de la Magdalena, fundada en 1248 por Pedro Orighe, panadero de San Luis; en la capilla estaban representados los fundadores en un magnífico mausoleo de mármol negro; por envidia contra los capellanes de la Magdalena, los canónigos de San Pedro hicieron destrozar aquel monumento, echando sus escombros en los cimientos de un pilar.

En todos tiempos ha habido bárbaros, aunque la barbarie haya revestido diferentes fórmas y haya encarnado en los más diversos tipos de la especie humana.

*
* *

El silendum.—La calefacción eléctrica es un problema que, desde un principio, se ha planteado como una de las más prácticas aplicaciones de la electricidad, sin que haya sido resuelto todavía de un modo plenamente satisfactorio. La transformación de la energía eléctrica en energía calorífica exige el empleo de una sustancia que, en pequeño volumen, ofrezca gran resistencia á la electricidad. Los hilos metálicos ordinarios se funden y se oxidan demasiado fácilmente para poder ser utilizados con este objeto; el platino es un cuerpo excelente, en el que se juntan las condiciones deseadas; pero su precio es tan elevado, que hay que renunciar á su generalización en la práctica industrial y doméstica, quedando reducido su empleo al laboratorio.

Un cuerpo que responde á todas las exigencias indicadas

es el *silendum*, según dice Matignon en la *Revue Scientifique*. El silendum es una especie de carborandum preparado especialmente. El carborandum, ó sea el carburo de silicio del comercio, tiene ya, entre otras aplicaciones, la de haber reemplazado al esmeril por su gran dureza; es casi incombustible, pues permanece inalterable á mil grados en una corriente de oxígeno, y hay que subir la temperatura á mil setecientos ó mil ochocientos grados, para que se descomponga en sílice y ácido carbónico; unida á esta circunstancia la de la gran resistencia que presenta á la corriente eléctrica, el carborandum se nos ofrece como la sustancia adecuada para la calefacción.

La dificultad estaba en moldearlo, dándole la forma requerida, sin alterar sus propiedades. Para ello, se le había mezclado con sustancias aglutinantes, que tienen el inconveniente de hacerse conductoras, á una temperatura más ó menos elevada, como pasa con el magnesio en las lámparas Nernst; esta dificultad la ha salvado Bölling. El silicio emite vapores á una temperatura inferior á la de fusión del hierro; á otra, algo superior, el carbono absorbe los vapores de silicio para transformarse en carborandum; un tubo de carbón, sumergido en una mezcla de sílice y de carbón, y calentado después al horno eléctrico, se cambia poco á poco en un tubo de carborandum conservando su forma, pero adquiriendo considerable resistencia á la ruptura; esta preparación del carborandum es la que Bölling ha llamado silendum. El silendum es, pues, un carburo de sílice, duro, no quebradizo, muy refractario, indiferente á los reactivos y con grandísima resistencia eléctrica. Con estas condiciones, no hay duda que el silendum es un cuerpo de porvenir. La lástima es que le hayan ido á poner un nombre, por meterse en latines, que nada tiene que ver con lo que significa, aunque otra cosa crea el inventor; *silendum* no es *silicendum; silicendum* sería un neologismo expresivo y adecuado; *silendum* es, sencillamente, una forma latina que tiene su valor propio, sin relación con lo que se quiere expresar.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Sull'idea di una scienza del diritto universale comparato, per Giorgio Del Vecchio. Seconda edizione, con aggiunte.—Torino, Fratelli Bocca, editori, 1909.—Un folleto de 34 páginas, 2 liras.

Trátase de una comunicación leída en el Congreso de Filosofía, celebrado en Heidelberg en el mes de Setiembre de 1908; y en ella, su autor, profesor en la Universidad de Sassari, desarrolla, por lo que se refiere al estudio del derecho y á los métodos y procedimientos con que, á su juicio, es preciso constituir la ciencia y la filosofía de éste, ideas y afirmaciones repetidamente apuntadas y defendidas en otros varios libros y escritos suyos.

La ciencia del derecho universal comparado, si necesita de la observación empírica, cuanto más amplia y completa mejor, sobre las instituciones y la vida jurídica de los diferentes pueblos de la tierra, así en el espacio como en el tiempo, ha menester también, según Del Vecchio, como condición esencial para poder ser constituída, tomar una entonación filosófica, mediante la admisión de ciertos supuestos ó principios de esta misma índole, y que no puede suministrar la indagación experimental. «Siendo ciencia empírica, es, por otro lado—añade el propio autor,—el límite de aproximación de la ciencia del derecho á su filosofía, en la cual encuentra sus principios y su complemento; lo mismo que la filosofía del derecho puede y debe, á su vez, aprovechar, para la aplicación y la comprobación fecunda de sus criterios, todo cuanto aquella otra cien-

cia pone en claro.» Por lo cual, concluye el autor, «la idea de una ciencia del derecho universal comparado no está, en modo alguno, ligada por su naturaleza á una concepción empírica de la filosofía del derecho, sino que, al contrario, brota, real y lógicamente, de una concepción racional de esta última».

El trabajo, aunque breve, contiene multitud de observaciones sustanciosas, penetrantes y del mayor interés.

P. Dorado

ÍNDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año de 1909.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*De la huerta de Murcia.* Enero, pág. 27; Febrero, pág. 34.—*De la Alhambra.* Diciembre, pág. 15.

André (Eloy Luis).—*Cultura y democracia.* Mayo, pág. 95.

Araujo (Fernando).—*Revista de Revistas.* Enero, pág. 168; Febrero, pág. 166; Marzo, pág. 167; Abril, pág. 169; Mayo, pág. 178; Junio, pág. 174; Julio, pág. 172; Agosto, pág. 170; Septiembre, pág. 148; Octubre, pág. 176; Noviembre, pág. 186; Diciembre, página 166.

Ballesteros Beretta (Antonio).—*Un Testamento histórico.* Noviembre, pág. 166.

Baudelaire (Carlos).—*Parnaso internacional.*—*La Bendición.* Abril, pág. 126.

Benito (Lorenzo).—*El problema catalán y la lengua catalana.* Marzo, pág. 148; Abril, pág. 92.

Bertaux (Emilio).—*Los tapices flamencos de la Exposición de Zaragoza.* Junio, pág. 106.—*El arte francés en la Exposición de Zaragoza.* Julio, pág. 55.—*Los primitivos pintores españoles*, Septiembre, pág. 19.—*El mausoleo de Carlos el Noble en Pamplona.* Diciembre, pág. 133.

Blanco (Alberto).—*Literatura fraudulenta: Los precursores del Buscapié.* Mayo, pág. 50.—*La ilegitimidad del Buscapié.* Junio, pág. 5.—*Un libro apócrifo de Cervantes.* Julio, pág. 40.—*Literatura fraudelenta:* Cervantes y Adolfo de Castro. Agosto, pág. 60.

Bojer (Johan).—*Un veredicto injusto* (Troens Magt) (novela). Junio, pág. 138; Julio, pág. 117; Agosto, pág. 130; Septiembre, página 115; Octubre, pág. 125; Noviembre, pág. 117.

Brouta (Julio).—*Tesoros españoles en Yankilandia; El Museo His-*

pánico en Nueva York. Marzo, pág. 84.—*¿Cuándo volaremos?* Mayo, pág. 76.

Calvo (Ignacio).—*El sexo femenino en las monedas: Grecia antigua*. Marzo, pág. 134.—*El sexo femenino en las monedas del imperio romano*. Noviembre, pág. 109.

Cambronero (Carlos).—*Apuntes para la historia del teatro: Los asombros*. Julio, pág. 90.—*Cosas de Madrid*. Noviembre, pág. 153.

Carducci (G.).—*España fuera de España: La vida es sueño, de Calderón*. Agosto. pág. 104.—*Don Quijote*. Octubre, pág. 20.

Cátulo Mendes.—*Parnaso internacional: El alma última*. Enero, pág. 153.

Cejador (Julio).—*Naturaleza de la ciencia del lenguaje*. Septiembre, pág. 34.—*Intento y definición de la lingüística*. Octubre, página 5.—*Naturaleza del lenguaje*. Diciembre, pág. 36.

Dierx (León).—*Parnaso internacional: La visión de Eva*. Julio, pág. 84.

Dorado (Pedro).—*Más allá*. Octubre, pág. 156.—*De algunas antinomias que rodean nuestra vida*. Noviembre, pág. 5.—*Notas bibliográficas*.—Enero, pág. 197; Febrero, pág. 196; Abril, página 203; Mayo, pág. 206; Junio, pág. 206; Agosto, pág. 204; Septiembre, pág. 205; Octubre, pág. 203; Noviembre, pág. 205; Diciembre, pág. 200.

Echegaray (José).—*Recuerdos*. Enero, pág. 107; Febrero, pág. 145; Marzo, pág. 58; Abril, pág. 80; Mayo, pág. 65; Junio pág. 126; Julio, pág. 73; Agosto, pág. 32; Septiembre, pág. 51; Octubre, página 81; Noviembre, pág. 37; Diciembre, pág. 87.

Espinosa y González Pérez (Francisco).—*El poder naval en España: Sentido de nuestra política histórica en el desenvolvimiento de la Marina mercante*. Julio, pág. 5.—*El Conde de Aranda*. Septiembre, pág. 5.

Fuentes (Anselmo).—*Problemas económicos*. Marzo, pág. 116.—*Historia económica*. Agosto, pág. 44.—*Impresiones sociológicas de actualidad*. Diciembre, pág. 5.

Gautier (Teófilo).—*Parnaso internacional: In deserto*. Diciembre, pág. 98.

Gebhart (Emilio).—*España fuera de España.—Un problema de Moral y de Historia: Los Borgias*. Enero, pág. 62.

Gil (Rodolfo).—*La lengua española entre los judíos*. Junio, pág. 30.

Gómez de Baquero (Eduardo).—*Crónica literaria*. Enero, pág. 155; Febrero, pág. 158; Marzo, pág. 157; Abril, pág. 162; Mayo, página 170; Junio, pág. 163; Julio, pág. 160; Agosto, pág. 160; Sep-

tiembre, pág. 141; Octubre, pág. 169; Noviembre, pág. 178; Diciembre, pág. 157.

GOTA CASAS (Antonio).—*La ciencia y los fenómenos espiríticos contemporáneos.* Julio, pág. 143; Agosto pág. 82.

GUERRA (Angel).—*El centenario de Edgard Allan Poe.* Abril, página 130.

HAVELOCK ELLIS.—*Los jardines de Granada.* Enero pág. 5.—*Raimundo Lulio en Palma.* Febrero pág. 93.—*Don Quijote.* Marzo, pág. 69.—*Juan Valera.* Abril, pág. 15.—*Sevilla en la primavera.* Mayo, pág. 116.—*La Catedral de Sevilla.* Agosto, pág. 121.—*Santa María del Mar.* Octubre, pág. 54.—*Segovia.* Noviembre, pág. 25.—*Monserrat.* Diciembre, pág. 51.

HUGO (Víctor).—*Parnaso internacional: Paseo.* Noviembre, pág. 69.

IBARRA (Juan Francisco).—*Al Luxemburgo.* Mayo, pág. 155.

LAMARTINE.—*Parnaso internacional: A una joven árabe, que fumaba el narguilé en un jardín de Alepo.* Junio, pág. 102.—*Himno al Sol.* Octubre, pág. 78.

LEGENDRE (Mauricio).—*El cristianismo español, según Angel Ganivet.* Mayo, pág. 128; Junio, pág. 44.

LEJEUNE (Barón de).—*Nota bibliográfica.* Enero, pág. 197.

LOGA (Valeriano de).—*Goya.* Junio, pág. 74; Julio, pág. 15; Agosto, pág. 5; Septiembre, pág. 80; Octubre, pág. 38; Noviembre, pág. 73.

LORD BYRON.—*Parnaso internacional: En el cementerio de Arrow.* Septiembre, pág. 63.

MARFIL (Mariano).—*Algunas consideraciones sobre el Ejército español.* Abril, pág. 145.

MILLIEN (Aquiles).—*Parnaso internacional: Las tres doncellas.* Mayo, pág. 18.

MONTOJO (Contralmirante Patricio).—*El desastre de Cavite, sus causas y sus efectos.* Marzo, pág. 5; Abril, pág. 5; Mayo, pág. 5.

OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*La bibliografía y alguna de sus aplicaciones.* Diciembre, pág. 63.

OZZOLA (Leandro).—*El arte español en la pintura siciliana del siglo* XV. Octubre, pág. 92; Noviembre, pág. 134.

PARDO BAZÁN (Condesa de).—*La literatura moderna en Francia: Transición.* Enero, pág. 16.

PELLEJERO SOTERAS (Cristóbal).—*Nota bibliográfica.* Enero, página 197.

PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*El primer conato de rebelión precursor de la revolución en España.* Octubre, pág. 105; Noviembre, pá-

gina 48.—*El grupo en mármol de Daoiz y Velarde, y el escultor D. Antonio Solá.* Diciembre, pág. 101.

PÉREZ REQUEIJO (Ramón).—*Méjico (estudio geográfico, económico y político).* Febrero, pág. 55.—*Las relaciones comerciales entre Méjico y España.* Mayo, pág. 22.

PLESSIS (Federico).—*Parnaso internacional: Introito.* Febrero, página 142.

RAIN (Pedro).—*España fuera de España: España y Napoleón* (1804-1809). Septiembre, pág. 67.

REGMIER (Enrique).—*Parnaso internacional: Hacia el pasado.* Mayo, pág. 18.

RETANA (W. E.).—*Un nuevo cisma religioso: La Iglesia Filipina Independiente.* Febrero, pág. 5.

RODA (Cecilio de).—*El año musical.* Marzo, pág. 92.

ROSTAND (Edmundo).—*Parnaso internacional: Los nenúfares.* Mayo, pág. 18.

SANTOS Y VAL (B.).—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 196.

SCHILLER.—*Parnaso internacional: Los dioses de Grecia.* Agosto, pág. 76.

SERRANO Y JOVER (Alfredo).—*Recuerdos históricos: La residencia de Marrac.* Diciembre, pág. 123.

SPIELHAGEN (Federico).—*El suplicio del silencio* (novela). Enero, pág. 118; Febrero, pág. 116; Marzo, pág. 20; Abril, pág. 35.

TAILHADE (Laurent).—*España fuera de España: La devoción de la Cruz, de Calderón.* Febrero, pág. 76.

TOLSTOI (León).—*Karma* (cuento). Mayo, pág. 159.

UNAMUNO (Miguel).—*Parnaso español: Aldebarán*, Enero, pág. 148.

VILLEGAS (Francisco F.).—*La crónica periodística.* Septiembre, página 107.

ÍNDICE

Págs.

Impresiones sociológicas de actualidad, por Anselmo Fuentes.... 5

De la Alhambra: notas y pesquisas acerca de sus elementos suntuarios, y de las pinturas murales de la Torre de las Damas, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 15

Naturaleza del lenguaje, por Julio Cejador..... 36

Monserrat, por Havelock Ellis..... 51

La bibliografía y alguna de sus aplicaciones, por Joaquín Olmedilla y Puig..... 63

Recuerdos, por José Echegaray..... 87

Parnaso internacional: In deserto, de Teófilo Gautier..... 98

El grupo en mármol de Daoiz y Velarde, y el escultor D. Antonio Solá, por Juan Pérez de Guzmán..... 101

Recuerdos históricos: La residencia de Marrac, por Alfredo Serrano y Jover..... 123

El mausoleo de Carlos el Noble en Pamplona y el arte franco flamenco en Navarra, por Emilio Bertaux..... 133

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 157

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 166

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 200

Índice general por orden alfabético de autores..... 202

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
175	Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil.....	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3
315	Amiel.—Diario íntimo..	9
327-328	Antoine.—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
178	Anónimo.--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
183	Araujo.—Goya.	3
180	Arenal. — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas.....	7
114	Arnold. — La crítica en la actualidad.....	3
172	Asensio.—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	Asser. — Derecho Internacional privado.....	6
368	Bargehot.—La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas.....	4
416	Baldwin.—Elementos de Psicología	8
111	Balzac.--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet. ...	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	Barbey d'Aurevilly.— El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.	3
131	— La Hechizada.	3
120	— Las Diabólicas.	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	Baudelaire.—Los paraísos artificiales.....	3
163	Becerro de Bengoa.—Trueba.....	1
174	Bergeret.—Eugenio Mouton (Merinos)	1
353	Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política.....	10
311	Boissier.—Cicerón y sus amigos.	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
169	Bourget.--Hipólito Taine	0,50
395	Bréal.—Ensayo de Semántica.....	5
447	Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.....	2
300	Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra.....	6
367	Bunge.—La Educación..	12
185-186	Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
187	Buylla.—Economía.....	12
36-37	Campe. — Historia de América *(dos tomos)*..	6
156	Campoamor.—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	Carlyle.—La Re-	

N.º del Catál.º		Pesetas
	volución francesa (*tres tomos*)	24
393	— Pasado y presente	7
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica. — Crítica penal	5
189	— La cuestión de la pena de muerte	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX	3
65	**Caro.**—El suicidio y la civilización	3
127	— Littré y el Positivismo	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
190-191	**Collins.** — Résumen de la filosofía de Spencer (*dos tomos*)	15
64	**Coppée.**—Un idilio	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Mere	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo.	6
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva	2
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (*dos tomos*)	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías	3
93	— El sitio de París	3
13-14	— Jack (*dos tomos*)	6
22	— La Evangelista	3
46	— Novelas del lunes	3
100	— Tartarín en los Alpes	3
425	**Dollinger.**— El Pontificado	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
289	— El Reformatorio de Elmira	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos	3
33	— La novela del presidio.	3
301	**Dowden.** — Hi toria de la literatura francesa	9
402	**Dumas.**—Actea	2
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos.	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés	4
459	— Los veinte ensayos	7
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos	4
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo	1
158	— Zorrilla	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
73	**Ferry.**—Nuevos estudios de Antropología	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad	5
357	**Fitzmaurice-Kelly.** — Historia de la Literatura española	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania	7
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea	8
194	— Novísimo concepto del derecho	7
451-452	—Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia	3

AP
60
E8
año 21
no.250-52

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY